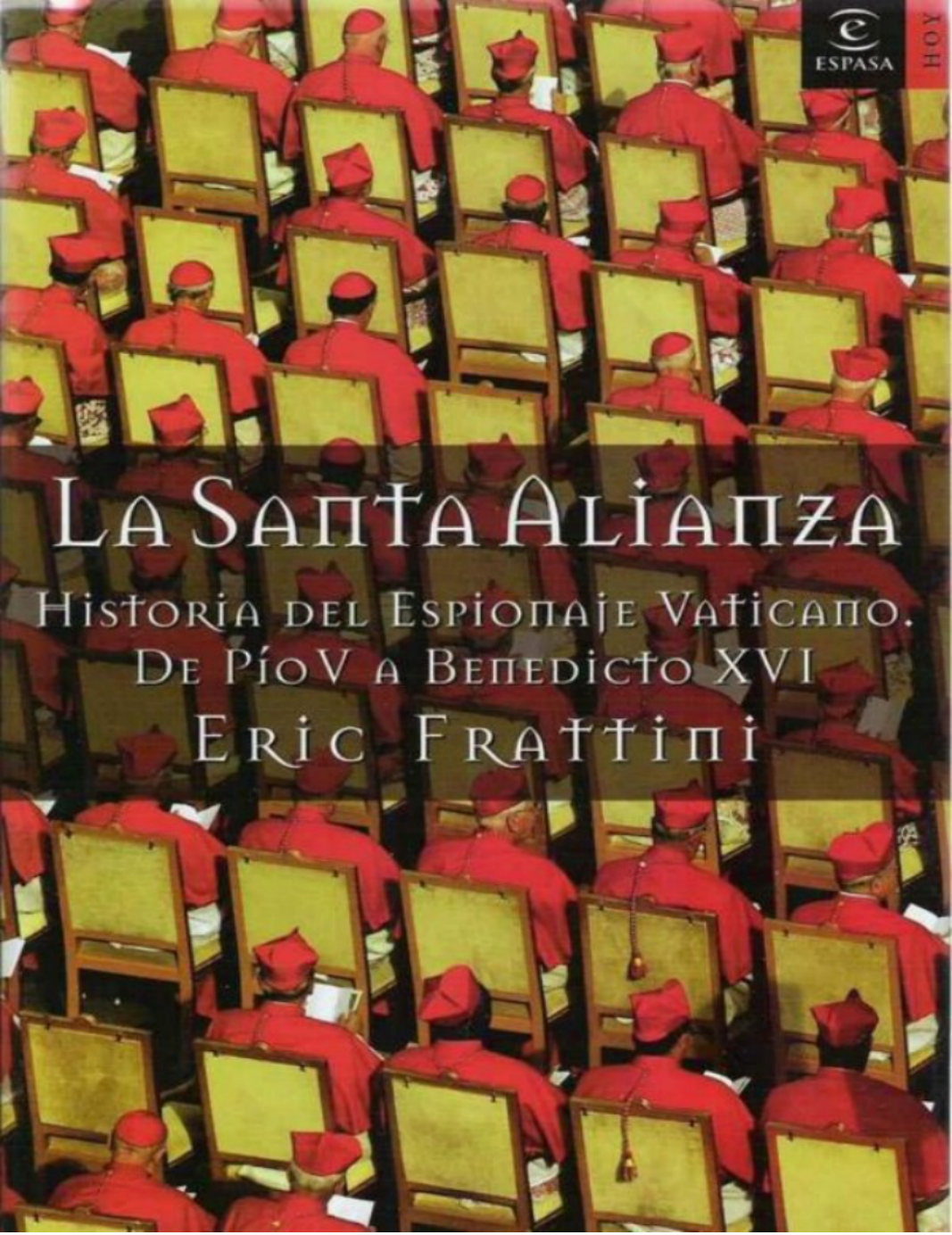

ESPASA

HOY

La Santa Alianza

Historia del Espionaje Vaticano. De Pío V a Benedicto XVI

Eric Frattini

Historia del Espionaje Vaticano. De Pío V a Benedicto XV1

Eric Frattini

ÍNDICE

Agradecimientos..... 13
Introducción..... 15
1. Entre la Reforma y una nueva alianza (1566-1570) 21
2. Los años oscuros (1570-1587)..... 47
3. Tiempos de aventura (1587-1605) 75
4. Nuevos horizontes (1605-1644) 94
5. La era de la expansión (1644-1691) 114
6. Época de intrigas (1691-1721) 134
7. El gobierno de los breves (1721-1775) 152
8. El ascenso y caída de las águilas (1775-1823) 170
9. El tiempo de los espías (1823-1878) 191
10. La asociación de los impíos (1878-1914)..... 216
11. El jinete del Apocalipsis (1914-1917) 239
12. Intrigas por la paz (1917-1922) 265
10
13. La era de los dictadores (1922-1934) 283
14. El ascenso del terror (1934-1940) 306
15. El fin de los mil años (1940-1945)..... 329
16. «Odessa» yel «Pasillo Vaticano» (1946-1958) 356
17. Las nuevas alianzas (1958-1976) 379
18. «Vaticano S.A.» y los negocios de Dios (1976-1978)..... 400
19. La hora de los asesinos (1979-1982) 421
20. Los años polacos (1982-2005) 443
21. Epílogo. Los años venideros. Benedicto XVI..... 465
Anexo. Relación de papas desde la creación de la Santa
Alianza 481
Bibliografía .....
483
Archivos consultados..... 499
Í ndice onomástico.....
501

«En cada operación de espionaje existe lo que está por encima de la letra y lo que está por debajo. Por encima de la letra está lo que uno hace de acuerdo con las normas. Por debajo está la forma en que uno debe hacer el trabajo.»

John Le Carré, *Un espía perfecto*

AGRADECIMIENTOS

A las fuentes que me han prestado una ayuda inestimable y cuyos nombres he preferido que no aparezcan en este libro.

A las fuentes que me han prestado una ayuda inestimable y que me han pedido no ser citados en este libro.

A los archivistas y bibliotecarios que trabajan en las más de treinta y nueve instituciones de catorce países a las que he consultado. Sin muchos de los documentos que me facilitaron no podría haber escrito este libro.

A Tuhviah Friedman, director del Institute of Documentation for the Investigation of Nazi War Crimes, en Haifa (Israel), por haberme facilitado toda la documentación relativa a las relaciones del Vaticano con la Alemania nazi, la información sobre las relaciones de miembros de la jerarquía vaticana en la evasión de criminales de guerra nazis, así como los expedientes originales relativos a altos jerarcas nazis que mantuvieron contactos con Pío XII durante la ocupación de Italia.

A Alison Weir, por su magnífica documentación sobre el reinado de María Estuardo y su época.

A Dorothee Lottmann-Kaeseler, directora del Active Museum of German Jewish History, en Wiesbaden, República Federal de Alemania.

A Debbie Weierman, del cuartel general del FBI en Washington, D.C., por darme libre acceso a los documentos sobre la presidencia de Ronald Reagan.

A Lee Strickland, coordinador de la Oficina de Información de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), en Washington, D.C., por darme libre acceso a los documentos sobre la intervención de los Estados Unidos en Polonia.

A William B. Black, Jr., subdirector del Servicio Central de Seguridad de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA), en Fort Meade (Maryland).

A David M. Cheney, por permitirme revisar sus magníficos y bien documentados archivos históricos sobre la jerarquía católica y la Curia romana. Sin ellos me hubiera sido difícil escribir este libro.

A Javier Soriano Abellán, por su inestimable ayuda a la hora de clasificar el material fotográfico que aparece en este libro.

A Marisol Blanco-Soler, José Miguel Carrillo de Albornoz, Marisa González Serna, Soledad Abellán y Javier Soriano, por el préstamo de manuscritos difíciles de encontrar para mí.

A José Manuel Vidal, por sus inapreciables consejos de experto y por haber llevado la dura tarea de tener que leerse el manuscrito.

A Juan Torres, por ayudarme a proteger este texto de ataques informáticos, y a SET127, por no conseguirlo.
A Manuel Fernández Álvarez, un auténtico maestro, y por lo que he aprendido leyendo su *Felipe II y su tiempo*.
A Luis Arbaiza Blanco-Soler, no sé si agradecérselo o no, el haberme empujado en el verano de 2003 a escribir este libro. De cualquier forma, también se lo agradezco.
A Olga Adeva, por el mimo con el que trata siempre mis textos.
A Pilar Cortés, mi editora, por creer en esta historia y en mí.
Y por último, y muy en especial, un agradecimiento a todas aquellas personas y organismos que me han puesto trabas, barreras y cortapisas para evitar que este libro fuese como es hoy. Ello me ha permitido agudizar mi sentido de la curiosidad y, por lo tanto, mi investigación.
A todos ellos, mi más humilde y sincero agradecimiento. Una parte de este libro es de todos ellos.

INTRODUCCIÓN

E l Papado, la suprema autoridad de la Iglesia católica, es la más antigua organización del mundo y la única institución que floreció durante la Edad Media, un actor privilegiado durante el Renacimiento, uno de los protagonistas de la Reforma y la Contrarreforma, la Revolución francesa y la era industrial, del ascenso y caída del comunismo. Durante siglos, los papas, basándose en su famosa «infalibilidad», centralizaron el impacto social que los acontecimientos históricos iban produciendo en el mundo. El historiador Thomas Babington, en su estudio sobre la historia del protestantismo, afirmaba que los papas supieron centrar a la Iglesia, así como amortiguar su impacto en los eventos históricos, y remarcaba su habilidad para apropiarse o adaptarse a los nuevos movimientos sociales que iban formándose a lo largo de los siglos.

El emperador Napoleón Bonaparte consideraba al Papado como «uno de los mejores oficios del mundo», y Adolf Hitler, «uno de los más peligrosos y delicados de la política mundial». Napoleón comparaba la fuerza de un solo Papa con la fuerza de un ejército de doscientos mil hombres. Realmente, el Papado ha actuado siempre con dos caras a lo largo de toda la Historia: la de cabeza de la Iglesia católica en todo el mundo y la de una de las mayores organizaciones políticas del planeta. Mientras los papas bendecían a sus fieles, por un lado, recibían a embajadores y a jefes de Estado de otros países, y enviaban nuncios y legados en misiones especiales, por el otro.

Este poder llevó a mucha gente a ver a los papas más como «padres de los príncipes» que como «vicarios de Cristo». Los Sumos Pontífices clamaban desde el siglo VIII por la primacía y la jurisdicción universal para sus actos, hasta que en 1931, con la creación de Radio Vaticano, se hizo posible esa primacía y jurisdicción al establecer un permanente contacto con el mundo. Durante la Reforma, Lutero atacaba el Papado como un mal humano innecesario. El historiador católico lord Acton criticaba la excesiva centralización del Papado y, tras un viaje a Roma, afirmaba que «el poder corrupto y el poder absoluto corrompen absolutamente».

La historia de la Santa Alianza, el servicio de espionaje vaticano, no puede ser relatada sin contar la historia de los papas, y la historia de los papas no puede ser relatada sin contar la historia de la Iglesia católica. Lo que está claro es que sin el catolicismo no existiría el Papa y, como escribió Pablo VI en su encíclica *Ecclesiam*

suam, «sin el Papa la Iglesia católica quizá no sería católica». Lo realmente cierto es que sin el poder real que los papas han tenido no existiría la Santa Alianza o el *Sodalitium Pianum,* el contraespionaje. Ambos han formado parte de ese engranaje que han ayudado a construir: la Santa Alianza desde su fundación en 1566 por orden del papa Pío V, y el *Sodalitium Pianum* (S.P.) desde su fundación en 1913 por orden del papa Pío X.

Otro historiador, Carlo Castiglioni, autor de una de las mejores enciclopedias sobre los papas, llegó a escribir: «La triple tiara que portan los pontífices simboliza sin duda alguna el poder de estos en el cielo, en la tierra y en el mundo terrenal *(underworld)».* Esta afirmación sería fácil de explicar. En el cielo, el Papa tiene a Dios; en la tierra, el Papa se tiene a sí mismo; y en la clandestinidad *(underworld)* [1], el Papa tiene a la Santa Alianza.

A pesar de que la autoridad papal fue cambiando por las modernizaciones y las renovaciones, por la política y la economía, los intereses de la Iglesia fueron siempre el motivo por el que se movieron los espías del Vaticano. Los expertos vaticanistas aseguran que la Iglesia y las estructuras papales jamás han abandonado su imagen de Imperio, al tiempo que observan que los aspectos de culto a la figura de un emperador han sido simplemente trasladados a la del Papa.

[1] La palabra inglesa *underworld* significa también, aparte de mundo terrenal o clandestino, infierno, averno, gente de mal vivir, mundo del vicio o bajos fondos.

Los cuarenta papas que han gobernado o, mejor dicho, «reinado» desde la creación de la Santa Alianza, desde Pío V a Juan Pablo II, han tenido que enfrentarse a descristianizaciones y cismas, revoluciones y dictadores, colonizaciones y expulsiones, persecuciones y atentados, guerras civiles y guerras mundiales, asesinatos y secuestros. La política de los papas era un objetivo y la Santa Alianza tan solo un poderoso instrumento para llevarla a cabo.

Desde los siglos XVI al XVIII los enemigos con los que el Papado y la Santa Alianza tuvieron que enfrentarse serían los liberalismos, constitucionalismos, democracias, republicanismos o socialismos. En los siglos XIX y XX esos enemigos se convirtieron en darwinismo, americanismo, modernismo, racismo, fascismo, comunismo, totalitarismo o revolución sexual, y en el XXI será el intrusismo de los científicos en el escrutinio de cuestiones religiosas, el bloque único político, la superpoblación, el feminismo o el agnosticismo social.

Este hecho viene a demostrar que muchas veces la política vaticana y su servicio secreto fueron siempre en paralelo, utilizando diferentes métodos con el único fin de alcanzar un mismo objetivo. Por un lado, el Papa negociaba la paralización de medidas

contrarias a Roma, y, por el otro, la Santa Alianza y la «Orden Negra» intervenían en la destrucción de sus enemigos.

David Rizzio, Lamberto Macchi, Roberto Ridolfi, James Fitzmaurice, William Parry, Marco Antonio Massia, Giulio Alberoni, Alejandro de Médicis, Giulio Guarnieri, Tebaldo Fieschi, Charles Tournon, John Bell o Giovanni DaNicola fueron algunos de los agentes de la Santa Alianza que con sus operaciones cambiaron el curso de la historia desde la mitad del siglo XVI hasta el siglo XXI.

Ludovico Ludovisi, Lorenzo Magaloti, Olimpia Maidalchini, Sforza Pallavicino, Paluzzo Paluzzi, Bartolomeo Pacca, Giovanni Battista Caprara, Annibale Albani, Pietro Fumasoni Biondi o Luigi Poggi fueron algunos de los poderosos jefes del espionaje pontificio que decidieron y ordenaron, siempre en defensa de la fe, operaciones encubiertas, asesinatos políticos y de Estado o simples «liquidaciones» de personajes secundarios que interferían en la política del Papa de turno y en la de Dios en la tierra.

Se asesinó a reyes, se envenenó a diplomáticos, se apoyó a bandos en conflicto como norma de la diplomacia pontificia, se cerraron los ojos ante catástrofes y holocaustos, se financió a grupos terroristas y a dictadores sudamericanos, se protegió a criminales de guerra y se lavó dinero de la mafia, se manipularon mercados financieros y se provocaron quiebras bancarias, se condenaron conflictos mientras se vendían armas a los combatientes, todo ello en nombre de Dios, y la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum* fueron sus herramientas.

Desde que el inquisidor Pío V, santificado años después, fundara el espionaje vaticano en el siglo XVI con el único objetivo de acabar con la vida de la hereje Isabel I de Inglaterra y apoyar a la católica María Estuardo, el Estado vaticano jamás ha reconocido la existencia de la Santa Alianza o del contraespionaje, el *Sodalitium Pianum,* aunque puede decirse que sus operaciones han sido un «secreto a voces». Simon Wiesenthal, el famoso cazanazis, declaró en una entrevista que «el mejor y más efectivo servicio de espionaje que conozco en el mundo es el del Vaticano». El cardenal Luigi Poggi, a quien definían con el apodo de «el espía del Papa» (Juan Pablo II), fue quien llevó a cabo una de las mayores modernizaciones de la Santa Alianza debido a sus estrechos contactos con el Mossad israelí. Gracias a su eminencia, el servicio secreto israelí pudo desarticular un atentado contra la primera ministra Golda Meir durante una visita a Italia. Poggi sería también el responsable de encauzar los fondos necesarios del Vaticano, a través del IOR de Paul Marcinkus, para financiar al sindicato Solidaridad dirigido por Lech Walesa. Esta sería una operación conjunta entre la CIA de William Casey y la Santa Alianza.

En sus cinco siglos de historia, la larga sombra de la Santa Alianza se ha hecho visible en las luchas contra Isabel I de Inglaterra o en la matanza de la noche de San Bartolomé; en la aventura de la Armada Invencible; en el asesinato de Guillermo de Orange y del rey Enrique IV de Francia; en la Guerra de Sucesión española o en la crisis con la Francia de los cardenales Richelieu y Mazarino; en el atentado contra el rey José I de Portugal; en la Revolución francesa y en Austerlitz; en el ascenso y caída de Napoleón; en la guerra de Cuba y en la de Secesión americana; en las relaciones secretas con el káiser Guillermo II durante la Primera Guerra Mundial o con Adolf Hitler durante la Segunda Guerra Mundial; con el «Oro de Croacia» y con la organización «Odessa»; en la lucha contra el grupo terrorista Septiembre Negro, Carlos *el Chacal* o el comunismo; en las oscuras finanzas del IOR y en sus mucho más oscuras relaciones con la masonería, la mafia y el tráfico de armas; en la creación de empresas financieras en paraísos fiscales o en la financiación de dictadores de derecha como Anastasio Somoza o Jorge Videla.

Durante estos últimos cinco siglos de existencia, sociedades secretas dependientes de la Santa Alianza, como el «Círculo Octogonus» o la «Orden Negra», han realizado operaciones encubiertas para servicios de espionaje de otros países como el Mossad israelí o la CIA estadounidense. Mientras estos luchaban contra un enemigo claro, el terrorismo árabe o el «maléfico» comunismo, la Santa Alianza ha sabido adaptarse a los tiempos y a las situaciones que han marcado los Sumos Pontífices, porque, como dijo un día el todopoderoso cardenal Paluzzo Paluzzi, jefe de la Santa Alianza a mitad del siglo XVII, «si el Papa ordena liquidar a alguien en defensa de la fe, se hace sin preguntar. Él es la voz de Dios y nosotros [la Santa Alianza] su mano ejecutora».

Este libro es tan solo un pequeño «largo» recorrido de cinco siglos de historia a través de las operaciones encubiertas del poderoso servicio de espionaje del Estado-Ciudad del Vaticano. Los sacerdotesagentes del servicio de espionaje papal, la Santa Alianza, y del contraespionaje, el *Sodalitium Pianum,* mataron, robaron, conspiraron y traicionaron en el nombre de Dios y de la fe católica por mandato del Sumo Pontífice. Los espías del Papa han sido el perfecto símbolo de la simbiosis bajo cuyo lema han actuado: «Por la Cruz y por la Espada». Todos los hechos que en estas páginas se relatan son reales; todos los personajes que se citan en estas páginas también lo son.

El Tamaral, 2004

ENTRE LA REFORMA Y UNA NUEVA ALIANZA (1566-1570)

«Con lágrimas en los ojos os lo digo: muchos de vosotros se comportan como enemigos de la cruz de Cristo.»
(Filipenses 3, 18)

E xisten diferentes versiones sobre quién fue el verdadero fundador de la llamada Santa Alianza, el servicio de espionaje vaticano. Pero sería el papa Pío V (1566-1572) quien en 1566 organizó el primer servicio de espionaje pontificio con el fin de luchar contra el protestantismo representado por Isabel I de Inglaterra.

Protegido por el poderoso cardenal Juan Pedro Caraffa (el futuro papa Pablo IV), Miguel Ghislieri fue convocado a Roma para asumir la dirección de una misión especial. Ghislieri fue encargado por su eminencia de crear una especie de servicio de contraespionaje. Este se ocuparía, de forma piramidal, de recabar información de todos aquellos que pudiesen violar los preceptos papales y dogmas de la Iglesia, y poder ser así juzgados por la Inquisición.

El joven presbítero era muy aficionado a las sociedades secretas y para él el Santo Oficio era una de las «sociedades secretas» con mayor poder de su tiempo. La labor realizada por los agentes de Ghislieri en las regiones de Como y Bérgamo llamaron la atención de los poderosos de Roma. En menos de un año, casi mil doscientas personas, desde agricultores a nobles, fueron juzgados por el tribunal de la Inquisición. Más de dos centenares fueron encontrados culpables, tras ser sometidos a terribles torturas y ejecutados.

La tortura de la cuerda consistía en atar las manos del presunto hereje a la espalda y por medio de una cuerda sujeta al techo se levantaba al prisionero. Una vez que el cuerpo quedaba suspendido, por breves momentos se le soltaba para que cayese por su propio peso. El prisionero quedaba a un metro del suelo, y con la violenta sacudida se dislocaba las extremidades.

Otra de las torturas más utilizadas era la del agua. Los verdugos tendían a la víctima en un potro de madera en forma de canal y le colocaban un lienzo fino mojado en la garganta mientras le cubrían la nariz para que no pudiese respirar. Otro de los verdugos le derramaba agua por la boca y por los orificios nasales. El detenido no tenía oportunidad alguna de respirar. Cuando el médico de la Inquisición detenía el tormento, muchos de los reos estaban muertos [1].

En 1551, Miguel Ghislieri, debido a los servicios prestados, fue ascendido por Caraffa, quien lo nombró general de la Inquisición en Roma bajo el pontificado de Julio III (1550-1555). Con Ghislieri como general, la Congregación del Santo Oficio recibió todas las mejoras para alcanzar los objetivos que se proponía. En primer lugar se llevó a cabo una reforma del llamado Consejo de la Suprema, y el Papa nombró a un grupo de cardenales para que lo controlasen. Los purpurados hacían a la vez de jueces y consejeros del Pontífice en caso de llevar a juicio a personas relevantes de la sociedad romana.

Sería Ghislieri quien, a principios de 1552, establecería las siete clases de delitos que eran susceptibles de ser juzgados por el tribunal del Santo Oficio: los herejes; los que son sospechosos de herejía; los que protegiesen a los herejes; los magos, brujos o hechiceros; los blasfemos; los que se resistiesen a las autoridades o agentes de la Inquisición; y los que rompiesen, ultrajasen o violasen los sellos o símbolos del Santo Oficio.

Desde ese mismo año, Ghislieri creó a lo largo y ancho de toda la ciudad una auténtica red de espías. Estos operaban desde los lupanares

[1] Leonardo Gallois, *Historia General de la Inquisición,* Servicio de Reproducción de Libros, Barcelona, 1869.

de la ciudad a las cocinas de los palacios de los nobles de Roma. Las informaciones de todo tipo recogidas por los agentes de la Inquisición eran entregadas de forma personal a Ghislieri mediante dos sistemas: la palabra y por el llamado *Informi Rosso* (Informe Rojo). Este último consistía en un pequeño pergamino que iba enrollado en una cinta roja con el escudo del Santo Oficio. Según las leyes vigentes, la rotura del sello era castigada con la muerte inmediata. En su interior los agentes de Ghislieri escribían todas aquellas informaciones en las que acusaban, en muchas ocasiones sin prueba alguna, a un ciudadano de Roma de violar normas de la Iglesia y susceptibles de ser estudiadas por un tribunal de la Inquisición. El *Informi Rosso* era depositado en un pequeño buzón de bronce para tal efecto en la sede romana del Santo Oficio.

Durante años, el general de la Inquisición creó una de las mayores y más efectivas redes de espías y uno de los mejores archivos de datos personales de ciudadanos de toda Roma. Nada se movía o se decía en los callejones o plazas de la ciudad sin que Ghislieri lo supiese. Nada se movía o se decía en el interior del Vaticano sin que el general de la Inquisición lo conociese.

El 23 de mayo de 1555, y tras un breve pontificado de menos de un mes del papa Marcelo II, el cardenal Juan Pedro Caraffa, sin la oposición del sector imperial ni francés, fue elegido Papa en el cónclave. El embajador de Venecia, Giacomo Navagero, definía así

al nuevo Pontífice de setenta y nueve años: «Caraffa es un Papa de un temperamento violento y fogoso. Es demasiado impetuoso en el manejo de los asuntos de la Iglesia y, por supuesto, el anciano Pontífice no tolera que nadie le contradiga» [2].

Caraffa, ya como papa Pablo IV, llegó a temer el poder inusitado de Ghislieri. En Roma el populacho llegó incluso a definir al general de la Inquisición como «el Papa de las sombras», pero a pesar de todo, el Pontífice confirió a Miguel Ghislieri la dignidad cardenalicia. Desde ese mismo momento, Ghislieri el Inquisidor se haría cada vez más peligroso y poderoso. Muchos miembros del Colegio cardenalicio no iban a permitir que desde su puesto en la temible Inquisición dirigiese los destinos de la Iglesia católica.

[2] Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, *Diccionario de los Papas y Concilios,* Editorial Ariel, Barcelona, 1998.

Los agentes de Ghislieri campaban a sus anchas, imponiendo el terror por las calles de Roma. Los espías del cardenal, conocidos como los «monjes negros», elegían una víctima y esperaban a que caminase por alguna calle solitaria. En ese momento era asaltada e introducida en un carruaje cerrado herméticamente y trasladada a un complejo de la Inquisición. Un fraile que fue testigo relató la llegada de los secuestrados al palacio del Santo Oficio en Roma, hecho que fue publicado en la obra de Leonardo Gallois *Historia General de la Inquisición,* de 1869:

Se dejaba a la víctima en un piso bajo del primer patio, al lado de la puerta principal. Allí comenzaba la víctima su iniciación en una pieza circular donde diez esqueletos pegados a la pared le anunciaban que a veces en aquella hostería se clavaba en vida a los huéspedes para dejarles esperar la muerte con calma. Después de aviso tan santo, encontraba en una galería contigua otros dos esqueletos humanos, no puestos en pie y como en actitud de recibir las visitas, sino tendidos a manera de mosaico o de estrado. En la misma galería podía distinguir claramente a la derecha un horno manchado de varias huellas de grasa y consagrado a reemplazar en secreto las hogueras de las plazas públicas, caídas en desuso a causa de la picardía del siglo corrompido. [...] Pocos calabozos propiamente dichos se encuentran en este primer cuerpo de edificios, pero en cambio en el segundo piso a la derecha se encuentra la sala del Santo Tribunal escoltada por dos puertas. Una coronada por un cartel que indica *stanza del primo padre compagno* y la otra coronada por un cartel que indica *stanza del secondo padre compagno.* Así se llamaban los dos inquisidores encargados de la doble misión de ayudar a la Suprema en procurar a descubrir a los criminales y en convertir definitivamente al reo [3].

Pero la situación cambiaría por completo para el cardenal Ghislieri cuando en la noche del 18 de agosto de 1559 el papa Pablo IV fallecía de manera repentina. Tras conocerse la noticia de su muerte, se extendió la sedición en las calles de Roma; la caza y captura de los agentes de Ghislieri se convirtió en una de las principales aficiones de las masas. Muchos de los que habían servido fielmente a la Santa Inquisición eran asesinados

[3] En 1873 se realizaron excavaciones en el Palacio del Santo Oficio en Roma, en cuyos sótanos se descubrieron restos de vestimentas de diversas épocas, restos de cabellos e incluso monedas con la cara del papa Pío VII (14-III-1800/20-VIII-1823). Esto demostró que incluso durante aquel pontificado los agentes de la Inquisición estuvieron operando en Roma.

por el populacho y sus cadáveres arrojados a las cloacas. Los disturbios no acabaron ahí. El pueblo de Roma asaltó el palacio que albergaba el Tribunal de la Inquisición y derribaron la estatua del Pontífice fallecido [4].

El cardenal Ghislieri y algunos de sus hombres consiguieron poner a salvo una gran parte de los archivos secretos, que le acompañaron en ocho carruajes en su huida de Roma.

Por fin, la situación volvió a la normalidad cuando el 25 de diciembre de 1559 el cardenal Giovanni Angelo Médicis, enemigo del anterior Papa, se convirtió en el nuevo Pontífice con el nombre de Pío IV.

El Papa era un hombre de carácter firme, hábil diplomático y que estaba dispuesto a limpiar la Iglesia católica de toda huella del anterior pontífice, Pablo IV. Para esta labor, se rodeó de dos fieles cardenales y a su vez sobrinos, Marcos Sittich de Altemps y Carlos Borromeo. El primero era un maestro con la espada y en el arte de la guerra. El segundo era un maestro de la diplomacia.

Borromeo había sido nombrado arzobispo de Milán, legado papal en Bolonia y Romagna, responsable del gobierno de los Estados pontificios y finalmente secretario privado del Papa. Como primera medida se ordenó la detención y reclusión en el castillo de Sant'Angelo de los cardenales Carlo y Alfonso Caraffa, así como de Juan Caraffa, duque de Paliano, y otros caballeros del séquito ducal acusados del asesinato de la esposa de este.

Como segunda medida, el papa Pío IV, por consejo de Carlos Borromeo, decidió rehabilitar al cardenal Morone y al obispo Fiescherati tras ser acusados de herejía por el Santo Oficio por orden de Pablo IV. Como tercera medida, el Papa ordenó el «destierro» del hasta entonces general de la Inquisición, el cardenal Miguel Ghislieri, y la disolución de los «monjes negros» [5]. Su eminencia, que se había refugiado en un solitario monasterio, retomó entonces su labor pastoral en su antiguo obispado, lo que hizo que fuese visto con buenos ojos cuan

[4] Walter Goetz, Paul Joachimsen, Erich Marcks, Wilhelm Mommsen y Hans Heinrich, *Heinrich, 1660),* tomo V, Espasa Calpe, Madrid, 1975.

[5] Los «monjes negros» operaban con la cara cubierta para que no se reconociese su identidad. Solo informaban al Sumo Pontífice y con el tiempo se convirtieron durante algunos siglos en la mano ejecutora de la Santa Alianza.

do el cónclave volvió a reunirse tras la muerte del papa Pío IV el 9 de diciembre de 1565. Curiosamente, y tras tres semanas de cónclave, el cardenal Carlos Borromeo, hombre de confianza del Papa fallecido, decidió defender la candidatura del cardenal Ghislieri, quien contaba con el apoyo del rey Felipe II. Desde hacía años, Ghislieri recibía de la Corona de España la subvención de 800 ducados [6].

El 7 de enero de 1566, el cardenal Ghislieri era elegido Papa, y adoptaba el nombre de Pío V. El entonces embajador de España dijo: «Pío V es el Papa que requieren los tiempos». Felipe II aprobaba también la llegada de un aliado al Trono de Pedro. Su nombramiento suponía la victoria de todos aquellos que deseaban un Pontífice austero y piadoso pero a su vez capaz de luchar y actuar con suma energía contra la Reforma protestante. Lo que sí era cierto es que el papa Pío V iba a utilizar su amplia experiencia al frente de la Inquisición para crear un servicio de espionaje efectivo, implacable y de obediencia ciega a las órdenes supremas del Pontífice.

La primera función de los agentes de la Santa Alianza, nombre dado por el propio Papa a su servicio secreto en honor de la alianza entre el Vaticano y la reina católica María Estuardo, no era otra que la de obtener información de posibles movimientos políticos e intrigas dirigidas desde la corte de Londres. Los informes que estos recababan eran enviados a aquellos poderosos monarcas que apoyaban el catolicismo y el poder pontificio ante el cada vez más extendido protestantismo. El principal cometido de los espías del Papa era prestar sus servicios a la reina María Estuardo con el fin de intentar restaurar el catolicismo en Escocia, la cual se había declarado presbiteriana en el año 1560, y luchar contra el protestantismo. Pío V entendía que su principal enemigo era la Iglesia cismática de Inglaterra, representada por la reina Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena.

El rey Enrique VIII había roto con la Iglesia católica en 1532, cuando pidió al papa Clemente VII (19-XI-1523/25-IX-1534) permiso para poder divorciarse de la reina Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos y tía del emperador Carlos I de España y V de Alemania, y casarse con su amante Ana Bolena [7]. El Pontífice estudió la carta en

[6] Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo,* Espasa Calpe, Madrid, 1998. [7] VV.AA., *Dictionary of Beliefs and Religions,* W. & R. Chambers Ltd., Londres, 1992.

viada por el monarca de Inglaterra, un viejo pergamino de sesenta por noventa centímetros y con la firma como aval de setenta y cinco altas personalidades del reino. Del documento pendían setenta y cinco cintas de seda roja con setenta y cinco sellos de lacre [8].

En el escrito, Enrique VIII expresaba su deseo de contraer matrimonio con su amante y pedía el permiso papal para divorciarse de su actual esposa, la reina Catalina de Aragón. La petición fue denegada por Clemente VII, lo que provocó la ira y el rechazo de Enrique VIII a la Iglesia católica. El rey de Inglaterra decidió contraer matrimonio con Ana Bolena y anuló su matrimonio con Catalina, a pesar del rechazo de Roma.

El cisma definitivo se provocó el 15 de enero de 1535, bajo el pontificado de Pablo III, cuando, para darle una base jurídica a su nueva supremacía eclesiástica, Enrique VIII había convocado a los sabios de todas las universidades del país y al clero para que declarasen públicamente que el Papa romano no tenía ningún derecho divino o autoridad alguna sobre Inglaterra. Las bases reales de la nueva Iglesia eran las de una Iglesia católico-anglicana bajo la autoridad de la Corona.

Los cinco años de reinado de María Tudor hasta su muerte, acaecida el 17 de noviembre de 1558, fueron bastante intensos. Guerras, ejecuciones, rebeliones internas, golpes de Estado y conflictos religiosos sembraron el reino. La misma noche de la muerte de la reina María, su hermana Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, fue proclamada reina de Inglaterra.

Gran parte de la población recibió con júbilo la llegada de la nueva reina, en parte por el mal recuerdo dejado por María Tudor, a quien popularmente bautizaron como María la Sanguinaria *(Bloody Mary)*. Desde su llegada al trono, María había estado decidida, con el apoyo de Pablo IV y el rechazo del embajador de España, a implantar a sangre y fuego el catolicismo, pero para ello debía cortar antes las cabezas de los que habían defendido la Reforma.

Muchos de los obispos protestantes, a los que María Tudor definía como «malos pastores que habían llevado a sus ovejas a la perdición» [9], serían los primeros en ser quemados en la hoguera por delito

[8] Eric Frattini, *Secretos vaticanos,* EDAF, Madrid, 2003. [9] VV.AA., *Dictionary of Beliefs and Religions,* ob. cit.

de herejía. El ex obispo de Londres, Ridley, el mismo que poco tiempo antes había proclamado reina de Inglaterra a Jane Grey y bastarda a María Tudor, fue quemado vivo el 16 de octubre de 1555 en una plaza de la ciudad de Oxford. A la hoguera también le acompañaría el ex obispo de Worcester, Latimer. Otra de las ejecuciones ordenadas por la reina, y que causaría sorpresa incluso en Roma y en el Parlamento de Inglaterra, sería el ajusticiamiento el 21 de marzo de 1556 de Thomas Cranmer, el ex obispo de Canterbury y que en el pasado pronunciara la anulación de la boda del rey Enrique VIII con Catalina de Aragón y consumara la ruptura definitiva con el poder papal de Roma.

El 15 de enero de 1559, Isabel I fue coronada como reina de Inglaterra, y el 8 de mayo inauguraba la sesión del Parlamento en donde pedía la aprobación de las leyes que permitían el restablecimiento del protestantismo en todo el país y sus dominios. Roma y su Iglesia católica, dirigida por un anciano de ochenta y tres años, el papa Pablo IV, no tenían ya fuerza para presionar ante

el cambio religioso que se avecinaba nuevamente en Inglaterra [10].

De lo que sí estaba seguro el Pontífice era de que la única baza para mantener un islote católico en la protestante Inglaterra era apoyar a la reina de Escocia, María Estuardo. Esta se convertiría en los años siguientes en tan solo un títere de las conspiraciones desatadas entre el papa Pablo IV y sus sucesores, el poderoso y monacal rey Felipe II de España, el caprichoso rey Carlos IX de Francia, el insignificante e inculto Fernando de Austria y el que sería heredero de la Corona escocesa y traidor a su propia madre, el príncipe Jacobo.

El círculo comenzó a cerrarse para María Estuardo cuando los dos hombres más cercanos a ella se convirtieron en espías de poderosas potencias con importantes intereses en Escocia. El 29 de julio de 1565 contrajo matrimonio con el católico Enrique Darnley. El nuevo rey consorte de Escocia era un hombre alto, fuerte y rubio que atraía a las mujeres, pero de escasa cultura. Darnley, el nuevo monarca de Escocia y quien compartía el lecho con la reina, era una marioneta en manos

[10] Samuel Doran, *Monarchy and Matrimony: The Counterships of Elizabeth I,* HarperCollins, Nueva York, 1996.

de sir Francis Walsingham, el jefe de los espías de Isabel, y en las de los nobles escoceses. En síntesis, Darnley era un cobarde [11].

Por otra parte, María Estuardo hacía amistad a finales de 1565 con un joven piamontés de piel oscura llamado David Rizzio, que formaba parte del séquito del embajador de Saboya, el marqués de Moreta, en su visita a Escocia [12]. Tiene veintiocho años, ojos redondos y verdes, lo que llama la atención de una reina aficionada a la belleza de los hombres. Rizzio domina las artes de la música y la poesía, el laúd y los versos, pero también es sacerdote y uno de los espías más activos de la recién creada Santa Alianza [13].

María Estuardo pide al embajador de Saboya que le ceda para su divertimento privado al joven Rizzio. Poco a poco, el piamontés va ascendiendo en el séquito: de simple cantante pasa en pocos días a convertirse en «ayuda de cámara» de la reina y a cobrar setenta y cinco libras anuales. Rizzio, gracias a su puesto cercano a la reina, tiene acceso directo a sus documentos más secretos.

La reina encuentra en el italiano lo que no halla en su esposo, Enrique Darnley. Rizzio tiene las ideas muy claras, tiene cultura artística; domina el latín; el francés y el italiano los habla con fluidez, y el inglés, con soltura. A pesar de contar con el apoyo regio, el espía sigue comiendo en la mesa de los criados; pero la oportunidad de cambiar esta situación se le presenta cuando la reina cesa a su secretario privado. Raulet, hasta entonces el hombre de mayor confianza de María Estuardo, fue despedido por la reina

cuando descubrió que este hacía oídos sordos a las continuas denuncias de varios nobles escoceses sobre los «sobornos» ingleses.

Walsingham, el jefe del espionaje isabelino, dedicaba una gran parte de los fondos de la Corona a sobornos con los que poder captar agentes infiltrados en la corte escocesa. Ahora el despacho de Raulet era ocupado por David Rizzio y, a pesar de ser un fiel defensor de la Contrarreforma e informar de cualquier movimiento inglés

[11] John Eliot y Laurence Brockliss, *The World of the Favourite,* Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1999.
[12] Stefan Zweig, *Maria Stuart,* Williams Verlag AG, Zurich, 1976.
[13] Alison Weir, *Mary, Queen of Scots, and the Murder of Lord Darnley,* Random House Ltd., Londres, 2003.

o escocés al papa Pío V, se dedica en cuerpo y alma a servir a la reina María.

El espía de la Santa Alianza va acaparando mayor poder, y Darnley lo sabe. El esposo de la reina no ignora que si quiere quitarse de en medio a Rizzio deberá antes consultarlo con Walsingham y este a su vez con Isabel. Sabe que solo así podrá estar cubierto en caso de que el asesinato del piamontés sea descubierto por la reina, su esposa.

Rizzio y su hermano José, a quien se ha traído desde Italia para que le acompañe, ha entrado a formar parte del círculo de espías de la Santa Alianza en Escocia. Su misión, por orden del Papa, es recabar información sobre John Knox, un alumno de Calvino y que supera a este en ortodoxia e integrismo. Para Pío V, Knox puede ser el único obstáculo para evitar que Escocia vuelva bajo el manto protector de la Iglesia católica de Roma. John Knox, según los informes del espionaje papal, era un antiguo sacerdote católico sin importancia que había decidido sumergirse en la Reforma. Para este integrista, Calvino y George Wishart habían sido sus maestros, sus luces espirituales, hasta que la reina regente de Escocia decidió quemar a Wishart en la hoguera. Aquel acto engendró en Knox el integrismo que practicaba ahora, pero también provocó un profundo y visceral odio hacia la casa Estuardo.

John Knox se convirtió, a la muerte de su maestro, en el líder de la llamada «Sublevación contra la Regente». Las tropas francesas que desembarcaron en Escocia para ayudar a María de Guisa capturaron a Knox y lo enviaron a galeras [14].

Tras su liberación se refugia en tierras calvinistas, en donde aprende a usar la palabra, el odio implacable a todo lo luminoso, y apenas regresa a Escocia consigue arrastrar a los lores y al pueblo hacia las aguas profundas de la Reforma. José, el hermano de David Rizzio, informa al Papa de los movimientos de Knox y escribe en un documento:

Cada domingo desde el púlpito de Saint Gilles y convertido en un profeta escocés

truena odios y maldiciones contra los que no escuchen su prédica. Celebra de forma infantil cualquier derrota sobre un católico o de otro adversario de diferente religión. Cuando un enemigo ha sido asesinado, Knox habla de la mano de Dios. Cada domingo al terminar su discurso alaba a Dios y le pide

[14] Stefan Zweig, *Maria Stuart,* ob. cit. que acabe pronto con el reinado de los usurpadores Estuardos, así como con la reina que ocupa un trono que no debe [15].

Es David Rizzio quien informa al papa Pío V sobre el encuentro entre John Knox y la reina María Estuardo:

«El encuentro sucedió en Edimburgo entre la católica creyente reina de Escocia y el fanático protestante John Knox. El predicador se vuelve descortés y acusa a la Iglesia católica romana de la puta que no puede ser la esposa de Dios. Estas palabras ofenden a la reina María» [16]. La Santa Alianza informa a los hermanos Rizzio de que aumenten sus medidas de seguridad; al parecer se han hecho demasiados enemigos en muy poco tiempo y el espionaje del Papa no quiere perder a tan preciados agentes. Dos de los principales enemigos de los italianos y de la Contrarreforma en Escocia serían los propios cancilleres de la reina: Moray, el hermanastro bastardo de la soberana, y William Maitland, ambos de religión protestante.

Pronto los espías de la Santa Alianza descubren, por medio de un traidor, que la reina Isabel I de Inglaterra ha estado sobornando al canciller Moray y a varios lores para promover la rebelión en Escocia contra María. El Papa solo puede avisar al monarca español Felipe II, quien informa a través de su embajador en la corte inglesa de que si esto sucediese, tal vez se vería obligado a tener que ayudar a la reina católica. El embajador, a pesar de conocerla, no ha hecho ninguna referencia a la carta enviada por el papa Pío V a la reina María Estuardo el 10 de enero de 1566: «Muy querida hija: Hemos sabido con gran alegría que vos y vuestro marido habéis dado una brillante prueba de vuestro celo al restaurar en vuestro reino el verdadero culto de Dios» [17].

Pero la cada vez más estrecha relación entre María Estuardo y su secretario David Rizzio comienza a ser incómoda para muchos de los poderosos que rodeaban a la reina de Escocia. Su matrimonio con Enrique Darnley iba cada vez peor. Darnley no solo se sentía rechazado por su esposa como pareja, sino también como rey. El esposo

[15] Walter Goetz y otros, *La época de la revolución religiosa...,* ob. cit.

[16] Alison Weir, *Mary, Queen of Scots, and the Murder of Lord Darnley,* ob. cit.

[17] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.; y Wallace MacCaffrey, *Queen Elizabeth and the Making of Policy, 1572-1588,* Princeton University Press, Princeton, 1981.

de María Estuardo se sentía decepcionado por no haber sido proclamado rey de Escocia con pleno derecho, sino solamente a título honorífico.

Felipe II había enviado una carta a su embajador Guzmán de Silva indicándole que «debía hacer saber a la reina de Escocia que debía actuar con moderación [hacia Rizzio] y evitar todo lo que

pudiese irritar a la reina de Inglaterra». Este texto cayó en manos de Isabel I gracias a un infiltrado en la casa del embajador español y fiel a Randolph, el embajador inglés. Realmente, Felipe II no conocía el temperamento de María Estuardo, el cual pondría en un serio aprieto al espía del Papa. Durante un encuentro de cama entre el propio Rizzio y María de Escocia, el italiano le hizo saber que había descubierto que los ingleses habían estado pagando a los rebeldes en Escocia [18].

El embajador inglés, por su parte, no sabía que había sido David Rizzio y su hermano quienes habían descubierto a principios de febrero de 1566 que a través del embajador Randolph se había financiado la evasión a Inglaterra de los rebeldes escoceses que se habían intentado sublevar contra la reina el año anterior. Con el informe redactado por Rizzio, el día 20 de febrero del mismo año, la reina María Estuardo convocó al embajador inglés ante su presencia.

María Estuardo tiene, gracias a los espías italianos, un abultado informe sobre el apoyo y el papel desempeñado por el diplomático inglés en los disturbios escoceses sucedidos el año anterior. Expulsar a un embajador no es hoy una tarea fácil, pero mucho menos lo era en el siglo XVI, no si querías evitar las consecuencias de ello, y María Estuardo no las calculó. Al día siguiente de la expulsión, María envía a Isabel I una carta exculpándola de todo, a pesar de saber que si el embajador Randolph era la mano ejecutora, Isabel era el cerebro de la operación. Incluso los casi tres mil escudos utilizados por los hombres de Walsingham para sobornar a los que ayudaron en su huida a los rebeldes escoceses salieron de las arcas privadas de la reina inglesa, pero la soberana de Escocia tiene siempre presentes las palabras del monarca español en lo que respecta a no hacer nada que pueda alterar a Isabel [19].

[18] Alison Weir, *Mary, Queen of Scots, and the Murder of Lord Darnley,* ob. cit.

[19] Robert Naunton, *Fragmenta Regalia or Observations on Queen Elizabeth, Her Times and Favourites,* Cerovski Publishers, Toronto, 1985.

María Estuardo escribe a Isabel I el 21 de febrero de 1566:

Señora, mi buena hermana: De acuerdo con la sinceridad que siempre he usado con vos he creído deber escribir estas palabras por las cuales seréis informada de las malas costumbres de vuestro ministro aquí, Randolph. He sido seguramente advertida [por Rizzio y la Santa Alianza] de que, en lo más fuerte de los disturbios que mis rebeldes suscitaron, el dicho Randolph los socorrió con la suma de tres mil escudos para sobornar a personas y fortalecerse contra mí, lo que dio ocasión a que yo, sin conservar la espina en el pie, llamara en el acto a comparecer ante mí a Randolph y a mi Consejo y le hiciera mantener el informe [confirmar la acusación] por el mismo a quien él entregó el dinero. Como me atrevo a esperar que, habiendo sido enviado por vos a prestar buenos oficios y habiéndose dedicado a lo contrario, lo estimaréis indigno de escudarse en vuestro mandato, no he querido sin embargo utilizar más acritud hacia él que enviároslo con mis cartas que os transmitirán más ampliamente mi acusación.

El 1 de marzo de 1566, el embajador Randolph abandonaba Escocia junto a su séquito, pero antes de partir ha dejado casi

preparado el golpe contra los espías del papa Pío V. Uno de los mayores aliados para la venganza será el propio esposo de la reina, Enrique Darnley.

En su viaje de regreso a Londres el embajador Randolph se detiene en la ciudad de Bestwick a la espera de órdenes de su soberana. Desde ahí envía una carta a la reina Isabel I:

[...] graves acontecimientos se preparan en Escocia. Lord Darnley [esposo de María Estuardo] está furioso contra la reina, pues ella le niega la corona matrimonial y él tiene conocimiento de un comportamiento [su relación con David Rizzio] de la reina imposible de tolerar [...] Él [Darnley] ha decidido deshacerse del causante de este escándalo [el agente de la Santa Alianza]. Ello deberá llevarse a cabo antes de la sesión del Parlamento [20].

A Darnley ya no se le invita a las sesiones especiales del Consejo de Estado, se le niega el uso de los escudos reales de Escocia y ha sido degradado a simple príncipe consorte. Pero el desprecio al esposo de María Estuardo ya no abarca solo a la propia reina, sino también a los cortesanos más próximos. David Rizzio, como secretario privado de la reina, ya no le enseña los documentos oficiales y sella con el llamado *Iron*

[20] John Eliot y Laurence Brockliss, *The World of the Favourite,* ob. cit.

Stamp, la firma real, sin consultarle. El embajador inglés ya no le trata con la dignidad de Majestad y las monedas con las caras y la leyenda *«Henricus et Maria»* han sido retiradas de circulación y sustituidas por otras que muestran la nueva leyenda *«Maria Regina Scotiae».* A todo esto se suma los rumores sobre la relación de María con su secretario, el espía David Rizzio, convertido ya en *maître de plaisir* o «maestro del placer» de la reina.

Gracias a su habilidad en hacer disfrutar a María Estuardo, el agente de la Santa Alianza muestra ademanes principescos y ejerce con arrogancia el máximo cargo del Estado, cuando hace tan solo unos meses comía con la servidumbre y dormía en los altos de los establos. Los nobles, muchos de ellos protestantes, saben que Rizzio es tan solo una pequeña pieza del papa Pío V para convertir Escocia en una nación católica dentro del gran plan de la Contrarreforma llevada a cabo por Roma [21]. Al parecer, María Estuardo se ha comprometido con Pío V a convertir Escocia en el primer país en abandonar la Reforma y volver a la gran unión católica.

El Pontífice ha dado órdenes a sus agentes para que protejan a María Estuardo de cualquier peligro que pueda impedir este importante paso.

Los nobles escoceses ven como responsable en la sombra de esta unión a David Rizzio. El embajador Randolph ya se lo comunica a su soberana cuando le dice, en la carta enviada desde Bestwick, «O Dios le depara a él [David Rizzio] un rápido final o a ellos [los nobles escoceses protestantes] una vida insoportable».

A pesar del odio que tienen al espía italiano, los nobles no

desean enfrentarse con la reina María. Conocen la dureza con la que reprimió la última rebelión, y mucho menos quieren acompañar a Moray en la suerte del destierro inglés.

Los nobles saben que si consiguen el apoyo de Enrique Darnley, el asesinato de Rizzio pasará de ser un simple crimen por celos, y por lo tanto un acto de rebelión contra la reina, a un acto patriótico en defensa de la verdadera fe (la protestante).

Los conspiradores usarán algo tan sencillo como los celos que Enrique Darnley tiene al italiano para acercarlo a su causa. Lo que no saben es que Rizzio, por orden del Papa, ha impedido que María Estuardo conceda a Darnley el derecho de regencia *(matrimonial crown)*. Pío V quiere evitar a toda costa que, si algo sucede a la reina, el regente (Darnley) pueda volverse atrás en el deseo de convertir Escocia en una nación católica. Pero nada de esto disgusta tanto a Darnley como el hecho de que su esposa, María Estuardo, no permita que la toque, mientras que sí autoriza al espía de la Santa Alianza a pasar largas veladas encerrados en el dormitorio.

María Estuardo está ya embarazada de quien años más tarde sería el rey Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra. Los conspiradores tienen, por primera vez en la historia de Escocia, el permiso de un rey para rebelarse contra su soberana. Los nobles conspiradores prometen quitar el poder de manos de María Estuardo y entregárselo a Darnley como nuevo rey de Escocia. Este, por su parte, promete concederles el indulto y les premiará con nuevas propiedades una vez que asuma la Corona de Escocia. Los espías de Walsingham informan de que «la reina [María Estuardo] está arrepentida de su matrimonio con Enrique Darnley. Se habla de entregar la Corona de Escocia a él [Darnley] quiera o no la reina. Sé que si estas llegan a buen término en los próximos días le habrán cortado el cuello a Rizzio con el consentimiento del rey» [22].

Darnley ni siquiera desea la muerte del espía del Papa por cuestiones políticas, sino por simples celos del hombre que le ha arrebatado la confianza de su esposa y el sello real. Moray prepara su regreso a Escocia una vez que se haya dado el golpe y el fanático John Knox ha escrito ya su sermón alabando la muerte o, mejor dicho, ejecución de un miserable católico [23].

Es 9 de marzo de 1566, por la tarde, en el castillo de Holyrood. David Rizzio ha recibido esa misma mañana una advertencia de uno de sus espías, pero no hace caso. Sabe que si pasa todo el día al lado de la soberana nada puede importunarle. Nadie se atrevería a levantar su arma o su mano contra él en presencia de la reina María; pero se equivoca [24].

[22] John Eliot y Laurence Brockliss, *The World of the Favourite,* ob. cit.

[23] Manuel Carbonero y Sol, *Fin funesto de los perseguidores y enemigos de la Iglesia, desde Herodes el Grande hasta nuestros días,* Librería y Tipografía Católica, Barcelona, 1878.

La tarde pasa rápido. María Estuardo lee en su dormitorio situado en el cuarto piso de la torre. Enrique Darnley invita a Rizzio a jugar a las cartas. Realmente, el italiano no sospecha nada. A la mesa situada en el dormitorio real se sientan varios nobles, la hermanastra de la reina y, frente a ella, el secretario Rizzio vestido con una casaca damasquinada. La conversación es agradable y una música inunda el pequeño salón. Una pequeña puerta del fondo, situada tras una cortina, se abre para dar paso a Darnley, que se sienta al lado de su esposa. La puerta ha quedado abierta a propósito sin el cerrojo.

Segundos después la cortina se abre bruscamente y en la sala aparecen con espada y cuchillo en mano los conspiradores. El primero en entrar con la espada desenvainada y ser reconocido por la reina es lord Patrick Ruthven.

La reina se levanta, derribando la silla en la que estaba sentada, y recrimina a Ruthven su entrada con la espada fuera de su funda ante ella. El noble escocés le dice que nada tema; su irrupción solo afecta al espía italiano. Rizzio se ha levantado, pero ni siquiera va armado. Solo la reina puede protegerle. Darnley se echa hacia atrás como para alejarse de la pelea que se avecina. María Estuardo se interpone ante Ruthven, que busca con la mirada a Rizzio, y le increpa para que deponga su arma. El escocés solo le responde: «Preguntad a vuestro esposo».

La reina dirige entonces su mirada a su esposo, que está escondido tras una cortina y quien solo consigue responder entre balbuceos: «No sé nada de este asunto».

Ahora a Ruthven se unen nuevos nobles conjurados con espada en mano que ascienden por la estrecha escalera de caracol que sube hasta el salón de la reina. Rizzio intenta escapar, pero es retenido por el brazo.

Los sublevados gritan a la reina que Rizzio es un espía del Papa y que debe morir por ello. María Estuardo responde que si algo debe reclamarse a David Rizzio debe ser a través del Parlamento. Ruthven sujeta por los brazos al italiano mientras otro de los conjurados le coloca una soga alrededor. Arrastrado, se aferra al vestido de su reina, que se desgarra por la presión de sus aterrorizados dedos.

María sigue luchando; uno de los rebeldes le apunta con una pistola. Un manotazo dado por Ruthven hace que el disparo se eleve sobre la cabeza de la reina y se empotre en el muro. Darnley sujeta a la reina, que se ha desplomado. El cuerpo de Rizzio es arrastrado por las pequeñas escaleras, golpeando la cabeza contra los peldaños.

Una vez fuera del dormitorio real, los conjurados se arrojan sobre el espía de la Santa Alianza. Una primera cuchillada le entra

por el costado izquierdo; la segunda le atraviesa la mano derecha, cuando intenta cubrirse el rostro, y se le clava en el cuello. Sangrando, se levanta pesadamente cuando una cuchillada le corta la yugular. Un grito ahogado por la sangre intenta salir por su boca. Ruthven lanza una certera estocada que le atraviesa el corazón. Rizzio está muerto [25].

María Estuardo, sujeta por su esposo, no para de gritar contra los conjurados y también contra el traidor de su marido. Darnley le reprocha al oído el que le haya apartado de su lecho a cambio de Rizzio, mientras Ruthven ha entrado en la sala con la espada aún chorreando sangre del italiano. Con voz baja y profunda, y dirigiéndose al noble escocés y a su traidor esposo, María Estuardo les repite una y otra vez que han firmado su sentencia de muerte. Su venganza será terrible [26].

Los gritos y el ruido de las espadas al chocar han hecho que James Bothwell, al mando de la Guardia de Corps de la reina, intente entrar en la habitación, pero la encuentra cerrada. Tras dar un pequeño rodeo, Bothwell y Huntley, su segundo, han saltado por la ventana espada en mano. Enrique Darnley les tranquiliza diciendo que tan solo han matado a un espía del papa Pío V, quien deseaba facilitar el desembarco de tropas españolas en Escocia. De un solo golpe, María Estuardo ha sido apartada de la Corona de Escocia y se ha cortado la línea directa entre la reina y el Papa con el asesinato de Rizzio.

El 19 de junio de 1566 nace Jacobo, el heredero de la Corona de Escocia. María ha dado a luz en el mes de junio, lo que quiere decir que debía de haber sido engendrado en septiembre de 1565. Durante aquel mes se sucedió la rebelión de Escocia y María Estuardo había expulsado desde hacía semanas de su lecho a Enrique Darnley, con quien había contraído matrimonio en julio de ese mismo año. David Rizzio apareció en la corte escocesa a mediados del mes de septiembre, por lo que

[25] Stefan Zweig, *Maria Stuart,* ob. cit.
[26] Robert Naunton, *Fragmenta Regalia...,* ob. cit.

podría ser probable que Jacobo VI fuese realmente hijo del espía de la Santa Alianza. María Estuardo, muy inteligentemente, perdona a Darnley, lo que hace que recupere la corona y la libertad, y permite el regreso de Moray a Edimburgo; pero la Santa Alianza no está dispuesta a permitir el asesinato de uno de sus miembros sin vengarlo.

El Papa ha dado orden expresa a sus agentes de averiguar quién había sido el conspirador que dirigió el asesinato de Rizzio, y Enrique Darnley aparecía en el puesto número uno en la lista de sospechosos [27].

Existen varias versiones sobre quién fue el que realmente ordenó

ejecutar la venganza contra los asesinos de David Rizzio, pero fuera quien fuera no sabía que esto sería un paso más hacia la caída de María Estuardo como reina de Escocia [28].

Isabel I de Inglaterra debía presentar ante el Parlamento la ley de sucesión. En esta debía decidirse el nombre de la persona que sucedería a la reina una vez que la soberana hubiese muerto. María Estuardo creía que ese derecho debía recaer en ella, pero para ello no podía cometer ningún error que pusiese en peligro esa decisión. Cada vez más los ciudadanos de ambas naciones veían a Jacobo como el príncipe de Escocia e Inglaterra, algo que disgustaba a Isabel; pero María piensa en cómo romper el círculo de enemigos que la rodean y vengar la muerte de su fiel servidor Rizzio.

Enrique Darnley, su traidor esposo, sabe que no puede poner en peligro al niño que lleva María Estuardo en sus entrañas; al fin y al cabo, ese niño será el futuro rey de Escocia y, si la suerte le acompaña, el futuro rey de Inglaterra. Para ello acaba con el encierro de la reina y permite que sea asistida por un médico y dos ayudantes. María utiliza a una de las enfermeras para comunicarse con sus dos hombres de confianza, Bothwell y Huntley. El círculo de conspiradores se vuelve cada vez más débil cuando María Estuardo consigue acercar a su causa al mismísimo Darnley.

Cuarenta y ocho horas después del asesinato, todo está olvidado. El espía de la Santa Alianza ha sido enterrado en algún lugar secreto y la reina María ha sido obligada a firmar el perdón de los conspiradores. Ahora es el momento de comenzar a diseñar la venganza.

[27] Alison Weir, *Mary, Queen of Scots, and the Murder of Lord Darnley,* ob. cit. [28] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

Los cuatro primeros objetivos serán Ruthven, el noble que agarró por los brazos a Rizzio; Fawdonshide, el que apuntó y disparó con su pistola a la reina; el tercero será John Knox, el radical predicador que llamó bastarda a la reina de Escocia, y el cuarto, Moray. Ninguno de los cuatro ignora que para ellos nunca habrá un perdón real y al mismo tiempo reconocen que los nobles no moverán un solo dedo en su ayuda, ya que saben que el hijo que lleva María en sus entrañas será el futuro monarca de un reino formado por Escocia e Inglaterra.

El papa Pío V no está dispuesto a permitir el asesinato de uno de sus agentes por cuatro protestantes, no sin venganza; en ello va la suprema autoridad del Pontífice. El antiguo jefe de la Inquisición ordena llamar entonces a su presencia al sacerdote Lamberto Macchi.

Este joven veronés, hijo de una noble familia, había tomado los hábitos cuando contaba tan solo catorce años, en los jesuitas, la Orden religiosa fundada hacía veintiséis años por Ignacio de Loyola.

En realidad había sido creada en 1540 como una fuerza de acción rápida, como una hueste de soldados dispuestos a morir por la fe y por el Papa haciendo honor a las cuatro palabras en latín que conformaba su lema: *Ad Majorem Dei Gloriam* (A la Mayor Gloria de Dios) [29].

Ignacio de Loyola la había fundado bajo tres premisas claras: la primera, estar siempre dispuestos a responder a la llamada del Papa, en cualquier momento y lugar. Los jesuitas serían desde entonces los llamados «Hombres del Papa». La segunda, ser soldados del Papa. Sus miembros debían prepararse para ser hombres devotos, pero también para ser soldados de Dios. Los jesuitas eran ahorcados en las plazas de Londres, arrancadas las entrañas en Etiopía, devorados vivos por los iroqueses en el Canadá, envenenados en Alemania, flagelados hasta morir en Tierra Santa, crucificados en Siam, dejados morir de hambre en Sudamérica, decapitados en Japón o ahogados en Madagascar, pero el espíritu de aventura en el nombre de Dios es lo que hizo que el joven noble Lamberto Macchi se uniese a las huestes jesuitas.

Para Ignacio de Loyola era muy importante alcanzar la polivalencia entre sus miembros siempre al servicio del Pontífice. El Papa y el

[29] Malachi Martin, *The Jesuits. The Society of Jesus and the Betrayal of the Roman Catholic Church,* Simon & Schuster, Nueva York, 1988.

fundador necesitaban intelectuales; necesitaban químicos, biólogos, zoólogos, lingüistas, exploradores, profesores, diplomáticos, confesores, filósofos, teólogos, matemáticos, artistas, escritores o arquitectos; pero también comandantes, agentes de inteligencia, espías y correos especiales, y para esto último Macchi era un experto. Educado como hijo de un rico comerciante, había aprendido el arte de la espada mientras estudiaba filosofía; aprendió el uso de explosivos mientras estudiaba teología; aprendió el arte del asesinato mientras estudiaba otras lenguas.

El Papa ordenó al jesuita Lamberto Macchi que viajase hasta la corte de Escocia con el fin de investigar y descubrir a los asesinos de Rizzio. Acompañado por otros tres jesuitas, Macchi sabía cuál sería su objetivo una vez que tuviese la lista de los asesinos del espía de la Santa Alianza. Para él, acabar con la vida de cuatro protestantes era más una cuestión religiosa que personal; al fin y al cabo, la orden venía del propio Papa. En su equipaje portaba un *Informi Rosso* que le daba carta blanca en cualquiera de sus acciones en el nombre de la fe. El nombre de este documento procedía de la época en la que el Papa era el general de la Inquisición en Roma.

El contacto de Macchi en la corte de Escocia no era otro que el propio conde Bothwell, el jefe de la guardia de la reina María y que ahora realizaba las funciones de asesor entre consejeros y una especie de regente del reino, algo que a los británicos en general y a

la reina Isabel I de Inglaterra en particular disgustaba enormemente [30]. Algunos nobles dentro del reino se quejan de que Bothwell tiene mucha más arrogancia que el italiano David Rizzio, pero la diferencia es que este conoce quiénes son sus enemigos, uno de ellos el propio esposo de la reina, Enrique Darnley. Moray es ahora su aliado, lo que le enfrenta abiertamente con Darnley, que ha comenzado a mandar cartas acusatorias a la reina Isabel en las que proclama que su esposa, María Estuardo, es una reina poco segura en lo que respecta a la fe y que ofrece Escocia a Felipe II como verdadero protector del catolicismo.

A finales de septiembre, Darnley ha tomado la seria decisión de abandonar Escocia, al negársele la condición de rey. A María Estuardo esta situación la pone en un serio compromiso. Enrique Darnley no

[30] Robert Naunton, *Fragmenta Regalia...,* ob. cit.

puede abandonar Escocia nada más ser bautizado el heredero en el castillo de Stirling, y más tras los continuos rumores sobre la verdadera paternidad del príncipe Jacobo. El todavía esposo de la reina no tiene aún decidido bajo qué manto de protección se refugiará, si bajo el de Isabel I de Inglaterra o el de Catalina de Médicis en Francia. Como contragolpe, María Estuardo ha enviado una carta diplomática a Catalina en la que acusa a su esposo de posible traición.

Mientras esto sucede, el agente de la Santa Alianza Lamberto Macchi y sus tres acompañantes se han refugiado en una casa en Edimburgo bajo la protección de los hombres de Bothwell a la espera de poder actuar. Poco antes de finalizar el año 1566, María Estuardo, aconsejada por Moray y Bothwell, firma el perdón para los conjurados que asesinaron a Rizzio; pero Macchi no está dispuesto a hacerlo. El jesuita tiene una orden expresa del Papa y debe cumplirla sin discusión ni duda. Para Lamberto Macchi una orden pontificia es un dogma de fe.

Moray está también en su punto de mira como uno de los instigadores, y Darnley sabe que, a pesar de la publicidad que se ha dado en la corte al perdón real, él será la primera presa de los vengadores, por lo que decide huir y refugiarse en el castillo de su padre en Glasgow [31].

Bothwell solo tendrá que poner al alcance de los enviados del Papa a los conjurados y serán ellos quienes los ejecuten, pero también sabe que solo él será el responsable de los crímenes ante Dios, ante su reina y ante el pueblo de Escocia, un riesgo y una carga que está dispuesto a asumir.

El 22 de enero de 1567, Enrique Darnley cae gravemente enfermo de sífilis, pero se mantiene escondido en Glasgow bajo la

protección de su padre, el conde de Lennox. Todavía convaleciente, María Estuardo va a buscar a su esposo para que regrese a Edimburgo, dándole escolta personal. Aun así, Darnley sabe que en cualquier momento puede ser atacado por los seguidores de Bothwell, los enviados del Papa, o por sus antiguos compañeros de conjura que están en Escocia tras recibir el perdón real y a los que él ha dejado en la estacada [32]. Realmente, Darnley desconoce que su regreso a Edimburgo es también su camino de encuentro con la muerte, ya que no saldrá vivo de la capital escocesa.

[31] Stefan Zweig, *Maria Stuart,* ob. cit.
[32] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

Los vengadores de la Santa Alianza deben acabar con el esposo de María Estuardo si quieren cortar de un solo tajo con todos los que participaron en la conjura contra David Rizzio. El escenario elegido para el golpe no es otro que la propia casa de Darnley, una residencia de típica construcción de la época isabelina, apartada, en el barrio de Kirk O'Field, a la que se llega a través de un estrecho y oscuro camino conocido como el «sendero de los bandidos» [33].

El interior de la casa está decorado con una hermosa galería, chimeneas ornamentadas, exquisitos tapices, elegantes cuberterías de plata con el escudo real de Escocia, alfombras persas y una confortable cama que María de Guisa trajo consigo desde Francia [34]. Lamberto Macchi y los suyos no podrán acercarse demasiado a Darnley, por lo que el golpe deberá realizarse mediante explosivos. El día elegido para el primer acto de la venganza será la noche del domingo 9 al lunes 10 de febrero de 1567.

Aquella noche la reina María Estuardo da un gran baile y banquete en honor de dos de sus más fieles servidores, que han contraído matrimonio. Por supuesto, lord Darnley y su séquito de confianza están invitados, algo que dejará bastante tiempo para preparar el ataque al quedar la residencia de Kirk O'Field sin vigilancia [35].

El consejero Moray ha desaparecido de Edimburgo misteriosamente y Bothwell no aparece por ninguna parte, algo que es detectado no solo por los nobles que acuden a la fiesta, sino también por un Darnley aún debilitado por la enfermedad. Pasadas las once de la noche, Enrique Darnley se retira agotado, pero la reina no permite que pase la noche en la residencia real de Holyrood, por lo que debe regresar a su fría mansión de Kirk O'Field.

Los ejecutores de la Santa Alianza, ayudados por Bothwell, han colocado una gran carga de pólvora en los pilares que sujetan la estructura de la casa.

Sobre las dos de la mañana la tierra tiembla en Escocia. Incluso la onda expansiva se ha notado tras los gruesos muros de la

residencia de la reina María. De repente la puerta del dormitorio de María Estuardo

[33] Alison Weir, *Mary, Queen of Scots, and the Murder of Lord Darnley,* ob. cit.

[34] Sir Banister Fletcher, *Historia de la Arquitectura por el Método Comparado,* Parte II, vol. 1, Editorial Canosa, Barcelona, 1931.

[35] Stefan Zweig, *Maria Stuart,* ob. cit.

se abre violentamente y aparece un criado que, extenuado, le informa de que la residencia del rey en Kirk O'Field ha volado por los aires [36]. Escoltada por una guardia armada, María encabeza una partida que se dirige a toda velocidad al lugar en donde hasta hace pocas horas se erigía una gran casa señorial rodeada de verdes prados y donde ahora solo se muestra un gran cráter y tierra quemada y negruzca a su alrededor. Los cuerpos esparcidos de los criados de Enrique Darnley aparecen a cientos de metros del lugar de la explosión. El cadáver del rey es encontrado en el interior de un riachuelo que fluye a pocos metros junto al de un sirviente entre los restos retorcidos de su cama y con varios de sus trozos incrustados en su carne. Las heridas provocadas en el cuerpo del rey consorte de Escocia por la explosión no permiten ver las marcas dejadas por la fina cuerda con la que ha sido estrangulado [37]. El sistema de nudo utilizado para matar a Darnley y a su criado era el mismo que el usado por los miembros de la secta de los *ashishin* en las montañas de Alborz, al noroeste de Teherán y al noreste de Qazvin. El explorador Marco Polo había visitado el castillo de Alamut, en donde operaban los *ashishin* [38], en el año 1273. Sus secretos, sus sistemas y formas de asesinar, incluidas las más de treinta y dos formas de estrangulamiento, quedaron escritos en uno de sus diarios de viaje [39]. Parte de este texto sería recuperado por el jesuita Matteo Ricci durante uno de sus viajes a esta parte del mundo siguiendo los pasos del veneciano [40].

Los cuatro hombres de la Santa Alianza, entre los que se encuentra José Rizzio, el hermano de David, se alejan de Edimburgo a caballo tras haber encendido las mechas. La deflagración no hace siquiera que

[36] Alison Weir, *Mary, Queen of Scots, and the Murder of Lord Darnley,* ob. cit.

[37] Véase en las páginas centrales el croquis dibujado de la escena del crimen al día siguiente del atentado en Kirk O'Field, el 10 de febrero de 1567, por un autor desconocido para la comisión investigadora.

[38] Esta secta mítica, los *ashishin,* es la que ha dado nombre a los actuales «asesinos».

[39] Edward Burman, *Assassins: Holy Killers of Islam,* HarperCollins Publishers, Nueva York, 1987.

[40] Tanto el texto sobre el viaje de Marco Polo en 1273 al castillo de Alamut como el diario de viaje del jesuita Matteo Ricci quedaron bajo la vigilancia papal y se incorporaron al llamado *Index Librorum Prohibitorum* por orden de Pablo IV en 1557. Ambos textos serían recuperados misteriosamente durante el pontificado de Pío V.

vuelvan la vista atrás. Lamberto Macchi sabe perfectamente cuál será el resultado. La primera parte de la venganza se ha cumplido y así se hace saber al Sumo Pontífice en Roma.

El 15 de mayo de 1567, y todavía de luto, María Estuardo contrae matrimonio con Bothwell, a quien todos señalan como responsable intelectual del asesinato de Enrique Darnley. El 6 de junio, un grupo de lores se subleva contra la posibilidad de que Bothwell sea coronado como rey de Escocia; nueve días después, y tras una confusa batalla en la colina de Carberry, Bothwell emprende la huida y María Estuardo es hecha prisionera [41].

Tras una serie de acontecimientos, las relaciones entre Isabel I y Felipe II fueron de mal en peor, y no contribuyó a mejorarlas el informe del papa Pío V, recibido en la corte de Madrid, en donde informaba al poderoso monarca de la implicación de la Corona inglesa en los hechos acaecidos en Escocia y que acabaron con el destronamiento de la católica María Estuardo [42]. Lo que sí estaba claro es que 1568 sería el *annus horribilis* del reinado de Felipe II, y las actuaciones de la Santa Alianza no iban a mejorarlo. Para el mayor protector de la cristiandad todo aquel asunto era realmente una «complicación inglesa».

Estaba claro que la protestante Isabel de Inglaterra no iba a levantar su mano contra la católica María teniendo tan cerca, en Bruselas, a los ejércitos españoles liderados por el duque de Alba. Felipe II mostraba así su poderío ante el resto de las naciones.

La búsqueda de los otros conjurados continuaba en la mente de Lamberto Macchi y sus hombres. En su bolsillo permanecía envuelto en terciopelo rojo el documento papal que les protegía y en donde estaba escrita la misión. El pergamino debía ser destruido una vez que se cumpliese la venganza o devuelto al Papa si esta no era completada. Los siguientes objetivos del religioso de la Santa Alianza serían lord Patrick Ruthven, lord Fawdonshide, que apuntó con una pistola a la reina; lord Moray, el huidizo y hábil hermanastro de la reina María Estuardo, y John Knox, el radical predicador.

El siguiente en caer sería Fawdonshide. Esta vez Lamberto Macchi y sus tres seguidores no tienen que buscar demasiado. Fawdonshi

[41] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit. [42] Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo,* ob. cit.

de, el mismo que tuvo valor para levantar su arma contra la reina, se encuentra escondido en una pequeña casa a las afueras de Lochleven en donde ha esperado su muerte confortablemente. Sin resistencia es llevado hasta un árbol próximo y colgado por el cuello [43]. El noble escocés aún patalea colgado por la soga mientras los cuatro jinetes de la Santa Alianza se alejan en busca de una nueva víctima. El nombre de Fawdonshide es tachado con sangre roja del *Informi Rosso*.

Moray caería el 11 de enero de 1570, víctima de una estocada que le atravesó el cuello. Macchi mojó en sangre su dedo y tachó su

nombre en el pergamino. La venganza por el asesinato de David Rizzio no se había cumplido del todo. Aún quedaban vivos John Knox y Patrick Ruthven, por lo que el *Informi Rosso* que le había sido entregado en Roma coronado con el escudo pontificio, y que Lamberto Macchi portaba en su bolsillo, no podía ser destruido todavía.

Casi un mes después, el 25 de febrero, Pío V hacía pública la bula *Regnans in Excelsis,* con la que declaraba la excomunión de la hereje Isabel I de Inglaterra [44]. Esta sentencia pontificia en la Europa del siglo XVI era realmente una medida de extrema gravedad que afectaba más al propio pueblo de Inglaterra que a la soberana. Los católicos ingleses se encontraban entre la lealtad debida a su reina y la que le debían a su fe y, por consiguiente, al Pontífice de Roma. Los protestantes ingleses se encontraban con la herramienta para acusar al Papa de «Anticristo de Roma» [45]. Lo que más preocupaba a Isabel no era el valor del documento en sí, sino que probablemente detrás de la firma papal estuviese la mano de Felipe II de España y de Carlos IX de Francia.

El monarca español envía una carta a su embajador ante la corte de Londres, Guerau de Spes, en la que se muestra sorprendido:

> [...] Su Santidad ha promulgado una bula sin consultarme en absoluto ni informarme. Yo habría podido, ciertamente, dar mejores consejos. Temo que todo esto, lejos de mejorar la situación de los católicos ingleses, conduzca a la reina y a sus consejeros a acentuar la persecución.

[43] Alison Weir, *Mary, Queen of Scots, and the Murder of Lord Darnley,* ob. cit.

[44] Eric Frattini, *Secretos vaticanos,* ob. cit.

[45] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

Para el rey de España la bula de Pío V suponía una grave intromisión en los asuntos políticos europeos. El propio Felipe II sabía que aquellos años en los que un Papa (Gregorio VII) podía obligar a un emperador a humillarse ante él, o en los que un Papa (Urbano IV) podía regalar el reino de Sicilia a un príncipe habían pasado ya. Para el monarca español, Pío V se equivocaba de siglo sin duda alguna [46].

Las consecuencias de la bula serían el martirio de miles de católicos ingleses y el fin de cualquier posibilidad de acercamiento entre Londres y Roma. A corto y medio plazo la principal víctima de aquella bula no sería Isabel I de Inglaterra, sino el propio catolicismo. Las cabezas coronadas de Europa lo sabían, pero Pío V, el monje inquisidor y creador del servicio de espionaje pontificio, no estaba dispuesto a dar marcha atrás, aunque para ello tuviese que utilizar a los asesinos de la Santa Alianza siempre en defensa de la fe. Se avecinan años oscuros.

[46] Walter Goetz y otros, *La época de la revolución religiosa...,* ob. cit.; y Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo,* ob. cit.

LOS AÑOS OSCUROS (1570-1587)

«Vuestra conducta entre los paganos tiene que ser irreprensible para que, cuando os calumnien como malhechores, con vuestras buenas obras cerréis la boca a la ignorancia de los necios.»
(I San Pedro 2, 15)

P ara Francia y España, las grandes potencias católicas de la época, y para sus dos cabezas coronadas, ya solo quedaban por ejercer dos políticas claras hacia Inglaterra a partir de la excomunión de Isabel I. La primera consistía en ayudar como fuese a los católicos ingleses a acabar con la soberana hereje y, dentro de esa posibilidad, poner en el trono a la católica María Estuardo. La segunda opción era mirar para otro lado y seguir manteniendo buenas relaciones diplomáticas con la corte de Londres. Francia se encontraba al borde de la guerra civil, con fuertes presiones a la Corona por parte del partido de los hugonotes [1].

A la reina escocesa ya no le quedaba más remedio que mirar hacia España como único aliado y posible salida de la situación en la que se encontraba.
Mientras, María Estuardo se mostraba como una de las más fervientes católicas en sus mensajes al papa Pío V y a Felipe II; como una

[1] Walter Goetz y otros, *La época de la revolución religiosa...,* ob. cit.

protestante moderada en sus mensajes a Isabel I, y como una amiga necesitada a Carlos IX.

El papa Pío V necesitaba alguien que dirigiese la conspiración contra la hereje Isabel, y para ello eligió a Roberto Ridolfi. Desde hacía años este banquero de Florencia y agente de la Santa Alianza había estado intrigando alrededor de las reinas de Escocia e Inglaterra. Rechoncho, buen conversador, culto y con importantes relaciones a ambos lados del canal de la Mancha, Ridolfi era un amigo bastante estrecho de Guerau de Spes, con quien compartía la necesidad de apoyar política y económicamente a un posible partido católico en Inglaterra [2]. Tanto el agente de la Santa Alianza como el diplomático español eran muy aficionados a la correspondencia secreta y cifrada, a los encuentros en lugares oscuros o solitarios y cosas por el estilo [3].

El plan diseñado por Roberto Ridolfi y aprobado por Pío V consistía en organizar una rebelión contra Isabel en el interior de Inglaterra, apoyada por un gran desembarco de tropas españolas en varios puntos de la costa inglesa. Estos debían concentrarse en Londres y liberar a María Estuardo con ayuda de agentes de la Santa Alianza y de hombres fieles a ella con el fin de situarla en

lugar de la hereje Tudor en el trono de Inglaterra.

Felipe II sabe ya que es el momento de intentarlo, aunque no fuese la mejor época para hacerlo. España aún no ha zanjado la rebelión de los moriscos en Granada y se encuentra en plena negociación para crear la Santa Liga para luchar contra los turcos en el Mediterráneo, en donde se han hecho fuertes en la isla de Chipre. Tal vez el monarca español aceptó el hecho de que desde la misma corte de Londres llegaban rumores de conspiración de nobles contra Isabel [4]. Los duques de Norfolk, Westmoreland, Arundel y Northumberland eran los más interesados por diferentes motivos en acabar con el reinado de Isabel.

Norfolk, el más decidido de los cuatro para llevar a cabo cualquier tipo de acción que terminase con la soberana inglesa, acababa de ser liberado de la Torre de Londres. A pesar de estar estrechamente vigila

[2] VV.AA., *La Stampa a Firenze, 1471-1550: Omaggio a Roberto Ridolfi,* L. S. Olschki, Roma, 1984.
[3] Michael Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.
[4] Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo,* ob. cit.

do, el espía florentino de la Santa Alianza y el embajador español veían en él al más apto para dirigir la gran conspiración. Norfolk había mostrado un interés inusitado en María Estuardo. Él creía posible, y así se lo había hecho saber a Ridolfi, que la reina de Escocia asumiese la Corona de Inglaterra, y si las potencias católicas, incluido Pío V, apoyaban su matrimonio con ella, la obligaría a reinstaurar la religión católica en todo el país dentro del plan de la Contrarreforma [5].

Antes de lanzarse a la aventura, Felipe II consultó el 21 de enero de 1570 con el duque de Alba. El brillante general español veía la «aventura inglesa» al otro lado del Canal como algo desatinado; pero, así y todo, el duque de Alba responde al rey Felipe II:

> Y para venir a lo que V.M. me manda en este despacho, digo hay tres maneras para invadir el reino de Inglaterra: la primera, ligándose V.M. con el rey de Francia. La segunda, haciéndolo V.M. a su aventura solo. La tercera, habiendo en Escocia o Inglaterra algunos sujetos a poder fomentar debajo de mano, y que estos abriesen el camino [6].

Ridolfi ha creado ya una auténtica red de espías que abarca desde Edimburgo a Londres, desde Glasgow a los Países Bajos. El primer contacto del espía papal con el duque de Norfolk se desarrolla a finales de noviembre o principios de diciembre de 1570. El florentino quiere un compromiso firme de que una vez que todo resulte y pueda contraer matrimonio con María Estuardo, siendo esta reina de Inglaterra, asumirá u ordenará asumir la religión católica a todos los ciudadanos de su país [7]. Pío V quiere, antes de dar su bendición a toda la operación, un compromiso de Norfolk, y lo quiere por escrito.

Este compromiso escrito hacía de Norfolk un prisionero del Papa

de Roma y de los agentes de la Santa Alianza. Si firmaba, estaba sujeto en cuerpo y alma al destino de la conspiración contra Isabel, y sabía que esta vez se jugaba la cabeza.

El primer paso de Norfolk debía ser el de intermediario para el envío de fuertes sumas de dinero a los partidarios de María Estuardo,

[5] Walter Goetz y otros, *La época de la revolución religiosa...,* ob. cit.

[6] Esta carta está registrada en la ob. cit. de Manuel Fernández Álvarez.

[7] Neville Williams, *All the Queen's Men: Elizabeth I and Her Courtiers,* Cardinal,

los cuales seguían atrincherados en el castillo de Dumbarton. Ridolfi manejaba las piezas como si fuera un juego de ajedrez. Enviaba cartas al duque de Alba, al rey Felipe II, al obispo de Ross y al papa Pío V. Acompañado de varios agentes de la Santa Alianza, entre ellos Lamberto Macchi, el «ejecutor» de Darnley, Fawdonshide y Moray, realiza una gira secreta por los Países Bajos, Italia y España.

La operación consistía en el desembarco de seis mil a diez mil hombres provenientes de los Países Bajos, parte del grueso de las tropas del duque de Alba. El embajador Spes consideraba la operación una obra maestra de ingeniería, pero el noble, mucho más experto en la materia militar, veía las cosas de diferente modo. Para él, Roberto Ridolfi era un italiano al que le gustaba hablar demasiado. A pesar de las cartas de advertencia del poderoso militar a su rey, Felipe II decidió tomarse muy en serio los informes del agente de la Santa Alianza [8]. Incluso el monarca presentó ante el Consejo, y como punto a discutir, el asesinato de Isabel I de Inglaterra. Con esta decisión, Felipe II daba en pleno siglo XVI lo que en el siglo XXI sería denominado como una «orden ejecutiva».

El problema era que en aquella época el poder hacer que todas las piezas del engranaje funcionasen a la perfección era muy complicado, debido en parte a las distancias entre los conjurados y a lo lento de las comunicaciones. Al final, los servicios secretos de Isabel I comenzaron a detectar los primeros flecos de la llamada «conspiración Ridolfi». El primer toque de atención lo recibió la propia soberana inglesa en el mes de mayo, cuando el gran duque de Toscana, de religión protestante, informó a Londres de una «posible» conspiración contra ella por parte de un famoso agente florentino de la Santa Alianza, llamado Roberto Ridolfi [9]. Después, varios agentes ingleses descubrían una arqueta con seiscientas libras en su interior. Estas habían sido enviadas por el duque de Norfolk a María Estuardo [10]. Un

[8] Michael Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.; y Wallace MacCaffrey, *Queen Elizabeth and the Making of Policy, 1572-1588,* ob. cit.

[9] Jane Resh Thomas, *Behind the Mask: The Life of Queen Elizabeth I,* Houghton Mifflin, Londres, 1998.

[10] Neville Williams, *A Tudor Tragedy: Thomas Howard, Fourth Duke of Norfolk,* Barrie &

Jenkins, Londres, 1989.

agente de la Santa Alianza fue detenido el 11 de abril en Dover con cartas cifradas, mientras que en Escocia, y tras la caída de Dumbarton, eran incautados documentos comprometedores para los conspiradores.

Otras cartas e informes fueron incautados a un mensajero del duque de Alba por la reina de Navarra, Juana de Albret, que residía en Francia bajo la protección de la Corona. Estos documentos serían enviados a Isabel. En agosto de 1571, el espionaje inglés tenía los nombres de todos los participantes en la conspiración y cada una de sus funciones en ella. La red estaba a punto de cerrarse.

Curiosamente, la reina inglesa había dado un paso en abril de ese mismo año, o por lo menos lo había intentado, hacia la libertad religiosa. Había convocado al Parlamento con la revolucionaria idea de presentar a debate la cuestión de «libertad religiosa pero ante todo lealtad a la reina». El documento presentado decía:

Su Majestad desea que se sepa que todos sus súbditos, mientras se ajusten a las leyes y no cometan ninguna infracción abierta, no serán molestados ni sometidos a vejación alguna. Su Majestad no pretende violentar las conciencias ni renunciar a su clemencia natural [11].

Pero para la decisión final necesitaba al Parlamento claramente anticatólico. El documento remitido desde la Cámara dejaba muy claro a su soberana cuál sería su posición:

La idea de que los hombres puedan tener derecho a profesar otras opiniones en materia de religión es peligrosa para el Estado. Un Dios, un rey, una fe, son necesarios para mantener una monarquía. La desunión debilita, la unión fortalece.

Isabel manifestó entonces su descontento con el texto, pero esto dejaba zanjada la cuestión y a la reina con las manos atadas.

El descubrimiento de la «conspiración Ridolfi» y las maniobras de la Santa Alianza para acabar con el reinado de Isabel I hizo que María Estuardo se pusiese en grave peligro. El nudo a la red de los conspira

[11] Susan Doran, *Elizabeth I and Religion 1558-1603,* Taylor & Francis Books Ltd.,

dores lo pondría finalmente el pirata John Hawkins [12]. El corsario había hecho creer a Roberto Ridolfi que estaría dispuesto a luchar a favor de Felipe II y María Estuardo como comandante de una flota católica inglesa. Para Ridolfi aquello supondría un golpe de efecto que podría ser utilizado como propaganda para hacer creer que se estaba desarrollando en el interior de Inglaterra una rebelión civil contra Isabel. Lo que no sabía era que realmente Hawkins trabajaba para el servicio de espionaje inglés bajo las órdenes de Cecil, el favorito de la reina.

Isabel I de Inglaterra pudo leer el informe de John Hawkins:

Se me ha encargado unir mi flota a la del duque de Alba y a otra que el duque de Medina prepara en España. Todos juntos debemos invadir Inglaterra y restablecer a la reina de Escocia. Con la ayuda de Dios, esos traidores caerán en sus propias trampas. Firmado: John Hawkins, servidor fiel de Su Majestad la Reina Isabel, a quien Dios guarde muchos años. 4 de septiembre de 1571 [13].

El 7 de septiembre fue detenido el duque de Norfolk; el 9, el obispo de Ross, y al día siguiente, María Estuardo era encerrada en una lúgubre habitación en el castillo de Sheffield.

Recluido en la Torre de Londres, Norfolk seguía negando cualquier implicación en la «conspiración Ridolfi», e incluso llegaba a rechazar la autoría de cartas enviadas de su puño y letra al propio espía papal. La reina en persona había prohibido torturar a Norfolk, así es que los interrogatorios se centraron en el obispo de Ross [14].

Este, entre tormento y tormento, gritaba que no tenían derecho a tocar a un embajador de un país extranjero (Escocia). Pero para los ingleses el obispo solo era un cura intrigante que representaba los intereses de una reina destronada (María Estuardo) y, por lo tanto, no contaba con inmunidad diplomática. Con las uñas arrancadas, la carne tumefacta por las torturas y los pies en carne viva tras ser sometidos al fuego, el obispo de Ross confiesa que la reina de Escocia envenenó a su primer marido (el rey Francisco II de Francia), permitió el asesinato de su segundo marido (lord Enrique Darnley), se casó con el instiga

[12] Harry Kesley, *Sir John Hawkins: Queen Elizabeth's Slave Trader,* Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2003.
[13] Ibídem.
[14] Michael Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

dor (lord Bothwell) e intentó desposarse con un traidor (el duque de Norfolk).

Tras serle comunicados a María Estuardo los resultados de la declaración *motu proprio* del obispo de Ross, afirma que «el obispo no es más que un sacerdote asustado y torturado. Yo tengo el valor de una reina y confío en que mis amigos de España y Francia vengan a liberarme». Felipe II, quien no estaba muy convencido del buen término del plan de Ridolfi, y mucho menos el duque de Alba, decidió abandonarla a su suerte, así como al resto de conjurados. La única medida contra España fue la expulsión en diciembre de 1571 del embajador en Londres, Guerau de Spes. Por su parte, Norfolk, Arundel, Southampton, Cobham y Lumley estaban recluidos en la Torre de Londres a la espera de su juicio. El 16 de enero de 1572, la Cámara de los Lores condenó a Norfolk al cadalso. Una vez pronunciada la sentencia, era la reina Isabel quien debía ratificarla. El padre, tercer duque de Norfolk, había sido decapitado por su padre, el rey Enrique VIII, y ahora ella debía firmar la sentencia de muerte del hijo, el cuarto duque de Norfolk [15].

Pasaron los meses sin que la reina se decidiese a ratificar la orden de ejecución. El 8 de mayo de 1572 se reunió nuevamente el Parlamento con un solo tema en su diario de sesiones: la ejecución del duque de Norfolk. Isabel recibió el mensaje y por fin el 1 de junio ordenó que le llevasen el documento con la orden de

ejecución. Con una pluma, la reina firmó *«Elizabeth R»,* y posteriormente el lord Protector de los Sellos derramó a un lado de la firma un chorro de lacre sobre el que estampó el sello real [16].

El 2 de junio por la mañana, Norfolk fue escoltado hasta el patio principal de la Torre. Aún de pie afirmó su lealtad a su soberana, la reina Isabel I, así como su fidelidad a la auténtica religión del reino, la protestante. Seguidamente entregó una moneda de plata al verdugo, que colocó en su enguantada mano. Se arrodilló, puso sus brazos atrás y de un solo golpe de hacha su cabeza quedó desprendida del cuerpo. Roberto Ridolfi, por su parte, consiguió huir de Inglaterra en

[15] Neville Williams, *A Tudor Tragedy...,* ob. cit.

[16] Susan Doran, *Elizabeth I and Religion 1558-1603,* ob. cit.

un barco que estaba anclado en un puerto escondido para trasladarle a Francia en caso de que se torciese la conspiración [17].

Tan solo hacía dos semanas que el cardenal Hugo Boncompagni, con el importante apoyo del rey Felipe II, había sido elegido Papa en el cónclave celebrado tras el fallecimiento del intrigante Pío V el día 1 de mayo de 1572 [18].

Boncompagni era hijo de una acomodada familia de Bolonia, en donde había estudiado derecho. Tras una etapa como profesor de la universidad fue llamado a Roma por el cardenal Parisio, bajo cuyo manto protector comenzó su carrera en la Curia eclesiástica de Roma. A pesar de su formación jurídica y de su carácter reservado, no fue inmune al estilo de vida que se vivía en la Roma del Renacimiento.

Sería el papa Pío IV (25-XII-1559/9-XII-1565) quien enviaría a Boncompagni como legado papal a la corte de Madrid. Ahí es donde establece muy buenas relaciones con el monarca español, hasta que a la muerte de Pío IV y el ascenso de Pío V al Trono de Pedro el cardenal es llamado a Roma para que se haga cargo de la llamada Secretaría de Breves.

Al morir Pío V, y debido al apoyo incondicional de Felipe II, Hugo Boncompagni fue elegido Papa en un cónclave que duró menos de veinticuatro horas. La elección se llevó a cabo el 13 de mayo de 1572 y adoptó el nombre de Gregorio XIII, en honor de san Gregorio Magno, en cuya festividad había sido nombrado cardenal [19].

El nuevo Papa reformó a los trinitarios de España y Portugal, confirmó la reforma de las carmelitas descalzas promovida por santa Teresa de Ávila y aprobó la fundación de la congregación del Oratorio de San Felipe Neri; pero sería también quien organizaría con ayuda de los jesuitas la primera fuerza de choque de la Santa Alianza, el espionaje papal fundado por el anterior Pontífice. Esta

fuerza consistía en un pe

[17] Roberto Ridolfi regresó a Florencia, en donde continuó trabajando como banquero y financiando operaciones de la Santa Alianza. Algunas fuentes aseguran que Ridolfi moriría asesinado por agentes ingleses en septiembre de 1600, mientras que otras afirman que murió de fiebres en el año 1601. Se desconocen ambas versiones.

[18] Hsia Pochia, *The World of Catholic Renewal 1540-1770,* Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

[19] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

queño grupo escogido de la Compañía y fieles a la autoridad papal, los cuales tendrían la labor y único objetivo de asesinar a la reina de Inglaterra, cabeza de la Iglesia protestante.

Los intentos por destronar a Isabel I con ayuda de Felipe II y de los católicos irlandeses se abandonaron después de que fracasaran dos tentativas de invasión y una conjura interna, pero la Santa Alianza no iba a cejar en su empeño por acabar con la reina hereje.

Los resultados de la «conspiración Ridolfi», la excomunión pontificia y la rebelión del norte habían roto en el interior de Inglaterra la unidad de sus ciudadanos hacia su reina. Isabel I sabía que solo la unión con Francia acabaría con los intentos de Felipe II por una intervención militar en Inglaterra. Cada vez más, el rey Carlos IX había dado libertades religiosas y de culto a los protestantes, y la paz civil con los hugonotes estaba cada vez más asentada tras el edicto de SaintGermain-en-Laye de 1570, algo que molestaba a Madrid. Carlos IX sabía que con su unión con Isabel I de Inglaterra podrían hacer frente a cualquier intento de intervencionismo español y, por lo tanto, a cualquier golpe de efecto del papa Gregorio XIII.

Hasta los hugonotes pensaban en una posible alianza anglo-francesa para luchar contra el duque de Alba en los Países Bajos. Encendido aún más por los consejos de su fiel Coligny, Carlos IX mostró su mano conciliadora a Isabel I, firmando el tratado de Blois el 29 de abril de 1572. La reina inglesa había conseguido que en el documento no apareciese el nombre, ni la liberación, ni la restitución como reina de Escocia de María Estuardo. Este tema había ensombrecido durante años las relaciones entre Londres y París [20]. Las aventuras y traiciones políticas, así como la mano del Papa y sus agentes de la Santa Alianza, cambiarían de escenario. Aparecen nuevos espías para nuevas situaciones.

Mientras se negociaba el tratado anglo-francés, Isabel no había dejado de vigilar a España, y más tras la expulsión del embajador Guerau de Spes por su participación en la «conspiración Ridolfi». Los asuntos de la Corona española en Londres quedaban en manos de un secretario sin poderes diplomáticos, Antonio de Guaras. A finales de 1572, este había sido captado por el espionaje pontificio para informar de cualquier movimiento de Isabel I hasta que la Santa Alianza pudiese infiltrar a otros agentes en el círculo de la

reina. Desde la «conspiración Ridolfi», los servicios secretos ingleses habían capturado y ejecutado a una decena de agentes del Papa, pero el jesuita Lamberto Macchi continuaba todavía activo, esta vez en Londres.

El primer movimiento llegó de manos de Isabel hacia Felipe II, cuando decidió expulsar de todos los puertos ingleses a los corsarios holandeses conocidos como «*Gueux* del mar» (mendigos o pordioseros), que se reabastecían allí desde 1566. El origen de estos era el de marinos mercantes holandeses flamencos que se habían hecho a la mar para huir de las tropas del duque de Alba y para obtener importantes botines de guerra al abordar los buques españoles. Sus tripulaciones estaban compuestas por corsarios ingleses, escoceses, irlandeses fieles a Isabel e incluso hugonotes franceses. Todos ellos contaban con «patentes de corso» concedidas por Guillermo de Orange como príncipe soberano de Orange en Provenza [21]. Las «patentes de corso» eran documentos por los que una potencia beligerante concedía a marinos privados el derecho a atacar y abordar cualquier buque de una potencia enemiga.

Al expulsar a estos molestos holandeses, Isabel conseguía dos objetivos claros: contentar a los españoles y acabar de una vez por todas con el contrabando dirigido por estos marinos. Pero la expulsión provocó una reacción distinta a la deseada. La Santa Alianza informó que Guillermo de La Marck, el comandante de los *Gueux,* necesitaba ansiosamente un puerto donde abastecerse, y estaba claro que al no poder hacerlo en Inglaterra o Francia tendría que buscarse algún lugar seguro en los Países Bajos, atacando a los españoles. Roma dio instrucciones entonces a sus agentes para que alertaran a los del duque de Alba que estaban infiltrados en algunas de las ciudades costeras inglesas de cualquier movimiento de buques de guerra.

En efecto, el 1 de abril de 1572 ocuparon el puerto y la ciudad de Brielle, en la isla holandesa de Voorne, en la desembocadura del río Mosa. La Santa Alianza volvió a informar de que los corsarios de La Marck no iban a quedarse ahí: pocos días más tarde, los buques volvieron a soltar amarras y ocuparon la ciudad fortificada de Flessinga, en

[21] Robert Fagle, *William of Orange and the Revolt of the Netherlands, 1572-1584,* Ashgate Publishing Company, Londres, 2003.

la isla de Wacheren, desde donde controlaban la desembocadura del río Escaut. Allí plantaron la bandera de Guillermo de Orange [22].

Los agentes de la Santa Alianza informan al duque de Alba de que una ola de júbilo invade toda la Inglaterra protestante, donde ya comienza a hablarse de la caída española en los Países Bajos. Ese júbilo provocó el alistamiento voluntario de miles de soldados

ingleses y hugonotes franceses para unirse a los corsarios de Guillermo de La Marck en Flessinga. La ola continuó su curso, levantando a la población de Flandes, Holanda, Zelanda, Güeldres y Frisia contra las autoridades españolas. El brillante espía Lamberto Macchi había informado desde Londres de que estaban llegando continuas reclamaciones a la reina Isabel de Guillermo de Orange y de Luis de Nassau para que Inglaterra encabezase el movimiento de independencia de los Países Bajos bajo el estandarte del protestantismo. Macchi escribe al Papa:

> Isabel tiene solo dos opciones; permanecer neutral o intervenir en una guerra abierta contra España en el continente. Ella sabe que es un riesgo muy alto. Si el duque de Alba consigue recuperar el control de las ciudades rebeldes, los ejércitos no se detendrán ahí y continuarán su avance hasta Londres con el beneplácito del rey Felipe. Isabel no puede ponerse tanto en peligro. Tampoco le interesa acabar con el poder español al otro lado del canal y permitir que Guillermo de Orange se quede como poderoso vecino.

El espía de la Santa Alianza sabía que a pesar de que Leicester y Walsingham, ahora embajador en París, estaban a favor de la intervención, pesaba más en la corte la opinión de Burghley a favor de una posición de «esperar y ver» [23].

El favorito Coligny aconsejaba a Carlos IX de Francia que liderase a los protestantes y católicos en la guerra contra España como una forma de unir al reino y que nombrase al duque de Anjou virrey de los Países Bajos. Aquella idea de grandeza agradaba a Carlos IX. Hasta principios de junio se creía a lo largo y ancho del continente que se estaba preparando un gran cambio en los poderes de Europa y que el protestantismo conseguiría acabar con el poder católico de España.

[22] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

A esto se suma la partida de casi mil quinientos voluntarios ingleses que junto a los *Gueux* conquistan Brujas. Este hecho ponía en graves aprietos a Isabel I ante Felipe II.

Los primeros triunfos que llenaban de gloria a los defensores de la Reforma se convirtieron pronto en terribles derrotas y posteriores masacres por parte de los defensores de la Contrarreforma. A mediados de junio, Guillermo de Orange era rechazado y empujado por los ejércitos españoles nuevamente hacia Alemania con enormes bajas. Mons capitula sin saber que las tropas de hugonotes que llegaban desde Francia en su auxilio bajo el mando del general De Genlis, un pariente de Coligny, el intrigante consejero de Carlos IX, han sido masacradas en su totalidad en el paso de Quiévrain. El duque de Alba ha dado orden a sus tropas para que no hagan prisioneros.

Guillermo de Orange es el nuevo objetivo de la Santa Alianza. Gregorio XIII ha dado orden de acabar con él, con el beneplácito del monarca español, mientras que los hugonotes serán los chivos expiatorios de la derrota protestante en los Países Bajos. Para evitar

las represalias españolas, Carlos IX había planeado una boda entre Francisco, el duque de Alençon, y la reina Isabel. Sabía que si esta se llevaba a buen término, Felipe II no se atrevería a poner en peligro la frágil estabilidad de las relaciones entre Madrid y Londres atacando Francia.

Francisco de Alençon estaba dispuesto incluso a abrazar la fe protestante si con ello conseguía un acercamiento a Isabel. Para ello envió a Londres a su embajador Boniface de la Mole. Ni Isabel ni el embajador sabían que en aquel momento habían comenzado las matanzas de protestantes en París.

Desde la primera semana de agosto, el rey Carlos IX se había movido entre dos aguas, pero su consejero, Gaspar de Coligny, seguía aconsejándole ir a la guerra abierta contra Felipe II. Por otro lado, el rey recibe presiones en sentido contrario de su madre, Catalina de Médicis; de su hermano, Enrique de Anjou; del embajador de España, Zúñiga, y del representante de Gregorio XIII en la corte. El príncipe Enrique, heredero de la Corona de Francia y católico convencido, sabe que si quiere acabar con los deseos de su hermano Carlos de atacar a Felipe II debe eliminar a Coligny. El heredero no ignora que debe evitar mancharse las manos de sangre, y para ello convence a un hombre enviado por el nuncio del Papa. Al parecer, este es un agente de la Santa Alianza. La noche del 22 de agosto, Coligny recorre en una carroza abierta las calles de París cuando en un cruce dos carruajes cubiertos se cruzan en su camino. Del interior saltan cuatro hombres que intentan ensartar con sus espadas al molesto consejero real, pero la rápida intervención de la guardia los pone en fuga. Gaspar de Coligny es herido en el rostro y en su brazo derecho. Ahora ya es patente que personas muy cercanas al rey quieren su muerte.

Tanto Enrique como Catalina de Médicis saben que Coligny puede levantar a los hugonotes en todo el país contra el rey, así es que convencen a este para que despliegue por todo París a la milicia. En la noche del 23 y hasta el 24 de agosto, día de San Bartolomé, dio comienzo en la capital un auténtico baño de sangre. Entre cinco mil hugonotes, según unas fuentes, y veinte mil, según otras, fueron asesinados en tan solo dos días en todo París [24]. Los miembros de la milicia camparon a sus anchas sin ninguna restricción. Entraban en las casas de los hugonotes, asesinaban a los hombres, violaban a las mujeres y degollaban a los niños. Después, los cadáveres eran arrojados a enormes piras [25].

El almirante Gaspar de Coligny cayó ese mismo día. Tras el atentado sufrido se había refugiado en el castillo familiar de Chatillon. Sabía que en cualquier momento podía ser asesinado si no conseguía contactar con Guillermo de Orange.

En la noche del 26 de agosto, tres hombres entraron en sus aposentos y lo mataron tras darle nueve puñaladas. Según cuentan, Coligny había sido ejecutado por hombres de la Santa Alianza, pero esto no es más que una leyenda.

En las capitales protestantes la opinión pública vio enseguida en la que se denominaría desde entonces *Matanza de la Noche de San Bartolomé* el resultado de una conspiración entre Felipe II, Catalina de Médicis, el duque de Alba y el papa Gregorio XIII. Lo cierto es que desde hacía meses los espías de la Santa Alianza no paraban de enviar mensajes a Roma sobre las posibles repercusiones que tendrían las revueltas en París y que ello posiblemente desembocaría en la matanza

[24] Philippe Erlanger, *St. Bartholomew's Night: The Massacre of Saint Bartholomew,* Greenwood Publishing Group, Nueva York, 1975.

[25] Norman Sutherland, *The Massacre of St. Bartholomew and the European Conflict, 1559-1572,* Barnes & Noble, Nueva York, 1996.

de protestantes. Roma no avisó a nadie; al fin y al cabo, los asesinados aquel día, ancianos, mujeres y niños incluidos, eran herejes.

Los informes del embajador inglés, Walsingham, sobre el suceso son claros: «no sé cómo esta tragedia no conmueve a todo el reino». El diplomático ha sido protegido de las milicias por la Guardia Real enviada desde palacio por Carlos IX. Esto ha permitido dar cobijo a ingleses que se encontraban en París aquel día sangriento, como Walter Raleigh. Para contrarrestar el golpe de efecto, la propia Catalina de Médicis crea una versión que sería defendida por el rey ante el Parlamento de París y difundida por los agentes de la Santa Alianza por toda Europa: «Gaspar de Coligny había concebido un plan para matar al rey, a sus hermanos y a la Familia Real. El gobierno había sido advertido justo a tiempo [se cree que por espías del Papa] gracias a la bondad divina, y en virtud de una orden del rey, el almirante [Coligny] y sus cómplices habían sido ejecutados para evitar el más sangriento golpe de Estado». Así quedó zanjado el tema sobre la muerte de miles de personas.

María Estuardo seguía siendo reina de Escocia, pero el número de sus partidarios era cada vez menor. Su intervención en la «conspiración Ridolfi» la había colocado en una posición delicada ante Isabel. Francia, por su parte, ya no estaba tan dispuesta a apoyarla debido a un proyecto de entendimiento entre París y Londres. Incluso la esposa de Carlos IX, Ana de Austria, había nombrado a Isabel I madrina de la hija que acababa de dar a luz. Cada vez en mayor medida, el jovencísimo Jacobo de Escocia era reconocido como rey de pleno derecho.

Macchi informaba a Gregorio XIII desde Londres de que los ingleses estaban tramando algo contra la católica Escocia. Isabel

había enviado a Edimburgo a Henry Killigrew con instrucciones concretas:

> Se prueba que la presencia de la reina de Escocia es tan peligrosa para Su Majestad [Jacobo] y para su reino que es necesario que se libre de ella. Y aunque la justicia puede hacerse aquí mismo, por razones diversas parece preferible, sin embargo, enviarla a Escocia para ponerla allí en manos del regente [Morton] y que proceda contra ella por vía judicial, de tal modo que ya nadie pueda ser luego puesto en peligro por ella [26].

[26] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

Este texto venía a demostrar claramente el interés de Isabel de enviar a María Estuardo a la muerte. Pero Morton explicó al enviado de Londres que si realmente querían ayudar a Escocia, no tenían más que echarles una mano para acabar con la espina católica clavada en la protestante Escocia, el castillo de Edimburgo, aún en manos de los partidarios de la ex reina María. Para los ingleses, reconocer a Jacobo VI como rey era una cosa, pero intervenir abiertamente en Escocia era otra.

Carlos IX estaba ocupado en La Rochelle y Felipe II en el conflicto de los Países Bajos, por lo que Isabel estaba segura de que ninguno de los dos estaría dispuesto a ir en ayuda de María Estuardo. Por fin, el 17 de abril de 1573, un ejército inglés cruzó la frontera anglo-escocesa. Lamberto Macchi había enviado un mensaje urgente a Roma informando de que una gran cantidad de hombres y artillería se estaban agrupando en la frontera con Escocia. El informe del agente no llegó a Roma hasta el 28 de abril, pero ya era demasiado tarde. En la mañana del 17 de mayo comenzó el bombardeo sobre la fortaleza de Edimburgo. Doce días después los asediados se rendían.

Los siguientes diez años representan un periodo incierto en toda Europa, aún bajo los efectos de la «conspiración Ridolfi», la masacre de San Bartolomé y el asalto inglés al castillo de Edimburgo. Francia, España y Roma se mantienen con una línea continuista. Isabel I en Inglaterra, Felipe II en España, Gregorio XIII en Roma y Enrique III, que ha subido al trono de Francia tras la muerte de Carlos IX en 1574, marcarán la política de finales del siglo XVI y comienzos del XVII.

A finales del año 1573, el duque de Alba ha sido reemplazado por Luis de Requesens por orden del rey Felipe II. Requesens solo se mantuvo durante tres años en el poder, hasta su muerte en 1576. El monarca nombró entonces a don Juan de Austria hasta su muerte en 1578. A este le sucedió su hombre de confianza y lugarteniente, Alejandro Farnesio, duque de Parma.

Los *Gueux* fieles a Guillermo continuaban castigando a las flotas que navegaban por el canal de la Mancha desde su base en Flessinga. Isabel ya había amenazado a Guillermo de Orange con que si continuaban los abordajes a los navíos ingleses, se vería obligada a aliarse con los españoles para castigar a los *Gueux* de

Flessinga. En 1578, y debido a la presión militar al que le sometían los ejércitos españoles, Guillermo de Orange ofreció la Corona de los Países Bajos liberados a Isabel de Inglaterra, pero esta sabía que si aceptaba pondría en peligro con ello la tan inestable alianza entre Londres y Madrid [27].

Por otro lado, la muerte de Ignacio de Loyola el 31 de julio de 1556 había dejado a la Compañía de Jesús sin un liderazgo claro para dirigir el destino de sus casi cinco mil miembros repartidos por el mundo. En 1581 la elección del italiano de treinta y siete años Claudio Acquaviva como general de la Compañía marca el comienzo de la llamada «era dorada» de los jesuitas. Acquaviva y Gregorio XIII formarían una de los mejores alianzas de toda la historia de la Iglesia católica [28].

Desde hacía tiempo los jesuitas habían entendido, desde el punto de vista militar, la situación estratégica de la católica Irlanda en un intento serio de reconquistar a la protestante Inglaterra. El Papa estaba convencido de que un apoyo a James Fitzmaurice, sobrino del conde Desmond, podría hacer avanzar la causa católica en las islas inglesas. La idea de los jesuitas era organizar una expedición militar al Munster (Ulster), desde donde Fitzmaurice creía poder liderar la rebelión contra Isabel de Inglaterra.

Los jesuitas y agentes de la Santa Alianza eligieron para llevarla a cabo a Thomas Stukeley, un auténtico patán, antiguo pirata, conocido por el espionaje inglés y autonombrado hijo bastardo de Enrique VIII. Stukeley se había convertido en un acérrimo defensor del catolicismo y se había instalado bajo la protección de la corte de Madrid, en donde Felipe II le había conferido el título de marqués de Irlanda. Antes de partir para Irlanda, Stukeley, ávido de aventuras y honores, decidió enrolarse en una ridícula cruzada contra los infieles de Marruecos junto al rey Sebastián de Portugal. El 4 de agosto de 1578 su cabeza quedó separada del cuerpo en la batalla de Alcazarquivir. Con su muerte, la Santa Alianza debía buscar un nuevo líder para la rebelión irlandesa.

Fitzmaurice quedaba otra vez al mando de la aventura. Gregorio XIII estaba dispuesto a financiar la operación irlandesa y a bendecirla. El Papa ordenó que un miembro de la Santa Alianza acompañara

[27] Robert Fagle, *William of Orange and the Revolt of the Netherlands...,* ob. cit.

[28] Malachi Martin, *The Jesuits. The Society of Jesus and the Betrayal of the Roman Catholic Church*, ob. cit.

a Fitzmaurice en su expedición militar, así es que para ello fue elegido el sacerdote Nicholas Sanders [29]. Este inglés se hizo muy célebre durante el reinado de Isabel I debido a sus textos contra la herejía anglicana.

El 27 de junio de 1579, bajo bandera pontificia, James

Fitzmaurice y Nicholas Sanders zarparon desde el puerto de El Ferrol rumbo a tierras irlandesas. La tropa y tripulación estaban compuestas por medio centenar de hombres, italianos y españoles en su mayoría. El 17 de julio desembarcaron en la península de Smerwick, en donde se atrincheraron a la espera de refuerzos procedentes de España. La operación rápidamente comenzó a tener bajas. James Fitzmaurice fue abatido por un disparo de las tropas inglesas, pero el conde de Desmond, que había regresado a Irlanda tras una condena de prisión en la Torre de Londres, se hizo con el liderazgo. En pocas semanas todo el Munster se encontraba en rebelión abierta contra los ingleses.

Mientras, Nicholas Sanders, con el texto de la bula de excomunión de Isabel I en su mano, recorría todas las iglesias de Irlanda, pidiendo a los irlandeses que se levantasen contra la reina hereje. Los protestantes se habían refugiado en Dublín y Cork. El conde de Ormond dirigía a las tropas irlandesas fieles a Inglaterra. Por fin, en el mes de septiembre de 1580, fueron enviadas tropas españolas de apoyo, pero un día antes de su llegada Isabel había mandado refuerzos y una gruesa flota para acabar con la insurrección. En noviembre, el fuerte estaba ya sitiado por tierra y por mar.

Tras varios días de negociaciones, el comandante español preguntó a lord Grey de Wilton, jefe de las fuerzas inglesas, cuáles serían las condiciones de la rendición. Wilton traía orden de la propia reina Isabel de conseguir la capitulación y aniquilamiento total de los rebeldes.

El 10 de noviembre de 1580 se abrieron las puertas a las tropas inglesas e irlandesas fieles a Isabel. Más de medio centenar de hombres fueron ejecutados ahí mismo, así como también católicos irlandeses, hombres, mujeres y niños que se habían refugiado en el interior del fuerte. Se perdonó la vida a treinta oficiales españoles, a los que por un fuerte rescate se les permitió regresar a España. Un inglés católico y

[29] Nicholas Canny, *Making Ireland British, 1580-1650,* Oxford University Press, Oxford, 2001.

dos irlandeses que habían llegado de España con James Fitzmaurice fueron torturados y ejecutados [30].

Nicholas Sanders, que no se encontraba en el interior del fuerte, prosiguió con su labor clandestina como agente de la Santa Alianza en Irlanda hasta 1581, año en que murió víctima del frío y el hambre [31].

Después de la «Operación Munster» por parte de la Santa Alianza, Isabel I de Inglaterra protestó ante el embajador de España, Mendoza. La soberana inglesa acusaba a los españoles y al rey

Felipe II de acto de hostilidad por el desembarco de tropas en un territorio bajo soberanía de Inglaterra. El diplomático español explicó entonces que España nada tenía que ver en aquella aventura y que esta había sido ideada y financiada por el papa Gregorio XIII.

La explicación oficial dada desde la corte de Madrid fue la de que «las naves pontificias, así como sus tropas, tienen libertad de paso por el territorio y los puertos del Rey de España, príncipe católico y defensor de la fe». Isabel de Inglaterra, indignada, amenazó a España con el envío de tropas inglesas a los Países Bajos. Nuevamente el embajador Mendoza respondía de forma poco diplomática a la soberana inglesa:

> En vuestro propio interés, debéis saber, que si el Rey de España decide haceros la guerra, lo hará con tal fuerza que no tendréis siquiera el tiempo de respirar antes de que caiga el golpe [32].

El fiasco irlandés hizo que el papa Gregorio XIII volviese sus ojos, así como los de Isabel I y Felipe II, a la cuestión escocesa, aún pendiente de resolver.

Desde la caída del castillo de Edimburgo, hacía ya siete años, María Estuardo había dejado de tener cualquier tipo de poder en Escocia. Los protestantes y la reina Isabel mantuvieron las riendas muy cortas gracias al regente Morton y mientras el adolescente Jacobo VI se con

[30] John O'Beirne, *A Short History of Ireland,* Cambridge University Press, Cambridge, 1995; y Nicholas Canny, *Making Ireland British, 1580-1650,* ob. cit.

[31] Los católicos irlandeses consideran a Nicholas Sanders un mártir de la fe, y en algunas iglesias de la República de Irlanda se celebra aún hoy y una vez al año una conmemoración en la fecha exacta de su muerte.

[32] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

vertía en un buen rey. Pero las nubes de tormenta volvían a planear sobre Escocia como un peón en un ajedrez religioso.

Jacobo VI había entrado triunfalmente en Edimburgo el 17 de octubre de 1578. Las aclamaciones recibidas de su pueblo hicieron que comenzase a tomarle gusto al poder. El joven monarca era inteligente y sabía cuáles eran sus responsabilidades como rey, pero también que necesitaría un consejero que le ayudase a manejar la difícil política escocesa. El elegido era Esmé Estuardo, señor de Aubigny, primo francés del monarca y descendiente de la familia por la rama materna; esta se había instalado en Berry durante la Guerra de los Cien Años [33].

Esmé de Aubigny era un ferviente católico que había jurado lealtad al papa Gregorio XIII. Pronto se convirtió en una especie de agente libre de la Santa Alianza en Escocia. Desde su privilegiada posición, casi mejor que la que había tenido David Rizzio con María Estuardo, podría convencer al joven rey para convertir Escocia en una nación católica, o por lo menos eso es lo que pensaban en Roma. Rizzio, al fin y al cabo, manejaba solo los asuntos de cama

de una reina, mientras que Esmé de Aubigny conduciría los asuntos políticos de un rey.

El francés había llegado a la corte de Escocia en 1579; un año después abrazó el protestantismo para pasar inadvertido entre los nobles de Jacobo. El monarca no solo lo había nombrado conde de Lennox y en 1582 duque, sino que también Jacobo VI veía en su primo lejano un posible heredero de la Corona [34].

Los reyes y consejeros de las cortes de Europa se preguntaban las razones por las que Esmé de Aubigny tenía tanto interés en Escocia y Jacobo VI. Guillermo de Orange creía que era un peón de Francia; Isabel I, que era un agente de Gregorio XIII y una baza de los jesuitas. Realmente, el francés no era más que un aventurero en busca de su propia fortuna. Aubigny podía ser un perfecto católico ante el Papa y Felipe II, y un ferviente protestante ante Isabel I y Jacobo VI.

[33] Antonia Pakenham, *King James VI of Scotland, I of England,* Random House, Nueva York, 1975.

[34] Esmé de Aubigny, duque de Lennox, era primo hermano de Enrique Darnley, supuesto padre del rey Jacobo VI y, por consiguiente, podía ser un posible heredero de la Corona de Escocia por los Estuardo-Lennox.

Aconsejado por la Santa Alianza, Esmé de Aubigny sabía que si deseaba convertirse alguna vez en rey de Escocia, debía para ello quitar de en medio al poderoso conde de Morton, el regente. El mismo 31 de diciembre de 1580, una guardia especial detuvo a Morton cuando se disponía a entrar en la residencia real. La acusación era la de haber participado en el asesinato de Enrique Darnley catorce años atrás. El hasta entonces regente de Escocia quedó confinado en una sombría celda del castillo de Edimburgo a la espera del juicio.

Al enterarse de las noticias sucedidas en Escocia, Isabel decidió enviar al embajador Thomas Randolph para reclamar la inmediata puesta en libertad de Morton. La soberana inglesa fue informada de que Jacobo VI y Aubigny estaban siendo manejados por una nueva conspiración papal. Lo cual era cierto.

Entonces Isabel, por recomendación de Walsingham, que ejerce no solo como secretario de Estado de Inglaterra, sino también como jefe del espionaje, aconseja a la reina sobre dos caminos a adoptar. O se envía una flota de buques de guerra frente a las costas escocesas para atemorizar a Jacobo VI, y con ello se consigue la libertad de Morton, o sencillamente se ordena el asesinato de Esmé de Aubigny. Isabel aceptó la segunda opción, pero matizó que el asesinato del agente de la Santa Alianza no debía llevarse a cabo en presencia del rey [35].

Una noche de marzo de 1581, cuatro hombres enviados por Walsingham salieron al paso de Esmé de Aubigny, duque de

Lennox. Hábil con la espada, el francés lanzó una estocada certera al primer atacante, matándolo en el acto, mientras que el disparo de otro de los agentes ingleses lo dejaba herido leve en un brazo. Al oír a la guardia que llegaba en ayuda del consejero del rey, los espías de Walsingham salieron huyendo. El golpe había fallado, pero Aubigny no dejaría las cosas como estaban. Para evitar sufrir otro ataque, el poderoso consejero ordenó la ejecución de Morton el 2 de junio del mismo año.

Mientras, una extensa red se tejía alrededor de Jacobo VI y Esmé de Aubigny y contra Isabel I en lo que se llamó la «conspiración Throckmorton». Los tejedores eran diversos: Felipe II, Enrique III, Gregorio XIII y María Estuardo. El objetivo seguía siendo el destro

[35] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.; y Roy Strong, *Gloriana: The Portraits of Queen Elizabeth I,* Pimlico, Londres, 2003.

namiento de la hereje Isabel I y la ascensión al trono de Inglaterra de María Estuardo.

En los primeros meses de 1583, Thomas Morgan, entonces secretario de la embajada de la reina de Escocia en Francia, reclutó a un católico inglés, Francis Throckmorton, de veintiocho años, defensor del Papa y amante de las intrigas.

Enviado a Inglaterra, se dedicó a recopilar la mayor cantidad de datos referentes a la defensa de Inglaterra, como sus líneas costeras, puntos de defensa, posibles lugares de desembarco, etc. Sus dos principales conexiones con el continente eran Charles Paget, otro miembro de la Santa Alianza en Londres, y que se dedicaba a viajar constantemente a París portando cartas cifradas, y el embajador de Francia ante la corte de Isabel, Michel de Castelnau de Mauvissière.

También los informes de Throckmorton tenían como destino las embajadas de España en Londres y París, y la de Francia en Londres [36].

El embajador Mendoza en Inglaterra y el embajador Juan Bautista de Taxis en Francia informaban al rey Felipe II sobre los avances de una conspiración en la que no estaban muy decididos a participar.

En la primavera de 1583, Walsingham tenía una gran parte del plan sobre su mesa, así como el nombre de los conjurados y espías de la Santa Alianza. Throckmorton no sabía en ese momento que la filtración a los ingleses se había llevado a cabo en la legación francesa en Londres. Walsingham tenía infiltrado en la embajada de Francia a un espía que llevaba el nombre clave de *Fagot* desde principios de 1583. Realmente, y se conocería muchos años después, *Fagot* no era otro que el célebre filósofo italiano Giordano Bruno, tal y como apunta el historiador John Bossy en su magnífico libro *Giordano Bruno and the Embassy Affair*. Hasta hace pocos años se pensaba que el verdadero traidor y que desmontó la

«conspiración Throckmorton» era el secretario del embajador, Jean Arnault, señor de Cherelles [37].

Gracias a las informaciones del dominico Bruno al propio Walsingham, el 12 de octubre se detuvo a Throckmorton. Antes de ser detenido, una sirvienta que trabajaba para la embajada de España

[36] John Bossy, *Giordano Bruno and the Embassy Affair,* Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2002.

[37] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

consiguió poner a salvo importantes papeles que acusaban directamente a los diplomáticos españoles y al propio rey de España de la conspiración. El espía de la Santa Alianza Francis Throckmorton sería ejecutado el 10 de julio de 1584 [38]. Giordano Bruno o, mejor dicho, *Fagot* siguió operando para el espionaje inglés hasta 1586, fecha en que dejó de ser residente en la embajada francesa en Londres [39].

Lo que estaba claro es que las intrigas dirigidas desde Madrid y Roma debían ocuparse de aumentar la tensión en Escocia. La primera idea presentada era la de crear una fuerza militar católica que tras desembarcar en Escocia capturara vivo al rey Jacobo y lo llevara a Francia. Allí debía convertirse al catolicismo, por fuerza o por propia voluntad. Dentro de la misma operación, varios miembros de la Santa Alianza ayudados por católicos ingleses debían liberar a la reina María Estuardo y reponerla en el trono [40].

Los agentes del espionaje del Papa eran los jesuitas padres Crichton, Holt, Edmon Campion y Robert Parsons. Crichton, un hombre más fiel al general de los jesuitas, Claudio Acquaviva, que al papa Gregorio XIII, llegaría a convertirse en una auténtica leyenda dentro de la Santa Alianza hasta su captura el 3 de septiembre de 1584. Campion era muy culto y hábil conversador y diplomático. Parsons, por su lado, era un guerrero. Hábil con la espada y vehemente en el habla [41].

Los religiosos tenían la misión de viajar a Edimburgo, en donde debían entrevistarse con los lores. Estos debían prestar todo su apoyo a la causa de la reina María. La empresa sería financiada por Felipe II y el Papa. Enrique III, que se había autonombrado general de la empresa, planeaba la operación militar a lo grande. Sobre un mapa de Escocia desplegaba casi veinte mil efectivos, algo poco real para aquella época. María Estuardo, por su parte, planeaba enviar a su hijo, el des

[38] John Bossy, *Giordano Bruno and the Embassy Affair,* ob. cit.

[39] Seis años después de poner fin a la «conspiración Throckmorton», el dominico y filósofo nacido en Nápoles Giordano Bruno fue quemado en la hoguera por la Inquisición. Bruno ponía en duda el dogma de la Trinidad y por ello fue quemado en 1600 en el Campo dei Fiori en Roma.

[40] Antonia Pakenham, *King James VI of Scotland, I of England,* ob. cit.

[41] Malachi Martin, *The Jesuits. The Society of Jesus and the Betrayal of the Roman Catholic*

Church, ob. cit.
tronado Jacobo VI, a España, bajo la «protección» o, mejor dicho, vigilancia de Felipe II, con la idea de que abrazara el catolicismo.

Para evitar males mayores, Walsingham había planeado una operación que daría al traste con la conspiración. El jefe del espionaje inglés ordenó al conde de Gowrie, enemigo de Esmé de Aubigny, que capturase a Jacobo VI y lo recluyese en el castillo de Ruthven hasta que los protestantes volviesen a tomar el poder en Edimburgo.

Una semana después de la detención del monarca, Esmé de Aubigny, duque de Lennox, huyó de Escocia y se refugió en Francia. Los agentes de Walsingham consiguieron detener al jesuita padre Holt. Tras torturarlo para que confesase su participación y la de la Santa Alianza en la conjura, fue ahorcado sin juicio alguno. El padre Crichton consiguió escapar y regresar a Roma. El padre Parsons consiguió huir y refugiarse en Francia, desde donde siguió operando para la Santa Alianza. El padre Campion también consiguió escapar de Escocia, pero fue detenido poco tiempo después en Inglaterra. Recluido en la Torre de Londres, fue torturado y ejecutado en Tyburn el 1 de diciembre.

Durante 1583 el asunto escocés siguió coleando en la política de Europa de finales del siglo XVI. El 29 de junio de ese año, Jacobo es repuesto en el trono de Escocia. Desde ese mismo momento, y sabiendo que su madre, María Estuardo, ha estado involucrada en la conspiración para derrocarle, decide perder cualquier contacto con ella. Oficialmente y ante Inglaterra, Escocia rompe con la ex reina María por orden de su propio hijo.

Gregorio XIII, un Papa débil de salud y que cuenta ya con ochenta y tres años de edad, aún tiene ánimos para dar un golpe de efecto más antes de morir: la orden a la Santa Alianza de asesinar al príncipe Guillermo de Orange. El príncipe protestante ya había salvado la vida en un atentado anterior ocurrido hacía tan solo dos años. En aquel momento el asesinato político era algo corriente en la Europa de finales del siglo XVI.

Para llevar a buen término la operación, el Pontífice elige al jesuita padre Crichton, que ha conseguido escapar de Escocia y que se encuentra ahora en Roma. Tanto el holandés como la reina protestante de Inglaterra deben morir en nombre de la verdadera fe. El padre Crichton había llegado a Holanda en el mes de abril de 1584. Desde ese momento estableció estrechas relaciones con Baltasar Gérard y Gaspar de Albrech, dos fanáticos católicos de Borgoña.

Ambos estaban dispuestos a acabar con la vida del héroe protestante, incluso en una misión suicida. La oportunidad les llegó

el 10 de julio de 1584 en la ciudad de Delft. Aquella mañana Guillermo de Orange había acudido junto con algunos miembros de su séquito a la plaza principal con la idea de reunirse con las autoridades. El holandés pudo esquivar la primera acometida de Albrech, pero no la de Gérard. La estocada le atravesó el pulmón y murió esa misma noche víctima de las heridas [42]. Las Provincias Unidas lloraron la muerte de su líder, porque a pesar de que la guerra con España estaba lejos de terminar, una nueva nación, Holanda, estaba formándose en una Europa devastada por las guerras y los conflictos religiosos.

En la mañana del 6 de septiembre de 1584, corsarios holandeses asaltaron un buque que navegaba por el mar del Norte sin pabellón. Tras matar a una parte de la tripulación y rendirse el resto, los piratas holandeses registraron el buque, en donde encontraron a un hombre que se negaba a identificarse. Era el jesuita padre Crichton. Tras el regicidio había conseguido evadirse de las posibles represalias de los protestantes. Entregado a los ingleses, el cura fue encarcelado por orden de Walsingham en la Torre de Londres para ser interrogado [43].

Los corsarios holandeses habían entregado al jesuita al jefe del espionaje inglés junto a comprometedores documentos. En un primer momento, Crichton los había arrojado al mar, pero los asaltantes consiguieron recuperarlos. Los papeles ahora en poder de Walsingham ponían de manifiesto el interés de invadir Inglaterra mediante una gran fuerza católica, rescatar a María Estuardo y ponerla en el trono de Inglaterra en lugar de la hereje Isabel [44].

En poder del jesuita se encontró también una carta firmada por el cardenal Galli, obispo de Como y secretario de Estado del Vaticano, dirigida a Crichton, en la que expone:

[42] Robert Fagle, *William of Orange and the Revolt of the Netherlands...,* ob. cit.

[43] El jesuita padre Crichton fue puesto en libertad y expulsado de Inglaterra. Si algún día volvía a ser detenido en territorio inglés sería ejecutado al momento. El agente de la Santa Alianza escapó de la horca debido a que no era súbdito inglés y a que había sido detenido fuera del territorio de Inglaterra. Crichton regresó a Roma, donde murió a los ochenta y seis años.

[44] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

Puesto que esa mujer es culpable y causa de tanto daño para la fe católica y de la pérdida de tantos millones de almas, no hay duda de que quien la saque de este mundo con la piadosa intención del servicio a Dios no solo no pecará, sino que ganará méritos eternos.

La sesión del Parlamento se reunía el 23 de noviembre de 1584. En la misma, varios diputados echaron mano de la llamada *Ley complementaria contra los jesuitas, sacerdotes seminaristas y otras personas semejantes y desobedientes,* promulgada en 1559 y que ordenaba abandonar el suelo de Inglaterra en el término de cuarenta días, bajo pena de muerte. William Parry, un diputado conocido por sus simpatías hacia el catolicismo, atacó el texto de la ley y a quienes defendían su puesta en práctica, aduciendo que en

Inglaterra vivían muchos católicos que estarían dispuestos a morir por la reina Isabel. Pocos sabían que Parry había trabajado para los servicios de espionaje ingleses en Europa, pero también se ignoraba que el ahora diputado había planeado asesinar a Isabel I hacía unos cuatro años. El plan fue desechado al final por Parry por motivos de conciencia.

Al finalizar la sesión, Wiliam Parry fue detenido, acusado de traición, y conducido a la Torre. La propia reina ordenaría su puesta en libertad. Había salvado la cabeza, pero no por mucho tiempo [45].

Desde el mismo momento de su puesta en libertad comenzó a urdirse un complot para acabar con la vida de Isabel. Uno de los implicados en el atentado, Edmond Neville, duque de Westmoreland, decidió salir del plan y relatarlo a Walsingham. El asunto cayó como una bomba entre los miembros de la corte, quienes aún tenían presente el asesinato de Guillermo de Orange. William Parry aparecía como el jefe de los conspiradores católicos y otra vez emergía la mano del anciano papa Gregorio XIII y la de la Santa Alianza tras él.

La idea era disparar contra la carroza real durante las celebraciones de principios de año. El plan había sido diseñado por Thomas Morgan, uno de los hombres de confianza de María Estuardo. Durante el interrogatorio de Parry aparecieron ramificaciones con los católicos escoceses refugiados en Francia bajo la protección del también católico Enrique III.

[45] Geoffrey Parker, *Success Is Never Final: Empire, War, and Faith in Early Modern Europe,* Basic Books, Londres, 2002.

El juicio contra William Parry se llevó a cabo con rapidez, así como su ejecución el 2 de marzo de 1585; Thomas Morgan sería encarcelado en la Bastilla por su participación en el complot y liberado cuatro meses más tarde; y Edmond Neville fue liberado sin cargos pero obligado a abandonar Inglaterra. Murió en Roma en el año 1619 bajo la protección del papa Pablo V.

El 24 de abril de 1585, el cardenal y franciscano Félix Peretti había sido elegido nuevo Pontífice tras la muerte dos semanas antes de Gregorio XIII. Peretti, que ha adoptado el nombre de Sixto V, había sido un hombre muy cercano al papa Pío V; incluso había llegado a ser consultor de la Congregación de la Inquisición gracias al apoyo de este. Tras su elección se veía nuevamente la mano de Felipe II.

Realmente sería este Papa quien establecería los más estrechos lazos con la congregación de los jesuitas y quien los utilizaría como una especie de fuerza de choque en todos aquellos lugares en los que fuesen enviados para defender la fe, sea cual fuere la misión [46]. Sixto V veía con buenos ojos la utilización de los jesuitas como fuerza militar, pero no aprobaba sus puntos de vista teológicos.

El general Claudio Acquaviva sabía que si Sixto V deseaba seguir manteniendo a los jesuitas como fuerza de choque para «misiones especiales», debería ceder en sus puntos de vista teológicos. Sixto V, por su parte, era consciente de que si llevaba adelante su presión contra la Orden, Acquaviva contraatacaría pidiendo a los miembros su opinión sobre la cuestión de la obediencia al Papa y sobre los puntos de vista del Santo Padre. El Papa dio un golpe de efecto y avisó al general de los jesuitas cuando en 1590 ordenó el cambio de nombre de la «Sociedad de Jesús» por el de la «Orden de Ignacio». El uso del nombre de Jesús por los jesuitas era para Sixto V algo ofensivo. Para muchos cardenales de la época lo era también, al tener que descubrirse o agachar la cabeza cuando se pronunciaba el nombre de la poderosa Orden por llevar el nombre de Jesús en él. A pesar de la decisión papal, nunca ningún general ni Congregación General de los Jesuitas adoptó el nuevo nombre.

En la primavera de 1586 dio comienzo la llamada «conspiración de Babington», que tenía como fin reponer en el trono de Escocia a María Estuardo e incluso con la posibilidad de acabar con la vida de

[46] Malachi Martin, *The Jesuits...,* ob. cit.

Isabel I para que la reina católica asumiese la corona de ambos reinos. Realmente, para los ingleses y escoceses de finales del siglo XVI, tanto católicos como protestantes, levantar la mano contra una cabeza coronada era, más que un crimen, un sacrilegio. El sacrilegio lo cometía María Estuardo hacia Isabel al participar en la «conspiración Babington». El sacrilegio lo cometía Isabel I si hacía ejecutar a María Estuardo una vez descubierta la conspiración.

En agosto los conjurados eran todos detenidos. Ballard, Savage, el propio Babington eran recluidos en la Torre. El juicio contra María Estuardo se llevó a cabo el 14 de octubre de 1586 en el castillo de Fotheringhay, en el condado de Northampton, en donde es juzgada y hallada culpable, el 25 de octubre, de alta traición, sedición y apoyo a los conspiradores que deseaban acabar con la vida de la reina Isabel. La pena del tribunal para la ex reina de Escocia es la muerte.

Las reacciones a la sentencia fueron bastante tibias. Enrique III de Francia estaba demasiado ocupado luchando contra los dos Enriques: Enrique de Navarra y sus protestantes y Enrique de Guisa y sus partidarios católicos. Felipe II estaba ocupado en Flandes y el papa Sixto V había decidido mirar hacia otro lado debido a que Jacobo VI de Escocia le había dejado entrever la posibilidad de que, una vez nombrado heredero del trono de Inglaterra y tras asumir la corona conjunta de Escocia e Inglaterra tras la muerte de Isabel, implantaría nuevamente el catolicismo. Ante tal perspectiva, el Pontífice decidió retirar a los agentes de la Santa Alianza de

Inglaterra [47].

El 1 de febrero, Isabel pone su firma en el documento que autoriza la ejecución de María Estuardo. Una semana después, en la mañana del 8 de febrero de 1587, la reina ungida de Escocia entra en el gran salón del castillo de Fotheringhay, en cuyo centro se ha levantado el patíbulo. María Estuardo, que es reina desde su nacimiento, piensa comportarse como tal en su ejecución. Los condes de Shrewsbury y Kent actúan como testigos de la reina de Inglaterra.

Tras una corta oración en latín y tras pronunciar las palabras *«In te domine, confido, ne confundar in aeternum»,* inclina su cabeza sobre el tajo, al que se agarra con ambos brazos. El verdugo levanta el hacha

[47] Geoffrey Parker, *Success Is Never Final: Empire, War, and Faith in Early Modern Europe,* ob. cit.; y Antonia Pakenham, *King James VI of Scotland, I of England,* ob. cit.

y golpea el blanco cuello de María Estuardo. Ha golpeado parte del cráneo. Un segundo golpe de hacha golpea de pleno la nuca, pero es el tercer golpe el que separa la cabeza del resto del cuerpo. El verdugo entonces agarra la cabeza e intenta levantarla. En ese momento se queda con una peluca en la mano mientras la cabeza casi calva y gris de una mujer entrada en años rueda por el suelo de madera. Ante semejante visión alguien consigue gritar: «Dios salve a la reina» [48].

Isabel I de Inglaterra ha puesto el punto final a la cuestión escocesa, pero Felipe II y el papa Sixto V no se quedarán tan conformes con la ejecución de una reina católica. Desde una Armada Invencible a los asesinos de la Santa Alianza serán puestos al servicio de la fe y en contra de la reina hereje. Llegan tiempos de aventura.

[48] Stefan Zweig, *Maria Stuart,* ob. cit.

TIEMPOS DE AVENTURA (1587-1605)

«Habrá tinieblas tan densas sobre la tierra que se podrán palpar.» (Éxodo 10, 21)

D esde hacía años, casi desde 1570, fecha de la excomunión de Isabel, se venía hablando de la posibilidad de un ataque abierto de España contra Inglaterra. En los ámbitos del espionaje, incluido el británico, se conocía a la posible operación militar con el nombre clave de la «Empresa». A favor de convencer al rey Felipe II para llevar a cabo el ataque se encontraba el papa Sixto V y los jesuitas, por cuestiones religiosas; los partidarios de María Estuardo, los católicos escoceses, con el propósito de restablecerla en el trono de Escocia; y los católicos ingleses, con el fin de proclamar a la reina María soberana de Inglaterra y restaurar el catolicismo, una vez que hubiesen hecho desaparecer a la reina hereje. Otro de los interesados en llevar a cabo la «Empresa» era nada más y nada menos que don Juan de Austria, pariente de Felipe II, quien deseaba poder contraer matrimonio con María Estuardo para convertirse así en rey de Inglaterra y Escocia.

Por otro lado, Felipe II no deseaba contentar a ninguna de las partes con una decisión equivocada. El monarca español no era demasiado partidario de instalar en el trono de Inglaterra a una reina medio francesa; ni permitir el acceso a tan poderoso reino a un hermano del que no se fiaba demasiado; y, por supuesto, contentar al Pontífice, ya que muchos podrían pensar que su mano era movida por Roma [1].

Las continuas guerras en los Países Bajos le estaban costando a Felipe II demasiado dinero, y Roma exigía más y más sin dar demasiado a cambio. Lo que Londres no sabía era que el monarca español veía a Isabel de Inglaterra como una agresora y, por lo tanto, fácilmente atacable desde el punto de vista político. Inglaterra se había inmiscuido abiertamente en los Países Bajos con la firma del tratado de Nonsuch; Isabel había dado luz verde a las operaciones de pillaje en las costas españolas por parte de los navíos piratas de Francis Drake.

La Santa Alianza había informado al Papa de que, con la ejecución de María Estuardo, Isabel pensaba que al haber hecho desaparecer el posible punto de unión de católicos escoceses e ingleses ya nada empujaría al rey español a embarcarse en una aventura militar que desembocase en la liberación de María. Desaparecida esta, ya no dejaba ninguna puerta abierta a Roma para hacer retornar el catolicismo a las islas. Jacobo VI seguiría siendo un defensor del protestantismo a pesar de los tímidos

mensajes enviados a Sixto V con respecto a no intervenir abiertamente contra Isabel por la ejecución de su madre.

Jacobo VI deseaba convertirse en heredero legítimo de Isabel y, una vez desaparecida esta, convertirse en rey de Escocia e Inglaterra. Había convencido a Sixto V para que no alterase el orden entre los católicos hasta que no fuese nombrado sucesor legítimo al trono, y para ello el Pontífice debía alejar a Isabel y, de la corte de Londres, a cualquier agente de la Santa Alianza con deseos de acabar con la vida de la reina. Jacobo VI habría comentado tímidamente a agentes del Papa que tal vez, cuando portase las dos coronas, podría devolver ambos reinos al catolicismo o por lo menos conceder mayor libertad religiosa a los católicos en Escocia e Inglaterra, algo que nunca sucedió [2].

Las primeras informaciones sobre la «Empresa» datan de finales de 1585. Pero es desde principios de 1586 cuando los servicios de espionaje ingleses conocían, a través de diversos informes, la formación

[1] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

[2] Antonia Pakenham, *King James VI of Scotland, I of England,* ob. cit.

de una gran flota con el fin de lanzarla contra Inglaterra [3]. El embajador inglés en París escribía a Walsingham:

> El partido español alardea aquí en Francia de que antes de tres meses Inglaterra será atacada y que una gran flota armada se prepara para ello. Me cuesta creerlo porque el tiempo es corto [4].

Walsingham, por su parte, creía a medias las informaciones enviadas por el diplomático. El jefe de los espías de Isabel sospechaba que Felipe II construía una gran flota, pero no para lanzarla contra Inglaterra, sino contra los Países Bajos, para dar apoyo al duque de Parma; de cualquier forma, existía también la posibilidad de que la flota española se dirigiese a Escocia o Irlanda, por lo que Inglaterra se vería en la necesidad de responder militarmente. Felipe II pensaba, por su lado, que una vez que la gran flota atacase Inglaterra, Isabel, amedrentada, se vería en la obligación de negociar una salida honorable con Madrid. Realmente, el monarca español no conocía el temperamento de la reina de Inglaterra [5].

En la primavera de 1587, justo dos meses después de la ejecución de María Estuardo, Walsingham está plenamente dedicado a la defensa de Inglaterra y en sus preparativos. Sus agentes en diferentes puntos estratégicos de Europa le han informado de que Felipe II está dispuesto a llevar adelante la «Empresa».

Como contramedida, Isabel ha autorizado a su fiel Francis Drake a partir con una escuadra compuesta por casi una veintena de buques con la misión de impedir la reunión de las flotas españolas

fuera de sus puertos. Los barcos ingleses deben entorpecer su abastecimiento y perseguirlas y hundirlas en caso de que pongan rumbo a Inglaterra o Irlanda. Los agentes de la Santa Alianza han informado a España de que la flota de Drake está casi dispuesta a partir del puerto de Plymouth y que, según sus informaciones, se dirigen a atacar los puertos y costas cercanas a El Ferrol [6].

[3] Neil Hanson, *The Confident Hope of a Miracle: The Real History of the Spanish Armada,* Doubleday, Londres, 2003.
[4] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.
[5] Colin Martin y Geoffrey Parker, *The Spanish Armada: Revised Edition,* Manchester University Press, Manchester, 2002.
[6] Harry Kelsey, *Sir Francis Drake: The Queen's Pirate,* Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2000.

En la noche del 2 de abril y sin aviso, la veintena de barcos se habían hecho a la mar cuando Isabel I se arrepentía de la decisión adoptada. La soberana pidió a Walsingham que enviase un mensaje urgente a Drake para comunicarle que no debía atacar los puertos españoles. El primer mensaje llegó a Plymouth el 3 en la mañana, cuando aún se divisaban las velas de los buques ingleses en el horizonte. Un segundo mensajero enviado por Walsingham había sido interceptado por agentes del Papa. Al saber lo que se proponían, informaron urgentemente a Madrid y Roma, pero tanto para Isabel I como para Felipe II era ya demasiado tarde. Drake había decidido cambiar de planes y en lugar de atacar en las Antillas o en algún puerto de Galicia o el Cantábrico, decidió virar y atacar la ciudad de Cádiz [7]. A bordo del buque insignia, la *Isabel Buenaventura,* y sus barcos de escolta, Drake dirigió el cañoneo sobre la ciudad fortificada y la entrada del puerto. En muy pocas horas, Francis Drake consiguió hundir cerca de una treintena de barcos españoles que se preparaban para unirse a la Armada. En tan solo dos horas que duró la operación militar, los barcos de Drake destruyeron los depósitos de la marina y sus almacenes de municiones [8].

Cuando se conocieron las noticias del ataque al poder español, el papa Sixto V llegó a afirmar: «Admiramos a ese Drake que ha logrado tanto con tan pocos medios»; pero la noticia en Madrid no había caído igual. En las calles se llegaba a decir: «Nuestro rey delibera mientras que la reina hereje actúa» [9].

Desde cualquier punto de vista, la «Operación de Cádiz» por parte de Francis Drake fue de una maestría absoluta, pero a pesar del duro golpe sufrido por España, tanto material como de orgullo, la Armada fue tan solo retrasada un año. Mientras, los agentes de la Santa Alianza seguían operando abiertamente en los Países Bajos protegidos por el duque de Parma, todopoderoso gobernador de Felipe II.

Una de sus mejores operaciones fue la de Geertruidenberg.

Mientras se negociaba un acuerdo de paz en la primavera de 1588, los agentes del Papa habían conseguido levantar en rebelión a los mercenarios

[7] Michel Le Bris, *D'or, de rêves et de sang. L'épopée de la flibuste (1494-1588),* Hachette, París, 2001.
[8] Harry Kelsey, *Sir Francis Drake: The Queen's Pirate,* ob. cit.
[9] Michel Duchain, *Élisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

que custodiaban la plaza fuerte de Geertruidenberg, un lugar estratégico en la ribera sur del río Mosa. La primera línea de defensa estaba formada por mercenarios alemanes; la segunda, por mercenarios holandeses, y la tercera, la más importante, por mercenarios ingleses e irlandeses protestantes. Los espías de la Santa Alianza habían conseguido alterar los ánimos de la guarnición debido a que hacía casi cuatro meses que no recibían sueldo alguno. Los agentes papales lanzaban discursos en la plaza de la ciudad holandesa contra «aquellos poderosos que descansan sus posaderas en los tronos de Europa y que miran hacia otro lado a la hora de pagar a aquellos que defienden sus tronos».

Inglaterra se negaba a pagar la deuda de doscientos diez mil florines, o lo que es lo mismo, casi veintidós mil libras esterlinas, que se debían a los mercenarios de Geertruidenberg, aduciendo que esto era una cuestión de los Estados Generales, mientras que estos respondían que los mercenarios reclutados por Inglaterra servían más fielmente a la causa de Isabel I que a la del protestantismo en los Países Bajos. Walsingham sabía que la mano de Sixto V estaba detrás de la rebelión y, por consiguiente, la del duque de Parma y la del propio Felipe II.

El jefe de los espías ingleses era consciente de que tarde o temprano deberían pagar si no querían que la estratégica ciudad cayera en manos españolas. Al final, y cuando estaba a punto de vencer el plazo para que los mercenarios entregasen la plaza a los españoles por el impago de sus sueldos, llegó un mensaje de los Estados haciéndose cargo de la deuda. Por muy poco, el ejército español no se había hecho con una plaza militar importante sin pegar un solo tiro gracias a los agentes de la Santa Alianza.

Felipe II no iba a olvidar tan fácilmente el golpe dado por Isabel I en Cádiz, así es que hizo que se acelerase lo más posible la puesta en marcha de la «Empresa». El plan era sencillo. Saliendo de Lisboa, una gran flota debía poner rumbo hacia el canal de la Mancha, evitar cualquier encuentro con los galeones ingleses, atravesar el paso de Calais y desembarcar en Margate, al norte de Kent. Allí se le debían unir las tropas del duque de Parma embarcadas en los puertos españoles de los Países Bajos. En total, unos treinta mil hombres debían vencer al débil ejército inglés y llegar hasta Londres [10]. Sobre el papel, el plan era

[10] Neil Hanson, *The Confident Hope of a Miracle...,* ob. cit.

sencillo y claro, pero en la práctica, y para finales del siglo XVI, la cuestión era bien diferente.

Los agentes desplazados en la zona mostraban ciertos reparos a la operación militar. En un documento enviado al Papa, uno de los agentes se pregunta cómo trasladará las tropas el duque de Parma desde los Países Bajos a Inglaterra. El propio Sixto V, por su parte, pregunta a Felipe II qué pasará una vez que Inglaterra quede en manos españolas. Todas estas preguntas no son respondidas por nadie.

El duque de Parma, efectivamente, había dejado claro que podría concentrar a sus quince mil hombres en Dunkerque, Nieuport y Sluis, pero sin la protección de la Armada sería casi imposible atravesar el canal de la Mancha, atestado de galeones corsarios holandeses y de ingleses de Drake. El gobernador español pedía al rey que antes de dirigirse hacia Inglaterra debía desplegar a la Armada en la costa de los Países Bajos para dar protección a sus tropas. El problema es que esto no podía llevarse a cabo si antes no conseguían hacerse con un puerto seguro en Inglaterra; por ejemplo, Dover [11]. Esta cuestión se convertiría, según el historiador Garret Mattingly en su libro *The Defeat of Spanish Armada,* en el punto débil de toda la operación.

La Santa Alianza tenía instrucciones del papa Sixto V de buscar apoyos entre las poblaciones costeras inglesas sobre un posible alzamiento contra las autoridades locales una vez que divisasen las velas de la Armada. También los agentes papales tenían la misión de apoyar mediante una gran línea de comunicación que debía extenderse a lo largo de toda la costa oriental inglesa y de la costa occidental de Flandes y Francia, con el fin de mantener informados a los españoles de cualquier posible movimiento de los ingleses.

Uno de los agentes más activos de la Santa Alianza, el genovés Marco Antonio Massia, informa al Papa:

> Aquí en Inglaterra se cree que los españoles traerán toda una carga de horcas para colgar a los hombres y de látigos para azotar a las mujeres, y de cuatro mil nodrizas para dar de mamar a los bebés que se llevarían en sus naves a España. Se dice también que todos los niños de siete a doce años serán marcados con hierros candentes. Estas cosas mueven al pueblo a la resistencia contra los españoles.

[11] G. Mattingly, *The Defeat of Spanish Armada,* Random House, Londres, 2000.

En Roma y Madrid se sabía que estas historias, que eran difundidas por los hombres de Walsingham, causaban su impacto en una población inculta de finales del siglo XVI. Lo cierto es que Felipe II no tenía demasiados planes sobre la sucesión de Isabel I, ni siquiera lo había pensado, una vez desaparecida María Estuardo.

Para el monarca, el heredero Jacobo VI de Escocia, de religión protestante, no era un candidato válido para suceder a Isabel, aunque siempre podría conseguir que Sixto V lo declarase hereje y

lo excomulgase. Realmente, el Papa estaba cada vez más en desacuerdo con Felipe II debido a que sus agentes en la corte de Madrid le habían informado de los deseos del monarca de ser declarado rey de Inglaterra en calidad de descendiente por línea materna de la casa Lancaster [12].

Sixto V no iba a permitir que el rey español sumase la corona de Inglaterra a las de España, Portugal, Sicilia y Nápoles, aparte de los muchos dominios que se encontraban bajo el pie de Felipe II en 1588.

Para el mando de la Armada, el rey designó al almirante Álvaro de Bazán, un experto militar y hombre de mar que ya había vencido a la flota francesa en 1582 en la batalla de las Azores. El problema era que el almirante era ya bastante anciano y la preparación de la Armada acabó con él, el 9 de marzo de 1588. Felipe II lo reemplazó por el duque de Medina-Sidonia. Realmente, el noble era tan solo un rico señor de enorme lealtad al rey y poco más. Era, como la historia demostraría, pesimista, vacilante e incluso algo cobarde, tres cosas bastante malas en un militar que dirige una gran empresa como la Armada. Felipe II conocía perfectamente los defectos de su inexperto almirante y por ello quiso dirigir la empresa personalmente. Medina-Sidonia era tan solo su mano ejecutora en la flota [13].

Los espías del Papa seguían informando constantemente de los avances ingleses en materia de preparación ante la llegada de la Armada española. Isabel había nombrado lord almirante a Charles Howard, fiel a Isabel pese a ser el hermano menor del duque de Norfolk, ejecutado en 1572. La escuadra inglesa anclada en Plymouth estaría dirigida por Francis Drake, quien debía evitar la entrada de los galeones espa

[12] La dinastía Lancaster reinó en Inglaterra durante los siglos XIV y XV. [13] Colin Martin y Geoffrey Parker, *The Spanish Armada: Revised Edition,* ob. cit.

ñoles en el canal de la Mancha. Howard, por su parte, debía taponar a los barcos de Felipe II en su rumbo hacia el mar del Norte.

Nuevamente el genovés Marco Antonio Massia, esta vez desde la propia Inglaterra, informa al Papa de que los ingleses han establecido un sistema de señales costeras mediante fogatas para avisar enseguida sobre la llegada de la Armada. Las tropas del duque de Parma deberían ser detenidas por la flota holandesa, compuesta por unas treinta naves al mando del almirante Justin de Nassau. La Santa Alianza informa de un continuo movimiento de tropas y galeones en varios puertos de Flandes y Zelanda. A principios del mes de julio, la corte de Londres supo de la partida de la gran Armada española; la suerte estaba echada.

Durante las semanas precedentes, la policía de Walsingham se

dedicó a la caza y captura de espías del Papa. Muchos de ellos, los más nobles, fueron internados en el castillo de Wisbech, cerca de los pantanos de Cambridgeshire.

En el frente diplomático, Isabel estaba segura de que Francia no apoyaría a España. Enrique III ya había hecho saber a Madrid que no podría apoyarle en un ataque a Inglaterra debido a su comprometida situación. Otra cosa era Jacobo VI de Escocia. Isabel no estaba tan segura de que el hijo de María Estuardo no apoyase a Felipe II si este le ayudaba a ascender al trono de Inglaterra como legítimo heredero. Jacobo necesitaba un ejército que afirmase su valor en una confrontación abierta con Isabel, y la Armada podía ser este ejército [14].

Walsingham aconsejaba a Isabel que ordenase un despliegue de tropas en la frontera con Escocia, explicando a Jacobo que no era por una cuestión de agresión contra su país, sino como una forma de defensa en caso de que los españoles dirigiesen la invasión a Inglaterra desde Escocia. Lo cierto es que Isabel I temía una posible alianza hispano-escocesa. Tal como escriben y coinciden los historiadores Neil Hanson, Colin Martin, Geoffrey Parker y Garret Mattingly, en sus obras *The Confident Hope of a Miracle: The Real History of the Spanish Armada*, *The Spanish Armada: Revised Edition* y *The Defeat of Spanish Armada,* los ingleses se habían tomado casi en broma la defensa del reino ante la llegada de los españoles. Walsingham escribía

[14] Antonia Pakenham, *King James VI of Scotland, I of England,* ob. cit.

entonces: «Nuestra manera de proceder es tan fría y despreocupada que solo la gracia de Dios y un milagro pueden ponernos a salvo de semejante peligro»; y lo cierto es que ese milagro llegó.

Las cifras de la Armada eran increíbles para esa época. Ciento treinta galeones formados en ocho escuadras que transportaban treinta mil hombres, a los que debían sumarse los quince mil que aguardaban bajo el mando del duque de Parma en los puertos de Flandes listos para ser embarcados rumbo a Inglaterra [15]. La flota defensiva inglesa estaba compuesta por treinta y cuatro naves y seis mil setecientos hombres. España abrumaba navalmente a Inglaterra, casi cuatro a uno en cuanto a barcos y casi siete a uno en cuanto a hombres. Todo el mundo sabía que el combate que iba a librarse era el de cinco Goliats españoles contra un enano y raquítico David inglés.

La gran flota abandona Lisboa el 7 de junio. Una fuerte tormenta que golpea el Atlántico dispersa a gran parte de la Armada. Se reagrupa en La Coruña bastante maltrecha. El agua se ha podrido en las barricas, la carne está llena de gusanos y hay varios

centenares de enfermos que son desembarcados. El 22 de julio parte de nuevo desde la costa gallega rumbo al norte. El 29 llega junto a las costas inglesas. Los espías de Walsingham divisan sus velas en Cornualles mientras un fuerte viento sopla desde el oeste. En posición de arco, con el buque insignia al frente, pasan ante la costa de Devon. Los navíos de Drake y Howard comienzan a atacar a los barcos rezagados el 31 de julio [16].

El 4 de agosto, uno de los galeones naufraga en la costa francesa con importantes documentos. Dos días después ha cambiado el viento y Medina-Sidonia toma una decisión errónea. Ordena a toda la Armada refugiarse en Calais, pero lo cierto es que la bahía es demasiado pequeña para dar cobijo a toda la flota y el grueso queda en descubierto.

Nuevamente, Drake y Howard deciden lanzarse al ataque de los barcos españoles, que luchan por quedar anclados y no ser arrastrados hacia el mar del Norte. Las tropas del duque de Parma siguen sin aparecer mientras la flota anglo-holandesa traba la retirada española. A es

[15] Informe del cardenal archiduque Alberto, virrey de España en Portugal, al papa Sixto V a través de un agente de la Santa Alianza.

[16] Harry Kelsey, *Sir Francis Drake...,* ob. cit.; y Michel Le Bris, *D'or, de rêves et de sang...,* ob. cit.

tas alturas muchas naves de Medina-Sidonia están incendiadas, hundidas, desarboladas o perdidas.

El 8 de agosto, el almirante Howard lanza su último gran ataque contra la Armada, dislocando por completo cualquier opción de contraataque por parte de los galeones españoles. La operación militar ideada por Felipe II era errónea desde el principio, como señala el espía Marco Antonio Massia en un informe al Papa. El monarca español había diseñado toda la operación militar como un gran desembarco e invasión de Inglaterra, pero nunca como una batalla naval. Los cañones de Drake y Howard hicieron el resto.

Diez días después de la derrota definitiva, Felipe II leía un mensaje enviado por su embajador en Londres en donde informa de que Medina-Sidonia ha hundido quince barcos de Drake, incluida la nave almirante. Sixto V, sentado en su trono de Roma, fue el primero, gracias a la efectividad de los agentes de la Santa Alianza, en conocer con todo lujo de detalles la derrota española. La historia quedaba ya escrita para la posteridad; las tripulaciones naufragadas en Escocia fueron socorridas y posteriormente repatriadas por orden del rey Jacobo VI; las naufragadas en Irlanda, masacradas. Tan solo veintisiete buques consiguieron regresar a España. A Medina-Sidonia, a pesar de ser acusado de incompetencia y cobardía, Felipe II siguió manteniéndolo como persona de su confianza.

En Inglaterra, por el contrario, se proclamaba la victoria sobre la

menos poderosa España y de la verdadera religión sobre las tinieblas del papismo católico. Una moneda era acuñada por orden de la reina Isabel en donde aparece un galeón español luchando contra las olas bajo la leyenda *«Venit, Vidit, Fugit»* (Vino, vio y huyó). Pedro de Valdés, uno de los lugartenientes de Medina-Sidonia y prisionero ahora de Francis Drake, permaneció recluido en casa del pirata inglés por espacio de cinco años y mostrado como un animal humillado a los visitantes [17].

La Armada, a quien los ingleses sumaron el apodo de «Invencible» de forma sarcástica, ha entrado en la leyenda, así como la participación de los agentes de la Santa Alianza, como el genovés Marco Antonio Massia antes, durante y después de la operación militar. Muchos

[17] Michel Le Bris, *D'or, de rêves et de sang...,* ob. cit.

de los espías del Papa fueron utilizados como simples correos; otros, como espías en puertos enemigos, y otros, como salvadores de muchos de los náufragos de la flota española. El propio Massia fue quien negoció con el rey Jacobo VI la repatriación de casi seiscientos treinta marineros y soldados españoles naufragados en las costas escocesas.

Lo cierto es también que poco después los vencidos se convirtieron en héroes y los vencedores en vencidos. Mientras que los españoles supervivientes fueron tratados como héroes por el pueblo y por el rey Felipe II, los vencedores ingleses ahora desmovilizados fueron muchos de ellos diezmados por el tifus, el hambre y el agotamiento sin que la reina Isabel I prestase ninguna ayuda a los defensores de Inglaterra. Los vencedores olvidaban rápidamente a sus héroes mientras que los vencidos glorificaban a los suyos. Felipe II puede volver a regenerar sus maltrechas finanzas gracias a los barcos cargados de oro y piedras preciosas que llegan desde sus dominios en América, mientras que Inglaterra debe dedicarse al saqueo y la piratería.

El final de los ochenta son años de muertes. El conde de Leicester muere debido a un enfriamiento, el 4 de septiembre de 1588; en 1589 mueren Walter Mildway, hombre de confianza de Isabel I, ministro de Hacienda y azote de los espías de la Santa Alianza. Según dicen, envenenado por los espías del Papa. En 1590 mueren Francis Walsingham, maestro de espías y verdadero fundador del espionaje británico, y su casi antagonista, el papa Sixto V, el 27 de agosto, a los sesenta y nueve años de edad. El Pontífice fallecido fue quien más utilizó a la Santa Alianza como instrumento de espionaje y operaciones especiales, incluido el asesinato.

En tan solo quince meses, tres papas ocupan el Trono de San

Pedro: Urbano VII, Gregorio XIV e Inocencio IX. Durante este corto espacio de tiempo no se conocen operaciones concretas de la Santa Alianza, o por lo menos no están documentadas. La elección del cardenal Hipólito Aldobrandini como nuevo Papa, el 30 de enero de 1592, el cual adopta el nombre de Clemente VIII, pone otra vez en movimiento las operaciones del espionaje pontificio. Nuevas intrigas se preparan en la Santa Alianza para acabar con la vida de la hereje Isabel I.

El nuevo Papa, hijo de una familia noble florentina, había establecido buenos contactos con los espías de Felipe II cuando formó parte del séquito del cardenal Miguel Bonelli, legado *a latere* [18] del Vaticano ante la corte de Madrid. Durante dos años, en 1571 y 1572, Aldobrandini se convirtió en una especie de agente estable de la Santa Alianza en la capital del Imperio español. Este informaba directamente al papa Pío V, fundador del espionaje pontificio tan solo seis años antes.

Con la muerte de Pío V, la carrera de Hipólito Aldobrandini como espía sufre un fuerte parón. Durante el pontificado de Gregorio XIII, el espía de Pío V queda olvidado en el ejercicio de la actividad jurídica hasta la ascensión al Trono de Pedro del papa Sixto V. El nuevo Pontífice se convierte en su protector y, aparte de concederle la púrpura cardenalicia, le encomienda misiones especiales [19].

Sixto V sabe que Aldobrandini cuenta con experiencia en el mundo del espionaje, en el mundo diplomático, en el religioso y, más importante, con buenas relaciones en el entorno de Felipe II.

La primera misión especial del espía Hipólito Aldobrandini sucede en mayo de 1588, cuando el Papa lo envía a Polonia. El agente de la Santa Alianza debía tratar de mediar entre las facciones que apoyaban a los dos pretendientes a la corona tras la muerte del rey Esteban I Báthory. Aldobrandini intentaba que los dos herederos, Segismundo de Vasa y Maximiliano de Habsburgo, llegasen a un acuerdo pacífico, pero también arrancarles un compromiso firme de mantener a Polonia dentro de la religión católica y en clara obediencia al Papa. Segismundo de Vasa no solo se hizo con la corona de Polonia, sino que estableció un acuerdo de paz estable y duradero con Maximiliano de Habsburgo el 9 de marzo de 1589.

El resultado de la operación de Polonia convirtió a Aldobrandini en uno de los miembros del Colegio cardenalicio con mayor prestigio.

La repentina muerte del papa Inocencio IX, el 30 de diciembre de 1591, obligó nuevamente, y por cuarta vez en menos de diecisiete meses, a convocar al cónclave. La presión española, como tantas

veces en los anteriores cónclaves, era bastante fuerte. Felipe II quería esta vez en el Trono de Pedro a un Papa más dócil de lo que había sido

[18] Los llamados *legati a latere* son una especie de enviados volantes del Papa para cumplir una misión diplomática especial y, por lo tanto, mantienen la inmunidad diplomática. Véase también Eric Frattini, *Secretos vaticanos,* ob. cit.

[19] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

Sixto V, a quien calificaba como «intrigante y demasiado independiente». Al final, y gracias al apoyo del monarca español, Hipólito Aldobrandini, antiguo espía, era nombrado Papa el 30 de enero de 1592.

Clemente VIII llegaba al Trono de Pedro en un momento de gran confusión en Europa. Los Países Bajos ardían por los cuatro costados, mientras Mauricio de Nassau se convertía en un auténtico líder en la lucha contra los españoles.

El año anterior las tropas de Felipe II habían perdido Zutphen, Deventer, Hults y finalmente la estratégica Nimega. Desde ese mismo momento el lado meridional de la futura Holanda está bien asegurado. En diciembre de 1592 la situación vuelve a dar un giro inesperado cuando muere Alejandro Farnesio, duque de Parma. La corte de Madrid nombra a diversos sucesores que tan solo son testigos de la marcha hacia el fin. El conde Mansfeld, el archiduque Ernesto, el conde de Fuentes y el archiduque Alberto son algunos [20]. Poco a poco, la futura Holanda afianza cada vez más sus definitivas fronteras en Nimega en 1591, y Groninga y Geertruidenberg, que ha sido recuperada en 1593 tras un largo asedio por parte de las tropas de Mauricio de Nassau.

El mismo año y en poco tiempo un nuevo frente se abre en Francia. Enrique IV, que ha ascendido al trono de Francia, se ha convertido en monarca tras la huida de París de Enrique III de Valois. El rey depuesto sería asesinado en 1589 por un fraile jacobita y, según algunos informes, agente de la Santa Alianza. Al parecer, el papa Sixto V no quería ningún obstáculo en el posible camino de Enrique IV y Francia hacia el catolicismo, y Enrique III lo era [21].

Enrique de Borbón, rey de Navarra y calvinista, había sido uno de los mayores defensores del protestantismo y condenado por el papa Sixto V. Sin embargo, algo con lo que no contaban Felipe II y Clemente VIII era el gran número de católicos franceses que reconocieron a Enrique como su rey.

Enrique IV ordena entonces como primera medida la retirada total de las tropas españolas de París. Felipe II lo toma como una seria advertencia que puede desembocar en una guerra abierta entre ambos países. Los agentes de la Santa Alianza habían informado al papa Cle

[20] Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo,* ob. cit. [21] Edward Burman, *Assassins: Holy Killers of Islam,* ob. cit.

mente VIII de que se mantuviese en un segundo plano, ya que sabían que Enrique IV estaba dispuesto a renegar del calvinismo y abrazar la religión católica, como realmente ocurrió. Consciente de que solo renegando del protestantismo pondría fin a las divisiones del reino, Enrique IV decidió abrazar el catolicismo el 25 de julio de 1593, tal y como habían previsto los agentes de la Santa Alianza.

Ese mismo año el nuevo rey de Francia envía a Roma un representante con la idea de convencer al Papa para que revoque las censuras y penas impuestas por Sixto V, pero Clemente VIII se mantiene indeciso. Los cardenales se muestran dispuestos a conceder la absolución a Enrique IV, y para sancionar la reconciliación entre Roma y París se restablecen las relaciones diplomáticas rotas desde 1588.

En lugar de dar su apoyo a Madrid, Clemente VIII intercedió para que la católica Francia y la católica España firmasen la paz de Vervins el 2 de mayo de 1598 y pusieran fin así a una guerra que azotaba ambos países desde hacía tres años. Con la firma de Vervins, Felipe II reconocía a Enrique IV como verdadero rey y le devolvía las conquistas españolas del noroeste de Francia. Calais volvía a manos francesas después de muchos años de dominación española. En esos mismos días, Enrique IV estableció de manera permanente la libertad religiosa en todo el reino mediante el edicto de Nantes.

Isabel seguía recelando de la reconciliación franco-española y catalogaba al rey de Francia como «ese Anticristo de ingratitud». Su rechazo a establecer una paz estable la colocaría nuevamente en el punto de mira de los agentes de la Santa Alianza; al fin y al cabo, Clemente VIII debía seguir defendiendo la verdadera fe, aunque para ello tuviese que aprobar operaciones de asesinato contra la reina hereje.

Para demostrar que no le temblaba la mano a la hora de reprimir el catolicismo, Isabel I muestra una crueldad sin precedentes. En los primeros años de la década de los noventa, la reina ordenó la ejecución de 61 sacerdotes y 47 laicos. En 1593, el Parlamento votó la llamada *«ley contra los países papistas»,* que prohibía a los católicos alejarse más de veinte kilómetros de sus casas [22]. Desde la ejecución de María Estuardo, los católicos ingleses se habían calmado o tal vez habían comprendido cuál sería su papel en la historia; pero los jesuitas, fieles

[22] Susan Doran, *Elizabeth I and Religion 1558-1603,* ob. cit.

al Papa y a Felipe II, seguían siendo los más peligrosos enemigos de la hereje Isabel.

En 1593, un jesuita enviado por la Santa Alianza salió desde

algún lugar de los Países Bajos con la intención de lanzar una máquina de fuego al paso de la carroza real y acabar así con la vida de Isabel [23]. Al parecer, los agentes de Walsingham consiguieron evitarlo. Pero el que sí estuvo muy cerca de poder matar a Isabel de Inglaterra sería el doctor Rodrigo López.

A principios de 1594, la corte inglesa estaba aún sumida en la sospecha y en el engaño debido a un asunto en el que estuvo implicado el conde de Essex, el favorito de la reina. Desde hacía ocho años, Isabel I tenía como médico personal a un portugués de origen judío convertido al cristianismo, el doctor Rodrigo López. El médico era bastante famoso entre los nobles desde que se instaló en Londres en 1558. Entre su clientela se encontraba lo más selecto de la corte: lord Burghley, el conde de Leicester, Robert Cecil e incluso el mismo Essex. Debido a sus servicios prestados a la reina, se le había concedido el monopolio de la importación de granos de anís, lo que le había hecho muy rico. Absolutamente nadie se sorprendía al ver al médico llegar a altas horas de la noche al Palacio Real cargado con sus maletines negros llenos de fármacos.

Debido a su origen portugués, se encontraba dentro del círculo de amistades de don Antonio, el pretendiente a la Corona de Portugal. En realidad, servía como espía al Papa, al rey de España y a Burghley, el jefe de los espías ingleses. En el mes de diciembre de 1593, Essex emprendió su propia caza contra el espía, a quien acusaba de intentar matar a la reina en nombre del papa Clemente VIII y de Felipe II. En enero de 1594, lord Essex envía un informe a Anthony Bacon, uno de los hombres de confianza de la reina Isabel I:

> He descubierto una peligrosa y abominable traición. Se trata de asesinar a Su Majestad envenenándola. El ejecutor debe ser el doctor López. Tengo todos los elementos para probar esto, tan claro como el día [24].

[23] Este intento de asesinato viene reseñado en el libro de Michel Duchain *Élisabeth I d'Angleterre*. No hay más información sobre él.

[24] John Eliot y Laurence Brockliss, *The World of the Favourite,* ob. cit.; y Robert Naunton, *Fragmenta Regalia or Observations on Queen Elizabeth, Her Times and Favourites*, ob. cit.

La carta llegó a manos de Burghley. El jefe de los espías de Isabel ponía en duda la veracidad de las acusaciones de Essex; al fin y al cabo, qué motivos tenía López para asesinar a la reina, cuando esta no hacía más que colmarle de atenciones y favores. Lo que Essex desconocía también era que el doctor Rodrigo López pasaba información a Burghley sobre los movimientos y conspiraciones de Roma y Madrid contra la reina. Para mayor precaución, se ordenó a López que permaneciese en su casa sin salir. A la reina se le diría que estaba enfermo y que para evitar que la contagiase se le había recluido en su propia casa. Londres estaba siendo asolado por la peste, y la corte se había trasladado a Hamptom Court. Viendo que no se avanzaba en la acusación contra López, Essex decidió contar

sus sospechas a la reina, quien le hizo callar, acusándole de querer acabar con un hombre fiel por simples celos [25].

Essex no cejó en su empeño. López fue trasladado secretamente a la Torre de Londres el 29 de enero para ser interrogado por el mismo Essex y por Robert Cecil. López, torturado brutalmente, terminó por confesar que pertenecía a la Santa Alianza bajo las órdenes del papa Clemente VIII y que se le había propuesto envenenar a la soberana de Inglaterra. Como prueba le mostró a Cecil y Essex el anillo de oro que le había enviado como obsequio el propio Felipe II por el futuro «servicio» y que este se lo había ofrecido como regalo a la reina Isabel. El anillo fue devuelto por Isabel al médico, negándose a aceptarlo.

Lo que estaba claro, y que quedaría demostrado en el posterior juicio, es que Rodrigo López había intentado cobrar de los dos bandos. Cincuenta mil coronas de Felipe II una vez que la reina hubiese muerto. Burghley llegó a preguntarle al médico por qué no había denunciado antes la conspiración. Lo cierto es que López sabía que incluso al denunciarlo podría ser condenado a muerte en virtud de las leyes aprobadas durante la época de María Estuardo.

El juicio contra Rodrigo López y Claudio Tinico, el espía de la Santa Alianza que actuaba como enlace entre López y Roma, se desarrolló el 14 de marzo. La condena fue a muerte, pero curiosamente la reina Isabel no puso su sello sobre el documento de ratificación de la sentencia hasta el 7 de junio. La misma noche, López y Tinico fueron sacados al patio central de la Torre de Londres, colgados hasta la muerte y sus cuerpos descuartizados. Una vez muerto, la reina seguía pensando que Rodrigo López era inocente; pero quién podría saberlo sino el mismísimo reo. Lo cierto es que, a pesar de ser un delito de alta traición el cometido por López, se ordenó que todos sus bienes fueran entregados a la viuda, e incluso se concedió a esta una pensión de por vida. Isabel guardaría el anillo que le había regalado Felipe II al médico y lo llevaría en su dedo hasta el día de su muerte [26].

A finales de junio, Felipe II ordenó el traslado de la corte a El Escorial, a pesar de las protestas de sus médicos, Juan Gómez de Sanabria y Cristóbal Pérez de Herrera. El frío de la sierra madrileña no era bueno para su salud. El 1 de septiembre, el rey, ya muy débil, abandona oficialmente todas las tareas de Estado. Desde ese mismo día tan solo es fray Diego de Yepes, su confesor, quien le da asistencia espiritual. El 13 de septiembre de 1598, a las tres de la madrugada, Felipe II moría plácidamente en su cama en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial [27]. Aquel día se iba también uno de los principales pilares espirituales y financieros del servicio secreto pontificio, la Santa Alianza, fundada hacía ya

treinta y dos años.

Para Isabel, la muerte del principal sostenedor de la Santa Alianza no iba a mejorar su situación y liberarla de futuras intrigas; por lo menos el papa Clemente VIII no estaba dispuesto a ello. Aún quedaban muchas intrigas que urdir y muchas conspiraciones que organizar contra la reina hereje.

Esta vez la conspiración contra Isabel I se prepara en los Países Bajos, bajo el manto protector de su gobernador, el archiduque Alberto, ex cardenal y ahora casado con la amada hija de Felipe II, la infanta Isabel Clara Eugenia. Tres jesuitas, uno de ellos el padre Carew, cruzan el canal de la Mancha a bordo de una barca de pesca. Ya en territorio inglés, los tres se dirigen a Londres. Su intención es la de colocar bajo la cama de la reina un potente explosivo. Para poder acercarse, los tres

[26] Durante el juicio salieron a relucir los orígenes judíos de Rodrigo López, lo que provocó una ola de antisemitismo en toda Inglaterra, hasta que la reina Isabel la detuvo. Se cuenta que el escritor William Shakespeare se basó en el doctor Rodrigo López para dar vida al comerciante judío Shylock de su obra *El mercader de Venecia.*

[27] Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo,* ob. cit.

enviados de la Santa Alianza han contactado con un sirviente católico empleado en el Palacio Real. Días antes de llevarse a cabo el atentado, dos de los jesuitas son detenidos en la posada donde vivían. Un tercero, el padre Carew, ha conseguido escapar. Al parecer, el sirviente ha decidido denunciar el hecho a Robert Cecil [28]. Los dos jesuitas serían ejecutados y descuartizados en la Torre de Londres en abril de 1602; el padre Carew, detenido poco después, es también ejecutado en febrero de 1603.

En el mes de julio de 1601 comenzó el sitio de Ostende por parte de los españoles mientras las fuerzas inglesas se veían inmersas en la guerra de Irlanda. Dos frentes eran demasiado para el mal preparado ejército inglés. Isabel entonces se propuso negociar con Enrique de Francia el mantener el paso de Calais vigilado para evitar que los españoles pudiesen invadir Inglaterra desde ahí.

Enrique IV decidió enviar a su amigo íntimo, el duque de Biron, a hablar con la reina Isabel y prometer que no permitiría que las fuerzas españolas utilizasen Calais como plataforma de una supuesta invasión a tierras inglesas.

En el mes de marzo de 1602, Enrique IV se enteró por su servicio secreto de que el duque de Biron, su mejor amigo y compañero de armas, trabajaba como espía de la Santa Alianza al servicio de Felipe III. La idea del duque era entregar a España todo el sur y el este de Francia a cambio de ser nombrado rey de Borgoña y el FrancoCondado. Las pruebas eran concluyentes. Uno de los supuestos espías del Papa que el duque había utilizado para

enviar sus mensajes trabajaba realmente para el espionaje francés, así es que todos sus comunicados con Clemente VIII y Felipe III habían caído en poder de Enrique IV. El 31 de julio de 1602, el duque de Biron fue ejecutado en la Bastilla gritando piedad al rey, su amigo.

A principios de 1603, el cetro está a punto de caer de la mano de Isabel tras cuarenta y cinco años de reinado. El 14 de marzo presenta una gran mejoría y es capaz incluso de recibir al embajador Giovanni Scaramelli, enviado por el *dogo* de Venecia para restablecer relaciones diplomáticas entre Inglaterra y la Serenísima República. La anciana de setenta años es capaz incluso de coquetear con el veneciano. El 16 de marzo sufre una recaída de la que ya no se recuperaría. En las primeras horas del jueves 24 de marzo de 1603, Isabel de Inglaterra muere plácidamente en su cama, tal y como había ocurrido con Felipe II, su enemigo histórico, cinco años antes, y dejando como legítimo heredero a Jacobo VI de Escocia, el cual adoptaría el nombre de Jacobo (Jaime) I de Inglaterra [29]. La primera medida como nuevo monarca fue la de trasladar el cadáver de su madre, María Estuardo, desde la apartada tumba del cementerio de Peterborough a la cripta de los reyes de Inglaterra en la abadía de Westminster. Ahora ambas, Isabel y María, reposarían juntas para la eternidad [30].

En Roma la noticia se recibió con alegría. La gran enemiga del catolicismo estaba muerta y Clemente VIII ordenaba el repicar de las campanas. Su alegría sería tan solo momentánea, hasta que descubrió que Jacobo I, rey de Inglaterra, Irlanda, Francia y Escocia, vigésimo cuarto rey de Inglaterra desde Guillermo el Conquistador, no tenía la más mínima intención de convertir al país en un reino católico.

El Papa ordenó entonces la creación en Roma de un colegio para sacerdotes escoceses y confirmó los seminarios ingleses fundados por Felipe II en Sevilla y Valladolid, les concedió importantes privilegios y confió su dirección a los jesuitas. De aquellos centros saldrían muchos agentes de la Santa Alianza dispuestos a dar su vida en nombre de la verdadera fe y en clara obediencia al Sumo Pontífice. Puede decirse que Clemente VIII convirtió el espionaje pontificio en un verdadero servicio secreto, y a sus miembros, la mayor parte de ellos jesuitas, en cada vez más expertos en misiones «ejecutivas».

También el Pontífice apoyó la evangelización de América, con la creación de nuevas diócesis, y del Lejano Oriente, e hizo extensivo a todas las órdenes el privilegio de Gregorio XIII que reservaba la evangelización de China y Japón a los jesuitas, su fuerza de choque.

El 5 de marzo de 1605, moría en Roma, pero dejaba abiertos a

sus sucesores en el nuevo siglo que hacía poco había comenzado nuevos horizontes por descubrir, nuevos espacios en los que la Santa Alianza debía operar. Los herejes ingleses ya no eran un objetivo primordial.

[29] Antonia Pakenham, *King James VI of Scotland, I of England,* ob. cit. [30] Stefan Zweig, *Maria Stuart,* ob. cit.

NUEVOS HORIZONTES (1605-1644)

«Su boca es más blanda que la manteca, pero lleva la guerra en el corazón. Sus palabras son más untuosas que el aceite, pero son espadas desenvainadas.»
(Salmos 54, 21-22)

A lejandro de Médicis pasará a la historia más como brillante espía que como Papa. Perteneciente a una rama poco importante de la célebre familia florentina, Alejandro se convirtió en un perfecto espía, primero al servicio de su primo, el gran duque de Toscana Cósimo I, y años después al del papa Clemente VIII.

En 1596, el Pontífice lo envía a Francia con la misión de conseguir que Enrique IV ratifique lo acordado con Roma al convertirse al catolicismo, reorganizar la Iglesia en Francia y establecer la paz definitiva con Felipe II que daría paso al tratado de Vervins el 2 de mayo de 1598 y que pondría fin a una guerra que asolaba ambos países desde 1595 [1].

El cardenal De Médicis se ocupó durante dos años de dirigir el paso de Francia al catolicismo y de establecer una amplia red de espías que reportaban a la Santa Alianza en todo el territorio. A su regreso a Roma sería recibido por el pueblo y por el propio papa Clemente VIII

[1] Véase capítulo 3.

como un auténtico héroe. Los fastos duraron seis días, todo ello regado con vino y banquetes al más puro estilo renacentista.

Tras la muerte de Clemente, el cónclave quedó dividido en tres poderosas facciones: la española, la francesa y la de los cardenales nombrados por el Papa fallecido. El candidato de estos últimos no salió adelante, aunque sí el de españoles y franceses, que eligieron Papa a Alejandro de Médicis el 11 de abril de 1605, bajo el nombre de León XI. Dieciséis días después, y debido a un fuerte enfriamiento tras su consagración en Letrán, el Papa murió. Para la historia de la Santa Alianza dejó mayor huella como cardenal De Médicis que como papa León XI, ya que fue él quien estableció una de las mejores redes de espías papales en Francia, que perduraría casi hasta la época napoleónica [2].

Su sucesor en el Trono de Pedro sería el cardenal Camilo Borghese, que adoptaría el nombre de Pablo V. De origen sienés, Borghese, debido a sus altos conocimientos en materia jurídica, fue enviado por el Papa a Madrid en 1593. Allí estableció buenas conexiones con los altos miembros de la corte y con el mismísimo Felipe II. Debido a los servicios prestados en España, el papa Clemente VIII le concedió la púrpura cardenalicia y en 1603 se

convirtió en el cardenal vicario de Roma. Tras la repentina muerte de León XI, el cónclave se encontraba cada vez más dividido. Los españoles presentaban su candidatura con apoyo de los franceses, pero un grupo de cardenales la rechazaban. Al final, Camilo Borghese, quien a pesar de recibir una pensión del rey Felipe II se había mantenido en un segundo plano fuera de las discusiones, apareció como la única solución de consenso. El 16 de mayo de 1605 fue elegido Papa. El nuevo Pontífice era un hombre de grandes reflexiones, lo que hacía que las decisiones importantes fueran retrasadas hasta extremos inverosímiles, algo difícil de comprender para una época con una Europa convulsa.

La política del nuevo Pontífice descansó en una especie de neutralidad entre Madrid y París, haciendo continuos llamamientos a la unidad a los católicos franceses y españoles. En Inglaterra, mientras tanto, los católicos eran obligados a prestar juramento de lealtad al rey Jacobo I, y en Alemania se produjeron conflictos interreligiosos que desembocarían en la llamada Guerra de los Treinta Años.

[2] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

Mientras, en Francia, las cosas no iban mejor para la causa. Desde hacía años, el monarca había conseguido mantener una *entente cordiale* interreligiosa en todo el Estado. Los hugonotes eran los suyos y desde siempre mantuvo una relación de amistad con ellos; los protestantes eran reconocidos, así como sus cultos, tras la firma en 1598 en Nantes de un permiso real de libertad de culto, con la cláusula de fidelidad al rey. La antigua Iglesia, en aras de la Contrarreforma, consiguió una gran victoria en Francia. El rey había expulsado a todos los jesuitas, aunque los volvería a admitir en 1603[3].

El error de Enrique IV fue intentar reunir en 1610 en torno a él una gran fuerza protestante alrededor de la católica Francia y luchar contra el enemigo histórico, España. Pablo V envió un mensaje claro al rey galo, instándole a mantener una posición menos belicista hacia Felipe III; al fin y al cabo, Madrid seguía siendo una de las mayores fuentes de financiación de las aventuras católicas emprendidas por Roma y la Santa Alianza, que se había convertido ya por entonces en un auténtico brazo armado.

En la más amplia tradición del asesinato político y como arma efectiva de la Santa Alianza para cambiar de rumbo las políticas europeas, Enrique IV se había salvado ya en 1594 de un intento de asesinato por parte de un fraile enviado por Roma. Esta vez el monarca fue herido en un brazo debido a que la hoja de la daga utilizada era de pequeño tamaño y no llegó a afectarle órganos vitales [4].

Denis Lebey de Batilly, alto funcionario del rey y presidente del Tribunal de Metz, escribió entonces en 1604 el tratado de sesenta y cuatro páginas *Traicte de l'Origine des Anciens Assasins porte-couteau,* con el subtítulo *Con ejemplos de sus intentos y homicidios contra ciertos reyes, príncipes y señores de la Cristiandad.*

El libro era un estudio bastante acertado de la historia de los «asesinos» y los «asesinatos». La nota insólita sobre el origen de los «asesinos», debido a la falta de conocimientos históricos por parte de Lebey de Batilly, era que describía su procedencia como de una secta premahometana, y afirmaba que ya existían en tiempos de Alejandro Magno.

[3] David Buisseret, *Henry IV: King of France,* Unwin Hyman, Boston, 1990.

Pero a pesar de estos errores, asegura el historiador Edward Burman en su libro *Assassins: Holy Killers of Islam,* Lebey de Batilly se atreve a realizar observaciones y revelaciones que permiten dar una cierta comprensión a la forma de ser de los «asesinos» en la Europa del siglo XVII.

La parte más interesante del manuscrito se centra en cómo estos «asesinos» se ocupaban de matar a sus víctimas, desde pequeños comerciantes a grandes señores. El funcionario de Enrique IV hace el análisis siguiente:

> Queda a cargo del lector comparar la historia de los asesinos con los acontecimientos de su propia época y los miserables efectos que los hombres han tenido que sufrir durante algún tiempo. Porque desgraciadamente existen, incluso en su época, religiones que cuentan con *assasins porte-couteaux* tan nocivos como aquellos fanáticos medievales que estimulados por otros, dirigentes de falsas creencias, están dispuestos a matar reyes y príncipes que no pertenezcan a la misma secta que ellos [5].

Uno de estos dirigentes sería el papa Pablo V. Siendo aún el cardenal Camilo Borghese y vicario de Roma, consiguió hacerse, a través del embajador de España en la corte de París, con una copia del manuscrito de Denis Lebey de Batilly, editado en Lyon. Un año después, ya convertido en Papa, Pablo V transformó la Santa Alianza en una unidad especializada en asesinatos selectivos.

La idea de Pablo V era la de establecer una unidad de la Santa Alianza dispuesta a matar y morir en nombre de fe y responder sin vacilar a las órdenes expresamente transmitidas por el Sumo Pontífice de Roma. El Papa había quedado totalmente cautivado con las historias de los *fida'i* [6] relatadas por Lebey de Batilly en su manuscrito. Para la mente de un Papa del siglo XVII era algo perfectamente perdonable el que un católico ferviente diese incluso su propia vida en el intento de acabar con la existencia de un hereje, y si este era un príncipe contrario a la fe verdadera o a sus intereses, seguro que el asesino católico llegaría antes al cielo (el paraíso para los musulmanes). El papa Pablo V

[5] Ibídem.

[6] La palabra *fida'i* significa 'autosacrificado'. Un asesino dispuesto a inmolarse en nombre de la verdadera fe, la católica, realizando el objetivo marcado en una misión.

estaba dispuesto a hacer actuar a lo largo y ancho de la convulsa Europa a su unidad de *fida'i* católicos.

Pablo V estaba fascinado también con las leyendas relatadas por Gerhard de Estrasburgo cuando este viajó a Siria en 1175 en misión diplomática por orden del emperador Federico Barbarroja. El diplomático informó al emperador mediante una carta:

> Hay una secta conocida como los *heyssessini* que vivían entre Damasco y Alepo. Su líder, el príncipe Sinan, a quien siguen los *heyssessini,* vive en una alta montaña en donde se encuentran bellos palacios. Estos están bien protegidos por altos muros. El líder vive rodeado de sirvientes a los que ha enseñado diversas lenguas como latín, griego, romano, sarraceno, así como muchas otras. Los maestros enseñan a estos jóvenes desde muy temprana edad, hasta que se hacen adultos, a obedecer todas las palabras y órdenes del señor de su tierra, y se les dice que, si lo hacen así, él, que tiene el poder sobre todas las cosas vivas, les permitirá el acceso a las alegrías del paraíso. También se les enseña que no pueden salvarse si resisten su voluntad de alguna forma. Obsérvese que, desde el momento en que son tomados aún como niños, no ven a nadie más excepto a sus profesores y maestros, y no reciben otra instrucción hasta que son llamados a la presencia del príncipe Sinan para asesinar a alguien. Cuando se encuentran en presencia de este príncipe, él les pregunta si están dispuestos a obedecer sus órdenes, para saber si puede otorgarles el paraíso. A continuación, tal y como se les ha enseñado, y sin la menor objeción o duda, se arrojan a sus pies y contestan con fervor que le obedecerán en todo aquello que él designe ordenarles. Después, el príncipe entrega a cada uno de ellos una daga dorada y les envía a asesinar a cualquier otro príncipe que él mismo haya señalado [7].

Pablo V veía cinco siglos después un gran paralelismo en la historia contada por Gerhard de Estrasburgo en pleno siglo XII. El Papa era un príncipe Sinan del siglo XVII; sus religiosos de la Santa Alianza eran sus *fida'i* dispuestos a dar su vida ejecutando una orden del Sumo Pontífice. Camilo Borghese se veía a sí mismo como una especie de «viejo» de la montaña de Alamut, la cuna de los asesinos.

A Borghese lo que más le agradada era el pasaje que destaca que cada vez que el príncipe Sinan galopaba sobre su caballo por el campo hacía que un hombre le precediese gritando «huid del hombre que lleva la muerte de reyes y príncipes en sus manos»; realmente, el papa Pablo V deseaba con ardor ser o por lo menos simbolizar ese príncipe de los asesinos en nombre de la fe.

La primera muerte ocurrida sería la del rey Enrique IV de Francia. Hasta 1609 el monarca llevó a cabo una política exterior pacífica, pero a principios de 1610 Enrique inició los preparativos para intervenir en Alemania en contra de la dinastía católica de los Habsburgo, un movimiento al que se opusieron algunos católicos franceses [8].

Temía ser asesinado desde hacía meses, por lo que el monarca había estado huyendo de las fiestas y de las manifestaciones en las calles. Sus más oscuros presentimientos estaban a punto de cumplirse.

En la mañana del 14 de mayo, el rey se reunió temprano con el duque de Vendôme, con el embajador de Francia en la corte de

Madrid y con su fiel secretario de Estado, Villeroy. Durante un paseo por los jardines de las Tullerías, Enrique IV confesó al duque de Guisa que sabía que iba a morir en un corto espacio de tiempo, según le habían indicado los astros, a los que el rey era muy aficionado [9].

Antes de salir se dirigió a sus habitaciones, en donde encontró una carta sin sello lacrado. Al abrirlo, leyó el texto, que decía: «Sire, no salgáis esta tarde bajo ningún concepto». El rey hace caso omiso de la advertencia y sale de palacio custodiado por su segundo jefe de escolta, el capitán Pralín. Enrique IV rechaza la protección y le ordena que permanezca en palacio.

En la carroza viajan junto al rey diversos cortesanos: D'Epernon, a su derecha; Montalbán y Laforce, a su izquierda; Mirabeau y Llancourt, frente a él. Un grupo de escolta les sigue a caballo y algunos criados a pie. Al llegar a la altura del palacio de Logueville, el rey asoma la cabeza por la puerta e indica al cochero que se dirija hacia el cementerio de los Inocentes. Era un lugar extraño para ser visitado por el rey, pero el cochero, sin rechistar, hace girar los caballos. Hasta ese momento nadie se ha dado cuenta de que un hombre de aspecto robusto y armado con una daga de doble hoja sigue a pie a la carroza real [10].

[8] David Buisseret, *Henry IV: King of France,* ob. cit.

[9] Edward Frederick Langley, *Henry of Navarre: Henry IV of France,* Hale Publishers, Londres, 1998.

[10] Ibídem.

Al cabo de unos minutos el vehículo disminuye su velocidad al entrar en la calle de la Ferronnerie (talleres de hierro). La calle es muy estrecha y un grupo de ciudadanos se han detenido para dar vivas al rey. El cochero sigue arreando a los caballos, pero súbitamente la carroza real queda atascada entre un carromato cargado con cubas y otro cargado de heno. Al intentar girar, la carroza ha metido una de sus ruedas en un surco y queda inmovilizada por unos momentos.

Los criados han tomado por una calle anterior como atajo para llegar antes al cementerio, mientras que la escolta ha quedado rezagada ante el grupo de personas que gritaban consignas a favor del monarca. Enrique IV tiene su brazo apoyado en el hombro de D'Epernon mientras lee una carta oficial. En ese momento el hombre que les ha venido siguiendo avanza rápidamente, apoya su pie en el estribo de la carroza real y con la mejor técnica de los *fida'i* lanza una primera cuchillada al rey. Solo le ha herido superficialmente en el pecho [11].

El rey se da cuenta de que está herido al descubrir que su casaca se ha teñido de rojo. El asesino lanza una segunda puñalada que atraviesa el pulmón y secciona la aorta de Enrique IV. La acción es

tan rápida que nadie ha reaccionado al primer ataque.

El monarca solo puede exclamar «No es nada» antes de caer de lado sobre Montalbán con una bocanada de sangre que brota de su boca. Son las cuatro de la tarde del día 14 de mayo de 1610. El regicida, en lugar de huir en la confusión, se queda parado ante la carroza con la daga aún en la mano. De repente, tres hombres como salidos de la nada y espada en mano se lanzan contra el atacante del rey al grito de «Muerte al asesino». Los miembros de la escolta real hacen frente a los tres hombres misteriosos y los ponen en fuga.

El duque D'Epernon ha ordenado que no se mate al asesino y que sea escoltado a lugar seguro fuera de la ira de la muchedumbre, que ha comenzado a reunirse alrededor de la carroza.

El rey es trasladado urgentemente a Palacio, donde es atendido por el médico privado del monarca, el doctor Petit. Ya nada puede ha

[11] Roland Mousnier, *The Assassination of Henry IV; the Tyrannicide Problem and the Consolidation of the French Absolute Monarchy in the Early Seventeenth Century,* Scribner Publisher, Nueva York, 1973.

cer por salvar su vida. El rey ha muerto justo después de recibir la segunda cuchillada certera [12].

El detenido es conducido por un retén de la Guardia Real hasta el palacio de Retz, junto al Louvre. En sus bolsillos lleva ocho monedas de plata, un papel con el nombre de Beillard, un rosario y un misterioso trozo de pergamino de forma octogonal con el nombre de Jesús escrito en cada lado y una frase en el centro: «Dispuesto al dolor por el tormento, en nombre de Dios». El regicida es un tal JeanFrançois Ravaillac, que asegura venir de la ciudad de Angulema y haber nacido hace treinta y dos años. Ravaillac es un hombre robusto, pelirrojo, de ojos hundidos y nariz larga, que aparenta más edad de la que tiene [13].

Lo más extraño es que D'Epernon conocía a Ravaillac de su época como gobernador de Angulema. Jean-François Ravaillac había sido enviado a D'Epernon por orden del padre jesuita D'Aubigny. Los jesuitas querían que Ravaillac entrase al servicio del gobernador como una especie de guardia de corps y de espía de la Santa Alianza a la vez.

Durante el interrogatorio, dirigido por los señores De Jeannin, Buillon y Loménie, le dijeron que el rey solo estaba herido y que necesitaban los nombres de los conspiradores. Sin decir palabra, Ravaillac fue trasladado con grilletes en pies y manos a la torre de Montgomery, en la Conciergerie. El regicida solo repetía que «ningún francés o romano [seguidores del Papa] han participado o me han ayudado». Se careó a Ravaillac con el padre jesuita D'Aubigny sin sacar nada en claro. Tras ser sometido a juicio, fue condenado a muerte.

Tras la ejecución de Ravaillac aparecieron nuevas pistas sobre el

complot. Una criada de la marquesa de Verneuil acusó a esta, al duque D'Epernon y al duque de Guisa de ser, junto a los jesuitas, los instigadores del asesinato de Enrique IV, y de haber oído cómo lo tramaban unas semanas antes.

La criada desapareció poco después, justo cuando la reina viuda era nombrada reina regente de Francia hasta la mayoría de edad del Delfín, que reinaría con el nombre de Luis XIII. En Roma, el papa Pablo V daba una misa solemne en memoria del difunto rey, mientras

[12] David Buisseret, *Henry IV: King of France,* ob. cit. [13] Roland Mousnier, *The Assassination of Henry IV...,* ob. cit.

que en algún lugar secreto de las catacumbas de la Ciudad Eterna se impartía otra misa por el mártir católico Jean-François Ravaillac.

Lo cierto es que muchas preguntas quedaron en el aire sin ser respondidas, como: ¿de dónde salieron tan rápidamente después del atentado los tres hombres armados y cubiertos por capas negras?, ¿quiénes eran?, ¿quién los enviaba?, ¿a quién servían?, ¿querían acallar a la mano ejecutora del regicidio para evitar que se descubriese a los verdaderos cerebros del complot?, ¿estaba involucrado el duque D'Epernon?, ¿qué papel desempeñaron los jesuitas en la conspiración?, ¿quién dejó la nota de aviso al rey? Ninguna de ellas obtuvo jamás respuesta.

Sea como fuere, años después la policía de Francia descubriría que Jean-François Ravaillac había formado parte de un extraño grupo místico-católico llamado «Círculo *Octogonus*» [14] o de los «8». Realmente, sus miembros eran fanáticos católicos con obediencia ciega al Papa de Roma, con preparación militar y en particular en el uso de armas especiales, y dispuestos a dar su vida en nombre de la verdadera religión. Su símbolo era un octógono con el nombre de Jesús en cada lado y una frase como lema de la organización: «Dispuesto al dolor por el tormento, en nombre de Dios», el mismo que portaba el asesino de Enrique IV.

En diversos documentos y libros se ha relacionado al misterioso y secreto «Círculo *Octogonus*» con la Santa Alianza, el servicio de espionaje pontificio, aunque sin poder demostrarlo fehacientemente. Aún hoy día las actividades y existencia de esta organización sigue siendo un misterio, así como su origen o el nombre de su fundador.

La reina regente decide cesar al anterior ministro principal, el duque de Sully, y sustituirlo por un aventurero florentino llamado Concino Concini, que rápidamente se convierte en su favorito.

El italiano consiguió imprimir su huella en la vida política de la década posterior a 1610, hasta el punto de que sus contemporáneos reconocen unánimemente que llegó a ejercer un poder considerable

y casi

[14] Este grupo de asesinos volvería a aparecer en los años siguientes, principalmente durante la época napoleónica. Algunos de sus atentados han quedado documentados en diversas obras, aunque nunca ha podido demostrarse su implicación concreta en ninguno de los golpes, asesinatos y ataques de los que se les responsabiliza, ni su existencia. Tampoco ha podido demostrarse su relación con la Santa Alianza.

desmedido para un extranjero en la corte de Francia [15]. Concini también se convirtió en una de las mejores fuentes de información del papa Pablo V en París. Realmente, él no fue un miembro de la Santa Alianza, pero sí uno de los espías más importantes que cualquier Papa haya podido tener durante el siglo XVII.

Algunos historiadores aseguran que Concino Concini sirvió bajo las órdenes del cardenal Alejandro de Médicis, futuro papa León XI, durante su misión en Francia, y que fue uno de los que le ayudó a formar la red francesa de espías papales; pero lo cierto es que es en su etapa durante la regencia cuando el florentino consigue hacerse un hueco entre los más famosos espías papales. Otras fuentes aseguran que realmente Concini solo servía a Concini y que sus operaciones de espionaje en Francia tan solo servían para hacerse un mayor hueco de poder dentro de la estructura política durante la regencia.

Su poder, según los historiadores John Eliot y Laurence Brockliss, se desarrolló en tres etapas principales: entre 1610 y 1614, de 1614 a 1616 y, por último, en 1617.

En la primera etapa, Concino Concini y su esposa, Leonora Galigai, se centraron en amasar una importante fortuna y en adquirir tierras y cargos mediante la estrecha relación existente entre la propia Leonora y la reina regente. La influencia de la esposa de Concini sobre María de Médicis supuso un gran beneficio económico para el espía florentino. En muy poco tiempo, Concino Concini había conseguido hacer valer su voz en los nombramientos de los altos cargos de la Casa Real y en la designación de obispos de Francia. Los beneficios económicos le permitieron adquirir el marquesado de Ancre en 1610 y su nombramiento como mariscal en 1613. En tan solo tres años, y gracias en parte a su esposa, el italiano había conseguido pasar de simple mensajero del cardenal De Médicis y espía de poca importancia de Pablo V a convertirse en todo un mariscal de Francia [16].

Ese mismo año el Delfín llega a la mayoría de edad y se convierte en rey, y María de Médicis, en jefe de gobierno. El matrimonio Concini

[15] John Eliot y Laurence Brockliss, *The World of the Favourite,* ob. cit.

[16] Sharon Jansen, *The Monstrous Regiment of Women: Female Rulers in Early Modern Europe,* Palgrave Macmillan, Nueva York, 2002.

continúa manteniendo así su esfera de poder, pero es en 1616 cuando alcanza su mayor auge.

Concino Concini y su esposa instigaron para manipular la política de Francia a su antojo. Es en esta época cuando se rumorea que Concini ha mantenido relaciones más estrechas con Pablo V. El golpe de timón dado por el florentino hace que se destituya a todos los ministros del asesinado Enrique IV y se nombre a un nuevo gobierno a gusto de Concini y del Vaticano. Barbin es elegido ministro de Finanzas; Mangot, guardián del Sello, y Richelieu, ministro de Asuntos Exteriores [17].

El italiano está cada vez más incrustado en las altas esferas gracias a la red de espionaje instalada en las cocinas de las grandes familias de Francia, espías muchos de ellos que ya habían trabajado para el cardenal Alejandro de Médicis antes de convertirse en León XI.

Concino Concini, hijo y sobrino de ministros del gran duque de Toscana, es partidario del absolutismo, y sus consejos al rey Luis XIII van siempre dirigidos a reforzar ese sistema de gobierno. Debido a su cercanía con el monarca, por las manos de Concini pasaban todos los pequeños y grandes asuntos de Francia, desde el nombramiento de un nuevo obispo a los documentos que mostraban posibles alianzas con otros Estados [18]. Todas estas informaciones eran transmitidas a Roma a través de la amplia red de espionaje establecida en Francia por Pablo V.

En realidad, quien estableció conexiones con la Santa Alianza no fue Concino Concini, sino su esposa. Desde 1601, Galigai, como dama de compañía, mantenía un estrecho contacto con la reina María de Médicis. Algunos historiadores han llegado a asegurar que la esposa de Concini era tan solo una agente de enlace entre la propia reina y la Santa Alianza del papa Clemente VIII, aunque este hecho no ha podido demostrarse nunca [19]. Es en 1605 cuando Concini entra a formar parte del círculo de confianza de la reina, pero en el plazo de tan solo nueve años el aventurero florentino pasa de primer caballerizo a primer chambelán del rey en 1617, año de su caída.

En las primeras etapas de la regencia, Concino Concini se preocupó nada más que de los nombramientos de cargos relacionados con las

[17] L. Moote, *Louis XIII, the Just,* University of California Press, Los Ángeles, 1991.

[18] John Eliot y Laurence Brockliss, *The World of the Favourite,* ob. cit.

[19] Sharon Jansen, *The Monstrous Regiment of Women...,* ob. cit.

finanzas de Francia. Con la formación de un nuevo gobierno en 1616, ya bajo el mandato del rey Luis XIII, es cuando Concini se mete de lleno en la política del reino. Es de esta fecha la carta del nuncio vaticano Bentivoglio a Roma y que actualmente se encuentra en la Bibliothèque Nationale de París:

El mariscal [Concini] me habló de estos tres nuevos ministros [Barbin, Mangot y Richelieu] como de sus propios hombres y mostró gran placer cuando alabé a Mangot y Luçon, a los que ya había visitado, y me dijo que estimaría aún más a Barbin, puesto que

este sería señor de los otros dos en asuntos importantes [20].

Está claro que los tres eran creación del espía Concino Concini, debido a que eran ministros gracias a él, pero una vez nombrados estos ya estarían supeditados a las decisiones del florentino.

Otra de las medidas del espía que más protestas y odios crearon entre los ciudadanos fue la de establecer fortificaciones, pero no para defenderse de una agresión exterior, sino más bien de la propia ciudadanía. Para Concini, aquellas moles defensivas eran una forma de mostrar el verdadero poder del rey al pueblo, aunque fuese a través del miedo. Para llevar a cabo esta política, el mariscal de Ancre hizo llamar a los mejores especialistas en la materia, los ingenieros italianos que habían servido a España en Flandes, Pompeo Frangipani, Apollon Dougnano y Giuseppe Gamurrini. Entre 1615 y 1617, Concini, con la ayuda de los italianos, comenzó a impulsar el poder real a través de la construcción de fortalezas, y siguió incluso una vez muerto. Unos claros ejemplos de esta política sería la fortificación de Montpellier en 1622, de Marsella con la fortaleza de Saint Nicolas en 1660 y en Burdeos con el castillo de la Trompette en 1675 [21].

Curiosamente, las copias de los planos de todas estas fortificaciones se encuentran en los Archivos Secretos Vaticanos y catalogados en 1743 por orden del papa Benedicto XIV.

En 1617 llegaría la caída del matrimonio Concini. En el mes de enero, el florentino se encuentra en el ojo del huracán que puede provocar

[20] «Manipula a sus ministros a placer» (Bentivoglio, nuncio en Francia. Bibliothèque Nationale, París. Ms. Ital. 1770, fol. 237, 13-I-1617).

una nueva guerra civil en Francia. A estas alturas, y por consejo del nuncio Bentivoglio, el papa Pablo V ha decidido desentenderse de las actividades de los Concini en Francia. Para asegurarse ha ordenado a todos los agentes de la Santa Alianza que detengan toda actividad ordenada por el italiano y que desde ese momento se consulte con Roma cualquier orden dada por Concini a los miembros del espionaje papal. La creciente impopularidad de Concino Concini perjudicaba notablemente no solo a María de Médicis, sino también a Luis XIII y a la propia monarquía. Poco a poco el peso de la opinión pública y la antipatía personal del monarca hacia el mariscal comenzó a dar fruto entre el sector de nobles que veían a Concini simplemente como un extranjero y espía del Papa [22].

Finalmente, el 24 de abril de 1617, y mientras Concini se dirigía a pie al palacio del Louvre, fue apuñalado por tres desconocidos hasta la muerte. Los tres asesinos formaban parte de la Guardia Real de Luis XIII y habían actuado por orden expresa de este. «A un hombre con el poder de Concino Concini no se le cesa; se le mata»,

dijo un día el cardenal Richelieu, que se convertiría en uno de los grandes de la política y, por qué no, también de la intriga en Francia [23].

Concino Concini, aventurero florentino, mariscal de Francia y espía del Papa, que había elevado el soborno y la intriga política a la categoría de arte, se había convertido en un personaje molesto para el rey Luis, y la única salida para el monarca fue la de ordenar su asesinato.

Concini cometió tres graves errores —escribe el nuncio Bentivoglio al papa Pablo V—: exhibió sus riquezas obtenidas a través del rey; exhibió unas riquezas no dignas para un hombre de su origen humilde; y el origen de esas riquezas exhibidas habían sido obtenidas de forma inmoral o por lo menos de forma dudosa [24].

El mismo día del asesinato de Concini, el propio Luis XIII ordenó la detención de Leonora Galigai. Lo cierto es que el monarca no podía dejar ningún cabo suelto, y la esposa de Concini lo era. Al parecer, la orden de acabar con la esposa del mariscal de Ancre fue dada por el

[22] Lloyd Moote, *Louis XIII, the Just,* ob. cit.

[23] Joseph Bergin, *The Rise of Richelieu (Studies in Early Modern European History),* Manchester University.

rey al cardenal Richelieu, quien se ocupó de llevar a cabo el último acto de la función.

Los agentes del cardenal comenzaron a lanzar bulos por las calles de París sobre la posible relación de Leonora Galigai con la brujería, y que gracias a esta había embrujado a la reina María de Médicis. La Guardia Real detuvo a Galigai en su casa, próxima a Palacio, mientras escribía una carta al nuncio Bentivoglio en la que pedía protección para ella y sus sirvientes en la nunciatura papal [25].

Durante el registro, los soldados encontraron tres libros con caracteres mágicos, cinco rollos de terciopelo rojo para dominar el espíritu de los grandes y algunos colgantes que Galigai se ponía al cuello, que formaron parte de las pruebas de acusación de brujería contra ella y que fueron tomados por talismanes y amuletos para ritos satánicos [26]. Leonora Galigai, esposa de Concino Concini, dama de compañía de la reina María de Médicis y espía del papa Pablo V, fue encontrada culpable de brujería y condenada a muerte. Al día siguiente, y en un lugar desconocido, los mismos miembros de la Guardia Real que habían asesinado a su marido la decapitaron y su cuerpo quemado en una hoguera en 1617.

Las muertes de Concino Concini y su esposa abrieron en Francia una nueva etapa de intrigas, esta vez dirigidas por el cardenal Richelieu, alumno aventajado del espía florentino y uno de los hombres de Estado más grandes de la época; pero la Santa Alianza tiene otros objetivos, de la mano de los jesuitas. Pablo V está más interesado en utilizar el espionaje para conseguir almas para la causa de la fe católica que para reunir mayor poder económico o

político en una Europa que se deshace en la llamada Guerra de los Treinta Años.

El 21 de enero de 1621 muere el papa Pablo V y, tras dos días de cónclave, el cardenal Alejandro Ludovisi es elegido nuevo Papa, y adopta el nombre de Gregorio XV. Al igual que el cardenal Maffeo Barberini, años más tarde Urbano VIII, el cardenal Ludovisi era un experto diplomático y hábil espía que operó en España y Francia. Ludovisi fue el responsable de negociar la paz entre Felipe III de España y

[25] Sharon Jansen, *The Monstrous Regiment of Women...,* ob. cit.

[26] Anthony Levi, *Cardinal Richelieu and the Making of France,* ob. cit.; y Lloyd Moote, *Louis XIII, the Just,* ob. cit.

Carlos Manuel de Saboya por el problema surgido con el marquesado de Monferrato. El 19 de septiembre de 1616 recibe el capelo cardenalicio y, según algunos indicios, fue encargado por el papa Pablo V de reformar y establecer una serie de normas para la Santa Alianza cuando se cumplía medio siglo de su fundación por parte del papa Pío V.

Ya como Papa, Gregorio XV se dedicó a rodearse de familiares, a los que eligió para ocupar altos cargos dentro del Vaticano. Uno de los más importantes en la historia de la Santa Alianza sería su sobrino, Ludovico Ludovisi. Nacido en Bolonia al igual que el Papa, al día siguiente de la coronación de Gregorio XV es nombrado cardenal con tan solo veinticinco años. Al joven sobrino del Pontífice se le encomienda la tarea de vigilar los asuntos religiosos y políticos de la Iglesia, así como las operaciones llevadas a cabo por el servicio de espionaje.

Los dos años que Ludovico Ludovisi lideró la Santa Alianza estuvieron condicionados por la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) y en especial por la sucesión de Austria y por las guerras de Bohemia y el Palatinado. Sus agentes estuvieron demasiado ocupados en fomentar la derrota del elector palatino Federico V, jefe de la llamada Unión Evangélica, y en apoyar a Maximiliano de Baviera (1598-1651) [27].

El 8 de julio de 1623 moría Gregorio XV, dejando a su sobrino el cardenal Ludovico Ludovisi como responsable de la Santa Alianza; pero la llegada de un nuevo Papa al Vaticano pondría fin a la corta pero intensa carrera de Ludovico como jefe del espionaje papal. Urbano VIII, sucesor de Gregorio XV, enviaría a Ludovico Ludovisi a Bolonia, de donde era arzobispo desde 1621 y en donde permanecería hasta su muerte, acaecida el 18 de noviembre de 1632, a la edad de treinta y seis años. Según algunas fuentes, el joven Ludovisi habría sido envenenado por agentes protestantes seguidores de Federico V como venganza por su papel en la guerra contra Maximiliano de Baviera.

La elección del cardenal Maffeo Barberini como nuevo Papa es el comienzo de una de las etapas más oscuras y poco gloriosas del servicio de espionaje pontificio desde todos los puntos de vista.

Hijo de una rica familia florentina de comerciantes de telas de Oriente, el futuro Papa contaba tres años de edad cuando su padre murió, por lo que su madre decidió educarlo en los jesuitas de Floren

[27] Walter Goetz y otros, *La época de la revolución religiosa...,* ob. cit.

cia. Poco después es enviado a los jesuitas de Roma y de ahí sale a la Universidad de Pisa, en donde cursa estudios de derecho. Bajo la protección de su tío Francesco Barberini, comienza la carrera eclesiástica. Desde ese mismo momento Maffeo Barberini tiene una de las carreras más fulgurantes de toda la historia de la Iglesia católica. Clemente VIII le envía en 1601 a Francia para felicitar al rey Enrique IV por el nacimiento del Delfín. En 1604 es nombrado nuncio apostólico en París, desde donde presta una gran ayuda a los jesuitas [28].

El 11 de septiembre de 1606, Pablo V le concede el birrete cardenalicio, que le impone en una solemne ceremonia el propio Enrique IV, y dos años más tarde es nombrado protector del reino de Escocia [29].

Pero dos signos claros marcarían el pontificado de Urbano VIII: su claro nepotismo y su afición a las intrigas utilizando incluso, si era necesario, los servicios de los agentes de la Santa Alianza. El nuevo Papa se rodeó de una gran corte familiar. En 1623 nombró a su hermano mayor, Carlos, general de los ejércitos papales y duque de Monte Redondo; en el mismo año, Francisco, hijo mayor de Carlos, es nombrado cardenal a la edad de veintiséis años; y en 1624, Antonio, otro de los hijos de Carlos, es nombrado cardenal penitenciario, bibliotecario principal, camarlengo y prefecto de la Signatura.

A pesar de los poderes que agrupó el cardenal Antonio Barberini, sobrino del Papa, jamás pudo controlar a la Santa Alianza. Esa tarea fue reservada al cardenal, y amigo personal del papa Urbano VIII, Lorenzo Magaloti, quien compaginó la dirección del servicio secreto papal con el cargo de secretario de Estado desde 1628.

Realmente, Magaloti agrupaba todos los poderes del Colegio cardenalicio, lo que provocó serias reacciones entre el resto de purpurados. Para acallarlos, Urbano VIII decidió concederles el título de «eminencias» y «príncipes de la Iglesia». Pero la tarea más dura iba a ser para el cardenal Magaloti. El jefe de la Santa Alianza iba a tener frente a sí a un genio de la intriga y a uno de los más grandes conspiradores del siglo XVII, el cardenal Richelieu.

El cardenal se había convertido en uno de los hombres más poderosos de Francia. Procedía de una noble familia, pero pobre desde el

[28] Malachi Martin, *The Jesuits...,* ob. cit.

[29] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

punto de vista financiero, lo que hizo que empujasen al joven Richelieu a abrazar la carrera eclesiástica, en la que llega a ser obispo [30].

Pronto descubrió que absolutamente todo lo que le rodeaba era una cuestión de Estado, desde la economía a las guerras de religión. Tras el asesinato de Enrique IV y la llegada de la regencia de María de Médicis, el cardenal Richelieu vivió su momento de gloria, siempre protegido por Concini. Pero cuando Luis XIII comenzó a gobernar rompiendo sus lazos con todos los favoritos de la reina, Richelieu tuvo que partir al exilio.

En 1624, a la edad de treinta y ocho años y gracias a una serie de conspiraciones, el cardenal consiguió regresar a la corte de Luis XIII. Poco a poco se hizo con las riendas del gobierno hasta que formalmente fue nombrado primer ministro de Francia. Comenzaba una gran carrera al servicio de Francia mediante cualquier método, por legal o ilegal que fuese. François Le Clerc du Tremblay, o padre Joseph, antiguo agente de la Santa Alianza y, según afirman algunos, miembro de la organización ultrasecreta del «Círculo *Octogonus»,* la misma a la que pertenecía Jean-François Ravaillac, asesino de Enrique IV, se convierte en los ojos y oídos de Richelieu fuera del Palacio Real. Los libros de historia no aciertan a definir si Tremblay era la materia gris de Richelieu o viceversa, pero lo cierto es que la colaboración del cardenal con el dominico conformó una de las uniones más efectivas para gobernar una nación e intrigar en el gran tablero de ajedrez en el que se había convertido el continente europeo en la mitad del siglo XVII [31].

Joseph du Tremblay había nacido en París en noviembre de 1577. Ordenado sacerdote en 1604, viajó a Roma en 1616, cuando el pontificado de Pablo V se encontraba en su momento álgido. Allí mantuvo contactos con otros dominicos miembros de la Santa Alianza que le enseñaron los sistemas de espionaje de la época, como seguimientos, formas de asesinato por envenenamiento y la técnica de cifrar mensajes. Una vez de regreso en Francia, pasó por diversas ciudades hasta que en abril de 1624 entró a formar parte del cerrado círculo del cardenal Richelieu. Muchos aseguran que fue en ese mismo año, o tal vez en 1625, cuando Joseph du Tremblay se convirtió en el ministro

[30] Joseph Bergin, *The Rise of Richelieu...,* ob. cit.

[31] Hsia Pochia, *The World of Catholic Renewal 1540-1770,* ob. cit.

«oficioso» de Asuntos Exteriores de Francia y también en uno de los

más acérrimos enemigos de los agentes de la Santa Alianza [32].

Para Richelieu, el poder absoluto de la Corona no era un fin en sí; el rey era, en su idea, el primer servidor del Estado. El cardenal estaba más a favor de oponerse a la vieja política exterior europea, única y exclusivamente por cuestiones confesionales y religiosas, y ponerse al lado de la política de la razón de Estado, porque para él las cuestiones religiosas y los intereses del Estado estaban, la mayor parte de las veces, contrapuestas. El mejor ejemplo de esto sería la posición de Francia contra España-Habsburgo, apoyada en parte por el recelo que sentía el propio papa Urbano VIII por los Habsburgo en Italia. Esto provocó la ruptura de la unidad católica en el mundo y sirvió como combustible para alimentar la llama de la Guerra de los Treinta Años.

Una de las mayores conspiraciones llevadas a cabo por la Santa Alianza en la Francia de Richelieu fue la llamada «unión de la nobleza».

El cardenal Magaloti no estaba dispuesto a permitir que una gran parte de la nobleza católica francesa fuese perseguida por Richelieu, la cual se oponía a que Francia olvidase las confesiones religiosas de sus enemigos y los convirtiera ahora en amigos para la lucha contra España.

El hombre de confianza de Urbano VIII puso al frente de la misión a un joven sacerdote de Siena, Giulio Guarnieri, hijo de padre italiano y madre francesa. La misión consistía en crear una red en Francia alrededor de todos aquellos nobles católicos que se oponían a Richelieu y a su política antiespañola.

Guarnieri era hijo de un comerciante de vinos que se dedicaba a recorrer todo el territorio francés en busca de buenos caldos que después suministraba a las grandes y nobles familias de París, Siena, Florencia y Roma. Esto habría permitido al joven Giulio entrar en contacto con los grandes de Francia. Incluso se sacaba un buen dinero haciendo las veces de mensajero ocasional entre los políticos de Francia y los de Mantua contrarios a los intereses de España.

La idea del cardenal Magaloti, jefe de la Santa Alianza, era la de tener siempre un pie apoyado en Francia en caso de que Urbano VIII, por decirlo así, se columpiase con España por su apoyo a Richelieu [33].

[32] Anthony Levi, *Cardinal Richelieu and the Making of France,* ob. cit. [33] Ibídem.

El Papa ya se había declarado contrario a los intereses de España en los conflictos de la Valtelina y de Mantua y a favor de las pretensiones francesas. En el primer caso apoyó el llamado tratado de Monçon de 1626, que segregaba a los católicos de la Valtelina del dominio de los grisones protestantes. La Valtelina era una región aparentemente sin importancia situada entre Francia, Italia y

Suiza, pero Urbano VIII y Magaloti querían saber por qué Richelieu tenía tanto interés en ella. El agente de la Santa Alianza Giulio Guarnieri, gran conocedor de la región debido a los viajes con su padre, escribía entonces al cardenal Magaloti:

El cardenal Richelieu tiene un gran interés en la Valtelina debido a un estrecho valle de gran valor estratégico. Este permite el paso de las tropas españolas desde la Lombardía hacia Alemania y los Países Bajos. Si el valle queda cerrado por los franceses, es evidente que los españoles no podrán comunicar con el norte sino por el mar.

La región estratégica, tal y como había predicho el agente Guarnieri, cayó presa de las luchas religiosas por el control del valle. El bando protestante buscó apoyos en Venecia y en la Francia de Richelieu. La facción católica buscó apoyos en España y Austria. Por fin, en 1620, los españoles ocuparon la Valtelina y los austriacos el valle de Munster. La solución no convenía a Francia y el cardenal Richelieu resolvió el problema a su favor mediante un golpe de efecto. El hábil cardenal garantizaba la plena autonomía a los habitantes de los valles siempre y cuando estos solo practicasen el ejercicio de la religión católica. Esto constituía un éxito para el Papa, que se había autoerigido en árbitro de las negociaciones de paz [34].

Mientras tanto, Guarnieri tenía las manos libres para seguir operando desde el mismo territorio de Francia y manteniendo estrechos contactos con la nobleza católica francesa, cada vez más perseguidos debido a su oposición al antiespañolismo de Richelieu. Guarnieri era el único vínculo de los líderes católicos con el Vaticano y Urbano VIII.

La actitud del papa Urbano VIII no fue muy clara durante estos trágicos acontecimientos. Su simpatía por Francia, aliada de los protes

[34] Henry B. Hill, *Political Testament of Cardinal Richelieu: The Significant Chapters and Supporting Selections,* University of Wisconsin Press, Wisconsin, 1964.

tantes y el cardenal Richelieu, le fue reprochada por el legado imperial en Roma, el cardenal Pasmany. Pocos años después se descubriría que Giulio Guarnieri y tal vez su jefe, el cardenal Lorenzo Magaloti, trabajaban para el cardenal Pasmany, quien a su vez informaba a España y a los imperiales sobre los movimientos de tropas protestantes.

Durante más de ocho años los espías de Richelieu, dirigidos por Joseph du Tremblay, buscaron al espía del cardenal Magaloti sin mucho éxito. Estos llegaron a bautizar a Giulio Guarnieri como el «espía fantasma» e incluso hicieron creer que realmente el agente de la Santa Alianza era una invención del propio cardenal Lorenzo Magaloti.

Mientras, para rebajar el prestigio de la Casa de Austria y para acrecentar el de Luis XIII, Richelieu menospreció los principios de la religión y mantuvo a toda Francia bajo el terror permanente de la

guerra. Es el remordimiento provocado por esta contradicción entre el conflicto religioso y los compromisos de la política el que torturaba la conciencia de Joseph du Tremblay o padre José, como era conocido [35].

El jefe de los espías de Francia moriría tras un ataque de apoplejía en 1638 en el castillo de Rueil, propiedad del cardenal Richelieu. Cuatro años después moría también Armand Jean du Plessis, cardenal de Richelieu, dejando como heredero de su política e intrigas al cardenal Jules Mazarino, de origen italiano.

El papa Urbano VIII moría el 29 de julio de 1644 y fue enterrado en el sepulcro que Bernini había erigido en la basílica de San Pedro. Tras veintiún años de pontificado, dejó un oscuro recuerdo entre los católicos, que lo acusaron de comportarse como un traidor por su actuación en la Guerra de los Treinta Años.

Giulio Guarnieri, el «espía fantasma», seguiría operando para la Santa Alianza en la Francia de Mazarino y Luis XIV. Llegaba a su fin una oscura etapa para el espionaje papal, el cual tuvo que trabajar para la causa protestante debido a la neutralidad de Urbano VIII. Pero gracias a hombres como el cardenal Lorenzo Magaloti, jefe entonces de la Santa Alianza, o al espía Giulio Guarnieri, la causa católica seguía estando protegida en una Europa desgarrada y hambrienta cuando comenzaba una nueva era de expansión.

[35] Richard Bonney, *The European Dynastic States 1494-1660,* Oxford University Press, Oxford, 1992, y *The Thirty Years'War 1618-1648,* ob. cit.

LA ERA DE LA EXPANSIÓN (1644-1691)

«No esparcirás rumores falsos, no prestarás ayuda al culpable para dar testimonio a favor de una injusticia. No te dejarás arrastrar al mal por la mayoría y no declararás en un juicio siguiendo a la mayoría para falsear la justicia.»
(Éxodo 23, 1-2)

A la muerte del papa Urbano VIII el cónclave volvió a reunirse para elegir a un sucesor. Nuevamente el Colegio cardenalicio se encontraba separado por disputas y clanes. Por un lado, el partido hispano-austriaco, el cual era contrario a la política seguida por el anterior Papa y, por consiguiente, a cualquier posible candidato que hubiese sido nombrado cardenal por Urbano VIII. Por otro lado estaba el partido francés, dirigido por el cardenal Antonio Barberini y apoyado desde París por el mismísimo cardenal Jules Mazarino.

España había presentado su claro apoyo al cardenal Sacchetti, propuesto a través del cardenal Francesco Barberini, primo del anterior, pero sería rechazado por Mazarino. Pocos días después, el 15 de septiembre de 1644, los cardenales Barberini decidieron apoyar la candidatura opcional del cardenal Juan Bautista Pamphili, un anciano de setenta y dos años que adoptaría el nombre de Inocencio X.

El nuevo Papa continuó con la política de nombramientos familiares para ocupar las altas jerarquías de la Iglesia. El problema que se le presentaba al Pontífice era que la persona más capaz de su familia para dirigir algún alto cargo de la Iglesia y de Roma era una mujer, su cuñada Olimpia Maidalchini [1].

Olimpia había estado casada con el hermano mayor del Papa hasta la muerte de este y desde entonces esta fuerte mujer consiguió situar en altas posiciones sociales a todos sus hijos. Inocencio X concedió la púrpura cardenalicia a su sobrino e hijo mayor de Olimpia, Camilo Pamphili, con el fin de que su madre pudiese a través de este gobernar o dar consejos al Papa [2].

En poco tiempo, Olimpia Maidalchini se convirtió en una de las personas más poderosas del entorno del Papa, a pesar de que ni siquiera se le permitía mantener una conversación privada con él. Todas las comunicaciones y órdenes se realizaban a través del hijo y sobrino, el cardenal Camilo Pamphili.

Durante los tres primeros años de pontificado, Olimpia tan solo asesoraba al Papa sobre cuestiones políticas poco importantes, como asuntos relacionados con la infraestructura de la ciudad, sobre a

qué nobles familias se debía favorecer y a cuáles debía castigarse. En enero de 1647, Camilo Pamphili, el correo secreto entre Inocencio X y Olimpia Maidalchini, renunció al cardenalato para poder contraer matrimonio con Olimpia Aldobrandini, sobrina de Clemente VIII y viuda de Paolo Borghese. Sin duda, había que conseguir un nuevo correo y que, por supuesto, fuese discreto.

El Papa hizo entonces cardenales a Francesco Maidalchini y a Camilo Astalli, ambos familiares de Olimpia, con el fin de que se convirtieran en simples títeres de la asociación Inocencio X-Olimpia Maidalchini. Sería la propia Olimpia quien recomendaría al Sumo Pontífice el nombramiento del cardenal Panciroli como secretario de Estado y responsable de la Santa Alianza. Ya el papa Urbano VIII había preferido que el espionaje pontificio y la política de la Iglesia católica fuesen de la mano y en paralelo [3].

A través de Panciroli, Olimpia controlaba los resortes de la Santa Alianza de forma oficiosa. No solo asistía secretamente a las audiencias

[1] Alfio Cavoli, *La Papessa Olimpia,* Editoriale Scipioni, Milán, 1992.

[2] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[3] Alfio Cavoli, *La Papessa Olimpia,* ob. cit.

de Inocencio X con su secretario de Estado, sino que incluso decidía qué operación debía llevarse a cabo. Uno de los principales enemigos de la Santa Alianza seguía siendo la Francia del cardenal Mazarino, pero Maidalchini manejó la situación con un cierto toque femenino.

Luis XIII había muerto unos meses después de Richelieu y le sucedió su hijo, Luis XIV. Pero debido a la corta edad del monarca, solo cinco años, sería su madre, la reina Ana de Austria, quien gobernaría en calidad de regente. La reina madre nombró entonces al cardenal Jules Mazarino jefe del Consejo de Regencia. Desde ese mismo momento, Mazarino, a quien sus enemigos conocían como el «ruin de Sicilia» debido a su origen italiano, comenzó a controlar absolutamente todo el poder del Estado [4].

Mazarino había conseguido mantener una estrecha amistad con Richelieu, su protector, desde su etapa como nuncio pontificio en Francia. Desde ese mismo momento Giulio Mazarino abandonó el servicio del Papa y entró a formar parte de los engranajes del poder en París. La confianza de la reina Ana y la incapacidad del resto de la familia real para gobernar hicieron el resto.

Poco a poco la situación fue degradándose hasta el punto de que la nobleza, en su mayor parte católica, comenzó a intrigar contra el poder cada vez más absolutista del Estado [5]. Estas intrigas fueron en parte apoyadas y, según dicen, financiadas por la Santa Alianza por recomendación de su jefa en la sombra, Olimpia Maidalchini.

El cardenal Mazarino había conseguido introducir en la Santa

Sede a espías que le informaban de los movimientos del Papa contra Francia. Sería entonces cuando Maidalchini creó una especie de servicio de contraespionaje dentro de la Santa Alianza que fue bautizado con el nombre de la «Orden Negra». La tarea de sus miembros sería la de descubrir a los agentes de Mazarino y ejecutarlos de forma inmediata [6].

[4] William Beik, *Louis XIV and Absolutism: A Brief Study With Documents,* Palgrave Macmillan, Londres, 2000.

[5] Richard Bonney, *The European Dynastic States 1494-1660,* ob. cit.

[6] En realidad, la «Orden Negra» no era un servicio de contraespionaje tal y como hoy se conoce, sino más bien una unidad de asesinos cuyo único cometido era acabar con todos aquellos agentes que espiaban para Francia y el cardenal Mazarino dentro del Vaticano. El servicio de contraespionaje vaticano denominado *Sodalitium Pianum*

Para ello se entregó a sus once miembros, elegidos entre las filas de la Santa Alianza por la propia Maidalchini, un sello pontificio grabado en plata en el que aparecía una mujer vestida con toga, con una cruz en una mano y una espada en la otra. Según parece, el escudo de la «Orden Negra» era un homenaje a la propia responsable del espionaje papal [7].

Uno de los mejores espías de Mazarino en el Vaticano era un sacerdote de origen genovés llamado Alberto Mercati. Realmente, Mercati había sido reclutado por el espionaje de Mazarino cuando este formaba parte de la nunciatura papal en Francia. A su regreso a Roma, Mercati había entrado a formar parte del séquito del cardenal Panciroli y destinado a la Secretaría de Estado como experto en asuntos franceses. Entre 1647 y 1650, por las manos de Alberto Mercati pasaron importantes documentos relacionados con Francia, los cuales eran dados a conocer de forma inmediata al propio Mazarino a través de un complicado sistema de correos.

Mercati sabía que los monjes de la «Orden Negra» estaban tras su pista y que incluso la misma Olimpia Maidalchini se había prometido la captura del «topo» que operaba protegido por alguna alta jerarquía eclesiástica [8]. Para el espía su captura se había convertido más en un juego que en una cuestión de puro y simple espionaje. Mercati dejaba pistas falsas en postas y tabernas con la intención de despistar a los agentes de la Santa Alianza, pero sabía también que tarde o temprano la «Orden Negra» llegaría a conocer su identidad.

Una de las operaciones de la Santa Alianza descubiertas por Alberto Mercati fue la del llamado «movimiento de la Fronda». De signo antimazarino y antiabsolutista, el movimiento estaba formado por grandes señores católicos, a los que por orden de Mazarino se les aplicaba altísimos impuestos cuyo destino final no era otro que el de las propias arcas del cardenal y las de sus más fieles seguidores, siempre con la permisividad de la regente Ana de Austria [9].

(Asociación de Pío) o S.P. fue establecido de forma oficial en 1906 por orden del papa Pío X. Véase también Eric Frattini, *Secretos vaticanos,* ob. cit.

[7] Eric Jon Phelps, *Vatican Assassins: Wounded in the House of My Friends,* Halcyon Unified Services, Londres, 2000.

[8] Alfio Cavoli, *La Papessa Olimpia,* ob. cit.

[9] Walter Goetz y otros, *La época de la revolución religiosa...,* ob. cit.

El nombre del movimiento procedía de un juego que practicaban los niños del París del siglo XVII y que consistía en lanzarse piedras con una honda. Muchos de los diputados de la Asamblea que conformaban la «Fronda» se negaban a aceptar nuevos impuestos sin la aprobación del Parlamento. Asimismo establecían que ningún súbdito del rey podía ser detenido más de veinticuatro horas, tiempo en el que debía ser interrogado y enviado ante el juez [10].

Gracias a un documento enviado por un agente en Francia al cardenal Panciroli, el espía Alberto Mercati pudo conocer la implicación del Vaticano y del papa Inocencio X en la conjura contra Mazarino. El infiltrado intentó enviar un correo urgente al mismísimo cardenal Mazarino informándole de la conspiración de una organización denominada la «Fronda» con el fin de derrocar al rey Luis XIV, a la reina Ana de Austria y a Mazarino; pero el correo nunca llegó a su destino [11].

El mensaje sin firma había sido entregado a uno de los guardias suizos del Pontífice, cuyo origen era francés. Este debía hacerlo llegar a París, mas los monjes de la «Orden Negra» interceptaron la carta escrita por Mercati en clave. El cadáver del soldado pontificio fue descubierto al día siguiente colgado de un puente, con las manos cortadas y de cuya ropa prendía un pequeño trozo de tela negra cruzada por dos franjas rojas, el símbolo de la «Orden Negra».

La carta sería entregada ese mismo día a Olimpia Maidalchini por el jefe de la guardia para su destrucción, mientras en Francia se sucedían los disturbios. París se convirtió en zona de luchas callejeras y barricadas. Francia estaba al borde de la guerra civil entre los partidarios de Ana de Austria y el cardenal Jules Mazarino y los seguidores de Luis de Borbón, príncipe de Condé, quienes deseaban derrocar al religioso [12]. Para apoyar al príncipe de Condé, Inocencio X envió al cardenal de Retz, un gascón que era también tío de Luis XIV [13].

[10] W. Gibson, *A Tragic Farce: The Fronde (1648-1653),* Intellect, Nueva York, 1998.

[11] Orest Ranum, *The Fronde: A French Revolution, 1648-1652 (Revolutions in the Modern World),* W. W. Norton & Company, Londres, 1993.

[12] Manuel Carbonero y Sol, *Fin funesto de los perseguidores y enemigos de la Iglesia, desde Herodes el Grande hasta nuestros días,* ob. cit.

[13] William Beik, *Louis XIV and Absolutism...,* ob. cit.

Los miembros más importantes de la «Fronda» no estaban muy seguros de las fidelidades de Retz, pero a pesar de todo era el enviado de Roma y tenía el favor de Luis de Borbón y de Inocencio X.

La revuelta consiguió ser sofocada en tan solo tres meses, y la paz se restauró de forma momentánea hasta 1650. Aquel año, Luis de Borbón fue detenido por orden de Mazarino, lo que provocó una nueva «Fronda» que duraría esta vez hasta 1652. Realmente, el príncipe de Condé había sido detenido por orden de Ana de Austria, cansada de las insolencias del noble, de su deseo de poder y de sus anhelos por suplantar en el cargo al cardenal, pero los agentes de la Santa Alianza en París prefirieron hacer saber a la población que la detención había sido parte de una conspiración organizada por el odiado cardenal Mazarino. Aquello alimentó la llama del odio [14].

Las provincias de Borgoña y Guyena se alzaron contra la detención, así como el duque de Lorena y el conde D'Harcourt. Los ciudadanos de París se armaron mientras el Parlamento pedía el exilio para Mazarino. En lugar de aceptar tal recomendación, decidió ceder y poner en libertad a Luis de Borbón, y después se refugió en Alemania.

Mientras, en Roma, y desde comienzos de 1651, tras la muerte del cardenal Panciroli, Olimpia Maidalchini mantuvo el control de la Santa Alianza. Inocencio X había nombrado sustituto de Panciroli al cardenal Fabio Chigi, futuro Alejandro VII. Chigi deseaba hacerse con las riendas del aparato de poder en el Vaticano, incluida la Santa Alianza, y Maidalchini era una traba para ello.

Al final, y con la intermediación del propio Inocencio X, Chigi llegó a un acuerdo con Maidalchini por el cual se le impedía cualquier control sobre la Santa Alianza o sus agentes, pero se le seguía permitiendo el control sobre la «Orden Negra» [15]. A la cuñada del Papa no le quedaba más remedio que aceptar; al fin y al cabo, deseaba ardientemente la detención del «topo» de Mazarino.

El 6 de septiembre de 1652, el genovés Alberto Mercati apareció colgado de una viga en su casa de Roma. En el interior de su boca le habían introducido un pequeño trozo de tela negra con dos bandas rojas cruzadas. El largo brazo de la «Orden Negra» había alcanzado a

[14] Wendy Gibson, *A Tragic Farce: The Fronde (1648-1653),* ob. cit. [15] Alfio Cavoli, *La Papessa Olimpia,* ob. cit.

uno de los más brillantes espías enemigos que operaban en el Vaticano. Al parecer, el espía antes de morir acusó al cardenal Panciroli de ser quien le ordenaba facilitar información al cardenal Mazarino, pero este hecho nunca pudo ser demostrado.

El 7 de enero de 1655 moría Inocencio X, a los ochenta y un años de edad. Su cadáver permaneció expuesto durante horas en la basílica de San Pedro, pero como nadie sabía qué hacer con él, fue retirado a una oscura estancia en donde los obreros guardaban sus herramientas de trabajo. Más tarde se le preparó una modesta tumba en la iglesia de Santa Inés, en la concurrida plaza Navona.

Con la muerte de Inocencio X el pontificado de la Contrarreforma llegaba a su fin.

Nuevamente los grandes poderes en Europa deberían decidir el nuevo Papa que gobernaría la Iglesia católica. El mejor situado para ello sería el cardenal Saccheti, uno de los grandes enemigos de la Santa Alianza, a la que calificaba como un «instrumento del diablo que solo servía para hacer el mal desde las sombras». Saccheti había estado declarando abiertamente su recelo hacia un aparato de la Iglesia tan poderoso que incluso los propios papas no podían controlarlo. Él estaba decidido a acabar con el espionaje costase lo que costase, y esa posición tal vez le impidió ser elegido sucesor de Inocencio X.

El cardenal Fabio Chigi, que dirige la Santa Alianza desde 1651, no quiere acabar con el servicio de espionaje que tantas vidas ha costado. Para ello decide realizar un peligroso juego consistente en informar a Felipe IV de España sobre las actividades claramente profrancesas del cardenal Saccheti y sobre una posible amistad con el cardenal Mazarino. El monarca, con la información recibida, decide vetar a Saccheti y apoyar al fiel Chigi como sucesor de Inocencio X [16]. Tras cuatro meses de cónclave, por fin el 7 de abril de 1655 el cardenal Fabio Chigi es elegido nuevo Papa, y adopta el nombre de Alejandro VII.

Su pontificado se vería envuelto en decenas de conspiraciones políticas y en claros choques con Francia, en parte por la debilidad sufrida por los Estados Pontificios tras la firma de la «infame» paz de Westfalia en 1648.

[16] Robert A. Stradling, *Philip IV and the Government of Spain, 1621-1665,* Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

Alejandro VII era un hombre con una clara habilidad para la diplomacia. Contrario al nepotismo practicado por sus antecesores, el nuevo Papa prefería tomar él mismo las decisiones tras consultar con expertos en cada materia.

Como primera medida, el nuevo Papa decidió la reforma de toda la Curia romana, incluyendo sus servicios secretos. Esta medida afectaría a Olimpia Maidalchini, que aún mantiene bajo su control a la «Orden Negra» [17]. El Papa obligó entonces a Maidalchini a devolver el control de la misteriosa organización a la Santa Alianza, a disolver la «Orden Negra», a obligar a sus miembros a asumir la obediencia al nuevo Pontífice y, por último, a retirarse de la vida pública, a cambio de lo cual recibió una buena cantidad de dinero.

En clara obediencia a Alejandro VII, la todavía poderosa Olimpia Maidalchini aceptó todas las reclamaciones y se retiró a su residencia romana hasta su muerte, en 1657, a la edad de sesenta y cuatro años. Con ella se cerraba una de las etapas más oscuras, pero también una de las más interesantes, en la historia del espionaje

vaticano. La nueva dirección de la Santa Alianza quedaba en manos del cardenal Corrado, datario también de la Congregación de la Inmunidad.

El cardenal Corrado no era un hombre experto en política y mucho menos en cuestiones como las intrigas, virtud muy necesaria para poder dirigir un aparato tan poderoso como era la Santa Alianza. Estaba más interesado en el estudio de la religión que en cuestiones tan mundanas como la de dirigir un servicio de espionaje, aunque este se encargase de proteger los intereses del Papa y de la Iglesia católica en una Europa cada vez más belicista hacia los Estados Pontificios [18].

Las relaciones entre Roma y París no pasan por su mejor momento. Francia no ha podido vencer a España y su situación interna continúa inestable tras la última «Fronda». Junto a un cada vez más débil Mazarino se alza Fouquet, el ministro de Hacienda, como el nuevo hombre fuerte de Francia. Su ambición y su codicia es aún mayor que la de sus antecesores, Mazarino y Richelieu. Las calles de la capital se ven azotadas por disturbios religiosos, promovidos por los jansenistas, que reclaman una reforma católica, lo que comienza a afectar al Gobier

[17] Alfio Cavoli, *La Papessa Olimpia,* ob. cit.

[18] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

no y a la Corona [19]. El tratado de amistad anglo-francés de 1655, firmado con Oliver Cromwell, lord Protector de Inglaterra, daba a Mazarino nuevas fuerzas para continuar su guerra contra España. La caída en manos inglesas de las plazas españolas en Dunkerque y en la lejana Jamaica obligaron al rey Felipe IV a firmar la paz [20].

Las negociaciones, planeadas por la reina Ana de Austria y el cardenal Mazarino, se centraron en un posible enlace entre el joven rey Luis XIV y la hija de Felipe IV, María Teresa. El papa Alejandro VII y su consejero, el cardenal Sforza Pallavicino, bendecían esta posible unión. Pallavicino, que se ha convertido en uno de los más cercanos consejeros del Papa, desbancando incluso del control de la Santa Alianza al cardenal Corrado, ve en el regio matrimonio una posibilidad de reducir el belicismo francés hacia los débiles Estados Pontificios.

El matrimonio concertado en 1658 dio paso el 7 de noviembre de 1659 a la firma de la paz de los Pirineos, en la frontera hispanofrancesa. En el documento, en el que incluso Alejandro VII puso su grano de arena, Francia hacía un mayor número de concesiones.

Condé, dirigente de la «Fronda», era restablecido en sus posesiones; Cataluña era abandonada por las tropas francesas, así como un gran número de comarcas que fueron devueltas a España. Portugal fue sacrificada por Francia, aunque pudo mantener su

independencia. El poder de España en Italia y el Franco-Condado de Borgoña permanecieron intactos. Aunque lo que estaba claro es que la paz de los Pirineos, como la de Westfalia, fue una paz establecida por agotamiento, Francia aparecía como la nueva potencia europea ante el cada vez más decreciente poder español. El 9 de marzo de 1661 moría el cardenal Mazarino, lo que suponía el comienzo de la monarquía absolutista de Luis XIV y con ello el poder de Francia sobre toda Europa.

Durante estos años el papa Alejandro VII fue tan solo un testigo accidental de los acontecimientos que se desarrollaban en la convulsa Europa. Lo que menos deseaba el Pontífice de Roma era alterar los ánimos de la vecina y poderosa Francia, pero una mano oscura estaba dispuesta a que esos ánimos se revolviesen peligrosamente.

[19] Walter Goetz y otros, *La época de la revolución religiosa...,* ob. cit. [20] Robert A. Stradling, *Philip IV and the Government of Spain, 1621-1665,* ob. cit.

Dos graves incidentes estuvieron a punto de provocar una guerra abierta entre Luis XIV y el papa Alejandro VII. El primero sucedió el 11 de junio de 1662, cuando el nuevo embajador de Francia en Roma, el duque de Crèqui, escoltado por doscientos guardias armados, intentó ser recibido por el Papa. Crèqui creía que Alejandro VII debía rendirle pleitesía como representante de Luis XIV, algo que el Pontífice no estaba dispuesto a hacer. El cardenal Pallavicino ordenó entonces a la Guardia Corsa que formase una línea de protección a la entrada de la residencia papal para impedir cualquier intento de entrada de los franceses armados en las habitaciones del Pontífice. El embajador Crèqui protestó ante el cardenal Rospigliosi, secretario de Estado. El duque de Crèqui informó entonces al rey Luis XIV de la afrenta sufrida como representante de la Corona de Francia en Roma.

El segundo incidente sucedería el 20 de agosto de 1662, cuando cuatro hombres, al parecer agentes de la Santa Alianza, tuvieron un altercado con tres diplomáticos franceses. Lo que en un principio comenzó como una simple riña acabó convirtiéndose en un duelo de espadas en las calles próximas al palacio Farnese, que albergaba la legación diplomática francesa. El ruido provocado por el choque de los aceros acabó llamando la atención de una patrulla de la Guardia Corsa del Papa que vigilaba los alrededores y de una patrulla de soldados franceses que protegían el edificio diplomático. Al llegar al lugar de la lucha descubrieron a dos de los franceses heridos de muerte, así como uno de los agentes de la Santa Alianza. El resto fueron detenidos y enviados a los calabozos de uno de los cuarteles de la Guardia Corsa, no sin antes tener un serio altercado con las tropas francesas [21].

Los tres agentes de la Santa Alianza resultaron ser antiguos

miembros de la «Orden Negra» a las órdenes de Olimpia Maidalchini y, por lo tanto, fueron puestos en libertad. Al parecer, el cardenal Pallavicino había decidido reactivar la «Orden Negra» como servicio de contraespionaje pese a las órdenes contrarias dadas por el papa Alejandro VII. Sforza Pallavicino deseaba mantener como núcleo de poder a los hombres formados por Maidalchini, así como los secretos que habían conseguido recabar durante los años en los que la cuñada de Inocencio X dirigió el espionaje pontificio.

[21] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* Editrice Torinese, Turín, 1939.

Al llegar a París las noticias del segundo altercado, Luis XIV ordenó la expulsión inmediata del nuncio papal en Francia, las tropas francesas se pusieron en movimiento y ocuparon el condado de Avignon y, por último, se ordenó a todo el ejército que se preparase para una larga campaña de índole punitiva contra el orgulloso Estado Pontificio [22]. La guerra tocaba la puerta de Roma, y esta vez la débil España de Felipe IV poco podría hacer por evitarla.

Alejandro VII intentó conseguir la mediación de la duquesa regente de Saboya, tía de Luis XIV, pero todo fue inútil. El Papa se vio obligado a humillarse y aceptar las condiciones del tratado de Pisa firmado el 12 de febrero de 1664 [23]. Los cardenales Chigi e Imperiali, gobernador de Roma, fueron enviados a París para presentar sus disculpas al rey Luis XIV. Mario y Agostino Chigi, parientes del Papa, fueron enviados al palacio Farnese para presentar sus disculpas al embajador de Francia, el duque de Crèqui; los miembros de la Guardia Corsa fueron licenciados y la unidad disuelta; el cardenal Pallavicino fue apartado de la línea pública a un segundo plano, aunque siguió manteniendo el mismo poder dentro de los muros de Roma. Mientras, el papa Alejandro VII se dejaba asegurado un buen papel en la historia al proclamar una «bula secreta» el 18 de febrero de 1664 en la que protesta contra las imposiciones de los franceses y de haber aceptado las condiciones del tratado de Pisa, firmado solo seis días antes, con el fin de salvar a Italia de la ocupación extranjera.

Declaramos por consecuencia que ante tales hechos nos opusimos a la violencia, a la fuerza y a la necesidad al no poder resistirnos de ninguna manera por nuestro consentimiento o voluntad. Ordeno que la presenta protesta y declaración, escrita por nosotros, tenga validez en defensa de la verdad, a pleno y total efecto y con toda la fuerza, aunque no podamos hacer público este documento [24].

Lo que queda claro es que la brutalidad demostrada por Luis XIV contra el Papa tras el incidente del 20 de agosto fue tan solo un pretex

[22] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[23] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

[24] El texto íntegro de esta bula secreta papal se encuentra en los archivos de la Biblioteca Vaticana y fue publicado por Carlo Castiglioni en su obra *Storia dei Papi*.

to para humillar a Roma, a Alejandro VII y su gobierno, y a la Iglesia católica. En su propio lecho de muerte el Sumo Pontífice echaba en cara al duque de Chaulues el maltrato sufrido por el nuncio en París y los daños provocados por la autoridad real a la Iglesia de Francia. El 22 de mayo de 1667, Alejandro VII moría, a los sesenta y nueve años, y era enterrado en el magnífico mausoleo que Bernini le había construido en la basílica de San Pedro.

La muerte de Alejandro VII provocaría una nueva ola de operaciones de la Santa Alianza en Asia.

Sería a partir de 1668, con el desmoronamiento de la dinastía Ming, cuando comenzaron a llegar a China legaciones diplomáticas europeas con el visto bueno del gobierno Qing. En 1668 llegarían los holandeses y en 1670 les seguirían los portugueses. A estas siguieron las embajadas de Rusia y de los Estados Pontificios, ya a principios del siglo XVIII, lo que convirtió a China en una extensión más de los problemas políticos y religiosos que asolaban Europa y, por consiguiente, en perfecto caldo de cultivo para las operaciones llevadas a cabo por espías de uno y otro lado [25].

El primer espía en caer en China sería un holandés llamado Olfert Dapper, que llegó a Asia en 1667 bajo las órdenes de Van Hoorn. Dapper había estado intentando llegar a un acuerdo con las altas jerarquías de la corte Qing con el fin de conseguir una concesión comercial en exclusiva para su país en detrimento de otras potencias europeas. Ello incluía el acabar con el impuesto a los galeones holandeses que atracaban en los puertos chinos [26].

Informado el papa Clemente IX de la trama urdida por los holandeses, ordenó a sus agentes que acabasen con cualquier tipo de traba que pudiese imponerse a los barcos o intereses de los países católicos en China. El 11 de octubre de 1668, Olfert Dapper apareció decapitado en un tugurio cercano al puerto de Cantón.

Los europeos residentes pensaron que había sido un ajuste de cuentas con alguna banda china, aunque lo que se decía también en el interior de las legaciones europeas era que el diplomático y comerciante holandés habría sido ejecutado por el «Círculo *Octogonus»,* el mis

[25] Hsia Pochia, *The World of Catholic Renewal 1540-1770,* ob. cit. [26] Jaime Do Inso, *China,* ob. cit.

mo al que pertenecía Jean-François Ravaillac, el asesino del rey Enrique IV de Francia, o por la «Orden Negra». Lo cierto es que el asesinato de Olfert Dapper retrasó bastantes años la firma de un acuerdo comercial entre Holanda y China [27].

La súbita muerte de Clemente IX el 9 de diciembre de 1669, y que le convierte en un Papa de transición, obliga al cónclave a reunirse nuevamente. No menos de seis partidos se disputan la elección de un nuevo Pontífice que debe suceder al breve Clemente

IX. Españoles unidos al cardenal Chigi lanzan la candidatura del cardenal Escipión d'Elce, pero los franceses lo vetan. El cardenal Azzolini presenta como candidato entonces al cardenal Vidoni, antiguo nuncio en Polonia, mas esta vez son los españoles los que imponen el veto. Solo cuando los reyes de Venecia, España y Francia ordenaron a sus embajadores que encontrasen un candidato de consenso, el cónclave, tras cuatro meses de votaciones, eligió al anciano cardenal Emilio Altieri como nuevo Papa. Este adoptó el nombre de Clemente X en recuerdo de su antecesor, que le había ascendido a la púrpura cardenalicia [28].

Este Papa no dio demasiada importancia al papel que debía desempeñar la Santa Alianza en el ajedrez político de Europa. Clemente X prefería la sutileza de la política y la diplomacia que los bruscos métodos utilizados por la Santa Alianza. El nuevo Pontífice decide descargar su poder en otros, pero al no poder contar con familiares directos, optó por hacerlo sobre los hombros del poderoso cardenal Paluzzi. Su poder era tal que incluso los políticos y poderosos de la época llegaron a bautizar a Paluzzi como el cardenal Paluzzi-Altieri, jugando con el apellido del Papa [29]. En pocos meses, Paluzzi no solo se había convertido en la sombra del Sumo Pontífice, sino que también asumió las riendas del espionaje papal y los asuntos de Estado. Nada ni nadie, incluido el secretario de Estado, se movía en Roma sin que él lo supiese.

Se cree que fue él quien resucitó a la «Orden Negra» como servicio de contraespionaje, aunque no existe ningún documento que lo pruebe. Lo cierto es que en los poco más de seis años en los que Clemente X ocupó el Trono de Pedro, Paluzzi concentró entre sus manos

[27] Jaime Do Inso, *China,* ob. cit.

[28] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

uno de los mayores poderes de toda la historia de la Curia romana. El espionaje y el contraespionaje eran para él tan solo unas armas peligrosas en unas manos poderosas, y no cabía la menor duda de que él estaba dispuesto a utilizarlas y sabía cómo hacerlo.

Con Clemente X las relaciones con Francia tampoco pasaron por su mejor momento, sobre todo por la prepotencia con que actuaba Luis XIV con respecto a todo lo relacionado con el Papa y Roma. La crisis más grave sufrida entre París y Roma sucedió el 21 de mayo de 1670, cuando el embajador de Francia, el duque D'Estrées, acusó al poderoso cardenal Paluzzi de poner veto al nombramiento de todo cardenal francés o claramente profrancés. Este rechazó la acusación, achacó al rey Luis XIV una posición antipapista y anticatólica, mientras Clemente X se levantaba del trono para dar por terminada la audiencia. En ese momento el francés se arrojó sobre el anciano Papa y le obligó a sentarse. El Pontífice miró al

diplomático y le juró que no permitiría otra afrenta francesa. El cardenal Paluzzi tomó nota [30].

El 26 de mayo por la noche, cinco días después del incidente, el secretario de la legación diplomática de Luis XIV en Roma apareció muerto [31]. Al parecer, el joven diplomático, tras despachar con su embajador, el duque D'Estrées, salió del edificio de la legación y caminando se dirigió al Trastevere, al otro lado del río Tíber, en donde se hacinaban lupanares y tabernas. En una de ellas, y mientras comía, estableció contacto con dos hombres educados que decían ser estudiantes de Florencia llegados a Roma para ver la posibilidad de tomar los hábitos según habían ordenado sus nobles familias.

En un momento, el francés salió de la estancia para ir a orinar y cuando regresó los dos italianos habían desaparecido. El secretario de D'Estrées tomó asiento nuevamente y continuó comiendo los restos que quedaban en el plato. Al salir, la noche era primaveralmente agradable y decidió caminar de regreso al pequeño cuarto que tenía alquilado cerca de la embajada de Francia. A mitad de camino, el sudor le hacía casi insoportable el poder respirar y continuar andando. Se sentó cerca de una fuente, de donde ya no se levantó. Estaba muerto. El francés había sido envenenado.

[30] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit. [31] William Beik, *Louis XIV and Absolutism...,* ob. cit.

Los dos jóvenes florentinos habían desaparecido por las estrechas calles del Laterano y atravesado un muro cubierto por una maraña de enredaderas. Al otro lado les esperaba el cardenal Paluzzi. Uno de ellos, en realidad un sacerdote, le besó el anillo cardenalicio rodilla en tierra mientras su mano le deslizaba un pequeño pergamino rodeado de una cinta de seda roja, el *Informi Rosso* [32]. El trabajo estaba hecho.

Al día siguiente, mientras la embajada francesa aún no se ha recuperado de la noticia por la muerte del joven secretario, el papa Clemente X nombraba seis nuevos cardenales, ninguno de ellos francés. A partir de este mismo momento las relaciones entre Francia y Roma, entre Luis XIV y Clemente X, se interrumpieron prácticamente [33].

Clemente X moriría el 22 de julio de 1676, no sin antes beatificar a Pío V, el gran Papa de la reforma y fundador de la Santa Alianza [34].

En el mes de agosto se encerraron los cardenales en cónclave para elegir a un nuevo Papa. Los mejores candidatos para ocupar el Trono de Pedro eran los cardenales Gregorio Barbarigo y Benedicto Odescalchi, ambos muy próximos al recién fallecido Papa.

Barbarigo se negaba a aceptar la tiara pontificia y así lo comunicó

al Colegio cardenalicio. Para el cardenal Paluzzi aquello suponía quitarse un problema, debido a que Barbarigo se había declarado en diversas ocasiones contrario a los métodos utilizados por la Santa Alianza. Estaba claro que si llegaba a Papa, las operaciones del espionaje pontificio se verían reducidas a la mínima expresión en un momento en el que eran tan necesarias en una Europa dominada por una Francia católica cada vez más belicosa con Roma.

A pesar de la oposición francesa, los cardenales votaron a Odescalchi el 21 de septiembre, que adoptó el nombre de Inocencio XI en honor del papa Inocencio X. Como Pamphili, el nuevo Papa apoyaría durante sus trece años de pontificado la necesidad de utilizar los servicios de la Santa Alianza como un mal necesario. Para ello mantuvo en la dirección de los espías del Papa al cardenal Paluzzo Paluzzi, pero supeditándolo a la Secretaria de Estado, dirigida por el cardenal Cibo. Inocencio XI no despachaba directamente con Paluzzi, como hacía su

[32] Véase capítulo 1.

[33] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

antecesor, el papa Clemente X, sino que todos los temas relacionados con el servicio de espionaje eran tratados dentro de un orden del día con el cardenal secretario de Estado, Alderano Cibo [35].

La política de Inocencio XI, y por consiguiente los principales caballos de batalla de la Santa Alianza, serían las siempre conflictivas relaciones con Francia y el Rey Sol, la lucha contra el Turco y la esperanza de llegada del catolicismo a Inglaterra. Los agentes del cardenal Paluzzi centrarían sus misiones en Francia e Inglaterra.

Inocencio XI no estaba dispuesto a seguir tolerando las injerencias de Luis XIV en los asuntos de la Iglesia, y es por eso por lo que decide enviar al Rey Sol tres misivas en 1678, 1679 y 1680, pidiéndole que renuncie a la extensión del derecho de «regalías» [36].

Luis XIV pensó entonces que podía correr peligro la Corona de Francia con respecto a las obligaciones de los católicos hacia ella, por lo que convoca una reunión del clero francés en 1680. En el encuentro, todos, menos dos obispos, presentan sus disculpas al rey por las palabras utilizadas por Inocencio XI en sus misivas y ratifican su fidelidad a la Corona. Un año después, el rey reunió a una nueva asamblea en la que reconocía las «regalías» como un derecho soberano. Los cardenales Cibo y Paluzzi aconsejaron al Papa que contraatacase, ya que el monarca francés no se detendría ahí, como así ocurrió.

El 19 de marzo de 1682, año en el que la corte se traslada al palacio de Versalles, Luis XIV aprobó los «cuatro artículos» de la declaración redactada por Bossuet en la que se sostiene la

independencia absoluta del rey de Francia a las cuestiones temporales, la superioridad del Concilio de Constanza sobre el Papa, la infalibilidad del Pontífice condicionada al consentimiento del episcopado y la inviolabilidad de las antiguas costumbres de la Iglesia galicana. Para rematar la cuestión, ordenó la enseñanza de los «cuatro artículos» en todas las escuelas del país [37].

[35] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[36] Las «regalías» eran el derecho que ostentaba la Corona de Francia desde la Edad Media sobre algunas diócesis y que consistía en administrar sus bienes y cobrar las rentas (regalía temporal) y conferir en ellas los beneficios sin cura de almas (regalía espiritual). En 1673, Luis XIV extendió este derecho a todas las diócesis de Francia.

[37] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

Inocencio XI manifestó su desagrado por la posición de los obispos franceses con su rey, ante el que no supieron defender los derechos de la Iglesia. Con respecto a los «cuatro artículos» prefirió no intervenir, pero negó la institución canónica a todos aquellos que habían asistido a las reuniones con Luis XIV. En 1687, por consejo del cardenal Cibo, el Papa nombró arzobispo de Colonia al candidato imperial frente al propuesto por Francia, y a instancias del cardenal Paluzzi, abolió el derecho de asilo en las embajadas en Roma. España y Venecia se sometieron a la disposición papal, pero no así Francia. Esta última medida generaría una guerra encubierta entre Francia y los Estados Pontificios por el llamado caso de la red «Scipion».

Desde hacía dos años, la Santa Alianza había detectado la infiltración en la Secretaría de Estado de agentes franceses. Los espías de Luis XIV eran tres religiosos que trabajaban archivando documentos de la Secretaría de Estado, muchos de los cuales, clasificados como «Material delicado», eran copiados y enviados mediante un sistema de correos a la legación diplomática francesa en Roma. El jefe de la red se hacía llamar *Scipion.*

Alderano Cibo convocó a Paluzzi y le ordenó que acabase con la red de espías franceses dentro del Laterano, utilizando todos los métodos necesarios. Paluzzi iba a utilizar todos los medios a su alcance, como le había ordenado Cibo, incluso implicando a los monjes de la «Orden Negra».

El primero en caer en manos de la «Orden Negra» sería uno de los miembros de la red de *Scipion.* En la mañana del 11 de mayo de 1687, dos agentes de la Santa Alianza seguían a un *scriptor* [38] que trabajaba en la Biblioteca Vaticana. Este fraile se dedicaba a transcribir y copiar documentos de la Secretaría de Estado para ser luego distribuidos entre los diferentes miembros de la Curia. La Santa Alianza había descubierto que algunos de los documentos, en especial los relacionados con Francia, eran requeridos por este *scriptor.* El espionaje pontificio contabilizó el número de copias realizadas por el fraile y las que después fueron dis

[38] Los *scriptores* eran los frailes que copiaban a mano los manuscritos para la Biblioteca Vaticana desde 1431, durante el pontificado del papa Martín V (1417-1431). Aún hoy a los trabajadores de la Biblioteca Vaticana se les sigue denominando *scriptores.* Véase también Eric Frattini, *Secretos vaticanos,* ob. cit.

tribuidas. Siempre que se trataba de un documento clasificado como «Material delicado», y relacionado con Francia o Luis XIV, una de las copias dejaba de ser distribuida o simplemente desaparecía.

Reportado el caso al cardenal Paluzzi, el jefe del espionaje ordenó a los monjes de la «Orden Negra» que detuviesen «vivo» al *scriptor*. El 19 de mayo, el fraile fue detenido y enviado a la sede del espionaje papal, en donde fue interrogado. Aplicado el suplicio, el espía de *Scipion* desveló el nombre de los otros dos miembros de la red que espiaba para el rey Luis XIV en Roma.

El 21 de mayo, el cadáver torturado del fraile fue encontrado colgado de un puente sobre el Tíber con un pequeño trozo de tela negra con dos bandas rojas cruzadas. El temible brazo de la Iglesia había golpeado a un enemigo, pero aún quedaban libres dos espías más.

El 23 de mayo por la tarde, cuando los agentes de la Santa Alianza se disponían a detener a un sacerdote que trabajaba a las órdenes del cardenal Alderano Cibo, consiguió evadirse de la vigilancia y pedir asilo en la embajada de Francia. Aplicando la abolición del derecho de asilo en las embajadas en Roma decretada por Inocencio XI, seis monjes de la «Orden Negra» con la cara cubierta penetraron en el palacio Farnese y se llevaron por la fuerza al sacerdote.

Interrogado por los monjes, resultó que tras el nombre clave de *Scipion* se ocultaba un monje que tiempo atrás había formado parte de la Santa Alianza y que había sido reclutado por el espionaje de Luis XIV por sus orígenes franceses. *Scipion* era hijo de un ciudadano de Venecia y de una mujer florentina que se había educado en la Francia de Mazarino. Al parecer, *Scipion* se había especializado dentro de la Santa Alianza en la eliminación de «enemigos de la Iglesia» a través del veneno.

El 26 de mayo de 1687, ocho miembros de la «Orden Negra» entraron espada en mano en la habitación de un hospedaje cercano al palacio papal en Roma. Desde una carroza negra cubierta con el emblema pontificio en sus puertas observaban la operación los cardenales Paluzzo Paluzzi y Alderano Cibo. Antes se había dado la orden de que en los alrededores no hubiese ninguna patrulla de la guardia papal. Realmente, no interesaba que hubiese testigos de la eliminación de *Scipion* [39].

[39] Jeremy Black, *From Louis XIV to Napoleon: The Fate of a Great Power,* UCL Press, Londres, 1999.

Los primeros monjes subían por la estrecha escalera cuando ante

ellos apareció *Scipion* espada en mano y en guardia. El combate duró poco, debido al número de atacantes, que obligaron al espía de Luis XIV a tener que retirarse. Intentando evadirse por una pequeña ventana, cayó varios metros abajo, en donde le esperaba otro retén de la «Orden Negra». Uno de los oficiales clavó su espada en el cuello del espía, que, sangrando abundantemente, intentaba levantarse para continuar luchando. En ese momento *Scipion* recibió tres estocadas certeras, una de las cuales le partió el corazón en dos. Antes de caer estaba muerto.

El cardenal Paluzzi hizo la señal de la cruz con su mano derecha enguantada, cerró la cortina y la carroza se alejó. Nuevamente los secretos de la Iglesia quedaban a buen recaudo y protegidos de miradas indiscretas. Los cadáveres de *Scipion* y del sacerdote arrancado de la embajada de Francia aparecieron colgados de un puente sobre el Tíber, como señal para todos aquellos ciudadanos de Roma y extranjeros que pusiesen en duda que la mano justiciera de Dios era larga, y la Santa Alianza y la «Orden Negra», sus herramientas para administrarla.

El incidente en la embajada de Francia con los agentes de la Santa Alianza provocó graves reacciones en la corte de París. Luis XIV ordenó a su nuevo embajador que entrase en Roma en noviembre de 1687 escoltado por un regimiento con gran ostentación de armamento. Inocencio XI decidió excomulgar al enviado del monarca y no recibirle en audiencia. A comienzos de 1688 el Papa, a través de su nuncio en París, hizo saber a Luis XIV que tanto él como sus ministros debían considerarse *incursus* (incurrir) en censuras eclesiásticas [40].

Luis XIV, en pleno esplendor de su poder, ni siquiera hizo caso alguno a las advertencias del Papa y, como ya había hecho durante el pontificado de Alejandro VII, ordenó a sus ejércitos la ocupación de Avignon y el Venassin.

También las ansias por la llegada de un monarca católico a la Corona de Inglaterra dio un punto de optimismo al Papa de Roma casi a finales del siglo XVII. Jacobo II, católico ferviente y que había ascendido al trono en 1685, envió un embajador al papa Inocencio XI y permitió el regreso de los jesuitas [41]. Es entonces cuando la Santa Alianza

[40] William Beik, *Louis XIV and Absolutism...,* ob. cit. [41] Malachi Martin, *The Jesuits...,* ob. cit.

despliega a un mayor número de agentes por toda Inglaterra. El cardenal Paluzzi sabe que tarde o temprano la situación religiosa en las islas volverá a la normalidad, es decir, a la religión protestante.

Jacobo quiso imitar el absolutismo de Luis XIV a pesar de los consejos del Papa en contra. La reacción de los protestantes no se hizo esperar. La sublevación fue retrasada, según informaron los

agentes de la Santa Alianza en la corte de Jacobo, debido a que este no tenía hijos varones y sus hijas estaban casadas todas ellas con príncipes protestantes [42]. Tan solo había que esperar a que muriese; pero en 1686 la segunda mujer del rey le dio un hijo varón, lo que abría la posibilidad de una dinastía católica y autoritaria.

La sublevación se llevó a cabo, y los protestantes ofrecieron la Corona de Inglaterra a Guillermo III de Orange, casado con la hija mayor de Jacobo. El 5 de noviembre de 1688, el propio Guillermo y sus tropas desembarcaron en Inglaterra y en poco tiempo se hizo con el poder. Jacobo II tuvo que refugiarse en Francia hasta su muerte, y la derrota del catolicismo en Inglaterra se consumó hasta el día de hoy.

Inocencio XI no fue testigo de ello, debido a que había muerto tan solo tres meses antes, y fue sucedido en el Trono de Pedro por el cardenal Pedro Ottoboni, que adoptaría el nombre de Alejandro VIII. Este Papa, que tan solo gobernaría dieciséis meses, cedería a las presiones del despótico Luis XIV hasta su muerte el 1 de febrero de 1691. Su sucesor, Inocencio XII, se convertiría en el último Papa del siglo XVII, pero esto no significaba que fuese a tener un pontificado tranquilo.

Europa estaba envuelta en guerras religiosas y políticas, y Luis XIV seguía aún manteniendo su influencia y poder no solo en toda Francia, sino también en el resto del continente, lo que le permitía ejercer el control absoluto ante la época de intrigas que llegaba.

[42] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

ÉPOCA DE INTRIGAS (1691-1721)

«Y ahora esta advertencia a vosotros, sacerdotes. He aquí que os romperé el brazo y os arrojaré excrementos al rostro, los excrementos de las víctimas inmoladas en vuestras solemnidades para que se os lleven con ellas.»
(Malaquías 2, 3)

A la muerte del breve Alejandro VIII el 1 de febrero de 1691, se convocó el cónclave para elegir al que sería el último Papa del siglo XVII que estaba a punto de acabar. Nuevamente el cardenal Gregorio Barbarigo, y como había ocurrido ya durante la elección del papa Inocencio XI, se convirtió en el más firme candidato para ocupar el Trono de Pedro.

Barbarigo era un hombre piadoso, pero también un recalcitrante enemigo de las actuaciones de la Santa Alianza, y como en aquel 1676 el cardenal Paluzzi, que aún mantiene el control del espionaje pontificio, no está dispuesto a tener que deshacerse de un aparato de seguridad con el poder del servicio secreto papal [1].
De todos los cónclaves del siglo XVII, el de 1691 fue el más largo. En total duró cinco meses, del 12 de febrero al 12 de julio. Ni los espa

[1] Véase capítulo 5.

ñoles, ni los franceses, ni los imperiales estaban dispuestos a votar a Barbarigo. La llegada de los calores a Roma hizo que los cardenales encontrasen un candidato de consenso, Antonio Pignatelli, que adoptó el 12 de julio el nombre de Inocencio XII [2].

Nacido en el corazón de una de las más nobles familias de Bari, el padre del nuevo Papa era príncipe de Minervo y Grande de España. Sus relaciones con la Curia romana le ayudaron a ascender en el escalafón eclesiástico hasta alcanzar los cargos de vicelegado en Urbino, gobernador de Viterbo, nuncio en Florencia, Viena y Polonia, e inquisidor en Malta. De esa última etapa, es en este momento cuando Antonio Pignatelli mantiene las más estrechas relaciones con los agentes de la Santa Alianza y con su jefe, el cardenal Paluzzo Paluzzi.

Por esa época operaba en Malta un comerciante irlandés y protestante, William DeKerry. En las calles de la isla se decía que no solo era un simple comerciante, sino también un espía de los ingleses y contrabandista. Los galeones de la marina inglesa permitían el libre paso de los barcos de DeKerry a cambio de informaciones sobre los atraques y rutas de buques que navegaban bajo banderas enemigas o de naciones católicas. Al parecer, el irlandés tenía sobornadas a las autoridades del puerto, que le

informaban de las rutas y fechas de partida de los galeones de países enemigos, así como el contenido de sus cargas [3].

El inquisidor Antonio Pignatelli informó al secretario de Estado y al servicio secreto papal a través de una carta al cardenal Paluzzi. La Santa Alianza decidió entonces el envío de cinco agentes a la isla para acabar con la red montada por DeKerry. Los monjes resolvieron el asunto secuestrando al oficial del puerto de Malta y, bajo amenaza de ser entregado al Santo Oficio, el hombre confesó que recibía una buena cantidad de dinero por pasar información a DeKerry sobre el tráfico portuario. También estaban involucrados varios agentes de cargas.

Paluzzi decidió acabar con el irlandés como jefe de la red y así lo ordenó a sus agentes. Una noche, mientras se dirigía a pie a la residencia del embajador de Francia, cuatro hombres armados con espada y espadín salieron a su encuentro. Minutos después, el cadáver del co

[2] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[3] Frans Ciappara, *The Roman Inquisition in Enlightened Malta,* Pubblikazzjonijiet Indipendenza, Malta, 2000.

merciante y espía irlandés era arrojado a las aguas del Mediterráneo. Al conocerse la muerte y desaparición de William DeKerry, la red dejó de operar y los agentes de la Santa Alianza abandonaron silenciosamente Malta. De nuevo el largo brazo de la Iglesia alcanzaba a sus enemigos.

Fue también durante el pontificado de Inocencio XII cuando se suavizaron las relaciones con la Francia de Luis XIV. El primer paso lo daría el poderoso monarca al anular la orden de enseñanza de los «cuatro artículos» galicanos en las escuelas públicas [4]. Como respuesta, el Papa otorgó finalmente la institución canónica a los candidatos de las sedes vacantes, pero por recomendación del cardenal Paluzzi, que había vivido toda la controversia durante el pontificado de Inocencio XI, el Papa exigía a todas las jerarquías de la Iglesia de Francia una carta en la que manifestaran su sentimiento, por lo menos genérico, de todo lo ocurrido. Los expertos Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, en su *Diccionario de los Papas y Concilios,* aseguran que no puede hablarse de una rendición por parte de Luis XIV al Papa, ya que el decreto de las «regalías» no fue nunca revocado y los llamados «cuatro artículos» galicanos, como no fueron abolidos por Luis XIV, continuaron siendo enseñados en las universidades y escuelas.

Pero Inocencio XII, con claras reminiscencias de inquisidor, continuaría con su cruzada contra los herejes utilizando a la Santa Alianza del cardenal Paluzzi como largo brazo de la fe. Uno de estos enemigos sería Charles Blount [5].

La teoría del libre examen, que apareció en el siglo XVI con la Reforma, no solo contribuyó a la descomposición del protestantismo, sino que dio origen a pequeñas sectas, una de ellas el deísmo. Aunque suele citarse como primer deísta a lord Edward de Cherbury, que vivió a finales del siglo XVI, es de Charles Blount, nacido a mediados del siglo XVII, de quien se tiene la primera documentación a través del *Diccionario Enciclopédico de Teología Católica* de Wetzer y Welth [6].

[4] Los «cuatro artículos» aparecen en la *Declaratio Cleri Gallicani* (Declaración del clero francés) aprobada en 1682 bajo el pontificado de Inocencio XI.
[5] Manuel Carbonero y Sol, *Fin funesto...,* ob. cit.
[6] Ibídem.

Blount, en su refugio inglés, se distinguió como un enemigo cada vez más poderoso de la Iglesia de Roma a través del deísmo, que penetraba en las fronteras de los Estados Pontificios mediante predicadores que intentaban ganar adeptos de forma clandestina. Varios de ellos serían detenidos por miembros del Santo Oficio y, tras ser sometidos a tormentos, se confesaron seguidores de Charles Blount [7].

El Papa no estaba dispuesto a permitir semejante herejía, así es que ordenó a Paluzzi que pusiese remedio a aquello. El ya anciano cardenal decidió el envío de tres monjes de la «Orden Negra» a Inglaterra.

Una mañana del año 1693, el cadáver del polemista Charles Blount fue encontrado en el suelo de su residencia con un disparo en el pecho. Las autoridades explicaron que posiblemente Blount se habría suicidado al no permitírsele contraer matrimonio con su cuñada, a la que amaba profundamente, y debido a la depresión provocada se había quitado la vida disparándose al corazón. Con aquella explicación el caso fue cerrado y los monjes de Paluzzi regresaron a Roma.

Los últimos años del pontificado de Inocencio XII se centrarían en el problema de la sucesión a la Corona española. El rey Carlos II, que la ostentaba desde 1665, pidió consejo al Papa, que se pronunció a favor del príncipe elector de Baviera, José Fernando, de cuatro años. Hijo del elector de Baviera, Maximiliano Manuel, y de la archiduquesa María Antonia, nieta de Felipe IV, fue elegido sucesor por Carlos II en 1696 por mediación de Mariana de Austria y del Papa.

La firma del Tratado de Partición en La Haya, bajo el impulso del rey Luis XIV de Francia, le adjudicaba los reinos peninsulares, menos Guipúzcoa, las colonias en América, Cerdeña y los Países Bajos, mientras que los demás territorios quedaban para el archiduque Carlos de Austria o para el Delfín de Francia. La noticia llegó a España y Carlos II nombró al pequeño José Fernando

heredero universal de todos sus Reinos, Estados y Señoríos, sin permitir la renuncia a ninguno de ellos [8].

El cardenal Paluzzi aconsejó entonces al Papa que protegiese al niño si quería que este reinase alguna vez en España. El jefe de los espías del Pontífice sabía que tarde o temprano Luis XIV intentaría

[7] Heinrich Brueck, *History of the Catholic Church,* Benziger Brothers, Chicago, 1885.

[8] José Calvo Poyato, *Carlos II el Hechizado y su época,* Editorial Planeta, Barcelona, 1991.

algo contra el heredero, en beneficio de su nieto, Felipe de Anjou. Paluzzi no llegó nunca a ver cumplidos sus temores debido a que moriría a los setenta y cinco años de edad, el 29 de junio de 1698, en Ravena, de donde había sido nombrado arzobispo emérito.

Según la leyenda, el maestro de espías durante casi tres décadas, que había regido los destinos de la Santa Alianza en los pontificados de Clemente X, Inocencio XI, Alejandro VIII e Inocencio XII, murió envenenado por agentes al servicio de Luis XIV tras un banquete. El cardenal Paluzzo Paluzzi Altieri Degli Albertoni habría recibido una fuerte dosis de veneno al ingerir un cordero que al parecer había sido sazonado con hojas de eléboro negro, una planta muy tóxica que se utilizaba en la antigüedad para envenenar el agua o puntas de flechas [9]. Nadie en la cocina del cardenal comprobó los platos que fueron servidos en la última y opípara cena del jefe de los espías [10].

Pocos meses después, en los primeros días de 1699 y cumpliéndose la profecía del cardenal Paluzzi, el pequeño José Fernando de Baviera cayó enfermo de manera repentina. El tratamiento prescrito no fue resolutivo y el 5 de febrero se agravó su estado de salud de manera preocupante. En la madrugada del día 6 fallecía entre vómitos y convulsiones con solo siete años, lo que iba a permitir la entrada de los Borbones en el trono español con Felipe V. En numerosas cortes europeas circuló el rumor de que el niño había sido envenenado siguiendo instrucciones de Versalles, pero, como en el caso del cardenal Paluzzi, nunca pudo ser demostrado. Luis XIV estaba dispuesto a todo por situar a su nieto como rey de España, aunque para ello tuviese que arrastrar a Europa a una nueva guerra.

El 27 de septiembre de 1700 moría Inocencio XII, a los ochenta y cinco años de edad, dejando en herencia el problema por la sucesión en la Corona de España. Sería su sucesor en el Trono de Pedro quien debería vivir la llamada Guerra de Sucesión. Las armas y las intrigas

[9] Adrienne Mayor, *Greek Fire, Poison Arrows & Scorpion Bombs. Biological and Chemical Warfare in the Ancient World,* Overlook Duckworth, Londres, 2003.

[10] Realmente, esta es una leyenda, y al no existir pruebas documentales ni bibliografía sobre este asunto, el «posible» asesinato por agentes de Luis XIV del cardenal Paluzzo Paluzzi, jefe de la Santa Alianza entre 1670 y 1698, mediante envenenamiento por eléboro negro o «Rosa de Navidad», debe tomarse como tal.

estaban listas. Luis XIV tenía en Roma a varios cardenales preparados para el cónclave que se avecinaba.

Al atardecer del 9 de octubre se encerró el Colegio cardenalicio, dominado por el sector francés, para elegir un nuevo Papa. En el otro lado se encontraban los sectores hispano-imperiales y los *zelanti*. Los coloquios, discusiones, negociaciones y manejos políticos se iban prolongando, hasta que el 19 de noviembre llegó la noticia de la muerte del rey Carlos II de España. Desde ese mismo momento no solo la atención del cónclave, sino la de todas las naciones del mundo, se centraría en el Palacio Real de Madrid.

Con la muerte o asesinato del pequeño José Fernando de Baviera el moribundo rey Carlos decidió firmar su último testamento en el que declaraba que su trono pasaría al duque de Anjou, nieto del poderoso Luis XIV de Francia [11].

Las naciones de Europa temían que el poderoso Imperio español cayera en manos de una sola dinastía, por lo que se decidió llegar a acuerdos con el fin de repartirse los territorios. El emperador Leopoldo I y el rey Luis XIV de Francia habían firmado ya un acuerdo en Viena en 1668 en el que estipulaban el reparto entre Austria y Francia de los territorios españoles en el caso de que el rey Carlos muriese sin descendencia, como así sucedió. También entraban en juego Inglaterra y los Países Bajos después de que se hubiesen unido bajo un solo rey, Guillermo III de Orange [12].

El 3 de octubre de 1700, mientras se desarrolla el cónclave que debía elegir al nuevo Papa, Carlos II redacta un último testamento en el que deja toda su herencia y la Corona al segundo hijo del Delfín de Francia. Si Anjou no acepta, la Corona pasaría al archiduque Carlos. Pocos minutos antes de las tres de la tarde del 1 de noviembre fallecía el último rey de España de la Casa de Austria. Bajo la monarquía de Carlos II el Imperio español se había hundido y los españoles deseaban un nuevo rey que les trajese de nuevo los tiempos de Felipe II, una época que en realidad no volverían a vivir.

[11] Henry Arthur Kamen, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* Yale University Press, New Haven, 2001.

[12] Ricardo García Cárcel y Rosa María Alabrús, *España en 1700. ¿Austrias o Borbones?,* Arlanza Ediciones, Madrid, 2001.

Ante los nubarrones que se cernían sobre Europa y viendo que tanto el sector francés como el hispano-imperial no llegaban a un acuerdo, el grupo de los *zelanti* decidió lanzar la candidatura del cardenal Juan Francisco Albani. Cuando todo el cónclave estuvo de acuerdo en el candidato, el propio Albani se negó a aceptar la tiara. Antes de dar el sí al nombramiento, decidió consultarlo con un prestigioso grupo de teólogos. Por fin, el 23 de noviembre de 1700, el cardenal Albani se convirtió en Clemente XI.

El nuevo Pontífice, de cincuenta y un años, era un hombre jovial

y muy culto, pero sus decisiones políticas eran a veces, y más en los tiempos que corrían, demasiado lentas. Una de estas decisiones que tardaron en llegar fue el nombramiento de un nuevo jefe para la Santa Alianza.

Desde el posible asesinato del poderoso cardenal Paluzzo Paluzzi por agentes franceses, los espías del Papa habían notado una clara inactividad en sus operaciones, algo que se apreciaba a la larga en las actividades de la Secretaría de Estado, vacante desde la muerte de Inocencio XII. Por ejemplo, el cónclave no se enteró de la muerte de Carlos II hasta dieciocho días después del fallecimiento [13].

Clemente XI no entendió hasta pasados bastantes años de gobierno la necesidad de un servicio de información ágil para los acontecimientos que iban a asolar Europa en los meses siguientes. Si bien otros papas habían utilizado a la Santa Alianza como un peón importante en el gran juego de ajedrez de la política europea, el nuevo Pontífice no sabía aún cómo, o por lo menos en qué medida, podían los espías del Vaticano ayudarle a tomar una decisión correcta.

El nuevo secretario de Estado, el cardenal Paolucci, era un hombre hábil y experto en política, pero no creía demasiado en cómo la Santa Alianza podía ayudar al Papa a tomar decisiones en materia de política exterior. Realmente, Paolucci se equivocaba. Los acontecimientos que iban a desarrollarse lo demostraría.

Felipe de Anjou, de acuerdo con el testamento de Carlos II, fue coronado el 8 de mayo de 1701 en Madrid como nuevo rey, adoptando el nombre de Felipe V; pero el emperador puso en duda la validez del

[13] José Calvo Poyato, *Carlos II el Hechizado y su época,* ob. cit.

testamento del rey fallecido y declaró que su hijo, el archiduque Carlos, tenía los mismos derechos sucesorios que Felipe V [14].

Clemente XI se ofreció como intermediario en la disputa para que no se desatase la guerra entre el Imperio y Francia. En esos mismos días, el Papa, por recomendación del cardenal Paolucci, nombró a su sobrino Annibale Albani [15], experto en diplomacia y muy allegado a la Santa Sede, responsable en funciones de la Santa Alianza.

Los agentes del Papa bajo la dirección de un nuevo líder comienzan a mover su maquinaria hacia la Secretaría de Estado del cardenal Paolucci. Las primeras informaciones afectan a los aliados que buscan ambos bandos en caso de una ruptura de hostilidades. La Santa Alianza afirma que Felipe V intenta conseguir como aliados a los duques de Mantua y Parma, mientras que el archiduque Carlos busca la alianza con el duque de Módena. Clemente XI envía entonces una carta a los tres recomendándoles

estricta neutralidad. El cardenal Paolucci y Annibale Albani saben que si alguno de ellos se suma a la causa de uno u otro contendiente, la guerra que se desate podría afectar a los Estados Pontificios [16].

En aquella época, el duque de Módena tenía entre sus consejeros a un veneciano llamado Vicenzo Lascari. Este le aconsejaba unir sus fuerzas a las del emperador de Austria en defensa del archiduque Carlos en caso de una guerra abierta con Felipe V. Lascari sabía que su señor el duque podría alcanzar importantes privilegios territoriales si la causa de Carlos ganaba la Corona de España. A pesar de las advertencias del Papa, el duque de Módena dijo estar dispuesto a ir a la guerra en defensa de la causa del archiduque Carlos [17].

Para el cardenal Paolucci y los Estados Pontificios las interferencias del veneciano Lascari eran demasiado peligrosas y, por lo tanto, se había convertido en un objetivo a eliminar. Realmente, para las jerar

[14] John Lynch, *The Hispanic World in Crisis and Change...,* ob. cit.

[15] Annibale Albani sería elevado a la púrpura cardenalicia el 23 de diciembre de 1711 por su tío y Papa, Clemente XI, por los servicios prestados como jefe de la Santa Alianza durante la llamada Guerra de Sucesión.

[16] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[17] Henry Arthur Kamen, *The War of Succession in Spain, 1700-1715,* Indiana University Press, Bloomington, 1969.

quías cercanas al Pontífice, era mucho más peligroso que la guerra se acercase a sus puertas a que se desatase una a mayor escala en todo el continente.

El cardenal secretario de Estado, Fabrizio Paolucci, decidió, antes de tomar una decisión más trascendental, enviar una carta al consejero del duque de Módena con el fin de hacerle ver la peligrosidad de acercar la guerra que iba a desatarse en breve hasta el mismo corazón de los reinos italianos. Vicenzo Lascari prefirió ignorar la carta y continuó con su clara política de apoyo a la causa del archiduque Carlos. Al final, los agentes de Annibale Albani deciden actuar y en la noche del 11 de enero de 1702 asesinan a Vicenzo Lascari cuando este se dispone a subir a un carruaje. Esa noche el fiel consejero del duque de Módena había ido a visitar a una cortesana, quien al parecer pasaba información de todo tipo a los agentes del espionaje pontificio en la ciudad. Por recomendación de la Santa Alianza, la mujer citó en su casa a Lascari.

Cuando este salió en la madrugada para regresar a su casa, los asesinos ya le esperaban en la calle daga en mano. Seis puñaladas acabaron con su vida. Al día siguiente, y tras conocerse la terrible noticia del asesinato, el duque de Módena envió una carta al cardenal Paolucci, secretario de Estado de Clemente XI, anunciándole su predisposición a mantenerse neutral en la Guerra

de Sucesión. Nuevamente la Santa Alianza había defendido los intereses de la Iglesia y del Papa.

Durante el año 1701, el rey Luis XIV, en nombre de su nieto, el rey de España, había ocupado militarmente con éxito las posesiones españolas en Italia, como el ducado de Milán, los reinos de Nápoles y Sicilia, la isla de Cerdeña. También había enviado tropas a las provincias de los Países Bajos del sur, con Bruselas como capital. El resto de colonias, las islas Canarias, todo el sur y centro de América, las islas Filipinas y un buen número de fortificaciones en la costa norte de África se pusieron a las órdenes del rey Felipe V [18].

«El actual estado del reino era el más lastimoso del mundo, porque el débil gobierno de los últimos reyes había producido un horrible desorden en los asuntos: la justicia abandonada, la policía des

[18] Debido a las guerras contra Francia de finales del siglo XVII, España había perdido el Franco-Condado, la mayor parte de los Países Bajos meridionales y casi todas las posesiones en el Caribe.

cuidada, los recursos agotados, los fondos vendidos, el pueblo oprimido y el amor y el respeto al soberano perdidos», escribía el duque de Escalona, marqués de Villena, a Luis XIV en 1700 [19].

La guerra parecía ya casi inevitable cuando un poderoso ejército del emperador de Austria al mando del general príncipe Eugenio de Saboya-Carignan entró en territorio italiano. A finales del mes de mayo de 1702, los agentes de la Santa Alianza en Cataluña informaron a Roma de que el rey Felipe V preparaba una escuadra de guerra formada por navíos franceses para dirigirse a Nápoles. El 8 de abril del mismo año, los nueve buques al mando del mismísimo rey de España zarparon del puerto de Barcelona hacia el reino de Nápoles [20]. Luis XIV sabía que debido a la situación internacional, claramente belicista, Italia necesitaba un signo del nuevo rey. Por aquel entonces, Francia se encuentra enfrentada a una alianza formada por Inglaterra, las Provincias Unidas y el emperador. Luis XIV cuenta solo con el apoyo del duque de Baviera y el príncipe elector de Colonia.

El desertor más importante, y según cuentan por recomendación del papa Clemente XI y la Santa Alianza, sería el propio duque de Saboya. En octubre de 1701, mientras su hija se casaba con Felipe V, él unía sus tropas y su fidelidad al emperador de Austria para luchar contra el abuelo de su yerno.

En 1702, Guillermo III de Orange, que encabezó un año antes la segunda Gran Alianza y que intervino en la Guerra de Sucesión española, fallecía el 19 de marzo, antes de poder tomar parte activa en la lucha. Le sucedió como reina de Inglaterra e Irlanda Ana Estuardo, la hermana de su esposa [21].

La llegada de Felipe V a Nápoles no pudo ser en mejor

momento. A los napolitanos no les gustaba ni el nuevo rey ni España. Incluso unos meses antes la Santa Alianza había descubierto una conspiración para asesinar al virrey.

La «conspiración de los nobles», como fue conocida en su momento, estuvo orquestada por un grupo de nobles, en su mayor parte

[19] Henry Arthur Kamen, *Spain in the Later Seventeenth Century...,* ob. cit.

[20] Ídem, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* ob. cit.

[21] En 1709, Ana Estuardo es proclamada reina de Gran Bretaña, al unirse definitivamente los reinos de Inglaterra y Escocia.

napolitanos, que apoyaban la sublevación en favor del archiduque Carlos con la esperanza de que, como agradecimiento, este les concediese la independencia. Pocos días antes de llevar a cabo el atentado, el cabecilla de la rebelión fue detenido por agentes españoles informados por agentes del espionaje papal. El mayor problema de los espías españoles de la época era que en su mayor parte no hablaban italiano o dialecto y, por lo tanto, sus principales fuentes de información eran los sirvientes españoles que trabajaban en las grandes casas de la nobleza de la ciudad. Los agentes del Papa, en cambio, eran florentinos, sieneses, venecianos e incluso napolitanos y, por consiguiente, sus redes de informadores tenían mayor alcance. En tan solo tres días, diecinueve personas involucradas en la conspiración fueron detenidas, y la mayor parte de ellas, ejecutadas [22].

El 15 de mayo de 1702, y casi al mismo tiempo que Felipe V escuchaba la música de Alessandro Scarlatti y la representación de la ópera *Tiberio* del mismo autor, Inglaterra, las Provincias Unidas y el Imperio declaraban la guerra a Francia, lo que suponía el inicio de la Guerra de Sucesión española. Los temores del papa Clemente XI se hacían brutalmente realidad. Desde ese mismo momento, Annibale Albani y sus espías se pondrían a trabajar en beneficio único y exclusivo de la Santa Sede, manteniéndose siempre en la peligrosa posición de neutralidad, algo que al final terminaría pasando factura al Sumo Pontífice de Roma.

Antes de partir de Nápoles, el rey envía a Clemente XI un embajador para presentar sus respetos al Pontífice, como signo de cortesía. El 2 de junio parte hacia el norte con veinte buques de escolta. La llegada a Milán es realmente el primer contacto de Felipe V con la guerra [23].

Cuando esto sucede, los agentes de la Santa Alianza han informado ya al Papa sobre el oscuro incidente sucedido en el puerto de Vigo. Buques ingleses y holandeses han asaltado por sorpresa a los galeones españoles que traían la plata desde las Américas. Los cargamentos han sido saqueados y los buques hundidos [24]. Pero nada es como parece.

En el mes de febrero de 1702, un agente de la Santa Alianza en

Londres, llamado Tebaldo Fieschi, informa a Albani de que los ingleses

[22] Henry Arthur Kamen, *The War of Succession in Spain, 1700-1715,* ob. cit.
[23] Ídem, *Spain in the Later Seventeenth Century...,* ob. cit.
[24] Ídem, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* ob. cit.

están preparando una gran operación naval contra el territorio español. Tal vez en Cádiz o en Vigo.

Fieschi, a sus dieciocho años, era un joven elegante y rico comerciante de sedas nacido en Siena. Desde su más tierna infancia, el ahora espía vivió de cerca el poder pontificio debido a que su padre había servido a las órdenes de varios papas. Fieschi se negó a servir a la Iglesia a través del sacerdocio hasta que fue reclutado por el cardenal Paluzzi para servir al espionaje papal. Los principales clientes de Tebaldo Fieschi eran los nobles de la corte de Guillermo de Orange; incluso el espía sienés había conocido personalmente al propio rey. Una de sus clientas era lady Rooke, esposa del almirante sir George Rooke.

El italiano no solo era el suministrador de telas de lady Rooke, sino también su amante, lo que le había permitido tener acceso a importantes documentos que el almirante Rooke guardaba en su casa a las afueras de Londres. Así pudo conocer los planes de los ingleses para sitiar la ciudad de Cádiz, e informar al cardenal Paolucci, secretario de Estado del papa Clemente XI. Curiosamente, Roma no informó a Madrid sobre el ataque que se avecinaba, tal vez porque aquel aviso hubiese supuesto para Roma el fin de la neutralidad que tanto defendía el Papa.

Pocos meses después, exactamente en el mes de julio, una flota combinada anglo-holandesa formada por medio centenar de galeones al mando de sir George Rooke sitiaba Cádiz [25]. La resistencia de la guarnición de la ciudad puso las cosas demasiado difíciles a las tropas de Rooke, que, castigadas por el estado del mar, decidieron retirarse y levantar el sitio a la ciudad un mes después. El almirante Rooke prefirió no hacer un análisis derrotista de aquel incidente, como escribe en su propio diario, *Journal of Sir George Rooke, Admiral of the Fleet* [26].

Rápidamente, el descalabro de Cádiz fue olvidado ante las noticias de la inminente llegada de una gran flota española procedente de América cargada de plata y cuyo destino era el puerto de Vigo. Los buques españoles van fuertemente escoltados por galeones franceses al mando del almirante Chateaurenaud.

[25] Murray Williamson y Alvin Bernstein, *The Making of Strategy: Rulers, States, and War,* Cambridge University Press, Cambridge, 1996.
[26] Oscar Browning, *Journal of Sir George Rooke, Admiral of the Fleet,* Navy Records Society, Londres (ed. facsímil 1897), 1998.

La primera flota inglesa enviada para formar parte de la vanguardia de ataque está bajo el mando del almirante sir

Cloudesley Shovell y seguida por la flota de sir George Rooke, que está encargado de desembarcar tropas para asaltar a los barcos españoles desde tierra. Nuevamente Fieschi informa a la Santa Alianza en Roma de que una gran flota al mando de Rooke ha zarpado, pero que desconoce su situación actual. Lo que sí sabe Tebaldo Fieschi es que el objetivo de Rooke es alcanzar en algún punto a la «Flota de la Plata» para intentar hacerse con el cargamento. La información ha sido recabada por el sienés durante una de sus aventuras amorosas con lady Elizabeth Rooke, la esposa del almirante.

Con la información en la mano, el cardenal secretario de Estado, Paolucci, informa al papa Clemente XI, quien ordena a su vez pasar la información a los españoles a través de los agentes de la Santa Alianza en España. Los espías papales entregan el informe de Fieschi al cardenal Luis Manuel Fernández de Portocarrero [27], primer ministro de Felipe V. El 23 de septiembre de 1702 tiene lugar el primer combate entre buques franco-españoles e ingleses [28]. En pocas horas, varios galeones con la carga en su interior se van a pique, mientras que otros son capturados, su carga requisada y posteriormente hundidos.

Lo que realmente sucedió en Vigo fue que, en efecto, la flota del almirante Rooke y Shovell hundió la «Flota de la Plata» procedente de América. Tres galeones y trece navíos fueron incendiados y hundidos, menos seis que fueron requisados por el enemigo. La escuadra francesa de escolta fue aniquilada también, menos seis galeones que fueron capturados e incorporados a la marina inglesa [29]. La segunda parte de la historia fue que los almirantes George Rooke y Cloudesley

[27] El cardenal Portocarrero (1635-1709) convenció al rey Carlos II para que nombrase a Felipe de Anjou heredero de la Corona tras la muerte del principal candidato, José Fernando de Baviera. Fue regente del reino junto a la reina viuda, Mariana de Neoburgo. Cuando el duque de Anjou fue elegido rey (Felipe V), nombró en 1701 primer ministro a Portocarrero. Años después, el cardenal tomaría partido por el archiduque Carlos en la Guerra de Sucesión.

[28] David Cordingly, *Under the Black Flag: The Romance and the Reality of Life Among the Pirates,* Harvest Books, Nueva York, 1997.

[29] Murray Williamson y Alvin Bernstein, *The Making of Strategy...,* ob. cit.

Shovell tan solo encontraron en las bodegas de los barcos cacao, pimienta y pieles, pero nada de plata. Al parecer, con la información suministrada por el agente de la Santa Alianza en Londres al cardenal Portocarrero, los españoles decidieron desembarcar en el más absoluto secreto toda la plata de los barcos y trasladarla al Alcázar de Segovia, donde quedó a buen recaudo y lejos de las manos inglesas.

En febrero de 1703, Felipe V promulgó un decreto por el que declaraba que, en vista del criminal ataque de los barcos de guerra

aliados a la flota, había decidido confiscar la plata que portaban los barcos hundidos y cuyos destinatarios eran los comerciantes ingleses y holandeses. Además, decidía tomar prestada una importante cantidad de plata que iba destinada a los comerciantes y al Consulado de Sevilla [30]. El monarca se las arregló para conseguir más de la mitad de la plata que portaba la flota atacada. Realmente, Felipe V había convertido en un espléndido y beneficioso negocio una auténtica tragedia. El cardenal Portocarrero dijo entonces: «Lo económico ha salvado lo político».

Es el espionaje papal el que ha informado del incidente al marqués de Louville, tutor del rey y que con el tiempo establecería importantes lazos con la Santa Alianza [31].

La relación entre el rey y el marqués de Louville era muy estrecha, e incluso Felipe V llegó a conceder a su tutor el mando del llamado Tercio Viejo de los Morados. Con casi seis mil hombres divididos en dos regimientos, uno español y otro valón, que se trajo consigo el rey desde Barcelona, el Tercio fue destinado a la Guardia de Palacio, para sustituir a las antiguas compañías de archeros y alemanes que desempeñaban esta función durante el reinado de los Austrias. Desde ese momento el marqués de Louville se convierte en el mejor espía del Papa ante la corte del rey de España.

[30] Archivo General de Indias. Indiferente, legs. 2530, 2634.

[31] Varios historiadores han llegado a afirmar que era el marqués de Louville, tutor de Felipe V, el doble agente que espiaba a la vez para Luis XIV y para la Santa Alianza. Mucho se ha discutido sobre este tema; incluso las cartas firmadas por el marqués de Louville encontradas en los Archivos Vaticanos y dirigidas al cardenal secretario de Estado, Fabrizio Paolucci, son realmente importantes informes sobre los movimientos de Felipe V y su corte.

La Guerra de Sucesión española se estaba convirtiendo en casi una guerra mundial, ya no tanto por los teatros de operaciones, sino porque el conflicto estaba provocando reacciones económicas y políticas desde Perú a Moscú, desde Jamaica a Roma, desde París a Madrid.

En septiembre de 1703, el segundo hijo del emperador Leopoldo es coronado rey de España en Viena, a los dieciocho años de edad, y adopta el nombre de Carlos III. El 7 de marzo del año siguiente, Carlos entra en Portugal acompañado de una escuadra inglesa al mando del almirante sir George Rooke y trescientos soldados alemanes, cuatro mil ingleses y dos mil holandeses.

Felipe V, enterado de las noticias, decide cruzar la frontera, provocando la guerra con Portugal. Ese mismo año, Annibale Albani decide enviar a Tebaldo Fieschi, su mejor espía, a España, con la misma cobertura que este tenía en Inglaterra: comerciante de sedas. Con varias cartas de recomendación de diferentes nobles de Venecia y Roma, Fieschi se acerca a la princesa de los Ursinos, una de las más fieles consejeras de la reina María Luisa.

Desde esa posición de privilegio, Fieschi mantuvo una buena relación con Jean Orry, el enviado de Luis XIV de Francia para reformar los ejércitos de España. Poco después comenzaron a llegar a Roma valiosos informes en materia militar [32]. En los textos, el espía de la Santa Alianza informa de que Orry y el rey de Francia están aconsejando la sustitución del anticuado armamento, como el arcabuz o la pica, por el fusil francés con bayoneta. A la vez, los agentes de la Santa Alianza en Francia informaban de innumerables cargamentos de pistolas, fusiles, balas, uniformes y tiendas de campaña enviados a España.

Clemente XI no desea, desde el comienzo de la guerra, ninguna alianza, ni con los Borbones ni con la Casa de Austria, pero la presión militar de los Habsburgo en el norte de Italia, que amenaza la estabilidad de los Estados Pontificios, le obliga a tomar partido por uno de los candidatos. El 15 de enero de 1709 emite un comunicado en el que reconoce al archiduque Carlos como «Rey Católico», pero sin cuestionar el derecho de Felipe V a la Corona de España [33].

[32] Roberto Fernández Díaz, *La España del siglo XVIII,* Anaya, Madrid, 1990. [33] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

Con este reconocimiento de Rey Católico de las regiones hispanas ocupadas se abría un nuevo frente en España. El siguiente paso de Clemente XI fue el envío de un nuncio a Barcelona, en donde Carlos había establecido su corte. Desde ese mismo momento, en España había dos reyes y dos nuncios, uno en Castilla y otro en Cataluña. Felipe V reacciona y retira a su embajador de Roma, expulsa al nuncio en Castilla y decreta la ruptura de relaciones con el Papa [34].

La situación se agravó aún más cuando el decreto de Felipe V prohibió toda comunicación oficial con Roma, o cualquier transacción monetaria con los Estados Pontificios. También se imponía un pago de impuestos a toda cantidad de dinero que fuese enviada a la Iglesia católica. Como última medida, el monarca estableció el llamado *pase regio,* por lo que cualquier documento procedente de Roma debía ser secuestrado por la censura y «conocer si de su práctica y ejecución puede resultar inconveniente o perjuicio al bien común o al Estado» [35].

La desesperada situación en Francia hizo que Luis XIV tuviese que retirar todas sus tropas de España. En la misiva del Rey Sol a su nieto, Felipe V, habla de hambre, guerra y el desbordamiento de ríos. Este sería el primer paso para alcanzar la paz. A pesar de que las negociaciones de Geertruidenberg fracasaron, el camino hacia la paz resultó ya casi inevitable.

En abril de 1711 moría el emperador José de Austria tras solo seis años de reinado. Al no tener heredero, le sucedería el

archiduque Carlos. Desde ese mismo momento, las armas dieron paso a la diplomacia. El 27 de septiembre de 1711, el archiduque, ahora emperador Carlos VI de Austria, salía de Barcelona, para no regresar jamás, a bordo de un navío inglés al mando del almirante Rooke.

En el mes de agosto de 1712 cesaban las hostilidades entre Inglaterra, Holanda, Portugal, Francia y España, y el 11 de abril de 1713 se firmaba la paz de Utrecht. Cataluña permaneció alzada en armas contra Felipe V hasta el 11 de septiembre de 1714, fecha en la que Barcelona se rindió. Esa misma tarde, Tebaldo Fieschi, el espía de la Santa

[34] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[35] La ruptura de relaciones entre Felipe V y Roma duró hasta 1717. De cualquier forma, el rey Felipe sabía que Clemente XI actuaba bajo presión, así es que aceptó el papel espiritual del Papado, pero asumiendo que el Papa era un prisionero.

Alianza, envía un informe a su jefe en Roma, Annibale Albani: «Un ejército franco-español formado por treinta y cinco mil soldados de infantería y cinco mil de caballería se ha enfrentado a dieciséis mil soldados y ciudadanos. Berwick, al mando de los ejércitos de Felipe V, ha arrasado la ciudad a sangre y fuego». El último capítulo de la Guerra de Sucesión sería la rendición de Mallorca en junio de 1715 ante un ejército de diez mil hombres al mando del general D'Asfeld. Felipe V ordenó perdonar las vidas de los asediados y emitió un indulto real para toda la ciudad. Por fin llegaba la paz, pero el monarca, que no olvidaría jamás la rebelión de Cataluña y sus trágicas consecuencias, establecería la ley marcial durante años en esa región.

Finalizada la guerra y reconocido Felipe V como rey de España, el cardenal secretario de Estado, Fabrizio Paolucci, intentó un acercamiento a través de Isabel de Farnesio, la nueva esposa del monarca. Clemente XI, aconsejado por el cardenal Alberoni, decidió apartar de la negociación a Paolucci y obligó al cardenal Albani a retirar de Madrid a todos los agentes de la Santa Alianza. Tebaldo Fieschi permaneció en secreto en España por orden de Annibale Albani.

El ascenso de Alberoni había sido meteórico. En 1702, el duque de Parma le envía en misión diplomática a Louis-Joseph de Borbón, quien lo contrata como secretario. Vendôme es el comandante en jefe del ejército francés en el norte de Italia. Rápidamente su influencia en la corte de España se hace realidad al negociar el matrimonio entre el rey Felipe V e Isabel de Farnesio, y en 1717 es nombrado, al mismo tiempo, cardenal por el papa Clemente XI y primer ministro por Felipe V [36]. El Papa premiaba así las valiosas informaciones recibidas por el espía Alberoni, aunque no tan valiosas para la Santa Alianza. El cardenal Albani pensaba que las

informaciones sobre los ejércitos franceses recibidas en Roma eran, en la mayor parte de los casos, falsas. Por ejemplo, el jefe de los espías papales recibió un informe de Giulio Alberoni en el que informaba de un posible movimiento de tropas francesas hacia los Estados Pontificios. Poco después esa información resultaría falsa, ya que Vendôme sería enviado en esas mismas fechas a España para hacerse cargo de los ejércitos de Felipe V.

[36] Henry Arthur Kamen, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* ob. cit.

Giulio Alberoni ha pasado en pocos años de ser un espía de poca importancia de la Santa Alianza en el norte de Italia a ser el responsable de negociar la restitución de todos los derechos de la Iglesia católica en España como primer ministro de Felipe V mediante un Concordato que en nada benefició a Roma.

En febrero de 1718, tal y como había previsto Paolucci, las relaciones entre Madrid y Roma volvieron a romperse. Lo cierto es que Alberoni demostró ser un pésimo espía y un nefasto primer ministro. Su mala política exterior y la derrota de las fuerzas españolas durante la invasión franco-británica resultaron decisivas para la caída en desgracia del cardenal Giulio Alberoni el 5 de diciembre de 1719.

El espía Tebaldo Fieschi, ahora con treinta y siete años, se convertiría en uno de los asiduos de la corte de la reina Isabel de Farnesio en el palacio de El Pardo. Mujer de indudable inteligencia y amante de las artes y los placeres, se rodeó de un buen número de italianos, actores venecianos, músicos florentinos, artistas napolitanos y comerciantes sieneses que formaban parte de su círculo cerrado. Fieschi, el apuesto sienés que espió para el papa Clemente XI desde Londres hacía ya casi veinte años, aprovechó este hecho para entrar en el círculo de Isabel. Desde esa posición privilegiada, y gracias al espía de la Santa Alianza, Roma sería testigo de los acontecimientos que iban a desarrollarse en breve en una Europa cambiante.

Luis XIV, el poderoso Rey Sol, falleció el 1 de septiembre de 1715, tras sesenta y cinco años de reinado. Luis XV, un niño de seis años, es el nuevo amo de la mayor potencia europea. Clemente XI moriría el 19 de marzo de 1721 y fue enterrado en la basílica de San Pedro, dejando una sociedad que se movía por la razón de Estado. Felipe V abdicaría en su hijo Luis, que reinaría por poco tiempo, hasta verse obligado nuevamente a asumir la Corona.

Las siguientes décadas, durante los pontificados de Inocencio XIII, Benedicto XIII y Clemente XII, el servicio de espionaje papal vive una etapa de profundos cambios y, en la mayor parte de los casos, de casi total inactividad. Los sucesores de Clemente XI no ven necesario un servicio de espionaje en unos años en los que el poder

pontificio comienza a asentarse en la nueva Europa que renace de sus cenizas tras años de guerras.

EL GOBIERNO DE LOS BREVES (1721-1775)

«Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a los sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, pero llenos por dentro de huesos de muertos y de podredumbre. Así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.»
(San Mateo 23, 27-28)

M ientras, en Roma, el cónclave ha elegido al sucesor de Clemente XI. La mayoría del Colegio cardenalicio había sido nombrado por el Papa fallecido, y en las primeras votaciones Fabrizio Paolucci está a punto de alcanzar los dos tercios de los votos necesarios para ser elegido Papa. Para la Santa Alianza sería una verdadera oportunidad de extender sus largos brazos si Paolucci sale elegido. El cardenal Annibale Albani sabe que si el antiguo secretario de Estado de Clemente XI sale elegido nuevo Pontífice el espionaje vivirá momentos de gloria. Pero su alegría se vuelve tristeza cuando el cardenal Althan hace público en el cónclave el veto imperial a Paolucci, en parte por su papel durante la Guerra de Sucesión española [1].

[1] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

Eliminado el poderoso cardenal Paolucci de la carrera por el Papado, se pasaron casi seis semanas y media eligiendo un nuevo candidato. Por fin, el 8 de mayo de 1721 fue proclamado Papa el cardenal Miguel Ángel Conti, bajo el nombre de Inocencio XIII. Conti sería realmente un Papa breve, ya que gobernaría tan solo tres años, pero antes de morir daría luz verde para las represalias contra los jesuitas, que irían endureciéndose a lo largo de los siguientes pontificados.

Agentes de la Santa Alianza en Asia, casi todos jesuitas, habían informado a Roma sobre la actitud de los misioneros de la Orden en China a favor de permitir los ritos chinos y los católicos. Inocencio XIII ordenó entonces a la congregación De Propaganda Fide dirigir una dura carta de reprimenda al general de la Compañía [2].

El general de los jesuitas defendió a los suyos, afirmando que sus misioneros se habían ajustado en China a las normas pontificias, obedeciendo las órdenes del Papa. Esta sería la primera lluvia de una gran tormenta que se avecinaba sobre la Compañía de Jesús en los años venideros.

Durante los tres años en los que Inocencio XIII ocupó el Trono de Pedro, las actividades de la Santa Alianza fueron casi nulas, en parte debido a que el nuevo Pontífice jamás nombró a un jefe del

espionaje vaticano, y lo mismo sucedería en el siguiente Papado. El cardenal Annibale Albani continuaba ejerciendo como jefe del servicio secreto del Vaticano, aunque sin verdaderos poderes; únicamente como un jefe en funciones. El único apoyo de Albani en el interior del Vaticano era el cardenal Fabrizio Paolucci, que volvería a ser favorito en la carrera al Papado en el siguiente cónclave.

Tras la muerte de Inocencio XIII, el 7 de marzo de 1724, el cónclave volvió a reunirse en Roma. Nuevamente los candidatos son los cardenales Piazza, apoyado por los imperiales, y Paolucci, por Felipe V. Al final, los cardenales eligieron el 29 de mayo de 1724 a Pietro Francesco Orsini, que quiso llamarse Benedicto XIV. Advertido de que el anterior Benedicto XIII, a quien conocían como el Papa Luna, no había sido nunca consagrado como Papa, Orsini decidió entonces adoptar el nombre de Benedicto XIII.

[2] Malachi Martin, *The Jesuits...,* ob. cit.

Tres meses antes, en España, el rey Felipe V ha abdicado en su hijo Luis. El 9 de febrero de 1724, el Príncipe de Asturias es proclamado Rey de España a los diecisiete años. Desde ese momento, el joven rey Luis y su esposa, la reina Luisa Isabel de Orleans, comienzan a asumir las tareas de gobierno [3].

Las primeras expectativas que tenían los españoles con la llegada de un rey español al trono se vieron pronto defraudadas. En realidad, quien gobernaba desde el palacio de La Granja de San Ildefonso era Felipe V, y todas las decisiones adoptadas por el rey debían ser ratificadas por su padre una vez discutidas con el que hasta entonces había sido el hombre fuerte de España, el marqués José de Grimaldo [4].

El 26 de junio, Felipe V se reúne con su hijo y su nuera en La Granja. La reina, de catorce años, mantiene un comportamiento insoportable e indecoroso. La reina en la mayor parte de las ocasiones no usa ropa interior y a menudo un camisón que deja todo a la vista. Incluso el marqués de Santa Cruz escribe a Grimaldo que «muchas veces la reina es vista con dos italianos de forma indecorosa». Uno de ellos puede ser Tebaldo Fieschi, el espía sienés de la Santa Alianza.

Agotado por la conducta de su esposa, Luis decide encerrar a Luisa Isabel en el Alcázar hasta que prometa comportarse como es debido. Fue puesta en libertad tras siete días de encierro. Los dos italianos, uno de ellos Fieschi, fueron expulsados de España [5].

Pero una situación más grave vino a sumarse a los problemas del rey Luis. El 14 de agosto cayó repentinamente enfermo. El 19, los médicos le diagnosticaron viruela. El 29, una fiebre muy alta le hace delirar, hasta que dos días después, tras un reinado de siete

meses y medio, fallece. Felipe V se ve obligado a asumir la Corona de España y abandonar su placentero retiro en el palacio de La Granja [6].

[3] Henry Arthur Kamen, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* ob. cit.
[4] Roberto Fernández Díaz, *La España del siglo XVIII,* ob. cit.
[5] La nueva pista del famoso espía Tebaldo Fieschi vuelve a aparecer en Roma al mando del cardenal Annibale Albani, jefe de la Santa Alianza hasta 1730, año del cese de este. Algunas fuentes aseguran que Fieschi se retiró a Florencia, donde murió víctima de las fiebres entre los años 1732 y 1740.
[6] Henry Arthur Kamen, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* ob. cit.

En Roma, el nuevo Papa trajo consigo a personas de su confianza y que ya habían colaborado con él en las diócesis de Benevento, Manfredonia y Cesena. Una de estas sería Niccolò Coscia, quien había sido su coadjutor en Benevento.

Beneficiándose de su relación con el Sumo Pontífice, Coscia ejerció durante años un poder corrupto sin igual como secretario privado del Papa. Se apoderó indebidamente de enormes sumas de dinero, haciendo peligrar todo el presupuesto del Vaticano; manipuló en provecho propio su cercanía con el Papa; intentó manejar las relaciones exteriores del Estado Pontificio a su favor, y sobre todo utilizó los recursos de la Santa Alianza para beneficiar a reyes y príncipes de Europa con la política eclesiástica [7].

A pesar de la oposición mayoritaria de cardenales que odiaban a Coscia, Benedicto XIII lo nombró cardenal y le confirió una posición similar a la que en anteriores papados ocupaban los cardenales nepotes. Annibale Albani, que aún mantiene cierto poder en la Santa Alianza, informa entonces al cardenal Fabrizio Paolucci sobre los movimientos del cardenal Coscia por hacerse con el control y los documentos de la Santa Alianza. Albani incluso recomienda a varios cardenales que vigilen las actividades económicas del favorito del Papa.

Una parte del Colegio cardenalicio prefiere cerrar ojos y oídos ante el poder cada vez mayor de Niccolò Coscia, mientras que otra parte, liderada por el cardenal Paolucci, recomienda a Benedicto XIII que controle en mayor medida las actividades de su «favorito».

Coscia intentaba penetrar en la Secretaría de Estado de Paolucci y en la Santa Alianza controlada por Albani, pero ni uno ni otro se lo iba a poner fácil. Paolucci tenía demasiado poder dentro del Colegio cardenalicio; al fin y al cabo había sido dos veces candidato a Papa, mientras que Albani se ocupaba de un departamento de la Iglesia en el que Benedicto XIII no tenía mucho interés en intervenir [8].

La situación se volvió más tensa cuando el propio Papa acusó a Paolucci, Albani y otros cardenales de lanzar calumnias contra el cardenal Coscia, pero tanto el secretario de Estado como el jefe de la Santa Alianza sabían que el favorito del Papa estaba recibiendo

sobornos

[7] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit. [8] Heinrich Brueck, *History of the Catholic Church,* ob. cit.

de varios monarcas europeos. La cuestión es que debía quedar plenamente demostrada la implicación del cardenal Niccolò Coscia en los casos de corrupción que se le imputaban.

Albani decidió entonces ordenar la llamada «Operación Iscariote», en honor del apóstol que traicionó a Jesucristo. Esta operación consistía en introducir «troyanos» [9], agentes de la Santa Alianza que penetraban en la organización a espiar, en la secretaría dirigida por Coscia.

En el mes de febrero de 1726 el cerco sobre el cardenal Coscia comenzó a cerrarse. Paolucci estaba cada vez más dispuesto a acabar con el corrupto secretario del Papa, costase lo que costase. Coscia, que sabía que la Santa Alianza estaba al acecho, decidió dar un golpe de aviso. Una tarde, el cadáver del sacerdote Enrico Fasano apareció en las cercanías de un puente del Tíber. Algunas partes de su cuerpo habían sido amputadas durante la tortura a la que había sido sometido.

Fasano era un agente de la Santa Alianza destinado por Albani a la «Operación Iscariote». Su labor era recabar información sobre el pequeño ejército de malhechores que Niccolò Coscia había reclutado con fondos del Vaticano entre lo peor de los barrios bajos de Roma. Este particular ejército era utilizado por el corrupto cardenal como «guardia de corps» en la sombra. Ellos eran los encargados de limpiar cualquier rastro o pista que amenazase a su poderoso jefe [10].

Lo que nunca llegó a descubrirse fue la implicación del secretario de Benedicto XIII en el asesinato del agente, pero lo cierto es que, tras este ataque, Albani no cejó en su empeño de recabar una mayor información relativa a los casos de corrupción realizados por Coscia.

El siguiente golpe del ayudante del Papa es contra el sacerdote Lorenzo Valdo, un dominico que trabajaba en la secretaría pontificia desde los tiempos del papa Inocencio XII. Valdo había sido un agente menor del espionaje, pero su puesto muy cercano a Coscia le hacía un privilegiado a ojos de Annibale Albani.

[9] El término «troyano» sigue utilizándose en el espionaje del Estado Vaticano para definir a aquellos agentes de la Santa Alianza que consiguen penetrar en organizaciones o países beligerantes hacia el Estado Vaticano o al Papa. Los primeros «troyanos» fueron utilizados por el cardenal Albani, jefe de la Santa Alianza (1701-1730), en 1726, durante la investigación contra el cardenal Coscia.

[10] Frederic J. Baumgartner, *Behind Locked Doors: A History of the Papal Elections,* Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003.

La noche del 9 de junio de 1726, Valdo sale del Palacio Pontificio portando una carta con el membrete de Benedicto XIII

que debe ser entregada en una dirección de Roma. Valdo sabe que su misión es casi sagrada, debido a que en sus manos porta un mensaje pontificio.

Al llegar a la casa destinataria de la carta, golpea la puerta. Al abrirse, tres hombres lo empujan al interior y lo apuñalan en el cuello. El cadáver del dominico es arrojado a las aguas del Tíber.

La investigación llevada a cabo por Albani demostraba que posiblemente la carta que portaba Lorenzo Valdo estaba en blanco y que alguien muy cercano al papa Benedicto XIII, seguramente el cardenal Niccolò Coscia, había utilizado el sello pontificio como treta para engañar al funcionario.

Tres días después del asesinato de Lorenzo Valdo, el 12 de junio, moría misteriosamente el cardenal Fabrizio Paolucci, dos veces candidato a Papa, veinticuatro años secretario de Estado y uno de los mejores amigos que la Santa Alianza tuvo en toda su historia. Ahora el cardenal Annibale Albani estaba solo frente al cardenal Niccolò Coscia.

Otra de las operaciones descubiertas por la Santa Alianza llevadas a cabo por el favorito del Papa en 1727 fue la de manipular las relaciones de la Iglesia con Vittorio Amadeo II de Saboya, rey de Cerdeña, y que daría como resultado la firma de un Concordato. Como embajador en Roma, Vittorio Amadeo envió al marqués D'Ormea, un hábil y astuto diplomático que supo siempre obtener privilegios del cardenal Coscia. Uno de estos privilegios fue el de permitir a Vittorio Amadeo de Saboya la presentación de candidatos a cardenales, el veto para los obispos nombrados para su región y, por último, la concesión del derecho de presentación de todas las iglesias, catedrales, abadías y prioratos [11]. Al parecer, Niccolò Coscia consiguió que el papa Benedicto XIII firmase el decreto y por ello el corrupto cardenal recibió de Vittorio Amadeo de Saboya una importante cantidad de tierras en propiedad en la región del Piamonte [12].

Otro de los conflictos generados por Coscia sería con la comunidad judía de Roma. Entre 1634 y 1790, más de dos mil judíos de Roma se convirtieron al catolicismo. El papa Benedicto XIII bautizó a veintiséis de ellos.

[11] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

[12] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

Las conversiones fueron seguidas por fuegos artificiales y procesiones religiosas, mientras en los guetos, los judíos eran reducidos al silencio por el particular ejército de Coscia. Si alguno de ellos era encontrado encendiendo un candelabro en los funerales o colocando pequeñas piedras en las tumbas, los guardias de Coscia o del Papa estaban autorizados a azotarles [13].

Los rufianes del cardenal Coscia campaban a sus anchas por las

calles de Roma y algunos de ellos habían extendido la leyenda de que si un católico conseguía convertir a un hereje, podía ganarse el libre paso al paraíso. Durante los meses siguientes, un gran número de niños judíos fueron arrancados de sus casas y bautizados por la fuerza, en fuentes o con agua de lluvia. Todos estos acontecimientos sucederían supuestamente sin el conocimiento del papa Benedicto XIII [14].

A principios de 1730, la salud del Papa se complicó. Unas fiebres le dejaron en cama hasta que el 21 de febrero de 1730 moría, a los ochenta y dos años de edad. El mejor historiador sobre los papas, Luis von Pastor, tenía razón cuando afirmaba que «no basta ser un buen monje para ser un buen Papa», y en el caso de Benedicto XIII esta regla se cumplía a la perfección. Su pontificado fue más religioso que político y esa fue la razón por la que pudo engendrarse en la cúpula de la Santa Sede un hombre como el cardenal Niccolò Coscia [15].

El cónclave que se abrió a la muerte del Papa duró cerca de cinco largos meses, desde el 6 de marzo al 12 de julio. Como ningún partido era suficientemente poderoso dentro del Colegio cardenalicio, nadie pudo imponer a un candidato. La llegada del calor y la muerte de varios cardenales hicieron que el cardenal Álvaro Cienfuegos, del partido imperial, se uniera a los que apoyaban la candidatura del cardenal Corsini. El mismo 12 de julio de 1730 salió elegido Papa y adoptaría el nombre de Clemente XII [16].

[13] Peter de Rosa, *Vicars of Christ. The Dark Side of the Papacy,* Poolbeg Press Ltd., Dublín, 2000.
[14] Ibídem.
[15] Michael J. Walsh, *The Conclave: A Sometimes Secret and Occasionally Bloody History of Papal Elections,* Sheed and Ward, Londres, 2003.
[16] Frederic J. Baumgartner, *Behind Locked Doors...,* ob. cit.

A sus setenta y ocho años, el nuevo Pontífice aún conservaba su ingenio, y ya desde que era regente de la Cancillería y clérigo de la Cámara Apostólica había demostrado una gran capacidad para mantenerse neutral en las duras luchas intestinas dentro de la Iglesia y la Curia. Lorenzo Corsini había vivido plenamente las dos vidas, la civil y la religiosa; eso le iba a ayudar en la dura tarea que se había encomendado tras ser elegido Sumo Pontífice [17].

La primera medida adoptada, el 24 de julio de 1730, fue pedir al cardenal Albani su dimisión como responsable del espionaje pontificio. El papa Clemente XII acusaba a Albani de no haber sabido defender los intereses de la Iglesia desde su cargo como jefe de la Santa Alianza. También el Papa calificó de inepta e ineficaz la «Operación Iscariote», en la que habían perdido la vida dos agentes, Enrico Fasano y Lorenzo Valdo [18]. Ahora tocaba el turno al cardenal Niccolò Coscia.

Nada más fallecer Benedicto XIII, Coscia y sus amigos huyeron de Roma, pero al llegar a las puertas de la ciudad la Guardia Suiza prohibió al religioso atravesarlas debido a que tenía que formar parte del cónclave para elegir a un sucesor del que había sido su protector.

Curiosamente, durante una de las votaciones del cónclave, apareció el nombre de Niccolò Coscia en una de las papeletas, lo que provocó las protestas del resto del Colegio cardenalicio [19].

El primer paso de Clemente XII contra el cardenal Coscia fue ordenar la creación de cuatro tribunales eclesiásticos con el fin de juzgar al corrupto cardenal y su obra. El primero debería juzgar al propio cardenal Niccolò Coscia; el segundo, examinar todo el ciclo seguido por Coscia hasta convertirse en el hombre de confianza del Papa, para que esto no volviese a repetirse; el tercero, estudiar todos los casos de privilegios conseguidos por Coscia para los príncipes de Europa; y el cuarto, analizar la situación de las finanzas de la Cámara Apostólica y descubrir las cantidades malversadas por el cardenal Coscia.

[17] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

[18] El cardenal Annibale Albani fue nombrado por el papa Clemente XII obispo de Sabina el 24 de julio de 1730. Allí permaneció hasta su muerte, acaecida el 21 de octubre de 1751, llevándose consigo los secretos que había descubierto durante sus casi treinta años como jefe de la Santa Alianza.

[19] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

El cardenal, al verse perseguido, pidió protección al emperador Carlos VI, con la intención de que este ordenase la paralización del proceso. Al enterarse Clemente XII, ratificó la apertura del juicio contra Niccolò Coscia [20].

El religioso huye en la noche y se refugia en Nápoles, pero debe regresar a los Estados Pontificios al recibir una dura carta de puño y letra del propio Papa. Con Niccolò Coscia son también juzgados su hermano Filippo, vescovo de Targa, y el cardenal Francesco Fini.

Según parece, Fini era el encargado de revelar a Coscia los movimientos realizados por los agentes de la Santa Alianza y por su jefe, el cardenal Annibale Albani, en contra del corrupto cardenal. Francesco Fini había estado destinado en la Secretaría de Estado y en ella había actuado como una especie de «hombre de confianza» del fallecido cardenal Fabrizio Paolucci e incluso como «correo secreto» entre este y Albani.

El proceso concluyó el 22 de mayo de 1733. Los dieciséis cardenales que formaban la comisión aprobaron por unanimidad la condena de Niccolò Coscia. Esta sería ratificada el 25 de mayo, tres días después del veredicto, por el Sumo Pontífice. Todos los bienes del cardenal Coscia serían confiscados y destinados a los pobres. El corrupto debía pagar a las arcas de la Iglesia y de Roma la cantidad de cien mil escudos en concepto de daños. Se le condenaba también

a la pérdida de todos los honores y cargos eclesiásticos y al derecho de voto en los subsiguientes cónclaves. Y, por último, se le imponía una pena de diez años de prisión a cumplir en una celda del castillo de Sant'Angelo [21].

Cumplida la condena, el papa Clemente XII le absolvió de la censura y le restituyó el derecho de voto en el cónclave. Reintegrado a la dignidad cardenalicia, Niccolò Coscia se retiró a Nápoles, donde moriría el 14 de septiembre de 1755, completamente solo y olvidado [22].

A pesar de la buena salud del Papa y pasados dos años de pontificado, comenzó a tener problemas en la vista, hasta que finalmente quedó ciego por completo, por lo que había que guiarle la mano para que

[20] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.
[21] Ibídem.
[22] Ibídem.

pudiera firmar los documentos. Aunque siguió ocupándose de los temas de gobierno, delegó gran parte de los asuntos de Estado en manos de su sobrino, Neri Corsini, al que había elevado a la púrpura cardenalicia el 14 de agosto de 1730. Corsini tomaría las riendas de la Santa Alianza tras la destitución del cardenal Annibale Albani.

Con Corsini, el servicio secreto vaticano se dedicaría más a la persecución religiosa dentro de la Iglesia y a la masonería que a inmiscuirse en cuestiones políticas en unos años en los que las relaciones con Felipe V se encontraban verdaderamente deterioradas. El continuo paso de tropas españolas por el Estado Pontificio, los reclutamientos forzosos y la negativa del Papa a conceder la investidura del reino de Nápoles a Carlos de Borbón, hijo de Felipe V, desembocó en una nueva ruptura entre Madrid y Roma. Las relaciones volverían a establecerse en 1737 con la firma de un Concordato en el que, como punto importante, Clemente XII concedía la investidura de Nápoles a Carlos de Borbón.

Un año después, y tras recibir un importante informe de la Santa Alianza sobre la cada vez más amenazante masonería dentro de la Iglesia católica, el Papa decide condenarla mediante la bula *In Eminenti* el 28 de abril de 1738. En el texto, Clemente XII prohibía a todos sus súbditos pertenecer a ella o asistir a sus ceremonias bajo pena de excomunión [23]. Para el Sumo Pontífice, la masonería impedía al individuo acercarse a la religión de forma plena y anteponía su lealtad a una sociedad secreta antes que a Dios.

El primer gran informe sobre la masonería fue redactado por la Santa Alianza en diciembre de 1733 y provocó que el 14 de enero de 1734 Clemente XII aprobase una nueva Constitución en el Estado Pontificio por la que se prohibía a todos sus ciudadanos participar

en ritos masónicos bajo pena de muerte y de confiscación de todos los bienes. La nueva ley ordenaba a todos los religiosos denunciar a los magistrados eclesiásticos los ritos y a quienes los practicaban.

El siguiente papa, Benedicto XIV, con la bula *Providas* del 18 de mayo de 1751, ratificaría la condena de Clemente XII. También Pío VII en 1814, León XII en 1825 y Pío IX en 1865 condenarían la masonería y sus ritos. El papa León XIII, en 1884, mediante la encíclica *Huma*

[23] Martin Short, *Inside the Brotherhood. Explosive Secrets of the Freemasons,* HarperCollins Publishers, Nueva York, 1989.

num Genus, ponía en guardia a los cristianos ante el avance de la secta llamada masonería [24].

El 6 de febrero de 1740, el papa Clemente XII muere, a los ochenta y siete años de edad, lo que supone la apertura de un nuevo cónclave. El cardenal Próspero Lambertini tenía fama de ser un importante experto en derecho canónico y estaba muy bien considerado por el resto de cardenales, pero en el cónclave que se inició el 14 de febrero no aparecía entre los favoritos.

Lo cierto es que se iba a vivir uno de los cónclaves más largos de toda la historia de la Iglesia católica debido al poder de las facciones y a las claras divisiones existentes dentro del Colegio cardenalicio. El sector francés estaba unido al sector austriaco; el sector español, al sector napolitano, toscano y sardo; el cardenal Neri Corsini, jefe de la Santa Alianza, lideraba a los cardenales nombrados por su tío, Clemente XII. También las diversas facciones se dividían en dos, los *zelanti,* aquellos que deseaban un Papa intransigente y firme en la defensa de los derechos de la Iglesia, y los que abogaban por un Pontífice más conciliador, más diplomático [25].

Las votaciones y escrutinios se repetían una y otra vez sin ningún resultado positivo hasta que alguien presentó la candidatura del cardenal Próspero Lambertini. Seis meses después de iniciado el cónclave, Lambertini fue elegido Papa en la mañana del 17 de agosto de 1740, y adoptaría el nombre de Benedicto XIV. La primera medida que tomará el Sumo Pontífice será el nombramiento del sabio cardenal Silvio Valenti como secretario de Estado y la ratificación en el cargo de jefe del espionaje papal al cardenal Neri Corsini.

Benedicto XIV pasaría más a la historia como el Pontífice de los Concordatos que como figura política. Desde el primer año de gobierno, el Papa se apresuró a resolver cuestiones con otros Estados que habían dejado pendientes los anteriores pontífices.

Se estableció un nuevo Concordato con los reinos de Cerdeña, Portugal y España. También se cerraron los difíciles Concordatos

con el reino de Nápoles y con la Lombardía austriaca. Durante este

[24] Martin Short, *Inside the Brotherhood. Explosive Secrets of the Freemasons,* ob. cit. [25] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

tiempo, los agentes de la Santa Alianza permanecieron o inactivos o como simples analistas políticos a las órdenes del cardenal Valenti.

La inactividad del espionaje papal hizo, por ejemplo, que la Santa Sede recibiese la noticia de la muerte del rey Felipe días después de ocurrido. La muerte de Felipe V se produce el 9 de julio de 1746. Como era su costumbre, el rey se mantuvo reunido en el Buen Retiro con sus ministros durante la noche y se retiró a dormir a las siete y media de la mañana. Sobre la una y media de la tarde, Felipe dijo a la reina que tenía ganas de vomitar, pero el médico real no estaba en Palacio. En pocos minutos su cuello empezó a hincharse, así como la lengua. Al intentar levantarse, cayó de espaldas en la cama. Estaba muerto [26].

La repentina muerte del rey, a los sesenta y dos años, había sido consecuencia del deterioro físico y mental del monarca, escribe el historiador Henry Arthur Kamen en su biografía *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice.* Realmente, Felipe V no se había lavado desde hacía por lo menos cuatro meses y su condición era tal que al intentar asear el cadáver, los sirvientes se llevaban en las esponjas trozos de la piel. Al final, amortajado en telas de oro y plata, sería enterrado ocho días después de su muerte, el 17 de julio, en la iglesia de San Ildefonso en La Granja [27]. El Príncipe de Asturias sería proclamado Rey de España y reinaría con el nombre de Fernando VI.

Sobre las actividades de la Santa Alianza en los dieciocho años de pontificado de Benedicto XIV, poco se sabe realmente. Esto puede ser debido a que desde sus orígenes el servicio de espionaje papal contaba entre sus filas con un gran número de jesuitas, una Orden de la que el Sumo Pontífice no era del todo simpatizante.

Sería Benedicto XIV quien daría la luz verde para poner fin a la Compañía con la orden dada al cardenal Saldaña, arzobispo de Lisboa. Esta era la de examinar y estudiar las actividades de los jesuitas portugueses; cedía así a las presiones del ministro Pombal [28]. Benedicto XIV moriría el 3 de mayo de 1758, a los ochenta y tres años de edad.

El cónclave se inició el 15 de mayo, doce días después del fallecimiento del anterior Papa. Dos facciones aparecían en la votación, los

[26] Henry Arthur Kamen, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* ob. cit.
[27] Felipe V sería el primer rey desde el siglo XVI en no ser enterrado en El Escorial.
[28] Malachi Martin, *The Jesuits...,* ob. cit.

zelanti y el partido de «las coronas». Estos últimos deseaban una política continuista de la de Benedicto XIV. Los cardenales Corsini y

Portocarrero apoyaban a Cavalchini, y el 28 de junio a punto estuvo de ser elegido Papa por un solo voto. El cardenal Rodt, representante de la corte imperial, y el cardenal Spinelli decidieron entonces lanzar la candidatura del cardenal Rezzonico, quien sería elegido Papa el 6 de julio de 1758 [29]. Carlo Rezzonico, quien se hizo llamar Clemente XIII, había nacido en Venecia, y la verdad es que tenía una absoluta carencia de talento para la política y la diplomacia. Para suplir este defecto, el Papa nombró al cardenal Torrigiani secretario de Estado, un hombre amigo de los jesuitas y bastante autoritario [30].

Nuevamente bajo este pontificado se hace cada vez más latente la guerra abierta contra la Compañía de Jesús, lo que provoca una casi total inactividad en la Santa Alianza. Los monarcas de entonces, Fernando VI en España, José I en Portugal, Federico II en Prusia, Leopoldo en Toscana, José II en Austria, Carlos III, primero en Nápoles y después en España, recelan del cada vez más influyente poder de la Orden. Sus ministros acusan a los jesuitas de su enseñanza conservadora, de su defensa a ultranza de la intervención de la Iglesia en asuntos de política y, sobre todo, de su clara dependencia de la Santa Sede.

El comienzo del fin de la Compañía se inicia el 3 de septiembre de 1758. En la madrugada de ese día, el rey José I de Portugal regresaba de incógnito a Palacio tras pasar una noche con su amante, la marquesa de Távora. Cuando el carruaje aminoró la marcha en un estrecho camino, varios disparos fueron efectuados contra el rey. En un primer momento se pensó que el ataque había sido obra del marqués de Távora, celoso por la relación de su esposa con el rey. Poco a poco la investigación dirigida por Sebastião José de Carvalho e Melo, marqués de Pombal y primer ministro del rey, demuestra que Távora, cerebro del atentado, no se ha dejado llevar por los celos, sino más bien por motivos políticos. Desde hacía años, tanto José I como su primer ministro Pombal han asumido la monarquía absolutista y relegado a los nobles a simples testigos, sin voz ni voto, de la política [31].

[29] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.
[30] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.
[31] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

El 12 de enero de 1759, el marqués de Távora y once nobles más fueron juzgados, condenados a muerte y ejecutados por el intento de regicidio [32]. Pombal demostró también durante el juicio que algunos de los doce condenados habían tenido una estrecha relación con la Santa Alianza, el espionaje papal, y todos ellos, con los jesuitas [33]. En la sentencia se dice que el duque de Aveiro, con el fin de reconquistar la pérdida de influencia de los nobles en la corte, acordó con los jesuitas en considerar que asesinar al rey era

simplemente un pecado venial.

El 19 de enero, un decreto real ordenaba la expulsión de los jesuitas, así como la confiscación de todos sus bienes en los territorios de la Corona. Clemente XIII recibiría la noticia oficial al día siguiente. Las continuas protestas de la Santa Sede al Gobierno de Lisboa provocaría la expulsión automática del nuncio pontificio el 15 de junio de 1760. La caza contra los jesuitas estaba abierta en toda Europa y la Santa Alianza iba a vivir momentos de intranquilidad al no saber qué debían hacer o a quién debían informar [34].

El Papa acusaba a su servicio de espionaje de no haber informado de las operaciones que estaba llevando a cabo el padre Lavalette, mientras que los espías de la Santa Sede negaban cualquier responsabilidad, aduciendo que desde el comienzo del pontificado de Benedicto XIV se habían reducido los agentes y, por lo tanto, los tentáculos de la Santa Alianza se habían visto, más que disminuidos, casi amputados.

El tercer acto y final de la tragedia de los jesuitas llegaría en 1767, exactamente el 27 de marzo, cuando tras el motín de Esquilache el rey Carlos III, que ha sucedido a su hermanastro Fernando VI tras la

[32] El duque de Aveiro fue descuartizado vivo; el marqués de Távora y sus dos hijos, ahorcados; y la marquesa de Távora, cómplice de la conspiración y amante del rey, decapitada.

[33] Realmente, ninguna de ambas cosas pudieron nunca demostrarse, ni siquiera en los documentos relativos al juicio de «los Doce», como fue conocido, y que aún hoy se conservan. El primer ministro Pombal y el fiscal se apoyaron en simples rumores sobre las relaciones que alguno de los acusados había tenido con un agente de la Santa Alianza, llamado João Aristide, y que incluso había trabajado en Portugal a las órdenes del cardenal Saldaña, arzobispo de Lisboa. Aristide ni siquiera pertenecía a la Orden de los jesuitas. El agente del espionaje papal pertenecía a los dominicos.

muerte de este en 1759, decreta su expulsión «de todos mis dominios e Indias, islas Filipinas y demás adyacentes [...] y que se ocupen todas las temporalidades». La parte más afectada por el golpe dado por el monarca español serían las misiones, pero también una de las más vastas redes de información de la Santa Alianza en el extranjero. Casi dos mil jesuitas se vieron obligados a abandonar las misiones. Siguiendo el caso portugués, francés y español, el gran maestre de Malta firma también la orden de expulsión de la Compañía y de sus miembros el 22 de abril de 1768, y comunica al Papa que lo hacía obligado en virtud de sus compromisos con el reino de Nápoles. Ese mismo año, el ducado de Parma sigue el camino contra los jesuitas.

Las protestas formales de Clemente XIII y las bulas contra la medida hicieron que las tropas francesas ocuparan Avignon y el condado de Venaissin; Nápoles ocuparía las ciudades pontificias de Benevento y Pontecorvo; Parma amenazaba a Su Santidad con

invadir el Estado Pontificio si no retiraba las bulas y las condenas. En enero de 1769, los embajadores de España, Francia y Nápoles en Roma pedían formalmente al papa Clemente XIII la supresión total de la Compañía de Jesús. El Papa se preparó para la resistencia, pero a los pocos días fallecería víctima de una apoplejía. El siguiente Papa, Clemente XIV, pondría el punto y final a la cuestión.

El cónclave de 1769 que siguió a la muerte de Clemente XIII fue, sin duda, el más politizado de la historia del Papado. Duró tres meses, en los que fueron continuos los enfrentamientos, no de los cardenales que formaban parte del cónclave, sino de los embajadores de las cortes católicas, que eran los verdaderos árbitros de la política eclesiástica de la Santa Sede. Todas ellas deseaban un Papa títere y fácil de manipular, y tal vez Clemente XIV lo iba a ser [35].

La cuestión no era elegir a un buen Pontífice experto en derecho canónico, ni que fuese un hábil político, ni un avezado diplomático. Lo que en realidad se perseguía era un cardenal de carácter débil y que como Papa se declarase abiertamente enemigo de los jesuitas.

El partido a favor de los jesuitas lo lideraba el cardenal Torrigiani, mientras que el partido contrario estaba comandado por los cardenales españoles Francisco Solís y Buenaventura Spínola de la Cerda y el

[35] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

cardenal francés de Bernis. Por fin, tras un agotador cónclave lleno de intrigas y presiones, salió elegido Papa, el 19 de mayo de 1769, el cardenal Antonio Ganganelli, bajo el nombre de Clemente XIV. Lo cierto, como escribe el investigador e historiador Michael J. Walsh en su obra *The Conclave: A Sometimes Secret and Occasionally Bloody History of Papal Elections,* es que existió un pacto dentro del cónclave para elegir al cardenal Ganganelli a cambio de que este ordenase la disolución de los jesuitas una vez firmada su elección.

En 1848, durante el pontificado de Pío IX, la Santa Alianza sacó a la luz un pequeño papel que Ganganelli (Clemente XIV) había escrito durante el cónclave de 1769, en el que se sumaba al partido de los antijesuitas. Curiosamente, al día siguiente, el cardenal fue elegido Papa [36]. El cardenal De Bernis rechazó siempre la existencia de algún tipo de intriga política en el cónclave que llevó al Papado a Ganganelli.

Como primera medida, el Papa cesó a Torrigiani de la Secretaría de Estado, que sería sustituido por el cardenal Pallavicini, al mismo tiempo que ordenaba la total depuración de los servicios de espionaje de la Santa Sede ante cualquier infiltración de algún miembro de los jesuitas. Realmente, lo que Clemente XIV desconocía, cuando la Santa Alianza había cumplido dos siglos de

existencia, es que su núcleo principal de agentes libres e informadores situados en los mayores centros de poder de Europa pertenecían a la Compañía.

El 21 de julio de 1773, el papa Clemente XIV firmaba el breve *Dominus ac Redemptor,* por el que se suprimía la Compañía de Jesús. El documento, que no se dio a conocer al general padre Ricci hasta el 16 de agosto, decía:

> Extinguimos y suprimimos la susodicha Compañía, anulamos y abrogamos sus oficios, ministerios, administraciones, casas, escuelas, colegios, hospicios [...], estatutos, costumbres, decretos, constituciones, [...]. Es nuestra mente y voluntad que los sacerdotes sean considerados como presbíteros seculares [37].

Era realmente humillante ver cómo la propia Guardia Pontificia hacía valer el breve del papa Clemente y entraban y requisaban todos

[36] Malachi Martin, *The Jesuits...,* ob. cit.

los documentos de la Orden en las casas jesuitas. El 23 de septiembre, el general padre Lorenzo Ricci y sus más fieles colaboradores serían escoltados hasta el castillo de Sant'Angelo, en Roma, donde deberían quedar recluidos. El confinamiento era tan severo que incluso Ricci no se enteró de la muerte de su secretario Cornolli hasta seis meses después, cuando al fin y al cabo eran vecinos de celda. Mientras esto sucedía, la mayor parte del operativo de la Santa Alianza quedaba reducido a la mínima expresión.

La justicia exigió que Lorenzo Ricci y los suyos fueran puestos en libertad, pero nada se hizo, aparentemente por miedo a que los dispersos jesuitas se reunieran alrededor de su antigua cabeza para reconstruir su sociedad en el centro del catolicismo [38]. Como «recompensa» por la labor realizada contra los jesuitas, Clemente XIV consiguió la restitución al Estado Pontificio de Avignon, el Venaissin, Benevento y Pontecorvo. Después de la supresión de la Orden, el Papa solo viviría catorce meses más, ya que moriría el 21 de septiembre de 1774; pero la Santa Alianza estaba dispuesta a dar el último golpe de efecto, que llegaría durante el pontificado de Pío VI, sucesor de Clemente XIV.

A la muerte del rey José I de Portugal, el 24 de febrero de 1777, se obligó al marqués de Pombal a dimitir de su cargo. El hasta entonces primer ministro se retiró a sus posesiones en Oyeras, pero lo cierto es que la Santa Alianza no iba a permitir que el marqués de Pombal, el gran enemigo de los jesuitas, quedase sin castigo. En el discurso del caballero Francisco Coelho da Silva durante la coronación de la reina María I de Portugal, en la plaza de Lisboa, este se atrevió a declarar:

> Portugal tiene aún abiertas las heridas que le ha provocado el despotismo ciego y sin medida de ese ministro [Pombal] caído [39].

[38] A finales de agosto de 1775, Lorenzo Ricci envió una apelación al papa Pío VI para

obtener su liberación. Pero, mientras sus demandas eran consideradas por el círculo del Sumo Pontífice, le sobrevino la muerte el 24 de noviembre. El Papa ordenó un suntuoso funeral en la iglesia de San Juan de los Florentinos, cerca del castillo de Sant'Angelo, y posteriormente sería enterrado en la iglesia del Gesù, junto a sus antecesores en la Compañía.

[39] Manuel Carbonero y Sol, *Fin funesto...,* ob. cit.

Al parecer, agentes libres de la Santa Alianza relacionados con los jesuitas hicieron llegar de forma misteriosa a los jueces del reino un amplio informe de pruebas acusatorias contra el marqués de Pombal. El documento de veintiocho páginas dio lugar a la apertura de un proceso contra el antiguo ministro. El 11 de enero de 1780 se declaró a Sebastião José de Carvalho e Melo, marqués de Pombal y antiguo primer ministro del rey, culpable de corrupción y de enriquecimiento ilegal a costa de la Corona, y condenado a una pena importante de prisión. La reina María, al conocer la sentencia, concedía el 1 de enero de 1781 el indulto al acusado, debido a su avanzada edad. El marqués de Pombal moriría el 8 de mayo de 1782 abandonado por todos.

A la muerte de Clemente XIV la situación de la Santa Sede había quedado en total confusión. Entre los cardenales había muchos, los *zelanti,* que estaban descontentos con el ineficaz y casi sumiso gobierno a las coronas de Europa que había llevado Ganganelli, pero los Borbones y sus fieles aliados en el continente estaban decididos a no cambiar su línea política con respecto a la Iglesia y al Pontificado. El horizonte de la Santa Alianza aparecía bastante oscuro en unos años que serían testigos de revoluciones y de ascensos y caídas de las águilas.

EL ASCENSO Y CAÍDA DE LAS ÁGUILAS (1775-1823)

«Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y arrojamos demonios en tu nombre e hicimos milagros en tu nombre? [...] Apartaos de mí, obradores de iniquidad.»
(San Mateo 7, 22-23)

E l 5 de octubre de 1774 se reunió el cónclave para designar al sucesor del polémico Clemente XIV. Nuevamente los *zelanti,* los borbónicos, los franceses y los imperiales se encontraban todos ellos en bandos diferentes. París y Madrid apoyaban al cardenal Pallavicini, el antiguo secretario de Estado de Clemente XIV.

Pallavicini es rechazado por los imperiales, pero el cardenal Albani presenta la candidatura del cardenal Braschi, que figura entre los independientes. Con el apoyo de las cortes borbónicas y con el rechazo de Portugal, Juan Ángel Braschi es elegido Papa el 15 de febrero de 1775, bajo el nombre de Pío VI, en honor de san Pío V, inquisidor y fundador de la Santa Alianza [1]. Su pontificado iba a desarrollarse en uno de los períodos más convulsos de la historia y en un momento de profunda crisis para la religión católica, atacada por las reformas ilustradas, primero, y por las consecuencias de la Revolución francesa, después.

[1] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

La segunda etapa del largo pontificado de Pío VI sería la más dura y dolorosa, al tener que vivir la Revolución francesa y sus efectos. En los primeros días de julio de 1789 el pueblo de París tiene miedo; en parte se debe a haber conseguido una victoria, la de la constitución de una Asamblea Nacional, que ha desafiado la orden del rey Luis XVI de disolverse y ha jurado permanecer unida hasta dar una Constitución a Francia. También se tiene miedo al *brigand* o bandido que ha surgido por los grandes movimientos migratorios de los campesinos a las grandes ciudades con el fin de paliar su hambre [2].

La burguesía parisina está decidida a defenderse de sus dos enemigos, la monarquía y la anarquía, y para ello necesita armas con el fin de constituir una milicia nacional. Realmente fue la burguesía el motor de la Revolución francesa y no el proletariado, debido a que este no tenía en aquellos años unas cabezas pensantes. Los primeros «revolucionarios» fueron el marqués de Mirabeau, el marqués de La Fayette; los abogados Desmoulins, Robespierre, Danton y Vergniaud; o médicos como Marat [3]. Jacques Necker, el amigo en el que todo el pueblo de Francia confía para solucionar la crisis económica que genera hambre entre los franceses, ha sido

destituido por Luis XVI. La noticia sería tan solo la mecha, como afirma en su libro *Citizens: A Chronicle of the French Revolution* el escritor Simon Schama. El barril de pólvora lo aplicaría el revolucionario Camil Desmoulins cuando se encaramó a una mesa del Palacio Real para gritar: «Necker ha sido destituido. Este es el toque de alarma para una noche de San Bartolomé de patriotas. Esta noche los batallones suizos y alemanes saldrán del Campo de Marte [sede de sus cuarteles] para degollarnos. ¡Ciudadanos!, ¡corramos a las armas!» [4]. El problema era que esas armas que tanto necesitaban estaban almacenadas en la Bastilla, la fortaleza situada en el centro de París, símbolo del poder real y con la amenaza constante de sus cañones apuntando a los ciudadanos, de quienes no se fiaba Luis XVI. Y así estos se lanzaron al asalto de la Bastilla el 14 de julio de 1789 [5].

[2] Thomas Carlyle, *The French Revolution: A History,* Modern Library, Londres, 2002.
[3] Simon Schama, *Citizens: A Chronicle of the French Revolution,* Vintage, Nueva York, 1990.
[4] Véase capítulo 2.
[5] Douglas Liversidge, *The Day the Bastille Fell: July 14, 1789, the Beginning of the End of the French Monarchy,* Franklin Watts Incorporated, Nueva York, 1972.

El gobernador de la Bastilla, De Launey, ordena a sus tropas abrir fuego contra los asaltantes, hasta que por fin rinde la fortaleza. Un cocinero llamado Desnot separó a De Launey la cabeza del cuerpo con un cuchillo de carnicero. Igual harían con el comandante de las fuerzas de la fortaleza, Losme-Salbray, y con algunos oficiales. Sus cabezas serían paseadas por las calles de París sobre una pica. Es el símbolo del fin de la monarquía absolutista.

En los primeros momentos revolucionarios el papa Pío VI se mantuvo neutral, a pesar de las advertencias del cardenal Giovanni Battista Caprara [6], jefe de la Santa Alianza y cuyos agentes comenzaban a ver en Francia claros movimientos anticlericales. El 12 de julio de 1790, la Asamblea Constituyente promulgó la Constitución civil del clero y la imposición a todos los religiosos del juramento de fidelidad a la nueva ley; dos días después, el rey Luis XVI, la reina María Antonieta y el Delfín prestan juramento de fidelidad a la nación. Pío VI promulgó entonces el breve *Quod aliquantum,* el 10 de marzo de 1791, por el que condenaba en bloque todo lo decretado por la Asamblea en materia religiosa. Como contramedida, en el mes de mayo los nuevos gobernantes de Francia decidieron expulsar al nuncio pontificio, con lo que quedaban rotas definitivamente las relaciones entre el París revolucionario y la Roma papal. Las persecuciones a los religiosos, la ejecución del rey Luis XVI en la guillotina y la continua descristianización en Francia provocaron un mayor abismo entre ambos países [7].

La brecha entre el pueblo y Luis XVI, razón por la que perdería

la cabeza el rey de Francia, sería en parte provocada por los agentes de la Santa Alianza. Tan solo bastó con que el rey utilizase el derecho de veto que le daba la nueva Constitución para que la gente dudase de él.

Los agentes del espionaje papal habían informado al monarca de que la Asamblea Nacional tenía previsto aprobar varias reformas, entre ellas la del clero francés, por la que se les ordenaba acabar con el sig

[6] El cardenal Giovanni Battista Caprara dirigiría la Santa Alianza desde el 18 de julio de 1790 hasta el 18 de junio de 1808. Sería sustituido por el cardenal Bartolomeo Pacca, quien dirigirá el espionaje pontificio desde el 18 de julio de 1808 hasta su muerte, el 19 de abril de 1844, a los ochenta y siete años de edad.

[7] T. C. Blanning, *The French Revolutionary Wars, 1787-1802 (Modern Wars),* Edward Arnold, Oxford, 1996.

no de obediencia al Pontífice de Roma. Los espías de Pío VI pedían al rey que rechazase esa ley utilizando su derecho constitucional de veto. Luis XVI decide entonces hacerlo así.

El 2 de abril muere Mirabeau, el hombre que conseguía que Francia caminase en paralelo entre la revolución y la monarquía. Los agentes del Papa le piden nuevamente al rey que huya para refugiarse junto a sus tropas y reconquistar la Corona de Francia con todos sus derechos.

La Santa Alianza y los realistas consiguen desorientar a los espías revolucionarios y poner a la familia real en una carroza rumbo a la frontera. La huida dura poco, porque el 21 de julio de 1791 es detenida y obligada a regresar a París. Ahora la ruptura entre rey y pueblo es total [8]. Nuevamente el monarca vuelve a utilizar su derecho de veto contra el decreto de los sacerdotes refractarios, es decir, aquellos que se niegan a jurar lealtad a la nación en contra de su fidelidad al papa Pío VI.

El asalto a las Tullerías en agosto de 1792 da inicio al llamado gobierno del Terror. La guillotina es levantada el 22 de agosto, y el 21 de enero de 1793, colocada definitivamente en la Place de la Révolution, hoy de la Concordia. Mientras tanto, el Rey se recompone, se coloca el sombrero y parte para su recorrido hacia la muerte.

Cuando llegó al sitio donde estaba la guillotina, se arrodilló al lado del cura y recibió su última bendición. Los ayudantes de Samson intentaron amarrarle las manos, pero el rey lo rechazó, alegando que no lo permitiría. Los verdugos estaban prestos a usar la fuerza, pero el abate Edgeworth aconseja a Luis: «Haga este sacrificio, señor. Este nuevo ultraje es un nuevo trazo de similitud entre su majestad y Dios». Los verdugos atan las manos del rey atrás con un pañuelo y le cortan el pelo. Apoyado en el abate, sube hasta la guillotina, y en el último minuto Luis se desvía y camina hacia el borde de la plataforma en dirección a las Tullerías. «¡Franceses, yo

soy inocente, yo perdono a los autores de mi muerte, yo ruego a Dios para que mi sangre vertida no caiga jamás sobre Francia!» [9].

Los cuatro verdugos, a la fuerza, lo tumban sobre la plancha de la guillotina. El rey se resiste, grita, pero la cuchilla baja con extraordinaria rapidez y corta su cabeza, salpicando de sangre al abate. Samson

[8] J. Hardman, *Louis XVI,* Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1994.

coge la cabeza por el pelo y la muestra al pueblo. Los federados, los fanáticos, los furiosos radicales, suben a la tarima y mojan sus sables, sus pañuelos, sus cuchillos y sus manos con la sangre del rey. Gritan «¡Viva la nación!», «¡Viva la república!», pero casi nadie les responde. La reina Maria Antonieta seguiría la misma suerte el 16 de septiembre de 1793.

Las protestas del papa Pío VI provocaron la ocupación de Avignon y el condado de Venaissin por parte del ejército revolucionario de Francia. Los diplomáticos y políticos papales darían paso a los espías de la Santa Alianza, los cuales desempeñarían un papel importante en los años siguientes. Uno de los más eficaces sería el abate Salamon, quien actuaría como una especie de representante clandestino del Papa en la Francia revolucionaria de finales del siglo XVIII.

Desde ese mismo año, Salamon creó una de las mejores redes de información y de evasión a lo largo y ancho de toda Francia [10]. La Asamblea Nacional, la Convención popular que había desplazado del poder al rey Luis XVI y a sus ministros, ha decidido la confiscación de todas las propiedades de la nobleza y la Iglesia. También la abolición de las órdenes monásticas, la reducción de diócesis y la institucionalización de una especie de clero civil adepto al nuevo régimen. A pesar de no contar con el nuncio, que había regresado a Roma, Salamon se convirtió en los ojos y los oídos del papa Pío VI en el París del Terror. Desde su pequeña casa, el abate informaba constantemente a la Santa Alianza en Roma sobre los rumores de las nuevas medidas contra los religiosos adoptadas por el gobierno revolucionario de Francia [11].

Pero una historia que ha pasado más a la leyenda de la Santa Alianza que a la realidad sería el caso de Carlos Luis Capeto, hijo del monarca ejecutado, al que los monárquicos conocían como Luis XVII.

El 3 de agosto de 1793 el pequeño Luis, de tan solo siete años, fue separado de su madre, que iba a ser ejecutada, y recluido en una lúgubre celda. El niño quedó bajo la protección de dos guardianes. Los agentes del Papa informan de que el niño ha entrado en la prisión el 13 de agosto de 1792 y que su vigilancia está encomendada a un matri

[10] David Álvarez, *Spies in the Vatican. Espionage and Intrigue from Napoleon to the Holocaust,*

University Press of Kansas, Kansas, 2002.

monio. El abate Salamon está dispuesto a salvar al niño, o por lo menos intentarlo [12].

Sobre el caso de Luis XVII existen dos versiones. La primera es que el pequeño Luis, que no era un personaje activo de la política de Francia debido a su corta edad, moriría a los diez años en la misma prisión, el 8 de junio de 1795. Algunas fuentes aseguran que el niño fue envenenado, pero lo cierto es que Luis XVII murió víctima de una estancia forzada en una celda sin apenas espacio para moverse y en unas condiciones de salubridad lamentables, acompañado únicamente por las ratas [13]. En el mes de mayo lo había visitado un médico y encontró al pequeño Luis en grave deterioro físico y psíquico [14].

Los días 6 y 7 de junio su estado era muy grave, y a las dos de la tarde del día 8 moría Luis XVII, para unos, y el ciudadano Carlos Luis Capeto, para otros. Tras registrar el cadáver y colocarlo en un ataúd, el pequeño sería enterrado en el cementerio de Santa Margarita a las nueve de la mañana. Dos soldados permanecieron durante días haciendo guardia para evitar que alguien pudiese hacerse con los restos del último rey de Francia. Lo cierto es que la muerte del niño exaltaba la imaginación de lo que realmente podía haber pasado.

En aquellos días las conspiraciones monárquicas se fundamentaban en el asesinato de todos los miembros del Comité de Salvación Pública y en colocar al joven Luis como rey de Francia. A la cabeza de estas conspiraciones se encontraba Pierre Gaspare Chaumette, de quien muchos dicen que era un miembro muy activo de la Santa Alianza y que con la restauración de la monarquía había prometido a Roma devolver a su antigua situación a la Iglesia de Francia.

Las leyendas que circularon desde entonces fueron que realmente el niño que había fallecido no era el hijo de Luis XVI, sino otro muy parecido en edad y rasgos, y que el verdadero rey estaba a salvo en la corte del rey Carlos IV de España gracias a una operación de la Santa Alianza [15].

[12] Philippe Delorme, *L'Affaire Louis XVII,* Jules Tallandier, París, 2000.

[13] Deborah Cadbury, *The Lost King of France: How DNA Solved the Mystery of the Murdered Son of Louis XVI and Marie Antoinette,* Griffin Trade Paperback, Londres, 2003.

[14] Deborah Cadbury, *The Lost King of France: A True Story of Revolution, Revenge, and DNA,* St. Martin's Press, Londres, 2002.

Por otro lado, cartas encontradas en los Archivos Nacionales de Francia demuestran que mientras se intentaba hacer ver que el inocente Luis XVII se encontraba a salvo en España, el rey Carlos IV enviaba, una tras otra, cartas para convencer a las autoridades revolucionarias de la entrega de los dos hermanos nacidos de Luis

XVI y María Antonieta. París siempre se negó a ello.

Otro agente de la Santa Alianza llamado Frotté había recibido la orden de intentar encontrar al joven rey y ponerlo a salvo. Tras alcanzar París a través de la región vendeana, Frotté escribía: «He tenido el dolor de comprobar que hemos sido engañados. Los monstruos dos veces regicidas, tras haberle dejado languidecer en prisión largo tiempo, le han hecho perecer en su celda. No nos queda más remedio que llorar». Otra versión aparecida en 1801 y más romántica cuenta la historia de un miembro de la red del abate Salamon llamado Émile Fronzac.

Según parece, Fronzac habría sacado de París al Delfín en el interior de un caballo de madera de juguete y dejado en su lugar a un niño huérfano. Para abrirse camino por el interior y los jardines del palacio, el agente de la Santa Alianza habría utilizado los sobornos.

La carroza en la que viajan en dirección a las líneas del ejército monárquico es detenida por un grupo de gendarmes. Antes de rendirse, el espía papal es ayudado por un grupo de soldados vendeanos que matan a los revolucionarios y acogen a su legítimo rey Luis XVII de Francia [16].

La investigadora Deborah Cadbury, en su estudio *The Lost King of France: A True Story of Revolution, Revenge, and DNA,* se pregunta que, si esta versión era cierta, dónde estaba entonces el rey. Según un escritor de la época que recoge la aventura del espía Émile Fronzac y el Delfín de Francia, tras la muerte de los revolucionarios, Luis XVII fue embarcado para América, pero una fragata francesa consiguió cortarle el paso y, al descubrir la identidad del pasajero, el niño fue devuelto a París, en donde moriría en su celda. Fuese como fuese, leyendas o realidades ayudaron a crear una idea más romántica de la Santa Alianza y de los espías del Papa en una época en la que los religiosos católicos iban a sustituir a los nobles en su camino a la guillotina.

El intento de evasión del rey Luis XVI y su familia, ayudados por agentes del papa Pío VI, y los continuos discursos del Consejo Revolu

[16] Philippe Delorme, *L'Affaire Louis XVII,* ob. cit.

cionario igualando a nobles y religiosos, hizo que la furia se desatase en septiembre de 1792, cuando más de doscientos sacerdotes fueron asesinados [17]. Miles de religiosos tuvieron que huir, y los que decidieron permanecer en Francia fueron obligados a llevar una vida clandestina.

El abate Salamon fue uno de los más importantes, entre los que decidieron quedarse. Cada día recorría las calles, plazas, comercios y tabernas de París, recabando información para la Santa Alianza en

Roma. «Oídos de Pío», que era como le conocían en la Santa Sede, en clara alusión al Papa, desarrolló un gran número de contactos con obispos y sacerdotes de provincias.

Para evadirse de la estrecha vigilancia a la que era sometido debido a su condición de religioso, Salamon consiguió crear canales seguros de comunicación con Roma. Que fuera descubierto, detenido y condenado a prisión le salvó de la famosa masacre de septiembre de 1792 [18]. Tras su liberación en diciembre de 1798, el religioso volvió a su labor dentro del espionaje papal y a reconstruir la red que había quedado inoperante desde su detención [19]. Otras fuentes afirman que debido a su experiencia en las tareas de espionaje fue requerido por el papa Pío VI para dirigir el servicio secreto de la Santa Sede.

En el Estado Pontificio se desarrolló una gran campaña en la que se presentaba a la Revolución y a sus líderes como una obra satánica y como resultado de un gran complot anticatólico. El objetivo era hacer un llamamiento de «guerra santa» contra Francia y sus ejércitos y en defensa de la religión. De cualquier forma, esto no detuvo el implacable avance de las tropas francesas. Su comandante en jefe, Napoleón Bonaparte, obligó al papa Pío VI a firmar el humillante armisticio de Bolonia el 23 de junio de 1796, en el que el Sumo Pontífice se compro

[17] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[18] Se calcula que cerca de dos mil sacerdotes se casaron durante la Revolución. Mil setecientos cincuenta lo hicieron durante el Terror, a partir de 1794. Las otras opciones eran la horca o la guillotina. Ocho obispos fueron ejecutados. Solamente en Orange fueron asesinados sesenta y siete religiosos en un solo día.

[19] Las aventuras del espía y abate Salamon a las órdenes del espionaje papal fueron recogidas en un libro escrito por el vizconde de Richemont, en la obra titulada *Correspondance Secrète de l'Abbé de Salamon,* editada en 1898 por la editorial Plon, Nourrit et Cie. de París.

metía a renunciar a la autoridad de Ferrara, Bolonia y Ancona, a entregar veintiún millones de escudos en concepto de indemnización y quinientos manuscritos y un centenar de obras de arte renacentistas [20].

Pío VI pidió entonces protección a Austria. Para Napoleón aquello era una «violación» del acuerdo de Bolonia, por lo que ordenó a sus tropas ocupar el Estado Pontificio. Como contrapartida, el francés exigió esta vez al Papa, tras la firma de la paz de Tolentino, la cesión definitiva de Avignon y el condado de Venaissin; la renuncia a las legaciones de Bolonia, Ferrara y Romagna, así como la entrega de cuarenta y seis millones de escudos y numerosas obras de arte [21].

La situación se volvió trágica cuando agentes de la Santa Alianza o antiguos miembros de la «Orden Negra» decidieron matar al general Mathurin-Léonard Duphot. El militar era uno de los

hombres de confianza de Napoleón Bonaparte, así como uno de sus mejores estrategas. Duphot había participado con el ejército de los Alpes en las campañas de Saboya, hasta que el 13 de junio de 1795 fue dado de baja como militar, pero fue reclutado nuevamente el 9 de febrero de 1796. Su destino en Italia en agosto de 1796 le llevó a combatir en las campañas de Mantua, Rivoli y La Favorita. Ascendido a general de brigada por el propio Napoleón el 30 de marzo de 1797, fue destinado a Roma para acompañar a José Bonaparte, hermano de Napoleón, que había sido nombrado embajador ante la Santa Sede [22].

El 28 de diciembre de 1797 el gentío se ha reunido frente a la residencia del embajador francés para reclamar la proclamación de la República. En ese momento un contingente de la guardia papal empuja hacia atrás a la muchedumbre, muchos de los cuales se refugian en la propia embajada.

El general Duphot, que intenta mantener la calma, es apuñalado en un costado sin que nadie vea la cara del atacante. En pocos minutos se desangra en el suelo, y muere poco después. Los soldados franceses, que han conseguido expulsar del recinto al gentío junto con la guardia papal, descubren en el suelo junto al cadáver del militar un octógono de tela con el nombre de Jesús en cada lado y en el centro la

[20] Robert Asprey, *The Rise of Napoleon Bonaparte,* Basic Books, Londres, 2001.
[21] Max Gallo, *Napoléon,* Robert Laffont, París, 1997.
[22] J. Balteau, *Dictionnaire de Biographie Française,* Letouzey et Ané, París, 1933.

frase escrita «Dispuesto al dolor por el tormento, en nombre de Dios» y el símbolo del llamado «Círculo *Octogonus*» [23].

Como represalia por el asesinato del general Duphot, Napoleón ordena al general Berthier, comandante en jefe del Ejército de Italia, lanzar sus tropas para conquistar Roma [24].

El 15 de febrero de 1798, las tropas de Napoleón ocupan Roma y el 7 de marzo se depone al papa Pío VI como soberano temporal, al tiempo que se proclama la República Romana. Enseguida las primeras unidades francesas llegan al palacio del Quirinal y descubren que la Guardia Suiza les abre el paso. Pío VI les había ordenado desarmarse y no presentar batalla a los franceses. El Papa sería detenido, y los archivos embargados y trasladados a Francia [25].

Desde ese mismo momento, la Santa Alianza dejó de operar en toda Italia, y se da paso a un gran número de atentados contra el invasor francés por parte de los miembros del «Círculo *Octogonus*» y de la «Orden Negra».

Condenado al exilio, el Papa fue obligado a abandonar Roma el 20 de febrero de 1798. Después de una estancia en Siena, fue recluido en la cartuja de Florencia, en donde continuó ocupándose

de los asuntos religiosos. El 13 de noviembre del mismo año dictó la bula *Quum nos,* por la que establecía las disposiciones para el caso de vacante en el cargo de Pontífice y las normas a seguir en el siguiente cónclave [26].

En el mes de marzo de 1799, el Papa fue trasladado a Parma y posteriormente a Turín, tras un intento de liberación por parte de miembros de la Santa Alianza. A finales de ese año, con ochenta y un años y enfermo, fue trasladado nuevamente en una silla de mano a través de los Alpes hasta Briançon, por temor a que agentes del espionaje papal ayudados por los austriacos pudieran hacerse con el Sumo Pontífice. El viaje terminó el 13 de julio de 1799 en la ciudad francesa de Valence, en donde permaneció recluido hasta su muerte, acaecida el

[23] A esta organización pertenecía el sacerdote Jean-François Ravaillac, asesino del rey Enrique IV de Francia. Véase capítulo 4.
[24] Robert Asprey, *The Rise of Napoleon Bonaparte,* ob. cit.
[25] J. Robinson, *Historical and Philosophical Memoirs of Pius the Sixth and of His Pontificate,* S. Hamilton, Londres, 1799.
[26] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

29 de agosto de 1799. Su cadáver sería introducido en un ataúd de plomo y transportado a Roma para ser enterrado en febrero de 1802. Al enterarse de la muerte del Papa, Napoleón Bonaparte escribió: «Ha muerto el Papa. La vieja máquina de la Iglesia se deshará por sí sola». Como todos los grandes dictadores de la historia, creía firmemente en que su imperio le sobreviviría durante siglos, algo que no ocurrió, mientras que el imperio de la Iglesia, a la que él veía deshacerse, sobrevivió. Pero antes debería pasar por momentos más duros y terribles. El 3 de octubre de 1799 el cardenal Giovanni Francesco Albani, refu

giado junto al resto de cardenales en Venecia, que en aquellos años forma parte del Imperio austriaco, decide convocar el cónclave el 8 de diciembre. Las votaciones se suceden sin cesar, sin que ninguno de los candidatos propuestos consiga los dos tercios necesarios para ser elegido Papa [27].

Por fin la intervención del cardenal Ettore Consalvi desbloqueó la situación al presentar como candidato al cardenal Barnaba Chiaramonti, que sería elegido Sumo Pontífice el 14 de marzo de 1800. Chiaramonti gobernaría bajo el nombre de Pío VII.

Tras su elección como Papa, Pío VII no pudo trasladarse a Roma hasta el 3 de julio. El emperador Francisco II intentaba convencer al Pontífice para que estableciese la sede papal en algún lugar bajo control austriaco, pero Pío VII defendía la necesidad de una Iglesia libre y sin interferencias. Lo que sí aceptó fue el nombramiento de un secretario de Estado próximo a Austria.

Pero mientras se sucedía el cónclave veneciano, en París ocurrían acontecimientos que iban a cambiar la historia no solo de

Francia, sino de toda Europa. El Directorio había dado paso al Consulado. La aprobación de una nueva Constitución el 13 de diciembre de 1799, apoyada masivamente por el pueblo francés el 7 de febrero de 1800, convertía al glorioso general Napoleón Bonaparte en el amo y señor de los destinos del país [28].

Liquidada la Revolución, el primer cónsul se dedicó a la tarea de normalizar las relaciones entre el Estado y la Iglesia. Napoleón comprobó que Francia deseaba seguir siendo católica, así es que dio el pri

[27] Michael J. Walsh, *The Conclave...*, ob. cit.

[28] Jeremy Black, *From Louis XIV to Napoleon: The Fate of a Great Power,* UCL Press, Londres, 1999.

mer paso para acercarse al papa Pío VII. Realmente, Napoleón, aunque bautizado, era un agnóstico, pero en lo más profundo de su ser deseaba complacer y acercarse a las potentes monarquías católicas. El rudo militar corso deseaba ser recibido algún día en las cortes de Europa [29].

Napoleón sabe también que debe encontrar a alguien que pueda controlar no solo el funcionamiento de sus servicios secretos, sino también las posibles infiltraciones de servicios de espionaje de otras potencias, principalmente los austriacos, británicos y de la Santa Alianza. El hombre elegido para esta tarea es Joseph Fouché [30].

Procedente de una familia adinerada, el espía había estudiado en Nantes la carrera eclesiástica hasta que en 1792 pasó a formar parte de la Asamblea Nacional. Un año después se muestra partidario de la muerte de Luis XVI. En su trayectoria política siempre se caracterizó por unirse a los más poderosos. Una de sus intervenciones más crueles tuvo lugar en la rebelión de la Vendée y más tarde en Lyon. En 1795 se retira temporalmente de los asuntos públicos, aunque mantiene su amistad con personajes influyentes, hasta que Napoleón lo nombra jefe de sus poderosos servicios de espionaje [31]. Desde ese momento, Fouché se convierte en el principal enemigo de la Santa Alianza.

El primer complot que debe desbaratar es la llamada «conjura de Enghien», en la que están involucrados los generales Moreau, Pichegru y Georges Cadoudal, así como Bouvet de Lozier, que fue ayudante general del ejército de los príncipes. En el centro de la conspiración está Louis-Antoine Henri de Borbón, duque de Enghien. Fouché descubrirá poco después que algunos de los conjurados han estado en contacto con el cardenal Caprara, jefe del espionaje papal, y tal vez con algún importante miembro de la Santa Alianza en París [32].

El plan es secuestrar a Napoleón y asesinarlo. El general Moreau sustituiría a Bonaparte hasta calmar la situación. Pasados unos meses, el duque de Enghien asumiría la Corona y Pichegru sería

nombrado segundo cónsul de Francia. Cadoudal se da cuenta de que Moreau, un

[29] Margaret O'Dwyer, *The Papacy in the Age of Napoleon and the Restoration: Pius VII, 1800-1823,* Rowman & Littlefield, Londres, 1986.
[30] Nils Forssell, *Fouche, the Man Napoleon Feared,* AMS Press, Nueva York, 1971.
[31] Stefan Zweig, *Fouche,* Fischer, Frankfurt, 2000.

popular y victorioso general al que sus soldados quieren, y el general Pichegru solo intentan derribar a Napoleón en provecho propio.

El primero en caer será el general Moreau, a quien Napoleón ha ordenado detener. Para evitar cualquier rumor, el hasta entonces glorioso militar deberá ser juzgado por un tribunal civil. En la partida contra Moreau han sido detenidos otros quince conjurados, entre los que se encuentra un ciudadano suizo relacionado con la embajada de Rusia y con la nunciatura papal [33].

Según informes de Fouché, el suizo perteneció tiempo atrás al cuerpo de la Guardia Suiza de Pío VI y fue reclutado por la Santa Alianza para realizar operaciones clandestinas en la Francia de Napoleón durante el pontificado del papa Pío VII [34].

El embajador de Rusia, Markof, pide personalmente a Napoleón que ponga en libertad al ciudadano suizo, pero este se niega. En París todo el mundo habla ya de la detención de Moreau.

En la noche del 26 al 27 de febrero de 1804, Pichegru ha sido localizado en una casa del número 39 de la Rue de Chabanais y posteriormente detenido. Méhée de la Touche, el mejor espía de Napoleón en París, descubre que Cadoudal continúa aún en la capital y que posiblemente esté intentando contactar, a través de la nunciatura o de algún espía del Papa como correo, con el duque de Enghien [35].

Ahora la conspiración está clara para Napoleón: un príncipe de sangre azul como líder, los generales Moreau y Pichegru como cerebros, y Cadoudal como verdugo y mano ejecutora. El 9 de marzo, Cadoudal es localizado por el espía De la Touche y denunciado a la gendarmería. Antes de ser arrestado, Cadoudal ha matado a un agente y herido de muerte a otro. Ya solo queda detener al príncipe.

La discusión entre Napoleón y sus cónsules se centra ahora en si deben ejecutar a Louis-Antoine Henri de Borbón o mantenerlo en prisión de por vida. Aún están demasiado frescos los recuerdos de la guillotina segando los cuellos reales. Durante la noche, Napoleón ha orde

[33] Robin Anderson, *Pope Pius VII (1800-1823): His Life, Times, and Struggle with Napoleon in the Aftermath of the French Revolution,* Tan Books & Publishers, Nueva York, 2000.
[34] Nills Forssell, *Fouche, the Man Napoleon Feared,* AMS Press, Nueva York, 1971.

nado a su fiel Berthier, ministro de la Guerra, que se ocupe de la

detención de Enghien, que se encuentra en Ettenheim, en las cercanías de Estrasburgo.

El 17 de marzo han caído Louis-Antoine Henri de Borbón, duque de Enghien, y otros conjurados. Napoleón tiene claro que Enghien debe morir. Para él, si «un hombre conspira como cualquier hombre, hay que tratarlo como a cualquier hombre»; pero Joseph Fouché es contrario a esta medida. La noche del 20 al 21 se abre el proceso contra Louis-Antoine Henri de Borbón, y en la mañana del 21 todo ha terminado. El duque de Enghien ha sido fusilado [36].

El 6 de abril de 1804, el general Pichegru es estrangulado en su propia celda. Según una versión, el ex general ha sido asesinado por los seguidores de Napoleón, pero este se defiende alegando que sería estúpido matar a su principal testigo contra el general Moreau. Otra versión es que pudo haber sido asesinado por una mano enviada desde Roma para evitar que desvelase las conexiones de la «conjura Enghien» con el Vaticano.

El último acto de la llamada «conspiración Enghien» sucede el 26 de junio del mismo año, cuando Henri Samson, el mismo que segara las testas de Luis XVI y su esposa, la reina María Antonieta, acciona la guillotina para cortar las cabezas de Georges Cadoudal y doce cómplices más, incluida la del ciudadano suizo sospechoso de pertenecer a la Santa Alianza. El general Moreau será autorizado por Napoleón a abandonar Francia después de serle embargadas todas sus propiedades.

En el mes de marzo de 1804, tras el fusilamiento del duque de Enghien y de la carta con la que Luis XVIII denuncia al usurpador, Napoleón sabe que para evitar nuevos intentos de asesinato e intromisiones de los Borbones debe hacerse inmortal para Francia y los franceses. Bonaparte se ha visto con el cardenal Giovanni Battista Caprara, jefe de los espías del Papa y legado *a latere* en París, para comunicarle su expreso deseo de ser coronado emperador de Francia por el mismísimo papa Pío VII. El 2 de diciembre, Napoleón Bonaparte se autocorona en Notre Dame de París y a continuación él mismo coronaría a Josefina de rodillas, tal y como inmortalizó en un cuadro el pintor Louis David, con el papa Pío VII como testigo de excepción.

[36] Jeremy Black, *From Louis XIV to Napoleon...,* ob. cit.

El Papa permanecería cuatro meses en París y regresaría a Roma el 4 de abril de 1805, el mismo año en que los ejércitos del ahora emperador Napoleón conseguirían una gran victoria en Austerlitz, en parte gracias a las informaciones recibidas por un doble agente que ha colaborado con los servicios de espionaje austriacos, con la Santa Alianza y con los espías bonapartistas. Su nombre era Karl Schulmeister [37].

Nacido en la ciudad de Baden, Schulmeister se crió en una familia de pastores. Dedicado al comercio, decidió un buen día que las informaciones que iba recopilando en sus viajes le podrían dar más dinero que sus mercancías, siempre y cuando supiese a quién vendérselas. Era el negocio de la oferta y la demanda llevado al mundo del espionaje.

Durante años, ejerció el papel de espía al servicio de los austriacos, hasta que fue reclutado por la Santa Alianza. Schulmeister decía ser un buen católico y alegaba que su religión le obligaba a servir al Papa de Roma con suma obediencia. Realmente, las informaciones que el alsaciano pasaba a los servicios secretos pontificios eran de poca importancia, ya que el verdadero destino eran los servicios de espionaje bonapartistas.

Se sabría pocos años después que Karl Schulmeister habría desempeñado un papel muy importante en la captura de Louis-Antoine Henri de Borbón durante la «conjura Enghien». Al parecer, Savary, jefe de los servicios de seguridad de Napoleón, proyectaba secuestrar al duque de Enghien en Baden, ciudad en la que vivía refugiado. El doble agente comentó a Savary que tal vez él podría obligar al Borbón a acercarse a la frontera con Francia para facilitar así su detención.

Schulmeister sabía que el duque tenía como amante a una dama de la alta sociedad de Estrasburgo llamada Charlotte de Rohan. Falsificando la letra de la mujer, Karl Schulmeister escribe una carta a LouisAntoine Henri de Borbón para pedirle que se reúna con ella en Ettenheim, cerca de Estrasburgo. El resto es ya historia. El duque de Enghein sería detenido y ejecutado poco después [38].

Por esta operación, Karl Schulmeister recibiría una gran fortuna de manos del propio Napoleón, a quien definía como «un hombre todo cerebro, pero sin corazón». Tras aquella operación el emperador confió al espía Schulmeister la nueva campaña contra Austria.

[37] E. Bauer, *Espías. Enciclopedia del Espionaje,* 8 vols., Idées & Éditions, París, 1971. [38] Ibídem.

Como primer paso, Schulmeister escribió una carta al mariscal barón Mack von Liebereich, quien mandaba las fuerzas austriacas, por la que se fingía blanco de la hostilidad de los franceses debido a sus orígenes nobles, algo que no era cierto. Para ello Karl Schulmeister había comprado los títulos a una familia noble de Hungría venida a menos, los Bierski. También se hizo con una carta de los servicios secretos vaticanos como garantías ante Mack.

Schulmeister es llamado a Viena para ser interrogado por el espionaje austriaco. Sus conocimientos sobre las unidades francesas, sobre los generales napoleónicos y sobre sus estrategias militares

son tan amplios que el mariscal Mack nombró a Karl Schulmeister para un puesto en el Estado Mayor austriaco. Poco después llegaría a ser nombrado jefe de los servicios de información militares. El antiguo espía de la Santa Alianza presentaba a Mack periódicos franceses impresos por Savary para su agente y cartas de corresponsales que no existían, en las cuales se admitía el descontento de la población francesa hacia su líder. Cuando el mariscal Mack von Liebereich decidió emprender la campaña, Schulmeister le persuadió de que los ejércitos de Napoleón se estaban replegando en el Rin para sofocar revueltas internas. Mack dio su primer golpe el 7 de octubre, precipitándose en la trampa tendida por el agente doble. El desastre de Ulm, el día 19, supuso la muerte de diez mil soldados austriacos, la vergüenza y la degradación del mariscal Mack, acompañada de una condena de veinte años de prisión. Napoleón, por su lado, perdía a casi seis mil soldados [39].

Hecho prisionero por el espionaje austriaco, Karl Schulmeister acusó al mariscal Mack de ser el responsable de la derrota al no haber hecho caso de sus recomendaciones y de las informaciones de su red de espías en Francia, algo que no existía. El espía consiguió convencer de su inocencia al Estado Mayor austriaco, y les obligó a adoptar el nuevo plan estratégico contra los ejércitos napoleónicos. La punta de lanza de este plan estaba en una ciudad llamada Austerlitz.

La batalla, una de las más grandes victorias militares de Napoleón I, fue librada en las cercanías de la localidad de Austerlitz (actualmente, Slavkov [República Checa]), el 2 de diciembre de 1805, entre un contingente francés de 73.000 hombres y 139 cañones, y las tropas

[39] George Bruce, *Dictionary of Wars,* HarperCollins, Londres, 1995.

austro-rusas, compuestas por unos 60.000 soldados rusos y 25.000 austriacos con 278 cañones. En ocasiones denominada la batalla de los «Tres Emperadores», debido a que Napoleón I, Francisco II, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (posteriormente, Francisco I, emperador de Austria), y Alejandro I de Rusia estuvieron presentes en el campo de batalla, supuso la pérdida de 27.000 soldados austro-rusos y casi 8.000 franceses [40].

Karl Schulmeister, de quien sospechaba el servicio secreto austriaco tras informes recibidos por la Santa Alianza, estaba a punto de ser detenido y acusado de alta traición cuando las tropas francesas entraban en Viena. Napoleón Bonaparte le premió con grandes sumas de dinero, pero jamás le concedió una condecoración militar. Según Napoleón, tras la batalla de Austerlitz, «un hombre que vende a sus hermanos, los hombres que están a su mando, no se

merece una condecoración, tan solo treinta monedas de plata», en alusión a la recompensa dada por los romanos a Judas Iscariote por entregar a Jesucristo.

Schulmeister terminaría su carrera como jefe del contraespionaje bonapartista, hasta que tuvo que dimitir cuando la influencia austriaca se hizo notar alrededor de la emperatriz María Luisa, hija del derrotado Francisco I de Austria y nueva esposa de Napoleón. El emperador francés, al no poder tener un heredero de Josefina, había decidido divorciarse de ella en 1809 y contraer matrimonio con la hija del emperador derrotado en Austerlitz [41].

Las relaciones entre París y Roma son cada vez más tirantes, casi cercanas a la ruptura, que se provoca en noviembre de 1806, cuando Napoleón ordena al papa Pío VII expulsar de Roma a todos los ciudadanos de naciones enemigas de Francia.

El Papa es advertido por el espionaje vaticano de que tropas francesas están siendo puestas en estado de alerta para el caso de tener que ocupar Roma. A pesar de las advertencias de la Santa Alianza, Pío VII

[40] Robert Asprey, *The Rise of Napoleon Bonaparte,* ob. cit.

[41] Tras los «Cien Días» en los que Napoleón intentó retornar al poder en 1815, los austriacos, que habían ocupado Francia, detienen al espía. Para poder salvarse de la ejecución, Karl Schulmeister entregó todo su dinero y fortuna en sobornos y escapó a Estrasburgo. Allí viviría en la más absoluta miseria hasta su muerte, acaecida en 1820; sería enterrado en una fosa común en el cementerio de Saint Urbain.

se niega a expulsar a los extranjeros y a participar o apoyar el bloqueo contra Inglaterra. Tampoco permite la dimisión del cardenal Consalvi como secretario de Estado, tal y como exigía Napoleón [42].

El enfrentamiento es ya abierto y Napoleón ordena la ocupación de Ancona y el Lacio. El 2 de febrero el emperador da por fin la orden al general Miollis de entrar en Roma, desarmar a la guardia pontificia y ocupar el castillo de Sant'Angelo. El tercer cuerpo del ejército rodea el palacio del Quirinal y sitúa diez cañones apuntando a las habitaciones papales. Pío VII es ya un prisionero en su propio palacio y el control del Estado Pontificio pasa a la administración francesa [43].

La Santa Alianza es disuelta nuevamente por orden de los cardenales Pacca, que había sido nombrado su jefe un año antes, y Consalvi, y sus operaciones prohibidas dentro del Estado Pontificio ahora ocupado por los soldados de Napoleón. Ni el secretario de Estado ni el jefe del servicio secreto papal desean ningún tipo de altercado dentro de Roma que pueda provocar al ocupante francés, tal como ocurrió tras el asesinato del general Duphot nueve años atrás.

El 10 de junio de 1809, Napoleón declaraba Roma como ciudad abierta y desposeía al papa Pío VII de todo su poder. Para

contraatacar, el Sumo Pontífice lanza una bula por la que amenaza con excomulgar a quien ejercite cualquier forma de violencia contra la Santa Sede o sus representantes. Napoleón ordena entonces al general Radet que tome el Quirinal al asalto y capture al Papa. La noche del 5 al 6 de julio, Radet entra en el palacio papal por la fuerza, derribando puertas, y encuentra a Pío VII junto al cardenal Bartolomeo Pacca, sentado en su mesa de despacho. Conducido fuera de Roma, no se le permitió coger absolutamente nada, tan solo un pequeño pañuelo [44].

El general Radet estaba orgulloso de tener en su poder al Sumo Pontífice de Roma, así es que no iba a permitir que nada ni nadie se interpusiese entre su prisionero y los intereses de su emperador. La situación se iba agravando con la disentería que sufría el Santo Padre. Cuando llegaron a Savona, escala final del viaje, habían pasado cuarenta y dos días desde su detención en Roma. Mientras, los archivos vati

[42] Margaret O'Dwyer, *The Papacy in the Age of Napoleon...,* ob. cit.
[43] Robin Anderson, *Pope Pius VII (1800-1823)...,* ob. cit.
[44] Ibídem.

canos han sido trasladados a París, se ha convocado al Colegio cardenalicio en Francia y se ha acondicionado un palacio como residencia del papa Pío VII. Napoleón pretende convertir París en un Vaticano supeditado a las órdenes del imperio. El cardenal Consalvi había ordenado a Bartolomeo Pacca que todos los archivos de la Santa Alianza fueran evacuados de Roma por los propios agentes del espionaje papal y puestos a buen recaudo.

Dichos archivos fueron cargados en treinta y seis carruajes cerrados y llevados a un lugar secreto en la ciudad de Venecia. Cuando los franceses revisaron los fondos vaticanos, se dieron cuenta de que no había un solo documento de la Santa Alianza en ellos.

El 9 de junio de 1812 se ordena nuevamente el traslado de Pío VII de Savona a Fontainebleau. Según informes de los agentes de Fouché, un grupo de frailes que conforman una sociedad denominada la «Orden Negra» está intentando rescatar al Sumo Pontífice y ponerlo a salvo. El Papa es obligado por el oficial que le custodia a vestir totalmente de negro y a viajar de noche para que nadie le reconozca. Los frailes de la «Orden Negra» llegarían al lugar en donde estaba recluido el Papa tan solo seis horas después de su partida. Diez días más tarde, el Papa y su escolta llegan a su destino, en donde Pío VII consigue recobrar fuerzas [45]. Entre el 19 y el 25 de enero de 1813, Napoleón y el Papa mantienen constantes encuentros, en los que no solo hablan de política, sino también de cuestiones personales.

La marcha de la guerra y las continuas derrotas francesas en

diversos frentes provocó el asedio de Francia y la liberación del Papa, que pudo regresar a Roma el 24 de mayo de 1814. La puntilla al Gran Imperio forjado por Napoleón se daría en un lugar llamado Waterloo [46].

Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia se habían comprometido a estar unidas durante veinte años para impedir que Napoleón se mantuviera en el poder. No obstante, Bonaparte no cedía, pero sus maniobras no consiguieron detener la marcha de los ejércitos aliados, que se presentaron a las mismas puertas de París el día 30 de marzo y obligaron a capitular a la capital francesa. Napoleón, como último intento, quería

[45] Stefan Zweig, *Fouche,* ob. cit.

[46] David Howarth, *Waterloo: Great Battles: A Near Run Thing,* Phoenix Press, Londres, 2003.

lanzar los restos de su ejército para recuperar París, pero sus mariscales más ilustres, los mismos que le habían acompañado en mil y una batallas, entre los que estaban Michel Ney, Lefebvre y Moncey Oudinot, se niegan a seguirle y le piden que abdique [47].

El pueblo, cansado de una guerra constante, deseaba la paz y no importaba qué precio se debía pagar por ella. El 6 de abril de 1814, en Fontainebleau, el mismo lugar en donde había estado recluido el papa Pío VII, Napoleón Bonaparte firmaba su renuncia cuando en París el Senado había ya instituido ante los aliados un gobierno provisional presidido por Talleyrand. El antiguo hombre de confianza de Napoleón debía mantener el orden en París hasta la llegada del rey Luis XVIII, con el que había de restaurarse la monarquía de los Borbones en Francia. Unos días más tarde, el 10 de abril, el general Wellington derrotaba al general Soult en la península Ibérica, sin que ninguno de los contendientes supiese aún que Napoleón había ya capitulado [48].

El que fuera amo y señor de los destinos de Europa sería recluido en la isla de Elba, frente a la costa meridional de Italia, mientras que a su esposa, María Luisa, y a su hijo se les concedía el ducado de Parma. Francia era obligada a volver a sus fronteras de 1792. Napoleón, apoyado por un pequeño grupo de mariscales y generales adeptos, decidió salir de su destierro, conocido como los «Cien Días».

El desastre de Waterloo el 15 de junio de 1815 supuso para Napoleón y su familia el repudio de todas las cortes de Europa. Para evitar un nuevo foco bonapartista, los aliados decidieron recluir a Napoleón Bonaparte en la isla de Santa Elena, un trozo de piedra enclavado a dos mil kilómetros de la costa africana y a más de dos meses de navegación de Inglaterra. Allí permanecería entre el 15 de octubre de 1815 y el 5 de mayo de 1821, fecha en la que moriría envenenado [49].

Tras el internamiento de Napoleón en Santa Elena, Pío VII ordenó al jefe de la Santa Alianza, el cardenal Bartolomeo Pacca, que se ocupase de proteger a la familia del derrocado emperador de Francia. La madre de Napoleón, María Leticia, pudo instalarse en el palacio de

[47] David Hamilton-Williams, *The Fall of Napoleon: The Final Betrayal,* John Wiley & Sons, Londres, 1996.
[48] Jeremy Black, *From Louis XIV to Napoleon...,* ob. cit.
[49] David Hamilton-Williams, *The Fall of Napoleon...,* ob. cit.

la romana Piazza Venecia, donde moriría en 1836, aún protegida por Gregorio XVI. Además, Pío VII acogió al tío y a los hermanos de Napoleón, el cardenal Joseph Fesch y a Lucien y Luis Bonaparte, que fue rey de Holanda. El hijo de este último, Carlos Luis Napoleón, también refugiado bajo el manto protector de Pío VII y de la Santa Alianza, llegaría años después a gobernar Francia bajo el nombre de Napoleón III.

Poco antes de morir, el 20 de agosto de 1823, el papa Pío VII había pronunciado el nombre de las ciudades de Savona y Fontainebleau como símbolo del sufrimiento que le había tocado vivir en los años del ascenso y caída de las águilas. Los siguientes serían años de revueltas y de conspiraciones. Es el tiempo de los espías.

EL TIEMPO DE LOS ESPÍAS (1823-1878)

«Como bandidos al acecho, una chusma de sacerdotes asesina en el camino de Siquem.»
(Oseas 6, 9)

E l año 1823 daría comienzo con el inicio del cónclave para elegir al sucesor de Pío VII. El pulso estaba entre el candidato de los *zelanti* y el de los *politicanti,* las dos únicas facciones que se disputaban el liderazgo en la Santa Sede. Los *zelanti* o «celosos» estaban liderados por el jefe de la Santa Alianza, el cardenal Bartolomeo Pacca, y el cardenal Agostino Rivarola. Estos eran partidarios de mantener una organización dura y conservadora contra cualquier liberalismo que desease infiltrarse en Roma [1]. Para los *zelanti,* y en especial para el propio Pacca, el radicalismo revolucionario había intentado organizar un nuevo orden incluso dentro de los mismos muros del Vaticano. Pacca, Rivarola y los otros defendían la postura de que nada debía cambiar.

Los *politicanti,* al contrario, admitían la necesidad de evolucionar hacia un orden más social dentro de la Iglesia. El cardenal Consalvi, líder de esta facción, pensaba que el desmoronamiento del gobierno de la Iglesia tras la era napoleónica debía ser aprovechado para restaurar un gobierno basado en un Estado Pontificio con una administración reformada.

[1] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

En los países católicos, la mayor parte gobernados por monarquías absolutistas, no veían con buenos ojos a Consalvi, a quien acusaban de haber introducido medidas revolucionarias como la supresión de los derechos feudales de la nobleza o la abolición de privilegios de algunas ciudades. Quienes dirigían esta campaña contra el anterior secretario de Estado se presentaban como patriotas italianos y le acusaban de haberse vendido, así como al Vaticano, a los austriacos. Pacca consiguió en el cónclave que Consalvi llegase a él sin ningún tipo de oportunidad para ser elegido Sumo Pontífice [2].

La disputa entre los cardenales Consalvi y Pacca hizo que Austria vetase a cualquier candidato de los *zelanti,* «no por la rigidez de sus principios, sino por ser demasiado italianos», como escribió el famoso Chateaubriand, ministro francés de Asuntos Exteriores [3].

El nombre de Annibale della Genga no figuraba entre los candidatos y, a pesar de ser desde hacía tres años vicario de Roma, era para los ciudadanos un perfecto desconocido. El 28 de

septiembre, treinta y cuatro de los cuarenta y nueve cardenales electores le dieron el voto. Della Genga, sorprendido por la elección, dijo entonces: «Habéis elegido a un cadáver». Durante sus últimos tres años el cardenal Della Genga había pasado más tiempo en la cama aquejado de diversas enfermedades que trabajando en su despacho. La primera medida del nuevo papa, León XII, fue nombrar al cardenal Giulio Maria della Somaglia, próximo a los *zelanti,* secretario de Estado y ratificar al cardenal Bartolomeo Pacca como responsable de los servicios de espionaje de la Santa Sede.

Para la Santa Alianza posnapoleónica los nuevos enemigos serían los bandoleros y los miembros de las sociedades secretas, como los *carbonari*. Estos últimos habían organizado un levantamiento en la Romaña, y para sofocarlo, el papa León XII decidió enviar al cardenal Agostino Rivarola con el fin de que este mediase pacíficamente en el conflicto. Lo que el Papa no sabía era que Rivarola llevaba instrucciones muy explícitas de Pacca para acabar con la revuelta, con el visto bueno del cardenal secretario de Estado, Somaglia.

[2] Frederic J. Baumgartner, *Behind Locked Doors...,* ob. cit. [3] G. D. Painter, *Chateaubriand,* Random House, Londres, 1998.

Realmente, nadie consideraba a los *carbonari* simples delincuentes, pero desde principios del siglo XIX se habían formado en Nápoles, Milán o Calabria numerosas sectas, nacidas en su mayor parte dentro de la masonería y, por lo tanto, prohibidas por diversos papas, con la ratificación de numerosas bulas. Los miembros de los *carbonari,* de los *protectores,* de los *independientes,* de los *calderari,* de los *peregrinos blancos* o de la *mafia* [4] eran perseguidos en los territorios de los Estados Pontificios de forma oficial por organizaciones bajo control del Vaticano como la propia Santa Alianza, y de forma extraoficial mediante pequeños grupos clandestinos integrados por religiosos y que operaban realizando acciones encubiertas de castigo. Entre estas últimas organizaciones se encontraban las renacidas «Orden Negra» y el «Círculo *Octogonus*», y otras menos conocidas, como los «Hábitos Negros», la «Sociedad de los Trece» o los «Seguidores de Jehú» [5].

Los agentes de la Santa Alianza sabían que los *carbonari* estaban dirigidos por dos hombres llamados Angelo Targhini y Leonida Montanari. Durante una partida para capturarles, un agente del espionaje pontificio cayó muerto de un disparo, mientras que otro resultaba herido de gravedad. Bartolomeo Pacca estaba decidido a encontrar a los cabecillas y llevarlos ante la justicia papal.

El 20 de noviembre de 1825, Targhini y Montanari serían engañados por un agente del espionaje pontificio que se hizo pasar por seguidor de los *carbonari,* y durante el encuentro fueron detenidos por agentes de la Santa Alianza y soldados de la Guardia

Papal. El 21 fueron trasladados a Roma; el 22, juzgados por rebelión; y el 23, decapitados bajo la acusación de haber ofendido al Sumo Pontífice. Pero la particular guerra entre los *carbonari* y los agentes del Papa no se detendría ahí.

El cardenal Rivarola, mano ejecutora del cardenal Pacca, se emplearía a fondo en la tarea de cortar de un solo tajo la rebelión. Apoyándose en la sociedad secreta de los *sanfedisti,* Rivarola y los agentes de la Santa Alianza se dedicaron a ejecutar una especie de guerra sucia. Los sospechosos de ser miembros o de apoyar a los *carbonari* eran secuestrados, interrogados bajo tortura y, en la mayor parte de los casos, ejecutados de

[4] Eric Frattini, *Mafia, S. A. 100 años de Cosa Nostra,* Espasa Calpe, Madrid, 2002.

[5] Jean-Charles Pichon, *Histoire Universelle des Sectes et des Sociétés Secrètes,* Robert Laffont Éditions, París, 1969.

forma sumarísima. Medio millar de personas fueron empujadas al exilio o a las prisiones papales [6]. Enterado León XII de las operaciones clandestinas llevadas a cabo por la Santa Alianza contra los *carbonari* con el visto bueno del secretario de Estado, decidió cesar a Giulio della Somaglia, mientras que mantenía en el cargo al poderoso Pacca [7].

Desde ese mismo momento el nuevo secretario de Estado, el cardenal Tommaso Bernetti, de clara ideología moderada y afín a Consalvi, decidió mantener un estrecho control sobre el servicio de espionaje, sus operaciones, su jefe y ante todo sobre sus actuaciones en la guerra contra los *carbonari*. De cualquier forma, las operaciones clandestinas de la Santa Alianza contra los rebeldes no finalizaron ahí.

Los dos siguientes *carbonari* en caer en manos del servicio de espionaje pontificio serían Luigi Zanoli y Angelo Ortolani. En el mes de febrero de 1828, Zanoli interceptó a un emisario papal que llevaba instrucciones secretas de Bartolomeo Pacca a monseñor Francesco Capaccini, quien años después se convertiría en un importante espía del Papa contra los *carbonari* en Holanda [8].

Zanoli había seguido al emisario papal hasta la misma frontera, y antes de que la cruzase, lo asesinó y le robó los mensajes con el sello de lacre de la Santa Alianza. El *carbonari* se refugió en una cabaña de la Romaña hasta que fue localizado por los hombres de Pacca. Durante el asalto para su detención, otro *carbonari* amigo de Zanoli, llamado Angelo Ortolani, disparó sobre un miembro de la Guardia Pontificia, matándolo en el acto.

Ambos serían detenidos, juzgados y condenados a muerte. Luigi Zanoli sería decapitado en la mañana del 13 de mayo de 1828, mientras que Angelo Ortolani sería ahorcado en la tarde del mismo día. Para el poderoso cardenal Bartolomeo Pacca estaba claro el dicho de «ojo por ojo, diente por diente», y los agentes de la Santa

Alianza estaban dispuestos a llevarlo a cabo.

Los líderes *carbonari* querían devolver el golpe al Vaticano por sus compañeros ajusticiados, y el objetivo elegido sería nada más y nada menos que el cardenal Agostino Rivarola, el enviado papal a la Romaña.

[6] F. J. Coppa, *The Modern Papacy since 1789,* Wesley Longman Ltd., Essex, 1998. [7] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

Gaetano Montanari, hermano de Leonida, y Gaetano Rambelli serían los encargados de matar al enviado de León XII. El problema surgió cuando, dos días antes de la fecha escogida para el golpe, un sastre que tenía previsto entregar a ambos *carbonari* unos hábitos negros que les permitiesen acercarse al cardenal Rivarola se equivocó y se los entregó a dos sacerdotes, uno de los cuales era un colaborador de la Santa Alianza. Al día siguiente ambos serían detenidos. Montanari sería ejecutado a finales de 1828 por tentativa de asesinato del cardenal Agostino Rivarola, y Rambelli, ahorcado el mismo año por haber conspirado contra el Estado Pontificio y el Papa; pero la guerra no se detendría con la muerte de León XII, acaecida el 10 de febrero de 1829.

Ya en el cónclave de 1823, el cardenal Francesco Saverio Castiglioni era uno de los más firmes candidatos a suceder a Pío VII. Incluso se contaba la anécdota de que un día el Sumo Pontífice durante una discusión con el cardenal Castiglioni le había llegado a decir: «Vuestra Santidad Pío VIII [refiriéndose a Castiglioni] arreglará más tarde este asunto» [9]. Por lo tanto, su elección el 31 de marzo de 1829 como nuevo Sumo Pontífice en el cónclave, escenario de desencuentros entre *zelanti* y *politicanti,* no fue ninguna sorpresa para nadie [10].

A pesar de su corto pontificado, tan solo veinte meses, fue un período lleno de acontecimientos que iban a cambiar la estructura de Europa. Las revoluciones que iban a desatarse en el verano de 1830 en Francia, Alemania, Polonia, Bélgica y los Estados Pontificios iban a finiquitar el sistema de la Restauración. Pío VIII siguió manteniendo en las riendas del espionaje papal al cardenal Bartolomeo Pacca, quien ya era un hombre muy poderoso dentro de la Curia romana.

Entre los graves problemas con los que debía enfrentarse el papa Pío VIII, y por consiguiente la Santa Alianza, estaban los movimientos revolucionarios y sectas secretas dentro del Estado Pontificio y sus siempre problemáticas relaciones con la católica Francia. Uno de los más brillantes agentes del espionaje papal en aquellos años sería monseñor Francesco Capaccini.

Durante su etapa como nuncio en Holanda, Capaccini se dedicó a establecer una amplia red de informadores que iban desde los barrios

[9] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit. [10] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

más humildes a los salones de la corte. Capaccini recibía un gran número de informes altamente secretos incluso de miembros de los Estados Generales, el Parlamento holandés [11].

Bartolomeo Pacca había descubierto una verdadera mina de oro con Capaccini y estaba dispuesto a explotarla. Monseñor Capaccini conocía incluso todo lo concerniente a la familia real a través de un consejero de Estado que se había convertido en un asiduo de la nunciatura. Informes sobre homosexualidad, infidelidades y otros asuntos de los miembros de la Casa de Orange pasaban por las manos de Capaccini y acababan en los archivos de la Santa Alianza en Roma.

Pío VIII había llamado en varias ocasiones la atención de Pacca sobre los métodos utilizados por el nuncio en Holanda, pero para la mentalidad del jefe de la Santa Alianza todo método era aceptable siempre y cuando este fuese en defensa de los intereses de la Iglesia, de Roma, del Papa y de los Estados Pontificios.

Un día, Francesco Capaccini alertó al espionaje papal con respecto a un asunto de «alto secreto». «He tenido en mis manos por escasos minutos un informe confidencial enviado por el embajador de Holanda en la Santa Sede con respecto a movimientos que se están desarrollando en los Estados Papales», escribía Capaccini a Pacca.

En realidad, Capaccini había conseguido leer el informe durante una visita que este estaba realizando a la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores holandés. Durante la espera para ser recibido por el responsable del departamento de asuntos religiosos del ministerio, y en un momento en el que la secretaria salió de la sala, el agente de la Santa Alianza descubrió entre un montón de carpetas una que llevaba escrito «Santa Sede: Asunto “Confidencial y de Alto Secreto”». Sin pensárselo, monseñor abrió la carpeta y comenzó a leer la primera página.

Fechado en el verano de 1829, el informe de los holandeses mostraba un complot organizado por una serie de individuos en la ciudad de Spa, desde donde desarrollarían operaciones subversivas contra los Estados Pontificios. Los conspiradores, que tenían acceso a importantes fondos y a la impresión de panfletos, planeaban viajar separadamente hasta el puerto toscano de Livorno y entrar en los Estados papales como peregrinos. Una vez dentro del territorio de la Santa Sede distribuirían literatura antipapal y revolucionaria.

La información fue entregada al secretario de Estado, cardenal Albani, y al responsable del espionaje pontificio, cardenal Pacca. Los agentes de la Santa Alianza consiguieron acercarse al grupo revolucionario, próximos a los *carbonari,* a través de un artesano

que formaba parte de la conspiración [12]. Uno de ellos anotó que el artesano era un hombre joven que posiblemente deseaba vengarse de algún otro miembro del grupo. Entre octubre y diciembre de 1829, los soldados pontificios detuvieron a cerca de catorce miembros del grupo revolucionario. Cinco de ellos, los principales cabecillas, fueron condenados a muerte y ejecutados.

Si realmente la Santa Alianza hubiese tenido agentes tan eficientes como Francesco Capaccini o el abate Salamon, el Estado Pontificio habría sido el gobierno mejor informado de Europa. Desafortunadamente, las líneas de espionaje clásico seguidas por Capaccini o Salamon no eran aceptables para sus colegas destinados en otras nunciaturas. Muchos de ellos veían que las tareas de espiar a otro Estado o Gobierno no entraba dentro de su función pastoral. Incluso un gran número de nuncios no veían con buenos ojos los métodos utilizados por la Santa Alianza. Monseñor Francesco Capaccini sería elevado a cardenal *in pectore* el 22 de julio de 1844 por el papa Gregorio XVI, por servicios prestados a la Iglesia. Este brillante agente del servicio de espionaje pontificio moriría un año después, exactamente el 15 de junio de 1845.

La política de la Santa Sede y de su secretario de Estado no se supeditó a ninguna potencia europea por vez primera en muchos siglos, y tal vez por eso la Iglesia y la Corona serían atacadas de igual forma en la revolución de 1830, que sacudiría los cimientos de Francia. La estrategia de Carlos X, hermano del guillotinado Luis XVI y que reinaba en Francia desde hacía seis años, había sido la de colocar la imagen de la Iglesia al lado del absolutismo y, por consiguiente, enemiga de las libertades. El nuncio en París ya había informado a Albani y Pacca de que la política de Carlos X perjudicaría la imagen de la Iglesia y Roma ante los ciudadanos franceses, pero al parecer nadie quiso escucharle [13].

[12] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit. [13] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

En consecuencia, en el mes de julio los revolucionarios atacaron la sede arzobispal, el noviciado de los jesuitas, la casa de las misiones y la nunciatura. En otras ciudades de Francia, y siguiendo el ejemplo de París, se asaltaron iglesias, conventos y monasterios. Pío VIII, bajo recomendación de Albani, desautorizó la vinculación de la Iglesia con la monarquía de Carlos X y reconoció al nuevo rey Luis Felipe de Orleans. Por recomendación de Pacca, el Papa ordenó a todos los obispos y clero de Francia que prestasen sumisión al nuevo monarca elegido por la nación. Del mismo modo, la Santa Sede procedió a reconocer a Bélgica, un nuevo Estado surgido en 1830 al unirse los católicos y los liberales belgas para luchar por su independencia del reino de los Países Bajos. El rey de Holanda, de religión protestante, intentaba imponer el absolutismo en todos sus

dominios [14].

El 30 de noviembre de 1829 fallecía el papa Pío VIII, con lo que se abría un nuevo cónclave que debía elegir a su sucesor.

Como era de esperar, el cónclave no fue corto, sino más bien demasiado largo. Cincuenta días y un centenar de votaciones fueron precisas para elegir al sucesor del papa Pío VIII. El cardenal Alberto Cappellari no estaba en los pronósticos, y prueba de ello es que no recibió el primer voto hasta pasado un mes de cónclave [15].

Mientras se iban leyendo los votos, Cappellari pidió a los miembros del cónclave que dejasen de votarle; sin embargo, el cardenal Zurla, alegando obediencia a las decisiones del cónclave, le pidió que aceptase la tiara pontificia. El 2 de febrero de 1831 recibía los símbolos papales de manos del propio jefe de la Santa Alianza, Bartolomeo Pacca, y adoptaba el nombre de Gregorio XVI.

El nuevo pontificado se vería inmerso en una oleada revolucionaria que sacudiría a media Europa. La rebelión había estallado en Módena justo un día después de ser coronado Gregorio XVI. Los primeros éxitos se convirtieron en avances tales como la formación de un gobierno revolucionario en Bolonia, en donde habían hecho prisionero al legado pontificio y proclamado la república. Pronto los ejércitos revolucionarios continuaron con su imparable avance, haciéndose con el control de Marcas y Umbría. Los ejércitos papales eran incapaces de

[14] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit. [15] Frederic J. Baumgartner, *Behind Locked Doors...,* ob. cit.

contener su avance, cuando ya habían conquistado el ochenta por ciento del territorio que conformaba los Estados Pontificios. Aconsejado por Tommasso Bernetti, secretario de Estado, y por Bartolomeo Pacca, jefe del espionaje, el papa Gregorio XVI decide solicitar ayuda militar a Austria para sofocar la rebelión. Por estas fechas, Bartolomeo Pacca está bastante desprestigiado dentro de la Curia romana, al haber sido incapaz la Santa Alianza de detectar semejante movimiento revolucionario en el interior de las fronteras papales [16].

La entrada de las tropas austriacas en los Estados Pontificios provocó la rápida protesta de Francia. Durante más de dos meses se vieron inmersos en casi permanentes disturbios y ataques con bombas de grupos revolucionarios, entre los que se encontraba Luis Napoleón, futuro emperador de Francia bajo el nombre de Napoleón III [17].

Sofocada la rebelión, Inglaterra, Francia, Prusia y Rusia convocaron una Conferencia en Roma y obligaron a Gregorio XVI a introducir una serie de reformas que apaciguasen los ánimos revolucionarios. Ninguna de las potencias deseaba que triunfasen los revolucionarios en los Estados papales, debido a que esto podría

provocar una «epidemia» hacia el resto de naciones de Europa.

Tras la retirada de las tropas austriacas, los Estados Pontificios volverían a vivir una nueva revuelta en 1832 en la Romaña, que tampoco fue descubierta a tiempo por los servicios secretos del Papa. El único detenido por los agentes de la Santa Alianza sería Giuseppe Balzani, quien sería decapitado el 14 de mayo de 1833, acusado de cometer ofensas contra el Sumo Pontífice.

En enero de 1836, Gregorio XVI decidió cesar a Tommasso Bernetti y a Bartolomeo Pacca [18]. Para ocupar la Secretaría de Estado, el Papa nombró al cardenal Luigi Lambruschini, de fuerte tendencia conservadora, con la idea de que aplicase la política de «mano dura» con los movimientos y líderes revolucionarios. Uno de los más famosos

[16] Raffaelle De Cesare, *The Last Days of Papal Rome,* Zimmern Publisher, Londres, 1946.

[17] David Baguley, *Napoleon III and His Regime: An Extravaganza,* Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2000.

[18] El cardenal Bartolomeo Pacca, jefe del espionaje pontificio durante casi veintiocho años, moriría el 19 de abril de 1844, a la edad de ochenta y siete años.

de la época sería Giuseppe Mazzini, fundador de la organización Joven Italia, y para quien el Sumo Pontífice era el principal enemigo de una Italia unida [19].

Lambruschini sería el primer cardenal en la historia de la Santa Sede en asumir conjuntamente la dirección de la Secretaría de Estado y de los servicios de espionaje. Según el conservador cardenal, las manos del poder debían sujetar fuertemente la diplomacia (la Secretaría de Estado) y el martillo (la Santa Alianza). Como secretario de Estado, Lambruschini debería negociar el fin de las revueltas, con la intención de pacificar los territorios de la Iglesia, y como jefe de la Santa Alianza debía acabar con todos aquellos movimientos revolucionarios que pusiesen en peligro casi mil años de gobierno del Papa sobre los Estados Pontificios.

Sea como fuere, lo cierto es que Gregorio XVI pasará a la historia como uno de los papas que más condenas de muerte firmó, en total ciento diez; por imponer una prohibición absoluta de toda libertad de expresión tanto verbal como escrita a aquellos individuos y grupos que no siguiesen los dictámenes de la Santa Madre Iglesia; por prohibir a los judíos, bajo fuertes amenazas, ejercer ninguna actividad civil o religiosa fuera del gueto; y por dar el primer paso para la total desmembración de los Estados Pontificios.

A comienzos de 1846, un cáncer afectó al papa Gregorio XVI, víctima del cual moriría el 1 de junio de ese mismo año. Su muerte daría paso al pontificado más largo de la historia en la figura de Pío IX y a una de las etapas más ricas históricamente hablando. Karl Marx, Friedrich Engels, Auguste Comte, Friedrich Nietzsche, Charles

Darwin, Cavour, Giuseppe Garibaldi, Otto von Bismarck o Napoleón III serían algunos de los personajes que pasarían ante Pío XI e influirían de una forma u otra en los treinta y dos años de su pontificado.

El cónclave de 1846 se dividiría entre el cardenal Gizzi, el candidato de los que deseaban una Italia unida; el cardenal Giovanni Maria dei Conti Mastai Ferretti, el candidato de los conclavistas moderados; y el cardenal Luigi Lambruschini, el candidato de los *zelanti,* quienes le veían como el único capaz de hacer frente a los revolucionarios y conseguir el apoyo de Austria para ello [20].

[19] Denis M. Smith, *Mazzini,* Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1996. [20] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

Las continuas discusiones entre los miembros del cónclave predecían una elección larga; pero, para sorpresa de todos, cuarenta y ocho horas después de la primera votación, el cardenal Mastai Ferretti conseguía agrupar los dos tercios necesarios para ser elegido Sumo Pontífice. Mastai-Ferretti elegiría el nombre de Pío IX para un pontificado en una Europa que se deshacía por las guerras y las revoluciones, verdadero campo de cultivo para los espías.

Uno de estos grandes agentes secretos con los que tuvo que enfrentarse la Santa Alianza del cardenal Luigi Lambruschini sería Wilhelm Johann Karl Eduard Stieber. Nacido en Sajonia el 3 de mayo de 1818, Wilhelm se educó dentro del seno de una familia luterana en la que no se veía con muy buenos ojos a los sacerdotes ni al poder de Roma. Trasladado a Berlín con su familia —su padre era funcionario—, terminó en su universidad los estudios de Derecho. En estos años, Stieber se ha convertido en un soplón de la policía prusiana en los ambientes universitarios. Todavía no ha cumplido los treinta años cuando Europa se agita por los movimientos obreros [21].

Federico Guillermo de Prusia temía que los grupos revolucionarios, a imagen y semejanza de los que aparecían en París, Viena e Italia, pudieran arrebatarle el trono. Stieber comprendió entonces el poder que podía llegar a adquirir basándose en ese miedo [22].

Entre 1845 y 1850, Stieber continuó con su trabajo como abogado mientras entregaba abundante información de sus clientes revolucionarios o intelectuales a los servicios secretos de Prusia. El primer contacto de Stieber con la Santa Alianza sucede el 11 de agosto de 1848.

Aquel día, Wilhelm Stieber se acercó a un joven sacerdote que trabajaba en la nunciatura papal en Berlín. El joven religioso era el secretario de monseñor Carlo Luigi Morichini, el representante del papa Pío IX en la corte de Prusia. Stieber deseaba establecer

contacto con los servicios de espionaje pontificios, debido a una información que había caído en sus manos. Para el espía prusiano, cualquier dato o información era susceptible de ser vendida a quien pudiera interesarle.

[21] Eddy Bauer, *Espías. Enciclopedia del Espionaje,* ob. cit.

[22] Wilhelm Stieber, *The Chancellor's Spy: Memoirs of the Founder of Modern Espionage,* Grove Press, Londres, 1981.

Wilhelm Stieber realmente no necesitaba dinero, pero sí influencias y contactos con otros servicios secretos.

En el encuentro con Morichini, el espía informó al nuncio papal de que un infiltrado del espionaje prusiano en un grupo revolucionario le había comunicado que se preparaba un atentado contra una alta jerarquía de Roma y que tal vez pudiese ser el propio Papa. Morichini informó seguidamente al cardenal Luigi Lambruschini, jefe de los servicios secretos pontificios, y al cardenal Giovanni Soglia Ceroni, secretario de Estado. Había que actuar con rapidez para detectar en primer lugar el objetivo del grupo revolucionario, algo difícil debido al gran número de personalidades y altas jerarquías de la Santa Sede que eran susceptibles de ser asesinadas.

Informado Pío IX de la noticia recibida por Stieber, ordenó a Lambruschini que enviase a varios agentes de la Santa Alianza a Berlín con el fin de recabar una mayor información. Durante dos meses los espías del Papa penetraron en los movimientos revolucionarios de Berlín con la ayuda de Wilhelm Stieber, sin ningún resultado positivo.

El conde Pellegrino Rossi, jefe de gobierno de los Estados Pontificios, había nacido en la ciudad italiana de Carrara el 13 de julio de 1787 y se licenció en Derecho en las Universidades de Pavía y Bolonia. Tras finalizar sus estudios, Rossi comenzó a trabajar para Joachim Murat, rey de Nápoles, miembro de los *carbonari* y defensor de una Italia independiente y unida.

Tras la derrota de Murat en Tolentino, Pellegrino Rossi fue forzado a exiliarse en Francia, y tras la derrota de Napoleón en Waterloo, regresó a Ginebra. Años después sería llamado por el papa Pío IX al conocer sus opiniones basadas en el restablecimiento de una autoridad papal dentro de un gobierno constitucional. Pero Rossi también creía que el régimen de libertad que pedían los movimientos revolucionarios debía alcanzarse de forma pausada, dentro de un orden civil. Esta idea provocó su sentencia de muerte por parte de las sociedades secretas, cuyos líderes vivían exiliados en ciudades como Berlín, París o Bruselas.

El 15 de noviembre de 1848, tres meses después de la reunión entre Wilhelm Stieber y el nuncio papal, monseñor Carlo Luigi Morichini, Rossi se dirigía a la Asamblea Legislativa en el Palazzo

della Cancelleria para explicar su programa. El jefe de gobierno de los Estados Pontificios iba sentado en su carruaje leyendo su discurso cuando de repente se abrió la portezuela y un hombre que se había encaramado al pescante le clavó una daga en el cuello, matándolo en el acto [23].

La investigación del magnicidio fue llevada a cabo por los agentes del servicio de espionaje pontificio. Misteriosamente, la causa fue cerrada por orden del cardenal Luigi Lambruschini sin ningún resultado. Sin más, la investigación del asesinato de Pellegrino Rossi fue cerrada.

Mientras el papa Pío IX declaraba abiertamente que el jefe de gobierno asesinado había muerto como un mártir de la causa, los ciudadanos comenzaban a lanzar rumores de que en realidad tras el magnicidio podría estar la mano de la «Orden Negra» o el «Círculo *Octogonus*», manejadas en la sombra por el cardenal Lambruschini. El jefe de la Santa Alianza era un declarado *zelante* o «celoso», alguien que no desea un solo movimiento de libertad dentro de la Iglesia y de los Estados Pontificios, bajo la autoridad infalible del Sumo Pontífice.

Con esta ideología podría ser bastante real el rumor de que el cardenal Lambruschini hubiese ordenado el asesinato del conde Pellegrino Rossi, debido a sus ideas liberales con respecto al papel que debía ejercer el Pontífice en la unidad de Italia, pero el cierre de la investigación por uno de los interesados impidió descubrir no solo al autor material del asesinato, sino también a las cabezas pensantes de la conspiración. El cardenal Luigi Lambruschini, jefe de la Santa Alianza durante dieciocho años, moriría el 12 de abril de 1854, y se llevaba el secreto a la tumba. Pero lo cierto es que el asesinato de Rossi supuso para las sociedades secretas la señal para encender la llama de la revolución que conduciría al papa Pío IX al exilio y al establecimiento de la República Romana [24].

A la mañana siguiente de la muerte del político pontificio, las demostraciones y manifestaciones acabaron en disturbios y rebeliones que desembocaron en el asesinato de monseñor Palma, secretario del Papa. Enfrentado a esta situación, el Sumo Pontífice aceptó al ministro impuesto por el pueblo, pero otra parte de la población exigía la disolución de la Guardia Suiza y la dimisión de Pío IX [25]. Finalmente, el

[23] Michael Morrogh, *The Unification of Italy,* Palgrave Macmillan, Londres, 2003.
[24] N. Doumanis, *Italy (Inventing the Nation),* Edward Arnold, Londres, 2001.
[25] Frank J. Coppa, *The Modern Papacy since 1789,* ob. cit.

17 de noviembre, la Guardia Cívica toma posiciones en la Santa Sede, expulsa a los suizos, y el Papa, considerado prisionero de la revolución. El 24 de noviembre de 1848, y como había ocurrido antes con los papas Pío VI y Pío VII, Pío IX fue forzado a abandonar

Roma, refugiándose en el puerto de Gaeta, en el reino de Nápoles.

El nuevo Gobierno Provisional decidió redactar una Constitución que proclamara la República Romana. Una Asamblea Constituyente confió el poder ejecutivo a un triunvirato formado por Mazzini, Carlo Armellini y Aurelio Saffi [26]. El 9 de febrero de 1849 decretaba que el Papa era desposeído, de hecho y de derecho, del gobierno temporal del Estado Romano; que el Pontífice romano gozaría de todas las garantías para el ejercicio de su potestad espiritual; y que la forma de gobierno del Estado Romano sería la democracia pura, que debería adoptar el glorioso nombre de República Romana [27].

Por iniciativa de España se celebró en Gaeta una conferencia de potencias católicas: Francia, Austria, España y Nápoles. El 3 de julio de 1849 los generales francés y español, Nicolás Charles Victor Oudinot y Fernando Fernández de Córdoba y Valcárcel, desembarcaban con la ayuda de los agentes de la Santa Alianza en Civittavecchia, rompiendo las líneas defensivas de Roma lideradas por Giuseppe Garibaldi [28]. La capital era tomada, mientras los ejércitos de las otras potencias ocupaban el resto de los Estados Pontificios. El 12 de abril de 1850, Pío IX pudo regresar a Roma, pero lo cierto es que el gobierno temporal de los papas había quedado definitivamente finiquitado.

Camilo Benso, conde de Cavour, sería el gran artífice de la unidad de Italia y del fin de los Estados Pontificios. Primer ministro del Piamonte desde 1852, se había fijado un plan claro basado en dos puntos sencillos, «*Chiesa libera in Stato libero*» y Roma como capital de la Italia unida [29].

Víctor Manuel II de Saboya, rey del Piamonte, con ayuda de Garibaldi, fue ocupando nuevos territorios para la joven Italia. Pidió al Papa que otorgase a sus súbditos los mismos derechos de que disfrutaban

[26] Denis Mack Smith, *Mazzini,* ob. cit.
[27] Michael Morrogh, *The Unification of Italy,* ob. cit.
[28] Jasper Ridley, *Garibaldi,* Phoenix Press, Londres, 2001.
[29] Denis Mack Smith, *Cavour and Garibaldi 1860: A Study in Political Conflict,* Cambridge University Press, Nueva York, 1985.

los ciudadanos piamonteses, así como la aceptación de la anexión de algunos de los territorios que formaban parte de los Estados Pontificios, como era la Romaña. Pío IX, aconsejado por el cardenal Antonelli, rechazó la petición. «Yo no puedo ceder —explicaba al emperador Napoleón III— en lo que no me pertenece.» Otra razón era el temor de ver extenderse a los Estados Pontificios la política laica seguida por el Gobierno de Turín [30].

En la encíclica *Nullus certi,* proclamada el 19 de enero de 1860, Pío IX denuncia «los atentados sacrílegos cometidos contra la soberanía de la Iglesia romana y exijo la devolución de lo que ha

sido robado [la Romaña]». El texto acababa con la amenaza de excomunión contra los usurpadores de los derechos de la Santa Sede. A finales de 1860, al Papa solo le queda un tercio de sus Estados [31].

Uno de los primeros agentes de la Santa Alianza en darse cuenta del difícil equilibrio que iba a desarrollarse entre Francia, Austria y el Piamonte sería monseñor Antonino de Luca. Nuncio papal, primero en Munich (1853-1856) y después en Viena (1856-1863), se convirtió en una de las más fructíferas fuentes de información del espionaje pontificio durante esa etapa.

Educado en historia, filosofía y teología, y con un amplio dominio de varias lenguas, el prelado siciliano fue llamado a Roma en 1829 para editar un periódico teológico y para servir como consultor de varios departamentos de la Curia romana [32]. En 1853, De Luca fue enviado a Bavaria como nuncio, y tres años después es trasladado a Viena, la plaza más importante de la diplomacia pontificia en aquellos años. El breve aprendizaje de Munich le sirvió para su entrada en la capital austriaca.

Cuando, en febrero de 1859, el embajador británico en Francia, lord Cowley, llegó a Viena para buscar una solución en la guerra entre Austria y Francia, el secretario de Estado y responsable del servicio de espionaje papal, el cardenal Giacomo Antonelli, escribió a De Luca: «desde que los asuntos italianos han dejado de ser diplomáticos, el nuncio debería adoptar tareas más de inteligencia»; y así sería [33].

[30] Nicholas Doumanis, *Italy (Inventing the Nation),* ob. cit.
[31] F. J. Coppa, *The Modern Papacy since 1789,* Wesley Longman Ltd., Essex, 1998.
[32] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.
[33] Ibídem.

Con la ayuda de Wilhelm Stieber, que ha reaparecido en el escenario del espionaje, tras un intento por parte de sus enemigos de llevarlo ante la justicia, el obispo Antonino de Luca se convirtió en una fuente inagotable de informaciones desde la nunciatura en Viena a la Santa Alianza en Roma.

El primer gran éxito de monseñor De Luca como espía fue durante su estancia en Munich. El nuncio aseguró que el espionaje austriaco (realmente había sido Stieber) le había informado de que un grupo revolucionario había identificado a tres sacerdotes como agentes de la Santa Alianza y que su intención era acabar con ellos. Al parecer, uno de los agentes había sido muy eficaz a la hora de denunciar activistas garibaldinos a la policía papal [34]. Todos los agentes de la Santa Alianza que operaban dentro del territorio italiano fueron puestos en estado de alerta para que tomasen precauciones por orden de su todavía responsable, el cardenal Luigi Lambruschini.

Pero, a pesar de todo, a principios de enero de 1854, mientras los tres espías del Papa estaban reunidos en una taberna, entraron de repente Gustavo Paolo Rambelli, Gustavo Marloni e Ignazio Mancini. Los asaltantes se habían organizado para atacar un objetivo cada uno. Rambelli disparó sobre el primer agente de la Santa Alianza, que se encontraba de espaldas. El espía cayó muerto en ese mismo instante. Marloni intentó disparar sobre el segundo agente, pero su pistola se encasquilló. El sacerdote, de un solo salto, consiguió desarmar a Marloni, mientras Mancini disparaba sobre el tercer agente de la Santa Alianza y lo dejaba herido de muerte.

Al darse la vuelta Mancini, Marloni aún luchaba en el suelo con el espía del Papa. Mancini agarró entonces una daga y se la clavó varias veces en la espalda, si bien lo había matado con la primera puñalada. Posteriormente, y antes de que llegase la Guardia Pontificia, los tres hombres huyeron por las estrechas calles que rodeaban el edificio.

Siete días después, Rambelli, Marloni y Mancini serían detenidos, acusados, juzgados y condenados a muerte por el asesinato de los tres agentes de la Santa Alianza. El 24 de enero de 1854 los tres subirían al patíbulo, en donde serían decapitados. El poderoso cardenal y secretario de Estado, Giacomo Antonelli, firmaría la sentencia de muerte. Por

[34] Wilhelm Stieber, *The Chancellor's Spy...,* ob. cit.

este acto, años después, el propio Antonelli sería víctima de otro atentado por parte de un seguidor de Garibaldi llamado Antonio de Felici. El atacante solo consiguió herir en el brazo y la mano derechos al cardenal y hombre de confianza del papa Pío IX, la misma mano con la que poco después firmaría la orden de ejecución de De Felici.

Una vez en Viena, y siempre con la ayuda de Stieber y de su amplia red de espías, monseñor Antonino de Luca asumió cada vez con mayor interés su servicio a la Santa Alianza. En uno de sus comunicados informó de que oficiales traidores del ejército piamontés le habían ofrecido los planes de fortificación en la Romaña, una región que antiguamente formaba parte de los Estados papales y que había sido anexionada por el reino del Piamonte en 1860. Nadie hizo caso de esta información, aunque sí Wilhelm Stieber, que la aprovecharía en la guerra franco-prusiana de 1870 [35].

En marzo de 1861, Víctor Manuel II se proclamó rey de Italia, y empezaron las negociaciones, en las que se hacían mil promesas al Papa en el terreno espiritual, con tal de que este cediera terreno en el reino temporal. Las negociaciones se alargarían hasta 1864, cuando el rey Víctor Manuel adquirió el compromiso de respetar el

patrimonio y territorio sobre el que se asentaba San Pedro [36].

Debido a la situación de desmoronamiento que vive el imperio de la Iglesia, las comunicaciones de la Santa Alianza en Roma con los espías que tenía desperdigados por el mundo son casi inexistentes, y por este motivo el espionaje pontificio fue incapaz de prever la guerra que se avecinaba en los Estados Unidos.

En 1861, los Estados Unidos de América, que apenas llevaban «unidos» poco más de ochenta años, fueron sacudidos por la guerra civil. Una nación donde se fraguaban dos sociedades, cada una con modelos sociales, políticos y económicos distintos. Una nación que en cuatro décadas había visto multiplicarse varias veces su territorio: la compra de Luisiana a Francia, Florida a España, la anexión de Tejas y la posterior guerra con México (1846-1848) [37].

[35] Wilhelm Stieber, *The Chancellor's Spy...,* ob. cit.

[36] Paolo Pinto, *Vittorio Emanuele II: il re avventuriero,* Arnaldo Mondadori, Milán, 1995.

[37] Iván Ballesteros, *La Guerra Civil Americana.* Ensayo editado en Internet.

El ambiente político de los estados del Norte y de los del Sur había quedado marcado por el interés de los sudistas en sus plantaciones de tabaco, azúcar y algodón, y en mantener a sus casi tres millones y medio de esclavos a toda costa, mientras que los unionistas se inclinaban más hacia el comercio, la navegación y los intereses financieros y, por consiguiente, hacia los aranceles. A un lado estaban los capitalistas norteños acreedores, y al otro, los agricultores sudistas deudores.

El día 6 de noviembre de 1860 es elegido presidente de los Estados Unidos un abogado que desde el Congreso se había opuesto a la esclavitud, el candidato republicano Abraham Lincoln. El 20 de diciembre de 1860, Carolina del Sur se escindió de la Unión y días después le siguieron Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Tejas. A principios de febrero de 1861 los representantes de los estados secesionistas se reunieron en Montgomery, capital de Alabama, para crear una nueva nación, los Estados Confederados de América [38].

La Constitución provisional adoptada era similar en líneas generales a la de los Estados Unidos, y aunque prohibía el comercio de esclavos con África permitía la trata entre los estados. Los del Sur se separaban, según ellos, por los agravios que el Norte producía en torno a la cuestión de la esclavitud, y el hombre elegido para dirigir la Confederación sería Jefferson Davis, antiguo secretario de Guerra [39].

El nuevo presidente de los Estados Confederados de América llamó a filas, pidiendo cien mil voluntarios. Como parte del plan de defensa, la Confederación se apoderó de los arsenales federales, las instalaciones militares, oficinas postales y de aduanas en el interior de los estados del Sur. Fort Sumter, en la bahía de Charleston, no se

rindió a los hombres del Sur. Cuando Abraham Lincoln anunció su intención de enviar refuerzos, los confederados comprendieron que debían utilizar la fuerza. A las 4.30 de la madrugada del día 12 de abril de 1861, un

[38] Howard Means, *C.S.A.: Confederate States of America,* William Morrow Publisher, Nueva York, 1998.

[39] Herman Hattaway, *Jefferson Davis, Confederate President,* University Press of Kansas, Kansas, 2002.

cañón sudista disparó el primer tiro de la guerra civil americana. La Confederación fue la agresora, como Lincoln pretendía [40].

Durante el conflicto civil, que se desarrollaría entre 1861 y 1865, la Santa Alianza contó con Louis Binsse, cónsul papal en Nueva York. Sus informes de inteligencia realmente no eran muy amenos o, por lo menos, interesantes. Binsse, por ejemplo, en pleno comienzo de hostilidades tras el ataque a Fort Sumter, escribía a sus superiores del espionaje papal sobre los barcos mercantes que se dirigían a algún puerto de los Estados Pontificios o sobre algún ciudadano con apellido italiano que se había personado ante él para pedir un visado.

Si se pudiesen estudiar los informes de Binsse, uno se daría cuenta de que en lo que realmente se basaba el agente de la Santa Alianza era más en la información política del momento, en su mayor parte extraída de los periódicos, que en la compleja labor de un espía, aunque esto no le impidió conseguir informaciones importantes. Una de ellas sería la que descubrió en junio de 1861 casi por casualidad.

Louis Binsse había sido invitado a una recepción en Nueva York por parte de políticos y militares unionistas con el fin de recaudar fondos para la causa. Durante la fiesta, unas damas se acercaron a Binsse sin saber que este era en realidad un agente del servicio de espionaje papal y le preguntaron qué le parecía la figura de Giuseppe Garibaldi. Lo cierto es que las señoras de la Unión no sabían que Garibaldi era un enemigo para el papa Pío IX y, por lo tanto, también para su cónsul en Nueva York. El agente de la Santa Alianza, utilizando todo su encanto, consiguió extraer la información de la esposa de un general de la Unión. El propio presidente Abraham Lincoln había invitado al mismísimo Giuseppe Garibaldi para que asesorara a sus generales sobre tácticas de guerra [41].

El agente Binsse comunicó a la Santa Alianza en Roma y al cardenal secretario de Estado, Giacomo Antonelli, las intenciones del líder unionista. La noticia desencadenó un escándalo de tal magnitud en la Santa Sede que Lincoln se vio obligado a retirar su oferta y a pedir dis

[40] William Gienapp, *Abraham Lincoln and Civil War America: A Biography,* Oxford University Press, Nueva York, 2002; y David Detzer, *Allegiance: Fort Sumter, Charleston, and*

the Beginning of the Civil War, Harvest Books, Pensilvania, 2002.
[41] Jasper Ridley, *Garibaldi,* ob. cit.

culpas formales al papa Pío IX. No obstante, miles de voluntarios garibaldinos que habían conformado las famosas tropas de las «camisas rojas» formaron la llamada *Garibaldi American Legion,* que combatiría valerosamente al lado de las tropas de la Unión en diferentes batallas. Desde que esa información llegase a manos de Roma, el consulado de Nueva York se convirtió en un auténtico centro de espionaje desde donde se redirigía a la Santa Alianza en Roma cualquier información procedente de obispos, sacerdotes o monjes «estacionados» en cualquier lugar de los Estados Unidos, ya fuese del Norte o del Sur.

Las noticias del bloqueo naval del Norte sobre los estados del Sur, que estaba desembocando en el deterioro de la posición militar de la Confederación, se mezclaban con peticiones de fondos de alguna congregación de monjas, con la noticia del fallecimiento de algún obispo o con el comienzo de la construcción de una catedral. La Santa Alianza en Roma o Louis Binsse en Nueva York no clasificaban la información recibida entre importante, poco importante o absolutamente innecesaria [42]. La Santa Sede creía que para poder filtrar la información recibida desde unos Estados Unidos en guerra debían movilizar a decenas de miles de religiosos y funcionarios que trabajaban para la Curia romana, y en unos momentos de desintegración de los Estados Pontificios el papa Pío IX no creía necesario derrochar más medios.

Otra cosa fue mostrar la posición del Vaticano y la Santa Alianza con uno de los bandos en conflicto. Las primeras presiones habían llegado al Papa y al secretario de Estado del arzobispo de Nueva York, John Hughes, diez meses después del ataque a Fort Sumter. Hughes dijo a Pío IX y al cardenal Antonelli que él solo servía a la Iglesia y no a los intereses nacionales de una nación, pero de hecho el arzobispo de Nueva York era un agente encubierto y propagandista de Washington. Su sueldo era pagado por el Gobierno de Lincoln y sus informes eran leídos por el secretario de Estado, William Seward.

La misión encomendada por Seward al arzobispo John Hughes era la de viajar a Roma y conseguir el apoyo público del papa Pío IX a la causa del Norte. Para ello, Hughes se presentó por sorpresa en la Santa Sede, alegando que durante su trabajo para la Santa Alianza había descubierto que la Confederación planeaba atacar México y las islas católicas del Caribe [43].

Pero las simpatías del papa Pío IX y de su secretario de Estado, el cardenal Giacomo Antonelli, por el Norte fueron perdiendo fuerza cuando la Santa Alianza comenzó a recibir informes diferentes desde el mes de mayo de 1863 [44]. La fuente no era otra que Martin

Spalding, arzobispo prosecesionista de Louisville, en el estado confederado de Kentucky. Spalding, al igual que Hughes por parte del Gobierno de Lincoln, recibía del Gobierno de Jefferson Davis una importante asignación secreta por conseguir para la causa confederada el apoyo del Papa. El principal interlocutor de Spalding era Judah Benjamin, secretario de Estado confederado.

El arzobispo Spalding en su informe a la Santa Alianza aseguraba que la emancipación de los esclavos negros era en realidad un movimiento político por parte de protestantes abolicionistas y que las gentes del Sur representaban el verdadero catolicismo. Monseñor Martin Spalding afirmaba en un informe a Antonelli que «los negros estaban demasiado inclinados a la vida licenciosa por naturaleza y que no estaban preparados para la libertad. Además, su emancipación podría provocar desórdenes sociales que comprometieran el trabajo misionero de la Iglesia para con los negros» [45].

Los informes de John Hughes y Martin Spalding para la Santa Alianza demostraron que los obispos católicos no eran inmunes a las causas políticas y que a veces sus lealtades eran mayores a la Unión y a la Confederación que al Papa y a la Santa Sede. La mala información recibida por los agentes del servicio de espionaje pontificio durante el conflicto puso de manifiesto un serio quebranto en la política de relaciones de Roma con Washington, sede de la Unión, y Richmond, sede de la Confederación [46]. El papa Pío IX comenzó mostrando sus simpatías a la causa del Norte, para después cambiar a la del Sur, y a ren

[43] David Álvarez, «The Papacy in the Diplomacy of the American Civil War», *Catholic Historical Review,* Washington, D. C., núm. 69, abril 1983.
[44] Frank J. Coppa, *Cardinal Giacomo Antonelli...,* ob. cit.
[45] Howard Means, *C.S.A.: Confederate States of America,* ob. cit.
[46] Randall Miller y Harry Stout, *Religion and the American Civil War,* Oxford University Press, Nueva York, 1998.

glón seguido inclinarse de nuevo por el Norte. Tal vez sería a partir de 1865, al término de la contienda, con el triunfo del Norte sobre el Sur, cuando los responsables del espionaje vaticano se dieron cuenta de que debían formar a agentes de espionaje profesionales si querían que la Santa Alianza del futuro se convirtiese en una herramienta más que permitiese a los papas tomar las decisiones necesarias sobre una situación política concreta.

Como primera medida, el cardenal Antonelli ordenó que cada administración de la Iglesia, nunciaturas y arzobispados prepararan semanalmente informes políticos en los que se incluyeran actividades políticas de sus áreas; títulos de libros que deberían ser censurados; periódicos e ideas políticas que defendían; entretenimientos públicos; retratos de funcionarios públicos;

seguimientos de extranjeros y viajeros sospechosos; y sobre todo cualquier información sobre grupos o movimientos políticos subversivos. Los boletines eran enviados a la Secretaría de Estado, que se ocupaba de diferenciar entre material de espionaje interior, que solo interesaba al directorio general de policía de Roma, y de espionaje exterior, que solo concernía a la Santa Alianza.

Uno de los más hábiles espías del servicio secreto vaticano en recolectar y analizar información fue, sin duda, monseñor Tancredi Bellà [47]. Siendo un joven delegado papal en la pequeña ciudad de Rieti, al norte de Roma, ya había demostrado su experiencia como miembro del servicio de espionaje al descubrir una conspiración de un grupo que se hacía llamar *Fedeltà e Mistero* (Fidelidad y Misterio). Estos lanzaban operaciones de sabotaje contra los austriacos y contra las autoridades papales hasta que con su información se consiguió desarticularlos.

Como delegado en 1859 en una Ancona a punto de caer en manos de los patriotas italianos, Tancredi Bellà descubrió una conspiración mayor para acabar con el poder pontificio en la región, apoyada por el reino del Piamonte. Las informaciones recogidas eran de la mayor importancia. Bellà descubrió desde mediados de abril de 1859 que un gran número de voluntarios llegados desde todas partes de Italia se estaban concentrando en el Piamonte para servir a las órdenes de Giuseppe Garibaldi en los cuerpos de «cazadores alpinos» contra los austriacos; descubrió también que el exilio antipapal estaba enviando serias amenazas a los funcionarios de la policia pontificia y a sus familias en la región de la Romaña, dentro de los territorios pontificios; o que Francia estaba concentrando fuertes contingentes de tropas en su frontera con el Piamonte.

Entre marzo y agosto de 1860, monseñor Bellà había recibido de uno de sus agentes la información sobre la mala salud de Garibaldi y de que, a pesar de ello, el héroe de la Unificación había salido al mando de un contingente de cinco mil hombres rumbo a Sicilia. Una parte importante de estas tropas pertenecían a la sociedad secreta de los *protectores,* que se unieron a los *carbonari* y que llevarían la iniciativa en la campaña garibaldina que conseguiría la liberación de Sicilia en 1860 [48].

La calidad de la información de inteligencia conseguida por los espías de Tancredi Bellà era de lo mejor, en parte por la organización de su propia red, la cual estaba fuera del control de la Santa Alianza en Roma. De esta forma operaba con mayor independencia. Como delegado, monseñor Bellà controlaba entre diez y doce agentes, y cada uno de ellos reclutaba a sus propios informantes. Uno de estos era un inspector de policía de Pesaro que

previamente había servido en los cuerpos de policía de Toscana y Venecia. Después de la incorporación del gran ducado de Toscana al reino de Italia en 1860, el policía decidió mudarse al puerto adriático de Pesaro. El agente de la Santa Alianza decidió abandonar el espionaje papal y unirse a la policía en Nápoles, aunque siguió informando a monseñor Bellà durante años [49].

Otro de los agentes más activos de Bellà era un sirviente que trabajaba para Odo Russell, diplomático en Roma y agente del servicio secreto inglés entre 1858 y 1870. A través del agente de la Santa Alianza en casa de Russell, el secretario de Estado era informado de las visitas de personajes importantes a Roma, desde aristócratas, diplomáticos y periodistas a religiosos o banqueros. También el correo diplomático se convirtió en una buena fuente de información para los espías del Papa. En 1860, el embajador americano en Roma presentó una nota de protesta al cardenal secretario de Estado debido a que su correo entre las embajadas de los Estados Unidos en París y la de Roma era abierto por espías papales. Dos años más tarde el embajador informó al De

[48] Eric Frattini, *Mafia, S. A. 100 años de Cosa Nostra,* ob. cit.

partamento de Estado de que todo el correo que recibía desde Washington llegaba siempre en sobres abiertos [50].

Por otro lado, en 1861, curiosamente, la Santa Alianza no hizo nada en absoluto cuando el servicio telegráfico papal detectó comunicaciones cifradas entre el representante del reino de Piamonte en Roma y su ministro de Asuntos Exteriores, el conde de Cavour. El servicio de espionaje pontificio no hizo ningún esfuerzo por romper los sencillos códigos piamonteses, lo que les hubiera ayudado a descubrir las intenciones de la Casa de Saboya con respecto al futuro de Italia. El ducado de Roma, lo único que le quedaba al Papa, sería protegido por el ejército de Napoleón III, hasta que Cavour consiguió a finales de 1866 que los franceses se retiraran de Roma. El 19 de julio de 1870 estallaría la guerra franco-prusiana y el emperador Napoleón III se vería obligado a retirar sus fuerzas de Roma [51].

Cuando el último soldado francés abandonaba la ciudad pontificia, el rey Víctor Manuel anunció su firme propósito de ocupar Roma «para asegurar el mantenimiento del orden», según palabras del propio monarca. El papa Pío IX respondió entonces: «Bendigo a Dios, que ha permitido que V.M. colme de amargura el último período de mi vida. Por lo demás, no puedo admitir las exigencias contenidas en vuestra carta, ni asociarme a los principios que contiene. Invoco de nuevo a Dios, y pongo en sus manos mi causa, que es enteramente la suya, y le ruego que conceda a V.M. la misericordia que os es necesaria» [52].

El 20 de septiembre de 1870 el ejército piamontés, al mando del general Cardona, entraba en Roma por la Puerta Pía sin demasiada resistencia. La toma de la Ciudad Eterna sería el último paso para la unificación definitiva de Italia.

El nuevo Estado italiano trató de resolver la difícil situación con la unilateral Ley de Garantías de 13 de mayo de 1871, que reconocía la inviolabilidad de la persona del Romano Pontífice. Pío IX rechazó esta ley, ya que aceptarla suponía reconocer la ocupación de Roma y de lo poco que quedaba de los Estados Pontificios. Como respuesta al re

[50] *Consular Relations between the United States and the Papal States: Instructions and Despatches* (American Catholic Historical Association, Washington, D. C.).
[51] Jasper Ridley, *Garibaldi,* ob. cit.
[52] Michael Morrogh, *The Unification of Italy,* ob. cit.

chazo pontificio, Víctor Manuel II se estableció en el palacio del Quirinal, histórica sede de los pontífices, al tiempo que declaraba: «Estamos en Roma y en ella permaneceremos» [53].

El Papa comenzó la política del *Non possumus* respecto a la renuncia de sus Estados, considerándose prisionero de la Casa de Saboya en el Vaticano. El 6 de noviembre de 1876 moría el cardenal y hombre de confianza del Papa, el poderoso Giacomo Antonelli, a la edad de setenta años. Había ocupado la Secretaría de Estado durante veintisiete años y la jefatura de la Santa Alianza durante veintidós.

En 1877 comenzó a declinar la salud de Pío IX, que ya contaba ochenta y seis años. El Gobierno italiano empezó los preparativos de los funerales pontificios con demasiada antelación, ya que antes tuvo que celebrar las pompas fúnebres de su soberano. Curiosamente, y por simples cuestiones del destino, el rey Víctor Manuel II, el gran enemigo del Papa, moriría el 9 de enero de 1878, cuatro semanas antes que Pío IX [54]. En los primeros días de febrero de 1878 el Sumo Pontífice todavía concedió algunas audiencias, hasta que el día 7 por la tarde, y debido a un catarro complicado con una fiebre alta, su vida se extinguió tras permanecer en el cargo treinta y un años, siete meses y veintidós días [55].

Con la muerte de Pío IX y la pérdida de los territorios papales finalizaba toda una época de la historia pontificia. Los siguientes papas y los agentes de la Santa Alianza iban a tener que vivir años trágicos. El jinete de la guerra iba a cabalgar sobre los cielos de Europa, inundando la tierra de sangre y devastación.

[53] Paolo Pinto, *Vittorio Emanuele II: il re avventuriero,* ob. cit.
[54] Pío IX sería beatificado por el papa Juan Pablo II el 3 de septiembre de 2000.
[55] Eric Frattini, *Secretos vaticanos,* ob. cit.

LA ASOCIACIÓN DE LOS IMPÍOS (1878-1914)

«Dijeron los impíos: Tendamos trampas al justo porque nos molesta y se opone a nuestras acciones; nos reprocha las transgresiones de la ley y nos echa en cara las faltas contra la educación que hemos recibido. Si el justo es hijo de Dios, Él lo ayudará y lo librará de las manos de sus enemigos. Pongámoslo a prueba con insultos y tormentos.»
(Sabiduría 2, 17 y sigs.)

E l cardenal Vincenzo Gioacchino Pecci había sido uno de los más críticos con la gestión del cardenal Giacomo Antonelli. Por esta cuestión, Pecci se mantuvo alejado de Roma durante casi treinta años ininterrumpidos. Justo tras la muerte de Antonelli, el papa Pío IX llamó a Vincenzo Pecci a su lado y le nombró cardenal-camarlengo. Con esta medida el Papa deseaba que Pecci se hiciese cargo de la administración de la Iglesia hasta la elección de un nuevo Pontífice.

El cónclave de 1878 era el primero que se celebraría tras la declaración de infalibilidad papal y de la pérdida de los Estados Pontificios durante 1870. El cónclave para la elección de un nuevo Papa se desarrollaría durante el nacimiento del Segundo Imperio alemán como gran potencia europea, desplazando a Francia; con un Japón que se ha incorporado al mundo moderno, abandonando sus milenarias tradiciones; con los Estados Unidos avanzando a pasos agigantados para convertirse en la gran potencia mundial; y con una Europa lanzando un nuevo pulso colonial en África y Asia [1]. Lo cierto es que el nuevo pontificado que iba a comenzar tras la elección de un candidato entre el Colegio cardenalicio sería el primer Papado del mundo moderno, en parte también porque al perder influencias y territorios, los cardenales se veían libres de presiones externas por primera vez en muchos siglos.

El cónclave que dio comienzo en la mañana del 18 de febrero sería uno de los más cortos de la historia. En tan solo tres votaciones el cardenal Vincenzo Gioacchino Pecci consiguió algo más de los dos tercios necesarios para ser elegido nuevo Pontífice [2].

Los primeros años de gobierno del papa León XIII se caracterizan por la inestabilidad y la incertidumbre. El servicio de espionaje papal se encuentra sin nadie al timón, lo que deja muchas de sus operaciones y efectivos sin órdenes concretas o sin saber a quién informar. En el ámbito político, la cosa no es muy diferente.

La diplomacia pontificia debe recomponerse de entre sus

cenizas. Los enfrentamientos entre León XIII y el rey Humberto de Saboya y los ataques del reino de Italia a la Santa Sede eran continuos, así como las provocaciones. El 13 de julio de 1881 se produciría uno de los más graves, cuando el Vaticano intentaba trasladar los restos del papa Pío IX a la basílica de San Lorenzo Extramuros.

Desde dos días antes, los agentes de la Santa Alianza que han conseguido penetrar en las redes de los movimientos revolucionarios que campan a sus anchas por las calles de Roma detectan que varios de ellos van a intentar hacerse con los restos del Sumo Pontífice muerto y arrojarlos a las aguas del Tíber. Los efectivos de la Guardia Suiza han sido puestos en estado de alerta para evitar cualquier tipo de ataque, mientras se informa a la nueva policía de Roma. Cuando la comitiva se introduce en una estrecha calle, varios agentes revolucionarios atacan con piedras y objetos contundentes a los miembros de la comitiva para hacerse con el cadáver de Pío IX.

Los policías italianos que vigilan los pasos de la procesión deciden mirar para otro lado mientras la Guardia Suiza se hace fuerte en una

[1] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit. [2] Frederic J. Baumgartner, *Behind Locked Doors...,* ob. cit.

posada protegiendo el cadáver. Horas después, el féretro con los restos del Sumo Pontífice reposan en la cripta de San Lorenzo.

Los ataques a la Santa Sede convencieron a León XIII para tantear al emperador de Austria, Francisco José, con respecto a la posible instalación de la administración de la Iglesia en territorio austriaco. El problema es que Francisco José no deseaba enemistarse abiertamente con la joven Italia por una cuestión sin importancia como era el Papa. La negativa austriaca hizo que León XIII se decidiese a combatir por los derechos de la Iglesia y de la Santa Sede desde la misma Roma. Pero otro frente se abriría en la ya conflictiva política exterior papal.

El canciller Otto von Bismarck, receloso de los poderosos núcleos católicos que se han unido en el partido del *Zentrum,* decide aprobar una serie de leyes entre 1871 y 1878. Estas tenían como único objeto la persecución y hostigamiento de los círculos católicos contrarios a la política de Bismarck [3].

La *Kulturkampf* o «Lucha de Culturas» ordenaba la expulsión de Prusia de todas las órdenes religiosas; obligaba a someter a ratificación del Gobierno alemán todos los nombramientos de altas jerarquías eclesiásticas; clausuraba todos los seminarios; y ordenaba la expulsión de todos los obispos. León XIII se vio de repente en Roma con doce de los dieciséis obispos que trabajaban en Prusia.

Las continuas protestas entre los círculos católicos que apoyaban a Bismarck y la labor de los secretarios de Estado del Vaticano hicieron el resto [4].

En 1890, el káiser Guillermo II decidió cesar a Bismarck, con lo que daba paso a una nueva etapa de esplendor para el *Zentrum* [5]. León XIII supo rodearse de eficaces jefes de la diplomacia vaticana, como los cardenales Alessandro Franchi, Lorenzo Nina y Ludovico Jacobini, pero ninguno de ellos creía necesaria la ayuda de un servicio de espionaje como la Santa Alianza para apoyar la política del Vaticano en el exterior. Tanto Franchi como Nina o Jacobini veían más una traba

[3] Theodore S. Hamerow, *Otto von Bismarck: A Historical Assessment,* Heath Publisher, Londres, 1972.

[4] David Álvarez, «The Professionalization of the Papal Diplomatic Service», *Catholic Historical Review,* núm. 72, abril 1989, Washington, D. C.

[5] *Zentrum* se mantuvo como el mayor partido político alemán hasta 1903, año en que se desató una grave crisis dentro de esta organización política.

o un inconveniente en la intervención del servicio de espionaje papal en unas cuestiones que debían ser resueltas a través de la diplomacia y la política. Sin duda, se equivocaban. Tan solo la llegada del cardenal Mariano Rampolla a la Secretaría de Estado tras la muerte del cardenal Ludovico Jacobini devolvió cierto esplendor al espionaje papal.

Un intento de regeneración de los desgastados servicios secretos vaticanos se intentó llevar a cabo en el año en el que se desató la guerra entre España y los Estados Unidos. Lo cierto es que la Santa Alianza fue incapaz de ver la guerra que se avecinaba entre ambas naciones en la primavera de 1898.

En un momento las relaciones hispano-estadounidenses se vieron enturbiadas por los acontecimientos desarrollados en la isla caribeña. La represión ejercida en el territorio provocó una reacción por parte de la opinión pública de los Estados Unidos. En el mes de febrero de 1898, dos sucesos vendrían a deteriorar aún más las tirantes relaciones entre Madrid y Washington [6].

El espionaje estadounidense consiguió interceptar una carta del embajador de España en Washington, Enrique Dupuy de Lôme, dirigida a un amigo en Cuba, en donde criticaba abiertamente los deseos expansionistas de los Estados Unidos y ridiculizaba al presidente McKinley. El diplomático se vio obligado a dimitir, pero la prensa sensacionalista, dirigida por William Randolph Hearst, calentó los sentimientos heridos de los estadounidenses. El segundo incidente que desencadenaría la tragedia sería el del acorazado *Maine* [7].

El 15 de febrero, el buque de guerra explotó accidentalmente y se hundió cuando se encontraba de visita en el puerto de La Habana. Doscientos sesenta y seis hombres perdieron la vida. De

inmediato, el Congreso, la prensa y la opinión pública estadounidenses acusaron a los españoles de haber cometido un acto de sabotaje. Con mayor intensidad, los Estados Unidos exigían la retirada de España de Cuba.

El papa León XIII y el cardenal secretario de Estado, Mariano Rampolla, seguían negando la necesidad de contar con un servicio de

[6] John L. Offner, *An Unwanted War: The Diplomacy of the United States and Spain over Cuba, 1895-1898,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1992.

[7] Elbridge S. Brookes, *The Story of Our War with Spain,* Ross & Perry, Inc., Nueva York, 2001.

espionaje activo. Ellos preferían la diplomacia como medio de evitar las guerras. El Sumo Pontífice y Rampolla ya habían mediado en una disputa entre Alemania y España sobre ciertas islas del Pacífico, con bastante éxito, y posiblemente también creían poder interceder entre Washington y Madrid por la cuestión de Cuba [8]. El problema era que el Vaticano no tenía relaciones diplomáticas con los Estados Unidos y ello ayudaría bien poco a la solución del conflicto.

El Santo Padre ordenó a la Santa Alianza que contactase con John Ireland, arzobispo de Saint Paul, en Minnesota. El delegado apostólico debía intentar mediar en Washington, mientras que Ireland debía utilizar otros canales para llegar al presidente McKinley. La experiencia del arzobispo Ireland reveló algunos de los peligros de utilizar agentes locales. John Ireland no era un agente de la Santa Alianza que actuase de forma desinteresada en la crisis. Hubiera sido suficiente con que el papa León XIII y Rampolla leyeran el informe que les había pasado la Santa Alianza sobre el polémico arzobispo Ireland.

El religioso se había identificado notoriamente con el Partido Republicano, en el poder en Washington. Incluso pocos años antes había llegado a tal extremo de implicación con la campaña electoral de McKinley en 1896 que escandalizó a amplios sectores católicos del país. El informe del servicio de espionaje papal recalcaba que el arzobispo John Ireland había pedido a sus feligreses durante las misas que votasen por el Partido Republicano [9].

Con el encargo del Papa el arzobispo esperaba alcanzar la púrpura cardenalicia, incluso apoyándose en importantes personalidades de la política local. Estaba claro que monseñor John Ireland era un nacionalista que estaba a favor de la democracia política, de la tolerancia religiosa y de la vitalidad económica, pero también pensaba que los Estados Unidos estaban destinados a ocupar el liderazgo mundial ante otras tradicionales potencias como España y el Vaticano.

Es difícil determinar las conexiones de John Ireland con la

Administración McKinley y cómo su nacionalismo influyó en los informes a la Santa Alianza en Roma. Lo que sí es cierto es que sus lealtades se

[8] David F. Task, *The War with Spain in 1898,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1997.

[9] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

encontraban divididas entre su pasión nacionalista por el presidente de los Estados Unidos y su clara obediencia al Sumo Pontífice. Los analistas del espionaje vaticano ya habían hecho saber al Papa que John Ireland deseaba ayudarle a asegurar la paz en la guerra de Cuba, pero que él no querría hacer pensar a la Administración McKinley o a los protestantes americanos que su arzobispo o sus conciudadanos católicos eran poco patriotas o incluso proespañoles [10].

No cabía la menor duda de que Ireland trabajaba para alcanzar la paz, tal y como le había pedido el Papa, pero tampoco de que la solución para alcanzarla pasaba por convencer al Vaticano para que presionase a Madrid, antes que a la Administración McKinley, para establecer un inmediato armisticio en Cuba, primer paso para resolver la crisis. Los agentes de la Santa Alianza seguían informando al secretario de Estado Rampolla sobre las intenciones de John Ireland. Según el servicio secreto vaticano, el arzobispo deseaba congraciarse con ambos bandos sin siquiera declararse favorable a uno u otro.

Ireland envía entonces un mensaje cifrado a Rampolla y al papa León XIII con puntos que el arzobispo cree necesarios para dar el primer paso hacia la paz: una declaración de Madrid que establezca el armisticio inmediato en todo el territorio de Cuba; negociaciones hispano-cubanas para acabar de forma rápida con los focos insurgentes; y la aceptación de un arbitrio del presidente de los Estados Unidos en la búsqueda de una solución negociada. Con estas propuestas, Washington asumía el derecho a imponer una solución a la otra parte, España, por la que se requiriera a Madrid una serie de concesiones. Los agentes de la Santa Alianza en la capital estadounidense informaron a Roma de que las propuestas realizadas por el arzobispo John Ireland habían sido redactadas por el Departamento de Estado y no por el religioso, y que si estas eran aceptadas por el Papa o por Madrid supondría de forma anticipada el abandono de Cuba por parte de España [11].

[10] Luigi Bruti Liberati, *La Santa Sede e le origini dell'imperio americano: la guerra del 1898,* Edizioni Unicopli, Milán, 1984.

[11] Carta del arzobispo John Ireland al cardenal secretario de Estado, Mariano Rampolla, del 1 de abril de 1898. John Ireland Papers, Archives of the Archidiocese of St. Paul, Saint Paul (Minnesota).

El problema era que el Vaticano analizaba únicamente la información enviada por Ireland y no por los agentes de la Santa

Alianza o por el delegado papal en Washington. Rampolla y su Secretaría de Estado leían tan solo los informes del arzobispo de St. Paul, e incluso hacían caso a las afirmaciones de Ireland con respecto a que el presidente McKinley «deseaba desesperadamente encontrar una solución pacífica al conflicto», y solo si España accedía a estos deseos podrían calmar los ánimos belicistas del Congreso y la opinión pública. Realmente, los Estados Unidos deseaban controlar Cuba, entre otros motivos por la posición estratégica que la isla ocupaba frente al golfo de México, y McKinley estaba dispuesto a comprarla o a luchar por ella [12].

Mientras el Vaticano, engañado en cierta manera por los informes de Ireland, buscaba una solución con Madrid, el presidente McKinley presentaba a los legisladores el 11 de abril de 1898 la petición de poderes especiales para declarar la guerra a España [13]. Ese mismo día acuerdan que Cuba es libre e independiente y que si España no renuncia a su soberanía, el presidente de los Estados Unidos queda autorizado para utilizar todos sus recursos para llevar a efecto lo acordado. El 21 de abril se rompen las relaciones diplomáticas entre Madrid y Washington, y el 25, los Estados Unidos declaran la guerra a España, lo que supone el comienzo del bloqueo de la isla. El resto ya es historia.

Tras la destrucción de la escuadra española de Cuba en Santiago, la de Filipinas en Cavite, la rendición de las fuerzas españolas de Oriente, la invasión de Puerto Rico, el sitio de Manila y la nula posibilidad de enfrentarse al poderío naval de los Estados Unidos, el Gobierno de Práxedes Mateo Sagasta inició conversaciones para negociar la paz.

El resultado de la operación de desinformación llevada a cabo por el arzobispo John Ireland en este conflicto y el mimetismo desarrollado por el Papa y su secretario de Estado, con respecto a su nulo apoyo a España, provocó que el presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, decidiese dar el primer paso para el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Santa Sede [14].

[12] Elbridge S. Brooks, *The Story of Our War with Spain...,* ob. cit.
[13] John L. Offner, *An Unwanted War...,* ob. cit.
[14] D. Álvarez, «The Professionalization of the Papal Diplomatic Service», art. cit.

Las intrigas urdidas por el arzobispo John Ireland fueron descubiertas por el agente de la Santa Alianza monseñor Donato Sbarretti, un experto en asuntos norteamericanos dentro del espionaje papal. A Sbarretti le llevó pocos días detectar que Ireland había aprovechado la confianza depositada en él por León XIII para asegurarse un brillante futuro en la diplomacia vaticana. También descubrió que John Ireland informaba antes a los servicios secretos estadounidenses de los mensajes que iba a enviar al Sumo Pontífice y al cardenal Rampolla.

Monseñor Donato Sbarretti alertó a Roma con respecto a que un gran número de altos funcionarios estadounidenses, en especial los del Departamento de Guerra al mando del secretario Elihu Root, responsables de los asuntos filipinos, mostraban unos claros prejuicios hacia las órdenes religiosas que trabajaban en las islas asiáticas y que habían propuesto la radical solución de expulsar a todos los religiosos del archipiélago de las Filipinas. Como anotación final, Sbarretti escribió: «No creo sinceramente que los norteamericanos tengan el más mínimo interés en establecer relaciones diplomáticas con la Santa Sede, tal y como asegura el arzobispo de St. Paul, monseñor John Ireland» [15].

El Vaticano, misteriosamente, ignoró las advertencias de Sbarretti sobre John Ireland, y el papa León XIII ordenó que el informe fuese declarado «Alto secreto». Cuando el 1 de junio de 1902 William Howard Taft [16], el gobernador civil de las Filipinas, llegó en visita oficial a Roma como jefe de una pequeña delegación, fue recibido en el palacio papal con una ceremonia solo reservada a embajadores [17].

La Santa Alianza, por orden de Rampolla y del propio León XIII, hizo todo lo posible para que la visita de la delegación encabezada por Taft fuese vista por la prensa como un signo claro de que los Estados Unidos estaban estudiando establecer relaciones diplomáticas con el Vaticano. En realidad, tanto Rampolla como el Sumo Pontífice seguían

[15] Carta de monseñor Donato Sbarretti al cardenal secretario de Estado, Mariano Rampolla, del 1 de abril de 1902. Posizione 975, fasc. 369. Archivio Storico della Sacra Congregazione degli Affari Ecclesiastici Straordinari, Ciudad del Vaticano.

[16] William Howard Taft sería presidente de los Estados Unidos entre 1909 y 1913.

fiándose de los análisis partidistas de Ireland y no de los análisis de monseñor Donato Sbarretti.

La reacción de los estadounidenses no se hizo esperar. William Howard Taft se irritó al saber que agentes del espionaje papal estaban haciendo correr el rumor de que su visita era una misión diplomática formal por iniciativa del presidente Theodore Roosevelt. Taft declaró entonces: «Estamos en Roma solo para negociar una venta de tierras» [18]. Después de varias semanas, las negociaciones se rompieron y Washington ordenó a Taft que regresase a Filipinas.

A principios del mes de julio de 1903, y mientras se encontraba reunido con el cardenal secretario de Estado, Rampolla, el papa León XIII sufrió una inflamación pulmonar. El día 7, los médicos del Papa descubrieron que se le habían encharcado los pulmones. Su estado continuó grave hasta que el 20 de julio falleció rodeado de sus más fieles servidores. Con el Papa se iban también veinticinco

años de pontificado en los que la Santa Alianza permaneció absolutamente inoperante dentro de la política de contención ordenada por León XIII a su servicio de espionaje y a pesar de que en los diez últimos años de su vida el mundo se vio azotado por una serie de magnicidios que podían haber afectado al propio Papa.

El presidente de la República Francesa, Marie-François-Sadi Carnot, era asesinado en 1894; el presidente del Gobierno español, Antonio Cánovas del Castillo, en 1897; la esposa del emperador Francisco José de Austria, Isabel Wittelsbach, *Sissi,* en 1898; el rey de Italia, Humberto I, en 1900; y el presidente de los Estados Unidos, William McKinley, en 1901.

El 31 de julio de 1903 dio comienzo el cónclave para elegir al sucesor de León XIII. El candidato mejor posicionado era el cardenal Mariano Rampolla, secretario de Estado del Papa fallecido, pero el cardenal de Cracovia, Jan Puzyna, en nombre del emperador de Austria, impuso su derecho de veto. Para Francisco José I el cardenal Rampolla era un enemigo de la Triple Alianza (Alemania, Austria e Italia) por su política de acercamiento a Francia y Rusia. El 4 de agosto, el cardenal Giuseppe Melchiore Sarto fue elegido Sumo Pontífice por cincuenta de los sesenta y dos cardenales reunidos en cónclave. Sarto elegiría el nombre de Pío X para su pontificado. Con el comienzo del siglo XX, la Santa Alianza vivirá una de sus épocas más fructíferas, aunque no demasiado gloriosas.

En el nuevo siglo, solo los italianos habían decidido reclutar a agentes secretos en el interior del Vaticano. Por lo tanto, cuando las relaciones Iglesia-Estados se convirtieron en motivo de disputas, muchos gobiernos se vieron en la necesidad de recabar información sobre la política papal y sus intenciones a través de espías.

El problema continuo era Francia desde que en 1880 se desatase una importante corriente anticlerical apoyada por los políticos Jules Ferry y Émile Combes, convencidos de que la intención del Papa era acabar con la Tercera República y restablecer la monarquía. El conflicto culminó con la ocupación de monasterios y conventos por el ejército, que se encargó de expulsar a los religiosos. Estos acontecimientos finalizaron con la ruptura de relaciones entre París y el Vaticano en 1904 y la promulgación de la llamada «Ley de Separación», que proclamaba la separación de Iglesia y Estado [19].

En el momento más álgido de las tensiones entre Francia y el Papa, los servicios franceses de contraespionaje se dedicaban a operaciones de vigilancia del nuncio y a la interceptación de mensajes cifrados entre el Vaticano y su embajador en París. Uno de los informes detectados por los espías franceses en 1904 hablaba de un incidente ocurrido en la avenida Gabriel, justo frente al palacio del Elíseo, la residencia del presidente francés, en donde el vehículo

del nuncio, monseñor Benedetto Lorenzelli, había colisionado con un ciclista sin mayores consecuencias. En realidad, los telegramas cruzados entre la Secretaría de Estado papal y sus nuncios eran potencialmente más importantes desde el punto de vista del espionaje que las cartas, en donde se informaba solo de cuestiones intrascendentes. Los criptógrafos franceses, que habían conseguido romper los códigos españoles, italianos o turcos, fueron incapaces de descifrar los códigos establecidos por el departamento de criptografía de la Santa Alianza [20].

[19] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[20] Marcel Givierge, *Au Service du chifre: 18 ans de souvenirs, 1907-1925*, NAF 17573-17575, Bibliothèque Nationale de France (París, Francia).

Así pues, la cobertura del Vaticano por parte de los servicios secretos franceses era más una cuestión de casualidades que de operaciones organizadas con eficacia. En 1913, la Santa Alianza iba a dirigir una operación contra el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia.

Monseñor Carlo Montagnini, el agente del espionaje vaticano en París, sabía que Stephen Pichon, jefe de la diplomacia gala, era un hombre bastante reacio a establecer relaciones con el Papa, así es que organizó un movimiento de inteligencia para acabar con él. Montagnini había ordenado falsificar un supuesto mensaje entre el embajador de Italia en Francia y su ministro de Exteriores en Roma, en el que se desvelaba que los servicios secretos italianos habían detectado en París la presencia de un tal cardenal Vannutelli.

El texto falsificado por la Santa Alianza destacaba que Vannutelli había llegado a Francia con la intención de mantener reuniones con el presidente Raymond Poincaré y su ministro de Exteriores, Stephen Pichon, para abrir conversaciones secretas con el Vaticano con el único fin de restablecer las relaciones rotas en 1904.

Como era de esperar, la Sûreté consiguió descifrar el falso telegrama. El ministro del Interior, Louis-Lucien Klotz, informado del descubrimiento, protestó al presidente por no haber sido informado del asunto y amenazó con dimitir. Poincaré dijo no saber nada, y realmente tenía razón. Como resultado de la crisis de gobierno abierta, Stephen Pichon fue obligado a dimitir y Klotz prohibió a su servicio secreto descifrar correos diplomáticos. La Santa Alianza había conseguido quitarse de en medio al molesto Pichon.

Otra de las operaciones de la Santa Alianza descubiertas por los franceses sería la orquestada también por monseñor Montagnini. Secretario del nuncio Lorenzelli, aquel había sido elegido su sucesor al tener que abandonar el embajador papal la sede de París tras la ruptura de relaciones. El nuevo representante de Pío X tenía el

cargo de «Agregado de Intereses Religiosos y Custodio de los Archivos de la Nunciatura». Aunque, realmente, monseñor Montagnini era un espía de la Santa Alianza y los ojos y oídos «no oficiales» del Vaticano en Francia.

El sucesor de Benedetto Lorenzelli era un hombre frívolo e indiscreto al que le gustaba demasiado recabar información en los ambientes sociales de la época, algo que no convencía demasiado al nuevo secretario de Estado, el cardenal Rafael Merry del Val. El jefe español de la diplomacia vaticana tenía en muy baja estima las habilidades de Montagnini como agente de la Santa Alianza y admitía que su espía era «frívolo, superficial y completamente torpe» [21].

Los servicios de espionaje franceses estaban seguros de que Montagnini estaba organizando clandestinamente movimientos de resistencia contra las leyes anticlericales y conspirando con políticos conservadores para acabar con la República, aunque no tenían suficientes pruebas de ello [22].

Una tarde del mes de diciembre, el servicio de espionaje, junto con agentes de la policía francesa, decidieron tomar al asalto la embajada papal en París e incautarse de todos los documentos que encontrasen en su interior. Algunos documentos vaticanos demostraban los contactos entre varios políticos franceses y el servicio secreto del Vaticano, pero los más comprometedores habían desaparecido. A pesar de todo, el espionaje galo se hizo con copias de mensajes cifrados enviados por monseñor Carlo Montagnini a la Santa Alianza.

En uno de ellos, que Montagnini no pudo rescatar, se hablaba de la posibilidad de pagar importantes cantidades de dinero a Jacques Piou, líder del partido Acción Liberal, y a otros a través de él, a cambio de que se frenasen en el Parlamento las nuevas leyes anticlericales que se querían aprobar en Francia. Piou mencionaba a Georges Clemenceau, el político que llevó a Francia a la victoria en la Primera Guerra Mundial, como uno de los posibles sobornados [23].

Muchos gobiernos experimentaron a finales del siglo XIX una importante disminución en sus servicios de inteligencia, pero en el caso del Vaticano y durante el pontificado de León XIII esta merma fue bastante más aguda. Las capacidades de espionaje de la Santa Alianza desaparecieron con los Estados Pontificios y con la pérdida de los poderes temporales. Uno de los instrumentos que debían proteger y mantener esos poderes se convirtió en casi superfluo. Las redes de espionaje de los delegados papales a comienzos del siglo XX eran casi cosas del pasado. En estos años, muchos experimentados agentes de la Santa Alianza

[21] Maurice Larkin, *Church and State after the Dreyfus Affair,* Harper & Row, Nueva York, 1972.

[22] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.
[23] Eduardo Soderini, *Leo XIII, Italy and France,* Burns & Oates, Londres, 1935.

servían con un brillante uniforme en los servicios de protección y escolta del Papa, de la Santa Sede y de vigilancia de los palacios e instalaciones pontificias. Las tareas de espionaje eran llevadas a cabo solo por los nuncios, lo que provocó importantes cambios en la filosofía de recabar información estratégica para la diplomacia papal [24].

A la muerte del papa Pío IX, en 1878, el Vaticano mantenía relaciones diplomáticas plenas con quince países, siete de ellos europeos, o bien con mayorías católicas, o bien con comunidades católicas importantes tanto desde el punto de vista de su número como de su importancia política en el interior de ellos [25]. Los restantes estaban en Sudamérica, repartidos en tres nunciaturas. El embajador papal en Argentina estaba también acreditado en Paraguay y Uruguay, y el de Perú, en Bolivia, Chile y Ecuador. El problema surgía en las zonas del mundo en donde no existía una nunciatura y, por lo tanto, estaban más necesitadas de ser cubiertas por agentes experimentados de la Santa Alianza, como por ejemplo Londres, Berlín o San Petersburgo.

Las autoridades papales durante el gobierno de León XIII, uno de los que más daño hizo a la organización del espionaje pontificio en sus poco más de tres siglos de existencia, preferían enviar a «delegados apostólicos» que a espías a aquellas naciones con las que no tenían relaciones diplomáticas. Los «delegados apostólicos» generaban una mejor información religiosa hacia la Santa Alianza, mientras que los «nuncios» aportaban unos mejores análisis políticos.

En aquellos años, después de la rigurosa condena de las ideas modernistas por las encíclicas del papa Pío IX, progresistas y tradicionalistas luchaban dentro de la Iglesia católica. El papa Pío X, defensor de las ideas de Pío IX, decidió nombrar secretario de Estado a un cardenal español, Rafael Merry del Val. Este demostró, en el momento en que los Imperios Centrales y la Entente iban a entrar en lucha, una marcada preferencia por las monarquías alemana y austriaca [26].

[24] David Álvarez, «The Professionalization of the Papal Diplomatic Service», art. cit.
[25] Los países europeos con los que el Vaticano tenía relaciones diplomáticas en 1878 eran Austria, Bavaria, Bélgica, Francia, Holanda, Portugal y España.
[26] Eddy Bauer, *Espías. Enciclopedia del Espionaje,* ob. cit.

Entre los más estrechos colaboradores de Merry del Val se encontraba un prelado llamado Umberto Benigni, que con el paso del tiempo iba a convertirse en uno de los mejores espías del Papa y responsable y fundador del servicio de contraespionaje vaticano. Benigni, un sacerdote de Umbría, tenía el perfecto retrato del tradicionalista ortodoxo. Con una modesta reputación de periodista

y polemista, Umberto Benigni se había trasladado de Perugia a Roma en 1895 en busca de fortuna. Un clérigo que trabajaba en la Biblioteca Vaticana ofreció a este un puesto digno de sus ambiciones y sus habilidades [27].

En 1901, Benigni se aseguró un puesto de profesor de Historia de la Iglesia en el prestigioso Seminario Romano, la institución de las élites en la que se graduaban todos aquellos que deseaban hacer carrera dentro de la Curia romana. Al mismo tiempo comienza a escribir artículos de opinión, como colaborador, en el periódico ultraconservador *La Voce della Verità.*

Sus artículos, envueltos siempre en polémica, y sus puntos de vista reaccionarios con respecto a la sociedad o a la religión atrajeron la atención de los llamados «integristas» en la corte del papa Pío X. Los artículos de Umberto Benigni defendían los poderes temporales del Papa y se oponían a toda reforma política o teológica. Rápidamente el inteligente Benigni se convirtió en protegido del poderoso secretario de Estado, el cardenal Rafael Merry del Val, y de Gaetano De Lai, el influyente prefecto de la Congregación Consistorial, el departamento vaticano encargado de la selección de obispos.

Benigni sería nombrado *minutante* en la Congregación de Propaganda Fide, el departamento responsable de la actividad misionera, así como profesor de aquellos sacerdotes que serían enviados a las misiones. En poco tiempo aquel oscuro sacerdote de Umbría se había convertido en una auténtica celebridad dentro de los círculos intelectuales conservadores de Roma, los cuales conformaban la llamada nobleza «negra» alrededor del Trono de San Pedro.

En 1906, Umberto Benigni fue catapultado al propio corazón de la maquinaria del Vaticano al ser nombrado subsecretario de Estado para Asuntos Extraordinarios dentro de la Secretaría de Estado [28].

[27] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[28] Peter Hebblethwaite, *The Next Pope, A Behind the Scenes Look at How the*

Con una falta absoluta de experiencia en cuestiones diplomáticas, Benigni se dedicó a cultivar contactos que le ayudasen a ascender en su carrera dentro de la Curia romana. El cardenal secretario de Estado, Merry del Val, tenía bajo su mando a dos secretarios, el de Asuntos Extraordinarios, que se ocupaba de supervisar las relaciones con otros Estados, y el «sustituto» para Asuntos Ordinarios, a cuyo cargo estaban las tareas administrativas del Vaticano. Por lo tanto, Benigni tenía la labor de dar asistencia a monseñor Pietro Gasparri, que había llegado al puesto de secretario de Asuntos Extraordinarios desde la dirección del Seminario Vaticano. Fue allí donde Gasparri conoció a Benigni, al que consideraba un funcionario muy eficaz [29].

Al quedar vacante la nunciatura en Cuba, Gasparri se la ofreció a Umberto Benigni, pero el clérigo tenía sus miras más altas, nada más y nada menos que en la Secretaría de Estado. Hacía poco que Benigni había visto cómo el puesto para dirigir la Congregación de Propaganda Fide le era negado.

En aquellos años el cargo de secretario de Estado para Asuntos Extraordinarios era de una gran importancia, pero misteriosamente Pietro Gasparri fue encargado de revisar y publicar el nuevo Código de Derecho Canónico. Una tarea muy absorbente.

Con Gasparri ocupado, Benigni se convirtió en el principal colaborador del cardenal Rafael Merry del Val. El oscuro clérigo y periodista que había llegado a Roma buscando fortuna tenía ahora la libertad suficiente para moverse por los recovecos del poder. El nuevo subsecretario trasladó su oficina al palacio apostólico para estar más cerca del cardenal secretario de Estado y a solo cuatro puertas del despacho del Sumo Pontífice [30].

En 1909, monseñor Umberto Benigni, por órdenes del cardenal Merry del Val, creó una red de espías con la función de que se encargasen dentro del Vaticano y de las instituciones de la Iglesia de detectar a todos aquellos que predicasen el modernismo. En muy poco tiempo

Succesor to John Paul II will Be Elected and Where He Will Lead the Church, HarperCollins Publishers, San Francisco, 2000.

[29] John Cornwell, *Breaking Faith: The Pope, the People, and the Fate of Catholicism,* Viking Press, Nueva York, 2001.

[30] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

los agentes de Benigni comenzaron a denunciar a religiosos que trabajaban en universidades, medios de comunicación e instituciones políticas en Francia, Gran Bretaña, Alemania e Italia. Como resultado de las denuncias formuladas por los agentes de Benigni, que afectaron a casi tres centenares de religiosos, el cardenal secretario de Estado, Rafael Merry del Val, que mostraba absoluta repugnancia por las innovaciones políticas y teológicas, autorizó a su subordinado a organizar una especie de unidad de contraespionaje que debería operar tan solo en el interior del Vaticano y de las organizaciones de la Iglesia. Las operaciones de espionaje en el exterior seguirían dependiendo de la Santa Alianza [31]. La nueva organización de contraespionaje llevaría por nombre *Sodalitium Pianum* (Asociación de Pío) y sería conocida dentro de los muros del Vaticano como el S.P.

Los primeros esfuerzos del *Sodalitium Pianum* irían dirigidos a crear un consistente programa de propaganda que permitiese atacar los argumentos modernistas con el fin de dominar un futuro debate público, tanto en la Iglesia como en la sociedad. Separadamente, el S.P. debería realizar operaciones clandestinas para reclutar agentes

en Europa, Norteamérica y Sudamérica, para identificar a los modernistas, mostrar sus conspiraciones y conexiones y frustrar sus planes. Umberto Benigni se puso manos a la obra con toda la fuerza de un fanático. En muy poco tiempo, las funciones como subsecretario de Asuntos Extraordinarios dieron paso a otras, en el mundo del espionaje, que deberían permanecer secretas a sus propios compañeros de la Secretaría de Estado e incluso a su propio jefe, monseñor Pietro Gasparri.

Benigni conocía la influencia potencial de los periódicos y creía verdaderamente que el Vaticano debía usar de forma efectiva a la prensa en su batalla contra el modernismo y el liberalismo. El jefe del S.P. se autonombró como una especie de jefe de prensa no oficial de la Secretaría de Estado y durante años filtró a los periodistas que cubrían los eventos del Papa la línea que debían seguir en sus artículos. Benigni calificaba de «enemigos» a los corresponsales de periódicos y agencias de

[31] Émile Poulat, *Catholicisme, démocratie et socialisme: le mouvement catholique et Mgr Benigni de la naissance du socialisme à la victoire du fascisme,* Casterman, París, 1977.

noticias de ideología liberal y de «amigos» a los de medios de comunicación de ideología conservadora.

Otro paso importante del S.P. fue crear un periódico propio, *Corrispondenza Romana,* que Benigni dirigía mediante un testaferro. Desde sus páginas se atacaba el modernismo y las políticas liberales y se defendía abiertamente y sin tapujos las prerrogativas papales. Cuando comenzaron a llegar las primeras críticas desde países como Francia o la misma Italia, el papa Pío X negaba que fuese un medio oficial del Vaticano y ni siquiera un medio semioficial. Realmente, el Papa mentía, ya que él mismo había autorizado a su secretario de Estado, el cardenal Rafael Merry del Val, a financiar *Corrispondenza Romana* [32].

Finalmente, monseñor Umberto Benigni escribió un artículo que contenía todas sus tesis integristas y su perspectiva conservadora con respecto a los acontecimientos mundiales políticos y religiosos. La verdad es que el artículo estaba muy bien redactado, así es que fue distribuido por agentes del S.P. a varios corresponsales extranjeros. Muchos de ellos publicaron el artículo de forma íntegra o resumida con sus propios nombres, incluso sin citar la fuente. Las tesis de Benigni fueron leídas por millones de personas en Argentina, España, Austria, Bélgica y los Estados Unidos [33].

Las operaciones de propaganda y desinformación servían para desacreditar el modernismo, pero Benigni y sus jefes en el interior del Vaticano necesitaban controlar la influencia de este movimiento en las organizaciones seculares y en las instituciones. Los integristas tenían que identificar las adherencias del modernismo y arrancarlas de sus posiciones de mayor poder aplicando fuertes sanciones

papales. Para el S.P. sus principales fuentes de información eran los obispos, los delegados apostólicos y los nuncios, pero muchos de ellos no estaban dispuestos a dar información al contraespionaje denunciando a otros.

Se necesitaba una buena red de espionaje instalada en pleno corazón del Vaticano, pero, desafortunadamente para los integristas como Merry del Val o Benigni, la Santa Sede no contaba con una buena organización de inteligencia desde la pérdida de los Estados Pontificios.

[32] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[33] Lorenzo Bedeschi, «Un episodio di spionaggio antimodernista», *Nuova Rivista Storica,* núm. 56, mayo-agosto 1972, Milán.

La llegada de monseñor Umberto Benigni a la cúpula de poder de los servicios de espionaje pontificios provocó un parón en las operaciones de la Santa Alianza, muchas de las cuales se cruzaban. Lo cierto es que el contraespionaje pontificio se convirtió en el principal enemigo del espionaje papal. Los agentes del *Sodalitium Pianum* luchaban por una fuente de información con los espías de la Santa Alianza.

En realidad, la organización clandestina S.P. no tenía nombre oficial, ni localización en ninguna sede pontificia, ni placa que identificase sus oficinas, ni departamentos. Ni siquiera su creación apareció en el *Anuario Pontificio,* la publicación en donde figura el organigrama del Vaticano. Sus gastos eran cubiertos con fondos secretos que llegaban a través del secretario de Estado, el cardenal Merry del Val, a monseñor Benigni. Si alguna autoridad preguntaba directamente al jefe del contraespionaje sobre sus actividades, Benigni afirmaba que solo tres personajes podían responder, «Dios, el papa Pío X y el cardenal Merry del Val». Por supuesto, la gente dejaba de hacer preguntas para evitar tener que enfrentarse a cualquiera de los tres.

Benigni utilizó en el Vaticano las mismas técnicas de espionaje que las otras agencias de inteligencia de potencias como Gran Bretaña, Francia, Alemania o Rusia, y solo en muy raras ocasiones el S.P. compartía información con los servicios de seguridad italianos.

Espionaje, interceptación del correo y telegramas, o vigilancias personales y seguimientos, eran algunos de los trabajos realizados por los agentes del contraespionaje papal. Desde los palacios episcopales, sacristías, aulas, seminarios o nunciaturas en todo el mundo se informaba al S.P. en Roma de superiores o colegas sospechosos de abrazar el modernismo; incluso algunos de ellos trabajaban para Benigni.

Una de las más oscuras operaciones de espionaje del *Sodalitium Pianum* sucedió a finales de 1909. A través de varios informadores,

Benigni descubrió que existía en Roma un anillo de sacerdotes modernistas cuyo líder era un hombre llamado Antonio De Stefano, un notable medievalista y antiguo sacerdote que ahora vivía en Ginebra. Para conseguir penetrar en la organización de De Stefano, el jefe del S.P. envió a un joven sacerdote y agente llamado Gustavo Verdesi. Este, próximo a las ideas modernistas, informó a monseñor Benigni de que la red dirigida desde Suiza se había desarticulado, pero el jefe del contraespionaje no estaba satisfecho. Decidió entonces enviar al padre Pietro Perciballi, un antiguo compañero de aula de De Stefano en el Seminario Romano [34].

Allí Perciballi conoció a otros defensores del modernismo, como Ernesto Buonaiuti, cuyos libros y escritos habían sido declarados herejes por el Santo Oficio, el departamento vaticano responsable de mantener la ortodoxia católica. Con dinero, un pasaporte falso y una cámara, Perciballi viajó a Ginebra, y con el fin de volver a encontrarse con su compañero se puso en contacto con Antonio De Stefano.

En el primer informe, el padre Perciballi destacaba el deseo de De Stefano de lanzar una revista titulada *Revue Moderniste Internationale*. El texto que leía el jefe del *Sodalitium Pianum* resaltaba que De Stefano había invitado al agente Perciballi a abandonar la residencia donde vivía en Ginebra y mudarse a su casa. Durante las largas ausencias de Antonio De Stefano, el agente Perciballi se dedicaba a fotografiar los títulos de los libros que se amontonaban en una librería del salón y a revisar los papeles del despacho, incluida la correspondencia con Ernesto Buonaiuti. Cuando Perciballi regresó a Roma, se presentó ante Benigni con copias de la correspondencia privada de De Stefano.

Los archivos del S.P. se convirtieron rápidamente en valiosos informes sobre obispos reformistas, profesores liberales de seminarios y de intelectuales y periodistas sospechosos. Entre los denunciados se encontraban también los cardenales Amette, arzobispo de París; Ferrari, arzobispo de Milán; Mercier, arzobispo de Bruselas; Maffi, arzobispo de Pisa; Piffle, arzobispo de Viena; o Fischer, arzobispo de Colonia, así como los rectores de las Universidades Católicas de Lovaina, París y Toulouse. Otro represaliado por su proximidad a los «modernistas» sería el cardenal Giacomo Della Chiesa, que sería enviado como arzobispo a Bolonia. El motivo del traslado de Della Chiesa era que el cardenal Merry del Val deseaba apartarlo de los influjos de la Curia romana, y nada mejor que enviarlo como arzobispo lejos de la Ciudad Eterna. En 1914, el cardenal Giacomo Della Chiesa sería elegido Sumo Pontífice tras la muerte del papa Pío X [35].

[34] David Álvarez, *Spies in the Vatican...*, ob. cit.

[35] John F. Pollard, *The Unknown Pope. Benedict XV (1914-1922) and the Pursuit of Peace,*

Geoffrey Chapman Publishers, Londres, 1999.

Benigni incluso había investigado sin órdenes expresas de Merry del Val o del papa Pío X a su superior y antiguo protector, monseñor Pietro Gasparri.

Los informes diarios del S.P. recogían informaciones tales como el desarrollo del Partido Católico Centrista en el Reichstag alemán; de la organización católica-estudiantil Sillon, que defendía en Francia la reforma social y la reconciliación del catolicismo con la Tercera República; la llegada de un nuevo presidente en Uruguay que propugnaba la separación de Iglesia y Estado y la supresión de las fiestas religiosas; o las tensiones en Rusia por las persecuciones religiosas a católicos de Polonia y Lituania por parte de las fuerzas de seguridad del zar Nicolás II [36].

Pronto el S.P. comenzó a conocerse en las altas jerarquías de la Curia romana como el «Sagrado Terror»; entre sus mayores defensores, aparte del propio papa Pío X, estaban el cardenal Rafael Merry del Val, secretario de Estado; el cardenal Gaetano De Lai, prefecto de la Congregación Consistorial, y el capuchino español cardenal José de Calasanz Vives y Tutó [37], responsable del departamento de las órdenes religiosas.

Con el conocimiento y la complicidad de Pío X, monseñor Umberto Benigni se vio con un poder inusitado entre sus manos; tanto es así que sus enemigos y víctimas lo consideraban el «genio diabólico del Papa». Benigni pasaba cada semana informes exhaustivos al propio Pontífice, a Merry del Val y a monseñor Giovanni Bressan, secretario privado del Papa y uno de los más fieles aliados de Benigni. Realmente, el jefe del contraespionaje tenía más protectores en las altas esferas que amigos, y por eso causó sorpresa en los pasillos del Vaticano cuando el 7 de marzo de 1911 el diario *L'Osservatore Romano* publicaba la noticia del cese de monseñor Benigni como subsecretario para Asuntos Extraordinarios de la Secretaría de Estado. Su sucesor sería un joven funcionario del Vaticano llamado Eugenio Pacelli, que con el

[36] John F. Pollard, *The Unknown Pope. Benedict XV (1914-1922) and the Pursuit of Peace,* Geoffrey Chapman Publishers, Londres, 1999.

[37] El cardenal José de Calasanz Vives y Tutó era conocido en el Vaticano como *Vives fa Tutto* (Vives lo hace todo), jugando con su apellido compuesto. Cuando el cardenal español se volvió loco y tuvo que ser internado en 1908, Mariano Rampolla fue nombrado su sucesor hasta su muerte, el 16 de diciembre de 1913. El cardenal Vives y Tutó moriría el 7 de septiembre de 1913.

paso del tiempo sabría escalar en la Curia romana hasta convertirse en Papa veintiocho años después. Como consolación, el papa Pío X nombró a monseñor Umberto Benigni «protonotario apostólico» [38] y se le permitió seguir al mando del contraespionaje.

Para los «amigos» de Benigni, aquello suponía un ascenso y un alto honor, mientras que para sus «enemigos» representaba una

caída en desgracia o un purgatorio.

Los rumores, que ayer, como hoy, corrían veloces por los pasillos de los palacios vaticanos, apuntaban que Benigni había sido removido de su importante puesto al descubrirse que pasaba documentos secretos papales al representante del Gobierno de la Rusia imperial ante el Vaticano. Lo único realmente cierto es que monseñor Umberto Benigni pidió formalmente abandonar el cargo en la Secretaría de Estado para poder dedicar mayor tiempo a los servicios secretos pontificios [39].

Desde ese mismo momento las operaciones y, por lo tanto, las organizaciones y efectivos de la Santa Alianza y del *Sodalitium Pianum* serían unidas con un solo objetivo: la defensa de la Iglesia, el Vaticano y el Papa. Para facilitar esa labor, monseñor Benigni continuó accediendo a los documentos y personal de la Secretaría de Estado; pidió un salario de siete mil liras al año, así como el aumento de fondos para financiar sus actividades de inteligencia [40]. Su protector e interlocutor desde ese momento sería el cardenal Gaetano De Lai. Tan solo contactaba con el cardenal Merry del Val cuando este deseaba alguna información sobre un obispo que iba a ser ascendido o iba a recibir honores papales. Por ejemplo, en la primavera de 1912, monseñor Eugenio Pacelli, amante de las intrigas y el espionaje, preguntó a su antecesor sobre un religioso que iba a ser nombrado obispo. Algunas semanas más tarde, Pacelli contactó con Benigni para informarle de que la Se

[38] El Colegio de Protonotarios Apostólicos era una institución anacrónica sin ningún tipo de poderes o funciones. Los nuevos miembros del Colegio eran generalmente antiguos altos cargos de la Curia con muchos años de edad. Cuando Benigni fue nombrado protonotario tenía cuarenta y ocho años de edad, y para él, que procedía de un departamento importante como la Secretaría de Estado, aquello supuso tan solo un pequeño tropiezo en su carrera.

[39] Émile Poulat, *Catholicisme, démocratie et socialisme...,* ob. cit.

[40] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

cretaría de Estado estaba preparando una declaración sobre los movimientos obreros en Alemania y para comunicarle que estaban buscando a alguien para reemplazar a un arzobispo alemán recién cesado.

Los problemas para Umberto Benigni no habían hecho más que empezar. Durante una entrevista del periodista Guglielmo Quadrotta con un antiguo sacerdote católico que se había hecho metodista, este le confesó que había trabajado como secretario privado de monseñor Umberto Benigni y asimismo para el contraespionaje vaticano infiltrándose en círculos italianos sospechosos de tendencias modernistas. Otro de los escándalos que afectarían a la imagen del propio Benigni y de los servicios de inteligencia del Vaticano sería el caso destapado por un grupo de liberales belgas y alemanes.

Estos habían lanzado una investigación secreta sobre las actividades del *Sodalitium Pianum* y para ello habían conseguido infiltrar en el S.P. a un fraile dominico llamado Foris Prims. El dominico se hizo amigo de un abogado belga que trabajaba en la ciudad de Gante, llamado Jonckx. Gracias a esa relación, Prims supo con todo detalle el sistema de operaciones del S.P. y, por consiguiente, de la Santa Alianza. Prims, escandalizado y pensando que monseñor Umberto Benigni operaba sin protección alguna, decidió ir a Roma para pedir una audiencia con el Papa para contárselo todo.

Rafael Merry del Val salvó a Benigni bloqueando todos los intentos de Foris Prims de ver al papa Pío X y rechazando él mismo ver al dominico o recibir la información documental que portaba [41]. En 1912, el cardenal secretario de Estado cortó su apoyo financiero al periódico *Corrispondenza Romana* y poco después ordenó a Benigni clausurarlo. Estaba claro que la estrella de Umberto Benigni estaba perdiendo brillo. Solamente si el papa Pío X hubiese reconocido públicamente la existencia del *Sodalitium Pianum,* lo habría dotado de un inestimable poder, así como a su fundador. En lugar de legitimar el S.P., el Papa prefería, siempre a través del cardenal De Lai, enviar sus «mejores deseos apostólicos» al servicio de contraespionaje y a su jefe.

Cada vez en mayor medida, Benigni llevaba una vida en completa clandestinidad, lo que le condujo a una enfermiza paranoia. Desde su pequeño apartamento en el Corso Umberto I, intentaba mantener su red

[41] Lorenzo Bedeschi, «Un episodio di spionaggio antimodernista», art. cit.

de informadores y su contacto con los círculos papales, muchos de los cuales le habían ya cerrado las puertas. Incluso creía que agentes modernistas en las oficinas postales de Francia, Alemania e Italia interceptaban su correo y lo abrían. Por miedo a sus enemigos dentro y fuera del Vaticano, Umberto Benigni viajaba personalmente para reunirse con sus informantes y se las arreglaba para que sus visitas a Bruselas, París o Ginebra se mantuviesen en secreto.

En los primeros meses de 1914, Benigni sobrevivía ocupándose de marginales asuntos papales, y el que fuera maestro de espías era ahora una sombra patética y paranoica de lo que fue. Su clarividencia en crear un servicio de inteligencia parecido a los que ya operaban en Rusia, Alemania o Francia se convirtió en algo quimérico. Él personalmente se había ocupado de reclutar a los informantes, dirigir sus actividades, leer sus informes, asegurar los documentos, informar directamente al cardenal secretario de Estado y realizar operaciones encubiertas; pero de lo que no se había

ocupado era de cuidar el suelo bajo sus pies.

Cuando monseñor Umberto Benigni abandonó el Vaticano tras el nombramiento como Papa del cardenal Giacomo Della Chiesa (Benedicto XV), uno de los represaliados por el *Sodalitium Pianum,* dejó tras de sí un servicio secreto en ruinas, las operaciones de la Santa Alianza casi inexistentes, amistades rotas y sospechas continuas entre los miembros de la Curia romana por las denuncias que se habían lanzado los unos contra los otros. Por desgracia, la visión sobredimensionada de Benigni [42] sobre un servicio de espionaje papal eficaz quedó solo en un sueño. Curiosamente, el estallido de la Primera Guerra Mundial devolvería a la Santa Alianza a la vida y al mundo de las operaciones de espionaje [43]. Una oportunidad única se había desaprovechado cuando el jinete del Apocalipsis con la espada en la mano está a punto de lanzar al mundo a una conflagración mundial.

[42] Umberto Benigni acabó sus días como delator dentro del Vaticano de los servicios secretos de Benito Mussolini.

[43] John Cornwell, *Breaking Faith...,* ob. cit.

EL JINETE DEL APOCALIPSIS (1914-1917)

«Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: Ven y mira. Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada.»
(Apocalipsis 6,3)

G avrilo Princip era un producto de aquellos años en los que Europa se veía azotada por aires anarcosocialistas. Era un estudiante serbobosnio demasiado idealista que había soñado con luchar en grandes batallas de liberación. El joven estudiante se encontraba en una calle de Belgrado cuando leyó los titulares de un rotativo en el que se anunciaba la visita a Sarajevo del archiduque Francisco Fernando y su esposa Sofía de Hohenberg. El 28 de junio de 1914 era el día de San Vitus, patrón de Serbia.

Para los serbios en general y Princip en particular, Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro y sobrino-nieto del emperador Francisco José, representaba el poder de los Habsburgo sobre los serbobosnios y eslavos del sur que deseaban su independencia del Imperio Central, siguiendo el ejemplo de Serbia [1].

[1] Lavender Cassels, *The Archiduke and the Assassin: Sarajevo, June 28th, 1914,* Scarborough House, Londres, 1985.

Para un nacionalista como Princip, aquella visita suponía tener a tiro al más alto representante del imperio ocupante. El estudiante contactó con la «Mano Negra», una organización serbia que hasta entonces solo había lanzado pasquines ante el paso de la comitiva del general Potiorek, gobernador de Bosnia. Pese a que la organización le negó su ayuda, Princip decidió seguir adelante y reclutó a cinco jóvenes para llevar a cabo sus planes.

Aquel fatídico 28 de junio comenzó temprano, cuando la pareja imperial llegó a Sarajevo. Desde la estación se dirigieron hasta el Ayuntamiento en una comitiva de coches descubiertos que atravesaría los muelles de Miljacka y la parte vieja de Sarajevo para llegar hasta el museo de la ciudad. Princip y los suyos se situaron a lo largo del muelle. Cuando la comitiva llegó a la altura del primer terrorista, Mohammed Mehmedbasic, este no pudo actuar ante el gentío que vitoreaba al archiduque. El segundo, Vasco Cubrilovic, rodeado de agentes de policía, tampoco. El tercero, Nedjelko Cabrinovic, lanzó la bomba, que estalló en los bajos del coche de escolta que seguía al de Francisco Fernando. Los otros tres terroristas —Princip, Cvijetko Popovic y Danilo Ilic—, al ver cómo

detenían a Cabrinovic, decidieron no actuar [2].

Sin embargo, poco después el destino volvió a cruzar las vidas de Gavrilo Princip y del archiduque. El heredero austrohúngaro comunicó al general Potiorek su deseo de visitar a los heridos del atentado —el conde Boos-Waldeck, el coronel Erik von Merizzi y la condesa Lanjus— en el hospital de Sarajevo. El problema surgió cuando los vehículos que precedían al coche de la pareja imperial cambiaron de trayecto sin previo aviso. El general Potiorek ordenó al chófer que diese marcha atrás en la estrecha calle en la que se encontraban.

Gavrilo Princip no podía creer que aquel coche que con dificultad intentaba maniobrar en la estrecha calle estaba ocupado por la pareja imperial. El estudiante empuñó el arma, salió a la calle y apoyándose en el pescante del vehículo real disparó dos tiros. El primero mató en el acto al archiduque Francisco Fernando y el segundo hirió de gravedad a su esposa Sofía, quien moría minutos después en el vehículo. Aquel magnicidio supuso un hecho aislado en la guerra de liberación, pero realmente fue la apertura de la caja de los truenos en Europa. La

[2] Lavender Cassels, *The Archiduke and the Assassin...,* ob. cit.

suerte de la guerra estaba echada, y los peones, situados en sus posiciones: por el lado de la Entente, un bloque compacto compuesto por 120 millones de soldados, y por el lado de los Imperios Centrales, un bloque que contaba con 238 millones de soldados repartidos en tres zonas geográficamente muy alejadas entre sí [3].

El papa Pío X presentía un desenlace fatal y la Santa Alianza hablaba ya en sus informes de una «guerra» que podría sacudir a la humanidad, mucho antes de que estallara la Primera Guerra Mundial. Lo cierto es que el Papa, en su odio por los ortodoxos, incitaba continuamente al emperador Francisco José de Austria-Hungría a eliminar a los serbios. Después de lo que sucedió en Sarajevo, el barón Ritter, el representante de Baviera en el Vaticano, escribió a su Gobierno: «El Papa aprueba el trato terrible que se le está dando a Serbia. Él no tiene muy buena opinión de los ejércitos de Rusia y de Francia en el caso de la guerra con Alemania. El cardenal secretario de Estado [Rafael Merry del Val] no veía que Austria pudiese hacer guerra si no decidía hacerlo en ese momento...» [4].

El día 15 de agosto comenzó a sentirse indispuesto, el 19 su estado era muy grave, y el 20, a la una y cuarto de la mañana, casi dos meses después del magnicidio, moría sujetando la mano de su fiel colaborador, el cardenal Rafael Merry del Val.

A pesar de las dificultades impuestas por la guerra, los

cardenales pudieron reunirse en Roma bajo cónclave para elegir al sucesor del papa Pío X. En la tarde del 31 de agosto entraron cincuenta y siete cardenales de los sesenta y cinco que componían el Colegio cardenalicio. El día 3 de septiembre de 1914, Giacomo Della Chiesa era elegido Papa y adoptaba el nombre de Benedicto XV. Curiosamente, Della Chiesa había sido ascendido a la púrpura cardenalicia, y por lo tanto con opción de voto en el cónclave que le elegiría como nuevo Pontífice, solo cuatro meses antes de la muerte de Pío X [5].

[3] David Stevenson, *Cataclysm: The First World War As Political Tragedy,* Basic Books, Londres, 2004.

[4] Edmund Paris, *The Vatican versus Europe,* The Wickliffle Press, Nueva Zelanda, 1989.

[5] John Pollard, *The Unknown Pope. Benedict XV (1914-1922) and the Pursuit of Peace,* Geoffrey Chapman Publishers, Londres, 1999.

En el momento de sonar los primeros disparos con los que daba comienzo la Primera Guerra Mundial, los dos grandes Imperios Centrales —austrohúngaro y alemán— se enfrentaban a las llamadas potencias de la Entente —Francia, Rusia y Gran Bretaña—, las cuales se habían reunido en secreto el 5 de septiembre de 1914 para acordar que ninguno de sus miembros firmaría un tratado de paz por separado durante el desarrollo de la contienda. De esta forma quedaba ya clara la división de las naciones e imperios europeos, los cuales entrarían en una guerra sin precedentes durante los siguientes cuatro años y medio.

Mientras no cesan de llegar los primeros informes de bajas y destrucción a la Secretaría de Estado desde las nunciaturas de Bruselas, Berlín y Viena, el papa Benedicto XV adopta las primeras medidas con la intención de romper con el pasado. Los cambios significaban el nuevo curso que llevaría la política papal.

El cardenal Mariano Rampolla sería enviado como responsable de la insignificante Sacra Congregación a la Fábrica de San Pedro. Los nuevos «favoritos» le dieron tan solo cuarenta y ocho horas para desocupar su despacho en el Ala Borgia y trasladarse a un pequeño apartamento en la Palazzina del Arcipreste de San Pedro. La siguiente medida fue la de cesar al hasta entonces poderoso cardenal Rafael Merry del Val de su puesto de secretario de Estado y destinarlo como responsable de la abadía de Subiaco. Apartado Merry del Val, sus amigos también cayeron en desgracia. Por ejemplo, el cardenal Nicola Canali fue cesado de su cargo de «sustituto» y enviado a la menos importante Secretaría de la Sacra Congregación de Ceremonias.

Pero el mayor golpe contra los fanáticos antimodernistas sería la orden del Sumo Pontífice de cesar a monseñor Umberto Benigni [6] como jefe del contraespionaje vaticano *Sodalitium Pianum,* el S.P., y enviarlo como profesor de estilo diplomático a la Academia de

Nobles

[6] Monseñor Umberto Benigni moriría en 1934, a la edad de setenta y dos años. Todos los documentos relativos al paso de monseñor Benigni por los diferentes departamentos del Vaticano fueron clasificados de «Alto secreto» y depositados en el conocido Archivio Segreto Vaticano, en la sección de «Colecciones Separadas», en «Papeles Familiares e Individuales». Los documentos sobre «Benigni, Umberto» se encuentran entre los de las familias Beni y Benincasa. Aún no han sido desclasificados. Véase también Francis X. Blouin (ed.), *Vatican Archives: An Inventory and Guide to Historical Documents of the Holy See,* Oxford University Press, Oxford, 1997.

Eclesiásticos. El cambio de política estaba claro cuando Benedicto XV promulgó la encíclica *Ad Beatissimi,* con la que ponía fin a los llamados «integristas», una palabra que el Papa desde luego no utilizó en el documento [7]. El S.P. continuó floreciendo en un mundo en guerra hasta 1919, en que se publican unos documentos pertenecientes a sus archivos y encontrados por los servicios de espionaje alemanes [8]. El Papa nombra secretario de Estado al cardenal Pietro Gasparri, el antiguo protector de Benigni y hasta ese momento responsable de la publicación del nuevo Código de Derecho Canónico.

Mientras tanto la Primera Guerra Mundial discurría de acuerdo con los planteamientos trazados en 1906 en el Plan Schileffen, basado en una guerra de movimientos que en un principio hizo pensar en una clara victoria del Imperio alemán en poco tiempo. Sin embargo, ninguna de las previsiones se cumplieron, ya que desde la batalla del Marne, desarrollada entre el 9 y el 12 de septiembre de 1914, los alemanes tuvieron que replegarse, lo que modificaba las características del conflicto [9]. De una guerra de movimientos rápidos y golpes estratégicos se pasó a otra de trincheras y de contención, convertida en una lucha cruel, larga y duradera, con la consiguiente pérdida de vidas humanas. La Santa Sede y el Papa se vieron en la obligación de buscar una solución al conflicto, por lo que el Vaticano se convirtió en objetivo, aunque no militar, sí para los espías y las conspiraciones.

Las diplomacias alemana y austriaca estaban representadas en la corte papal. Alemania estaba muy bien posicionada desde el siglo XIX, cuando contaba con la presencia de dos embajadores representando a Baviera y Prusia. El conde Otto von Mühlberg, diplomático prusiano, era un hombre enérgico en cuanto a su labor ante el Papa, mientras que su homólogo bávaro, Otto von Ritter, era especialmente admirado en la Administración vaticana por su carácter moderado. Austria estaba representado por el príncipe Schönberg, heredero de una noble familia que había servido al Estado y a la Iglesia durante

[7] John Pollard, *The Unknown Pope. Benedict XV...,* ob. cit

[8] C. Falconi, *The Popes in the Twentieth Century,* Faber & Faber, Londres, 1960.

[9] Martin Gilbert, *The First World War: A Complete History,* Henry Holt & Company, Nueva York, 1996.

siglos. Los tres diplomáticos eran expertos en las relaciones con la Curia romana, en especial con obispos y cardenales, y con la prensa italiana [10].

En contraste con los embajadores de los Imperios Centrales, el equipo diplomático de los aliados estaba relegado a codearse con cargos menores de la Administración pontificia. El único embajador aliado con ciertas relaciones en las altas esferas vaticanas era el de Bélgica, aunque este prefería la buena vida que la mala diplomacia, algo que exacerbaba al embajador de Rusia. El representante del zar Nicolás II no estaba tan bien visto en Roma debido a la política clerical de su país, que defendía que la Rusia ortodoxa era una de las grandes defensoras del protestantismo en una Europa católica.

Frente al poder diplomático de los Imperios Centrales estaba el cardenal Francis Aidan Gasquet y su secretario, Dom Philip Langdon, quien realmente trabajaba para la Santa Alianza como propagandista de los aliados.

Langdon era más conocido como experto en monasterios ingleses que como espía de la Santa Alianza. A pesar de que era dom Philip Langdon quien realizaba las misiones de campo para el espionaje pontificio, se dice que realmente era el cardenal Gasquet quien ordenaba estas operaciones a su secretario. Patriótico y fiel al papa Benedicto XV, el cardenal no dudó jamás sobre la necesidad de apoyar a la causa aliada frente al belicismo representado por los Imperios Centrales. Él, ayudado por su fiel Langdom, se dedicaba a recopilar información para la Santa Alianza y enviarla a Londres.

En uno de esos informes, el cardenal Gasquet, a través de su secretario Langdon, consiguió hacer llegar una carta al Foreign Office sobre los esfuerzos de los servicios de espionaje de los Imperios Centrales dirigidos a lograr las simpatías del Vaticano para la causa germano-austriaca y que urgía al servicio exterior británico a nombrar de inmediato un embajador ante la Santa Sede. En el mes de noviembre de 1914, Londres envió a sir Henry Howard, un diplomático católico retirado, quien en su primer informe describió abiertamente a un Vaticano bastante germanófilo. Gasquet, en realidad un agente de la Santa Alianza, informaba de todos los movimientos dentro del Va

[10] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

ticano sobre la guerra que se estaba desarrollando fuera de sus muros [11].

En poco tiempo el Palazzo San Calisto, en donde residía el cardenal Gasquet, un edificio de la Santa Sede situado en el Trastevere, se convirtió en el centro de simpatizantes aliados. El papa Benedicto XV llamó a Gasquet y le pidió que mantuviese sus reuniones de forma más confidencial, ya que si algún embajador de

los Imperios Centrales descubría el juego del cardenal, podría poner en un serio compromiso la neutralidad pontificia en la contienda [12].

También el Papa ordenó al cardenal que debía informar antes a la Santa Alianza que a los británicos sobre los movimientos de los espías de los Imperios Centrales en el Vaticano. Benedicto XV le recordó que debía antes fidelidad al Papa que a los ingleses, pero Gasquet temía que los espías alemanes o austriacos hubiesen conseguido infiltrarse en la Santa Alianza o en el contraespionaje, el *Sodalitium Pianum*.

Tanto el cardenal Gasquet como sir Henry Howard se daban cuenta de los movimientos de los Imperios Centrales para atraerse las simpatías del Papa hacia su causa, y contra eso debían luchar.

Desde los primeros meses de la guerra, Berlín y Viena enviaron embajadores a la Santa Sede con un amplio contingente de diplomáticos y agentes secretos. Se recurrió a peticiones de audiencias con el papa Benedicto XV, a reuniones semanales con el cardenal secretario de Estado, Pietro Gasparri, a organizar encuentros con los ayudantes de este, o a preparar cenas con altos miembros de la Curia romana y la prensa italiana.

En principio los espías alemanes y austriacos, así como sus diplomáticos, trabajaban sin tapujos en atraer para su causa al Papa y a sus ayudantes con el fin de justificar la política belicista de los Imperios Centrales y en detrimento de la política de los aliados destinada a combatir a Austria y Alemania. En poco tiempo los encuentros entre espías en callejones oscuros de Roma dieron paso a reuniones sociales en palacios y grandes residencias a favor de uno u otro bando.

A comienzos de 1915, la guerra relámpago se convirtió en una guerra de trincheras. Ambos bandos deseaban conseguir nuevos alia

[11] David Álvarez, «The Professionalization of the Papal Diplomatic Service», art. cit.

[12] Leslie Shane, *Cardinal Gasquet: A Memoir,* Burns & Oates, Londres, 1953.

dos para reforzar sus líneas defensivas o simplemente para sustituir a unidades que llevaban meses combatiendo en pésimas condiciones. Italia se convirtió en objetivo de los contendientes para atraerla a la guerra. Miembro de la Triple Alianza, los líderes de Italia estaban decididos a no exponer a sus ciudadanos a lo incierto de la contienda. En los primeros meses del año, las embajadas de ambos bandos trabajaban a pleno rendimiento para conseguir el apoyo de Italia a la causa de la Entente o a la de los Imperios Centrales [13].

La Santa Alianza había informado ya al Papa y al cardenal Pietro Gasparri de las intenciones de los políticos de Italia. El espionaje pontificio había detectado reuniones entre representantes del Gobierno de Roma y del Imperio austrohúngaro para negociar la entrada. El precio del apoyo italiano a Austria y Alemania sería la

llamada *terre irredente,* los territorios de habla italiana en los distritos del Trentino y que pertenecían al Imperio austriaco. La posición oportunista de Roma puso en una situación difícil a Viena.

Por otro lado, la Santa Alianza había informado también al Papa sobre los contactos del Gobierno de Italia con los aliados. El servicio de espionaje pontificio había descubierto que el Gobierno de Roma estaba negociando al mismo tiempo con la Entente su neutralidad en la guerra. Si esta se mantenía y sus fuerzas ganaban la guerra, el reino de Italia se vería recompensado con territorios que hasta entonces pertenecían a Austria.

Rápidamente, el papa Benedicto XV ordenó a su servicio de espionaje y a la Secretaría de Estado que se dedicasen en cuerpo y alma a intentar evitar que Italia entrase en guerra a favor de Austria y Alemania. En realidad, el Papa dudaba de la capacidad del Estado italiano para sobrevivir política y económicamente a la tormenta bélica, sobre todo si la guerra convertía a Italia en objetivo de las bombas y, por lo tanto, a Roma, sede del Vaticano [14].

El problema surgió cuando la Santa Alianza descubrió que muchas altas jerarquías de la Curia romana defendían el intervencionismo italiano a favor de los Imperios Centrales, los principales poderes católicos en Europa central y barrera contra el avance de la

[13] Robert Cowley, *The Great War...,* ob. cit.
[14] John Pollard, *The Unknown Pope. Benedict XV...,* ob. cit.

religión ruso-ortodoxa y el paneslavismo. Esto dio fuerza al espionaje alemán para desarrollar un mayor número de intrigas en el Vaticano, muchas veces con el apoyo del *Sodalitium Pianum,* el contraespionaje papal.

El 21 de febrero de 1915, agentes de la Santa Alianza detectaron la llegada a Roma de Mathias Erzberger, el líder del Partido Centrista Católico en Alemania. Este era un hombre muy respetado en las altas esferas del Vaticano, así como una figura conocida, incluso por Benedicto XV. Realmente, la estrecha conexión entre Mathias Erzberger y el Vaticano no explica claramente a los historiadores el apoyo del Papa y la Curia romana a los Imperios Centrales durante la Primera Guerra Mundial, pero por lo menos deja la duda en el aire [15].

Durante la primavera del mismo año, Mathias Erzberger visitó la capital italiana en varias ocasiones, donde mantuvo reuniones en las embajadas de Austria y Alemania y visitó constantemente los palacios vaticanos. Lo que no sabía el político alemán era que había sido puesto bajo estrecha vigilancia no solo por el servicio de espionaje italiano, sino también por la Santa Alianza, más próxima a la causa aliada y a las razones del cardenal Gasquet, y por el *Sodalitium Pianum,* afín a los Imperios Centrales. Lo que estaba claro

es que Erzberger se encontraba en Italia realizando operaciones encubiertas a favor de estos, pero lo que solo la Santa Alianza conocía eran las intenciones reales del líder del Partido Centrista Católico, la organización política *Zentrum,* que durante mucho tiempo había sido perseguida por el propio Otto von Bismarck.

Mathias Erzberger llegaba a Roma por orden del káiser Guillermo, con la intención de ofrecer al papa Benedicto XV la *terre irredente* a cambio de que convenciese a Italia de no intervenir en el conflicto. Alemania y el káiser preferían que no apoyase a Austria debido a que eso convertiría el territorio italiano en zona de combates y, por consiguiente, tanto los Imperios Centrales como la Entente se verían obligados a desguarnecer otras líneas de frente para cubrir la nueva brecha. Pero el káiser Guillermo tampoco deseaba una intervención italiana a

[15] Roger Chickering, *Imperial Germany and the Great War, 1914-1918,* Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

favor de la Entente, ya que ello supondría una guerra abierta austroitaliana por los territorios del Trentino [16].

La propuesta formal que portaba en sus manos el político y espía Mathias Erzberger de parte del káiser Guillermo y dirigida a Benedicto XV era la de transferir automáticamente el Trentino austriaco al Papa. Aquello permitiría la creación de un enclave independiente papal alrededor del Vaticano y un corredor pontificio al mar. La propuesta venía avalada curiosamente por el S.P., mientras que la Santa Alianza recomendaba a Gasparri no aceptar la propuesta.

Tanto Benedicto XV como el cardenal secretario de Estado, Gasparri, sabían que solo aceptar el ofrecimiento dando el sí a Erzberger supondría el fin de la neutralidad papal en la guerra. También el Sumo Pontífice y Gasparri veían como algo irreal que, una vez finalizada la guerra, Austria o Italia permitiesen a los representantes papales establecer la administración de la Iglesia católica en el Trentino, pero lo que estaba cada vez más claro es que por primera vez desde el inicio de la Primera Guerra Mundial los intereses de Alemania y el Vaticano iban en paralelo.

Mathias Erzberger era un canal seguro de información entre el Vaticano y Berlín. De repente, el espía del káiser se había convertido, por obra y gracia de la diplomacia papal, en un aliado de la Santa Alianza. Erzberger, protegido por el espionaje pontificio por orden de Gasparri y tal vez por el propio Benedicto XV, llevaba propuestas diplomáticas de un lado a otro de Roma. También el espía alemán se convirtió en una auténtica fuente de financiación para el Vaticano, ya que el propio Mathias Erzberger se ocupaba de entregar por orden del káiser Guillermo fuertes sumas de dinero

como «donaciones» al tesoro papal [17].

Esto ha provocado serias controversias entre los historiadores. Realmente, desde 1914, las arcas vaticanas se encontraban en estado crítico, casi vacías, debido a la crisis surgida por la economía de guerra y que afectaba a toda Europa en general y a Italia en particular.

El Vaticano había rechazado categóricamente la indemnización anual que debía entregar el Gobierno de Italia al Papa por la pérdida

[16] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[17] Klaus Epstein, *Mathias Erzberger and the Dilemma of German Democracy,* Princeton University Press, Princeton, 1959.

de los Estados Pontificios y que quedaba reflejada en la llamada Ley de Garantías de 1871. El Papa pensaba que con las contribuciones de los peregrinos y el «óbolo de Pedro» podrían mantener no solo los gastos de la Santa Sede, sino también la amplia estructura de la Iglesia católica alrededor del mundo; pero la guerra mató al turismo e interrumpió el flujo de donaciones y peregrinos al Vaticano. El único destino que recibían los pocos fondos recibidos eran las víctimas de la guerra y los refugiados y desplazados. El Vaticano quizá no estuviese en bancarrota, pero sí tenía una situación financiera delicada que podía poner en peligro en un futuro no muy lejano la maquinaria papal [18].

Reconociendo la oportunidad de congraciarse con el Papa, el káiser Guillermo, a través de Erzberger, comenzó a enviar fuertes sumas de dinero para dar un respiro a la grave situación financiera del Vaticano. Pronto estas pequeñas sumas se convirtieron en cantidades millonarias que se recibían como «fondos secretos» a través de diversos bancos suizos. El cardenal Pietro Gasparri había ordenado a la Santa Alianza que los fondos enviados por el káiser Guillermo fueran contabilizados dentro del llamado «óbolo de Pedro» para evitar cualquier susceptibilidad de las naciones que conformaban la Entente.

Como enlace en las operaciones encubiertas de financiación del Vaticano por parte de Alemania, la Santa Alianza optó por el padre Antonio Lapoma, un sacerdote proalemán que trabajaba en la ciudad de Potenza. Desde ese mismo momento el padre Lapoma y el espía Mathias Erzberger se pusieron manos a la obra en la llamada «Operación *Eisbär*» (Oso Blanco), nombre con el que el espionaje alemán en Roma conocía al papa Benedicto XV.

El primer paso de la «Operación *Eisbär*» sería recolectar dinero entre los ciudadanos de los Imperios Centrales destinado al Vaticano. Para ello, Erzberger viajó a Berlín con la intención de organizar una amplia red de recogida de fondos no solo entre las fieles y devotas comunidades católicas, sino también entre las

luteranas y protestantes. Hombres de negocios, banqueros e incluso amas de casa fueron obligados por el Gobierno del káiser Guillermo a participar de forma activa en la recogida de fondos sin saber nunca que estos tenían como destino final el Vaticano a través de una canalización creada a tal efecto

[18] John Pollard, *The Unknown Pope. Benedict XV...,* ob. cit.

por la banca suiza. A los ciudadanos alemanes se les decía que era dinero destinado a los heridos de guerra.

La inteligencia italiana creía que Benedicto XV había heredado en 1914 de Pío X unas arcas papales vacías, y ahora, en 1915, descubría que misteriosamente el Papa había conseguido reflotar la economía del Vaticano, sin saber que su principal fuente de ingresos era el propio káiser Guillermo y Alemania. Los servicios secretos de la Entente intentaban demostrar sus sospechas sobre que el Papa se encontraba en poder de los Imperios Centrales, por lo menos desde el punto de vista económico. Erzberger no tenía límites impuestos por el káiser a la hora de entregar fondos al Vaticano.

El agente del káiser mantenía estrechos contactos con un diplomático de la embajada alemana en Roma, Franz von Stockhammern, quien al estallar la guerra había asumido la dirección de los servicios de inteligencia de su país en Italia. Erzberger y Stockhammern colaboraban estrechamente realizando operaciones encubiertas junto a la Santa Alianza a través del padre Antonio Lapoma para evitar la entrada de Italia en la guerra. Lapoma era el encargado de atajar cualquier intento de políticos, partidos, movimientos ciudadanos u organizaciones de llevar a Italia al conflicto apoyando a un bando u otro.

El papa Benedicto XV y el cardenal secretario de Estado, Pietro Gasparri, sabían que en ello les iban millones de marcos procedentes del káiser. Dada la neutral postura de la Santa Sede, no fue una sorpresa que los periódicos católicos, erigiéndose portavoces de las manifestaciones de los ciudadanos italianos, se mostraran como firmes defensores de la neutralidad italiana [19]. A principios de 1915, la embajada de Austria en Roma informó a Viena de que varios periódicos católicos italianos —en realidad eran cerca de medio centenar— indicaban que el único amigo de los Imperios Centrales, Italia, se oponía a la beligerancia.

El espionaje austriaco supo por diversos informadores que los medios de comunicación en Italia estaban recibiendo subvenciones procedentes de fuentes misteriosas y que tal vez la embajada de Alemania en Roma estuviese involucrada. Realmente, el dinero formaba parte de los fondos enviados por el káiser Guillermo al Vaticano a través de los

[19] William Renzi, *The Shadow of the Sword: Italy's Neutrality and Entrance into Great War,*

1914-1915, Peter Lang Publisher, Nueva York, 1987.

bancos suizos y entregado a los responsables de los periódicos por el agente de la Santa Alianza, el padre Antonio Lapoma.

Sir Henry Howard, el embajador británico ante la Santa Sede, había recibido informes, posiblemente del cardenal Francis Aidan Gasquet, sobre siniestras reuniones en las habitaciones privadas que Franz von Stockhammern tenía en el elegante Hotel Russie de Roma. Allí el diplomático alemán agasajaba a sus invitados con champán francés y caviar ruso. Entre los visitantes se encontraban cardenales, abates de monasterios romanos y varios obispos relacionados con importantes departamentos del Vaticano. Estos eran los encargados de escribir los artículos y a veces hasta aconsejaban al diplomático alemán sobre la campaña de propaganda que se estaba llevando a cabo dentro de la «Operación *Eisbär*». Esta campaña, dirigida por Franz von Stockhammern, del servicio de espionaje alemán, y por el padre Antonio Lapoma, de la Santa Alianza, provocó un cambio en la opinión pública a favor de los Imperios Centrales y de la neutralidad italiana y en contra de la Entente. Sir Henry Howard presentó una protesta formal al secretario de Estado, el cardenal Pietro Gasparri, aunque no con mucho éxito.

Gasparri prometió pedir a los editores más ecuanimidad en sus artículos y editoriales. El papa Benedicto XV había ordenado al cardenal Gasparri que, si la prensa continuaba atacando a la Entente, escribiera un artículo de reprimenda a los editores de esos medios en *L'Osservatore Romano.* Las críticas arreciaron algo en las páginas de los periódicos, aunque secretamente el cardenal Gasparri pagaba de vez en cuando pequeñas «subvenciones» a algún diario para que no publicase un artículo o dibujo contra la Entente. Esas sumas provenían del dinero entregado por Alemania al Vaticano [20].

Mientras Franz von Stockhammern trabajaba estrechamente con la prensa, Mathias Erzberger lo hacía con el padre Lapoma, derramando propaganda neutralista en el mayor número de medios de comunicación y haciendo cambiar de opinión a aquellos que deseaban una intervención de Italia en la Primera Guerra Mundial.

A finales de la primavera de 1915, los espías papales informaron a los alemanes de que el primer ministro de Italia, Antonio Salandra, y su ministro de Asuntos Exteriores, Sidney Sonnino, se estaban prepa

[20] William Renzi, *The Shadow of the Sword...,* ob. cit.

rando para empujar al gabinete y al Parlamento a establecer el acuerdo que ellos habían firmado secretamente en Londres en el último mes de abril por el que Italia entraría en la guerra junto a Francia y Gran Bretaña. El padre Lapoma puso a Erzberger en

contacto con Pasquale Grippo, el ministro de Educación en el gabinete Salandra.

El padre Lapoma había informado a Mathias Erzberger sobre sus encuentros clandestinos en iglesias de Roma en los que Grippo le había comunicado que, tras presentar Salandra y Sonnino la propuesta de ir a la guerra junto a Francia y Gran Bretaña, varios ministros se habían mostrado contrarios a la intervención, entre ellos Vincenzo Riccio, responsable de la cartera de Correos, y Gianetto Cavasola, ministro de Agricultura. Tanto Riccio como Cavasola eran unos firmes defensores de la neutralidad a cualquier precio [21].

La información de Pasquale Grippo sugería a Viena y Berlín que se había abierto una brecha en la beligerancia italiana. El servicio secreto alemán y el Gobierno austriaco tenían puestas sus esperanzas en Giovanni Gioliti, un importante político con grandes influencias en otros ámbitos sociales y en el Parlamento. Para Erzberger, Stockhammern y el padre Lapoma había que ganar tiempo, y si era necesario incluso comprarlo. Erzberger recibió de Berlín la cantidad de cinco millones de liras para ser entregadas a varios diputados del Parlamento italiano. Los austriacos tenían a varios de sus miembros comprados; los alemanes, a través de Stockhammern, a varios periodistas que debían incrementar sus ataques contra la Entente; y el padre Lapoma debía recoger firmas de obispos y cardenales en contra de la guerra. En esta tarea sería ayudado por el padre Fonck, director del Instituto Bíblico Jesuita y antiguo miembro del contraespionaje vaticano, y por monseñor Boncompagni, un alto cargo del Vaticano con importantes relaciones entre la Curia romana y la aristocracia de Roma [22].

Por fin, la embajada de Alemania reaccionó como se esperaba por orden del káiser Guillermo. Se necesitaba el apoyo del papa Benedicto XV. En la noche del 6 de mayo, Franz von Stockhammern, con ayu

[21] William Renzi, *The Shadow of the Sword...,* ob. cit.

[22] William Renzi, *The Shadow of the Sword...,* ob. cit.; y Alberto Monticone, *La Germania e la neutralità italiana, 1914-1915,* Il Mulino Editore, Bolonia, 1971.

da de la Santa Alianza y de monseñor Giuseppe Migone, secretario del Papa, conseguiría entrar en el Vaticano.

Aunque la Guardia Suiza había cerrado los accesos a las nueve de la noche y el servicio de espionaje y la policía italianos tenían vigiladas las entradas, monseñor Migone consiguió introducir en las dependencias papales al espía Stockhammern. En un pequeño salón le esperaba el papa Benedicto XV.

El Sumo Pontífice creía que Sidney Sonnino, el ministro de Exteriores italiano, estaba haciendo un juego demasiado peligroso con el destino de Italia. En aquella reunión secreta, Stockhammern

le ofreció abiertamente los territorios del Trentino austriaco si conseguía que Italia no entrase en la guerra. El papa Benedicto XV ofreció al agente del espionaje alemán en el Gobierno italiano todo el apoyo del Vaticano ante la llegada de la nueva reunión del gabinete; realmente no hacía falta nombrar a Pasquale Grippo. Todas estas maquinaciones secretas, reuniones clandestinas, operaciones de propaganda, Franz von Stockhammern, Mathias Erzberger [23] o el padre Antonio Lapoma, el servicio de espionaje alemán o la Santa Alianza no consiguieron evitar lo inevitable. El 23 de mayo de 1915, Italia declaró la guerra a Austria [24].

Poco después los servicios de espionaje italianos descubrirían las conexiones entre el servicio secreto alemán y el espionaje pontificio, así como con el propio papa Benedicto XV, para influir en las decisiones políticas del Gobierno de Italia. Esto venía a demostrar la connivencia del Vaticano con los Imperios Centrales. Cuando Italia entró en guerra, Alemania y Austria cerraron sus embajadas en Roma y sus diplomáticos fueron llamados a Berlín y Viena. Las embajadas alemana y

[23] El político y espía Mathias Erzberger fue elegido diputado en el Reichstag, ministro de Hacienda del Imperio y secretario de Estado, y se convirtió en el autor de una célebre y poco afortunada frase que debería perseguirle hasta el fin de sus días: «Nadie debe inquietarse en cuanto a quebrantar el derecho de los pueblos o violar las leyes de la hospitalidad». Erzberger, como presidente, formaría parte de la delegación alemana que firmaría el armisticio en la Primera Guerra Mundial. En 1921 sería asesinado por una banda de extrema derecha cercana al Partido Nacionalsocialista (los nazis), acusado de haber vendido Alemania a las potencias de la Entente durante la firma del armisticio.

[24] En el mes de julio de 1916, Italia declaró la guerra a Alemania, catorce meses después de habérsela declarado a Austria.

austriaca ante la Santa Sede serían localizadas en la ciudad suiza de Lugano. Franz von Stockhammern desplazó también a la neutral Suiza las operaciones de espionaje. Desde la seguridad que daba Lugano, Alemania, junto a la Santa Alianza, organizaría operaciones encubiertas contra Italia y el resto de países miembros de la Entente [25]. Una de estas ocurriría en Irlanda, y la fuente de financiación serían los fondos que el káiser Guillermo había entregado al Vaticano y que se encontraban en las cuentas secretas de los bancos suizos.

El servicio secreto británico había descubierto que Roger Casement, un funcionario jubilado del cuerpo consular, había establecido contacto con el conde Von Bernstorff, embajador de Alemania en Washington. Nacido en Irlanda en 1864, Casement había servido como cónsul británico en diversas naciones de África y en Brasil, desde donde denunció la situación de esclavitud en que vivían los trabajadores del caucho. Roger Casement sería nombrado «Caballero» del Imperio Británico por el rey Eduardo VII en 1911, el mismo año en que comenzó a intentar organizar una revuelta contra Gran Bretaña, la nación a la que había servido durante años

[26].

El antiguo diplomático planteó al embajador alemán en Washington el apoyo del káiser Guillermo II a la causa irlandesa. La idea de Casement era sublevar a los irlandeses contra las tropas británicas. Para los alemanes aquello podría suponer una buena operación de distracción. Si los irlandeses organizaban una revuelta, Londres no tendría más remedio que enviar unidades de combate a la isla, retirándolas del frente, para acabar con la rebelión.

El 2 de noviembre de 1915, Roger Casement llegó a Berlín, en donde mantuvo diversos encuentros. La llamada «Operación Eire» fue encargada a Franz von Stockhammern. El espía alemán escuchó los discursos patrióticos de Casement sobre la necesidad de expulsar a los británicos de Irlanda, pero a Stockhammern solo le interesaba que Gran Bretaña retirase tropas del frente. Si para ello tenía que financiar al mismísimo diablo, lo haría [27].

[25] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[26] Brian Inglis, *Roger Casement,* Penguin Books Limited, Londres, 2003.

[27] Reinhard R. Doerries, *Sir Roger Casement in Imperial Germany, 1914-1916,* Irish Academic Printed, Dublín, 2000.

Casement propuso a Stockhammern la creación de una tropa formada por irlandeses, financiada y armada por Alemania. La supuesta tropa estaría nutrida por prisioneros irlandeses pertenecientes al ejército británico y recluidos en campos de concentración alemanes. Del reclutamiento se ocuparía el propio Casement, mientras que de la financiación y del armamento se haría cargo Stockhammern [28].

El armamento del pequeño ejército irlandés sería parte de lo incautado a los rusos en el frente oriental, pero la financiación era otra cuestión. El espía alemán recordó entonces los fondos entregados por el káiser al papa Benedicto XV por su apoyo a la neutralidad italiana y que se encontraban, en su mayor parte, aún depositados en cuentas numeradas a nombre del Vaticano. El jefe del espionaje alemán sabía que, si la operación era descubierta, Alemania tan solo tendría que rechazar las acusaciones y dirigirlas contra el Vaticano. Franz von Stockhammern pensaba que sería bastante sencillo explicar la connivencia del Vaticano con la rebelión de los patriotas «católicos» irlandeses contra el ejército «protestante» británico, pero no contó con que la mentalidad del papa Benedicto XV en el siglo XX no era la misma que la del papa Pío V en el siglo XVI.

Mientras Roger Casement recorría los campos de prisioneros alemanes en busca de irlandeses, el dinero que antes pertenecía al Vaticano comenzó a fluir hacia una cuenta secreta a nombre de Casement en Suiza. Unas semanas más tarde, poco más de un centenar de hombres habían aceptado la propuesta de Casement

para incorporarse al supuesto ejército rebelde irlandés.

Los alemanes seguían vigilando todos los aspectos de la operación hasta que la Santa Alianza, a través del padre Antonio Lapoma, detectó el desvío de fondos de las cuentas vaticanas a otra que pertenecía a un tal Roger Casement. Informado el secretario de Estado, Pietro Gasparri, y el papa Benedicto XV, se ordenó una reunión de urgencia con Franz von Stockhammern en la ciudad suiza de Lucerna. Allí los enviados del Papa pidieron explicaciones al servicio de espionaje alemán, a lo que Stockhammern respondió que estaban reclutando a irlandeses que odiasen a los ingleses y que deseasen combatir al lado de los alemanes.

[28] Adrian Weale, *Patriot Traitors: Roger Casement, John Amery and the Real Meaning of Treason,* Penguin Books Ltd., Londres, 2001.

El grupo de Casement fue enviado a Zossen, un lugar seguro y alejado de la curiosidad al sur de Berlín. También el antiguo diplomático irlandés al servicio de los británicos consiguió la liberación de tres irlandeses más que estaban recluidos en el campo de Ruthleben tras ser hechos prisioneros en Francia. Casement decidió enviarlos a Irlanda a través de vías clandestinas con el fin de tantear a los líderes revolucionarios irlandeses. En la ciudad de Cork fue detenido uno de ellos y enviado a Londres para ser interrogado.

A cambio de dinero y de no ser ejecutado, el hombre decidió relatar a los británicos toda la «Operación Eire», así como las conexiones de Roger Casement con los alemanes y tal vez con el Vaticano, aunque este último punto no pudo ser confirmado. Al saberse que uno de los tres «correos» había sido detenido, Casement quiso anular la operación, pero Franz von Stockhammern le obligó, argumentando la inmensa cantidad de fondos que se habían utilizado para financiarla.

Asustado por las posibles repercusiones, Roger Casement prefirió mantenerse al margen, y dejó el control de la operación a John Devoy, un líder revolucionario irlandés en los Estados Unidos [29]. Tanto Devoy como el juez Cohalan, otro líder irlandés en Washington, propusieron a los alemanes el apoyo para crear una República de Irlanda, pero el káiser necesitaba resultados inmediatos y no quimeras en las que pocos creían.

Los telegramas entre la embajada de Alemania en Washington y el espionaje alemán en Berlín permitieron a los británicos hacerse con la información más importante del plan. El desembarco debía suceder en las playas de Tralee Bay. Roger Casement, avisado en el último momento, protestó, debido a que esas playas eran continuamente azotadas por fuertes vientos, lo que haría más complicado el desembarco de hombres y armas; pero ya era tarde. Casement fue trasladado a un submarino y llevado hasta la costa

irlandesa [30].

A principios de abril planearon con Stockhammern que un barco, el *Aud,* simulando ser un pesquero noruego neutral, desembarcara veinte mil rifles rusos en la bahía de Tralee entre el viernes 21 y el lunes 24.

[29] Eddy Bauer, *Espías. Enciclopedia del Espionaje,* ob. cit.

[30] John O'Beirne Ranelagh, *A Short History of Ireland,* Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

El 23, Domingo de Resurrección, fue el día elegido para la rebelión. También parece que esperaban mucha más ayuda de los alemanes de la que en realidad estos estaban dispuestos a ofrecerles. Casement, sabiendo que los líderes irlandeses estaban en un equívoco, quiso llegar a Irlanda en un submarino alemán, con el fin de advertir a Clarke y detener un levantamiento de cuyo fracaso estaba convencido [31].

En realidad, la intervención del servicio de espionaje papal en el Levantamiento de Pascua de 1916 ha tenido diferentes versiones a lo largo de la historia. Una de ellas, y bastante extendida, fue que el servicio criptográfico de la Santa Alianza había conseguido descifrar los códigos navales alemanes, justo dos semanas después del comienzo de la guerra, y se los había ofrecido a Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo. Otras fuentes aseguran que fueron los rusos quienes descifraron los códigos y se los entregaron a Churchill en Murmansk. En cualquier caso, con estos códigos en su poder, los servicios secretos navales británicos descubrieron que los alemanes pretendían enviar a bordo de un pesquero noruego llamado *Aud* miles de armas a los rebeldes irlandeses. Cuando las unidades navales británicas intentaron detener al *Aud* frente a las costas de Iralee Bay, este izó el pabellón de la Marina imperial y poco después estalló [32].

El desembarco de Roger Casement sucedería al alba del 21 de abril de 1916, durante el Viernes Santo. Dos de los jefes de la revuelta, Monteith y Casey, remaban en la pequeña embarcación para intentar llegar a tierra, y mientras luchaban con el fuerte oleaje un golpe de mar hizo que el bote volcase. Casement y Monteih consiguieron alcanzar la costa a nado medio ahogados, pero Casey pereció. Mientras intentaban recuperar fuerzas, fueron rodeados por soldados del ejército británico que les esperaban en la playa. La revuelta con la que soñaban iba a tener un trágico final [33].

Todos los planes del levantamiento parecían salir mal. Cuando el Sábado Santo se oyó la noticia de que el *Aud* había sido interceptado por la Marina Real y que sir Roger Casement había sido arrestado cerca de Tralee, en el condado de Kerry, los líderes de la revuelta se die

[31] Reinhard R. Doerries, *Sir Roger Casement in Imperial Germany...,* ob. cit.

[32] Eddy Bauer, *Espías. Enciclopedia del Espionaje,* ob. cit.
[33] Reinhard R. Doerries, *Sir Roger Casement in Imperial Germany...,* ob. cit.

ron cuenta de que el levantamiento estaba condenado al fracaso, y al final se emitió la orden de cancelar la operación. Las autoridades inglesas en Dublín seguían presionando para que se arrestaran entre sesenta y cien hombres importantes del Ejército Ciudadano y los Voluntarios Irlandeses, pero la autorización necesaria procedente de Londres llegó demasiado tarde, el Lunes de Pascua.

A mediodía, Connolly y Pearse se dirigieron con un grupo a Sackville Street (O'Connell Street desde 1924) y entraron en el edificio de correos. Allí, James Connolly se dirigió a sus hombres y les dijo que ya no eran miembros del Ejército Ciudadano Irlandés ni de los Voluntarios Irlandeses, sino del «Ejército Republicano Irlandés». El IRA aparecía en escena por vez primera [34].

Las tropas británicas de Dublín fueron asaltadas por sorpresa, pero rápidamente se movilizaron y las fuerzas irlandesas no tardaron en ser derrotadas y los cabecillas llevados a prisión. El 3 de mayo, tres días después del «Levantamiento», tres líderes rebeldes fueron fusilados. El 4 y 5 de mayo fueron ejecutados otros cuantos más, y el 8 del mismo mes, otros cuatro. En total se dictaron 77 sentencias de muerte, y aunque la mayoría no se llevó a cabo, los cabecillas de la rebelión pasaron de ser «verdaderos indeseables» a «auténticos héroes nacionales». El 3 de agosto de 1916, Roger Casement también sería ejecutado, a los cincuenta y dos años, en la prisión de Pentonville [35].

Algunas fuentes del servicio de espionaje británico acusaron a los servicios secretos del Vaticano de haber apoyado en un primer momento el Levantamiento de Pascua y los planes diseñados por Franz von Stockhammern, de la inteligencia alemana, y de Roger Casement. Otros historiadores, irlandeses en su mayor parte, acusaron al papa Benedicto XV, a su secretario de Estado, el cardenal Pietro Gasparri, y al agente de la Santa Alianza, el padre Antonio Lapoma, de haber abandonado a su suerte a la católica Irlanda en su lucha contra la protestante Gran Bretaña. Diversas biografías de Roger Casement aseguran también que algún agente del Vaticano (supuestamente el padre Antonio Lapoma) pudo haber entregado a Casement a los ingleses en la playa

[34] Brendan O'Brien, *The Long War. The IRA & Sinn Fein from Armed Struggle to Peace Talks,* The O'Brien Press, Dublín, 1993.
[35] Adrian Weale, *Patriot Traitors...,* ob. cit.

de Tralee Bay por orden del Papa o del entonces secretario de Estado del Vaticano. Al parecer, el papa Benedicto XV no quedó muy complacido por el uso de fondos por parte del espionaje alemán para financiar la revuelta irlandesa y que anteriormente

habían sido destinados para sufragar los gastos del Vaticano y su maltrecha economía.

Lo cierto es que la intervención a favor o en contra del Vaticano, del papa Benedicto XV y de su servicio de espionaje, la Santa Alianza, en el acontecimiento histórico que supuso el Levantamiento de Pascua de 1916 continúa siendo aún hoy un misterio más de los que rodean a la Santa Sede.

Mientras tanto, la Primera Guerra Mundial continuaba en su pleno apogeo, y las operaciones de Franz von Stockhammern y la Santa Alianza, también.

Una mañana de abril de 1916, el contraespionaje italiano recibió la visita de un abogado llamado Antonio Celletti que dijo ser amigo de un tal Archita Valente. Celletti dijo que Valente estaba siempre muy interesado en los anuncios por palabras del periódico *Giornale d'Italia* y de extraños paquetes que recibía de hombres desconocidos [36].

En el mes de mayo, Valente pidió a Giuseppe Grassi, a quien también conocía Celletti, que llevase ciertas cartas a un tal barón Stockhammern en la ciudad suiza de Lucerna. Sin saber en qué andaba metido Valente, Grassi comentó a Celletti el encargo que le había sido encomendado. Este se presentó voluntario para entregar las cartas en lugar de Grassi. Con las cartas en su mano y las contraseñas entregadas por Grassi, Celletti viajó a Lucerna para reunirse con el barón Stockhammern. En Suiza, Celletti fue recibido por Mario Pomarici, un periodista italiano claramente germanófilo y que por dinero había escrito varios artículos contra el intervencionismo de Italia en la guerra.

Pomarici se había convertido en uno de los hombres de mayor confianza del jefe del espionaje alemán en Suiza, Franz von Stockhammern. Este dijo a Celletti que Valente era un agente alemán en Italia y que su principal labor era la de recolectar información sobre las relaciones entre Italia y la Entente y entre Italia y el Vaticano. A su regreso a Roma, Antonio Celletti denunció la conspiración a los servicios de espionaje italianos. Para el mes de julio de 1916, el contraespionaje italiano tenía ya suficientes pruebas contra Archita Valente y Mario Pomarici, pero no fue hasta noviembre cuando los tribunales pudieron presentar cargos por alta traición contra ambos.

Cuando el servicio de inteligencia de Roma comenzó a estudiar los mensajes codificados por Valente en el *Giornale d'Italia,* descubrió una amplia red de comunicaciones entre Franz von Stockhammern y sus agentes en el interior de Italia y en el Vaticano. La información fue pasada a los responsables de la Santa Alianza y estos a su vez a su contraespionaje, el *Sodalitium Pianum*.

En uno de los mensajes, Valente hablaba de un tal «cavalieri A» o «cavalieri G». Interrogado por el espionaje italiano, Archita Valente confesó que tanto «A» como «G» eran Giuseppe Ambrogetti, un abogado romano que había servido en muchas ocasiones como correo especial para el papa Benedicto XV en misiones especiales y como mensajero para algunos cardenales y obispos. Realmente, Ambrogetti era un experimentado agente de la Santa Alianza que incluso había sido condecorado por el propio Sumo Pontífice por «servicios a la Iglesia» [37].

El espía papal fue detenido, y tal vez para salvar su propio pellejo confesó a los italianos que realmente él era «A», pero no «G». Ambrogetti dijo haber penetrado en los servicios secretos alemanes por orden de la Santa Alianza y que incluso el dinero recibido había sido depositado en el Vaticano. Ante las presiones de los agentes del servicio de espionaje italiano, el agente Giuseppe Ambrogetti dijo que «G» era monseñor Rudolph Gerlach, un religioso bávaro que había sido chambelán y confidente del papa Benedicto XV.

En las declaraciones, Archita Valente dijo que durante la neutralidad italiana monseñor Gerlach había estado entregando fuertes sumas de dinero procedentes de Franz von Stockhammern a diversos periódicos y periodistas. Incluso en alguna ocasión el propio Gerlach había realizado determinadas entregas a Ambrogetti, el agente de la Santa Alianza. El dinero recibido por monseñor Gerlach estaba depositado en varias cuentas numeradas en Suiza. Giuseppe Ambrogetti dijo que la Santa Alianza había puesto bajo vigilancia a Gerlach. El servicio de espionaje papal definía a monseñor Gerlach como un hombre ambicioso y muy inteligente, pero durante su paso por la prestigiosa Academia Eclesiástica Pontificia comenzaron a oírse rumores sobre su carácter y la sinceridad de su vocación. Es en ese mismo momento cuando la Santa Alianza es puesta tras los pasos del religioso bávaro por el S.P.

Los primeros signos aparecieron cuando Rudolph Gerlach fue propuesto para ocupar un cargo en la nunciatura en Baviera. El cardenal Andrea Frühwirth, responsable de la embajada pontificia, se negó a aceptar a Gerlach en su gabinete, por lo que el bávaro continuó en Roma. En la Ciudad Eterna mantuvo contactos con Giacomo Della Chiesa cuando el entonces arzobispo de Bolonia llegó a Roma para recibir el capelo cardenalicio. Ya como Benedicto XV, Della Chiesa llamó a monseñor Rudolph Gerlach a su servicio, pero este cargo no era suficiente para este aventurero poco escrupuloso [38].

Para la Santa Alianza no fue ninguna sorpresa descubrir que Gerlach era un traidor. El *Sodalitium Pianum* les había informado ya

de las continuas visitas del religioso bávaro a las embajadas de Austria y Alemania en Roma durante la neutralidad italiana. Los italianos estaban convencidos de que Rudolph Gerlach era el núcleo del servicio de espionaje del káiser en el Vaticano. El Gobierno italiano hubiera deseado colocar a todos ante el paredón de fusilamiento acusados de espionaje y alta traición, pero ello supondría abrir la caja del escándalo a la prensa. El Vaticano, y en especial la Curia romana que rodeaba al papa Benedicto XV, deseaba pasar la página del asunto Gerlach lo antes posible.

El Vaticano y la Santa Alianza iban siendo informados por el servicio secreto italiano de los avances en la investigación sobre el antiguo chambelán papal. Por fin, el 5 de enero de 1917, monseñor Gerlach fue escoltado por agentes italianos a la frontera con Suiza. Archita Valente y Giuseppe Ambrogetti fueron implicados en casos de conspiración contra el Estado italiano, y en la primavera del mismo año, juzgados por cargos de alta traición y espionaje [39]. Rudolph Gerlach no estaba presente en el juicio y, por lo tanto, no pudo testificar ni defenderse. Valente fue condenado a muerte; Gerlach, a cadena perpetua en ausencia; y Ambrogetti, a tres años de prisión. Gracias a una mano oscura, posiblemente la de la Santa Alianza, Giuseppe Ambrogetti no permaneció en la cárcel ni un solo día.

[38] John Pollard, *The Unknown Pope. Benedict XV...,* ob. cit.

El asunto Gerlach supuso uno de los mayores escándalos de la historia del pontificado. La demostración de que Rudolph Gerlach había traicionado al Papa y al Vaticano provocó en Benedicto XV una fuerte depresión. El cardenal secretario de Estado, Pietro Gasparri, pidió mediante una carta a Gerlach que se presentase en el Vaticano para responder de las acusaciones, pero este no dio nunca señales de vida; prefirió mantenerse oculto en la segura Suiza, alejado de la larga mano de los servicios secretos italianos.

Un tribunal militar exoneró al Vaticano; al papa Benedicto XV; al cardenal secretario de Estado, Pietro Gasparri; al servicio de contraespionaje vaticano, *Sodalitium Pianum;* y al servicio de espionaje vaticano, la Santa Alianza, de cualquier responsabilidad en el escándalo provocado por el asunto Gerlach. Pero no cabe la menor duda de que la implicación del espía de la Santa Alianza Giuseppe Ambrogetti en el escándalo no iba a ayudar a la imagen de neutralidad que quería dar el Vaticano. Desde Londres, París, Roma y Washington comenzaban a llegar insinuaciones sobre que el Vaticano simpatizaba con los Imperios Centrales y que desde sus servicios secretos se trabajaba por la victoria de estos. Para los gobiernos de la Entente, el caso de Rudolph Gerlach así lo demostraba. El antiguo chambelán pontificio había utilizado los

medios del Vaticano para pasar información a una potencia enemiga en tiempos de guerra. Años después se descubriría también que el Vaticano habría pagado al abogado de monseñor Gerlach para defender a este ante el tribunal militar que le acusó de alta traición.

Incluso algún agente de la Santa Alianza intentó sin muchas esperanzas convencer al general Luigi Cardona, comandante en jefe del Ejército italiano, de que mediase ante el tribunal para retirar el nombre de Gerlach de la acusación. También se supo que monseñor Federico Tedeschini, perteneciente a la Secretaría de Estado, había declarado ante el espionaje italiano y ante el tribunal militar que, tras supervisar las actuaciones diplomáticas del Vaticano y conforme a las normas de censura impuestas por el Gobierno italiano, se había restringido la correspondencia de la Secretaría a aquellos países que conformaban los Imperios Centrales. Tedeschini admitió que, desde finales de 1915 y principios de 1916, monseñor Gerlach había mantenido una extensa correspondencia con Mathias Erzberger y Franz von Stockhammern, ambos reconocidos espías del káiser, y que esta correspondencia había sido autorizada expresamente por el propio papa Benedicto XV. La explicación del Sumo Pontífice fue que esta autorización tenía como fin convencer a Alemania del cese de los bombardeos sobre las poblaciones civiles, así como permitir el traslado de soldados franceses y alemanes heridos a Suiza. Gerlach siempre negó haber mantenido cualquier tipo de correspondencia con agentes alemanes en países neutrales por orden del Sumo Pontífice. Lo que sí reconoció fue que pasaba enormes sumas de dinero procedentes de Berlín a periódicos como *La Vittoria* por mantener una línea clara a favor de la neutralidad italiana. Un informe de Mathias Erzberger a Berlín indicaba que monseñor Gerlach era el principal canal de información del servicio de espionaje en los círculos cercanos al Papa.

En los días finales de la neutralidad italiana, Erzberger autorizó a monseñor Gerlach para distribuir cerca de cinco millones de liras a miembros de la Curia, periodistas y políticos, en un esfuerzo para que Italia no entrase en la guerra. Después de que el Gobierno de Roma hubiera dado ya el paso a favor de la Entente, Gerlach continuó recibiendo enormes sumas de dinero de Stockhammern. En noviembre de 1915 los servicios secretos alemanes informaron de que se habían pagado cerca de doscientas mil liras al padre Lapoma, el agente de la Santa Alianza, y a monseñor Francesco Marchetti-Selvaggiani, el nuncio papal en Suiza. Desde mayo del mismo año, monseñor Gerlach fue el principal agente alemán en el interior de la Santa Sede. Cuando el asunto estalló e Italia reclamó

al Vaticano a los responsables, Benedicto XV solo respondió que la Santa Sede había sido la principal víctima.

Gerlach se trasladó a Suiza definitivamente y fue condecorado por el káiser Guillermo II de Alemania, y por el emperador Carlos I de Austria, que había sucedido a su abuelo Francisco José I, a la muerte de este el 21 de noviembre de 1916. Pronto abandonó la vida eclesiástica y, tras el fin de la guerra, varias naciones premiaron con medallas sus servicios prestados [40].

[40] Después de la guerra, monseñor Rudolph Gerlach envió una carta al papa Benedicto XV en la que le pedía que le liberase de sus votos sacerdotales. La petición sería aceptada una vez que Gerlach devolviese una serie de documentos confidenciales que se había llevado del Vaticano cuando salió hacia Suiza. Se habla de que los documentos demostraban la intervención del Vaticano contra Italia, así como el permiso del papa

El asunto Gerlach solo vino a demostrar las simpatías del papa Benedicto XV con los enemigos de Italia. La vigilancia sobre las actividades del Papa y sus más fieles consejeros fue aumentada por los servicios secretos italianos con el fin de asegurar que los Imperios Centrales no usarían al Vaticano como fuente de espionaje. La Santa Alianza descubriría pocos meses después que en el Tratado de Londres firmado por el ministro de Exteriores, Sonnino, y que formalizaba la entrada de Italia en la guerra, se había incluido una cláusula secreta, el llamado «Artículo 15», apoyado por Londres, París y San Petersburgo, por el que se prohibía la intervención del Vaticano, el Papa o cualquier alto funcionario de la Santa Sede en una futura conferencia de paz [41].

Tanto la Entente como los Imperios Centrales comenzaban a principios de 1917 a descubrir que solo una solución negociada pondría fin a la carnicería en que se había convertido la Primera Guerra Mundial. Los años siguientes serían de movimientos por alcanzar la paz o por lo menos de reducir el número de enemigos, y la principal función a partir de entonces de los servicios secretos, incluyendo a la Santa Alianza y al *Sodalitium Pianum,* será la de meros intermediarios en esa búsqueda

Benedicto XV o de su secretario de Estado, Pietro Gasparri, para realizar operaciones encubiertas de la Santa Alianza a favor de los Imperios Centrales. Véase William Renzi, *The Shadow of the Sword...,* ob. cit.

INTRIGAS POR LA PAZ (1917-1922)

«No me siento con hombres falsos ni visito a los hipócritas.»
(Salmos 25, 4)

E n los últimos años de la Primera Guerra Mundial, los principales objetivos de la inteligencia italiana eran Austria y el Vaticano. Uno de los agentes más eficientes en el interior de la Santa Sede sería el barón Carlo Monti, quien a su vez ejercía la dirección de la Oficina de Asuntos de Culto, la sección del Ministerio de Justicia de Italia en lo concerniente a todo lo que afectaba a las relaciones entre Iglesia y Estado.

De forma no oficial, Monti se convirtió en el canal de comunicación entre el Gobierno de Roma y el Vaticano, y de cierta manera en puente también entre los servicios secretos italianos y la Santa Alianza. A este papel ayudó la estrecha relación que tenía el propio Monti con el Sumo Pontífice desde que ambos eran compañeros de colegio en Génova. Realmente, la actividad de Monti dentro del Vaticano era absolutamente abierta y sin ningún tipo de subterfugio. La información que entregaba Carlo Monti a los servicios secretos italianos era dada voluntariamente por los más estrechos colaboradores del papa Benedicto XV y con el pleno conocimiento del Santo Padre [1].

[1] John F. Pollard, *The Unknown Pope. Benedict XV...,* ob. cit.

Preferentemente la información recibida, en su mayor parte por agentes «liberados» [2] de la Santa Alianza, se refería a las intenciones de la Administración papal sobre un asunto en concreto, intercambio de información sobre políticos, o noticias recopiladas por agentes del espionaje pontificio en alguna capital extranjera. En ocasiones el barón Carlo Monti recurría a la Santa Alianza, como sucedió en febrero de 1917, cuando el Vaticano alertó a los servicios secretos italianos sobre el deterioro que estaba sufriendo la situación social en el interior de la Rusia del zar Nicolás. Monti no era ni siquiera excluido de las reuniones entre el papa Benedicto y sus cardenales o de los mensajes secretos cifrados enviados por el Sumo Pontífice o por su secretario de Estado a alguna nunciatura. El Directorio General de Seguridad Pública era el departamento italiano para vigilar las actividades del Vaticano y su personal. Cesare Bertini, el comisionado de policía para el Borgo, el barrio romano en donde estaba incluido el Vaticano, había desplegado una ingente cantidad de agentes secretos a lo largo de toda la Santa Sede, puestos de observación en los principales accesos que informaban sobre todas las entradas y salidas de diplomáticos, periodistas o altos miembros de la Curia romana [3].

Agentes de Bertini vestidos con ropas civiles entraban a diario en los barracones de la Guardia Suiza y en sus zonas de recreo para recabar información. El principal grupo de informadores en el interior del Vaticano fue el llamado «Vaticanetto». Formado por antiguos altos miembros de la Curia romana durante el pontificado de Pío X, conformaban un círculo de oposición a Benedicto XV, que los había desterrado del poder. El grupo estaba liderado por el cardenal Rafael Merry del Val, secretario de Estado de Pío X; monseñor Nicola Canali, subsecretario de Estado; y por los dos chambelanes papales, monseñor Carlo Caccia-Dominioni y monseñor Arborio Mella Di Sant'Ellia. La venganza como único fin era la máxima del círculo «Vaticanetto» y las operaciones de este estaban encaminadas a humillar al Papa, denigrar la política vaticana, poner trabas al servicio diplomático pontificio en

[2] Dícese de los agentes del servicio de inteligencia papal que son autorizados por el Pontífice a entregar ciertas informaciones a otros servicios de espionaje.

el extranjero y dejar al descubierto cualquier operación de la Santa Alianza, denunciándolas a los servicios secretos amigos o enemigos [4]. Por ejemplo, entre la información contaminada y filtrada por el «Vaticanetto» y entregada a los servicios secretos italianos estaba el informe fechado el 22 de marzo de 1915 en el que se hablaba de la adquisición de nuevos rifles por parte de la Guardia Suiza y que estos procedían de un vendedor próximo a los servicios secretos austriacos; otro, fechado el 9 de septiembre de 1916, en el que se informaba de que el capellán de la Guardia Suiza estaba colaborando en materia de espionaje con la embajada de Austria; otro, del mes de octubre de 1916, en el que se advierte que monseñor Gerlach entregaba planos de los puertos de Ancona y Bari para ser atacados por submarinos alemanes; u otro que informaba que el director de la Farmacia Vaticana era realmente un espía del káiser. Todas estas eran informaciones falsas que perseguían crear mala imagen al papa Benedicto XV y a sus servicios secretos y diplomáticos.

Otras informaciones, aunque tomadas por los italianos como falsas, realmente no lo eran tanto, como la invitación del rey Alfonso XIII al Papa para que se instalase en España ante la posición beligerante del Gobierno italiano con respecto al Vaticano, o la descubierta en marzo de 1917 sobre el intento de mediación del monarca español ante el emperador Carlos I de Austria en la búsqueda de una paz separada de Alemania con las potencias de la Entente [5].

Una de las intentonas para alcanzar la paz se llevaría a cabo a través de dos agentes de la Santa Alianza, el conde Werner de Merodè y su esposa Paulina de Merodè. Desde hacía años el noble había servido al espionaje pontificio, la Santa Alianza, como un

correo especial. Realmente, tanto él como su esposa habían trabajado para la Secretaría de Estado vaticana y para su jefe, el cardenal Pietro Gasparri, llevando mensajes pontificios a las altas jerarquías eclesiásticas de los países ocupados por Alemania.

A principios de abril de 1917, Werner de Merodè fue contactado por un agente de la Santa Alianza próximo a Alemania, posiblemente

[4] Antonio Scotta, *La conciliazione ufficiosa: Diario del Barone Carlo Monti,* Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1997.

el padre Antonio Lapoma, con el fin de establecer un encuentro con el barón Von der Lancken, antiguo oficial de la Guardia Imperial, diplomático y miembro de los servicios secretos del káiser. Merodè pertenecía a una de las familias más antiguas de Francia y Von der Lancken era el jefe del servicio de inteligencia alemán en Bélgica.

Werner de Merodè dijo al barón Von der Lancken que algunas altas esferas políticas de la Entente deseaban establecer un encuentro en algún lugar neutral, como Suiza. El alemán preguntó a Merodè de qué «altas esferas» estaban hablando, y el noble belga pronunció tres nombres: «Paul Deschanel, presidente de la Asamblea Nacional francesa; Jules Cambon, secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores; y Aristide Brian, el que fuera presidente del Consejo».

Informados Franz von Stockhammern, el jefe del espionaje alemán en Suiza; el secretario de Estado, Zimmermann, y el canciller BethmanHollweg, Von der Lancken esperó nuevas noticias sobre el encuentro [6].

Para el servicio de inteligencia alemán y para la Santa Alianza, Deschanel era demasiado antiaustriaco y Cambon no era muy discreto, así es que solo quedaba Brian, el adversario político de Clemenceau, el más feroz belicista, que se negaba a cualquier negociación secreta con los Imperios Centrales.

Werner de Merodè propuso a Brian que se reuniese con Von der Lancken en Suiza, pero el político francés, por muy amante de la paz que fuese, debía informar a Raymond Poincaré, presidente de la República. A pesar de las advertencias del presidente, Brian decidió contactar con el primer ministro belga, De Brocqueville, para que le acompañase al encuentro que debería llevarse a cabo el 22 de septiembre de 1917. El día 9, trece días antes, Brian volvió a reunirse con Poincaré para anunciarle el lugar y el día del encuentro. Como testigo neutral aparecía un joven monseñor llamado Eugenio Pacelli, el futuro papa Pío XII, que al parecer actuaba en nombre del contraespionaje vaticano, el *Sodalitium Pianum*.

Cuando Brian debía abandonar Francia para dirigirse a Suiza,

sencillamente le fue negada la salida del país. Los servicios secretos franceses advirtieron al presidente Poincaré de que los alemanes, ayudados por los servicios de espionaje del Vaticano, preparaban una trampa para capturar al negociador francés. Al parecer, alguien desde dentro del Vaticano había puesto en alerta a los servicios secretos italianos, y estos a su vez a sus homólogos franceses. Algunas fuentes aseguran que fue el cardenal inglés Francis Aidan Gasquet [7] quien filtró la información del encuentro Brian-Von der Lancken en Suiza al espionaje italiano. En realidad, Gasquet temía que el servicio secreto alemán, apoyado por la Santa Alianza, buscase una solución negociada y que al final la paz dejase en el poder al káiser Guillermo y al emperador Carlos sin ningún tipo de reparación por parte de Alemania y Austria-Hungría.

Otra personalidad, amante de las intrigas, iba a entrar en el juego de las mediaciones. Al igual que el barón alemán, aquel alto dignatario de la Iglesia católica poseía el oído de los servicios secretos del Vaticano. Disponía incluso de una de las mejores redes de espionaje de todo el mundo y tal vez la más antigua. Era monseñor Eugenio Pacelli y el *Sodalitium Pianum*.

La Santa Alianza y su contraespionaje estaban destinados en un principio a apoyar la acción del Papado, al mismo tiempo que dependían estrechamente de la Santa Sede. A decir verdad, ambos servicios de inteligencia eran las herramientas de Benedicto XV para estar perfectamente informado de los movimientos de los contendientes para alcanzar la paz, e incluso para intentar dar un pequeño empujón, como sucedería en el mes de mayo de 1917. El día 20, monseñor Eugenio Pacelli salió de Roma hacia Munich vía Suiza. El hombre al que el papa Benedicto XV acababa de nombrar nuncio en la capital bávara apenas contaba cuarenta años de edad [8].

Una calvicie incipiente, una nariz angulosa, su extremada delgadez y unos ojos hundidos le daban un aspecto de humilde fraile. Sus amplios conocimientos de la diplomacia vaticana, especialmente en lo que respecta a problemas europeos, le iban a permitir acometer la misión encomendada por el papa Benedicto XV. Ya en 1914, cuando era

[7] Nacido en Londres el 5 de octubre de 1856, fue ordenado sacerdote en la Orden de San Benedicto. Elevado a cardenal el 25 de mayo de 1914, fue nombrado por el Papa archivista de la Biblioteca Vaticana y finalmente responsable de los Archivos Secretos Vaticanos el 9 de mayo de 1919. El cardenal Gasquet falleció el 5 de abril de 1929.

[8] M. Conway, *Catholic Politics in Europe: 1918-1945,* Routledge, Nueva York, 1997.

subsecretario de Estado bajo el pontificado de Pío X, Pacelli fue enviado a Viena en misión secreta para establecer contactos a alto nivel con la ayuda de monseñor Umberto Benigni, el responsable del contraespionaje vaticano. En el mes de enero de 1917, mientras se iniciaba la llamada «Negociación Sixto», monseñor Eugenio

Pacelli tuvo un primer encuentro con el conde Goluchowski, el representante del káiser.

Después de haber tomado posesión de su nuevo cargo en Munich, el nuncio Pacelli fue enviado a Berlín el 26 de junio del mismo año. El 29, el representante papal era recibido por el káiser Guillermo II en el cuartel general del Alto Mando en Bad-Kreuznach. El encuentro entre ambos se desarrolló de manera relajada. Pacelli entregó al emperador una carta manuscrita del papa Benedicto XV en la que Su Santidad expresaba sus deseos de alcanzar una paz estable para alejar los efectos desastrosos de la guerra. A continuación, Eugenio Pacelli intentó convencer a Guillermo II de la necesidad de que Alemania aceptase una mediación pontificia con los países de la Entente [9].

Pacelli se mostró educado pero rígido en sus planteamientos al intentar poner al káiser entre la espada y la pared para que aceptase la mediación del Papa. Von Hertling, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, recordaba a Pacelli: «Aquel Pacelli valía más que un ejército». El propio káiser escribiría en sus memorias: «Eugenio Pacelli representaba la imagen perfecta del Príncipe de la Iglesia».

Al final del encuentro el enviado papal solo recibió una promesa formal de Alemania de estudiar la mediación pontificia. Al día siguiente el encuentro fue con el emperador austrohúngaro, Carlos I, de visita en Berlín. La reunión entre ambos fue en la misma dirección que la celebrada entre Pacelli y el káiser.

Mientras tanto, los informes que iban llegando al S.P. y al Papa estaban llenos de sugerencias, lo que permitiría a Benedicto XV la preparación de una nota oficial del Vaticano que tenía como fin encontrar una solución negociada al conflicto.

La nota papal fue entregada en mano por Eugenio Pacelli a Guillermo II el 24 de julio y fue muy bien acogida. Pero sin esperar una respuesta de Berlín, tal y como había aconsejado Pacelli, Benedicto XV exigió a su secretario de Estado, el cardenal Pietro Gasparri, que co

[9] John F. Pollard, *The Unknown Pope. Benedict XV...,* ob. cit.

municase la misma nota a los representantes de la Entente. La comunicación a Francia y Gran Bretaña llegó el 9 de agosto.

Por entonces, Suiza se había convertido en terreno fértil para las operaciones de inteligencia italianas contra el Papado. Desde hacía años los servicios secretos de Italia estaban convencidos de que el país alpino era el centro de operaciones clandestinas de la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum*. Las actuaciones del espionaje y contraespionaje vaticanos, dirigidas a buscar una solución a la Primera Guerra Mundial, estaban controladas por una especie de «triunvirato» formado por monseñor Luigi Maglione [10], delegado

papal en Suiza; el padre general de los jesuitas, quien ha trasladado su sede a Suiza desde Roma durante el período bélico; y el arzobispo de Coire, una pequeña diócesis en la Romaña suiza.

La inteligencia militar recibía informes constantes de un amplio movimiento de la Santa Alianza en Suiza con el fin de desarrollar amplias operaciones destinadas a mediar entre los bandos contendientes. Principalmente, el espionaje italiano había detectado un gran flujo de mensajes entre la delegación pontificia y Berlín y Viena [11].

El 23 de agosto, el embajador de Gran Bretaña en Roma entregó al papa Benedicto XV una petición del rey de Inglaterra, Jorge V, que apuntaba que una negociación con Alemania debería pasar por precisiones sobre una solución a la cuestión belga. Para Pacelli estaba claro que la negociación implicaría tan solo a Londres y Berlín, pero por lo menos era algo con lo que empezar. Al presentar al káiser Guillermo II la propuesta inglesa, este la rechazó, alegando que Alemania no estaba dispuesta en absoluto a hacer ninguna concesión a Bélgica [12].

La idea de que el Papa podía estar controlando un triunvirato conspiratorio internacional en Suiza ponía en guardia no solo a los servicios secretos de la Entente, sino también a los principales círculos anticlericales europeos. El embajador británico ante la Santa Sede

[10] El cardenal Luigi Maglione era delegado papal en Suiza hasta que el 1 de septiembre de 1920 fue nombrado oficialmente nuncio papal en la misma sede. El 16 de diciembre de 1935 fue elevado a la púrpura cardenalicia por el papa Pío XI. El 10 de marzo de 1939 sería nombrado secretario de Estado por el papa Pío XII, cargo que ocupó hasta su muerte, ocurrida el 22 de agosto de 1944.

[11] David Álvarez, *Spies in the Vatican,* ob. cit.

[12] Marguerite Cunliffe-Owen, *Imperator Et Rex: William II of Germany,* ob. cit.

aseguró al Gobierno de Roma que sus servicios secretos militares eran más propensos a «la cantidad que a la calidad» en lo que a la recolección de información se refería. El diplomático alegaba que los italianos estaban más interesados en recabar información de forma más industrial, pero que también debían hacerlo sin discriminación hacia el Vaticano. Realmente, los ingleses, que habían detectado los movimientos de la Santa Alianza en Viena y Berlín, creían que los servicios de espionaje papales tenían un contacto más directo con Guillermo II y con Carlos I, y que esos contactos debían aprovecharse.

Desde el verano de 1915, el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Confederación Helvética había ofrecido remitir una vez por semana desde Berna a Roma una valija diplomática. Esta era enviada desde la misma sede del ministerio a la embajada de Suiza en Roma. En su interior se amontonaban sobres de diferente tamaño cerrados con un sello de cera, con el escudo de las llaves de San

Pedro. Una vez en Roma, la valija era recogida por un miembro de la Guardia Suiza y por dos agentes de la Santa Alianza.

Esta valija sería también objetivo de los servicios secretos italianos, principalmente cuando detectaban que contenía algún sobre procedente de territorio enemigo. Sus contenidos eran difíciles de leer debido a que, desde poco antes de declararse la Primera Guerra Mundial, la Santa Alianza comenzó a distribuir entre sus nunciaturas un sistema de códigos criptográficos para comunicaciones de alto secreto.

El departamento encargado de ello se denominaba «Reparto Crittografico Vaticano». Durante siglos, los gobiernos habían protegido, o por lo menos intentado proteger, sus comunicaciones confidenciales de los ojos indiscretos de otros gobiernos mediante codificadores y cifradores en estas tareas. Para los servicios secretos de los países de la Entente y de los Imperios Centrales, los únicos códigos que nunca llegaron a descifrar fueron los del Vaticano y la Santa Alianza [13].

En diciembre de 1915, pocos meses después de declararse la guerra contra Austria-Hungría, los servicios secretos vaticanos crearon una unidad especial de codificadores, pero también de criptoanalistas, conocidos vulgarmente como «rompedores» de códigos.

[13] Cipher A. Deavours y Louis Kruh, *Selections from Cryptologia: History, People, and Technology,* Artech House, Londres, 1998.

El criptosistema utilizado por la Santa Alianza era bastante complicado y generalmente era usado en todas las comunicaciones entre la Secretaría de Estado y los representantes papales en el mundo. Entre 1914 y 1917, cada nuncio pontificio tenía en su poder un libro de códigos diseñado por el *Reparto Crittografico* vaticano de setecientos a ochocientos grupos numéricos de tres y cuatro dígitos cada uno. Cada uno de estos grupos numéricos representaban una palabra o un mensaje. Por ejemplo, 492-7015-119-3683 (492: mensaje recibido; 7015: Suiza; 119: agente; 3683: Lugano) [14].

El problema era que el libro de códigos había de ser cambiado cada poco tiempo debido en parte a que palabras como submarinos, ataque, retirada, armisticio, cañones y cosas por el estilo tenían que ser incluidas. Casi al final de la guerra los servicios secretos italianos consiguieron hacerse con uno de estos libros, lo que les permitió leer mensajes importantes entre el Vaticano y sus legaciones en AustriaHungría, Bélgica, España, Suiza o los Estados Unidos. Informes de los nuncios sobre actitudes políticas de los países donde estaban destinados, conversaciones confidenciales entre los nuncios y políticos e intelectuales, instrucciones del secretario de Estado a los nuncios concernientes a los cambios

políticos del Vaticano, alertas sobre noticias militares y políticas, iniciativas de paz de los países de la Entente o de los Imperios Centrales fueron algunas de las informaciones captadas por los italianos [15].

Pero la situación cambiaría cuando el *Reparto Crittografico* vaticano de la Santa Alianza decidió reforzar sus sistemas de seguridad en las transmisiones telegráficas, el 29 de julio de 1917. Curiosamente, el 1 de agosto, el papa Benedicto XV envió a todos los bandos contendientes, a través de las nunciaturas, un documento que llamaba a la paz mediante la aceptación de unos puntos concretos: evacuación mutua y restauración de los territorios ocupados, renuncia mutua a las indemnizaciones de guerra, libertad de navegación en los mares y océanos, disminución del armamento, arbitrios internacionales para las disputas y negociaciones abiertas sobre los territorios en litigio. Benedicto XV

[14] David Kahn, *The Codebreakers: The Comprehensive History of Secret Communication from Ancient Times to the Internet,* Scribner Edit., Nueva York, 1996.

[15] David Álvarez, *Spies in the Vatican,* ob. cit.

y el cardenal secretario de Estado, Pietro Gasparri, creían necesario alcanzar un acuerdo de paz cuanto antes, debido a que los agentes de la Santa Alianza habían comenzado a enviar información sobre la posible entrada en la guerra de los Estados Unidos. Para el Vaticano, si eso sucedía, la situación se pondría bastante difícil para los Imperios Centrales, por lo que el Papa ordenó a la Secretaría de Estado y a sus servicios de espionaje que se intentara alcanzar un acuerdo de paz antes de que el primer soldado estadounidense pisase suelo europeo.

La entrada de los Estados Unidos al lado de la Entente sucedió el 6 de abril de 1917, pero movilizar a sus tropas, transporte y armamento hasta el frente le llevaría más tiempo, un tiempo que debían ganar el Vaticano y los Imperios Centrales [16]. Mas las cosas para la Entente tampoco estaban demasiado bien.

Diversas unidades del ejército francés se amotinaban negándose a acudir al frente, mientras que en Rusia el Gobierno del zar Nicolás II era derrocado tras una revolución y reemplazado por un Gobierno provisional. El nuevo régimen comunista prometía a los aliados que continuaría la guerra a su lado, pero los continuos motines, deserciones e insubordinaciones hicieron que a los oficiales y al Estado Mayor Revolucionario les fuese imposible cumplir con su promesa.

Ese mismo año, nuevamente monseñor Eugenio Pacelli informó al papa Benedicto XV y a la Santa Alianza de que el canciller alemán, Theobald von Bethmann-Hollweg, deseaba abrir negociaciones de paz con los aliados. Pacelli escribió una nota de su puño y letra que aún se conserva en los Archivos Vaticanos:

Bethmann-Hollweg ve una oportunidad para alcanzar la paz una vez que el Reichstag ha dejado de ser dominado por los políticos probélicos por otros partidarios de la paz. Creo que es el momento de dar el paso y hacer un esfuerzo para conseguir una mediación seria por parte de Su Santidad [17].

Los servicios de inteligencia del Vaticano, Londres, París y Roma detectaron las reuniones secretas entre Bethmann-Hollweg y el nuncio

[16] Martin Gilbert, *The First World War: A Complete History,* Henry Holt & Company, Nueva York, 1996.

[17] E. Paris, *The Vatican versus Europe,* The Wickliffle Press, Nueva Zelanda, 1989.

Pacelli. El problema era que las naciones de la Entente no compartían los puntos de vista del Papa sobre una solución negociada con AustriaHungría y Alemania tras tres años de guerra, y menos cuando sus servicios secretos avisaban a las cancillerías y gobiernos aliados de que el papa Benedicto XV, su secretario de Estado, Pietro Gasparri, y sus servicios de espionaje, la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum,* tan solo deseaban alejar la guerra de Europa antes de que los Estados Unidos y su maquinaria bélica interviniesen.

Para la Entente, el Sumo Pontífice era claramente proalemán, por lo que Francia comunicó que no aceptaría jamás una mediación vaticana. El presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, dijo al nuncio papal en Washington que el país no aceptaría tampoco una negociación con unos imperios que no habían demostrado ningún signo claro de desear la paz en tres años de guerra. Italia ni siquiera se planteó como algo serio la mediación papal. Lo cierto es que desde que el «asunto Gerlach» estalló, el Vaticano y el papa Benedicto XV eran vistos como claramente partidarios de los Imperios Centrales [18].

Eugenio Pacelli estaba exultante por los resultados de sus encuentros con el canciller Theobald von Bethmann-Hollweg; incluso en sus mensajes cifrados el nuncio en Berlín describía la situación en términos muy optimistas. Lo que Pacelli no comunicaba al Vaticano eran las promesas que hacía por su cuenta y riesgo a Viena y Berlín, y que sabía que nunca podría cumplir, debido en parte a que no contaba con un solo apoyo dentro de los gobiernos de la Entente.

El 8 de septiembre de 1917, Pacelli desapareció misteriosamente de Berlín, y reapareció en Roma. La intención de este era comunicarse con Sidney Sonnino, el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, e informarle de que tanto Austria como Alemania estaban dispuestas a restablecer la soberanía de Bélgica, al pago de indemnizaciones a Bruselas y al reconocimiento austriaco de las aspiraciones italianas por el territorio del Trentino. Sonnino sabía todo aquello debido a la interceptación de los telegramas vaticanos, pero lo que Pacelli no sabía, y el ministro de Asuntos Exteriores de

Italia sí, era que el nuncio en Viena había enviado un mensaje codificado en el que aseguraba que el emperador Carlos jamás haría una concesión territorial a Italia. Para los italianos aquello suponía un doble juego por parte del Vaticano y de su nuncio en Berlín, monseñor Eugenio Pacelli. Durante algún tiempo el Vaticano no conoció el famoso «Artículo 15» del Tratado de Londres por el que Francia, Gran Bretaña, Italia y Rusia excluirían al Vaticano de cualquier conferencia de paz futura. Pero un agente de la Santa Alianza en el Foreign Office descubrió el documento y pasó la información al cardenal Pietro Gasparri.

Desde ese mismo momento, y por orden de Benedicto XV, comenzó una fuerte campaña de la Iglesia entre las comunidades católicas no solo de los países beligerantes, sino también de los neutrales, para que el rey de Inglaterra, Jorge V, apoyase la retirada del «Artículo 15»; pero el *asunto Jonckx* estaba a punto de explotar y la onda expansiva iba a afectar al contraespionaje vaticano, el *Sodalitium Pianum* [19].

Desde finales de 1917 a comienzos de 1918, el diario *Düsseldorfer Tageblatt* venía denunciando una conspiración contra los Imperios Centrales en Bélgica. Heinz Brauweiler, editor del periódico y agente ocasional del servicio de espionaje del káiser, alegaba que un grupo de integristas católicos apoyados por Rusia intentaba socavar la seguridad de Alemania. Brauweiler, desde las páginas del diario, aseguraba que un libro recientemente editado en Francia, *La Guerre allemande et le Catholicisme,* declaraba al Imperio alemán como el verdadero enemigo de la Iglesia católica en el mundo y que el káiser deseaba sustituir al Papa como figura absolutista de la Iglesia en una futura Europa [20].

Brauweiler afirmaba que toda la conspiración había sido organizada por el servicio de contraespionaje del Vaticano, el S.P., y por un tal Jonckx, un abogado de Gante, ciudad belga ocupada por Alemania. El *Düsseldorfer Tageblatt* tenía los documentos que el sacerdote dominico Floris Prims había intentado enseñar al papa Pío X y a su cardenal secretario de Estado, Rafael Merry del Val [21].

El 3 de febrero de 1918, la policía militar alemana, acompañada de agentes del servicio de inteligencia del káiser, se presentaron en el domicilio de Jonckx. La versión alemana fue que el abogado y agente del

[19] Edmund Paris, *The Vatican versus Europe,* ob. cit.

[20] Roger Chickering, *Imperial Germany and the Great War...,* ob. cit.; y John Cornwell, *Breaking Faith: The Pope, the People, and the Fate of Catholicism,* ob. cit.

contraespionaje vaticano mantenía permanentes contactos con un tal barón Sonthoff, agente del espionaje ruso, para realizar campañas contra Alemania y el káiser Guillermo II.

Realmente, el descubrimiento del *asunto Jonckx* fue un absoluto

desastre para el *Sodalitium Pianum* y para el Vaticano. Mientras Benedicto XV y su nuncio en Berlín, Eugenio Pacelli, intentaban negociar una paz entre la Entente y los Imperios Centrales, los servicios secretos del Sumo Pontífice realizaban operaciones encubiertas contra uno de los bandos. Afectada seriamente la imagen de neutralidad que el Papa quería dar durante las negociaciones, ordenó a su secretario de Estado, el cardenal Pietro Gasparri, la total supresión de las actividades del *Sodalitium Pianum.* Las operaciones del servicio de contraespionaje quedaron suspendidas y sus efectivos absorbidos por la Santa Alianza. Desde ese mismo momento, y por orden del Papa, las operaciones de contraespionaje dentro del Vaticano y sus organismos serían dirigidas por el *Sodalitium Pianum,* como un departamento menor del servicio de espionaje de la Santa Sede [22].

Asimismo, el Papa ordenó a Gasparri que todos los jóvenes sacerdotes que se formaban en la Academia Pontificia para la Nobleza Eclesiástica, el centro de donde saldrían los altos cargos de la Curia romana, estuvieran preparados para trabajar como diplomáticos y, si las circunstancias lo requerían, incluso como espías. En las aulas de la Academia debían formarse en derecho, historia, lenguas y política para convertirse en el cuerpo diplomático papal.

En poco tiempo la decisión del papa Benedicto XV dio su fruto y una nueva élite de eclesiásticos comenzaron a ocupar las más importantes nunciaturas a lo largo y ancho del planeta. Entre esta élite de diplomáticos y espías se encontraban Giuseppe Aversa y Eugenio Pacelli (futuro papa Pío XII) en Alemania, Raffaele Scapinelli Di Leguigno en Austria, Francesco Marchetti-Selvaggiani y Luigi Maglione (futuro secretario de Estado) en Suiza, Giulio Tonti en Portugal y Federico Tedeschini en España [23].

[22] El *Sodalitium Pianum* o S.P. volvería a actuar en operaciones de contraespionaje, con independencia respecto a la Santa Alianza, en marzo de 1939, cuando el cardenal Eugenio Pacelli fue elegido Sumo Pontífice, bajo el nombre de Pío XII.

[23] David Álvarez, «The Professionalization of the Papal Diplomatic Service», art. cit., y *Spies in the Vatican,* ob. cit.

Hacia el final de la guerra solo las pérdidas alemanas ascendían a casi dos millones de personas y tanto el presidente Woodrow Wilson como el resto de líderes de la Entente no estaban ya dispuestos a firmar una paz negociada con Alemania y el káiser Guillermo II. El 11 de noviembre de 1918, Guillermo II, emperador de Alemania, huyó a Holanda y abdicó. El príncipe Max de Baden, último canciller bajo el Segundo Reich fundado por Otto von Bismarck, entregaba el poder a un presidente de forma interina, el socialdemócrata Friedrich Ebert [24].

El 27 de septiembre de 1919 el ministro de Asuntos Exteriores,

Hermann Müller, anunció que la legación diplomática prusiana en Roma iba a convertirse oficialmente en la embajada de Alemania ante la Santa Sede, y que Diego von Bergen sería el primer embajador.

Mathias Erzberger, el ex espía y ahora ministro del Reich, decidió establecer un contacto secreto con monseñor Eugenio Pacelli a través de agentes de los servicios de espionaje alemán y vaticano. Tanto Erzberger como Pacelli deseaban una completa reestructuración de las relaciones entre el Estado alemán y el Vaticano, y si para ello era necesario activar a ambos servicios de espionaje para conseguirlo, así se haría.

La Santa Alianza informó entonces al papa Benedicto XV de que monseñor Eugenio Pacelli estaba negociando sin autorización de la Secretaría de Estado y que sería la Santa Sede la que quedaría en mal lugar si el nuncio en Berlín no conseguía establecer un acuerdo tácito con el Reich sin ofender a la católica Baviera. La decisión de establecer una embajada de Alemania ante la Santa Sede suponía la clausura de la legación diplomática bávara. Pacelli no estaba dispuesto a tratar con la Cancillería del Reich, de tendencia protestante, si esta cerraba la legación bávara, claramente católica[25].

Pacelli deseaba una embajada del Reich en el Vaticano, junto a una nunciatura papal para asuntos alemanes en Berlín, excluyendo a Baviera, así como una legación bávara en Roma junto a una nunciatura papal en Munich. Erzberger, presionado por Eugenio Pacelli, decidió apoyar el plan del nuncio pontificio. Al parecer, Pacelli amenazó a Mathias

[24] David Stevenson, *Cataclysm: The First World War As Political Tragedy,* Basic Books, Londres, 2004.

[25] John Cornwell, *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII,* Penguin Books, Nueva York, 2002.

Erzberger con revelar a los países aliados el antiguo oficio de este, así como algunas de las operaciones que Erzberger había llevado a cabo en Italia durante la Primera Guerra Mundial [26].

Al final, el Reich cedió y Prusia aceptó a regañadientes que su propia embajada en Roma se convirtiera en la legación del Reich ante el Vaticano. Había pasado bastante tiempo desde que Erzberger avisara al arzobispo Giuseppe Aversa de que el káiser no aceptaría jamás que un nuncio papal en Baviera fuera nombrado después nuncio en Prusia o el Reich, ya que ello supondría una humillación.

Pacelli estaba retrasando la firma del Concordato y, en opinión del historiador Klaus Scholder, en su obra *The Churches and the Third Reich,* «con ello creaba el punto de partida fatal a partir del cual Adolf Hitler forzaría en 1933 la capitulación del catolicismo

alemán en tan solo dos semanas».

En otras palabras, Eugenio Pacelli, como nuncio en Berlín, podía haber conseguido un Concordato a comienzos de los años veinte, sin comprometer la acción política de los católicos alemanes. En el comienzo de la década de los años treinta ya era demasiado tarde, y Hitler, astutamente, vio en la firma del Concordato con el Estado Vaticano la forma de sacarse de encima y de la esfera política a los católicos alemanes y a los partidos católicos de centro. Pacelli, según los analistas políticos e historiadores, le hizo el juego a Hitler y le ayudó a desembarazarse de las molestas y también numerosas agrupaciones políticas católico-centristas. Adolf Hitler no deseaba una confrontación con Pacelli como nuncio del Vaticano, y mucho menos cuando este era ya Papa.

Otro caso que la Santa Alianza y Eugenio Pacelli, como nuncio papal, tuvieron que afrontar sucedería en abril de 1920. La disputa era entre Alemania y Francia por la utilización de esta última de regimientos africanos como fuerza de ocupación en la región de Renania.

Pacelli había recibido diversas protestas de fieles sobre numerosos casos de violaciones de mujeres y niños de religión católica por soldados africanos que combatían en el ejército francés. El 31 de diciembre, el cardenal Adolf Bertram escribió una carta al cardenal secretario de

[26] Klaus Scholder, *The Churches and the Third Reich,* John Bowden Publishers, Londres, 1989.

Estado, Pietro Gasparri, en la que afirmaba que «Francia prefería emplear soldados africanos, quienes debido a su salvaje carencia de cultura y moral han cometido indecibles asaltos a las mujeres y niños de la región, hasta llegar a una situación conocida como “vergüenza negra”». Los franceses, a pesar de las protestas alemanas, tenían previsto enviar más tropas africanas a esa región. Pacelli comenzó a pedir a Gasparri que activase a la Santa Alianza para tomar cartas en el asunto.

El embajador francés rechazaba las alegaciones de Eugenio Pacelli y del cardenal Adolf Bertram, y las definía como «propaganda antifrancesa». Lo cierto es que los implicados en el caso eran soldados y oficiales de regimientos procedentes de países del norte de África y de las colonias francesas en el África subsahariana.

La Santa Alianza decidió enviar «investigadores» a la región para tomar declaración a los implicados. Los espías del Papa descubrieron todo tipo de aberraciones a mujeres y niños de Renania por parte de las tropas francesas. Niños menores de diez años secuestrados y violados; niñas adolescentes secuestradas, torturadas y usadas como esclavas sexuales; mujeres golpeadas y

violadas, y así innumerables casos [27].

Mientras los agentes informaban al papa Benedicto XV en Roma, también lo hacían al nuncio Pacelli, pero un caso vendría a enrarecer aún más la tensa situación que se estaba viviendo. Una niña de once años llamada Nina Holbech fue secuestrada por tres soldados y dos oficiales de los regimientos africanos. Dos días después el cadáver de la pequeña fue encontrado atado a una viga en un establo abandonado. Nina había sido torturada y violada sádicamente hasta matarla. Alemania pedía justicia, pero una nación vencida y que había provocado una guerra mundial no tenía derecho a ella; mas Pacelli decidió dársela.

Los agentes enviados por Roma decidieron actuar contra los atacantes. Para ello recabaron información de horarios, lugares de diversión de los secuestradores cuando salían de permiso, controles de pasos de carreteras y caminos secundarios hasta los cuarteles en donde estaban destinados los cinco responsables del ataque a la niña.

La segunda vía de ataque del espionaje papal sería una amplia campaña de denuncia en los Estados Unidos y Gran Bretaña contra Francia por el ataque de soldados de color pertenecientes a unidades de

[27] John Cornwell, *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII,* ob. cit.

su ejército a niñas blancas en la región de Renania. Como resultado de las presiones del espionaje papal en Washington, el Congreso decidió crear una comisión investigadora para ser enviada a Alemania. Eugenio Pacelli creía que el Gobierno estadounidense acabaría presionando a París para que pusiese fin a las violaciones y ataques a mujeres y niños por parte de los militares africanos; pero lo que ocurrió fue bien distinto. El Gobierno del presidente Wilson aconsejó al Comité del Congreso que no adoptara ninguna medida o acción contra Francia acerca de las quejas que llegaban desde Alemania y la Santa Sede [28].

El 7 de marzo de 1921, Eugenio Pacelli volvió a escribir a Pietro Gasparri para saber la posición del Sumo Pontífice, pero esta vez el cardenal secretario de Estado aconsejó a Benedicto XV que no interviniese en defensa de los niños y mujeres alemanes agredidos. Desde ese mismo momento cesaron los reproches de la Santa Sede al Gobierno de París.

Misteriosamente, los tres soldados acusados de la violación y asesinato de Nina Holbech, y que no fueron acusados por las autoridades militares francesas, aparecieron desnudos con las manos en la espalda. Habían sido estrangulados. Los dos oficiales, que tampoco fueron siquiera amonestados y que habían dirigido el ataque a la niña, aparecieron ahorcados de una viga en el mismo

granero en donde se encontró el cuerpo de Nina. Jamás se descubrió a los autores de estos crímenes, pero las acusaciones sobre la llamada «vergüenza negra» continuaron hasta que Hitler volvió a ocupar esa región años después.

Para Eugenio Pacelli, ya como papa Pío XII, aquella «vergüenza negra» dejó huella en su actitud hacia las razas y la guerra. Veinticinco años después, cuando las primeras unidades aliadas entraron en Roma tras la liberación de la ocupación nazi, el Sumo Pontífice pidió a través de los embajadores estadounidense y británico en Roma que «no hubiera soldados de color aliados entre las unidades que quedarían acuarteladas en Roma tras la liberación» [29].

El 23 de marzo de 1919, es decir, justo dos años antes, en un local del Santo Sepulcro de Milán, Benito Mussolini se reunía con ciento

[28] John Cornwell, *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII,* ob. cit.

[29] Papeles del Foreign Office, 371/43869/21. Public Record Office, Kew. Véase también P. Blet, *Pius XII and the Second War World,* Paulist Press, Nueva Jersey, 1997.

dieciocho individuos para fundar los «fascios italianos de combate». En su programa se exigía la expropiación de todos los bienes de las congregaciones religiosas y la derogación de la llamada Ley de Garantías. La Santa Alianza alertó inmediatamente a Gasparri y al papa Benedicto XV sobre la reunión e incluso sobre la posibilidad de que aquel pomposo hombre pudiese algún día tener un poder inusitado. Lo que la Iglesia no sabía es que diez años después aquel político firmaría los llamados «Pactos Lateranenses», por los que se crearía la Ciudad-Estado del Vaticano.

A comienzos de enero de 1922, Benedicto XV se vio afectado por un catarro que en pocos días degeneró en una bronquitis aguda, lo que agravó su estado de salud el 20 de enero. Aquel día los médicos papales le diagnosticaron una neumonía que le provocaría la muerte dos días más tarde, a las seis de la mañana. Poco después de morir, los turcos levantaron una estatua de Benedicto XV con una placa en la que podía leerse: «Al gran Papa que vivió la tragedia mundial como benefactor de todos los pueblos, al margen de su nacionalidad o religión».

El cónclave que sucedió a la muerte del Sumo Pontífice duró tan solo cuatro días. El cardenal Achille Ratti superó enseguida los dos tercios del total de votos necesarios para ser elegido nuevo Papa en la mañana del día 6 de febrero de 1922. Tras elegir el nombre de Pío XI, manifestó al Colegio cardenalicio su intención de salvaguardar y defender las prerrogativas de la Iglesia católica no solo en Roma o en Italia, sino en todo el mundo. Quería lanzar su bendición *Urbi et Orbi* como deseo de una paz duradera desde el balcón de la plaza de San Pedro, algo que se había hecho siempre en el interior desde la pérdida de los Estados Pontificios en 1870.

Con este gesto el papa Pío XI dejaba ya claro que durante su pontificado deseaba poner fin a la llamada «cuestión romana» [30].

Lo cierto es que con la desaparición de Benedicto XV se abría una nueva época, una nueva era, la llamada era de los dictadores, que en nada beneficiará a la paz mundial. El jinete del Apocalipsis está a punto de cabalgar de nuevo.

[30] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

LA ERA DE LOS DICTADORES (1922-1934)

«No hay sinceridad en sus bocas, su corazón está lleno de perfidia: su garganta es un sepulcro abierto, su lengua es adulación. Condénalos, Señor, que fracasen en sus intrigas, pues se han rebelado contra Ti.»
(Salmos 5, 10-11)

L a Revolución rusa de 1917 planteó a la Iglesia, al Vaticano, al papa Pío XI y al servicio de espionaje, la Santa Alianza, un nuevo enemigo, el comunismo ateo, cuya propagación amenazaba con destruir la cristiandad.

En la mañana del 21 de abril de 1926 una figura vestida modestamente traspasaba de forma rápida las puertas giratorias del Hotel Moscú en dirección a la iglesia de St. Louis-des-Français, el único templo católico en funcionamiento en la capital soviética. En su carrera atraviesa la plaza en donde se encuentra la Lubyanka, el cuartel general, prisión y edificio de ejecuciones de la temible *Obyeddinenoye Gosudarstvennoye Politicheskoye Upravleniye* (OGPU), la policía política del régimen. Al entrar en el edificio sagrado, dos personas rezan ante el altar, una mujer de mediana edad y un hombre de tez morena y bien vestido.

Otros tres trabajadores se acercan nerviosos al recién llegado. Todo se desarrolla con un alto grado de tensión, y es explicable en un país donde el régimen comunista persigue, encarcela e incluso ejecuta a todos aquellos que se niegan a abandonar sus creencias religiosas. Hablando en susurros, el recién llegado se presenta como Michel d'Herbigny, arzobispo católico enviado por el papa Pío XI a Moscú en misión clandestina con el fin de establecer una jerarquía católica secreta, así como una administración que se ocupe de reemplazar a obispos y sacerdotes exiliados o encarcelados por las autoridades comunistas [1].

D'Herbigny no solo era un fiel católico convencido de llevar la palabra del catolicismo a los lugares más recónditos de la Unión Soviética, sino que también era un experto agente de la Santa Alianza encargado por el mismísimo Papa de crear una sección especial del espionaje que se ocupase de preparar a los sacerdotes que serían enviados allí para realizar labores pastorales de forma clandestina.

Uno de los reunidos en la iglesia era el padre Eugène Neveu, a quien el embajador francés en Moscú había convocado por petición de D'Herbigny. El obispo recién llegado anunció que el Santo Padre

había nombrado a Neveu primer obispo secreto y que él había viajado a Moscú desde Roma para consagrarle. Nada más salir del recinto, Michel d'Herbigny se dirigió nuevamente a su hotel, en donde se le comunicó que debía presentarse en una oficina de la policía moscovita y que antes de esa misma noche debería abandonar el país.

Antes de hacerlo, D'Herbigny debía realizar la ceremonia de consagración de Eugène Neveu como primer obispo católico de la Unión Soviética. Como testigos actuarían la mujer, Alice Ott, sacristán de St. Louis-des-Français, y el teniente Bergera, agregado militar en la embajada de Italia en Moscú. Bergera era amigo personal del Papa desde que ambos coincidieron en Varsovia, él como agregado militar, y el entonces cardenal Achille Ratti como nuncio papal en Polonia.

D'Herbigny concedió unos minutos a Neveu para que se preparase. Poco después el obispo leyó el documento de nombramiento en perfecto latín firmado por el cardenal secretario de Estado, Pietro Gasparri, y le colocó el anillo en su dedo como símbolo de su autori

[1] Paul Lesourd, *Entre Rome et Moscou: le jésuite clandestin, Mgr Michel d'Herbigny,* P. Lethielleux, París, 1976; y David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

dad episcopal. Esta autoridad le permitía también la ordenación de sacerdotes y la consagración de obispos [2].

Después de la corta ceremonia, las cinco personas que se habían reunido en el interior de la iglesia se prepararon para salir, pero antes de hacerlo, el obispo Michel d'Herbigny dio las últimas instrucciones al ahora obispo Eugène Neveu. Este debía localizar a los padres Alexander Frison y Boleslas Sloskans, enseñarles sus credenciales y consagrar secretamente a ambos como obispos [3].

Frison era un sacerdote que dirigía una pequeña congregación católica en Odessa, en el mar Negro, mientras que Sloskans dirigía otra en Leningrado. Neveu recordaría siempre las palabras que D'Herbigny le había susurrado al oído —«recuerda que ahora eres un sucesor de los apóstoles»—, pero ello no le tranquilizaba de ningún modo; al fin y al cabo, algunos de los apóstoles de Cristo habían sufrido martirio en defensa de la fe.

Desde ese mismo momento, Neveu, Frison y Sloskans se convirtieron en los líderes de la red de la Santa Alianza en la Unión Soviética, conocida como *los clandestinos.* Las misiones secretas en territorio enemigo eran algo corriente para la Santa Alianza. Ya las habían llevado a cabo en los últimos años en la Bélgica ocupada, en Turquía, en territorio austrohúngaro e incluso en Alemania. Realmente, el Vaticano había recibido no sin cierto regocijo la caída del zar Nicolás, fiel aliado de la Iglesia ortodoxa rusa en contra de

la Iglesia católica romana, que había sido discriminada y perseguida oficialmente. La caída del zar y la llegada de un gobierno provisional demócrata-liberal en marzo de 1917 daba nuevas expectativas a la Santa Alianza. Con la nueva legislación aprobada, el gobierno intentaba reconciliarse con el Papado y el catolicismo en Rusia [4].

Pero todo esto cambió cuando en noviembre del mismo año los bolcheviques de Vladimir Lenin se hicieron con el poder. Para los bol

[2] John Cornwell, *Breaking Faith: The Pope, the People, and the Fate of Catholicism,* Viking Press, Nueva York, 2001.

[3] Ulisse A. Floridi, *Moscow and the Vatican,* Ardis Publishers, Londres, 1983.

[4] Malachi Martin, *The Keys of this Blood. Pope John Paul II versus Russia and the West for the Control of the New World Order,* Simon & Schuster, Nueva York, 1990.

cheviques, las creencias religiosas era una cuestión de clases, y estas debían ser erradicadas de la nueva sociedad que querían crear.

El 23 de enero de 1918, el Consejo de Comisarios Populares anunció un cambio de rumbo ante las instituciones religiosas. Se decretaba la prohibición de que estas mantuviesen el control de las escuelas; se negaba el apoyo a la Iglesia por parte del Estado; se retiraba la potestad de la Iglesia para tener propiedades; se prohibía en las iglesias la petición de donaciones a los fieles; y se retiraban los derechos civiles a todos aquellos ciudadanos que practicasen la religión católica [5].

La puntilla llegaría a finales de 1919, cuando el gobierno de Lenin prohibió la enseñanza de la religión católica a los niños, no solo en las escuelas, sino incluso en sus propias casas. Desde ese mismo momento cesaron las comunicaciones entre el Vaticano y la Unión Soviética.

En respuesta a las medidas antirreligiosas, el Vaticano y el entonces papa Benedicto XV vacilaron entre el compromiso a aceptar lo impuesto y la resistencia. Inicialmente, el Papa y su secretario de Estado decidieron adoptar una postura de esperar a que el gobierno revolucionario abandonase las duras medidas contra los católicos, pero, por otro lado, Benedicto XV había decidido convocar a Michel d'Herbigny, antiguo miembro de la Santa Alianza y experto en asuntos rusos, para que comenzase a tejer su red clandestina a lo largo y ancho de la Unión Soviética. Estas medidas debían ser «ignoradas» por el Sumo Pontífice y tan solo se le debía comunicar si era necesario su apoyo para el nombramiento de algún cargo religioso, como fue el de Eugène Neveu [6].

Como última decisión de su pontificado antes de morir, Benedicto XV firmó el 22 de enero de 1922 la aprobación de un plan que consistía en el envío de una misión papal a Rusia [7]. La

Santa Alianza tomó las riendas de la operación y para ello se envió al jesuita norteamericano padre Edmund Walsh y a otros treinta sacerdotes a diferentes puntos del país para distribuir toneladas de ropas y alimentos a las poblaciones hambrientas. Mientras los espías recababan información sobre las comunidades católicas para un futuro despliegue, la diplomacia va

[5] Donald Rayfield, *Stalin and the Hangmen,* Viking, Londres, 2004.

[6] R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime,* Vintage Press, Nueva York, 1995.

[7] John Pollard, *The Unknown Pope. Benedict XV (1914-1922) and the Pursuit of Peace,* Geoffrey Chapman Publishers, Londres, 1999.

ticana establecía contactos secretos con Lenin, primero en Roma, entre embajadores, y después en Berlín, entre el propio cardenal secretario de Estado, Gasparri, y el líder soviético [8].

A pesar de que el Vaticano concedió un crédito sin intereses a Rusia por más de diez millones de dólares, Lenin retrasó las concesiones a los católicos. Incluso firmó en la ciudad italiana de Rapallo el establecimiento de relaciones diplomáticas y de cooperación económica con Alemania, su antiguo enemigo, antes que con el papa Pío XI. La respuesta a esta acción no se hizo esperar.

En la primavera de 1923, tres prelados católicos y doce sacerdotes serían detenidos por la policía secreta acusados de actividades contrarrevolucionarias y antisoviéticas. Dos de ellos, el arzobispo Jan Cieplak y su vicario general, Konstanty Budkiewicz, este último agente de la Santa Alianza, serían condenados a cadena perpetua y trabajos forzados, el primero, y a muerte, el segundo. La condena de Cieplak sería conmutada por diez años de prisión, pero Budkiewicz sería ejecutado de un disparo en la nuca en una mazmorra de la Lubyanka en la noche del 31 de marzo de 1923 [9].

A continuación, iglesias, seminarios y escuelas serían clausuradas; los sacerdotes, arrestados, ejecutados o condenados al exilio. En 1924, a la muerte de Lenin, el anciano arzobispo Zerr de Tiraspol era el único obispo católico vivo y en libertad dentro de la Unión Soviética. Algunas voces presionaron al papa Pío XI a condenar públicamente la política anticatólica de Moscú y a movilizar a la opinión pública católica mundial contra el peligro del comunismo. Después de un breve discurso de condena ante sus cardenales por parte del Sumo Pontífice, y aconsejado por su experto en asuntos rusos, Michel d'Herbigny, el Papa comunicó en diciembre de 1924 a su nuncio en Berlín, monseñor Eugenio Pacelli, que continuase sus conversaciones secretas con Moscú.

El ministro de Asuntos Exteriores soviético, Georgij Chicherin, lideraba a los pragmáticos de Moscú que defendían la necesidad de una convivencia con el Papado, aunque Pacelli estaba decidido a presionar para alcanzar un acuerdo que llevase a un reconocimiento

de la Iglesia por parte del Estado. El futuro Pío XII estaba decidido a presionar e

[8] David Álvarez, «The Professionalization...», art. cit.

[9] Andrea Riccardi, *Il Secolo del Martirio,* Arnaldo Mondadori Spa, Milán, 2000.

incluso a amenazar a Chicherin con el bloqueo económico a la Unión Soviética por parte de las naciones católicas si Moscú no aceptaba un reconocimiento explícito de los derechos católicos en el país. Desde luego, las negociaciones se rompieron.

Diversos historiadores han coincidido en defender la teoría de que Pacelli no deseaba alcanzar un acuerdo con «un país de herejes y salvajes», como él mismo lo definía, y por eso exigió a Chicherin aspectos imposibles de cumplir por parte de los soviéticos. Aquella ruptura buscada y encontrada provocaría que cientos de sacerdotes y religiosos fueran torturados y ejecutados en los temibles *gulags* soviéticos por defender la fe [10]. Estaba claro que el papa Pío XI debía haber dejado las negociaciones en manos de monseñor Michel d'Herbigny, pero Pacelli consiguió apartar a este, y el catolicismo pagaría un alto precio por ello.

D'Herbigny había entrado en los jesuitas a la edad de diecisiete años y rápidamente se interesó por la cultura rusa y por su historia durante sus estudios en París. Él era un hombre erudito, pero también un hombre de acción. Mientras escribía trabajos sobre la filosofía rusa en cirílico, participaba en programas de la Santa Alianza para llevar el catolicismo hasta los más lejanos rincones de la Unión Soviética. La reputación de Michel d'Herbigny llegó a oídos de Roma, que lo mandó llamar al Vaticano. En 1922 ya dirigía el nuevo Instituto Pontificio para Estudios Orientales y ejercía como consultor experto de la Congregación para las Iglesias Orientales, el departamento papal responsable de los asuntos eclesiásticos en Rusia y en los países eslavos [11].

Lo cierto es que, hasta la llegada de D'Herbigny a la Santa Alianza, el Vaticano estaba muy pobremente informado sobre lo que pasaba en la Rusia zarista, primero, y en la comunista Unión Soviética, después. Hasta entonces, sin un nuncio papal en Moscú o un delegado apostólico, el Vaticano se informaba a través de periodistas con conexiones en la Santa Sede que iban informando sobre los avances políticos o religiosos que se sucedían en el país.

[10] Se dice que el anticomunismo de Eugenio Pacelli le llevó a aplaudir, ya como papa Pío XII, la decisión de Adolf Hitler de conquistar la Unión Soviética durante la llamada «Operación Barbarroja» el 22 de junio de 1941.

[11] León Tretjakewitsch, *Bishop Michel d'Herbigny SJ and Russia: a Pre-ecumenical Approach to Christian Unity,* Augustinus-Verlag, Berlín, 1990.

Tan solo el jesuita Edmund Walsh, jefe de la misión de ayuda pontificia, enviaba algún que otro informe al Vaticano, a través de la embajada de Alemania en Moscú, incluidos movimientos de tropas. Pero el gobierno comunista prohibió a Walsh desplazarse

libremente por el país, por lo que las informaciones que llegaban al servicio del espionaje papal estaban más encaminadas a la arrobada de tal diplomático, o al rumor sobre un comentario de un funcionario soviético a un secretario, amigo de un agregado militar, es decir, a cosas sin importancia.

Walsh sería relevado por el padre Eduard Gerhman, que continuó dando cobertura a la Santa Alianza en Moscú. En abril de 1924, por ejemplo, los agentes de Walsh informaron de que el arzobispo Cieplak había sido puesto en libertad y expulsado del país. El religioso viajó de inmediato a Roma para informar al papa Pío XI. Al inicio de 1925 los refugios católicos eran ya escasos y el Vaticano necesitaba crear su propia red de informadores dentro de la Unión Soviética [12].

A finales de 1925, de repente, Michel d'Herbigny recibió una invitación de la Iglesia ortodoxa rusa para visitar el país, un movimiento que aprobaba claramente el gobierno de Moscú. En la visa de su pasaporte aparecía escrito «viaje por vacaciones y estudios». D'Herbigny viajó vestido con su sotana negra y su alzacuellos blanco a Moscú, en donde se reuniría con varios diplomáticos occidentales, prelados de la Iglesia ortodoxa y uno de los más influyentes miembros del régimen soviético, el ministro de Educación, Anatoli Lunarcharski. Cuando monseñor D'Herbigny regresó a Roma, llevaba bajo su brazo un incalculable número de informaciones recibidas de primera mano. El problema es que eran cada vez menos los sacerdotes que deseaban viajar a Rusia para hacerse cargo de forma clandestina de las diferentes parroquias que se extendían por todo el país. A varios seminarios había llegado el rumor de tres sacerdotes detenidos en un pequeño pueblo de Siberia por miembros de la OGPU. Tras ser interrogados y torturados, los religiosos fueron atados a un tronco y quemados vivos. En realidad, esta historia nunca sucedió; simplemente era un cuento que había pasado de boca en boca, pero que nadie podía explicar bien dónde, cuándo o quién se lo había contado. El hecho fue que muchos jóvenes sacerdotes hicieron caso del cuento y se negaron a viajar a Rusia.

[12] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

Mientras que las relaciones soviético-vaticanas caminaban a marchas forzadas, Pío XI decidió tomar medidas ante el colapso de las estructuras eclesiásticas en Rusia. Los obispos tendrían una autorización papal para ordenar sacerdotes del lugar, impartir bautismos, matrimonios y dar las extremaunciones. Bajo esta autorización pontificia, solo los obispos podrían ejercer su autoridad en temas administrativos en los asuntos de las iglesias locales. El problema fue, según Michel d'Herbigny, que el poder

otorgado por Pío XI a los obispos les confería una situación de máximo peligro, ya que bastaba con que la policía secreta soviética detuviera a los obispos para desmembrar la red de religiosos montada por cada uno de ellos. Realmente, fue en 1924 cuando el Papa decidió crear una red clandestina de sacerdotes enviados desde Roma con la misión de llevar a todos los rincones la religión católica, pero al final esto fue desechado y se retomó la idea de conseguir esa misma introducción a través de las conversaciones con el régimen de Moscú [13]. El Papa estaba convencido de abandonar este plan y de que su éxito sería bastante improbable. El problema era que los consejeros papales que podrían dirigir esta operación estaban bajo estrecha vigilancia de la OGPU. No serían los obispos quienes sobrevivirían en las misiones clandestinas en Rusia, sino sencillos sacerdotes que supieran mezclarse con la población sin levantar sospechas.

Uno de estos era el padre Eugene Neveu, que había llegado a Rusia por primera vez en 1907 para dirigir la congregación francesa y belga en la ciudad de Makejevka. Neveu permaneció en su puesto hasta la Revolución de 1917, cuando la mayor parte de los extranjeros regresaron a sus países. No se supo desde entonces nada más de él hasta que la Santa Alianza en el Vaticano recibió un sencillo mensaje desde un rincón apartado de la Unión Soviética en 1922 en el que Neveu pedía que le enviasen un buen par de pantalones y un mapa del mundo [14].

Neveu tenía mucho valor, era un defensor de la ética y creía firmemente en su jefe, monseñor Michel d'Herbigny, y en la autoridad papal. Por otro lado, Pío XI sabía que Neveu era un hombre de acción, un agente perfecto de la Santa Alianza, y que sus acciones eran más eficaces en Moscú o San Petersburgo que en Washington o Bruselas.

[13] Paul Lesourd, *Entre Rome et Moscou...,* ob. cit.

El 11 de febrero de 1926, Pío XI llamó a sus apartamentos privados a D'Herbigny para ordenarle realizar una misión secreta en el interior de la Unión Soviética. El jesuita francés escuchó en silencio las instrucciones dadas por el Sumo Pontífice. Sus órdenes eran las de establecer una jerarquía clandestina católica en Rusia, consagrando, como primer paso, al padre Eugène Neveu como obispo. D'Herbigny, como buen jesuita, aceptó las órdenes del Papa sin rechistar y ni tan siquiera hacer preguntas.

Un día de finales de marzo, Michel d'Herbigny salió para Francia con la intención de pedir en la embajada soviética en París el visado para entrar en Moscú. De allí viajó en tren hasta Berlín, en donde se reunió con el nuncio monseñor Pacelli. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia había dado ya instrucciones a su embajada en

Moscú para que localizasen a Eugène Neveu y fuera llamado a la capital soviética a la espera de órdenes [15].

D'Herbigny pudo hablar por primera vez con Neveu el 1 de abril de 1926. Mientras el enviado papal y agente de la Santa Alianza desarrollaba operaciones encubiertas por orden del Papa, por otro lado realizaba llamadas telefónicas y encuentros en lugares públicos con el fin de despistar a los servicios de inteligencia soviéticos. Uno de los «protectores» de monseñor D'Herbigny sería el embajador de Alemania, el conde Ulrich von Brockdorff-Rantzau. Fue el diplomático alemán quien dio cobertura a D'Herbigny para despistar a la policía soviética y que este pudiese reunirse finalmente con Neveu en la iglesia de St. Louis-des-Français el 21 de abril.

Cuando el agente de la Santa Alianza regresó a su hotel y se encontró con una orden para presentarse ante la policía para ser interrogado sobre su misión en Rusia, supo por vez primera que había un «topo» dentro de su organización. Este sentimiento prefirió no revelárselo a nadie, ya que si lo hacía podría provocar el pánico entre los miembros de la organización que comenzaba ya a conocerse como *los clandestinos.*

La segunda etapa del viaje la realiza abiertamente con Neveu a Karlov, Odessa, Kiev y Leningrado. Durante varios días, D'Herbigny y Ne

[15] León Tretjakewitsch, *Bishop Michel d'Herbigny SJ and Russia...;* ob. cit.; y Richard Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime,* ob. cit.

veu se reúnen con sacerdotes y seminaristas, al tiempo que consagran como obispos a otros como el padre Boleslas Sloskans, de Leningrado, o al padre Alexander Frison, de Sebastopol. El 10 de mayo, cuatro días antes de su regreso a Roma, monseñor Michel d'Herbigny se reunió nuevamente en la iglesia de St. Louis-des-Français con la señora Ott y el teniente Bergera, para consagrar a Sloskans y Frison como segundo y tercer obispos secretos por orden del papa Pío XI [16].

En realidad, D'Herbigny era un novato en misiones clandestinas y sus movimientos en la Rusia bolchevique no habían pasado inadvertidos para su policía secreta. En muy pocos días la OGPU tenía ya identificados a todos los miembros de la red de *los clandestinos,* así como sus apoyos y sus centros de reunión, que partían desde la misma iglesia de St. Louis-des-Français. A pesar de que D'Herbigny, Neveu, Sloskans o Frison no fueron molestados ni interrogados en un principio, lo que el enviado del Papa no sabía es que toda la red había sido puesta al descubierto. Lo que sí hicieron los hombres de Félix Edmundonovich Dzerjinsky, todopoderoso jefe del OGPU, fue comenzar a detener a los miembros de menor categoría de la red. Muchos sacerdotes fueron detenidos y enviados

a campos especiales para cumplir penas de trabajos forzados. Mientras Michel d'Herbigny seguía ampliando su red de la Santa Alianza, el servicio secreto soviético se dedicaba a destejerla por la parte más débil, los sacerdotes [17].

A finales de agosto, el enviado del Sumo Pontífice viajó desde la turística ciudad de Gorki a Leningrado. En la antigua ciudad imperial y a puerta cerrada en la iglesia de Notre Dame de France, monseñor Michel d'Herbigny consagró al cuarto obispo clandestino en Rusia, el padre Antoni Malecki, quien recientemente había sido puesto en libertad tras cumplir una pena de cinco años de trabajos forzados por «crímenes contra la Revolución».

Los agentes de la OGPU controlaron cada paso de D'Herbigny sin que este lo supiese, pero tenían órdenes de no actuar hasta que las pruebas fueran aplastantes y permitiesen a la Unión Soviética sacar a Michel d'Herbigny de escena de un solo plumazo sin ofender a los países católicos aliados del Vaticano. Finalmente, la policía decidió que

[16] Paul Lesourd, *Entre Rome et Moscou: le jésuite clandestin...,* ob. cit.

bastaban las pruebas en su poder. El 4 de septiembre de 1926 la visa del agente de la Santa Alianza expiraba, y el 28 de agosto D'Herbigny se había acercado a una comisaría de policía para pedir una extensión de su visa y un permiso para entrar en Ucrania.

Las autoridades le extendieron el permiso hasta el 12 de septiembre y le dijeron que estudiarían su petición para entrar en Ucrania. Tres días más tarde, cuatro agentes de la OGPU se presentaron en su hotel y le informaron de que había sido declarado persona *non grata* en el país y que, por supuesto, no era bienvenido en Rusia. Inmediatamente le entregaron su pasaporte y le acompañaron en tren hasta la frontera con Finlandia, y de ahí en dirección al Vaticano para informar al propio Pío XI.

Neveu esperaba a D'Herbigny en la capital, pero este nunca llegó, por lo que decidió regresar a la iglesia de St. Louis-des-Français y dar su misa matinal. De repente, en mitad de la ceremonia, las puertas del templo se abrieron y un hombre con aspecto de trabajador se acercó al obispo y le entregó un paquete con dinero y ropa. Este le dijo: «Esto es de parte de la Santa Alianza. Que Dios le proteja desde este mismo momento en su labor». A continuación el hombre se dio media vuelta y desapareció por donde había llegado. Neveu descubrió entonces que desde ese mismo momento él y su red de *clandestinos* estaban solos, sin la protección del Papa o de la Santa Alianza; tan solo la de Dios [18].

Las autoridades soviéticas comenzaban de forma sistemática a desmantelar poco a poco la red jerárquica católica en Rusia. El aumento de las persecuciones daban una idea al Vaticano y a la

Santa Alianza de la política impuesta por el nuevo líder, Josip Stalin, que tras la muerte de Lenin se había convertido en el hombre fuerte de la Unión Soviética.

Stalin afirmaba que la seguridad de su posición estratégica, debido a su potencial militar y económico, podría poner a Moscú en contra del mundo capitalista, y para él uno de los máximos representantes de ese mundo era la Iglesia y el Vaticano. Para los marxistas-leninistas, «el Papado era un conspirador y sus sacerdotes ayudaban a propagar las conspiraciones por todo el mundo. El Vaticano era un aliado de los poderes anticomunistas dispuestos a destruir el modo de vida de Rusia». Stalin estaba dispuesto a expandir las ideas comunistas a todo el

[18] Paul Lesourd, *Entre Rome et Moscou: le jésuite clandestin...,* ob. cit.

mundo, y tal vez por ello el Vaticano firmó bajo el pontificado de Pío XI tratados con la Italia fascista en 1929 y con la Alemania nazi en 1933, dos de los gobiernos más antisoviéticos [19].

Lo cierto es que para el líder soviético los rusos católicos eran potencialmente subversivos y desde la OGPU ya le habían llegado informes claros sobre las intenciones del servicio secreto del Papa de establecer una red clandestina de sacerdotes católicos.

El 15 de octubre de 1926, semanas antes de la expulsión de Michel d'Herbigny, el Consejo de Ministros adoptó la resolución que prohibía a todo extranjero predicar cualquier tipo de religión. Monseñor Vincent Ilyin, nombrado secretamente administrador apostólico en Karkov, fue detenido por llevar bajo su brazo periódicos extranjeros. Pocos meses después, monseñor Sloskans, quien en noviembre de 1926 había hecho público su estatus dentro de la Iglesia católica, sería detenido y condenado por cargos de espionaje a un campo de trabajos forzados en las cercanías del círculo Ártico. Una semana después, también el obispo Teofilus Matulionis fue detenido y enviado al Ártico junto a monseñor Sloskans. En febrero de 1929 ya estaban detenidos los obispos Malecki y Frison, y todas las iglesias católicas, voladas con dinamita por orden expresa de Stalin [20].

Se calcula que en 1924, a la muerte de Lenin, había en el interior de la Unión Soviética cerca de doscientos religiosos católicos; en 1936 se había reducido a cincuenta; en 1937, a solo diez; y un año después, solo quedaban dos [21].

En 1931, la debacle de la colectivización agrícola que vino a aumentar el hambre hizo que Moscú tuviese que cambiar radicalmente su política hacia los países occidentales y, por consiguiente, hacia el sector católico y el Vaticano.

Los oficios católicos fueron permitidos, y los religiosos, como el obispo Frison, fueron puestos en libertad, aunque solo de forma

temporal. Una vez pasada la crisis económica, los servicios religiosos fue

[19] Donald Rayfield, *Stalin and the Hangmen,* ob. cit.; y Ulisse A. Floridi, *Moscow and the Vatican,* ob. cit.
[20] Andrea Riccardi, *Il Secolo del Martirio,* ob. cit.
[21] Eugene H. Van Dee, *Sleeping Dogs and Popsicles: The Vatican Versus the KGB,* Rowman & Littlefield, Nueva York, 1996.

ron nuevamente prohibidos, y los clérigos, detenidos y devueltos a los campos de trabajo. La Santa Alianza informaría en 1937 al papa Pío XI de que el obispo Alexander Frison, de Sebastopol, habría sido ejecutado de un disparo en la nuca en su propia celda del campo de trabajo. Cuando murió pesaba tan solo cuarenta kilos [22].

Obispos y sacerdotes eran secuestrados en mitad de la calle, introducidos en vehículos negros y llevados a centros ilegales de detención, en donde eran torturados y ejecutados. El cardenal secretario de Estado recibía ocasionalmente informaciones de las embajadas alemana y francesa ante la Santa Sede procedentes de Moscú. Desde finales de 1926 o principios de 1927, la única conexión de la Santa Alianza y el Papa en la Unión Soviética era el obispo Eugène Neveu. Cada dos semanas exactas, Michel d'Herbigny recibía un informe de Neveu a cuál más desalentador. Al obispo haber nacido en Francia le permitía moverse más libremente por Moscú sin ser detenido, en contra de lo que les sucedía a sus colegas nacidos en Rusia.

El jesuita trataba toda la información sobre Rusia de «extremadamente confidencial», mientras que D'Herbigny y la Santa Alianza la consideraban «sumamente delicada». Otra de las misiones de Eugène Neveu fue la de rescatar libros religiosos antiguos e iconos de su destrucción. Desde hacía años, las autoridades soviéticas se habían dedicado a quemar indiscriminadamente todo objeto religioso o cualquier material didáctico, entre ellos los libros. Monseñor Michel d'Herbigny decidió lanzar la llamada «Operación Librorum».

Tras comunicárselo al responsable de la Santa Alianza en la capital soviética, este decidió ponerse manos a la obra. Al principio era una tarea en solitario y a pequeña escala, para en pocas semanas convertirse en una operación a gran escala. Eugène Neveu compraba libros de los siglos XVI y XVII por unos pocos rublos; otros del siglo XVIII eran entregados por sus propietarios en donación para salvarlos de la quema. Los sacerdotes desplegados a lo largo de toda Rusia co

[22] Tan solo tras la caída del Muro de Berlín y del comunismo se abrieron los archivos del KGB referentes a esa época. En uno de los documentos se citaba la orden de ejecución de monseñor Alexander Frison, así como la orden de incineración de su cadáver para no dejar ningún rastro. Véase también Eugene H. Van Dee, *Sleeping Dogs and Popsicles...,* ob. cit.

menzaron a enviar a Moscú todo tipo de objetos religiosos, como iconos de los siglos XIII y XIV, imágenes de vírgenes del XVI y algún que otro crucifijo con piedras preciosas del siglo XV. En total, al concluir la «Operación Librorum», dos años después, los agentes de la Santa Alianza dirigidos por monseñor Neveu habían salvado un fondo cercano a un millar de incunables, casi dos millares de iconos y casi tres mil objetos de índole religiosa como cálices, crucifijos o imágenes sagradas. Todo este fondo quedaría depositado para su posterior catalogación en el Instituto Pontificio de Estudios Orientales y enviado directamente a Roma, vía valija diplomática, a través de la embajada de Italia en Moscú [23].

A finales de la década de los veinte, la inteligencia soviética concluyó que existía una red clandestina dirigida por un prelado católico (Neveu) y que estaba bajo las órdenes de un superior (D'Herbigny) en el mismo Vaticano. También el informe del espionaje de Stalin aseguraba que la iglesia de St. Louis-des-Français era la sede de las operaciones clandestinas contra el Estado soviético. La Santa Alianza perdería a monseñor Eugène Neveu en 1936, cuando este decidió salir de la Unión Soviética para realizar un tratamiento de salud en la costa francesa. Cuando intentó regresar a Moscú, la embajada soviética en París le negó el visado una vez tras otra, hasta hacerle desistir de sus intentos por volver a operar en la Rusia de Stalin.

A finales de 1929, el papa Pío XI ordenó la creación de una unidad especial dentro de la Santa Alianza que se denominaría *Russicum*. Los orígenes de esta nueva división de inteligencia del Vaticano sería la llamada Oficina Especial Vaticana, conocida también como Comisión para Rusia. La dirección del *Russicum* quedaría bajo el mando del obispo Michel d'Herbigny.

El obispo decidió mantener la llamada Comisión para Rusia como una especie de instituto en donde los futuros miembros del *Russicum* pudieran entrenarse antes de partir para la Unión Soviética. El programa de estudios aprobado por D'Herbigny y por el Sumo Pontífice para la comisión hacía énfasis en el total dominio de la lengua rusa, hablada y escrita; su historia; su cultura; o su gastronomía. A los futuros agentes se les hacía leer únicamente a los literatos rusos y solo podían

[23] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

leer diarios soviéticos. Las noticias eran discutidas en pequeños grupos, en donde se debía hablar en ruso [24].

Como última fase de su preparación, dos miembros del ejército polaco entrenaban a los «reclutas» en tácticas de paracaidismo para poder ser lanzados desde aviones en diferentes puntos de la Unión Soviética.

El mismo año 1929, exactamente el 11 de febrero, otro acontecimiento vendría a dominar los titulares de los periódicos de todo el mundo y a alterar las operaciones de la Santa Alianza en Rusia. El Vaticano e Italia firmaban los llamados Pactos Lateranenses, una serie de acuerdos que pondrían fin a la llamada «cuestión romana» y que demostraba a muchos países y cancillerías la buena línea de comprensión y comunicación establecida entre Pío XI y Benito Mussolini [25]. En 1926 habían dado comienzo una serie de largas y complicadas negociaciones para acabar de una vez por todas con la situación del Vaticano. La firma del nuevo Concordato permitía la creación del minúsculo Estado del Vaticano, mediante su artículo 26: «Se reconoce la existencia del Estado de la Ciudad del Vaticano bajo la soberanía del Romano Pontífice». El territorio era muy pequeño, tan solo 44 hectáreas, pero a partir de ahora se facilitaba la independencia de las actuaciones del Papa. En el Concordato firmado, Pío XI conseguía del régimen fascista salvaguardar dos aspectos fundamentales como eran el derecho a la enseñanza religiosa en las escuelas públicas y el reconocimiento, según el artículo 34 del Concordato, de los efectos civiles del sacramento del matrimonio regulado por el Derecho canónico.

Benito Mussolini, por su parte, claramente agnóstico, consciente de una nación italiana católica, sabía que tendría que resolver la cuestión vaticana tarde o temprano. En cuanto al convenio económico o, lo que es lo mismo, la indemnización que Italia debía pagar al Papa por la ocupación y anexión de los territorios pontificios en 1870, se fijó en un principio en dos mil millones de liras, pero Mussolini decidió rebajarla [26]. Al final la cifra entregada como indemnización quedó estableci

[24] Paul Lesourd, *Entre Rome et Moscou: le jésuite clandestin...,* ob. cit.

[25] Anthony Rhodes, *The Vatican in the Age of the Dictators, 1922-1945,* Henry Holt & Company, Inc., Nueva York, 1974.

[26] El Concordato firmado entre Benito Mussolini y el papa Pío XI permaneció vigente hasta el 18 de febrero de 1984. Véase Frank J. Coppa, *Controversial Concordats:*

da en ochenta y cinco millones de dólares anuales de la época. Otra de las medidas que debían cumplir el Papa y el cardenal secretario de Estado, Gasparri, era convencer a los políticos de partidos católicos, como el Partido Popolare, para que abandonasen la política, tal y como se haría pocos años después tras la firma del Concordato con Alemania entre Hitler y Pío XI.

Las presiones de la Santa Alianza sobre Luigi Sturzo, líder del Partito Popolare, hicieron que decidiese exiliarse en Suiza y se retirase por completo de la política. De esta forma, el Vaticano pagaba a Mussolini por lo alcanzado en los Pactos Lateranenses, mientras que el propio papa Pío XI animaba a los sacerdotes de toda Italia a apoyar a los fascistas y definía al propio Benito Mussolini

como «un hombre enviado a nosotros por la Providencia» [27].

El texto del Pacto Lateranense, redactado y negociado por Francesco Pacelli, hermano de Eugenio Pacelli, el futuro Pío XII, contenía todo intento de posibles intervenciones de núcleos católicos en la política. El texto sería utilizado como base para redactar el Concordato con el Reich de Hitler. Estaba claro que el futuro Sumo Pontífice sentía aversión por el catolicismo político y que el activismo de los sectores político-católicos sería la moneda de cambio con la que negociaría el Vaticano primero en Italia y años después en Alemania.

En el mes de noviembre de 1929, el Papa decidió relevar de sus responsabilidades al cardenal Pietro Gasparri, de casi ochenta años. Para sustituirlo, Pío XI nombró a su protegido durante casi un cuarto de siglo, monseñor Eugenio Pacelli. Para el mes de diciembre de 1929, el ya nuevo secretario de Estado vestía la púrpura cardenalicia y el 7 de febrero de 1930 ocupaba con todos sus poderes el cargo de cardenal secretario de Estado, el de más poder de la Iglesia católica después del Papa, a la edad de cincuenta y cuatro años.

Nuevamente, ya con Pacelli al cargo de la política exterior del Vaticano, el papa Pío XI decidió denunciar públicamente las persecuciones religiosas en el interior de la Unión Soviética. El Santo Padre condenaba los «viciosos ataques» por parte de los bolcheviques mientras

The Vatican's Relations with Napoleon, Mussolini and Hitler, Catholic University of America Press, Washington, D. C., 1999.

[27] John Cornwell, *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII,* ob. cit.

reprochaba a los gobiernos europeos la impasibilidad que demostraban ante estos ataques. Curiosamente, esta llamada la realizó no solo a las autoridades católicas, sino también a las protestantes de toda Europa, sin demasiado efecto.

En los periódicos del régimen se catalogaba al Papa como «un representante de la autocracia que intenta estrangular a la Unión Soviética»; a los sacerdotes y religiosos, «como una pandilla de agitadores», y al servicio de espionaje del Vaticano «como un instrumento desestabilizador de los ideales de la Revolución y del sistema de vida comunista».

Aparentemente, los servicios secretos soviéticos no tenían ninguna fuente fiable en el interior del Vaticano en la década de los veinte, y los pocos que operaban habían sido descubiertos por el *Sodalitium Pianum*. Pero en la década siguiente esa situación cambió por completo.

Las células del régimen de Stalin comenzaron a infiltrarse de forma eficiente en la estructura de la Curia romana. En Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos el espionaje soviético había

conseguido captar agentes locales o a miembros del Partido Comunista, pero en el Vaticano la cosa era bien diferente. Uno de los agentes más activos de la OGPU en la Santa Sede sería un hombre muy cercano a Michel d'Herbigny.

Alexander Deubner había nacido en San Petersburgo el 11 de octubre de 1899. Su padre era un oficial zarista que se había convertido secretamente al catolicismo. Este decidió enviar a su hijo Alexander a Bélgica para ser educado en el colegio de los padres asuncionistas, una Orden religiosa muy ligada a Rusia.

Ya en 1921, con veintidós años, Deubner fue enviado a un seminario en Turquía para prepararse como misionero. Después de cinco años de estudios, Alexander Deubner se encontró sin dinero, por lo que decidió recurrir al arzobispo Andreas Sheptyckyi en Varsovia, un amigo de su padre. El prelado destinó a Deubner como nuevo párroco de la congregación de expatriados rusos en la ciudad francesa de Niza. Allí se convirtió a la Iglesia ortodoxa, hasta que a finales de 1928 decidió renunciar a su apostasía y regresar al seno de Roma [28].

[28] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.; y Ulisse A. Floridi, *Moscow and the Vatican,* ob. cit.

Nuevamente el arzobispo Sheptyckyi intervino en favor de su protegido y consiguió que el mismísimo Michel d'Herbigny reclamase a Deubner para un puesto de asistente en la nueva división de la Santa Alianza, el *Russicum.*

El nuevo investigador tenía tan impresionado a D'Herbigny que incluso el jefe del *Russicum* invitó a Alexander Deubner a escribir juntos una monografía sobre los obispos rusos ortodoxos. Rápidamente, Deubner ascendió en el escalafón del espionaje vaticano hasta llegar a convertirse en el ayudante principal y más importante de D'Herbigny. En el verano de 1932, el *Russicum* le encomendó una delicada misión en Polonia relacionada con asuntos eclesiásticos. Este sería el comienzo del fin de Deubner y el primer paso para la caída del arzobispo Michel d'Herbigny al frente del *Russicum.*

Por algún tiempo, D'Herbigny estaba convencido de que, a pesar de la dictadura bolchevique, Rusia podría algún día vivir una conversión al catolicismo, pero solo si el Vaticano estaba preparado para adaptar sus costumbres y prácticas religiosas a la cultura rusa, menos en lo que respecta al dogma. El jefe del *Russicum* decidió enviar un informe al papa Pío XI y al secretario de Estado, Pacelli, en cuya portada podía leerse el sello «Rusificado», o lo que era lo mismo, un documento «extremadamente delicado». El texto resultó ser bastante controvertido, no solo entre los tradicionalistas que se oponían a cualquier cambio en sus ritos, sino entre aquellos que veían una liberalización de la estructura de la Iglesia católica, algo

no muy en consonancia con el aparato vaticano [29].

Muchos de los católicos en Rusia eran de origen polaco que habían sufrido una transformación del catolicismo más recalcitrante al comunismo más obediente. Para el régimen de Stalin, los polacos católicos de Polonia no debían ser convertidos, sino combatidos. Michel d'Herbigny y su *Russicum* estaban muy interesados en realizar operaciones en territorio polaco y establecer en el país una red clandestina de sacerdotes y obispos al igual que la organizada en la Unión Soviética.

Durante la visita a Polonia, Alexander Deubner atrajo la atención de los servicios secretos, quienes estaban interesados no solo en

[29] León Tretjakewitsch, *Bishop Michel d'Herbigny SJ and Russia...,* ob. cit.

sus relaciones con D'Herbigny, sino también en sus conexiones con Moscú. El padre de Deubner había sido detenido por los bolcheviques justo después de la Revolución y la caída del zar Nicolás, y enviado a una prisión en Siberia. Su madre, francesa, vivía en la capital rusa junto a un tío del agente de la Santa Alianza, en un apartamento en el mismo complejo del Kremlin. El tío de Deubner era amigo de la famosa activista comunista de Alemania Clara Zetkin. Cuando el agente del *Russicum* pasó por Berlín mantuvo un encuentro con Zetkin. Ella le presentó a diversos contactos en Alemania, entre ellos varios diplomáticos de la embajada de la Unión Soviética en Berlín que resultaron ser agentes de la OGPU. También detectó la policía varios encuentros entre Zetkin y el joven sacerdote en un pequeño apartamento, aunque no se especificó si era para mantener relaciones sexuales o para pasarse información de forma más confidencial.

A finales de 1932, y tras ser expulsado de Polonia por actos de espionaje, Alexander Deubner regresó a Roma en medio del escándalo. Diplomáticos e importantes miembros de la Curia romana comenzaron a extender el rumor de que delicados documentos secretos sobre las operaciones del *Russicum* en Europa oriental habían sido robados de la misma mesa del Sumo Pontífice. La prensa, como estaba previsto, decidió airear la suculenta historia. El nombre de Deubner estaba en el centro de ella [30].

Al final, los máximos jerarcas de la Santa Alianza reclamaron a D'Herbigny una explicación sobre la filtración en el corazón del *Russicum,* pero este no pudo darla. Al intentar descubrir la verdad, los agentes del *Sodalitium Pianum* reclamaron la comparecencia de Alexander Deubner, pero este había volado.

Aquella huida desesperada supuso para muchos la confesión de culpabilidad. Los principales diarios de Europa comenzaron a publicar titulares como: «El espía soviético Deubner huye del Vaticano», «El secretario de D'Herbigny, un agente de la OGPU» o

«A Moscú con los documentos robados» [31].
Sería el padre Eduard Gehrmann, durante un tiempo director de la Misión de Ayuda Pontificia a Rusia y antiguo consejero de asuntos

[30] Ulisse A. Floridi, *Moscow and the Vatican,* ob. cit. [31] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

rusos para el nuncio papal en Berlín, quien destaparía la caja de los truenos al hacer confesar a Alexander Deubner.

El huido agente del *Russicum* confesó que había mantenido relaciones sexuales con la comunista Clara Zetkin durante su viaje a Berlín y Varsovia. Gehrmann conocería después que Deubner había entregado durante esos encuentros material muy delicado del *Russicum* y de la Santa Alianza a Zetkin y esta a su vez a los responsables del espionaje soviético en Alemania. Nombres, fechas, ciudades, operaciones del espionaje vaticano fueron puestos en las manos de la temible OGPU.

Como primera medida se decidió que Deubner permaneciese en total aislamiento en una casa de los jesuitas en Berlín, pero tres días después consiguió escapar por una ventana y sencillamente desapareció de la faz de la Tierra. En febrero de 1933, un militante comunista, según la versión esgrimida por el aparato nazi, prendió fuego al Reichstag, el Parlamento de Alemania. Adolf Hitler y su Partido Nacionalsocialista, a punto de llegar al poder, vieron la oportunidad de lanzar a sus hordas contra el Partido Comunista alemán. Asesinatos callejeros de líderes del comunismo alemán, publicaciones incendiadas y sedes del partido atacadas y destruidas fueron la tónica general en aquellos días.

Es en estos momentos cuando el padre Deubner abandona rápidamente Berlín. Al parecer, según un agente de la Santa Alianza, Deubner estaba siendo buscado por miembros del partido nazi por su presunta relación con la popular militante comunista Clara Zetkin. El antiguo agente del *Russicum* había tenido alguna discusión con vecinos de Zetkin. Uno de ellos era un dirigente nazi en el barrio [32].

Cuando intentaba cruzar la frontera con Austria disfrazado de granjero, fue detenido por la Guardia de Fronteras de Alemania. Deubner sería encarcelado durante dos meses hasta que fue liberado a finales del mes de mayo. Antes había sido investigado por sus posibles conexiones con el espionaje soviético. Se le perdió de vista nuevamente hasta que apareció en Belgrado. En la capital yugoslava pidió ayuda al obispo Franz Grivec, un experto en temas rusos.
Allí fue donde convocó una rueda de prensa en la que negó toda acusación de espionaje. Grivec recomendó a Deubner que regresase a

[32] Christopher Andrew y Vasili Mitrokhin, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB,* Basic Books, Londres, 2000.

Roma para responder ante Pío XI, ante el cardenal secretario de Estado, Pacelli, y ante la Santa Alianza de las acusaciones de espionaje.

El contraespionaje del Vaticano se había ocupado de lanzar la noticia en diversos periódicos de que el padre Alexander Deubner era un miembro temporal del *Russicum* y que no tenía acceso a documentos importantes de la división rusa de la Santa Alianza. Cuando Deubner entraba en Roma en julio de 1933, monseñor Michel d'Herbigny había sido «enviado» a un monasterio para reflexionar sobre sus acciones y orar por el perdón. D'Herbigny pensaba que en un corto espacio de tiempo el Santo Padre le haría volver a Roma, en donde podría proseguir sus tareas de espionaje. Alexander Deubner pensaba que podría ponerse bajo la protección de su antiguo jefe, sin saber que D'Herbigny, uno de los mejores agentes secretos papales, había sido desterrado del Vaticano por orden de Pío XI.

Michel d'Herbigny se había creado demasiados enemigos entre las celebridades de Roma y, peor aún, entre los altos miembros de la Curia. En 1933, el número de enemigos contra el *Russicum* se había incrementado peligrosamente para Michel d'Herbigny. Uno de estos era Vladimir Ledochowski, el padre general de los jesuitas.

Los acontecimientos que se sucedieron a continuación permanecen en el más absoluto secreto, y todos los documentos sobre el caso, en los más recónditos y oscuros depósitos de los Archivos Secretos Vaticanos. El 29 de septiembre de 1933, Pío XI puso sobre la mesa un montón de fotografías en las que podían apreciarse imágenes de sacerdotes recluidos en campos de trabajo soviéticos y que habían sido captadas por agentes de la red de *clandestinos* dirigida por monseñor Eugène Neveu. Sin más preámbulos, el Sumo Pontífice dijo a D'Herbigny que el padre Ledochowski había decidido, por recomendación de su superior, enviarle a descansar por una temporada a una clínica de Bélgica.

El 2 de octubre, Michel d'Herbigny desalojó su despacho con dos agentes de la Santa Alianza como testigos. Por la tarde, y completamente solo, abandonaba Roma para siempre [33].

A finales de noviembre, dos agentes del contraespionaje vaticano visitaron a D'Herbigny junto al padre general Vladimir Ledochowski. Uno de ellos sacó de su bolsillo un documento lacrado con el sello pa

[33] León Tretjakewitsch, *Bishop Michel d'Herbigny SJ and Russia...,* ob. cit.

pal. D'Herbigny lo abrió cuidadosamente. En el texto, el Sumo Pontífice exponía a su antiguo espía que sería «conveniente» que presentase su dimisión de todos sus cargos y de todas sus posiciones dentro de la Curia romana. Según ordenaban las más estrictas

normas de la Orden de los jesuitas, de clara obediencia al Sumo Pontífice romano, D'Herbigny firmó el documento sin protestar lo más mínimo.

Monseñor Michel d'Herbigny permanecería incomunicado totalmente en una casa jesuita hasta su muerte en el año 1957. Los superiores de la Orden le prohibieron escribir o hablar públicamente sobre sus actividades en el *Russicum* [34].

Mientras, el padre Alexander Deubner encontró un refugio de caridad para indigentes gracias a la ayuda de sacerdotes que habían servido en el *Russicum* a las órdenes de D'Herbigny. Sin ninguna explicación posible, Deubner solo permaneció dos meses en el refugio. Los agentes del espionaje italiano lo encontraron viviendo en un piso de alquiler en pleno centro de Roma. Él explicó que había conseguido un trabajo en la biblioteca del Instituto Pontificio para Estudios Orientales. Sus amigos creyeron la historia, pero no los italianos.

Puesto bajo vigilancia, el servicio secreto de Italia descubrió en el mes de septiembre que el padre Alexander Deubner visitaba con asiduidad la embajada de la Unión Soviética. Nuevamente detenido, el antiguo espía explicó que sus visitas se debían a su trabajo en el Instituto de Estudios Orientales. La policía descubrió que Deubner no trabajaba en realidad en la biblioteca del Instituto, sino que solamente frecuentaba su sala de lectura, y que vivía en un apartamento de alquiler sin ningún tipo de ingresos conocidos. La Santa Alianza informó a sus colegas italianos de que Deubner había intentado pedir un permiso para regresar a Rusia, mientras que los soviéticos, que conocían sus conexiones con D'Herbigny y el *Russicum,* le negaron el visado, aunque le ofrecieron un salario por sus conocimientos. Por fin, un buen día, Alexander Deubner fue detenido por los servicios secretos italianos para su expulsión. Antes, Italia preguntó a la embajada soviética si deseaban aceptar a Alexander Deubner, pero estos rechazaron la oferta.

Deubner era útil en el Vaticano, no fuera de él. A finales de 1934, el antiguo espía papal fue escoltado hasta la frontera con Francia. De

[34] Paul Lesourd, *Entre Rome et Moscou...,* ob. cit.

ahí viajó a Moscú, en donde esperaba ser condecorado por sus servicios al régimen comunista por el propio Stalin; pero sus sueños no se cumplieron. Nada más pisar tierra soviética, fue detenido por agentes de la OGPU y recluido en un campo de prisioneros en Siberia. Allí, una fría noche sin fecha, sería ejecutado por agentes de la policía secreta comunista. La nota oficial enviada al Vaticano explicaría que «el padre Alexander Deubner había sido asesinado por bandidos que habían asaltado el campo de trabajo para robar y asesinar a los prisioneros». La Secretaría de Estado no exigió más

explicaciones y el peligroso *asunto Deubner* quedó cerrado y archivado en los sótanos de los Archivos Secretos Vaticanos [35].

Entre 1932 y 1939, los servicios de inteligencia italianos se centraron en el Vaticano y en especial en aquellos núcleos de la Curia romana que se mostraban contrarios a la política de los fascistas.

También el espionaje italiano se dedicó a vigilar las relaciones exteriores del Vaticano con otros países como España, Francia, Alemania y Yugoslavia. La Italia de Benito Mussolini quería estar preparada para la gran tragedia que se avecinaba sobre la Tierra. Ningún cabo debía dejarse suelto antes de que los soldados comenzasen a marchar atravesando fronteras a sangre y fuego.

Se acercaban los años bélicos, años de destrucción y muerte. El jinete del Apocalipsis volvía a galopar después de dieciséis años de paz. Ahora solo se escuchará el idioma de los cañones.

[35] Ulisse A. Floridi, *Moscow and the Vatican,* ob. cit.

EL ASCENSO DEL TERROR (1934-1940)

«Así dice el Señor: Ay de la ciudad contaminada y prepotente; apartaré de ti a los soberbios fanfarrones y tú dejarás de engreírte.» (Sofonías 3, 11)

E l ascenso de los nazis al poder provocó una fuerte reacción entre las altas jerarquías de la Iglesia católica en Alemania. Ante las cada vez mayores protestas por parte de los obispos, el nuevo régimen trató de pacificar los ánimos con el fin de ganar el tiempo suficiente para incrustar al Partido Nazi en todas las organizaciones y maquinaria del poder, incluida la católica.

Poco después del nombramiento de Adolf Hitler como canciller de Alemania, el 29 de enero de 1933, el vicecanciller Franz von Papen mantuvo reuniones secretas con el todavía nuncio Eugenio Pacelli. El papa Pío XI no supo de estos encuentros hasta dos años después, cuando llegó a sus manos un informe clasificado como «Alto secreto» y redactado por la Santa Alianza [1].

En las conversaciones, primero informales y después secretas, Von Papen y Pacelli establecieron los puntos definitivos que deberían con

[1] Joseph E. Persico, *Nuremberg. Infamy on Trial,* Penguin Books, Nueva York, 1994.

formar el famoso Concordato firmado entre Berlín y el Vaticano el 20 de julio de 1933. Según el acuerdo, el Reich permitía el ejercicio público y libre de la religión católica, se reconocía la independencia de la Iglesia, se garantizaba la libre comunicación entre la Santa Sede y sus obispos en Alemania, se garantizaba la libertad de nombramientos de cargos eclesiásticos, se daba acceso a la enseñanza católica en los colegios públicos y se autorizaba al Vaticano a establecer la carrera de Teología en todas las universidades de Alemania. Pero todas estas cláusulas tenían sus condiciones. El Estado podría ejercer su derecho de veto sobre el nombramiento de obispos por motivos políticos y los obispos ya electos debían prestar juramento de fidelidad al Reich y al *Führer*.

Lo que la Santa Alianza descubrió fue que Pacelli, en el último minuto, había decidido incluir en el texto del Concordato el punto por el que ningún religioso podría pertenecer a ninguna organización o partido político. Franz von Papen lo aceptó sin entender por qué lo deseaba tan ardientemente monseñor Eugenio Pacelli [2].

Diversos historiadores y estudiosos catalogaron la firma de este Concordato como una aprobación y, en parte, apoyo al régimen nazi de Hitler por la Santa Sede. Realmente, fue más una concesión

de Pacelli, el futuro Pío XII, que del papa Pío XI. Para el cardenal secretario de Estado, Pietro Gasparri, no negociar este Concordato con Hitler hubiese supuesto el abandono de la comunidad católica alemana a las persecuciones. Además, cuando se firmó el documento en 1933 el régimen nazi no había comenzado aún su política de terror ni las barbaridades que se avecinaban.

Hacía tiempo que el papa Pío XI había condenado el nazismo y a sus líderes a través de la encíclica *Mit brennender Sorge,* fechada el 14 de marzo de 1937. Al igual que en el caso de la Italia de Mussolini, Hitler deseaba una especie de reconocimiento religioso a su régimen y aumentar así su prestigio internacional, y nada mejor para ello que firmar un Concordato con la Santa Sede. A comienzos de 1939 la situación era bien distinta y las atrocidades nazis comenzaban a atravesar las fronteras de Alemania. Pío XI preparó entonces un nuevo texto que se disponía a leer en el décimo aniversario de la firma de los Pactos Lateranenses, en presencia de todos los obispos italianos y alema

[2] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

nes. Al final no se pudo leer el polémico documento debido a la prematura muerte del Sumo Pontífice la víspera del aniversario. El documento no fue hecho público hasta la llegada al Trono de San Pedro del papa Juan XXIII, en 1958, casi veinte años después [3].

En el texto original, titulado *Nella Luce,* Pío XI ponía de manifiesto la incompatibilidad entre la ideología fascista y la doctrina de Jesucristo. Las cosas en Alemania tampoco iban mejor.

Agentes de la Santa Alianza destacados en la nunciatura de Berlín comenzaron a enviar al Vaticano informes que hablaban de una especie de institución dependiente del Reich que se dedicaba a «purificar» la raza aria [4]. El espionaje vaticano decidió enviar a dos sacerdotes y expertos agentes, Gunther Hessner y León Brendt, a Berlín para investigar los hechos.

Hessner y Brendt consiguieron penetrar en el misterioso *Rasse-Heirat Institut* (Instituto de Matrimonio Racial). Hessner, como mayordomo, y Brendt, como cocinero. Gunther Hessner había nacido en la región de Baviera, en el seno de una familia fiel al káiser Guillermo II. Brendt, por su parte, procedía de una familia mixta. Brendt se había educado en un hogar de ideología liberal y, por lo tanto, contrario a Hitler, mientras que Hessner se había educado en una familia conservadora y nacionalista y, por consiguiente, seguidora del nuevo Reich.

El primer informe sobre el *Rasse-Heirat Institut* llegó a Roma en 1937, firmado por el padre León Brendt. En el texto de ocho páginas se explicaba detalladamente cómo mujeres clasificadas como arias mantenían relaciones sexuales con miembros destacados

del Partido Nazi y de las unidades SS y SA. Las mujeres eran atendidas y vigiladas como conejillos de Indias, incluso durante el acto sexual con un miembro «ario» de las SS. Una enfermera del Partido Nazi estaba siempre presente [5].

[3] Thomas Cahill, *Pope John XXIII,* Viking Penguin, Nueva York, 2002; y Georges Passelecq y Bernard Suchecky, *Un silencio de la Iglesia frente al fascismo. La encíclica de Pío XI que Pío XII no publicó,* PPC Editorial, Madrid, 1995.

[4] Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide,* Basic Books, Nueva York, 2000.

[5] George J. Annas, *The Nazi Doctors and the Nuremberg Code: Human Rights in Human Experimentation,* Oxford University Press, Nueva York, 1995.

Otro informe del agente León Brendt mostraba cómo algunas de estas mujeres habían aceptado ser inseminadas artificialmente. El Vaticano reaccionó de forma inmediata y envió a través de su nunciatura cincuenta y cinco notas de protesta sin citar en ninguna de ellas explícitamente el *Rasse-Heirat Institut.* El Vaticano no deseaba bajo ningún concepto poner en peligro a sus agentes infiltrados.

Pero la alarma cundió en los pasillos del Vaticano cuando llegó el primer informe del padre Gunther Hessner. A través de una doncella del *Rasse-Heirat Institut,* la Santa Alianza descubrió que en diferentes clínicas y hospitales bajo control de los nazis estaban realizando operaciones de esterilización y asesinato de deficientes mentales según las leyes raciales aprobadas por el Partido Nazi [6]. Hessner, ante los hechos descubiertos, prefirió enviar antes el informe a tres de los jerarcas católicos más combativos con el régimen nazi, el cardenal Clement August von Galen, el cardenal Konrad von Preysing y el arzobispo de Munich, monseñor Michael von Faulhaber. Sería este último quien enviaría el informe del padre Hessner al Vaticano. Con todo este material, el papa Pío XI ordenó publicar la encíclica *Mit brennender Sorge,* que sería leída de forma clandestina en algunas iglesias católicas de Alemania el Domingo de Ramos de 1937.

La reacción de Hitler no se hizo esperar. Las autoridades nazis, a través de las SS y la Gestapo, encarcelaron en las semanas siguientes a más de un millar de católicos, incluidos periodistas, sacerdotes, frailes, seminaristas, monjas y líderes de organizaciones juveniles católicas. A principios de 1938, trescientos cuatro de ellos fueron deportados al campo de concentración de Dachau [7].

El padre Gunther Hessner seguiría operando para la Santa Alianza en diferentes puntos de Alemania e informando al Vaticano sobre el Holocausto judío hasta 1941, año en que sería detenido por la Gestapo y enviado al campo de concentración de Mathausen. Allí sería ahorcado cuando los vigilantes del campo lo descubrieron dando la extremaunción a un anciano polaco de su mismo barracón. El padre León Brendt sería detenido en abril de 1940 por miembros

de las SS al des

[6] Robert N. Proctor, *Racial Hygiene: Medicine Under the Nazis,* Harvard University Press, Cambridge, 1989.

[7] Andrea Riccardi, *Il Secolo del Martirio,* ob. cit.

cubrirse que ayudaba a personas judías a escapar a Suiza a través de una red clandestina organizada por el propio Brendt sin autorización de la Santa Alianza. Según algunos informes, montó esta red con el apoyo del cardenal Clement August von Galen.

Ante estas medidas, el papa Pío XI decidió recluirse en la residencia de Castelgandolfo para no tener que recibir a Adolf Hitler durante su visita a Roma entre el 3 y el 9 de mayo de 1938. También el Santo Padre ordenó cerrar todos los museos del Vaticano y se pidió a *L'Osservatore Romano* que no publicase una sola línea sobre la visita del canciller alemán.

Por otra parte, en el corazón del Vaticano, los agentes del *Sodalitium Pianum* se entregaban a la caza de espías. Desde finales de la década de los veinte los servicios secretos italianos se habían dedicado a infiltrar «topos» en los diferentes departamentos papales. Entre estos, el más importante era monseñor Enrico Pucci, un hombre bastante bien relacionado con el mundo periodístico y la Administración papal.

Aunque nunca llegó a formalizarse su posición, monseñor Pucci era de forma extraoficial el portavoz del Vaticano. Él escribía y editaba un pequeño boletín en el que se informaba de los eventos oficiales del Vaticano o de cualquier asunto papal que afectase al pequeño Estado. También trabajaba como periodista *freelance,* escribiendo artículos en periódicos a lo largo de toda Italia, y los periodistas acreditados en la Santa Sede recurrían a monseñor Pucci para que les informase de tal o cual cardenal, o de un cierto obispo que había hecho una declaración no oficial. Pucci lo sabía todo. Nada pasaba en el interior de los palacios vaticanos sin que él fuese informado. Desde monjas a miembros de la Guardia Suiza, desde cardenales a bibliotecarios, Enrico Pucci sabía siempre lo que se movía en los pasillos alrededor de San Pedro.

Monseñor Pucci fue el mejor espía de Mussolini en el interior del Vaticano desde que fue reclutado a finales de 1927 por Arturo Bocchini, el jefe de la policía fascista. La Santa Alianza comenzó a tener noticias de un «topo» en el interior del Vaticano a mediados de la década de los treinta. Pucci, que informaba como agente «96», pasaba todo tipo de información a los italianos; su mejor operación fue la llevada a cabo en 1932, cuando consiguió hacerse con una copia del manuscrito de las memorias del cardenal Bonaventura Cerretti. En ellas, su eminencia relataba con todo lujo de detalles las negociaciones y conversaciones secretas con el primer ministro Orlando para alcanzar los llamados Pactos Lateranenses en 1929,

que pondrían fin a la «cuestión romana» sobre el Vaticano [8].

Los agentes de la Santa Alianza informaron al contraespionaje, el *Sodalitium Pianum,* sobre la existencia de un «topo» que había sido detectado dentro del Vaticano. Los agentes del S.P. comenzaron a maniobrar para detectar al infiltrado.

Para ello se decidió hacer circular un documento falso con la firma del cardenal secretario de Estado, Pietro Gasparri. En el informe se decía que un tal Roberto Gianille había estado pasando información de Italia y el Vaticano a la embajada británica ante la Santa Sede. Por supuesto, la información era falsa y el agente Roberto Gianille no existía. Simplemente, era un personaje inventado.

Los agentes del S.P. consiguieron hacer pasar el informe como cierto y que llegase a las manos de monseñor Enrico Pucci. En muy poco tiempo, Bocchini dio una orden de busca y captura contra Roberto Gianille, acusado de «alta traición». Ni los italianos ni Pucci sabían que Gianille era una invención del contraespionaje vaticano para detectar al espía, pero lo cierto es que el «topo» cayó en la trampa.

Alejado de todas sus funciones oficiales y extraoficiales en la Administración papal, Enrico Pucci continuó trabajando y sirviendo al régimen fascista hasta la caída de Benito Mussolini. Con Pucci caería también su red, formada por Stanislao Caterini, Giovanni Fazio y Virgilio Scattolini, todos ellos funcionarios de nivel medio en el Vaticano [9].

Caterini estaba empleado en la Secretaría de Estado y había sido reclutado a finales de 1929. Constituía hasta su detección una de las mejores fuentes de información de monseñor Enrico Pucci, al trabajar en el *Reparto Crittografico,* la unidad de códigos secretos de la Santa Alianza utilizados por las nunciaturas en sus comunicaciones secretas. Toda comunicación hacia y desde el Vaticano pasaba por las manos de Caterini, quien informaba directamente de los temas más delicados a monseñor Pucci. Él fue obligado a dimitir por «traición» a sus superiores y expulsado del Vaticano.

[8] Frank J. Coppa, *Mussolini and Hitler,* Catholic University of America Press, Washington, D. C., 1999.

[9] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

El segundo miembro de la llamada «red Pucci» era Giovanni Fazio, un suboficial de la policía del Vaticano. Su posición le daba acceso a todos los expedientes del personal religioso y laico del Estado Vaticano. Una vez descubierto por la Santa Alianza, Fazio fue cesado de su cargo y expulsado con deshonor de los cuerpos de seguridad del Papa y del territorio vaticano. Permanecería en el servicio de inteligencia italiano hasta 1942, año en el que

aparecería ahorcado en su propia habitación. Los rumores que circularon por Roma aquellos días aseguraban que había sido una ejecución y que a Fazio le había alcanzado el largo brazo de la «Orden Negra», la organización clandestina de frailes asesinos creada en el siglo XVII por Olimpia Maidalchini, la poderosa jefa del espionaje vaticano a las órdenes del papa Inocencio X [10].

El tercer miembro de la «red Pucci» en caer sería Virgilio Scattolini, un periodista que trabajaba como asistente de monseñor Mario Boehm, el editor jefe de *L'Osservatore Romano*. Scattolini había sido reclutado por los servicios secretos italianos y puesto a las órdenes de monseñor Enrico Pucci a comienzos de 1930. La labor de Scattolini consistía en infiltrarse en los círculos periodísticos antifascistas y comunicar los nombres de sus miembros a Pucci para que este a su vez informase a las fuerzas de seguridad de Mussolini.

Virgilio Scattolini dimitió de su cargo al ser descubierto por los agentes del contraespionaje papal y continuó su carrera de periodista escribiendo artículos en diversos medios de comunicación italianos [11].

Estaba claro que los servicios de espionaje italianos habían dado poca importancia a la operatividad de la Santa Alianza y del contraespionaje papal, pero los alemanes no iban a cometer el mismo error. Tras la firma del Concordato, los servicios de seguridad del Reich decidieron golpear lo más fuerte posible a las bases del catolicismo en Alemania. En febrero de 1933, Adolf Hitler declaró que las iglesias católicas formaban parte integral de la vida nacional alemana. Tan solo un mes después el canciller aseguró: «Juro erradicar completamente el cristianismo de Alemania. O eres cristiano o eres alemán. No puedes

[10] Véase capítulo 5.

[11] Carlo Fiorentino, *All'ombra di Pietro: La Chiesa Cattolica e lo spionaggio fascista in Vaticano, 1929-1939,* Casa Editrice Le Lettere, Florencia, 1999.

ser ambas cosas a un tiempo» [12]. El primer golpe caería sobre las organizaciones católicas laicas, a las que el régimen nazi acusaba de ser el principal foco de actividades subversivas contra el Partido, el *Führer* y el propio pueblo alemán. Esta medida suponía también el cierre de todos los periódicos católicos, la supresión de todas las editoriales católicas, la prohibición de asociación a los jóvenes católicos y la restricción de las ceremonias religiosas.

Hitler, por su parte, había dado órdenes concretas a sus servicios de seguridad y espionaje de vigilar estrechamente a los obispos alemanes, sus comunicaciones con la Santa Sede, el flujo de sus fuentes de financiación y actividades de sus servicios de espionaje. Esta tarea sería encomendada al *Sicherheitsdienst* (SD), el servicio de espionaje del Partido Nazi. Su líder, Reinhard Heydrich, era un

auténtico psicópata famoso por su crueldad, pero también muy inteligente.

Heydrich estaba convencido de que el Papa y sus espías en el interior de Alemania preparaban continuamente complots contra el Reich y, por lo tanto, debían ser destruidos.

Reinhard Heydrich estaba dispuesto a «estrangular» a la Iglesia católica hasta la muerte, y para ello utilizaría todos los medios a su alcance, incluidos los servicios de inteligencia. Desde finales de 1933 y principios de 1934, la SD había establecido una pequeña unidad en Munich con el fin de vigilar a las organizaciones católicas y a sus líderes. El primer jefe de esta unidad sería el doctor Wilhelm August Patin, un antiguo agente de la Santa Alianza [13].

Patin había ejercido el sacerdocio y se había especializado en teología. Durante años, había trabajado como agente libre de la Santa Alianza en Alemania hasta la llegada de Hitler al poder. Lo que se descubriría años después era que Patin era primo del mismísimo Heinrich Himmler, el todopoderoso *Reichführer*.

La unidad de Patin estaba formada tan solo por cinco agentes y su trabajo era más rutinario que operativo. Su error fue quejarse a su primo Himmler, saltándose así su jerarquía inmediata, en este caso

[12] Martyn Housden, *Resistance and Conformity in the Third Reich,* Routledge, Londres, 1997.

[13] George Browder, *Hitler's Enforcers: The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution,* Oxford University Press, Oxford, 1996.

Reinhard Heydrich. Al final, sería relevado del mando y reemplazado por Martin Wolff, uno de los hombres de confianza de Heydrich. Wolff permanecería en el cargo muy pocos meses, ya que Heydrich lo nombraría jefe de la unidad del SD contra el comunismo.

Para reemplazarle, Wolff ofreció el puesto a su segundo al mando, Albert Hartl, que se convertía así en uno de los más feroces enemigos de la Santa Alianza y de sus agentes en Alemania. *Obersturmbannführer* y antiguo sacerdote católico, Albert Hartl era un apóstata que renegaba ahora de sacerdotes y monjas. Comenzó trabajando para el SD como informante pagado a principios de 1933, cuando estudiaba en el seminario de Freising. Allí conoció al padre Josef Rossberger, de quien se hizo su mejor amigo.

A los pocos meses, Hartl descubrió que Rossberger dirigía una red de propaganda antinazi en el mismo seminario católico e incluso en algunas ocasiones daba asistencia a agentes del espionaje papal durante sus operaciones en el corazón de la Alemania nazi. Albert Hartl decidió denunciar a su mejor amigo al SD.

Al día siguiente, y mientras se dirigía a una reunión de la red, el padre Josef Rossberger fue detenido en plena calle y trasladado a

un centro de detención clandestino. Allí, y durante siete días seguidos, fue torturado. Su denunciante pidió incluso ser testigo de las sesiones.

El testimonio de Albert Hartl durante el juicio contra el padre Rossberger causó una profunda impresión entre los sectores católicos de Baviera. Nadie podía esperar que los aparatos de seguridad del Reich hubieran conseguido traspasar incluso las puertas de un seminario.

Hartl, tras el juicio, se puso bajo el manto protector de Heydrich, que en aquellos días había comenzado una brillante carrera hacia la cúpula de los servicios de seguridad de Adolf Hitler. El seminarista de treinta años supo aprovechar pronto este ascenso de su mentor. Heydrich le ofreció un trabajo en el SD y Hartl aceptó, abandonó la carrera eclesiástica y abrazó el SD con el fervor de un converso [14].

Sus primeras tareas fueron las de recolectar información de miembros del Partido Nazi sospechosos de mantener estrechos contactos con la Iglesia o con agentes de la Santa Alianza, preparar informes so

[14] David Álvarez y Robert A. Graham, *Nothing Sacred: Nazi Espionage Against the Vatican, 1939-1945,* Irish Academic Press, Nueva York, 1998.

bre la historia de la Inquisición para que fueran utilizados en las campañas de prensa anticatólicas del partido, así como la redacción de un gran estudio sobre la historia y organización de los jesuitas, una Orden religiosa a la que las fuerzas de seguridad del Reich admiraban por su ascetismo, disciplina y objetivos.

En esta labor trabajaría durante mucho tiempo, hasta que poco a poco comenzó a abandonarla. Hartl la retomaría nuevamente cuando Reinhard Heydrich le nombró director del Departamento de Asuntos de la Iglesia del SD, conocida también como unidad *Amt II* [15].

Desde su despacho, Albert Hartl controlaba todas las operaciones contra la Iglesia católica en Alemania. Sus ambiciones eran claras, ahora que Heydrich había sido nombrado jefe supremo de la *Geheime Staatspolizei* o Gestapo. Hartl deseaba ardientemente que la *Amt II* sobresaliese del resto de unidades operativas del SD para que posteriormente fuera absorbida con todos sus efectivos por la Gestapo. Hasta entonces el Departamento de Asuntos de la Iglesia de la Gestapo era un pequeño grupúsculo formado tan solo por una decena de agentes que se dedicaban a tramitar las denuncias de informantes anónimos sin importancia y a entregarles pequeñas sumas de dinero por ellas. Los detenidos por la Gestapo, entre ellos varios agentes de la Santa Alianza, eran sometidos a juicios únicamente por cargos contra la moralidad. Albert Hartl tenía interés en escapar del pequeño trabajo burocráticopolicial y

convertir su unidad en un departamento importante dentro del gigantesco organigrama de la Gestapo, y para ello decidió incluir en las tareas del *Amt II* la investigación de las organizaciones políticas católicas, hacia las que el propio Heydrich sentía profunda animadversión [16].

Los agentes de Hartl se convirtieron desde entonces en la sombra de obispos, clérigos, administradores diocesanos, políticos, editores y periodistas católicos.

Entre 1939 y 1941, Albert Hartl se convirtió en el principal azote de la Iglesia católica alemana, en líder de la particular Inquisición nazi contra el Vaticano y en feroz cazador de los espías del Papa. La pequeña unidad del SD para Asuntos de la Iglesia se había convertido en

[15] George Browder, *Hitler's Enforcers...,* ob. cit. [16] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

una organización importante cuyos miembros eran entrenados en una pequeña escuela a las afueras de Berlín [17].

Desde noviembre del año anterior, el papa Pío XI veía cómo su salud iba resquebrajándose, y a duras penas pudo superar las celebraciones de Navidad. Su voz se oía muy débil en la emisión de Radio Vaticano. Los primeros meses de 1939 los pasó en su mayor parte en la cama, vigilado por su médico de cabecera.

El 4 de febrero se levantó temprano para celebrar misa, pero una crisis cardíaca lo llevó nuevamente a la cama. Cinco días después la crisis se agravó con una insuficiencia renal. A las cinco y media de la madrugada del día 10 de febrero, Pío XI moría plácidamente.

La elección del nuevo Sumo Pontífice se convertiría en una de las más politizadas de la historia del Papado. El Vaticano se convirtió en el primer campo de batalla política de la crisis mundial que se avecinaba. En todas las cancillerías de Europa y América se hacían quinielas sobre el posible sucesor. En Londres, Washington y París se deseaba un nuevo Pontífice en la misma línea de Pío XI o, lo que es lo mismo, en contra de la política de Hitler y Mussolini. En Roma y Berlín se deseaba un Papa más germanófilo, menos proaliados.

El mismo día de la muerte de Pío XI, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Georges Bonnet, sugirió al embajador británico en París, sir Eric Phipps, que Francia y Gran Bretaña cooperaran en asegurar la elección de un cardenal con clara orientación democrática y contrario a las dictaduras. El ministro francés tenía ya en mente al ex secretario de Estado de Pío XI, el cardenal Eugenio Pacelli [18].

El representante británico ante el Vaticano, D'Arcy Osborne, aseguraba al Foreign Office que Pacelli tenía una gran oportunidad

de ser elegido. Los cardenales francófonos se reunieron en bloque con el embajador francés ante la Santa Sede, François Charles-Roux, y le comunicaron que todos ellos votarían por Pacelli. El único contrario a esta decisión era el cardenal Tisserant, quien prefería al cardenal Maglione, antiguo nuncio en París y con unas ideas mucho más antifascistas y antinazis que Eugenio Pacelli.

[17] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

Por otro lado, Alemania e Italia hacían lo propio. El embajador italiano en el Vaticano, Bonifacio Pignatti, se reunió con su homólogo alemán, Diego von Bergen. Durante la conversación se trataron las preferencias de Roma y Berlín. El candidato de ambos era también Eugenio Pacelli, pero Von Bergen dijo a Pignatti que el *Führer* no desechaba la idea de apoyar a Maurilio Fossati, de Turín, y Elia dalla Costa, de Florencia [19].

Para Adolf Hitler, Pacelli era el candidato ideal y el primero en su lista de preferencias. Era un conocido germanófilo, había sido un importante nuncio en Alemania durante doce años, hablaba fluidamente el alemán y durante su cargo como secretario de Estado del Vaticano se había rodeado de una importante corte de alemanes.

El embajador Von Bergen no era el único observador en el Vaticano interesado en el cónclave. El *Amt II* también lo estaba. A la muerte de Pío XI, los servicios de espionaje del Tercer Reich consiguieron introducir a uno de sus agentes en la Santa Sede. El espía se llamaba Taras Borodajkewycz, un vienés de padres ucranianos que había realizado estudios de teología y que presumía de tener excelentes contactos entre la Curia romana. El departamento del *Obersturmbannführer* Albert Hartl decidió enviarlo al Vaticano.

Desafortunadamente, los contactos de Borodajkewycz no eran tan seguros como él creía y sus informes enviados a Berlín fallaron contra todo pronóstico. El espía alemán aseguraba que uno de los más firmes candidatos para suceder al papa Pío XI era el cardenal Ildefonso Schuster, el profascista arzobispo de Milán. En realidad, Schuster, no consiguió ni un solo voto en el cónclave [20].

Mientras tanto, varios cardenales y obispos habían ya alertado al contraespionaje vaticano sobre los movimientos de un agente alemán ante la llegada del nuevo cónclave. El S.P. estaba decidido a acabar con cualquier interferencia de agentes extranjeros que intentasen manipular las decisiones de los cardenales con derecho a voto en la inminente elección del Sumo Pontífice. Con lo que no contaban era con la habilidad de Albert Hartl y de su unidad *Amt II* para conseguir que

[19] Michael J. Walsh, *The Conclave: A Sometimes Secret and Occasionally Bloody History of Papal Elections,* Sheed and Ward, Londres, 2003.

un Papa proalemán asumiese el Trono de Pedro; para ello, el SD prepararía contra el Vaticano la llamada «Operación *Eitles Gold*» (Oro Puro). El líder de la operación sería Taras Borodajkewycz.

El agente del SD en el Vaticano había convencido a Hartl de que con tres millones de marcos en lingotes de oro el Reich podría comprar la elección del cónclave. Borodajkewycz aseguró a Hartl y Roth que con ese dinero sería posible convencer a varios cardenales para que su voto fuese dirigido a los dos favoritos de Alemania, los cardenales Maurilio Fossati y Elia dalla Costa. Una ola de optimismo recorrió los cuarteles generales del *Amt II* y del Departamento de Asuntos Religiosos del Reich en Berlín.

Hartl, con la información recibida por su agente en el Vaticano, decidió pedir una reunión con sus superiores Reinhard Heydrich y Heinrich Himmler. A la reunión también asistió Karl Wolff, el fiel ayudante del poderoso jefe de las SS. Tras más de tres horas de debate, Albert Hartl abandonó el cuartel general de las SS en Berlín.

A la mañana siguiente se ordenó al jefe de la *Amt II* que se presentase junto a Josef Roth ante el *Führer*. Roth fue el primero en hablar y en explicar al líder nazi que si el Tercer Reich aportaba los tres millones de marcos en lingotes de oro tal vez podrían tener la oportunidad de «comprar» la elección del nuevo Papa. Hartl fue mucho más cauto que su colega. Inteligentemente, prefirió quedar en un segundo plano y no ser demasiado optimista a los ojos de Hitler. Al fin y al cabo, si la «Operación *Eitles Gold*» no salía como se esperaba, la responsabilidad siempre podría caer en Josef Roth y su Departamento de Asuntos Religiosos del Reich [21].

Hitler dio el visto bueno al plan y se ordenó al Reichbank que entregase los tres millones de marcos en oro a los enviados de Himmler. El oro sería depositado en un tren especial y trasladado a Roma. La Santa Alianza fue informada mientras el valioso cargamento se encontraba de camino a la Ciudad Eterna. Un informe desde la nunciatura en Berlín comunicaba al espionaje papal en Roma que un cargamento de oro había sido enviado a Italia con el fin de sobornar a altos cargos de la Iglesia católica e incluso posiblemente a cardenales para hacer cambiar su voto durante el cónclave.

[21] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

Taras Borodajkewycz, el espía de Hartl en el Vaticano, había contactado con un sacerdote que decía trabajar en la Secretaría de Estado como una especie de correo con los miembros del Colegio cardenalicio. Este dijo a Borodajkewycz que él mismo se ocuparía de sondear a sus eminencias. El agente alemán confesó a su contacto que Hitler y Himmler habían aprobado en persona un plan para entregarle tres millones de marcos en lingotes de oro

garantizados por el Reichbank. Su idea era quedarse con parte del cargamento y entregar el resto a aquellos cardenales que votasen a los favoritos de Alemania [22].

El sacerdote y contacto de Borodajkewycz en el interior del Vaticano le aseguró que con esa cantidad de dinero podrían vivir lujosamente en algún lugar de Suiza. El espía alemán tan solo temía al largo brazo de las SS y no creía que Heinrich Himmler se quedase cruzado de brazos al descubrir que uno de sus agentes se había quedado con tres millones de marcos alemanes propiedad del Reich.

El día 1 de marzo de 1939, a las seis de la mañana, comenzó el cónclave, con sesenta y dos cardenales reunidos en la Capilla Sixtina. En la primera votación, Pacelli recibió veintiocho votos, seguido por el cardenal Dalla Costa y por el cardenal Maglione. No se consiguió el quórum necesario y la votación se repitió una vez más.

En esta segunda vuelta el cardenal Maglione consiguió un número mayor de votos, en total treinta y cinco, lo que provocó una nueva *fummata* negra. En la tarde del 2 de marzo, a las 5.25, el cardenal Eugenio Pacelli resultó elegido Sumo Pontífice en la tercera votación, con cuarenta y ocho votos. Este sería el cónclave más rápido en trescientos años. Pacelli eligiría el nombre de Pío XII en deferencia a sus predecesores [23].

La noticia causó sorpresa en la Cancillería de Berlín y en el cuartel general de las SS. Heinrich Himmler hizo llamar a Josef Roth y a Albert Hartl a su presencia y les conminó a que el agente de la SD en Roma, Taras Borodajkewycz, retornase el cargamento de oro a las arcas del Reich. El problema era que desde hacía días el espía de la SD había dejado de comunicar con Berlín y el oro no aparecía.

El último contacto de Borodajkewycz fue el 27 de febrero, justo tres días antes de la elección papal. Aquella mañana se había reunido

[22] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

en un piso situado en el barrio del Trastevere romano con el sacerdote de la Secretaría de Estado. Después, simplemente se esfumó.

El cadáver del espía de la SD sería descubierto por la policía italiana colgado por el cuello de una viga de un templete en un céntrico parque de la Ciudad Eterna. El oro del Reich desapareció. Las dos versiones que circularon durante mucho tiempo fueron que el agente alemán Taras Borodajkewycz había sido ejecutado por miembros de las SS enviados a Roma por Heinrich Himmler y que el oro había sido devuelto a las arcas del Reichbank [24].

Otra de las versiones más extendidas, y que se convirtió casi en una leyenda, fue que el sacerdote contacto de Borodajkewycz era

realmente un agente de la Santa Alianza. El religioso, al parecer, pertenecía a una sociedad secreta dentro del espionaje pontificio conocida como los *Assassini,* los herederos de la «Orden Negra» creada por Olimpia Maidalchini en el siglo XVII.

Un informe del *Abwehr* afirmaba que el agente del SD en el Vaticano Taras Borodajkewycz pudo haber sido ejecutado por un agente papal llamado Nicolás Estorzi, con quien este tenía contactos. El informe del espionaje militar alemán aseguraba que Estorzi era un hombre alto, bien parecido, de tez morena, abundante cabello negro y de unos treinta años. Nacido en Venecia, Estorzi había estudiado en un seminario de Roma y, debido a su dominio de varias lenguas, fue destinado durante unos meses al *Sodalitium Pianum.* Poco después se incorporaría a la Santa Alianza, en donde se dedicaría a realizar «misiones» especiales en el extranjero para el Vaticano.

El servicio secreto del *Duce* mantuvo a Borodajkewycz bajo vigilancia intensiva e incluso detectó los encuentros de este con el agente de la Santa Alianza. El último informe del espionaje italiano está fechado el 26 de febrero de 1939 y en él se asegura que «Taras Borodajkewycz estuvo todo el día recorriendo varias fundiciones de las afueras de Roma junto a un hombre alto, bien parecido y de tez morena». Lo que estaba claro es que el agente alemán necesitaba borrar cualquier huella del sello del Reichbank de los lingotes, y esa necesidad le llevaba

[24] Kenneth D. Alford, *Great Treasure Stories of World War II,* DaCapo Press, Nueva York, 2001.

a buscar una instalación en donde poder fundir nuevamente los tres millones de marcos en lingotes en oro.

Estorzi, al parecer, pudo haberse hecho con el oro tras asesinar a Taras Borodajkewycz. Desde el almacén de Roma se trasladó el valioso cargamento a la isla de Murano, frente a Venecia, en donde se encuentran desde hace siglos las famosas fábricas de cristal. En sus hornos pudo haberse refundido el metal en lingotes más pequeños y desde ahí trasladado a un depósito en un banco suizo en donde dormirían desde entonces, con el sello vaticano de la mitra y las llaves cruzadas, símbolo de las entregadas por Cristo al apóstol Pedro.

La verdad es que los tres millones de marcos alemanes en lingotes de oro desaparecieron de la faz de la Tierra sin dejar el menor rastro. Aún hoy el oro utilizado en la «Operación *Eitles Gold*» sigue siendo uno de los grandes misterios de los tesoros desaparecidos durante la Segunda Guerra Mundial [25].

Cuatro días después de su elección como Papa, Pacelli decidió convocar a los cuatro cardenales de habla alemana, sus eminencias

Bertram, Schulte, Faulhaber e Innitzer. Durante la reunión, Pío XII aseguró de forma tajante que él seguiría dirigiendo los asuntos alemanes de la Iglesia católica. Al final, el Sumo Pontífice decidió mostrar el borrador de una carta que enviaría a Hitler al día siguiente.

Mientras que Pío XI estaba decidido a lanzar una dura protesta contra Adolf Hitler y el régimen del Tercer Reich, Pío XII quería suavizar esa posición. La carta decía:

> Al ilustre Herr Adolf Hitler, *Führer* y canciller del Reich alemán. Al comienzo de Nuestro Pontificado deseamos asegurarle que seguimos comprometidos con el bienestar espiritual del pueblo alemán confiado a su liderazgo [...] Ahora que las responsabilidades de Nuestra función pastoral han aumentado Nuestras oportunidades, rezamos mucho más ardientemente por el logro de ese objetivo. ¡Que la prosperidad del pueblo alemán y su progreso en todos los terrenos llegue, con la ayuda de Dios, a colmarse! [26]

[25] Kenneth D. Alford, *Great Treasure Stories of World War II,* ob. cit.; y Kenneth D. Alford y Theodore P. Savas, *Nazi Millionaires: The Allied Search for Hidden SS Gold,* Casemate Publishers, Nueva York, 2002.

El apoyo explícito de Pío XII a Hitler y a su régimen quedó ratificado cuando el Sumo Pontífice ordenó al arzobispo Orsenigo, nuncio en Berlín, que organizase una gran recepción con motivo del cincuenta cumpleaños del *Führer*. Desde ese mismo año y durante todos los de la gran contienda, Adolf Hitler recibía una felicitación del cardenal Bertram de Berlín. El texto era siempre el mismo:

> Las más cálidas felicitaciones al *Führer* en nombre de los obispos y diócesis de Alemania. Fervientes plegarias que los católicos alemanes envían al cielo desde sus altares [27].

Al mismo tiempo que la felicitación del papa Pío XII llegaba a Adolf Hitler, en el cuartel general del SD, Hartl y sus asistentes analizaban y procesaban cada dato, cada información que iba llegando sobre personas u organizaciones relacionadas con el catolicismo alemán, incluida la rama de la Santa Alianza en el Reich. En el mes de mayo de 1939, Albert Hartl se reunió con Josef Roth, antiguo sacerdote y profesor de Teología, y que ahora dirigía la sección católica del Departamento de Asuntos Religiosos del Reich. La posición de Roth era la de mantener frecuentes contactos con los obispos alemanes y con los líderes laicos católicos del país. Su departamento controlaba los fondos procedentes del extranjero hacia los obispos y a los sacerdotes que viajaban al Vaticano. Roth consiguió mantener una buena red de informadores con quienes discutía los resultados de sus reuniones en la Santa Sede. Durante uno de estos encuentros, un sacerdote reveló a Josef Roth y a Albert Hartl que el Vaticano, a través de su servicio de espionaje, la Santa Alianza, contaba con un espía que entraba y salía de los territorios del Reich con fondos y mensajes de las altas jerarquías eclesiásticas hacia la Santa Sede. Este agente se hacía llamar *el Mensajero* [28].

Hartl dispuso que varios agentes del *Amt II* del SD se dedicasen a la búsqueda y localización del *Mensajero* de la Santa Alianza. Todos

los sacerdotes interrogados hablaban de él como si lo hubieran conocido, aunque realmente nunca le habían visto la cara. Nadie podía reconocerlo.

[27] Klaus Scholder, *A Requiem for Hitler and Other New Perspectives on the German Church Struggle,* John Bowden Publishers, Londres, 1989.

[29] B. Bokun, *Spy in the Vatican 1941-1945,* Tom Stacey Ltd., Nueva York, 1997.

El Mensajero hablaba fluidamente el alemán y por eso había conseguido infiltrarse en territorio del Reich. El agente de la Santa Alianza a quien llamaban *el Mensajero* no era otro que Nicolás Estorzi, el miembro de los *Assassini* que supuestamente acabaría con la vida del agente del SD en el Vaticano durante la «Operación *Eitles Gold*».

El almirante Wilhelm Canaris, por su parte, había elegido a un nuevo jefe de la inteligencia militar alemana en Roma. Su nombre era Josef Müller. Cuando este pisó suelo italiano en la Estación Central, los periódicos anunciaban ya en todas sus portadas la entrada del ejército alemán en Polonia. Era el 1 de septiembre de 1939, el día en que dio comienzo la Segunda Guerra Mundial.

El llamado «Plan Blanco», minuciosamente preparado por Hitler y sus generales desde el mes de abril anterior, entraba en acción el día previsto, al mismo tiempo que la *Wehrmacht* invadía Polonia y la *Luftwaffe* bombardeaba ciudades y ametrallaba a la población civil. Después de haber conquistado sin un solo disparo Austria y Checoslovaquia, ahora en menos de un mes caía también Polonia, que dejaba de existir en el mapa europeo [29].

Desde ese mismo día, el papa Pío XII ordenó a los jefes de la Santa Alianza y del contraespionaje, el *Sodalitium Pianum,* que tomasen medidas con respecto a las comunicaciones con sus agentes en el extranjero y en especial con todos aquellos que operasen en zonas delicadas o de conflicto.

Hasta 1939 el Vaticano había utilizado un código conocido como «Rojo». Este consistía en unos doce mil grupos numéricos a partir de los cuales se imprimían veinticinco líneas en una página del libro con la clave. Para mayor seguridad, la Santa Alianza había establecido que los grupos numéricos se convirtiesen en letras que reemplazaran el número de la página mediante un dígrafo formado por un par de tablas que se utilizaban alternativamente los días pares e impares. Los mensajes más secretos del Vaticano, es decir, todos aquellos que deseaba enviar el Sumo Pontífice o los que afectaban a los servicios de espionaje papales, se denominaban «Amarillo» y «Verde».

[29] VV.AA., *Gran Crónica de la Segunda Guerra Mundial,* 3 vols., Reader's Digest, Madrid, 1965.

El «Amarillo» era un código de unos trece mil grupos cifrados mediante tablas digráficas para los números de las páginas y a base

de alfabetos mixtos aleatorios para los de las líneas. Las tablas y alfabetos se cambiaban para diferentes circuitos cada día. El código «Verde» sigue siendo utilizado hoy día y es uno de los secretos mejor guardados por el Vaticano, pero existen indicios de que se trataba de un código numérico de grupos de cinco cifras que se codificaban mediante cortas tablas aditivas, cada una de las cuales contenía más de un centenar de grupos aditivos de cinco cifras. Ni el «Amarillo» ni el «Verde» eran códigos mecánicos y, por lo tanto, muy difíciles de descodificar por los servicios de inteligencia italiano y alemán [30]. De casi ocho mil mensajes enviados, el *Servizio Informazione Militare* (SIM) consiguió descifrar cerca de cuatrocientos. Al parecer, a ello ayudó la unidad de infiltración del SIM conocida como *Sezione Prelevamento.* Estos habían conseguido infiltrarse en la gendarmería pontificia e incluso en la Secretaría de Estado.

Las noticias de la agonía de Polonia no habían hecho más que comenzar. Mientras sus treinta y cinco millones de habitantes, en su mayor parte católicos, eran avasallados por la *Blitzkrieg* alemana, el papa Pío XII permaneció en silencio y ordenó a su Secretaría de Estado y al padre general de los jesuitas, Wladimir Ledochowski, que dirigía Radio Vaticano, que disminuyesen sus emisiones en alemán, así como las críticas al Reich por la invasión de Polonia. El embajador polaco ante la Santa Sede deseaba ardientemente que el Papa emitiese una protesta pública contra la política de Hitler, y como el Vaticano no daba respuesta pidió que Pío XII recibiese al cardenal primado, August Hlond. El encuentro duró dos horas y media, pero el resultado fue el mismo. El Sumo Pontífice se negó a hablar en defensa de Polonia [31].

Las informaciones sobre la maquinaria bélica alemana seguían llegando desde diferentes puntos de Alemania al Vaticano firmadas por *el Mensajero.* Por ello la Santa Alianza se convirtió en una auténtica fuente de información para el resto de servicios secretos tanto de los países aliados como de los países del Eje.

[30] Simon Singh, *The Code Book: The Science of Secrecy from Ancient Egypt to Quantum Cryptography,* Anchor Publishers, Nueva York, 2000.
[31] John Cornwell, *Hitler's Pope...,* ob. cit.

Josef Müller, el agente del *Abwehr,* era una figura familiar en Roma debido a sus continuos viajes a la Ciudad Eterna. En el cuartel general del espionaje militar, en el número 74 de la berlinesa Tirpitz Ufer Strasse, Müller era un personaje totalmente misterioso y oscuro. Nadie sabía de dónde salía este agente y tal vez eso le hacía más peligroso a los ojos de sus superiores. Curiosamente, algo parecido sucedía entre la jerarquía vaticana con el agente de la Santa Alianza, el sacerdote Nicolás Estorzi. Pero lo que nadie conocía era que Müller y el padre Estorzi eran amigos.

Müller, un prestigioso abogado de Munich, devoto católico y ferviente antinazi, había sido encargado por Canaris de contactar con Pío XII a través de la Santa Alianza, y para no levantar sospechas le nombró jefe de la estación del *Abwehr* en Roma [32].

Antes de partir de Berlín, Müller se reunió con Nicolás Estorzi para explicarle la peligrosa misión que le había encomendado Canaris en la Ciudad Eterna. El espía papal preparó el terreno al agente alemán que en otros tiempos había colaborado con la Santa Alianza. Para ello, *el Mensajero* envió un extenso mensaje en código «Verde» al cardenal secretario de Estado, Luigi Maglione. En las páginas se amontonaban los datos sobre Josef Müller y la llamada «Operación *Amtlich Vatikanische*» (Fuentes Vaticanas) [33].

Müller, así como sus dos asistentes en el *Abwehr,* el coronel Hans Oster y el mayor Hans Dohnanyi, pertenecían al círculo de importantes antinazis liderados por el general retirado Ludwig Beck. Müller se reunió en primer lugar con el exiliado monseñor Ludwig Kaas, el antiguo líder del *Zentrum* y ahora arcipreste de la basílica de San Pedro, y con monseñor Johannes Schönhöffer, un miembro de la Congregación de Propaganda Fide. El encuentro tuvo lugar en la cervecería Dreher, un local muy concurrido por la comunidad alemana de Roma.

Müller comunicó a Kaas y a Schönhöffer que necesitaba hablar en privado con el Sumo Pontífice para darle un importante comunicado de altas personalidades de su país, y que había recibido órdenes muy estrictas de no hablar con otra persona que no fuese el Papa.

Kaas dijo al agente del *Abwehr* que tendría que hablar antes con un jesuita y profesor alemán de Historia Eclesiástica llamado

[32] David Álvarez y Robert A. Graham, *Nothing Sacred...,* ob. cit.

[33] H. Hohne, *Canaris: Hitler's Master Spy,* Rowman & Littlefield, Londres, 1999.

Robert Leiber. Lo que poca gente sabía era que el jesuita era una especie de asistente de Pío XII para «asuntos especiales». El Santo Padre tenía en Leiber el perfecto asistente en materia de inteligencia, y muchos miembros de la Curia aseguraban que el jesuita era realmente el responsable de la Santa Alianza. Lo cierto es que el padre Robert Leiber era el mejor conocedor de los más profundos secretos del Papado [34].

Durante la reunión que tuvo lugar entre Müller y Leiber, el alemán dijo al asistente del Papa que un amplio círculo de altas jerarquías alemanas contrarias a la política belicista de Adolf Hitler deseaban que el papa Pío XII sondease a Londres para negociar el fin de la guerra tras un cambio de régimen en Berlín.

Leiber, a través de su agente el padre Nicolás Estorzi, sabía que la desorganizada resistencia antinazi nunca podría orquestar un golpe de Estado contra Hitler y los suyos. Realmente, lo que los

jefes de Müller deseaban era que Londres y París no aprovechasen las circunstancias del golpe de Estado para realizar avances militares contra Alemania.

La relación de Josef Müller con la Santa Alianza viene de cuando los obispos y cardenales alemanes descubrieron que su correo era interceptado por la Gestapo. Así es que Müller se convirtió en el correo secreto entre Alemania y el Vaticano, y viceversa. Fue también Müller quien ayudaría a montar la cobertura del agente padre Nicolás Estorzi, *el Mensajero,* en Berlín.

Tras una breve estancia en Munich, el Papa hizo llamar a Müller a Roma mediante el padre Estorzi. Al llegar a suelo italiano, Leiber informó al agente del *Abwehr* que Pío XII había decidido que la voz de la oposición alemana debía ser escuchada en Londres. La decisión del Sumo Pontífice lanzó a Josef Müller a una auténtica misión clandestina que duraría varios meses y decenas de viajes entre Berlín y Roma.

En realidad, Müller no había llegado nunca a hablar con el Sumo Pontífice, sino que todas las comunicaciones se realizaban a través del padre Robert Leiber. Las reuniones entre Müller y Leiber se celebraban primero en el apartamento del sacerdote jesuita en la Universidad

[34] P. Blet, *Pius XII and the Second War World,* Paulist Press, Nueva Jersey, 1997.

Gregoriana, pero por motivos de seguridad el lugar de encuentro cambió a una iglesia de la Orden de los jesuitas a las afueras de Roma [35].

Por fin, en la primavera de 1940, Leiber decidió comunicar a Josef Müller que Pío XII había decidido recibirle en sus apartamentos privados en el Palacio Apostólico del Vaticano. A la reunión se sumaría sir D'Arcy Osborne, el embajador británico ante la Santa Sede.

El alemán repitió toda la historia al Papa y a Osborne y cómo se organizó la llamada «Operación *Amtlich Vatikanische*». Tras informar al Foreign Office, el Gobierno británico se mostró escéptico sobre la credibilidad y los motivos declarados por los conspiradores. Winston Churchill no creía que estos tuviesen suficientes apoyos, ni entre los militares ni entre la población civil, para dar un golpe de Estado con suficiente éxito contra Adolf Hitler. El tiempo le daría la razón, cuando las unidades de la *Wehrmacht* conquistaron Francia y Holanda.

Para demostrar la buena fe de los conspiradores, Josef Müller viajó hacia Roma a toda velocidad para informar a Pío XII de que Hitler se preparaba para lanzar una campaña militar contra Francia, pasando antes sobre el suelo de Holanda y Bélgica. Con esta información el Papa ordenó alertar a sus nunciaturas en Bruselas y

La Haya, y exigió que se pusiera en alerta a los gobiernos de ambas naciones.

Leiber alertó en secreto al embajador belga ante la Santa Sede, Adrien Nieuwenhuys, quien envió un cable urgente a Bruselas. Por su parte, Pío XII recibió en audiencia privada al príncipe heredero de la Corona de Italia, Umberto, y a su esposa, la princesa María. El Papa insistió en el peligro que se avecinaba sobre Holanda y en la necesidad de que la princesa María informase urgentemente a su hermano, el rey Leopoldo. Todos estos contactos sucederían entre el 2 y el 4 de mayo de 1940. El día 8, tanto el Gobierno de Bélgica como el de Holanda restaron importancia a las advertencias, y más cuando descubrieron que la fuente de esta información era un espía del *Abwehr* que trabajaba para la Santa Alianza, y ese fue su error. El 10 de mayo, las primeras unidades *Panzer* alemanas cruzaban la frontera rumbo a Francia, pasando sobre Holanda y Bélgica a sangre y fuego.

[35] Harold Deutsch, *The Conspiracy Against Hitler in the Twilight War,* University of Minnesota Press, Minneapolis, 1968.

El poco caso que hicieron belgas y holandeses a las advertencias papales hizo sentirse molesto a Pío XII y le llevó a ordenar a la Santa Alianza establecer relaciones secretas con los servicios de inteligencia británicos y con la Resistencia en la Francia ocupada. Al colaborar en negociaciones secretas con gobiernos extranjeros y pasar información militar de Alemania e Italia a los países aliados, Pío XII ponía en grave peligro la tradicional neutralidad vaticana. El Papa ordenó a su consejero y espía el padre Robert Leiber que destruyese cualquier papel, incluidos documentos y notas, sobre las relaciones del Estado Vaticano con los aliados o la resistencia alemana.

En el interior del Vaticano tan solo tres hombres más conocían estos contactos: el cardenal secretario de Estado, Luigi Maglione, y sus dos hombres de confianza, los monseñores Domenico Tardini y Giovanni Montini, y todos ellos se llevarían el secreto a la tumba.

El Papa ordenó a su fiel espía y consejero que redactase una lista de personas que pudiesen haber estado en contacto de alguna forma con la «Operación *Amtlich Vatikanische*». En la lista aparecían monseñor Johannes Schönhöffer, amigo de Josef Müller; monseñor Paul Maria Krieg, capellán de la Guardia Suiza y confesor de Schönhöffer; Ivo Zeiger, un jesuita del Colegio Germano-Húngaro de Roma; Augustine Mayer, un monje benedictino y profesor del Colegio de San Anselmo; el padre Vincent McCormick, el rector americano de la Universidad Gregoriana y superior inmediato de Robert Leiber; y el general de los jesuitas, el padre Wladimir Ledochowski. Pío XII ordenó a los seis religiosos, bajo pena de excomunión, no hacer nunca público ningún aspecto de la

«Operación *Amtlich Vatikanische*». Para el mundo, todavía hoy, todo esto nunca sucedió; se forjó así una leyenda más en la larga historia de la Santa Alianza.

EL FIN DE LOS MIL AÑOS (1940-1945)

«Tú cíñete por tanto los costados, levántate y diles todo lo que yo te ordenaré, no tiembles ante ellos, de lo contrario, te haré temblar ante ellos. Hoy te constituyo en fortaleza, en muro de bronce frente a todo el país, frente a los reyes de Judá y sus jefes, frente a sus sacerdotes y el pueblo del país. Combatirán contra ti, pero no vencerán.»
(Jeremías 1, 4-5, 17-19)

H erbert Keller era un hombre peligroso, ambicioso y sin el más mínimo ápice de escrúpulos. Este monje benedictino era miembro de una antigua abadía de Beuron, de donde había salido al exilio, por una orden de su superior, hacia un monasterio en un lugar desértico de Palestina justo antes de la guerra.

Al regresar a Alemania, Keller se había convertido en un esporádico informante del *Abwehr* y del *Sicherheitsdienst* (SD), el servicio de inteligencia del Partido Nazi. El monje pasaba a los nazis cualquier información de inteligencia que iba recogiendo en sus viajes por Francia, Alemania y Suiza, buscando libros y manuscritos antiguos para la biblioteca de la abadía. Cuando Hitler y sus ejércitos arrasaron Polonia, Herbert Keller encontró un trabajo más acorde con sus ambiciones y abandonó la vida monástica [1].

[1] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

Su carrera en el mundo del espionaje se movió siempre por dinero más que por lealtades. En su primera misión para el *Abwehr,* fue destinado a Suiza. Allí entabló contactos con destacados miembros de la resistencia antinazi.

Entre mujeres, brandy y unos buenos cigarros, alguno de ellos confesó a Keller que ciertos oficiales del *Abwehr* y de la *Wehrmacht* estaban conspirando para deponer a Hitler y que un agente del *Abwehr* llamado Müller era el contacto con el Vaticano y con su servicio de espionaje, la Santa Alianza, a través de un sacerdote a quien conocían como *el Mensajero.* Herbert Keller supo que Müller y *el Mensajero* habían estado buscando negociar una paz con los aliados una vez que pudiesen derrocar a Hitler.

Keller conocía muy bien a Müller. Los dos se habían convertido en enemigos acérrimos cuando el abogado de Munich había ayudado a los benedictinos a exponer el caso de Keller que desembocaría en la orden de exilio a un monasterio de Palestina. Esperando encontrar más pruebas contra el colaborador de la Santa Alianza, Herbert Keller decidió viajar a Roma con el fin de recopilar más datos sobre Müller. En muy pocos días el agente del espionaje alemán conoció todos los datos de la conspiración, así como la

misión de Josef Müller y el importante papel desempeñado por este.

Keller retornó a Alemania con su informe. Al llegar a Berlín el monje corrió a los cuarteles generales del *Abwehr* y el SD para informar. El informe era tan importante que cayó en la mesa del mismísimo Reinhard Heydrich, ahora jefe del *Reichssicherheitshauptamt* (RSHA) u Oficina Principal de Seguridad del Reich [2]. Heydrich estaba impresionado por la exactitud de los datos aportados por el antiguo monje benedictino. El poderoso jefe de la RSHA llamó a su presencia a Herbert Keller. Cuando los dos hombres se encontraron cara a cara, Heydrich, tras expresar su antipatía por el Papa, a quien acusaba de ser el mayor conspirador contra el Reich, confesó a Keller que desde 1936 Josef Müller estaba siendo vigilado.

Reinhard Heydrich estaba convencido de que Müller era un agente secreto al servicio del Vaticano, y sus sospechas se hacían realidad

[2] Fred Ramen, *Reinhard Heydrich: Hangman of the 3rd Reich,* Rosen Publishing Group, Londres, 2001.

ahora que entre sus manos tenía un informe que hablaba de una operación llamada *Amtlich Vatikanische* (Fuente Vaticana) [3]. La primera señal de desastre llegó a través de Arthur Nebe, el jefe de la policía criminal del RSHA. Nebe hizo una copia del informe de Herbert Keller y se lo envió al almirante Wilhelm Canaris, responsable del *Abwehr,* quien intervino rápidamente para intentar proteger al mayor número de conspiradores [4].

Canaris era una figura enigmática que se movía entre su lealtad a Alemania y su odio al Partido Nazi y a sus dirigentes. Ello le llevó a ayudar y proteger a los círculos antinazis. Para contrarrestar el golpe, Canaris pidió a Müller la redacción urgente de un informe en el que señalase que él había descubierto un complot en el Vaticano para negociar la paz con los aliados. Los jefes de esta conspiración debían ser los generales Werner von Fritsch y Walter von Reichenau. Canaris sabía que Von Fritsch había caído en la campaña de Polonia y, por lo tanto, no podía ser interrogado, mientras que Von Reichenau era un conocido y ferviente seguidor de Hitler y del Tercer Reich. Realmente, ninguno de los dos habían tenido nunca relaciones con los círculos antinazis, pero Heydrich necesitaba un culpable para demostrar que Müller era un espía de Pío XII y de su Santa Alianza.

Canaris había sido mucho más hábil que Reinhard Heydrich. Cuando el informe falso redactado por Müller llegó a manos del *Führer,* el propio Adolf Hitler declaró que Walter von Reichenau era uno de sus más fieles generales y que sería imposible que su «hijo más fiel» pudiese haber conspirado con el Vaticano en contra del Reich. Finalmente, Hitler calificó de «basura» el informe contra Werner von Fritsch y Walter von Reichenau. El jefe del *Abwehr*

consiguió apartar las sospechas del Vaticano y de Josef Müller, por lo menos por un tiempo [5].

Nuevamente, en el verano de 1940, la inteligencia alemana volvió tras la pista de la «Operación *Amtlich Vatikanische*». Cuando en el mes de mayo el embajador de Bélgica ante la Santa Sede, Adrien Nieuwenhuys, telegrafió a su ministerio en Bruselas comunicando las adver

[3] Véase capítulo 14.
[4] Heinz Hohne, *Canaris: Hitler's Master Spy,* ob. cit.
[5] Ibídem.

tencias del papa Pío XII sobre la pronta ofensiva de la *Wehrmacht* en el frente occidental, el telegrama cifrado fue interceptado por el *Forschungsamt* (Oficina de Investigación), uno de los servicios de descodificación de señales del Tercer Reich.

El mensaje descodificado terminó en la propia mesa del *Führer,* quien ordenó al *Abwehr* llevar a cabo una profunda investigación que diese con todos los traidores. Reinhard Heydrich, que tenía aún el informe del padre Herbert Keller fresco en su mente, fue separado de la investigación por su informe sobre Werner von Fritsch y Walter von Reichenau. Canaris había permitido que fuese el SD el que pasase el informe falso de Müller a Adolf Hitler.

Para dirigir la investigación ordenada por el *Führer,* Wilhelm Canaris puso al frente a Josef Müller. El espía alemán regresó a Roma para informar al «supuesto» jefe de la Santa Alianza, el padre jesuita alemán Robert Leiber, de que debían construir una historia convincente para Adolf Hitler. Toda la historia debía finalizar en el mensaje enviado por el embajador Nieuwenhuys a Bruselas que informaba del peligro alemán. Leiber y Müller se pusieron manos a la obra y crearon la llamada «Operación *Wind Westlich*» (Viento Occidental). La idea de ambos espías era crear toda una operación de espionaje, pero esta vez desde el final al principio.

Leiber propuso que la filtración debía haber salido del entorno del ministro de Asuntos Exteriores de Italia, el conde Galeazzo Ciano. Por supuesto, este había sido informado de la operación militar de la *Wehrmacht* por su homólogo Joachim von Ribbentrop [6].

El siguiente paso era explicar que la información sobre la operación militar había sido filtrada por alguien no identificado y cercano a Ciano. La información fue transmitida al padre Monnens, un sacerdote jesuita belga que la había pasado a su vez al embajador de su país en Roma, Adrien Nieuwenhuys. Robert Leiber sabía que ni Nieuwenhuys ni el padre Monnens estaban al alcance de los servicios de seguridad del Reich. Nieuwenhuys era diplomático y, por consiguiente, contaba con inmunidad, mientras que el padre Monnens se encontraba en una misión perdida en las

junglas centroafricanas y, por lo tanto, fuera del alcance de las SS y Gestapo. Müller y Leiber creían que esta

[6] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

versión tranquilizaría a los líderes nazis, pero se equivocaban. Reinhard Heydrich no estaba dispuesto a ello.

Un teniente coronel del *Abwehr* llamado Joachim Rohleder, amigo de Heydrich, no estaba muy convencido de la veracidad de esta historia. Rohleder estudió el telegrama del embajador belga interceptado y descodificado. En el texto, Nieuwenhuys menciona a una fuente alemana que ha salido de Berlín el 29 de abril de 1940; que llega a Roma el día 1 de mayo; y que permanece en Roma hasta el 3 de mayo. Con estos datos el oficial del *Abwehr* amigo de Heydrich decide revisar la lista de todos los ciudadanos alemanes que abandonaron el país en esa misma fecha. Entre los nombres aparece el de Josef Müller, que ha entrado en Italia el 29 de abril y ha regresado el 4 de mayo.

Rohleder contacta entonces con la estación del *Abwehr* en Munich, la sede en donde está adscrito Müller, con la esperanza de determinar si el oficial viajó a Roma en los días señalados. Josef Müller, el colaborador de la Santa Alianza, se ha cubierto la espalda asegurando en un informe que su destino era Venecia. Para ello ha utilizado a agentes italianos de la Santa Alianza destacados en la Guardia Fronteriza italiana y que han sellado su pasaporte con la entrada en la bella ciudad del norte. Rohleder estaba convencido, y así informó a Heydrich, de que Josef Müller y sus contactos con los servicios de espionaje pontificios eran la clave de este misterio. Por un tiempo la investigación se mantuvo parada, hasta que la estación del *Abwehr* en Estocolmo se mostró interesada en un conocido periodista católico llamado Siegfried Ascher. Este visitó Roma por primera vez en 1935. Poco después consiguió un puesto de secretario del padre Friedrich Muckermann, un jesuita alemán famoso por sus polémicas declaraciones antinazis [7].

De la mano de Muckermann, Ascher se introdujo en todos los sectores importantes de la Curia vaticana hasta hacerse con una larga lista de amistades. En 1937 acompañó a Muckermann cuando los jesuitas destinaron a su protector a la capital austriaca. Cuando Austria fue anexionada por Alemania en el llamado *Anschluss,* Ascher se vio obligado a escapar a Holanda y después a Suiza, en donde consiguió un puesto de trabajo como corresponsal del diario *Basler Nachrichten* en

[7] Lauran Paine, *German Military Intelligence in World War II: The Abwehr,* Stein & Day Publishers, Munich, 1984.

el Vaticano. Tras la aprobación de las leyes raciales se vio obligado nuevamente a cambiar de ciudad. Lo que nadie sabía era que Ascher se llamaba realmente Gabriel y no Siegfried y que había

abandonado la religión judía hacía pocos años para abrazar el catolicismo.

A finales de 1940, Ascher encontró una mejor fuente de ingresos, el teniente coronel del *Abwehr* Joachim Rohleder. El oficial del contraespionaje alemán no había abandonado su investigación sobre Josef Müller. Con sus valiosas credenciales antinazis al haber trabajado con el padre Muckermann, Ascher comenzó a penetrar en las barreras de seguridad impuestas por el papa Pío XII a la Santa Alianza en el *caso Amtlich Vatikanische.*

En enero de 1941, Siegfried Ascher estaba ya preparado para viajar a Roma desde Berlín después de haber pasado un duro entrenamiento en la academia de agentes del *Abwehr* [8].

Ascher consiguió del editor jefe del *Basler Nachrichten* una carta de acreditación como corresponsal ante la Santa Sede. El espía del *Abwehr* dijo a su jefe que no necesitaba recibir honorarios, ya que su sueldo saldría directamente del Vaticano. Por supuesto, mentía. A finales de abril, Siegfried Ascher se reunió en Berlín con el teniente coronel Rohleder para recibir los fondos necesarios para su viaje a Roma. Antes de partir llamó por teléfono al nuncio vaticano, el cardenal Cesare Orsenigo, para que le entregase una carta de presentación. La carta iba dirigida al influyente sustituto en la Secretaría de Estado del Vaticano, monseñor Giovanni Montini, el futuro papa Pablo VI. En la Santa Sede, y en tan solo una semana, Siegfried Ascher fue recibido por Montini, el padre Leiber y monseñor Kaas. Debido a su cobertura como periodista especialista en asuntos de la Iglesia, nadie sospechó al principio, pero el padre Robert Leiber no podía creer que alguien de origen judío pudiese viajar libremente por Alemania. Leiber contactó con su agente Nicolás Estorzi, *el Mensajero,* para que averiguase todo lo que pudiese sobre Ascher.

Leiber fue avisado incluso por el responsable máximo de la Orden de los benedictinos, al conocer que Ascher pudo haber mantenido contacto con Herbert Keller, el agente del SD y antiguo monje. Estorzi informó a Leiber de que un judío que se hacía pasar por periodista ha

[8] David Álvarez y Robert A. Graham, *Nothing Sacred...,* ob. cit.

bía estado entrenándose en la academia del *Abwehr,* en la división de contraespionaje, y que tal vez su origen fuese Suecia.

Leiber llamó entonces a Siegfried Ascher con la intención de hablar sobre su paso por Alemania. El espía se disculpó alegando motivos de trabajo para rechazar la invitación. Robert Leiber informó entonces a Montini de que su agente de la Santa Alianza en Alemania le había asegurado que Siegfried Ascher era posiblemente un peligroso agente de la Gestapo[9].

Lo cierto es que, ya a finales del mes de febrero de 1941, el agente de Rohleder conocía en líneas más o menos claras la misión de Josef Müller en el Vaticano, así como la implicación de Pío XII al avisar en la primavera de 1940 a los gobiernos holandés y belga de la posible intervención alemana en sus países, como poco después sucedería.

El informe final de Siegfried Ascher era absolutamente concluyente, y Rohleder así se lo comunicó a Canaris. El jefe del *Abwehr* intentó dar poca importancia al informe y exigió que sin más pruebas concretas sería imposible detener a uno de los agentes más eficaces en asuntos vaticanos. El almirante Wilhelm Canaris no iba a permitir que Rohleder y Ascher capturasen a Müller. Finalmente, el llamado informe «Müller, Josef» fue escondido en lo más profundo de los archivos de la inteligencia militar del Reich.

A finales de 1942, las SS detuvieron a Ascher en una calle de Berlín. Alguien había hecho llegar un informe, en forma de denuncia, en el que se ponía convenientemente de manifiesto el origen judío del espía alemán. Ascher fue entregado a la Gestapo sin comunicárselo al *Abwehr*. Cuando el teniente coronel Joachim Rohleder, jefe del contraespionaje, fue informado de la detención de Ascher, ya era demasiado tarde. El periodista había muerto durante el interrogatorio. Diversos escritores e historiadores señalan que en aquel año Canaris había caído ya en desgracia ante Hitler, y el abismo entre las fuerzas de seguridad del Reich, el *Abwehr* y las SS era ya enorme. Tal vez por eso, cuando los agentes de las SS de Himmler recibieron la filtración del informe en donde se mostraba el origen judío del agente del *Abwehr,* prefirieron pasar el interrogatorio a la Gestapo [10].

[9] Harold Deutsch, *The Conspiracy Against Hitler in the Twilight War,* ob. cit. [10] El almirante Wilhelm Canaris fue jefe del *Abwehr* de 1939 a 1943. A finales de 1942 estaba a punto de caer en desgracia a los ojos de Hitler y bajo vigilancia por sus

Otras fuentes aseguran que durante los meses anteriores a la detención de Siegfried Ascher por las SS, *el Mensajero* de la Santa Alianza había estado viajando por Holanda y Suecia, recopilando información sobre el periodista. Realmente, sería el padre Robert Leiber, el jefe de espías de Pío XII, quien ordenaría al padre Nicolás Estorzi el sistema para «quitarse de en medio» al peligroso Siegfried Ascher. De nuevo el largo brazo de la Santa Alianza vaticana había vuelto a actuar de forma contundente contra un enemigo.

Mientras tanto, Josef Müller, gracias a la protección del coronel Hans Oster y del mayor Hans Dohnanyi, ambos miembros de la red anti-Hitler, fue nombrado responsable de la estación del *Abwehr* en el Vaticano.

Un nuevo peligro se cernía sobre la Santa Sede con la llegada de otro espía alemán. Paul Franken llegó a Roma en febrero de 1943

para ejercer como profesor de Historia en el Colegio Alemán, en la Via Nomentana, aunque en realidad era un agente del espionaje militar.

Sus contactos preferentes eran Josef Müller, monseñor Kaas, Krieg, Schönhöfer, Ivo Zeiger y el responsable de los espías papales, Robert Leiber. Con su perfil de estudiante católico y envuelto en los movimientos laboristas anteriores a la guerra, Franken había sido detenido por la Gestapo y condenado a dos años de prisión por actividades contrarias al régimen [11]. Todo esto le ayudó a sumergirse en las profundas y oscuras aguas de la Curia romana.

Jacob Kaiser, antiguo líder laborista, captó a Franken para el *Abwehr* por sus conocimientos en materia de política vaticana, lo que hizo que fuese destinado a la Santa Sede. Leiber se puso nuevamente en contacto con *el Mensajero* para recabar información sobre Franken. Dos semanas después, Estorzi envió un mensaje cifrado desde una ciudad austriaca a su jefe. El mensaje cifrado en «Verde» sería descodificado. En el texto el agente de la Santa Alianza ponía sobre aviso a Leiber sobre las verdaderas intenciones de Paul Franken, pero sin hacer

posibles relaciones con los círculos antinazis. El 23 de julio de 1944 fue detenido e interrogado como sospechoso de haber participado en el atentado contra Hitler, tres días antes. El 9 de abril de 1945 fue ejecutado en la prisión de Flossenburg, acusado de «alta traición». Véase también Heinz Hohne, *Canaris: Hitler's Master Spy,* ob. cit.

[11] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

demasiadas afirmaciones. El espía de Pío XII decidió mantener al alemán bajo «cuarentena» [12].

El 25 de julio de 1943, las alarmas en la Santa Alianza volvieron a sonar cuando el rey Vittorio Emanuele III, apoyado por generales y líderes fascistas, decidió cesar a Mussolini y nombrar al mariscal Pietro Badoglio nuevo jefe de Gobierno. Los sueños del *Duce* de crear un nuevo imperio romano se disolvieron con la misma velocidad que la debacle militar italiana. La invasión aliada en Sicilia sucedería el 10 de julio con la promesa de liberar del yugo alemán toda la península italiana. Tras la caída de Mussolini, Hitler, anticipándose al colapso del ejército italiano, decidió enviar un cuerpo de ejército al norte de Italia. Las noticias que iban llegando al Vaticano de su agente Nicolás Estorzi eran claras con respecto a que las unidades de la *Wehrmacht* se estaban acantonando para prepararse para el asalto final, Roma. Las advertencias del agente del espionaje papal se cumplieron cuando el 8 de septiembre Badoglio anunció oficialmente la firma del armisticio con las fuerzas anglo-norteamericanas que ocupaban ya el sur del país. Hitler y sus generales dieron «luz verde» a la ocupación de la Ciudad Eterna [13].

Las intenciones del líder nazi no eran nada claras. Por la ciudad circulaban rumores de que el *Führer* estaba convencido de que Pío XII y sus servicios de espionaje habían ayudado a la caída de Mussolini. Lo cierto es que las autoridades papales no se hacían demasiadas ilusiones sobre el respeto que podría tener Hitler a la neutralidad vaticana o a la figura del Sumo Pontífice. Según informes en poder del servicio de espionaje pontificio, en la primavera de 1941, durante una reunión entre el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, el conde Galeazzo Ciano, y su homólogo alemán, Joachim von Ribbentrop, el representante de Hitler sugirió al italiano la posibilidad de expulsar a Pío XII de Roma, porque «en la nueva Europa no hay lugar para el Papado. En la nueva Europa dominada por el nacionalsocialismo, el Vaticano debería quedar reducido a un simple museo» [14]. A pesar de los mensajes de tranquilidad de los italianos, los rumores se hicieron cada vez más reales a finales de 1943, año en el que se cumplían diez años

[12] Branko Bokun, *Spy in the Vatican 1941-1945,* ob. cit.
[13] Eugen Dollmann, *Roma Nazista, 1937-1943,* RCS Libri, Milán, 2002.
[14] Michael Bloch, *Ribbentrop,* Omnibus, Berlín, 1998.

del régimen nazi. Para entonces los paracaidistas alemanes controlaban ya el perímetro de la plaza de San Pedro bajo los aprensivos ojos de los miembros de la Guardia Suiza.

Anticipándose al asalto de Roma por parte de las tropas del Tercer Reich, las embajadas extranjeras habían destruido los documentos clasificados como «secretos» o «delicados», así como sus máquinas codificadoras. Por otra parte, el comandante de la Guardia Suiza fue informado verbalmente de que el Santo Padre no deseaba un derramamiento de sangre, así es que se ordenó a todos sus miembros que no opusiesen resistencia ante la supuesta invasión del Vaticano por las tropas alemanas [15].

El oficial rechazó acatar la orden y tuvo que ser llamado por el mismísimo Pío XII para confirmársela. Realmente, no estaba en los planes de Hitler hacerse con el Vaticano ni tampoco con el Sumo Pontífice. Adolf Hitler se vio presionado por dos bloques. En contra de la invasión estaba Josef Goebbels, el siniestro ministro de Propaganda del Reich, quien aseguró al *Führer* que una operación de invasión en el Vaticano tendría un impacto devastador ante la opinión pública mundial. A favor estaba Joachim von Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores del Reich, que aconsejaba a Hitler sacarse de encima a una molestia como el Papa de un solo golpe [16].

En mayo de 1944, Paul Franken retornó a Alemania, justo cuando los ejércitos aliados presionaban a las fuerzas del Eje para conquistar Roma. En febrero de 1944, después de una serie de desaciertos por parte del *Abwehr* y la deserción de varios de sus

miembros, Hitler firmó el decreto por el cual se subordinaban todos los miembros y operaciones del *Abwehr* al RSHA, la organización nazi que controlaba todas las fuerzas policiales y de inteligencia del Reich. El almirante Canaris fue destinado a un trabajo menor en un departamento de economía de guerra, mientras que la Gestapo aumentaba su interés en los extraños contactos entre civiles y personal del *Abwehr*.

Las investigaciones llevaron a la detención del coronel Hans Oster y del mayor Hans Dohnanyi, dos de los más importantes cerebros antinazis en el *Abwehr*. Tanto Oster como Dohnanyi se negaron a hablar

[15] Pierre Blet, *Pius XII and the Second War World,* ob. cit. [16] Michael Bloch, *Ribbentrop,* ob. cit.

sobre sus contactos con el Vaticano y con la Santa Alianza, a pesar de ser torturados. Al final los dos espías serían ejecutados de un disparo en la nuca y sus cuerpos colgados de un gancho de carnicero.

El siguiente en ser arrestado e interrogado brutalmente sería Josef Müller. El agente rechazó los cargos y negó cualquier implicación en los complots antinazis con el Vaticano. Müller sería uno de los pocos miembros del *Abwehr* en escapar a la muerte.

Paul Franken, por su lado, dimitió de su puesto en el espionaje militar de la *Wehrmacht,* procurando no atraer la atención de la Gestapo y SS, y consiguió un puesto de traductor de los trabajadores italianos en Alemania. Franken consiguió sobrevivir al régimen nazi y al final de la Segunda Guerra Mundial [17].

En estos años, el Vaticano, y en especial la Curia romana, se mantenían a favor de un bando u otro. Tanto el secretario de Estado vaticano, el cardenal Maglione, o sus sustitutos, monseñores Montini y Tardini, habían dado órdenes a todos los altos miembros de la Curia de no hablar o entablar contacto con ningún miembro de la embajada de Alemania ante la Santa Sede.

Pronto la Santa Alianza informaría de contactos casi diarios del obispo Alois Hudal [18], el pronazi rector de uno de los colegios religiosos alemanes en Roma, con altos miembros de la representación diplomática del Tercer Reich. Hudal iba a convertirse en pocos años en una de las figuras clave de la organización «Odessa» [19], montada por antiguos miembros de las SS para ayudar a escapar a criminales de guerra nazis hacia Sudamérica a través del llamado «Pasillo Vaticano». Poco a poco la guerra se iba volviendo contra los países del Eje. Los restos del glorioso VI Ejército alemán se rinden al Ejército Rojo en Stalingrado; en África, el poderoso *Afrika Korps* del mariscal Erwin Rommel, junto

[17] Según informes de la Santa Alianza, Paul Franken vivió hasta 1963 en la ciudad de

Bonn y se trasladó a finales de ese mismo año a un pequeño pueblo cercano a Frankfurt. Falleció en 1971.

[18] Alois Hudal, obispo austriaco, sería uno de los principales instrumentos del Vaticano para organizar la fuga de nazis. Hudal colaboraría en la huida de Franz Stangl, comandante del campo de concentración de Treblinka, a través del llamado «Pasillo Vaticano».

[19] *Organisation der ehemaligen SS-Angehörigen* (Organización de ex miembros de las SS).

a las unidades italianas, se rinde a los ejércitos anglo-norteamericanos, dejando el litoral mediterráneo libre para el asalto a Sicilia; también los bombarderos norteamericanos golpean incansablemente las industrias bélicas nazis, mientras que los británicos reducen a cenizas ciudades enteras como el caso de Dresde, el martes 13 de febrero de 1945, como venganza por los bombardeos nazis de Londres.

El deseo de Ernest von Weizsäcker, que ha sustituido a Diego von Bergen al frente de la embajada alemana ante la Santa Sede, de finalizar la guerra mediante una mediación papal se quedaba en un simple sueño. Ahora hay que intentar convencer al papa Pío XII para negociar una paz en Europa y para evitar una total derrota de Alemania, con la posterior «sovietización» del continente o de la Europa oriental. En la legación diplomática quedan dos espías, Harold Friedrich Leith-Jasper, con cobertura de agregado de prensa de la embajada, y Carl von Clemm-Hohenberg, un oscuro oficial de inteligencia con cobertura de agregado comercial. En el otoño de 1942, Leith-Jasper informó a Berlín de los continuos viajes de Myron Taylor, el representante ante el Vaticano del presidente Roosevelt. Curiosamente, y a pesar de que los Estados Unidos e Italia estaban en guerra, Taylor entraba y salía de Roma sin ser molestado. El informe llegó en Berlín a manos de Heinrich Himmler. El poderoso jefe de las SS ordenaría entonces a Carl von Clemm-Hohenberg la «liquidación» de Myron Taylor durante uno de sus viajes a Roma. La orden sería enviada a través del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán mediante un despacho especial.

Al mismo tiempo, otro despacho llegaba a la sede de la Santa Alianza en el Vaticano e informaba sobre un posible atentado a un diplomático aliado. El padre Robert Leiber comunicó al Sumo Pontífice la información recibida por su agente, el padre Nicolás Estorzi.

La Santa Alianza alertó a los servicios secretos estadounidense y británico sobre la información recibida y de que, según otro despacho enviado por la misma fuente, tres agentes de la Gestapo habían sido enviados con tal motivo a Roma. Leiber tenía claro que había que salvar al representante americano. En la mañana del 22 de enero de 1943, los tres agentes nazis llegaron en tren a Italia y fueron asistidos por agentes italianos. Estos se instalaron en un pequeño apartamento desde donde tenían previsto dirigir la

operación.

Durante semanas vigilaron todos los pasos de Myron Taylor. Por fin, a finales de febrero, decidieron dar el golpe. La idea era la de seguir el vehículo en el que se desplazaba el diplomático americano y ametrallarlo en el momento adecuado. El día antes del atentado, uno de los agentes de la Gestapo desapareció sin dejar el menor rastro, pero sus dos compañeros decidieron seguir adelante.

En una carretera de salida de Roma, los dos agentes nazis divisaron el vehículo que acechaban en un lado de la cuneta. Abrieron las ventanillas y comenzaron a disparar contra el coche y contra el pasajero que se encontraba en su interior, y huyeron.

Tras el atentado regresaron a la estación de tren y desaparecieron. Una vez en Berlín se presentaron ante Himmler para informar del éxito de la operación, pero ese fue su error. Realmente, a quien habían matado en el coche del diplomático era al agente nazi desaparecido. Alguien lo había secuestrado, drogado e introducido en el coche. Myron Taylor continuó realizando tareas especiales entre Washington y el Vaticano para el presidente Roosevelt sin saber nunca que el espionaje pontificio le había salvado la vida.

Sería Harold Friedrich Leith-Jasper quien informaría a Himmler de que un agente de los servicios secretos alemanes había visto a Myron Taylor entrando en el Vaticano, para sorpresa del temible jefe de las SS.

Las operaciones de inteligencia del Reich contra el Vaticano y la Santa Alianza se duplicaron durante los últimos años de guerra. Desde junio de 1941, Walter Schellenberg, un joven y fanático oficial, asumió el control del *Amt VI,* la división de la RSHA para espionaje en el extranjero. Desde entonces el *Amt VI* sería el máximo responsable de las operaciones de inteligencia en el Vaticano.

Con la creación de la RSHA, la sección de inteligencia para asuntos de la Iglesia dirigida por Albert Hartl fue transferida a la policía secreta política, la Gestapo. Hartl, el especialista del SD, no era bien visto por los responsables de la Gestapo, principalmente porque a este le gustaba la libertad de movimientos, alejado de las miradas indiscretas de otros colegas [20].

[20] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

Incluso a Hartl se le acusaba de ocultar información y conocimientos importantes a sus homólogos de otros departamentos de seguridad. Esto llegó a oídos del jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, que veía con hostilidad los métodos que Albert Hartl usaba. Por este motivo decidió abrir una investigación para poder acusar a Hartl de «alta traición». Una semana después, Müller concluía que

Hartl, el antiguo sacerdote, era realmente un jesuita y doble agente que trabajaba para la Santa Alianza dentro de los servicios secretos alemanes.

Por otro lado, Hartl se había hecho famoso en las noches berlinesas por sus conquistas. Sus indiscreciones sexuales con el personal femenino de la RSHA le habían llevado a recibir serías sanciones; pero no estaba dispuesto a ceder su vida privada a la causa del *Führer*.

Durante un viaje de Viena a Berlín, Albert Hartl intentó seducir a una joven de diecisiete años, que resultó ser la hija de un alto jerarca de las SS. Heinrich Müller decidió entonces degradar de su rango militar a Hartl y destinarlo a los escuadrones de exterminación de judíos en el frente ruso. Enterado Reinhard Heydrich, dio una contraorden y en recuerdo a los servicios prestados por Albert Hartl fue enviado como oficial de campo de la RSHA a Kiev, con la tarea de controlar a la opinión pública en la Ucrania ocupada. El hombre que había creado una de las unidades más efectivas del régimen nazi contra el Vaticano y la Santa Alianza nunca más volvió a tener mando en una unidad de espionaje. Desde ese mismo momento la inteligencia del Tercer Reich asumiría la llamada «Directiva Heydrich».

En 1941 se celebró una conferencia en el cuartel general de la Gestapo en la que el punto más importante serían las operaciones de espionaje contra la Iglesia católica, e incluía la «Política Mundial Vaticana y nuestras Operaciones de Inteligencia» u «Operaciones de Inteligencia en el Conflicto con el Catolicismo Político en el Reich». Durante la reunión, Reinhard Heydrich habló a los presentes sobre la necesidad de mejorar las tareas de espionaje contra el Papado a través de las operaciones de contraespionaje para detectar a los agentes de los servicios de inteligencia del Vaticano, la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum,* en Alemania y en los países ocupados [21].

[21] Fred Ramen, *Reinhard Heydrich: Hangman of the 3rd Reich,* ob. cit.

La llamada «Directiva Heydrich» ordenaba a todos los cuerpos de espionaje y seguridad del Reich doblar sus esfuerzos para penetrar en la seguridad del Vaticano. La primera medida de la Directiva fue el envío de agentes de la RSHA a todas las embajadas alemanas para recabar información de las conexiones del Vaticano con esos países. Fue idea de Reinhard Heydrich tras convencer a Joachim von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores, la de establecer los «agregados policiales» en las legaciones en el extranjero. El agregado policial en la embajada de Alemania en el Vaticano era Richard Haidlen, un hombre sin escrúpulos y fiel a Heydrich.

A principios de 1942, Haidlen fue sustituido por Werner Picot, un policía que tenía buenas relaciones en la RSHA y en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Picot era también un hombre fiel a Heydrich. Cada día el todopoderoso jefe del Departamento Central de Seguridad del Reich era informado sobre las actividades de los servicios secretos extranjeros, de la Santa Alianza y de los servicios de inteligencia italianos, mediante tres concisos informes que redactaba Picot personalmente. Poco a poco, Werner Picot se hizo famoso en los salones sociales de la Santa Sede, adonde era invitado por los cardenales profascistas. En ausencia del oficial de la RSHA en la embajada, Heydrich responsabilizaba de las tareas de seguridad al mayor Herbert Kappler, el agregado policial en la embajada alemana en Italia [22]. Kappler era un hombre violento, amante de la tortura, de baja estatura, rubio y con el rostro marcado por las cicatrices de sus duelos de juventud.

El primer agente de Kappler en el interior del Vaticano sería un asistente de un profesor de la Gregoriana, la Universidad jesuita de Roma. Este hombre había ofrecido voluntariamente sus servicios al leer *Mein Kampf,* el ideario político de Hitler. Durante su labor en la Gregoriana, el espía de Kappler se dedicaba a abrir la correspondencia de miembros del profesorado y a escuchar conversaciones para después informar personalmente a Herbert Kappler. Nombrado monitor y asistente de los alumnos, el espía fue llamado a Berlín por el arzobispo cardenal Michael von Faulhaber. Robert Leiber había sido informado por el *Sodalitium Pianum* sobre un supuesto espía en la Universi

[22] Susan Zuccotti, *Under His Very Windows. The Vatican and the Holocaust in Italy,* Yale University Press, New Haven, 2002.

dad Gregoriana. A instancias del espía de Pío XII, el agente alemán fue apartado a Berlín.

Otro de los famosos espías nazis en el Vaticano sería Alfred von Kageneck, hijo de una noble familia católica alemana. Reclutado en el mes de mayo de 1940 por Helmut Loos, el segundo de Kappler, Kageneck fue destinado a Roma debido a sus excelentes relaciones con el padre Robert Leiber, amigo de su familia. En cada viaje a Roma el espía alemán recababa importante información para sus superiores en Berlín, pero lo que nadie supo hasta después de la guerra es que realmente Kageneck trabajaba para la Santa Alianza en el llamado *Teutonicum,* la división del contraespionaje papal encargada de la desinformación de los servicios de seguridad del Tercer Reich [23].

Tanto Kappler como Loos estaban convencidos de que por fin habían conseguido penetrar en los herméticos servicios de espionaje pontificios. Alfred von Kageneck había sido reclutado por la Santa

Alianza en el mes de abril del mismo año y destinado de forma inmediata al *Teutonicum* por el padre Robert Leiber. Durante su primera visita a Roma, Kageneck le confesó al jesuita sus conexiones con el *Amt VI* del espionaje nazi y el propósito de su viaje a Roma. Leiber informó al papa Pío XII y al padre general de los jesuitas. Ambos recomendaron a Leiber que continuase con los contactos con el agente doble.

En cada encuentro la Santa Alianza prepararía un informe con documentos que simulasen ser importantes y muy delicados y se lo entregarían al agente del *Teutonicum,* quien a su vez debería entregarlo a Helmut Loos en la embajada alemana en Roma.

En los años siguientes, la información iba y venía desde el Vaticano a Berlín, y viceversa, por el canal de Alfred von Kageneck. Sería el agente doble quien delataría a la Santa Alianza los nombres de los espías alemanes reclutados por el *Amt VI* con el objeto de infiltrarse en el Vaticano. Gracias a sus informaciones caería Charles Bewley, un antiguo diplomático irlandés que había sido embajador de su país en Alemania y el Vaticano. También caería Werner von Schulenberg, un ex oficial del ejército alemán que se había retirado a Roma con la intención de iniciar su carrera de escritor. Schulenberg frecuentaba los círculos aristocráticos e intelectuales de la Ciudad Eterna con el pretexto

[23] David Kahn, *Hitler's Spies...,* ob. cit.

de promocionar las relaciones culturales germano-italianas. Tanto Bewley como Schulenberg trabajaban para el espionaje alemán por dinero [24].

Heydrich estaba decidido a penetrar como fuese en los pasillos vaticanos, así es que sugirió a diferentes eclesiásticos seguidores del Reich que prestasen toda su ayuda al intento. Uno de los más efectivos sería el director del colegio de Santa Maria dell'Anima, o simplemente Anima, un centro religioso cercano a la Piazza Navona. Su director era el obispo Alois Hudal, a quien la Santa Alianza conocía como el «Obispo Negro», debido a sus simpatías por el régimen nazi y por Heinrich Himmler. Al principio Hudal había sido declarada persona non grata por la Secretaría de Estado debido al informe del *Sodalitium Pianum* que indicaba que el austriaco era realmente un agente de los servicios secretos del Tercer Reich.

Alois Hudal era un personaje con importantes relaciones sociales entre la poderosa Curia romana y se movía muy bien en sus alfombrados salones. Un día la Santa Alianza informó al padre Robert Leiber de que Hudal estaba escribiendo un texto para presentárselo a Adolf Hitler y al papa Pío XII en el que presentaba diversos alegatos para conseguir una reconciliación entre la Iglesia católica y el régimen nacionalsocialista. Leiber ordenó entonces a

sus agentes que se ocupasen de hacerse con el documento antes de que se hiciese público. La misión fue encomendada a Alfred von Kageneck, el espía de la Santa Alianza en el RSHA. Kageneck había sido presentado a Hudal durante una celebración de Semana Santa en 1941. Después de unas breves palabras, Kageneck entró como asistente para las buenas relaciones culturales germano-italianas en el Anima.

Cuando el documento original estaba a punto de ser completado, el manuscrito desapareció de la caja fuerte de Hudal. El manuscrito no fue nunca encontrado, pero algunas fuentes aseguran que llegó a manos de Leiber y de este al Papa, quien ordenaría que fuese archivado en el llamado Archivo Secreto Vaticano, en donde aún duerme en el olvido. Varios escritores e historiadores han asegurado que el documento demostraba claramente el conocimiento de Pío XII de la llama

[24] David Álvarez y Robert A. Graham, *Nothing Sacred: Nazi Espionage Against the Vatican, 1939-1945,* ob. cit.

da «Solución Final» [25] al problema judío y del exterminio de serbios ortodoxos por parte de los *ustachis* del dictador croata pronazi Ante Pavelic. El Papa se negó siempre a dar un mensaje claro de protesta y condena contra estas atrocidades [26].

El papa Pío XII y los miembros del espionaje pontificio veían desde hacía años a los croatas como la vanguardia de la Iglesia católica en los Balcanes. Cuando el 6 de abril de 1941 Hitler decidió invadir el país como parte de su campaña contra Grecia, los fascistas croatas declararon la independencia. El día 12, Adolf Hitler expuso su plan basado en un estatus «ario» para la Croacia independiente dirigida por Ante Pavelic. El grupo de Pavelic, los *ustachis* [27], se habían opuesto a la formación de un reino eslavo del sur tras la Primera Guerra Mundial.

Entre 1941 y 1945 los *ustachis* llevaron a cabo una auténtica política del terror basado en el asesinato sistemático de serbios ortodoxos, gitanos, judíos y comunistas. La idea de Ante Pavelic era la de crear una Croacia católica pura mediante las conversiones forzosas, deportaciones o los exterminios.

Las torturas y asesinatos masivos fueron tan terribles que incluso algunos miembros de las unidades alemanas enviaron informes a sus superiores en Berlín denunciando los excesos de los *ustachis.*

El legado histórico en que se apoyaba la formación de la llamada NDH *(Nezavisna Drzava Hrvatska:* Estado Independiente de Croacia) consistía en una combinación de antiguas lealtades al Papado que se remontaban a trece siglos atrás y un resentimiento ardiente contra los serbios de religión ortodoxa por las injusticias cometidas en el pasa

[25] El 20 de enero de 1942, en una villa a orillas del lago Wansee, se reunieron quince

jerarcas nazis de alto rango presididos por Reinhard Heydrich. En el texto final, aprobado unánimemente, se decidió la llamada «Solución Final» o, lo que es lo mismo, el exterminio de todos los judíos de Europa. Según Adolf Eichmann, que asistió a la temible cumbre de Wansee, debían ser asesinados once millones de judíos. La Santa Alianza informó al Vaticano de la reunión y de sus conclusiones, el 9 de febrero, justo veinte días después de celebrarse. El 18 de marzo de 1942, el Vaticano recibió la primera información de agentes del espionaje papal sobre asesinatos masivos y deportaciones de judíos en Eslovaquia, Croacia, Hungría y la Francia ocupada.

[26] Francis X. Blouin (ed.), *Vatican Archives: An Inventory and Guide to Historical Documents of the Holy See,* Oxford University Press, Oxford, 1997.

[27] Del verbo *ustati,* 'alzarse'.

do [28]. Para los católicos croatas los serbios eran los culpables de favorecer la fe ortodoxa, de alentar el cisma entre los católicos y de colonizar zonas católicas hasta convertirlas en mayoritariamente ortodoxas. Desde el comienzo del gobierno Pavelic, Pío XII había apoyado públicamente al nacionalismo católico de los croatas y afirmó durante una peregrinación a Roma en noviembre de 1939 que los *ustachis* eran «la gran avanzadilla de la cristiandad», utilizando las mismas palabras pronunciadas por León X. «La esperanza de un futuro mejor parece sonreírnos, un futuro en el que las relaciones Iglesia-Estado en vuestro país se regularán armoniosamente», dijo Pío XII al grupo de croatas llegados al Vaticano encabezados por el arzobispo Alojzije Stepinac [29].

El 25 de abril de 1941, las nuevas autoridades decretaron la prohibición de toda publicación editada en cirílico. Un mes después se aprobarían las leyes antisemitas. A finales de mayo, los primeros judíos de Zagreb sufrían la deportación a campos de exterminio. La Santa Alianza comenzó a enviar telegramas cifrados al padre Robert Leiber en el Vaticano alertando de masacres de población civil y de sacerdotes ortodoxos. Misteriosamente, la Secretaría de Estado pidió a sus agentes desplegados en el Estado Independiente de Croacia que evitasen cualquier «roce» con las autoridades.

El 14 de julio del mismo año, el ministro de Justicia reunía a los obispos de Croacia para informarles de que existía un sector importante de la población, principalmente de religión ortodoxa, que no entrarían en las «conversiones forzosas» con el fin de «no contaminar el catolicismo de la Santa Croacia». A una pregunta de Stepinac sobre qué hacer con aquellos, el funcionario respondió: «Solo les queda la deportación y el exterminio».

Con esta premisa los *ustachis,* a quienes el Papa había denominado la «gran avanzadilla de la cristiandad», se lanzaron al asesinato indiscriminado. Los agentes de la Santa Alianza, a pesar de las advertencias llegadas desde el Vaticano, continuaron documentando las atrocidades [30].

[28] John Cornwell, *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII,* ob. cit.

[29] Carlo Falconi, *The Silence of Pius XII,* Faber, Londres, 1970.

[30] El escritor e investigador Carlo Falconi pudo recopilar, a comienzos de la década de los sesenta, documentos sobre las atrocidades cometidas en la Croacia de Ante

Uno de estos agentes, que firmaba con las siglas L. T., enviaba el 28 de abril de 1941 un informe al padre Leiber en el que se relata: «... una banda de *ustachis* atacó seis aldeas del distrito de Bjelovar y detuvo a 250 hombres, incluidos un maestro de escuela y un sacerdote ortodoxo. Las víctimas fueron obligadas a cavar una zanja y atados con alambre. Después se les introdujo en la zanja y se les enterró vivos». Otro informe llegado a través de un agente del contraespionaje papal, el *Sodalitium Pianum,* y fechado el 11 de mayo de 1941, dice: «Los *ustachis* hicieron prisioneros a 331 serbios entre los que se encontraban un sacerdote serbio ortodoxo y su hijo de nueve años. Las víctimas fueron despedazadas con hachas. Al sacerdote se le obligó a rezar mientras despedazaban al niño. Luego lo torturaron arrancándole la barba, reventándole los ojos y despellejándole vivo».

Después de la masacre, de la que el Vaticano ya estaba informado por sus agentes del servicio secreto pontificio, Pavelic, quien se hacía llamar *Poglavnik* (el equivalente croata de la palabra *Führer),* decidió visitar Italia para firmar un pacto con Benito Mussolini. Durante esta visita, Ante Pavelic mantuvo un encuentro secreto con Pío XII. El beso que dio el *Poglavnik* en el anillo papal sellaba no solo el reconocimiento del Estado Independiente de Croacia por parte de la Santa Sede, sino que también sellaba el silencio del Papa ante las atrocidades cometidas en el nombre de la fe católica en el pasado y en el futuro por parte de las bandas *ustachis.*

En su obra *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII,* el escritor John Cornwell destaca que entre 1941 y 1945 fueron asesinados cerca de 487.000 serbios ortodoxos y 27.000 gitanos. Además, murieron unos 30.000 de los 45.000 judíos que conformaban la comunidad hebrea de Yugoslavia. De estos últimos, entre 20.000 y 22.000 en los campos de concentración *ustachis,* y el resto, en las cámaras de gas.

Pavelic. Se le permitió entrar en los archivos de la República Federal de Yugoslavia y en los Archivos Secretos Vaticanos referentes a la posición de la Iglesia y el Vaticano ante las matanzas en Croacia. En ellos descubrió varios informes de la Santa Alianza sobre matanzas concretas. Los Archivos Vaticanos relativos a la *Nezavisna Drzava Hrvatska* se abrieron por orden de Juan XXIII y fueron cerrados nuevamente a instancias de Pablo VI.

El arzobispo de Zagreb, Alojzije Stepinac [31], estuvo desde el comienzo con los principios fundamentales del nuevo Estado de Croacia e incluso se esforzó para que el papa Pío XII reconociese a Ante Pavelic como uno de los puntales fundamentales de la Iglesia católica en la Europa eslava. Para Stepinac, Pavelic era «un católico sincero», según las propias palabras de monseñor escritas en su diario. Desde los púlpitos se pedía a la población una oración sincera por el *Poglavnik,* mientras otros sacerdotes, siempre

franciscanos, participaban activamente en las matanzas [32].
Un agente de la Santa Alianza aseguró en un informe al Vaticano:

> Muchos de ellos [sacerdotes franciscanos] se pasean armados y llevan a cabo con extraordinario celo sus acciones asesinas. Un sacerdote llamado Bozidar Bralow, conocido por portar siempre una ametralladora, fue acusado de bailar en torno a los cadáveres de ciento ochenta serbios asesinados en Alipasin-Most, y otro de arengar a las bandas *ustachis* crucifijo en mano, mientras cortaban el cuello a mujeres serbias.

Esta última historia sería también reflejada por un periodista italiano, quien agregó en su información que la matanza se había llevado a cabo en Banja Luka.

Otro investigador, Jonathan Steinberg, tuvo acceso a los archivos documentales y fotográficos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Italia, en donde se recogen imágenes de las masacres e informes descodificados de los agentes del servicio de espionaje papal que informaban a sus superiores del exterminio de ciudades y pueblos enteros de religión ortodoxa. Todos sus descubrimientos aparecen reflejados en *All or Nothing: The Axis and the Holocaust, 1941-1943*. La pregunta que se hacían muchos y aún hoy se hacen es cómo la Iglesia católica, el papa Pío XII, el Vaticano, las autoridades católicas de Croacia y sus

[31] El arzobispo de Zagreb, monseñor Alojzije Stepinac, apoyo católico al gobierno pronazi de Ante Pavelic, conocedor desde el principio de las matanzas y exterminio de serbios, judíos y gitanos, y uno de los pilares de ayuda para la huida de criminales de guerra nazis y croatas hacia Sudamérica tras la Segunda Guerra Mundial, fue beatificado por el papa Juan Pablo II durante su visita a Croacia, el 3 de octubre de 1998.

[32] Carlo Falconi, *The Silence of Pius XII,* ob. cit.; y John Cornwell, *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII,* ob. cit.

servicios de inteligencia no hicieron absolutamente nada para detener las matanzas, o sencillamente condenarlas.

Steinberg hace pública una carta enviada por el arzobispo primado de la Iglesia católica en Croacia, Alojzije Stepinac, al dictador Ante Pavelic en la que el religioso cita las opiniones favorables de todos los obispos a las «conversiones forzosas», e incluso afirma que el obispo de Mostar, monseñor Miscic, es muy favorable a utilizar todos los medios necesarios para salvar las almas de los croatas. Stepinac, después de alabar las operaciones de conversión religiosa por parte de las autoridades croatas, señala también en la misma carta: «En la parroquia de Klepca, setecientos cismáticos de las aldeas cercanas fueron asesinados». Muchos de estos fueron ejecutados en el campo de concentración de Jasinovac, uno de los más grandes de la época [33].

La mayor parte de los obispos, la propia Santa Sede, la Secretaría de Estado e incluso el mismo papa Pío XII aprovechaban la derrota de Yugoslavia frente al nazismo para incrementar el poder y el alcance del catolicismo en los Balcanes. La incapacidad de los obispos croatas para distanciarse del régimen, denunciarlo,

excomulgar a Ante Pavelic y a sus cómplices, se debía a su deseo de aprovechar las oportunidades ofrecidas por aquella «buena ocasión» para construir una potente base católica en los Balcanes.

Nuevamente el escritor e investigador John Cornwell pudo acceder a documentos depositados en los Archivos Secretos Vaticanos, entre ellos a un informe de la Congregación para las Iglesias Orientales, en el que se indicaba que el Vaticano estaba al tanto de las conversiones forzadas desde julio de 1941. Cornwell tuvo también acceso a un documento de la Santa Alianza en el que se describía el envío de casi seis mil judíos a una isla desierta sin comida ni agua. «Todos los intentos de acudir en su ayuda habían sido prohibidos por las autoridades croatas», decía el informe del servicio de espionaje pontificio. No existen datos sobre una respuesta o iniciativa por parte del Vaticano con respecto a este tema.

[33] El autor en persona, junto al periodista Julio Fuentes, del diario *El Mundo,* fue testigo del bombardeo masivo por parte de la artillería serbia al pueblo croata de Jasinovac en 1991. Las autoridades serbias afirmaron al autor que el bombardeo era «una cuestión de honor y venganza» contra los croatas cincuenta años después.

El padre Cherubino Seguic, representante especial de Ante Pavelic, llegó a Roma para desmentir lo que él calificaba de «bulos por parte de comunistas y judíos y de los miembros del servicio secreto del Vaticano». El 6 de marzo de 1942, el cardenal francés Eugène Tisserant, experto en los Balcanes, miembro de la logia masónica del Gran Oriente y hombre de confianza del papa Pío XII, mantuvo un encuentro secreto con Nicola Rusinovic, el representante «oficioso» ante el Vaticano del gobierno de Pavelic, en donde le dijo:

> Yo sé que los franciscanos, por ejemplo el padre Simic de Knin, han participado en los ataques contra la población ortodoxa, llegando a destruir iglesias, como sucedió en Banja Luka. Sé que los franciscanos han actuado de forma abominable, y eso me duele. Tales actos no deben ser cometidos por gente instruida, culta y civilizada, y mucho menos por sacerdotes [34].

Lo cierto es que el papa Pío XII no dejó nunca de mostrarse benevolente con el régimen de Ante Pavelic. Por ejemplo, en julio de 1941, el Sumo Pontífice recibió a un centenar de agentes de la seguridad croata encabezados por el jefe de la policía de Zagreb. Este sería acusado después de la guerra de «crímenes contra la Humanidad» y de haber ejecutado personalmente ante testigos a seis mujeres y a nueve niños, hijos de estas. El 6 de febrero de 1942, el papa Pacelli recibió en audiencia a un pequeño grupo perteneciente a las Juventudes *Ustachis,* en las que les recordó que «ellos eran la salvaguarda de la cristiandad», y destacó, algo disgustado, que «a pesar de todo, nadie quería reconocer al único y verdadero enemigo de Europa: no se ha iniciado una auténtica cruzada militar común contra el bolchevismo».

Con respecto a Rusia, una nueva operación sería puesta en marcha por el servicio de espionaje del Vaticano, la Santa Alianza. Cuando Hitler desencadenó la llamada «Operación Barbarroja», el 22 de junio de 1941, el papa Pacelli vio una gran oportunidad de penetrar en las mismas entrañas del enemigo bolchevique a través de la evangelización. Para ello llamó al cardenal Tisserant y a su jefe de espías, el padre Robert Leiber. El Sumo Pontífice les ordenó que preparasen un plan que permitiese el envío de misioneros católicos siguiendo la estela de

[34] Jonathan Steinberg, *All or Nothing: The Axis and the Holocaust, 1941-1943,* Routledge, Londres, 2002.

las unidades de la *Wehrmacht* en su camino hacia Moscú, mientras estas «liberaban» los territorios de la Unión Soviética. Para ello el cardenal Tisserant, junto a Leiber, prepararían una auténtica operación de espionaje que sería conocida como «Plan Tisserant».

Pero Hitler tenía otros planes cuando declaró que «el cristianismo es la peor calamidad que ha caído sobre la Humanidad. El bolchevismo no es sino el hijo bastardo del cristianismo; ambos son monstruos engendrados por los judíos». Franz von Papen declaró durante su interrogatorio por el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg desde el 12 de octubre de 1945:

> La reevangelización de la Unión Soviética fue una operación del Vaticano. O bien a través de su departamento de misiones o bien a través de sus servicios secretos [35].

Lo cierto es que el llamado «Plan Tisserant» fue dirigido personalmente por el cardenal Eugène Tisserant y no por Robert Leiber, a pesar de que los principales operativos serían agentes de la Santa Alianza. El responsable del espionaje pontificio para llevar a cabo el «Plan Tisserant» en la Unión Soviética sería Nicolás Estorzi, *el Mensajero.*

Las actividades de su eminencia en el este de Europa ya habían sido tratadas en julio de 1940. El entonces dirigente nazi y ferviente anticatólico Alfred Rosenberg prohibió la entrada de sacerdotes en las áreas «liberadas» de la Unión Soviética. Pero sería Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, quien se ocuparía de cazar a los agentes de la Santa Alianza y del Vaticano en Rusia. El 2 de julio de 1941, Heydrich hizo circular un documento entre las altas jerarquías nazis titulado «Nuevas tácticas en la labor del Vaticano en Rusia». El poderoso jefe de la RSHA explicaba en el documento que el Vaticano y sus servicios de espionaje habían concebido una operación llamada «Plan Tisserant» para infiltrar sacerdotes católicos en las zonas controladas por la *Wehrmacht.* La base principal del plan diseñado por la Santa Alianza era la de reclutar capellanes, ayudados por sacerdotes españoles e italianos, para acompañar a las unidades que luchaban en el frente oriental.

[35] Richard Overy, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945,* Penguin Books, Nueva York, 2002.

Los religiosos liderados por Estorzi se dedicaban a recopilar información para establecer el catolicismo, protegidos por el avance alemán. Heydrich seguía explicando en su informe:

> Es necesario impedir que el catolicismo se convierta en el principal beneficiario de la guerra en la nueva situación que se está creando en el área rusa conquistada con sangre alemana. Los agentes del Papa se están aprovechando de esta situación y hay que acabar con ello [36].

Una orden del 6 de septiembre exigía a los comandantes de las unidades informar al alto mando del ejército sobre cualquier «signo de la activación de las operaciones del Vaticano y sus servicios de inteligencia en Rusia». En realidad, el «Plan Tisserant» no era una operación diseñada en esos momentos, sino muy anterior, exactamente durante el pontificado del papa Pío XI.

Nicolás Estorzi se dedicó a entrevistar uno por uno a los candidatos para llevar a cabo el «Plan Tisserant», y para ello se acondicionaron las abadías de Grotta Ferrara, en Italia; de Chevetogne, en Bélgica, y de Velehrad, en Moravia. Allí fueron llegando los agentes de la Santa Alianza, deseosos de participar en el «Plan Tisserant», para formar parte de una de las operaciones más importantes de la historia del servicio de inteligencia papal.

Viajaban disfrazados de comerciantes y con crucifijos plegados en el interior de plumas de escribir, o como mozos de cuadra en la retaguardia del avance alemán. Una vez que se encontraban en zonas aptas para celebrar misas clandestinas, los espías del Papa se separaban de las columnas y continuaban por su cuenta y riesgo. Muchos de ellos se encontraban con la aceptación de las poblaciones, mientras que otros eran ejecutados por partisanos comunistas o sencillamente detenidos y enviados a campos de trabajo en Siberia. Según fuentes extraoficiales, se calcula que casi doscientos diecisiete miembros del *Russicum,* pertenecientes a la Santa Alianza, murieron en el desarrollo del «Plan Tisserant».

Nicolás Estorzi, el responsable de llevar a cabo dicho plan, se mantuvo en el interior de Rusia hasta febrero de 1943, fecha en que volvió a unirse a las tropas alemanas que se retiraban en desbandada

[36] Carlo Falconi, *The Silence of Pius XII,* ob. cit.

ante el empuje del Ejército Rojo. El 31 de enero, el general Von Paulus se había rendido en Stalingrado. De los 330.000 hombres que componían el VI Ejército alemán, solo sobrevivieron 91.000. Muchos de ellos morirían en los campos de prisioneros de Siberia.

La rendición alemana en la ciudad rusa sería el primer paso del fin del «Reich de los Mil Años», soñado un día por Adolf Hitler. Mientras tanto, y tras el fracaso del «Plan Tisserant», el papa Pío XII pediría en la encíclica *Ecclesiae decus,* del 23 de abril de 1944:

Espero que amanezca por fin el día en que haya un solo rebaño en un solo redil, todos obedientes con un solo pensamiento a Jesucristo y a su Vicario en la tierra. [...] los fieles de Cristo deben trabajar juntos en la única Iglesia de Jesucristo, de forma que puedan presentar un frente común, apretado, unido e inconmovible a los crecientes ataques de los enemigos de la religión.

Los historiadores John Cornwell, Carlo Falconi, Jonathan Steinberg y Harold Deutsch coinciden en señalar que la ambición del papa Pío XII por evangelizar el este de Europa no explica, sin embargo, su silencio frente al exterminio de seis millones de judíos en la llamada «Solución Final» [37].

El histórico silencio sobre el asesinato de millones de judíos, del Vaticano en general y del papa Pío XII en particular, provocó una declaración del embajador británico ante la Santa Sede, sir D'Arcy Osborne, que decía:

La política de silencio con respecto a esos crímenes contra la conciencia del mundo significaría una renuncia al liderazgo moral y la consiguiente atrofia de la influencia y autoridad del Vaticano, y precisamente del mantenimiento y

[37] El servicio de espionaje del Vaticano, la Santa Alianza, poco tuvo que ver con el trágico destino de millones de judíos en toda Europa. Existen informes que indican que solo algunos agentes de la Santa Alianza ayudaron, a título personal, a esconder o a escapar hacia países neutrales a decenas de familias judías de las zonas ocupadas por el ejército nazi. En cambio, no existe ninguna prueba documental, ni bibliográfica, sobre actuaciones u operaciones oficiales concretas u organizadas del servicio de espionaje vaticano para salvar a los judíos de las deportaciones y el exterminio. Simplemente, no existe ningún tipo de documentación al respecto, y es por este motivo por el que no aparece reseña alguna en este libro relacionada con el tema «La Santa Alianza y la Solución Final».

afirmación de tal autoridad depende cualquier perspectiva de una contribución papal al restablecimiento de la paz mundial [38].

Las tropas soviéticas llegarían a las puertas de Berlín, el corazón del Reich, el 19 de abril de 1945. El día 30, en un oscuro y húmedo refugio subterráneo de la Cancillería del Tercer Reich, el que fuera «amo y señor» de Europa ponía fin a su vida. Adolf Hitler acababa de cumplir cincuenta y seis años. Tres días antes, el 27 de abril, ha caído también el *Duce* Benito Mussolini y su cuerpo es colgado por los pies en la Piazza de Loreto, en Milán.

Realmente, sobre la actuación del Vaticano y de sus servicios de espionaje, la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum,* durante la Segunda Guerra Mundial, cabría destacar una frase del cardenal Eugène Tisserant, responsable de la Congregación de las Iglesias Orientales, escrita en una carta dirigida al cardenal Emmanuel Suhard en mayo de 1940: «Temo que la historia reproche a la Santa Sede haber practicado una política de provecho egoísta y poco más». Esto vendría a demostrar que ya casi a comienzos de la Segunda Guerra Mundial el Vaticano temía que su política de neutralidad «encubierta» fuera «juzgada» y «condenada» por la propia historia, como así ha sido.

Del «Reich de los Mil Años» tan solo quedaban ruinas, muerte y destrucción, cuando hacía tan solo doce años que Adolf Hitler había

llegado al poder. Los muertos durante la Segunda Guerra Mundial sumaban más de cincuenta y cinco millones de personas, entre civiles y militares. Seis años y un día después del ataque de Hitler a Polonia, callaban los cañones. Ahora hay que salvar lo que ha quedado de las ruinas mientras los asesinos, los ejecutores de la política del *Führer,* comienzan a huir de la justicia internacional a través del llamado «Pasillo Vaticano» y de una organización conocida como «Odessa». El imperio comunista comienza a extender sus tentáculos por la Europa del Este. Una nueva guerra se cierne sobre el mundo: la Guerra Fría.

[38] Owen Chadwick, *Britain and the Vatican during the Second World War,* Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

«ODESSA» YEL «PASILLO VATICANO» (1946-1958)

«Mientras se pasean los impíos, los insolentes son los que más destacan entre los hombres.» (Salmos 11, 9)

D urante la guerra, el Colegio de San Girolamo degli Illirici, en Roma, era un hogar para los sacerdotes croatas que llegaban al Vaticano para realizar diferentes tareas. Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, San Girolamo, en el 132 de Via Tomacelli, se convirtió en un refugio seguro para los *ustachis* buscados como criminales de guerra. La Santa Alianza facilitaría a muchos de ellos rutas seguras e identidades y pasaportes falsos para facilitar su huida. El principal líder de San Girolamo era el padre Krunoslav Draganovic.

Ex profesor de un seminario croata y descrito por los servicios de inteligencia estadounidenses como el álter ego del dictador Ante Pavelic, Draganovic llegó a Roma a finales de 1943 con el pretexto de trabajar para la Cruz Roja. Los servicios de espionaje del Vaticano aseguran que Draganovic se encontraba en Roma realmente para coordinar operaciones en Croacia con grupos fascistas italianos. Al final de la guerra, el religioso se convirtió en el eje principal del llamado «Pasillo Vaticano». Al principio, desde San Girolamo se organizaron huidas, principalmente hacia Argentina, para poco después comenzar a ayudar a evadirse a criminales de guerra nazis como Josef Mengele, el médico de Auschwitz; Klaus Barbie, el «carnicero de Lyon» y antiguo jefe de la Gestapo en esta ciudad; Ante Pavelic, el dictador croata; el capitán de las SS Erich Priebke; el general de las SS Hans Fischböck; o el famoso Adolf Eichmann.

Según algunos escritores e historiadores, no hay pruebas suficientes para asegurar que el Vaticano o el papa Pío XII pudieron estar al tanto de las operaciones de la organización «Odessa», aunque existen importantes indicios de que por lo menos algunos agentes importantes de la Santa Alianza sí estuvieron involucrados en el «Pasillo Vaticano».

Por ejemplo, Franz Stangl, comandante del campo de concentración de Treblinka, recibió una nueva identidad, papeles falsos y refugio en Roma por parte del obispo Alois Hudal y de algunos miembros de la Santa Alianza. Klaus Barbie también sería ayudado por agentes del Vaticano [1].

Pero por esta ayuda el Vaticano y diversas instituciones recibieron fondos importantes, muchos de ellos procedentes de la

extorsión a judíos ricos a cambio de no ser deportados a campos de exterminio. Uno de estos casos sería el del general de división de las SS Hans Fischböck. Junto a Eichmann y al capitán de las SS Erich Rajakowitsch, había desempeñado cargos importantes en la Austria anexionada y posteriormente en Holanda. Informes de la Santa Alianza y de los servicios secretos estadounidenses demostraban que tanto Fischböck como Rajakowitsch habían hecho una auténtica fortuna expoliando a las millonarias familias judías holandesas a cambio de no entrar en las listas de deportaciones de las SS. Una parte de ese dinero iba a los bolsillos de Eichmann, otra a los de Fischböck, otra a los de Rajakowitsch, y la parte más importante, hacia diversas cuentas en Argentina a través de los bancos suizos, en especial de la Unión de Banques Suisses de Zurich [2].

Con parte de ese dinero los tres antiguos miembros de las SS, y en coordinación con «Odessa», pudieron escapar a Argentina. Los servi

[1] Mark Aarons y John Loftus, *Ratlines: The Vatican's Nazi Connection,* Arrow, Nueva York, 1991.

[2] Uki Goñi, *The Real Odessa: Smuggling the Nazis to Peron's Argentina,* Granta Books, Londres, 2002.

cios secretos británicos, el MI6, descubrieron que parte de la operación de huida había sido financiada a través de dos ciudadanos suizos, Arthur Wiederkehr, un despiadado abogado que consiguió cerca de dos millones de francos suizos en comisiones procedentes del dinero de los rescates, y Walter Büchi, un joven suizo que tenía una gran habilidad en poner a sus «clientes» en manos de la Gestapo una vez que habían entregado el dinero del rescate [3]. Informes británicos demostraban que Büchi tenía «importantes contactos con la Curia romana y con ciertos elementos cercanos a los servicios secretos papales».

Walter Büchi había mantenido relaciones con agentes del *Teutonicum,* la división de asuntos alemanes del espionaje pontificio, y realizado misiones especiales para la Santa Alianza. Mientras Büchi actuaba como «agente libre» del espionaje del Vaticano, lo hacía también como enlace suizo de la llamada Unidad Monetaria de las SS, dirigida por el general Hans Fischböck. Uno de los mejores negocios de Büchi fue la intermediación para la liberación del banquero judío Hans Kroch. El financiero había conseguido escapar a Holanda cuando comenzaron en Berlín las persecuciones contra la comunidad judía.

Kroch se puso en contacto con Walter Büchi para pagar el rescate por toda su familia. El suizo llamó personalmente a Adolf Eichmann para conseguir los salvoconductos, pero el problema fue que la esposa de Kroch había sido detenida por la Gestapo y deportada al campo de concentración de Ravensbrück. El abogado Arthur Wiederkehr aconsejó entonces a Kroch que escapase hacia

Suiza junto a sus hijas y de ahí a Argentina. Una vez en Sudamérica, Kroch envió a Büchi y Wiederkehr una lista de millonarios judíos que estarían dispuestos a pagar considerables fortunas por la libertad de sus familiares. Esta relación de nombres sería conocida como la «Lista Kroch». Desde ese mismo momento, Büchi y Wiederkehr, por parte suiza, y sus socios Adolf Eichmann y Hans Fischböck, por parte alemana, comenzaron a recibir importantes cantidades de dinero en oro y francos suizos que eran depositados en cuentas numeradas y posteriormente enviados a cuentas en bancos argentinos [4]. Este dinero serviría años después para financiar

[3] Uki Goñi, *The Real Odessa...,* ob. cit.

[4] Informe de la Comisión Independiente de Expertos de Suiza (CIE), cap. 5, casos «Kroch, Hans; Hellinger, Bruno; Kooperberg, L. H.».

la evasión de importantes criminales de guerra nazis hacia Sudamérica, principalmente a Argentina, Bolivia y Brasil, a través del citado «Pasillo Vaticano».

Realmente, los primeros planes de evasión para los dirigentes nazis fueron diseñados dos meses antes del fin de la Segunda Guerra Mundial. Heinrich Himmler, al ver que todo estaba perdido, había decidido crear la llamada «Operación *Aussenweg*» (Camino al Exterior). Para ello puso al frente de esta al joven capitán de las SS Carlos Fuldner.

El alemán, de treinta y cuatro años, iba a convertirse en la punta de lanza de la evasión de criminales de guerra, temerosos de la justicia aliada posbélica, durante los cinco años siguientes, exactamente hasta 1950. España, Portugal, Marruecos, Austria e Italia se convertirían en zonas seguras de paso y protección para los evadidos que viajaban con documentaciones e identidades falsas creadas en la mayor parte de los casos por los servicios secretos del Vaticano. Incluso muchos agentes de la Santa Alianza actuaron como guías y protectores de criminales de guerra hasta que estos se encontraban en un lugar seguro, fuera del alcance de la justicia internacional [5].

Carlos Fuldner se dedicaría a realizar una gira contrarreloj por varias capitales de Europa, entre ellas Madrid o Roma. En esta última mantendría una reunión con el padre Krunoslav Draganovic, el máximo dirigente de San Girolamo. Este confirmó al enviado de Himmler que «su organización» estaba preparada para dar asistencia y refugio a las altas jerarquías nazis que decidiesen huir hacia Sudamérica. Incluso aseguró a Fuldner que contaban con la protección y el apoyo del Vaticano a través de la Santa Alianza, el servicio secreto papal.

Fuldner había nacido en Buenos Aires el 16 de diciembre de 1910 en el seno de una familia de inmigrantes alemanes, pero en 1922 el padre decidió regresar a Alemania para instalarse en la

ciudad de Kassel. A principios de 1932, Carlos Fuldner fue admitido en las unidades de élite de las SS. Tenía veintiún años y medía un metro setenta y seis.

Después de la guerra, Carlos Fuldner se refugia en Madrid, en donde establece su base de acción. En la capital española el antiguo capitán de las SS mantiene buenas relaciones con miembros relevantes del mundillo social y artístico, como Gonzalo Serrano Fernández de

[5] Uki Goñi, *The Real Odessa...,* ob. cit.

Villavicencio, vizconde de Uzqueta; el periodista Víctor de la Serna; o los hermanos Dominguín, toreros famosos. Para mantener sus encuentros secretos, Fuldner se reunía en los «privados» del restaurante Horcher, situado en la calle Alfonso XII, inaugurado en 1943 y propiedad de Otto Horcher [6].

Sería en este lugar en donde Carlos Fuldner establecería el primer contacto con el obispo argentino monseñor Antonio Caggiano, poco después consagrado cardenal por el papa Pío XII. Caggiano iba acompañado por dos hombres que dijeron pertenecer a la Santa Alianza. De uno de ellos se desconoce su nombre; el otro se llamaba Stefan Guisan.

Este era un sacerdote franciscano nacido en un pueblo cercano a la ciudad suiza de Berna. En el seminario en el que estudió, Stefan estableció contacto con un sacerdote croata que le presentó a Draganovic. Desde 1944, el padre Stefan Guisan comenzó a colaborar con los servicios secretos pontificios, la Santa Alianza, y después del desembarco en Normandía, en el mes de junio del mismo año, entró como enlace de los servicios secretos vaticanos en la institución de San Girolamo a las órdenes de Krunoslav Draganovic. El otro agente era el enlace de la Santa Alianza en la sede de la Pontificia Comisión para la Asistencia (CPA), en Villa San Francesco. La CPA, presidida por Pietro Luigi Martín, era el organismo vaticano encargado de expedir documentos de identidad para los refugiados, pero después de la derrota nazi fue el organismo encargado de facilitar documentos falsos a un gran número de fugitivos nazis. En la CPA trabajaban cerca de treinta sacerdotes de diferentes órdenes, aunque en su mayor parte eran franciscanos, dedicados a la falsificación de sellos de organismos internacionales de ayuda a los refugiados. El padre Guisan actuaba como enlace entre las diferentes organizaciones del Estado vaticano para ayudar a escapar a los criminales de guerra. Esta ayuda pasaba por esconderlos, simplemente, facilitarles documentaciones falsas, financiarles el viaje de huida o entregarles una lista de contactos en cada etapa de la fuga [7].

Al parecer, existen documentos que demuestran que Draganovic no

era el máximo líder en la llamada «Operación Convento». Un in

[6] Uki Goñi, *The Real Odessa...,* ob. cit.

[7] Mark Aarons y John Loftus, *Unholy Trinity...,* ob. cit.

forme del servicio de espionaje estadounidense indicaría que la cabeza visible del «Pasillo Vaticano» era realmente el cardenal Eugène Tisserant. William Gowen, perteneciente al contraespionaje militar estadounidense en Italia, escribía en un informe fechado en 1946:

> Tisserant me ha dicho que cree firmemente que en este momento existe un cincuenta por ciento de probabilidades de que Rusia provoque una guerra este mismo año. Según el cardenal, los rusos tienen una posición privilegiada para invadir Europa occidental [...] una oportunidad que saben que no volverá a repetirse [8].

Monseñor Caggiano y el agente padre Stefan Guisan se reunieron con el cardenal Tisserant en el Vaticano para informarle de que «el gobierno de Argentina estaba dispuesto a recibir a los franceses, cuya actitud política durante la guerra les expondría, en el caso de que regresaran a Francia, a rigurosas medidas o a la venganza privada». Tisserant era tan anticomunista que creía que estos no merecían ser enterrados en cristiana sepultura y entendía la necesidad de establecer un grupo de expertos «nazis» anticomunistas en Sudamérica para ser utilizados en caso de que estallase una guerra contra los soviéticos. A partir de entonces, a la embajada de Argentina en Roma comenzaron a llegar una lluvia de peticiones de visados para ciudadanos franceses.

Los criminales de guerra o colaboracionistas franceses como Marcel Boucher, Fernand de Menou, Robert Pincemin o Émile Dewoitine recibieron un visado especial por orden del ahora cardenal Antonio Caggiano para entrar en Argentina. Los cuatro disponían de pasaportes con numeración consecutiva expedidos por la Cruz Roja de Roma y portaban un certificado de recomendación del Vaticano. Curiosamente, los cuatro habían encontrado refugio en San Girolamo, la institución controlada por Krunoslav Draganovic y «penetrada» por la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum.*

Mientras, en los máximos niveles se discutía un acuerdo secreto entre el papa Pío XII y el presidente de Argentina, Juan Domingo Perón. El cardenal Giovanni Battista Montini, el futuro papa Pablo VI,

[8] Informe de William Gowen desde la Ciudad del Vaticano, 18 de septiembre de 1946. National Archives and Record Administration (NARA), RG 59/250/36/27, Caja 4016, 761.00/9-1946.

expresó al embajador argentino en Italia el interés de Pío XII sobre la mejor forma de arreglar la emigración a Argentina «no solo italiana». El Sumo Pontífice estaba dispuesto a que «los técnicos de la Santa Sede (su servicio secreto) se pusieran en contacto con los técnicos argentinos (miembros de la organización “Odessa”) para

combinar un plan de acción». El diplomático argentino entendió que el interés del papa Pío XII se extendía a los detenidos en los campos de prisioneros aliados en Italia, es decir, oficiales nazis de alto rango. Tras recibir este deseo por parte del cardenal Montini, el argentino se puso en contacto con su Ministerio de Asuntos Exteriores en Buenos Aires para recibir instrucciones [9].

Como enlaces entre los nazis y el Vaticano, es decir, entre Fuldner y el padre Krunoslav Draganovic, se nombró a un hombre llamado Reinhard Kops, por el lado alemán, y a Gino Monti de Valsassina, por parte de la Santa Alianza.

Monti de Valsassina era un noble italiano de origen croata que había combatido en la *Luftwaffe* y tras ser herido en combate se incorporó a los servicios secretos de Himmler. En abril de 1945 fue capturado por los ingleses y recluido en un «campo especial» de prisioneros adonde iban a parar todos aquellos nazis que tuviesen algo que aportar a la posguerra, desde simple información sobre otros nazis huidos a asesoramiento técnico y científico en materias desarrolladas y financiadas durante el régimen de Hitler. El conde Monti entró en contacto con la Santa Alianza a finales de 1944, durante un viaje familiar a Milán. Allí conoció a varios miembros de la Curia con los que estableció muy buenas relaciones; al fin y al cabo, Monti era un ferviente católico.

Uno de estos religiosos era un hombre cercano al padre Robert Leiber, el «espía» del papa Pío XII y quien le introduciría en el servicio secreto del Vaticano. A finales de 1945, Monti consiguió escapar y,

[9] La comunicación entre el cardenal Giovanni Battista Montini, el futuro papa Pablo VI, y el embajador de Argentina en Roma fue revelada en una «Carta secreta», número 144 del diplomático en el Vaticano a su ministro de Asuntos Exteriores, Juan Bramuglia, y fechada el 13 de junio de 1946. La carta fue publicada en el informe de la Comisión de Esclarecimiento de las Actividades Nazis en Argentina (CEANA) en 1999.

según todos los indicios manejados por los servicios secretos estadounidenses, se refugió en una institución del Vaticano, posiblemente en San Girolamo.

Protegido por los hombres de Draganovic, Gino Monti de Valsassina consiguió viajar a Argentina a través del puerto de Génova, gracias a la ayuda del padre Karlo Petranovic [10].

Monti entró en Argentina el 4 de enero de 1947 con un certificado de «ciudadano apátrida» extendido por el Vaticano, y siete meses después sería enviado por Perón a España con el fin de reclutar a alemanes con amplios conocimientos técnicos. Los protegidos de Monti eran desde simples criminales de guerra nazis, como el general de la *Luftwaffe* Eckart Krahmer, a agentes del espionaje alemán, como Reinhard Spitzy. En el verano de 1947, Monti consiguió entrar nuevamente en el Vaticano a través de

Italia, para actuar como enlace de la Santa Alianza en San Girolamo.

El enlace alemán en San Girolamo, Reinhard Kops, quien utilizaba el falso nombre de Hans Raschenbach y un pasaporte facilitado por la Santa Alianza, había nacido en la ciudad alemana de Hamburgo el 29 de septiembre de 1914. Kops había dirigido tareas de exterminio y deportación de judíos en Albania durante la Segunda Guerra Mundial, según una investigación del Centro Simon Wiesenthal, y había realizado tareas similares en la Francia y Bulgaria ocupadas. Después de la caída de Adolf Hitler, Kops llegó a Roma tras escapar de un centro de detención del ejército británico. Es en esa época cuando el alemán comenzó a trabajar para la Secretaría para Refugiados Alemanes del Vaticano, un departamento pontificio usado como cobertura por la Santa Alianza. Desde ese puesto, y siempre bajo el amparo de los servicios secretos papales, ayudó a escapar a criminales de guerra, especialmente hacia Sudamérica y Australia, hasta que en 1948 decidió él mismo dar el salto hacia Argentina para poner tierra de por medio en una Europa que comenzaba a reclamar la entrega de los nazis evadidos.

[10] El padre Karlo Petranovic, agente de la Santa Alianza, fue acusado de participar en matanzas de serbios ortodoxos durante la guerra. Existen fotografías del padre Petranovic dando la extremaunción a cadáveres de serbios en una fosa común en la ciudad de Ogulin. El gobierno comunista del mariscal Tito pidió al Vaticano la extradición del padre Karlo Petranovic. Nunca fue tramitada.

De acuerdo con un informe de la Comisión de Esclarecimiento de las Actividades Nazis en Argentina (CEANA), Reinhard Kops/ Juan Maler perteneció durante la guerra al servicio de contraespionaje del Tercer Reich y, tras la derrota nazi y su posterior huida a Roma, se convirtió en «ayudante especial» del obispo (pronazi) Alois Hudal y en enlace de la Santa Alianza con los evadidos nazis que llegaban hasta el refugio de San Girolamo en Roma, la organización religiosa a cuyo mando se encontraba el padre Krunoslav Draganovic.

En Buenos Aires, Reinhard Kops, quien se hace ahora llamar Juan Maler [11], se convierte en un fervoroso intelectual de la ultraderecha y administrador en Sudamérica primero de parte de las finanzas de la organización «Odessa» hasta el comienzo de la década de los cincuenta y del movimiento neonazi internacional a partir de finales de los años sesenta y principios de los setenta. Kops huiría a Argentina por Génova, ayudado por los padres Karlo Petranovic e Ivan Bucko [12], dos de los religiosos de máxima confianza de Draganovic en el «Pasillo Vaticano», o por Marruecos, ayudado por Marguerite d'Andurain.

Fue Draganovic quien pondría en contacto al capitán de las SS Carlos Fuldner y a Reinhard Kops con la misteriosa y hermosa

mujer llamada Marguerite d'Andurain. Esta había estado relacionada con ciertas operaciones que la Santa Alianza había llevado a cabo en Berlín durante la guerra y con *el Mensajero* de Robert Leiber, Nicolás Estorzi.

Marguerite, hija de un juez francés, había contraído matrimonio con el vizconde Pierre d'Andurain cuando tan solo contaba diecisiete años de edad. En 1918, ambos viajarían al Líbano, en donde se establecerían como comerciantes de perlas. Marga, como era conocida entre sus amigas, aprendió a hablar fluidamente el árabe. Se sabe que durante un tiempo fue propietaria del Gran Hotel de Palmira, en el

[11] El agente alemán entró en Argentina el 4 de septiembre de 1948, en el vapor *Santa Cruz,* procedente del puerto de Génova, tras realizar una corta escala en un puerto marroquí. La Dirección de Migraciones le abrió el expediente número 180086-48. Posteriormente, y gracias a un salvoconducto expedido por el Vaticano a Reinhard Kops, se le entregó un carnet de identidad a nombre de Juan Maler. El antiguo espía alemán declaró a las autoridades argentinas ser ciudadano «apátrida».

[12] El padre Ivan Bucko fue acusado de bendecir las matanzas de judíos y partisanos por parte de la temible División Galitzia, perteneciente a la SS ucraniana, durante la ocupación nazi de Ucrania.

desierto sirio, y que le cambió el nombre por el de Hotel Reina Zenobia, en honor a la reina de los beduinos.

Entre 1918 y 1925, Marguerite d'Andurain se introdujo en el mundo del espionaje de la mano del *Deuxième Bureau,* los servicios secretos franceses. Tuvo un romance con el famoso agente de la inteligencia británica coronel Sinclair, quien poco más tarde sería encontrado muerto en Damasco. Aunque atribuida en un primer momento al suicidio, los servicios secretos franceses e ingleses sospecharon de la implicación de D'Andurain y los servicios secretos del káiser en la muerte del espía inglés. Nunca se descubrió la verdad.

En 1925, Marguerite d'Andurain se divorció de su esposo y se casó con un jeque wahabí llamado Suleyman. Algunas informaciones aseguran que D'Andurain envenenó a su esposo y heredó una gran cantidad de propiedades y dinero. Poco después regresaría a Palmira, en donde volvería a contraer matrimonio con el vizconde Pierre d'Andurain en 1937. Dos meses después de celebrarse el matrimonio, el vizconde apareció muerto de diecisiete puñaladas, sin que se descubriese al autor o autores del crimen [13].

La viuda comenzó una vida de lujos desde Niza a El Cairo, acompañada siempre por hombres jóvenes. Durante la ocupación de Francia, Marguerite d'Andurain realizó diferentes operaciones de espionaje para los nazis, concretamente para la Oficina Central de Seguridad del Reich, dirigida por Reinhard Heydrich, al mismo tiempo que contactaba con los servicios secretos del Vaticano a través de sus estrechas relaciones con el nuncio vaticano en la

capital francesa y con el obispo austriaco Alois Hudal, una de las figuras clave de la organización «Odessa» [14].

Realmente, no hay pruebas documentales concluyentes sobre la «colaboración» de D'Andurain con la Santa Alianza, aunque sí con monseñor Hudal. Tras el fin de la guerra, el religioso austriaco contactó con D'Andurain para que se uniese a la red del «Pasillo Vaticano». Al principio se negó a prestar servicios al Vaticano, hasta que un buen día el que fuera su amante apareció muerto envenenado. Al día si

[13] Richard Deacon, *The Israeli Secret Service,* Warner Books, Nueva York, 1977.

[14] Élise Nouel, *Carré d'as... aux femmes!: Lady Hester Stanhope, Aurélie Picard, Isabelle Eberhardt, Marga d'Andurain,* G. Le Prat, París, 1977.

guiente, Marguerite d'Andurain desapareció de la faz de la tierra, para reaparecer meses después en la costa norte de Marruecos.

Propietaria de un lujoso yate, el *Djeilan,* D'Andurain cruzaba constantemente el estrecho de Gibraltar, desde el mismo Peñón a la ciudad de Tánger [15]. Se habla de que en esos misteriosos cruceros la espía ayudó a evadirse a figuras relevantes del nazismo a través de Marruecos, como Franz Stangl, comandante del campo de concentración de Treblinka; Adolf Eichmann, máximo responsable de la llamada «Solución Final»; Erich Priebke, uno de los jefes de la Gestapo en Italia y responsable de la llamada «Masacre de las Fosas Ardeatinas»; o Reinhard Kops, responsable de la deportación y exterminio de judíos de Albania durante la guerra y con muy buenas relaciones con la Santa Alianza.

D'Andurain era realmente una simple y pequeña pieza en el gran engranaje que el Vaticano y la organización «Odessa» habían montado para ayudar a escapar a criminales de guerra nazis utilizando las dos vías que conformaban el llamado «Pasillo Vaticano». Una era Suiza-San Girolamo-Puerto de Génova-Sudamérica, y la segunda, Suiza-FranciaEspaña-Gibraltar-Marruecos-Sudamérica, en la que Marguerite d'Andurain tenía como misión el paso del Estrecho de los evadidos hacia Marruecos, para una vez allí embarcarse en mercantes rumbo a los puertos de Argentina, Uruguay, Brasil, Perú o Chile.

La noche del 5 de noviembre de 1948 fue encontrado flotando en la bahía de Tánger el cuerpo sin vida de D'Andurain. Las investigaciones llevadas a cabo por la estación del servicio secreto británico en Gibraltar sobre el culpable del asesinato mostraban tres posibilidades. La primera, que pudo haber sido asesinada por los miembros de la organización «Odessa» con el fin de «cerrar la boca» a una mujer que sabía demasiado acerca del destino final de jerarcas como Eichmann, Kops, Priebke, Mengele o Fischböck [16].

Diversas fuentes interrogadas por los británicos y estadounidenses aseguraban que la mujer había estado relacionada

con un tal Poncini, un hombre alto, moreno de tez y bien parecido con el que Marguerite d'Andurain había tenido relaciones sexuales. A ambos se les había vis

[15] Eddy Bauer, *Espías. Enciclopedia del Espionaje,* ob. cit. [16] Élise Nouel, *Carré d'as... aux femmes!...,* ob. cit.

to juntos en fiestas y casinos. Acogiéndose a esta opción, los británicos investigaron a un tal Hans Abel, un antiguo miembro de los servicios secretos del Reich, como presunto autor del asesinato o «ejecución» de la espía de cuarenta y siete años.

La segunda versión, defendida por los servicios de inteligencia estadounidenses, era que el asesino pudo haber sido algún miembro de los servicios secretos israelíes. Esta versión es respaldada por el investigador Richard Deacon en su libro *The Israeli Secret Service,* sobre la historia de los servicios de espionaje israelíes.

Según Deacon, los estadounidenses sabían que un agente israelí estacionado en Tánger había descubierto todo el complot para ayudar a escapar a criminales de guerra nazis relacionados con el asesinato de judíos de Europa durante la reciente guerra mundial a través del Vaticano del papa Pío XII. Los israelíes habían encontrado diversas pruebas en Tetuán, en la zona española de Marruecos, a través de un español que había dado asilo a varios de los nazis evadidos hasta que la condesa Marguerite d'Andurain consiguiese hacerles pasar el Estrecho a bordo de su yate, el *Djeilan.* El español dijo a los israelíes que D'Andurain formaba parte de la organización «Odessa» y que estaba ayudando a escapar a criminales de guerra nazis hacia Sudamérica.

La información fue pasada a Tel Aviv, en donde se dio la orden de «liquidación» de la colaboradora de «Odessa». A finales de octubre de 1948, tres agentes israelíes llegaron a bordo de un carguero a un puerto de Marruecos. Tras desembarcar se establecieron en un pequeño hotel de Tánger. En la tarde del 4 de noviembre, uno de los agentes israelíes detectó al *Djeilan* entrando en el puerto. Marguerite d'Andurain estaba al timón.

Aquella misma noche la mujer y los tres agentes israelíes desaparecieron. El cuerpo de ella sería encontrado en la noche siguiente flotando en aguas de la bahía. Los servicios secretos estadounidenses sospechaban que el asesinato de la agente de «Odessa» podía haber sido ejecutado por los servicios secretos israelíes.

La tercera versión sobre el asesinato de D'Andurain era defendida por los servicios secretos franceses, que también vigilaban a la mujer.

Según los espías galos, Marguerite d'Andurain había sido vista con un «hombre alto, bien parecido, de tez morena», una descripción que se ajustaba mucho a la del padre Nicolás Estorzi, el agente de la

Santa Alianza al que se conocía como *el Mensajero*. Estorzi había sido visto semanas antes en la nunciatura de Madrid, en donde al parecer recibió instrucciones de sus superiores.
Aficionada como era D'Andurain a los hombres, a Estorzi no le fue difícil contactar con la mujer. La noche anterior a su asesinato la espía fue vista en un concurrido restaurante de Tánger con un hombre cuya descripción concuerda con la del agente de la Santa Alianza. A la mañana siguiente, Estorzi desapareció y el cadáver de Marguerite d'Andurain fue encontrado flotando en las aguas de Tánger con un fuerte golpe en la cabeza.
El informe de los servicios secretos franceses revelaba que la mujer podría haber sido «ejecutada» por un agente perteneciente a una misteriosa organización o secta conocida como los *Assassini,* estrechamente ligada a los servicios secretos del Vaticano. Según el *Deuxième Bureau,* D'Andurain fue asesinada debido a sus amplios conocimientos de la llamada «Operación Convento», organizada por la Santa Alianza en colaboración con James Angleton, jefe de la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos), los servicios secretos estadounidenses en Italia y antecesora de la CIA, y que permitió a muchos criminales de guerra nazis huir hacia Sudamérica [17].
Lo cierto es que, fuera quien fuera su asesino, los servicios secretos estadounidenses, israelíes o vaticanos, la muerte de Marguerite d'Andurain continúa siendo uno más de los grandes misterios que rodean a la Santa Alianza. Años después, los nombres y paraderos de Adolf Eichmann, Reinhard Kops o Erich Priebke se iban a convertir en moneda de cambio en la nueva cooperación entre los servicios secretos del Vaticano, la Santa Alianza y el «amigo israelí», o mejor dicho, el Mossad [18].
Otro de los casos más famosos en los que se vio involucrada la Santa Alianza dentro de la llamada «Operación Convento» fue el de la evasión de Carl Vaernet, el llamado «Mengele danés». En la década

[17] Mark Aarons y John Loftus, *Unholy Trinity. The Vatican, the Nazis and the Swiss Banks,* St. Martin's Griffin, Nueva York, 1998, y *Ratlines: The Vatican's Nazi Connection,* Arrow, Nueva York, 1991.
[18] Gordon Thomas, *Gideon's Spies. The History of Mossad,* St. Martin Press, Nueva York, 1998.

de los treinta, Vaernet aseguró haber desarrollado una terapia basada en lo que él mismo denominaba una «inversión de la polaridad hormonal». Sus teorías habían sido muy difundidas por los diarios del Partido Nazi; en ellas Heinrich Himmler vio una «solución final» a la cuestión de los homosexuales [19].

Tras el ascenso de Hitler al poder, Vaernet fue reclutado por el servicio de médicos de las SS, un grupo del que formaba parte Josef Mengele como fundador.

En 1943, Carl Peter Jensen, alias *Carl Vaernet,* firmó un contrato con la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA), cediendo los derechos exclusivos de la patente de sus descubrimientos a una empresa de las SS, la Deutsche Heilmittel, a cambio de financiación, material de laboratorio y prisioneros homosexuales recluidos en campos de concentración para ser utilizados como cobayas humanas [20].

Desde enero de 1944, Himmler puso a disposición de Vaernet a la población homosexual de Buchenwald. Carl Vaernet experimentó con quince prisioneros a los que les implantó una «glándula sexual masculina artificial». Esta consistía en un simple tubo metálico que liberaba testosterona a través de la ingle durante un período de tiempo. De los quince prisioneros, solo dos sobrevivieron, mientras que los otros trece murieron víctimas de las infecciones [21].

Ya a finales de 1943, un agente de la Santa Alianza en el Copenhague ocupado informó a la Santa Sede sobre un posible experimento que podría borrar de la faz de la tierra la «cruel enfermedad de la homosexualidad». El informe del servicio secreto del Vaticano hacía referencia al doctor Carl Peter Jensen. Al final de la guerra, Vaernet fue encarcelado por las fuerzas británicas en Dinamarca, y el 29 de mayo de 1945, el comandante aliado informaba a la Asociación Médica Danesa de que Carl Vaernet sería juzgado como «criminal de guerra». Al final de ese año fue entregado por los británicos a la justicia danesa, pero poco antes del juicio consiguió evadirse. El caso del médico que

[19] Gunter Grau, *The Hidden Holocaust?: Gay and Lesbian Persecution in Germany 1933-45,* Fitzroy Dearborn Publishers, Londres, 1995.

[20] Richard Plant, *The Pink Triangle: The Nazi War Against Homosexuals,* Henry Holt & Company, Inc., Nueva York, 1988.

[21] Uki Goñi, *The Real Odessa...,* ob. cit.

conseguía acabar con la «cruel enfermedad de la homosexualidad» llegó a oídos del cardenal Eugène Tisserant, quien al parecer ordenó a sus servicios secretos que ayudasen a tan «eficiente» científico.

Al parecer, el antiguo médico de las SS se había refugiado o en la embajada de Argentina o en la nunciatura del Vaticano en Estocolmo. Desde Suecia, y con ayuda de la organización «Odessa», Vaernet encontró refugio en Argentina. Los argentinos negaron tener conocimiento de la llegada de Carl Vaernet al país, pero existe un documento reseñado por el periodista Uki Goñi en su libro *The Real Odessa: Smuggling the Nazis to Peron's Argentina* que demuestra que el médico danés de las SS entró en el país, y que se abrió un expediente a su nombre con el número 11692 y un anexo con el número 3480, en el que Vaernet solicita la nacionalidad argentina [22].

Otro personaje involucrado en el rescate de nazis sería el coronel del ejército suizo Henri Guisan, hijo del general Guisan, comandante en jefe del ejército suizo, acusado de simpatizar con el régimen nazi durante la guerra y primo del padre Stefan Guisan, el sacerdote y agente de los servicios secretos del Vaticano que acompañó al cardenal Antonio Caggiano a la reunión con el ex capitán de las SS Carlos Fuldner en Madrid.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Guisan se había relacionado con el capitán de la *Waffen-SS* Wilhelm Eggen. Este oficial alemán tenía el encargo de comprar madera en Suiza, por lo que contactó con Henri Guisan.

Como miembro del consejo de administración de la compañía maderera Extroc, Guisan consiguió la concesión de suministro de madera para los campos de concentración de Dachau y Oranienburgo hasta 1944 [23].

[22] Carl Vaernet murió en Argentina el 25 de noviembre de 1965 y está enterrado en el cementerio británico de Buenos Aires, en la fila 11.A.120. Su nieto, Christian Vaernet, que aún reside en Dinamarca, explicó que durante la revisión de los documentos de su abuelo encontró varios certificados expedidos a nombre de este por distintos departamentos del Vaticano. También encontró una carta firmada por Krunoslav Draganovic dirigida a su abuelo en la que le explica la forma en que «su organización» le ayudará a evadirse hacia Sudamérica. Todos los documentos fueron donados por la familia a los Archivos Nacionales Daneses.

[23] El campo de concentración de Dachau operó entre 1933 y 1945. Por él pasaron 206.000 prisioneros «registrados» y allí murieron cerca de 31.951 que quedaron «regis

Sería Guisan quien presentaría a Eggen a Roger Masson, jefe del servicio de espionaje suizo. Otras fuentes aseguran que sería otro Guisan, Stefan, y no Henri, quien organizó el encuentro en el castillo de Wolfsburg. No ha quedado claro si la participación de Guisan era por orden de la Santa Alianza o fue motu proprio. Lo cierto es que, entre 1949 y 1950, Guisan (Henri o Stefan) contactó con servicios secretos de varios países, entre ellos Argentina, con la idea de ofrecer los servicios de científicos especializados en el desarrollo de misiles y que habían trabajado con Werner von Braun, antiguo científico al servicio de los nazis y, tras la guerra, uno de los padres de la NASA.

Guisan ofrecía nada más y nada menos que los planos de las V-3, el sucesor de las famosas V-2 con las que Hitler bombardeó Londres, aunque Perón no estaba por la labor de pagar un desarrollo armamentístico tan caro. La información fue pasada a los servicios secretos del Vaticano, que encontraron en Sudáfrica un gobierno dispuesto a pagar la evasión de varios científicos que habían quedado atrapados en el sector ruso de Alemania. A finales de este año la operación del «oro de Croacia» estaba a punto de caer en manos de los servicios secretos del papa Pío XII y, por supuesto, no iban a dejar que se escapase entre sus dedos.

Las investigaciones llevadas a cabo por los servicios de

inteligencia militar aliada tras la guerra revelaban que el tesoro saqueado por los líderes *ustachis* huidos sumaba unos ochenta millones de dólares de la época en monedas de oro, casi quinientos kilos en lingotes, varios millones más en diamantes tallados y una considerable cantidad en divisas, principalmente en francos suizos y dólares estadounidenses. El «tesoro *ustachi*» fue cargado en dos camiones rumbo a Austria y escoltado por dos antiguos agentes de la seguridad de Ante Pavelic y por tres sacerdotes, posiblemente agentes de la Santa Alianza [24]. De este dinero se entregó una parte importante a los británicos, que sirvió para pagar la puesta en libertad de altos jerarcas croatas, como el propio *Poglavnik* Ante Pavelic, o el que fuera su ministro de Asuntos Exteriores, Stjepan Peric.

trados». El campo de concentración de Oranienburgo operó entre 1933 y 1945. No hay cifras oficiales de muertos «registrados» en este campo.

[24] CIA Reference Operational Files, «Croatian Gold Question», 2 de febrero de 1951.

Tras separar la parte británica del botín, quedaban aún unos trescientos cincuenta kilos de oro y mil cien quilates de diamantes. Según una versión, del tesoro se separaron casi cincuenta kilos de oro en lingotes, que fueron introducidos en dos cajas y trasladados a Roma. El particular cargamento iría escoltado por el padre Krunoslav Draganovic y dos agentes de los servicios secretos del Estado vaticano. El resto fue enterrado en un lugar seguro en la frontera de Austria, pero la codicia era mayor que las ansias patrióticas de los croatas evadidos. Pavelic ordenó al general Ante Moskov y a Lovro Ustic, antiguo ministro de Economía, que desenterrasen el tesoro y lo pusiesen a buen recaudo en un banco suizo; mas cuando llegaron al lugar en donde debía estar enterrado, había desaparecido.

Un informe del Cuerpo de Contraespionaje Militar (CIC) estadounidense estacionado en Roma indica:

> El tesoro, cargado en dos camiones, fue puesto bajo la protección del teniente coronel británico Johnson. En los camiones iban diversas propiedades de la Iglesia católica en la Zona Británica de Austria. Los dos camiones iban custodiados por varios sacerdotes y por el coronel Johnson. Los vehículos entraron en Italia y se dirigieron hacia un destino desconocido [25].

Otro documento redactado por el agente Emerson Bigelow, del SSU, una unidad de espionaje dependiente del Departamento de Guerra, y enviado al Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, explicaba:

> Pavelic se ha llevado un total de 350 millones de francos suizos de Croacia, en monedas de oro. Ese dinero procede del expolio a serbios y judíos, para sustentar a los *ustachis* huidos tras la guerra [...]. El resto, unos 200 millones de francos suizos, acabaron en los depósitos del Vaticano tras la intervención de un sacerdote llamado Draganovic y otros dos curas, que posiblemente pertenecerían a los servicios secretos de la Santa Sede.

Otros informes del espionaje estadounidense y del Departamento del Tesoro aseguraban que una parte del tesoro *ustachi* en poder del

Vaticano fue desviado a veintidós cuentas en cuatro bancos suizos. La

[25] CIC núm. 5650. NARA, RG 319, 631/31/59/04, Caja 173.

operación sería llevada a cabo por el obispo esloveno Gregory Rozman, ferviente antisemita y criminal de guerra, y protegido por el papa Pío XII y por la Santa Alianza tras el fin de la guerra [26]. Al finalizar esta, el gobierno yugoslavo de Tito pidió reiteradamente la extradición de Gregory Rozman, pero la resistencia de Gran Bretaña, los Estados Unidos y, por supuesto, el propio Vaticano hizo imposible su enjuiciamiento. Para los estadounidenses y británicos era impensable la entrega de un alto dignatario de la Iglesia católica a un gobierno comunista. Para el Vaticano no entraba en sus planes la entrega de un alto dignatario que sabía tanto sobre las operaciones *non sancta* de la Administración papal tras la Segunda Guerra Mundial [27].

Rozman, escoltado por tres agentes de la Santa Alianza, viajó a Berna para hacerse cargo de las finanzas, del «dinero negro» conseguido por el Vaticano, y que serviría para financiar la «Operación Convento». «Muchos de los evadidos del campo de prisioneros de Afragola se han refugiado en San Girolamo. Este es el principal centro de organización de evasión de criminales alemanes y croatas hacia terceros países», asegura un informe de la inteligencia estadounidense. «El patrocinio de Draganovic de esos colaboracionistas croatas le vincula definitivamente con el plan del Vaticano de proteger a esos nacionalistas ex miembros *ustachis* hasta el momento en que puedan conseguir los documentos adecuados que les permitan ir a Sudamérica. El Vaticano, sin duda contando con los fuertes sentimientos anticomunistas de aquellos hombres, está esforzándose por infiltrarles en Sudamérica de cualquier forma posible para contrarrestar la difusión de la doctrina roja», explicaba en el mismo documento el agente al cargo de la investigación sobre los movimientos *ustachis* en San Girolamo.

Ante Pavelic, el más importante de los criminales de guerra huidos a través del «Pasillo Vaticano», estuvo hasta mayo de 1946 refugiado en el Collegio Pio Pontificio, situado en el número 3 de la Via Gioac

[26] Informe de 1998, titulado *Supplement to Preliminary Study on U.S. and Allied Efforts to Recover and Restore Gold and Other Assets Stolen or Hidden During the World War II,* y redactado por William Slany, historiador del Departamento de Estado.

[27] Mark Aarons y John Loftus, *Unholy Trinity...,* ob. cit.; y Paul L. Williams, *The Vatican Exposed. Money, Murder and the Mafia,* Prometheus Books, Nueva York, 2003.

chino Belli, en el barrio romano de Prati. Posteriormente sería trasladado a una pequeña casa en el complejo de Castelgandolfo, la residencia de verano de los papas, en donde mantenía reuniones casi semanales con el cardenal Montini, el futuro papa Pablo VI. En el mes de diciembre de 1946, Pavelic se refugió en San Girolamo. A

punto estuvo de ser embarcado rumbo a Argentina desde el puerto de Génova mientras era escoltado por los padres Ivan Bucko y Karlo Petranovic, pero la llegada de agentes estadounidenses hizo que el *Poglavnik* tuviese que ser introducido en el monasterio de Santa Sabina para evitar que fuera detenido.

En abril de 1947, un infiltrado del espionaje estadounidense en San Girolamo informó de que se había perdido la pista de Pavelic. En el mes de agosto del mismo año se rumorea que se organizó una reunión secreta entre los jefes de los servicios secretos británico y estadounidense en Roma y el cardenal Montini. Durante el encuentro, el «supuesto» enviado del papa Pío XII dijo a los espías que para «el Vaticano, no para el Sumo Pontífice, Ante Pavelic era un católico militante, pero que se equivocó luchando por el catolicismo. Es por esa razón por la que está en contacto con el Vaticano. Por esta razón está bajo protección de la Santa Sede. No se pueden olvidar sus crímenes del pasado, pero solo puede ser juzgado por croatas representantes de un gobierno croata independiente». Estaba claro que para el Vaticano, el papa Pío XII y la Santa Alianza, Ante Pavelic era culpable del asesinato de casi ciento cincuenta mil personas, pero también lo era que Stalin era responsable del asesinato de millones de personas en Ucrania, la Rusia Blanca, Polonia y el Báltico, y que el mariscal Tito era su agente en Yugoslavia.

Por fin, el 11 de octubre de 1948, el líder de los *ustachis* se dirigió al puerto de Génova y se embarcó en el buque *Sestriere,* en un camarote de primera clase. Llevaba un pasaporte de la Cruz Roja con el número 74369, a nombre de Pal Aranyos, un ingeniero húngaro. En un informe de 1950, la CIA aseguraba que incluso Pavelic iba acompañado en el barco por dos agentes de los servicios secretos del Vaticano, y que permanecieron con el *Poglavnik* durante los dos años siguientes en calidad de guardaespaldas.

La organización del «Pasillo Vaticano» supuso una de las más grandes operaciones secretas de todos los tiempos. No existen pruebas concluyentes de que el «Pasillo Vaticano» o la «Operación Convento» fuese organizada o planificada como una operación unitaria y compacta por parte de la Santa Alianza, aunque sí existen pruebas concluyentes de que miembros relevantes de la Curia romana y agentes de los servicios secretos del Vaticano participaron en innumerables operaciones de evasión de criminales de guerra hacia países seguros y alejados de la justicia internacional [28].

Dos colaboradores de Alois Hudal en Roma, y que también ayudaron a huir a criminales de guerra nazis, serían los monseñores Heinemann y Karl Bayer. Heinemann, no muy apreciado por los alemanes, era el encargado de atender las demandas de los jerarcas

nazis refugiados en la iglesia de Hudal, Santa Maria dell'Anima. Karl Bayer, a diferencia de Heinemann, era muy apreciado por los nazis buscados. Monseñor Bayer, entrevistado años después por la escritora Gitta Sereny para su libro *Into That Darkness: An Examination of Conscience,* recordaría cómo años después él y Hudal habían ayudado a los nazis con el respaldo del Vaticano: «El Papa [Pío XII] proporcionaba el dinero para ello; a veces con cuentagotas, pero llegaba», diría Bayer [29].

La apertura de los archivos de la Cruz Roja Internacional redactados durante la posguerra ha cerrado por fin la polémica acerca de si los criminales de guerra nazis y croatas contaron con la ayuda del Vaticano para huir de la justicia hacia Sudamérica, Australia, Sudáfrica o Canadá. La respuesta está bien clara. Los cardenales Montini, Tisserant y Caggiano diseñaron las rutas de huida; obispos y arzobispos como Hudal, Siri y Barrère realizaron los trámites necesarios para crear documentos e identidades falsas a los asesinos; sacerdotes como Draganovic, Heinemann, Dömöter, Bucko, Petranovic y muchos otros firmaron de puño y letra las solicitudes para la concesión de pasaportes de la Cruz Roja a criminales como Josef Mengele, Erich Priebke, Adolf Eichmann, Hans Fischböck, Ante Pavelic o Klaus Barbie. Fren

[28] El autor tiene pruebas de la intervención de agentes de la Santa Alianza en al menos cincuenta y cuatro operaciones de evasión de criminales de guerra nazis y croatas. Por motivos de espacio, se han seleccionado tan solo algunas de ellas, que han sido incluidas en este libro.

[29] Gitta Sereny, *Into That Darkness: An Examination of Conscience,* Vintage Press, Nueva York, 1983.

te a todas estas pruebas y datos queda la pregunta principal: ¿Estuvo el papa Pío XII al tanto de la «Operación Convento» y de la organización «Pasillo Vaticano»? ¿Participaron los servicios secretos del Vaticano, la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum,* en los planes de huida de los criminales de guerra?

Según cifras de la Dirección de Migraciones de Argentina, se estima que durante la posguerra llegaron al país cerca de cinco mil croatas, de los cuales dos mil lo hicieron desde Hamburgo, otros dos mil desde Munich y cerca de un millar desde Italia, más en concreto desde el Vaticano.

En un informe del Foreign Office actualmente desclasificado, el especialista en asuntos sudamericanos Victor Perowne escribe:

Las actividades del clero católico para seguir protegiendo a los refugiados yugoslavos a emigrar a Sudamérica pueden considerarse humanitarias o políticamente siniestras, según se mire. Creo que hay muchos líderes fascistas menores refugiados en *San Paolo fuori le Mura* (extramuros de San Pablo) y no es imposible que algunos criminales de guerra yugoslavos se hayan refugiado en San Girolamo, porque no tendría nada de inusual. Es improbable que el Vaticano apruebe las actividades políticas, tan opuestas a las religiosas, del padre Draganovic y compañía, en la medida en que puedan desentrañarse unas de otras. Porque se trata de una situación en la que es casi imposible desentrañar la política de la religión. Aunque no podamos condenar la actitud caritativa de la Iglesia católica

hacia «pecadores individuales», pensamos que hay abundantes pruebas de que el Vaticano ha permitido, de forma encubierta o abiertamente, que se aliente a los miembros de la Ustacha [30].

Existe únicamente un informe que muestra la posición de la Santa Alianza en el asunto de la «Operación Convento», el «Pasillo Vaticano» y el padre Krunoslav Draganovic. Según un informe de la CIA, fechado el 24 de julio de 1952, el cardenal Pietro Fumasoni-Biondi, jefe de la Santa Alianza, también estaba al corriente de las operaciones del padre Draganovic y de los acontecimientos que rodeaban a San Girolamo. Fumasoni-Biondi estaba muy disgustado con la «Hermandad», la organización de auxilio que lideraba Draganovic. En 1952, y a pesar de la prohibición expresa del jefe de la Santa Alianza de conceder más

[30] Informe del Foreign Office depositado en el Public Record Office (PRO), FO (Foreign Office) 371/67401 R15533.

visados a alemanes y croatas, el padre Krunoslav Draganovic continuaba ayudando a criminales de guerra.

Durante todos los años que duró la «Operación Convento», el cardenal Pietro Fumasoni-Biondi estuvo informado de todo cuanto acontecía en el «Pasillo Vaticano» gracias al sacerdote franciscano Dominic Mandic, agente del contraespionaje vaticano. Mandic trabajaba en San Girolamo ocupándose de la imprenta, en donde se dedicaba a imprimir los documentos falsos para los criminales de guerra protegidos por Draganovic. Pero la situación iba a cambiar considerablemente cuando el 6 de octubre de 1958, y mientras se encontraba en Castelgandolfo, el papa Pío XII sufrió una trombosis cerebral. Durante esa noche se le administraron los últimos sacramentos. Tras una larga agonía, el Sumo Pontífice, uno de los hombres que más secretos conocía de la Iglesia católica, muchos de los cuales generados por él mismo, moría en la medianoche del día 9 de octubre, a los ochenta y dos años. Sus restos mortales fueron enterrados en las grutas vaticanas, en la capilla de la Madonna della Bocciata. Los días de gloria de Krunoslav Draganovic terminaron pocos días después de la muerte del papa Pío XII.

En octubre de 1958, la CIA supo que el sacerdote había sido expulsado sin contemplaciones y sin dejarle portar absolutamente nada en sus manos de su parroquia de San Girolamo, por «orden expresa de la Secretaría de Estado Vaticana». La orden fue ejecutada por cinco agentes de la Santa Alianza, liderados por un sacerdote llamado Nicolás Estorzi, *el Mensajero,* cumpliendo órdenes estrictas del cardenal Pietro Fumasoni-Biondi, el jefe de la Santa Alianza.

Krunoslav Draganovic, al perder sus poderes en el Vaticano, perdió también en 1962 los favores de las agencias de espionaje occidentales, como la CIA y el MI6, por «razones de seguridad». El informe de la CIA muestra que Draganovic, «alias *Bloody*

Draganovic, alias *Dr. Fabiano,* alias *Dynamo,* es incontrolable, demasiado conocedor del personal de la unidad y de su actividad; exige exorbitantes tributos y ayuda estadounidense a las organizaciones croatas como pago por su cooperación». Al convertirse en un «repudiado» para los Estados Unidos y el Vaticano, Draganovic decidió en 1967 cruzar la frontera y regresar a Yugoslavia, en donde se dedicó a lanzar mensajes a favor de Tito. Existen indicios de que el sacerdote pudo haber sido secuestrado por agentes del espionaje yugoslavo.

Krunoslav Draganovic moriría en julio de 1983 en la más absoluta miseria, llevándose a la tumba uno de los mayores secretos relacionados con el Estado vaticano, las «peligrosas» relaciones entre los criminales de guerra nazis y croatas y los servicios secretos de la Santa Sede, así como los entresijos de la «Operación Convento» dentro del llamado «Pasillo Vaticano».

La llegada de un nuevo Pontífice traería un auténtico aire limpio o, como diría Allen Dulles, el entonces director de la CIA, «la elección de un nuevo Papa traerá una corriente de aire puro en los anquilosados palacios vaticanos y esto ayudará a diluir el aire putrefacto en el que se ha movido la anterior Administración papal».

Puede que esta frase fuese cierta. El 25 de octubre de 1958 comenzó el nuevo cónclave en donde saldría elegido el cardenal Angelo Giuseppe Roncalli. El recién elegido Sumo Pontífice, de setenta y siete años de edad, adoptaría el nombre de Juan XXIII. Una etapa de breve optimismo se abría en el Vaticano. Para la Santa Alianza llegaban años de tranquilidad dentro de un pontificado más preocupado por las cuestiones del alma y el espíritu que por las políticas y terrenales.

LAS NUEVAS ALIANZAS (1958-1976)

«Después el viento cambia de dirección y se va... Criminal quien hace de la fuerza su dios.» (Habacuc 1, 11)

D urante los cuatro años, siete meses y seis días en los que Juan XXIII gobernó la Iglesia de Roma, la Santa Alianza vivió un gran momento de inactividad. El Papa estaba más ocupado en recibir en audiencia a Raisa, la hija del líder soviético Nikita Kruschev, y en preparar lo que sería el revolucionario Concilio Vaticano II que en preocuparse de cuestiones más terrenales y políticas que sucedían al otro lado del Telón de Acero.

La Santa Alianza se dedicó a establecer agentes en los países de la Europa del Este ante el cada vez mayor empuje del comunismo y en plena conflagración de la Guerra Fría; y el *Sodalitium Pianum,* a realizar una vigilancia intensiva de personalidades de la Curia romana y de sus respectivos departamentos que deberían hacerse cargo de poner en movimiento el llamada Concilio Vaticano II.

Incluso tras la muerte el 12 de julio de 1960 del cardenal Pietro Fumasoni-Biondi, responsable de los servicios secretos vaticanos desde el pontificado de Pío XII, el Sumo Pontífice Juan XXIII decidió no nombrar a un sustituto. El Papa era partidario de «abrir las puertas del Vaticano al mundo» y ello conllevaba el fin de las operaciones secretas de sus servicios de inteligencia.

A finales de 1962, Juan XXIII sufrió una fuerte hemorragia, primer signo de la grave enfermedad que le aquejaba. El 17 de mayo de 1963 se agravaron las dolencias del Santo Padre, lo que le llevó a permanecer en la cama. A finales de mayo se produjo una mejoría, pero por la noche el Papa sufrió una peritonitis. El 3 de junio fallecía Juan XXIII, dejando vacío el Trono de Pedro. Nuevamente el cónclave debía volver a reunirse por sexta vez en lo que iba de siglo para elegir un sucesor [1].

Días antes de recluirse en el cónclave, los cardenales, liderados por Giacomo Lercaro, de Bolonia, se reunieron en Villa Grottaferrata, propiedad de Umberto Ortolani. Allí, protegidos por la noche y por los agentes de la Santa Alianza que debían custodiar a sus eminencias antes de la reunión en la que deberían elegir al nuevo Pontífice, se decidió el nombre del cardenal a quien debían apoyar. El elegido fue Giovanni Battista Montini, arzobispo de Milán, y a quien ya se había informado de la reunión en la casa del famoso miembro de la masonería [2].

El cónclave dio comienzo en la tarde del 19 de junio de 1963.

Dos días después, y a la quinta votación, fue elegido Papa el cardenal, de sesenta y cinco años, Giovanni Battista Montini, quien adoptaría el nombre de Pablo VI. La coronación tendría lugar nueve días después. La primera decisión del nuevo Papa fue recompensar la hospitalidad del masón Ortolani nombrándolo «Gentilhombre de Su Santidad».

El hombre que había ayudado a Krunoslav Draganovic a crear el llamado «Pasillo Vaticano» y uno de los más altos cargos de la Curia romana en verse implicado en la «Operación Convento» que facilitó la huida de criminales de guerra nazis y croatas después de la Segunda Guerra Mundial, era ahora el nuevo Sumo Pontífice [3]. Los servicios secretos del Vaticano, la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum,* volverían a actuar a pleno rendimiento, renaciendo de sus cenizas. Para ello Pa

[1] Thomas Cahill, *Pope John XXIII,* Viking Penguin, Nueva York, 2002.
[2] Discípulos de la Verdad, *Bugie di sangue in Vaticano,* Kaos Edizioni, Milán, 1999.
[3] Uki Goñi, *The Real Odessa...,* ob. cit.

blo VI dejaría en manos de un sencillo sacerdote esta dura tarea. Su nombre era Pasquale Macchi. El ahora hombre de confianza del Sumo Pontífice había conocido al todavía cardenal Montini cuando este fue enviado a dirigir el arzobispado de Milán. Macchi se convirtió en su secretario privado, pero también en su mejor fuente de información. Ahora, tras ser elegido Papa, Pablo VI ponía en las manos de Macchi uno de los aparatos de información más poderosos de la Tierra, la Santa Alianza, cuando está a pocos años de cumplir cuatro siglos de existencia desde que fuese creado por orden del general inquisidor el cardenal Miguel Ghislieri, poco después papa Pío V.

Existen informaciones que muestran a Macchi como el máximo jerarca de los servicios de espionaje del Estado vaticano, mientras que otras señalan que Pasquale Macchi no llegó nunca a dirigir la Santa Alianza y que tan solo era un sencillo y humilde «filtro» entre el Sumo Pontífice y el cardenal responsable de los servicios de espionaje. Los poco más de quince años de pontificado de Pablo VI iban a ser de los más fructíferos en las operaciones de la Santa Alianza.

Nombres como Michele Sindona, Roberto Calvi, Paul Marcinkus, Carlos *el Chacal,* Septiembre Negro, Golda Meir o el Mossad serán algunos de los nombres con los que deberá enfrentarse el espionaje de la Santa Sede; pero el enemigo no estará solo en el exterior de los muros del Vaticano, sino también en su interior, como la masonería.

Una de las operaciones más espectaculares del contraespionaje vaticano, el *Sodalitium Pianum,* sucedería en los primeros años del pontificado de Pablo VI. Evidentemente, el Estado vaticano era del

máximo interés para Moscú y para el KGB, y por ello los servicios de espionaje soviéticos conseguirían infiltrar a un «topo» en las más altas esferas de la Curia romana, justo al lado del mismísimo Sumo Pontífice.

Alighiero Tondi había realizado el seminario en la Orden de los jesuitas y debido a su eficiencia se había convertido en secretario y ayuda de cámara de monseñor Montini. Cuando este fue elegido Papa y se trasladó al Vaticano desde Milán, con él iba el joven Tondi [4].

Realmente, el jesuita Tondi era un agente encubierto del KGB dentro del Vaticano y quizá también uno de los más activos. Una vez

[4] Eugene H. Van Dee, *Sleeping Dogs and Popsicles...,* ob. cit.

terminado el seminario en 1936, Tondi se dedicó a colaborar en editoriales católicas, en donde estableció contacto con grupos comunistas; incluso fue elegido por el Partido Comunista Italiano para seguir unos cursos en la Universidad Lenin de Moscú. Allí fue captado por el espionaje soviético para operar desde dentro del Vaticano.

Como agente soviético comenzó a operar a finales de 1944, delatando a todos aquellos sacerdotes del *Russicum* que eran enviados de forma clandestina a la Unión Soviética en labor evangelizadora. La Santa Alianza calcula que Alighiero Tondi delató al KGB a cerca de un cuarto de millar de miembros del *Russicum,* muchos de los cuales terminarían sus días en los *gulags* soviéticos o ejecutados acusados de realizar tareas de espionaje contra la Unión Soviética [5].

En 1967, un agente del *Sodalitium Pianum* informó que Tondi había sido visto en un café de Roma con un individuo identificado por la Santa Alianza como un «supuesto» agente del KGB destacado en la embajada soviética en Roma. Desde ese mismo momento el padre Alighiero Tondi fue puesto bajo vigilancia del contraespionaje sin avisar al papa Pablo VI. En realidad, la Santa Alianza deseaba saber qué grado de penetración había tenido Tondi en la seguridad del Vaticano. Finalmente, una noche de 1968, el contraespionaje recibió una alerta que indicaba que el secretario de Su Santidad había pedido tener acceso a unos documentos depositados en el Archivo Secreto. Sin pérdida de tiempo, se indicó al cardenal Eugène Tisserant, responsable del Archivo, que ganase tiempo hasta que llegasen los agentes de la Santa Alianza. La carpeta pedida por Alighiero Tondi era la que incluía las comunicaciones del propio papa Pablo VI a sus nunciaturas y legaciones en los países del este de Europa, al otro lado del Telón de Acero. Si Tondi hubiese accedido a esas comunicaciones, la cobertura y seguridad de varios

agentes de la Santa Alianza en Hungría, Polonia, Checoslovaquia o Rumania hubieran quedado al descubierto.

Tondi dijo a los agentes del contraespionaje que los archivos en cuestión habían sido pedidos por el propio Papa y que, al ser una orden pontificia, tan solo respondía ante Pablo VI. El jesuita fue trasladado a un despacho escoltado por dos agentes de la seguridad vaticana hasta la mañana siguiente. La primera llamada la recibió el cardenal se

[5] Eddy Bauer, *Espías. Enciclopedia del Espionaje,* ob. cit.

cretario de Estado, Amleto Giovanni Cicognani. El jefe de la Santa Alianza informó al cardenal de que habían detenido al secretario papal, sospechoso de realizar labores de espionaje para la Unión Soviética, dentro del Vaticano. Inmediatamente después, el propio Cicognani informaría al Sumo Pontífice, con la recomendación de entregar a Tondi a la policía italiana para que fuese juzgado. Pero el servicio de espionaje pontificio aconsejó a Pablo VI que lo mejor era poner tierra por medio y expulsar a Tondi del Vaticano sin más explicaciones, con la condición de que no regresara jamás.

Aquella misma noche, y con lo que llevaba puesto, Alighiero Tondi, secretario del papa Pablo VI y agente del KGB en el Vaticano durante los últimos veinticuatro años, era acompañado por un retén de la Guardia Suiza hasta la misma línea fronteriza ítalo-vaticana. Desde ahí partiría para Rusia, en donde se convirtió en asesor para asuntos de la Iglesia del líder de la Unión Soviética, Leonid Brezhnev [6].

Pero las infiltraciones en el Vaticano no solo eran realizadas por parte de los soviéticos, sino también por la masonería. Desde finales de 1968, el contraespionaje vaticano venía investigando a diversos miembros de la Curia romana en busca de posibles «infiltraciones» por parte de los masones. La investigación se extendió hasta principios de 1971, cuando un día el responsable del *Sodalitium Pianum* fue llamado ante el mismísimo Papa. Pablo VI estaba interesado en conocer los detalles de la investigación. El jefe del S.P. extendió al Sumo Pontífice un grueso dosier con nombres, fechas y lugares en el que se mostraban todas las conexiones de la masonería en los diferentes dicasterios del Estado Vaticano [7].

Los masones de la Curia sabían que debían estar «donde late la historia», como dijo el escritor Cesare Pavese, y siguiendo la consigna clara de «creer lo menos posible, sin llegar a ser hereje, para obedecer los menos posible, sin llegar a ser rebelde».

El informe del contraespionaje papal ponía de manifiesto los tentáculos del pulpo masónico en los diferentes palacios del Vaticano. Habían pasado muchos años y muchos papas desde que

Clemente XII (12-VII-1730/8-II-1740), mediante una bula, declaró la excomunión

[6] Eddy Bauer, *Espías. Enciclopedia del Espionaje,* ob. cit.

[7] Los Milenarios, *Via col vento in Vaticano,* Kaos Edizioni, Milán, 1999.

para los masones hasta que el 19 de octubre de 1974 el jesuita padre Giovanni Caprile tranquilizaba a los católicos afiliados a la masonería en un artículo de la revista *Civiltà Cattolica.* Realmente, desde la llegada de Montini al Trono de Pedro, los masones se habían extendido por los pasillos del Vaticano; el más importante de ellos era el banquero Michele Sindona, a quien el Papa nombró asesor financiero. Pocos años después, Pablo VI entregaría el poder del IOR [8] a los masones Sindona, Roberto Calvi, Licio Gelli y Umberto Ortolani.

El propio Papa pidió al jefe del contraespionaje el fin de la investigación sobre la masonería en el Vaticano y ordenó que el informe fuese depositado en el Archivo Secreto.

Años después, en 1987, el periodista Pier Carpi defendió la tesis de que un gran número de cardenales y obispos pertenecían a la logia masónica Propaganda 2 o P-2 [9] y la definía como la *Loggia Ecclesia,* unida estrechamente a la Logia Unida de Inglaterra y a su gran maestre, el duque Michael de Kent. Otro informe aparecido en la prensa [10] revelaba que «la masonería había dividido el Vaticano en ocho secciones en las que actúan cuatro logias masónicas de rito escocés, cuyos adeptos, altos funcionarios del pequeño Estado Vaticano, pertenecen a él con carácter independiente y al parecer no se conocen entre sí, ni siquiera con los tres golpecitos de la yema del pulgar». Lo cierto es que desde el año 1971, en que Pablo VI ordenó cerrar la investigación del S.P. contra la masonería, nunca hasta entonces se ha vuelto a escarbar dentro de los muros vaticanos [11].

En la lista de ilustres masones del Vaticano que redactó el *Sodalitium Pianum* figuraban cardenales como Augustin Bea, secretario de

[8] El IOR *(Istituto per le Opere di Religione),* conocido popularmente como el «Banco Vaticano», fue fundado por el papa Pío XII el 27 de junio de 1942.

[9] Fundada el 9 de mayo de 1975. La más poderosa, politizada y violenta de las organizaciones secretas italianas. Como gran maestre de la P-2, Licio Gelli separó esta logia de la jerarquía masónica y la transformó en un «Estado» clandestino dentro del Estado. Reclutó a importantes figuras de la política, las finanzas, la judicatura, la policía, el ejército y la Iglesia. Todos ellos prestaron juramento ante Gelli para destruir la forma de gobierno de democracia parlamentaria que rige en la República Italiana.

[10] Revista *Proceso,* de México, del 12 de octubre de 1992.

[11] Martin Short, *Inside the Brotherhood. Explosive Secrets of the Freemasons,* HarperCollins Publishers, Nueva York, 1989.

Estado durante el pontificado de Juan XXIII y Pablo VI; Sebastiano Baggio, prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos; Agostino Casaroli, secretario de Estado durante el pontificado de

Juan Pablo II; Achille Lienart, arzobispo de Lille; Pasquale Macchi, secretario privado del papa Pablo VI; Salvatore Pappalardo, arzobispo de Palermo; Michele Pellegrino, arzobispo de Turín; Ugo Poletti, vicario de la diócesis de Roma; o Jean Villot, secretario de Estado del papa Pablo VI [12].

El famoso dosier redactado por los agentes del contraespionaje sobre los tentáculos masónicos entre la Curia romana quedó «enterrado» en Archivos Secretos Vaticanos.

A comienzos de enero de 1974, el Sumo Pontífice ordenó a los responsables de la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum* que se reuniesen con él en su comedor privado. El encuentro entre los tres hombres duró cerca de tres horas y media. Nadie supo lo que ahí se dijo ni el contenido de la conversación, pero lo cierto es que durante esa reunión Pablo VI pidió a los responsables de sus servicios de inteligencia la puesta en marcha de la llamada «Operación *Nessun Dorma*» (Que nadie duerma).

Esta consistía en la redacción de un amplio informe que pusiese al descubierto no solo las carencias y necesidades de todos los departamentos vaticanos, sino que también recogiese las denuncias de corrupción cometidas por los funcionarios del Vaticano. Aunque la dirección de la investigación corría a cargo de la Santa Alianza, la redacción del informe final fue encargada al arzobispo Édouard Gagnon y a monseñor Istvan Mester, responsable de la Congregación para el Clero [13].

Durante meses, los agentes de la Santa Alianza recorrieron kilómetros y kilómetros de pasillos preguntando e interrogando a todos los funcionarios de los diferentes departamentos papales. En pocas semanas los espías del Papa tenían cientos de denuncias de irregularidades y delitos cometidos por obispos y cardenales en sus dicasterios. Al final, el presidente de la comisión, monseñor Gagnon, pasó tres meses poniendo en orden todo el material recopilado por la Santa Alianza. El voluminoso informe que ponía al descubierto las actividades secretas

[12] Paul L. Williams, *The Vatican Exposed. Money, Murder and the Mafia,* Prometheus Books, Nueva York, 2003.

[13] Los Milenarios, *Via col vento in Vaticano,* ob. cit.

de la Curia era protegido cada noche por agentes de la Santa Alianza y del S.P., pero otras fuerzas ocultas estaban decididas a que ese informe no llegase jamás a manos de Pablo VI.

Una vez terminada la redacción del informe que llevó por título el mismo que la operación de la Santa Alianza, *Nessun Dorma,* monseñor Gagnon pidió, a través de la Secretaría de Estado, ser recibido por el Sumo Pontífice. Gagnon deseaba exponerle personalmente a Pablo VI lo descubierto por los agentes de la Santa Alianza. Pasaron semanas sin que el responsable de *Nessun Dorma*

recibiese una contestación a su petición de audiencia. Al final se le comunicó desde la misma Secretaría que, debido a lo delicado del asunto, el dosier debía ser entregado en custodia a la Congregación para el Clero dirigida por el cardenal John Joseph Wright. Allí debía ser vigilado por monseñor Istvan Mester hasta que Gagnon fuese llamado ante el Papa.

El dosier fue depositado en un baúl con cerraduras de hierro en el interior de una de las salas de la *Congregatio pro Clericis.* En la mañana del lunes 2 de junio de 1974, monseñor Mester abrió la puerta y descubrió que algo había ocurrido en el interior. Libros esparcidos por el suelo, papeles revueltos, cajones abiertos. Inmediatamente llamó a monseñor Édouard Gagnon y este a los responsables de la Santa Alianza y del *Sodalitium Pianum.* Cuando llegaron a la estancia, Mester se encontraba de rodillas ante el baúl en el que el viernes 30 de mayo por la tarde se había depositado el dosier *«Nessun Dorma».* Las cerraduras habían sido arrancadas y de su interior faltaba el dosier de la investigación llevada a cabo. El contraespionaje descubrió que los ladrones tenían llave de las puertas de las estancias en las que se encontraba la Congregación para el Clero, puesto que las cerraduras no habían sido forzadas. Los ladrones habían tenido el sábado 31 de mayo y el domingo 1 de junio para realizar el robo.

Informado el papa Pablo VI del asalto, el Sumo Pontífice ordenó a todos los relacionados con el caso, incluidos los agentes del servicio de espionaje involucrados en la investigación, que se pusiesen bajo «Secreto Pontificio» [14].

[14] La violación del llamado «Secreto Pontificio» supone la excomunión inmediata para el violador y la expulsión automática de la Iglesia católica y, por consiguiente, del Estado Vaticano.

Monseñor Gagnon informa a la Secretaría de Estado de que está dispuesto a redactar un nuevo informe, pero misteriosamente se le ordena que, siempre bajo «Secreto Pontificio», entregue sus notas a la Secretaría y abandone la tarea hasta nueva orden. De forma incomprensible se pide a Camillo Cibin, jefe del Cuerpo de Vigilancia, que dirija la investigación para descubrir a los culpables del robo, dejando de lado a los servicios secretos, que son quienes han recopilado la información de *Nessun Dorma.*

Cibin debe solo informar a la Secretaría de Estado sin levantar acta de ninguna de las actuaciones llevadas a cabo durante la investigación. El Papa ha ordenado que el asunto permanezca en el más absoluto secreto, pero los rumores sobre un posible robo de un dosier secreto han comenzado ya a extenderse incluso fuera de los muros del Vaticano.

El martes 3 de junio la prensa se hace ya eco de que «unos ladrones han forzado una cámara de seguridad en el interior del

Vaticano y se especula sobre la desaparición de un informe redactado por encargo del propio Papa». El doctor Federico Alessandrini, portavoz del Vaticano, no sabe cómo salir del paso ante la insistencia de los periodistas. Al final, incluso el *Osservatore Romano,* el órgano de prensa de la Santa Sede, se hace eco del robo: «Se ha tratado de un auténtico y vergonzoso robo. Unos ladrones desconocidos han penetrado en el despacho de un prelado y han robado unos expedientes guardados en un sólido arcón de doble cerradura. Un auténtico escándalo», dice el artículo.

En los días que siguieron, catorce miembros de la Curia que habían hablado con los agentes de la Santa Alianza y aportado datos de corrupción en diferentes dicasterios fueron expulsados del Vaticano, mientras que otros cinco fueron enviados a África en «misión evangelizadora».

A pesar de que no volvieron a pedir a monseñor Gagnon la redacción de un nuevo informe, el religioso preparó otro similar al robado. Una vez finalizada su redacción en secreto, pidió nuevamente ser recibido por el papa Pablo VI, pero una vez más su petición fue rechazada. Gagnon solicitó entonces a la Secretaría de Estado que hiciera llegar el expediente al Pontífice, pero el dosier tampoco llegó a su destino. Alguien en la Secretaría dijo al Papa que el informe *Nessun Dorma* era ya imposible de localizar. La conspiración, según todos los rumores, apuntaba al cardenal Jean Villot, ex secretario de Estado y antiguo cardenal camarlengo de la Cámara Apostólica, a quien en el Vaticano se le conocía como el «Vicepapa».

Finalmente, monseñor Édouard Gagnon pidió abandonar la Santa Sede y regresar a su país, Canadá, con el fin de alcanzar la jubilación. Juan Pablo II lo llamaría a Roma nuevamente en 1983 y lo elevaría al cardenalato el 25 de mayo de 1985.

Nunca más se volvería a hablar en los pasillos vaticanos de la «Operación *Nessun Dorma*» y nunca más un Papa volvería a pedir a la Santa Alianza y al *Sodalitium Pianum* una investigación semejante. Los servicios secretos del Vaticano continuarían actuando a pleno rendimiento durante el Papado de Pablo VI contra nuevos enemigos, esta vez uno llamado Septiembre Negro.

La «Operación Jerusalén» para la Santa Alianza y la «Operación Diamante» para el Mossad [15] vendrían a demostrar la connivencia entre ambos servicios de espionaje, una colaboración que fructificaría pocos años después cuando el Mossad, en plena guerra contra Septiembre Negro por el asesinato de los atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Munich 72, dio a conocer una operación para secuestrar o asesinar al papa Pablo VI.

A finales del otoño de 1972, la primera ministra de Israel, Golda

Meir, recibió una comunicación secreta del papa Pablo VI en la que se indicaba que estaría dispuesto a recibirla en breve en una audiencia privada. El 11 de diciembre del mismo año, Meir se reunió con su gabinete y con Zvi Zamir, el *memuneh* [16] del Mossad, para pedirle consejo ante la reunión con el Sumo Pontífice y las medidas de seguridad que debían adoptarse.

Meir tenía claro, y así se lo dijo a Zamir, que «no quería ir a Canossa», un dicho popular israelí que hace referencia al castillo italiano donde el emperador Enrique IV del Sacro Imperio se humilló presentándose como un penitente ante el papa Gregorio VII en el año 1077. Meir era demasiado orgullosa para eso.

Zamir, a través de la Santa Alianza, y el Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, a través de la Secretaría de Estado del Vaticano, co

[15] *Ha Mossad, le Modiyn ve le Tafkidim Mayuhadim* (Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales).

[16] Nombre con el que se conoce al director general del Mossad.

nocieron que el 15 de enero de 1973 sería la fecha elegida para la entrevista. El cardenal Jean Villot informó de que el encuentro duraría treinta y cinco minutos, posteriormente se intercambiarían regalos y en ningún momento la reunión entre Pablo VI y Golda Meir iba a regirse por una agenda específica, lo que significaba que cualquier tema podía ser tratado por ambas partes. Por razones de seguridad, la vigilancia y control del encuentro quedaría en manos del Mossad, dirigido por Zamir, y por la Santa Alianza, y bajo ningún concepto se haría, ni antes ni después, un anuncio público de la reunión entre los dos dignatarios [17].

Según el plan, Meir debía volar a París durante los días 13 y 14 de enero para asistir a la conferencia de la Internacional Socialista y desde allí, en un avión alquilado por El Al y sin distintivos, hacia Roma. Únicamente durante el vuelo se informaría del destino final a los acompañantes de Golda Meir. Después del encuentro con el Papa, Meir viajaría hasta Costa de Marfil para reunirse durante dos días con su presidente, Félix Houhouiet-Boigny, y de ahí, de regreso a Israel.

Zamir había decidido viajar una semana antes a Roma para preparar las medidas de seguridad y establecer un hilo conductor con los agentes de la Santa Alianza. Para el *memuneh,* la Ciudad Eterna era un escenario posible para recibir un golpe de terroristas árabes. Desde el ataque a la delegación israelí en los Juegos Olímpicos de Munich, el año anterior, por parte del grupo Septiembre Negro, la capital italiana se había convertido en una ciudad de encuentro de terroristas de cualquier facción a la caza de una buena información y de traficantes de armas en busca de un buen cliente.

Los enlaces entre el Mossad y la Santa Alianza eran Mark Hessner, por parte israelí, y el padre Carlo Jacobini, por parte de la Santa Alianza. A Hessner se uniría Shai Kauly, el *katsa* responsable de la estación de Milán. En un encuentro secreto, Jacobini, Kauly y Hessner fueron puestos al tanto por Zvi Zamir de todos los detalles del viaje de Golda Meir para reunirse con el papa Pablo VI. Estaba claro que ninguna información podía ser filtrada si querían evitar un posible atentado contra la líder israelí.

Un día después el contraespionaje vaticano, el *Sodalitium Pianum,* informó a Jacobini de que alguien, posiblemente algún sacerdote auxiliar

[17] Gordon Thomas, *Gideon's Spies. The History of Mossad,* ob. cit.

de la Secretaría de Estado, había pasado una información sobre Meir a un contacto en Roma conocido por sus relaciones con extremistas árabes. El agente de la Santa Alianza dio la alerta a Zamir, quien llamó personalmente a Golda Meir para intentar convencerla de que tal vez sería recomendable anular la visita a Pablo VI. Conociendo a la primera ministra como la conocía, supo enseguida que una simple amenaza no iba a echarla para atrás en su intención de conseguir un reconocimiento de Israel por parte del Vaticano, aunque tuviese que asumir el riesgo de un atentado por parte de terroristas árabes. La única respuesta de Meir a Zamir fue: «*Memuneh*, su trabajo es evitarlo. Israel no puede detenerse por una amenaza».

A la seguridad de la reunión el Vaticano destinó a otro experto sacerdote en materia de contraespionaje que pertenecía al *Sodalitium Pianum,* el padre Angelo Casoni. Fue este último quien descubrió que la información del viaje clandestino de Golda Meir para encontrarse con el papa Pablo VI en el Vaticano podía haber llegado a manos de Abú Yúsuf. Carlo Jacobini, de la Santa Alianza, y Zvi Zamir, del Mossad, sabían que tarde o temprano algún grupo terrorista haría su aparición. Efectivamente, Yúsuf había enviado una comunicación a Ali Hassan Salameh, alias *el Príncipe Rojo,* máximo dirigente del grupo terrorista palestino Septiembre Negro y cerebro de la operación contra los atletas israelíes en Munich. El texto del comunicado decía así: «Acabemos con aquella que está derramando nuestra sangre por toda Europa» [18]. El modo y el lugar exacto del atentado contra Meir dependían única y exclusivamente de Salameh. Mientras que para *el Príncipe Rojo* el asesinato de Golda Meir era un golpe de efecto en la lucha contra los israelíes, para Yúsuf aquello suponía una ocasión espectacular para demostrar al mundo que Septiembre Negro seguía siendo un poderoso grupo terrorista al que tener en cuenta. Asesinar a la líder israelí en el Vaticano iba a poner a su grupo en la portada de todos los medios

de comunicación [19].

[18] Este texto sería hecho público tras la invasión del Líbano por parte de las Fuerzas de Defensa Israelíes en 1982. Una unidad israelí encontró este documento en un cuartel de la OLP al sur del Líbano.

[19] Victor Ostrovsky y Claire Hoy, *By Way of Deception,* Stoddart Publishing, Toronto, 1991.

El 10 de enero, cinco días antes de la reunión, el *memuneh* Zvi Zamir y los *katsas* Mark Hessner y Shai Kauly fueron conducidos en un coche negro a través de las calles de Roma rumbo al Vaticano. Los guardias suizos que custodiaban el portalón se cuadraron mientras el coche se introducía en el interior de la zona administrativa de la Santa Sede. Al bajar, les esperaba el padre Carlo Jacobini. Zamir sabía, a través del informe que tenía en su poder sobre Jacobini, que el sacerdote se había educado en los Estados Unidos y que su experiencia en inteligencia la había conseguido haciendo diversos cursos en Langley, el cuartel general de la CIA en el estado de Virginia. El agente de la Santa Alianza hablaba seis lenguas de forma fluida y dentro del Vaticano se le consideraba un auténtico «noble» debido a su relación familiar con el cardenal Domenico Maria Jacobini, el cardenal Ludovico Jacobini, secretario de Estado del papa León XIII, y el cardenal Angelo Jacobini. Sin duda alguna, Zvi Zamir sabía que el joven Carlo era un buen contacto para moverse por los intrincados pasillos del Vaticano, y más tras la pérdida de confianza de la Santa Alianza con la CIA.

Nada se sabe de la reunión secreta llevada a cabo en el Vaticano entre el Mossad y la Santa Alianza, ni siquiera el tema tratado, pero seguramente Zamir salió satisfecho de lo oído. Al atravesar la plaza de San Pedro, el *memuneh* dijo al chófer que lo trasladase al aeropuerto para poder tomar un avión hacia Tel Aviv.

En el «Instituto», nombre con el que se conoce al servicio de inteligencia israelí, se sabía ya a través del padre Angelo Casoni que Ali Hassan Salameh había sido informado del viaje de Golda Meir a Roma y que debían estar preparados para recibir el golpe.

Los grupos terroristas tenían una especial relación con el KGB. En Moscú se les adoctrinaba políticamente y se les entrenaba para asesinar y para preparar explosivos que después colocaban en centros comerciales o en concurridas terminales de aeropuerto.

Tanto el Mossad como la Santa Alianza sabían que no podrían contar con el KGB para detectar a los terroristas de Septiembre Negro que deseaban atentar contra Golda Meir. Si querían evitarlo, iban a tener que luchar ellos mismos contrarreloj.

Los soviéticos no iban a revelar que los hombres de Hassan Salameh contaban con misiles de fabricación rusa ocultos en una nave industrial en un puerto de Yugoslavia. El plan consistía en

embarcar los misiles en un barco de pesca en el puerto de Dubrovnik hasta el puerto de Bari, en el Adriático italiano. Desde allí, en un camión, serían transportados hasta Roma a la espera de la llegada de Golda Meir. Zvi Zamir y el padre Carlo Jacobini seguían trabajando codo con codo para descubrir el cuándo y el cómo del ataque, pero solo les quedaba esperar.

El golpe contra Israel sucedería el 28 de diciembre de 1972, cuando un comando de Septiembre Negro asaltó la embajada de Israel en Bangkok. Salameh deseaba hacer mirar al Mossad hacia otro lado, y nada mejor que preparar un ataque a una legación diplomática judía.

Angelo Casoni, del contraespionaje vaticano, dijo que una de sus fuentes le había indicado que el asalto por parte de Septiembre Negro a la embajada de Israel en Tailandia no era más que una forma de distraer la atención de la opinión pública. Jacobini no lo creía, pero sí Zamir [20]. El Mossad sabía que podrían liberar a los rehenes mediante un asalto por parte de comandos israelíes, y Golda Meir no iba a permitir tampoco que los tailandeses entrasen a tiros en la legación. Al final, y tras horas de negociación, se concedió a los asaltantes salvoconductos para salir del país rumbo a El Cairo. Carlo Jacobini recomendó no bajar la guardia con respecto a la posibilidad de recibir un ataque en suelo vaticano contra la política israelí.

A primeras horas del 14 de enero, a un día del encuentro entre Pablo VI y Golda Meir, un agente del contraespionaje vaticano informó a Angelo Casoni de que un informador suyo le había dicho que se rumoreaba de alguna operación por parte de guerrilleros palestinos en Ostia o Bari. Al mismo tiempo, un *sayan* [21] informó a la estación del Mossad en la embajada de Israel en Italia de que había oído una conversación en la que un tipo con claro acento árabe aseguraba a otro, con el mismo acento, que en breve recibiría una tanda de velas.

Al mismo tiempo, la estación del Mossad en Londres comunicaba a Zvi Zamir que un informador les había indicado que el objetivo de Septiembre Negro era «uno de los suyos». El jefe del Mossad estaba

[20] Gordon Thomas, *Gideon's Spies. The History of Mossad,* ob. cit.

[21] Informador judío del Mossad que no trabaja para el servicio secreto israelí en nómina, sino como simple colaborador.

seguro de que la tanda de velas a las que se refería su contacto no eran sino misiles, pero Zvi Zamir tenía claro que tanto Golda Meir como Pablo VI jamás anularían el encuentro.

Zamir llamó a Hessner y Kauly y pidió una reunión con los padres Jacobini y Casoni. Los servicios secretos del Vaticano debían ser informados de cada paso de la operación, y lo cierto es que la Santa Alianza tenía mejores fuentes en la ciudad de Roma que los

servicios secretos israelíes.

Ali Hassan Salameh, alias *Abú Hassan,* alias *el Príncipe Rojo,* era un hombre culto, enérgico y cruel. Se dice que mató a su hermanastro de un disparo en el ojo cuando descubrió que este pasaba información a Al Fatah, la sección de la OLP partidaria de Yasser Arafat [22]. Salameh estaba casado con una belleza libanesa, Georgina Rizak, que había sido Miss Universo en 1971.

Según el Mossad, *el Príncipe Rojo* estaba detrás del intento de asesinato de Golda Meir, pero para la Santa Alianza era difícil que el terrorista palestino se moviese por Roma sin que ellos lo supiesen.

El día que debía celebrarse el encuentro, el 15 de enero, amaneció lluvioso y frío. El Mossad, la Santa Alianza y los *digos,* la unidad antiterrorista italiana, permanecían en estado de máxima alerta. El padre Carlo Jacobini estaba seguro de que Septiembre Negro no permitiría salir viva de Roma a Meir, y así informó al papa Pablo VI. Zamir y Jacobini sabían que si el ataque era con misiles, el único lugar seguro para poder utilizarlos era en las cercanías del aeropuerto y por supuesto cuando el avión estuviese aterrizando o despegando. Tanto el Mossad como la Santa Alianza desplegaron a agentes en el aeropuerto y en sus proximidades para vigilar cualquier movimiento sospechoso [23].

La primera alerta sonó cuando faltaban pocas horas para la llegada de Golda Meir. Mientras vigilaban las cercanías de las instalaciones, un agente del *Sodalitium Pianum* avisó al padre Angelo Casoni de que había visto una furgoneta cerca de una pista y que se había acercado a preguntar si necesitaban alguna ayuda. Los hombres del interior respondieron nerviosamente que ya habían llamado a una grúa. Casoni

[22] Michael Bar-Zohar y Eitan Haber, *The Quest for the Red Prince,* William Morrow, Nueva York, 1983.

[23] Ian Black y Benny Morris, *Israel's Secret Wars. A History of Israel's Intelligence Services,* Grove Weidenfeld, Nueva York, 1991.

avisó por radio a Zamir y a Hessner, quienes se pusieron en marcha hacia el lugar. Al llegar, descubrieron una furgoneta Fiat. Armados, pidieron al conductor que se bajase del vehículo para identificarse mientras eran observados desde una distancia prudencial por Carlo Jacobini, de los servicios secretos papales.

En ese momento, el portalón trasero se abrió y comenzó una lluvia de disparos. Los agentes del Mossad consiguieron salir ilesos, pero dejaron heridos graves a dos terroristas, mientras el conductor huía a pie. Los agentes israelíes consiguieron atraparle y le introdujeron en un coche, al parecer con matrícula del Estado vaticano. En el asiento delantero se sentaban Hessner al volante, Jacobini en el asiento del acompañante y Zamir y el terrorista en

los de atrás. El *memuneh* del Mossad le preguntaba al palestino el emplazamiento de los otros misiles mientras le golpeaba en la cara con la culata de su arma. Ya con la silueta del avión a lo lejos, los agentes vieron otra furgoneta de color blanco a la que habían alterado el techo y por donde se veían unos tubos dirigidos hacia el cielo.

Hessner pisó el acelerador y embistió al vehículo por un lado, haciéndolo volcar. En el interior, dos miembros de Septiembre Negro se habían quedado atrapados aplastados por el peso de los misiles. Zamir pidió entonces al padre Jacobini que se diese la vuelta para poder ejecutar a los terroristas, pero antes de que pudiese disparar, el agente de la Santa Alianza dijo al jefe del Mossad que si los mataba, a él no le quedaría más remedio que informar al Sumo Pontífice de ello y que Israel quedaría nuevamente en una posición difícil.

Zamir prefirió no poner una piedra más en las difíciles relaciones entre Israel y el Vaticano, por lo que entregó a los terroristas al DIGO.

Golda Meir consiguió reunirse con el papa Pablo VI, pero a pesar de que el Pontífice aseguró que no era el momento propicio para establecer relaciones, sí se comprometió a visitar Tierra Santa. Al salir del Vaticano, Golda Meir dijo a Zvi Zamir que «el reloj del Vaticano es diferente al del resto del mundo», y puede que fuese cierto.

Desde ese mismo día las relaciones entre el Mossad y la Santa Alianza fueron muy estrechas, incluso hasta el pontificado de Juan Pablo II. El padre Carlo Jacobini, del espionaje vaticano, y el padre Angelo Casoni, del contraespionaje, se mantuvieron como enlaces con los servicios secretos de Israel durante los años siguientes, incluso cuando Jacobini dejó de pertenecer a la Santa Alianza. Los terroristas detenidos por los italianos fueron puestos en libertad y trasladados a Libia. Meses después, la mayor parte de ellos serían ejecutados por una unidad del *kidon* [24], los asesinos del *Metsada.* Las sospechas del *Sodalitium Pianum* sobre la persona de la Secretaría de Estado del Vaticano que pudo dar la información a los terroristas de Septiembre Negro del viaje secreto de Meir recayeron en el padre Idi Ayad. Lo que el Mossad no sabía, y tal vez nunca descubrió, es que Ayad era realmente no solo un agente de la Santa Alianza, sino también un enlace extraoficial entre el papa Pablo VI y la cúpula de la OLP [25].

Mientras, en un despacho perdido entre los kilométricos pasillos del Vaticano, un hombre ponía un sello en una carpeta con el nombre de «Operación Jerusalén» y ordenaba su depósito en los Archivos Secretos, dependientes de la Biblioteca Vaticana. Para el mundo,

aquella operación para salvar la vida de Golda Meir sencillamente nunca existió, pero lo cierto es que el Mossad no olvidaría jamás que, gracias a la Santa Alianza, la primera ministra de Israel estaba aún viva. La devolución del favor del Mossad a la Santa Alianza por el caso de la «Operación Jerusalén» sucedería tres años después, exactamente en el mes de abril de 1976.

Después de la operación llevada a cabo por el terrorista Carlos *el Chacal* contra los delegados de la OPEP reunidos en Viena el 21 de diciembre de 1975, se vio abiertamente enfrentado con los grupos palestinos que hasta entonces le habían ayudado. Para ellos, Carlos no era más que un mercenario que se había embolsado una buena cantidad de dinero con el único fin de «disfrutarlo en cuestiones burguesas». En total, Carlos y los suyos se habían embolsado cerca de veinte millones de dólares procedentes del rescate pagado por los saudíes a cambio de la libertad de su representante ante la organización petrolífera, el jeque Ahmed Zaki Yamami [26].

Wadi Haddad, líder del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), exigió a Carlos una parte de ese dinero, pero *el Chacal*

[24] *Kidon* significa 'bayoneta'. Se denomina así al brazo de operaciones del *Metsada,* la unidad responsable de las ejecuciones y secuestros del Mossad.

[25] Gordon Thomas, *Gideon's Spies. The History of Mossad,* ob. cit.

[26] David A. Yallop, *To the Ends of the Earth. To the Hunt of the Chacal,* Poetics Products Ltd., Londres, 1993.

se negó. A Haddad, un guerrillero curtido, no le gustaba la atención que se prestaba a Carlos, a quien definía como «un mal actor con ganas de ser una estrella de cine». Lo cierto es que, tras el golpe de Viena contra la OPEP, Carlos y los suyos se trasladaron a Argelia y después a Yemen. En el país árabe fueron recibidos con banda de música, como auténticos héroes: el mito de Carlos *el Chacal* iba creciendo y creciendo.

Una mañana de finales de marzo, sonó un teléfono en un departamento administrativo del Vaticano. El sacerdote cogió el aparato y el interlocutor se identificó como Yitzhak Hofi, el nuevo *memuneh* que había sustituido a Zvi Zamir al frente del Mossad tan solo dos años antes. Hofi dijo al sacerdote que debían hablar con él en un lugar seguro.

Esa misma tarde el sacerdote se dirigió andando hasta un céntrico hotel de Roma. Nada más identificarse, dos hombres de pelo corto acompañaron al religioso hasta una de las habitaciones en donde esperaba sentado en una silla Yitzhak Hofi. El recién llegado tomó asiento y el jefe de los espías israelíes le dijo que había llegado la hora de devolver el favor a la Santa Alianza por haberles ayudado a salvar la vida de Golda Meir en enero de 1973.

El padre Carlo Jacobini dijo que aunque él ya no estaba

destinado en la Santa Alianza, tal vez podría conectar a los israelíes con alguien del espionaje papal. Hofi rechazó la oferta y dijo que tenía órdenes de su antecesor, Zvi Zamir, de tratar solo con él. Antes de escuchar la información que tenía que darle el Mossad, Jacobini dijo que debía recibir órdenes concretas del Vaticano. Hofi le respondió que no trataría con otra persona que no fuera él o el agente Angelo Casoni, del contraespionaje pontificio.

Yitzhak Hofi se acomodó en la silla y comunicó a Jacobini que una de las estaciones del Mossad había detectado un plan de un grupo terrorista árabe para secuestrar o asesinar al papa Pablo VI. Después de una serie de rodeos, el israelí dijo que sus *katsas* estaban seguros de que el ataque lo dirigiría Carlos *el Chacal.* Al oír aquellas palabras, a Jacobini se le heló la sangre. Sabía por informes de la Santa Alianza que Carlos era un hombre que raramente fallaba un golpe, y si no conseguía sus objetivos, siempre dejaba un rastro de sangre y muerte.

Realmente, la información no venía de una estación del Mossad, sino del agregado político de la embajada estadounidense en Teherán, John D. Stempel. El diplomático comunicó a la CIA que durante un encuentro con el segundo secretario de la embajada soviética en Irán, Guennady Kazankin, este le dijo que el KGB había detectado un posible plan para secuestrar o asesinar al papa Pablo VI y que en su desarrollo podrían estar implicados varios miembros de la banda BaaderMeinhof, que habrían colaborado con Carlos *el Chacal* en el secuestro de los representantes de la OPEP en Viena. Hofi terminó diciendo al padre Jacobini que la Santa Alianza dispondría de toda la ayuda posible del Mossad para desbaratar el plan [27].

Al terminar la reunión, el religioso tomó un taxi rumbo al Vaticano. Las palabras de Hofi bullían en su cabeza y debía compartirlas con alguien. Al atravesar los portalones del Vaticano se dirigió hacia la zona de dependencias que albergan a los servicios secretos papales y pidió hablar con urgencia con su amigo, el padre Angelo Casoni. Durante dos horas, Jacobini relató a Casoni la historia contada por el *memuneh* del Mossad.

La idea de Carlos era o bien entrar al asalto y por sorpresa, armas en mano, en la misma basílica de San Pedro, mientras el Pontífice estuviese celebrando la misa, y hacerse con el control de edificio, o bien mediante unos tiradores expertos disparar a Pablo VI mientras este se asomase al balcón que daba a la plaza durante el saludo a los fieles el domingo. La primera idea fue la que se estudió durante semanas, debido al éxito que había tenido esta táctica en el secuestro de los representantes de la OPEP en Viena. *El Chacal* no creía que tuviesen mucha resistencia por parte de los miembros de

la Guardia Suiza armados con lanzas y alabardas.

La segunda opción era defendida por Wilfred Böse, un anarquista alemán y amigo de Carlos Ramírez, y por Gabrielle Kroche-Tiedemann, una terrorista de veintitrés años que participó en la operación de Viena junto a Carlos el año anterior. Para Böse, era sencillo conseguir un rifle de gran calibre con mira telescópica y disparar contra un «objetivo inmóvil vestido de blanco».

Kroche-Tiedemann era más partidaria de seguir este plan debido a que si conseguían matar al Sumo Pontífice de Roma mientras daba su bendición a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro, y ante las cá

[27] David A. Yallop, *To the Ends of the Earth...,* ob. cit.

maras de televisión de todo el mundo, aquello supondría para Carlos *el Chacal* la mayor publicidad jamás dada a un terrorista.

La Santa Alianza trabajaba contrarreloj, en colaboración con el Mossad, para desactivar la crisis que se avecinaba. Jacobini necesitaba saber más, y para ello llamó a Hofi personalmente. El *memuneh* se comprometió a enviar al Vaticano una copia de los dosieres sobre los hombres y mujeres que acompañaban a Carlos en todas sus acciones. Al día siguiente, varias carpetas llenas de sellos se amontonaban en la mesa del padre Angelo Casoni, del contraespionaje pontificio. Fotografías en blanco y negro de cadáveres, rostros capturados en la distancia por cámaras fotográficas de algún espía iban desfilando ante sus ojos.

Poco después, Jacobini y Casoni recibieron otra comunicación del Mossad que indicaba que Wilfred Böse y Gabrielle Kroche-Tiedemann habían sido detectados en Bahrein y Carlos Ramírez en Yemen. Lo que ni los dos agentes del servicio secreto vaticano ni tampoco Yitzhak Hofi sabían en aquel momento era que la organización de *el Chacal* había decidido cambiar de objetivo. El secuestro o asesinato de Pablo VI había dejado de interesar, y fue sustituido, por capricho del propio Carlos Ramírez, por el secuestro de un avión de la compañía Air France, el AF139 en vuelo desde Tel Aviv a París con escala en Atenas.

Este avión se haría mundialmente famoso cuando un equipo de comandos israelíes y de miembros del *kidon* pertenecientes al Mossad lo asaltaron el 4 de julio de 1976 en una operación relámpago en el aeropuerto ugandés de Entebbe y liberaron a todos los pasajeros retenidos. En el tiroteo que se desarrolló en las pistas y en la terminal del aeropuerto caerían muertos por los disparos israelíes Wilfred Böse y Gabrielle Kroche-Tiedemann, así como cinco terroristas más.

A los pocos días de la llamada «Operación Entebbe», el padre Carlo Jacobini recibía una misteriosa llamada en el Vaticano. Al

otro lado, Hofi le informaba sobre los terroristas muertos y le aseguraba que la «crisis sobre Pablo VI» había pasado. El 22 de enero de 1979, el Mossad localizó finalmente en Beirut a Ali Hassan Salameh, alias *el Príncipe Rojo* y máximo responsable del grupo Septiembre Negro. Una bomba a control remoto colocada por la *katsa* Erika Chambers, del *kidon,* el brazo ejecutor del *Metsada,* mató a Salameh, a cuatro de sus guardaespaldas, a varios transeúntes y a Susan Wareham, una secretaria de la embajada británica en el Líbano.

Algunos rumores apuntaban a que la localización de Salameh en la capital libanesa se debió a los servicios secretos del Vaticano, a través de una filtración de la CIA, y que un agente de la Santa Alianza o del contraespionaje vaticano pudo haber pasado la información al *memuneh* del Mossad, Yitzhak Hofi. Estos agentes bien pudieron ser los padres Carlo Jacobini o Angelo Casoni, pero, como todo en el Vaticano y en sus servicios de inteligencia, «todo lo que no es sagrado, es secreto».

Paul Casimir Marcinkus, Michele Sindona y Roberto Calvi iban a convertirse en los actores principales de uno de los mayores escándalos de toda la historia de la Santa Sede. La quiebra de la Banca Vaticana estaba a punto de estallar. Las posteriores investigaciones de organismos financieros, tribunales de justicia de los Estados Unidos e Italia y escritores de varios países demostrarían que aunque la Santa Alianza no se vio involucrado directamente y de forma oficial en las oscuras maniobras del IOR, a cargo de monseñor Paul Marcinkus, alguno de sus agentes sí participó de forma activa en operaciones concretas. Para muchos de ellos, defender al «Vaticano S.A.» era una cuestión de fidelidad al Sumo Pontífice.

«VATICANO S.A.» Y LOS NEGOCIOS DE DIOS (1976-1978)

«Pues estos falsos apóstoles, obreros fraudulentos, se disfrazan de apóstoles de Cristo, y no es de extrañar, pues también Satanás se disfraza de ángel de luz. Por eso no hay que sorprenderse de que sus ministros se disfracen de ministros de la justicia; sin embargo, su fin será el que merecen sus obras.»
(2 Corintios 11, 13-15)

E l *Istituto per le Opere di Religione* (IOR), comúnmente conocido como «Banco Vaticano» [1], es uno de los organismos, junto a sus servicios de espionaje, más secretos de todos los departamentos papales. Atravesando las puertas de Santa Ana y a la derecha de la Columnata de Bernini, dejando la iglesia de Santa Ana a la derecha y los barracones de la Guardia Suiza a la izquierda, se encuentra el edificio que alberga al IOR. El torreón fue construido por orden del papa Nicolás V hace casi seiscientos cincuenta años, como parte de los planes defensivos de la Santa Sede. Solo un pequeño retén de la Guardia Suiza cus

[1] El Banco Vaticano fue fundado el 7 de junio de 1929 por orden del papa Pío XI. Su capital rondaba aquel año los 81 millones de dólares, el equivalente a 900 millones de dólares de hoy. El primer director de la llamada Administración Especial fue Bernardino Nogara.

todia aún hoy su entrada de mármol y sus puertas de bronce herméticamente cerradas. Tan solo pueden ser abiertas a unos escogidos y selectos miembros de la Curia romana.

La Banca Vaticana ha sido fuente de innumerables escándalos y ha estado envuelta en la pérdida de millones de dólares, quiebras bancarias, venta de armas a países en conflicto, establecimiento de sociedades fantasma en paraísos fiscales, financiación de golpes de Estado, lavado de dinero de la mafia y «suicidios» misteriosos. El IOR ha violado cientos de leyes financieras internacionales sin que ninguno de sus dirigentes haya sido juzgado nunca por algún tipo de tribunal terrenal. Desde su fundación, el IOR no es un departamento oficial del Estado de la Ciudad del Vaticano. Existe como entidad, pero sin una unión clara con los asuntos eclesiásticos o con otros organismos de la Santa Sede, y su único órgano de control es el Sumo Pontífice [2].

A diferencia de otras instituciones financieras internacionales, el Banco Vaticano no es auditado por ninguna agencia interna o externa, ni existe un registro escrito de sus operaciones. Por ejemplo, en 1996, el cardenal Edmund Szoka, el auditor interno de la Santa Sede, dijo a varios investigadores que él no tenía ningún

tipo de autoridad sobre el Banco Vaticano y agregó que desconocía por completo sus actuaciones o su sistema de operar.

En 1990, el Estado Vaticano declaró un déficit de 78 millones de dólares, mientras que el Banco Vaticano «declaró» de forma extraoficial tener unos beneficios ese mismo año que sobrepasaban los diez mil millones de dólares [3].

En 1967, el papa Pablo VI creó una oficina de contabilidad general llamada por el Vaticano Prefectura de Asuntos Económicos de la Santa Sede. El Sumo Pontífice encargó la dirección de esta a su amigo el cardenal Egidio Vagnozzi, pero a los pocos meses dimitió. Al parecer, Vagnozzi descubrió las extrañas relaciones entre el propio Papa y el llamado «banquero de la mafia» Michele Sindona. Curiosamente, a

[2] Paul L. Williams, *The Vatican Exposed. Money, Murder and the Mafia,* Prometheus Books, Nueva York, 2003.

[3] Charles Raw, *The Moneychangers: How the Vatican Bank Enabled Roberto Calvi to Steal $250 Million for the Heads of the P2 Masonic Lodge,* Vintage/Ebury, Londres, 1992.

Vagnozzi se le prohibió hablar sobre cualquier tema relacionado con la Prefectura bajo el famoso «Secreto Pontificio».

El que era responsable de dirigir la Prefectura descubrió que millones de dólares de origen desconocido eran depositados cada semana en las arcas del Banco Vaticano sin ningún tipo de explicación, y con la misma rapidez que entraba el dinero, salía por la puerta de atrás hacia cuentas numeradas en bancos suizos y hacia empresas pertenecientes al Grupo Sindona. Este dinero servía para financiar revueltas y golpes de Estado, como el acaecido en abril de 1967 en Grecia.

La logia Propaganda 2, íntimamente ligada al Vaticano y a sus servicios secretos, había centrado su atención en las siguientes elecciones griegas. El favorito era el líder de la izquierda Andreas Papandreu, un enemigo político del monarca Constantino II, rey de Grecia y comandante en jefe de sus ejércitos. Las encuestas demostraban que Papandreu se haría con el poder, mientras que el ejército temía que este entregase el país a los comunistas. El coronel Papadopoulos aseguró que si esto sucedía arrastraría a Grecia a una guerra civil [4].

Hacia finales de ese año, el Continental Bank of Illinois, perteneciente a Sindona, realizó una transferencia por cuatro millones de dólares a la Banca Privata Finanziaria, dentro de la órbita vaticana. Cuando se recibió el dinero, el propio Michele Sindona encargó a un agente de la Santa Alianza hacerse cargo de los fondos y entregarlos en persona al coronel Papadopoulos. El dinero sería depositado en una cuenta corriente a nombre de la inmobiliaria Helleniki Tecniki, controlada por el ejército griego y garantizada por el propio Banco Central de Grecia.

La Santa Alianza, en asociación con Michele Sindona, Licio Gelli y la logia Propaganda 2, decidió financiar un golpe de Estado para evitar la llegada de la izquierda al poder. Los investigadores no se ponen de acuerdo en si los servicios secretos del Vaticano fueron un simple instrumento de Gelli y Sindona o si la Santa Alianza fue quien diseñó realmente la llamada «Operación Tatoi» [5] y Licio Gelli y Michele Sindona únicamente fueron las fuentes de financiación.

[4] Luigi DiFonzo, *Michele Sindona, el banquero de San Pedro,* Editorial Planeta, Barcelona, 1984.

[5] «Tatoi», el nombre de la operación de abril de 1967, fue bautizada así por los servicios secretos del Vaticano en honor al nombre del Palacio Real de Atenas.

Lo cierto es que el 21 de abril de 1967 un grupo de coroneles dio un golpe de Estado y decretó la entrada en vigor de la ley marcial, la Constitución fue suspendida y se desató una dura represión contra los movimientos democráticos y en especial contra los sindicatos y organizaciones comunistas. El líder socialista Andreas Papandreu fue condenado a nueve años de prisión.

En diciembre del mismo año, el rey Constantino intentó derrocar a la Junta, pero fracasó y tuvo que exiliarse en Roma con toda su familia. Los militares nombraron presidente al general Zoitakis y primer ministro a Papadopoulos. El régimen de «los coroneles», como se le llamó, continuó recibiendo ayuda de los Estados Unidos, de la logia masónica Propaganda 2 y de grandes empresarios griegos como Aristóteles Onassis y Stavros Niarchos [6].

Debido al éxito obtenido en Grecia, Michele Sindona, con la ayuda de los fondos vaticanos, a través del entramado montado por él mismo para el IOR, y algunos agentes «liberados» de la Santa Alianza, decidió financiar a grupos de extrema derecha. Pocos años después comienza a aparecer en escena el misterioso Paul Casimir Marcinkus, un hombre al parecer adscrito a los servicios secretos del Vaticano.

Nacido en los arrabales de Chicago en 1922, realizó sus estudios religiosos en los Estados Unidos, para trasladarse posteriormente a Roma. Allí ingresó en la Universidad Gregoriana, en donde se especializó en Derecho canónico. En 1952, Marcinkus ingresó en la Secretaría de Estado, y fue destinado a las nunciaturas de Canadá y Bolivia; finalmente se le designó jefe de seguridad del papa Pablo VI. Es durante esta etapa en la Secretaría cuando Marcinkus establece estrechas relaciones con los servicios secretos del Vaticano y con importantes miembros de la Santa Alianza, que en los años siguientes le serán de tan valiosa ayuda. Uno de estos agentes implicados en el futuro escándalo de la Banca Ambrosiana será el jesuita polaco Kazimierz Przydatek.

En 1969, Marcinkus sería consagrado como obispo por el papa Pablo VI, y a la mañana siguiente sería también «consagrado» como

[6] El desprestigio de los militares griegos creció hasta que en 1974 decidieron abandonar el poder tras el «fiasco» de Chipre. Ese mismo mes, Karamanlis regresó de su exilio y se hizo cargo del gobierno. En las elecciones de 1974 su partido consiguió la mayoría y un posterior referéndum consagró la abolición de la monarquía.

secretario del Banco Vaticano. Dos años después, y de forma sorprendente, el papa Pablo VI premió la fidelidad de Paul Marcinkus nombrándolo máximo responsable del IOR, lo que dio inicio a una carrera financiera fulgurante. Su círculo más íntimo estaba ahora formado por Michele Sindona, Roberto Calvi, Umberto Ortolani y Licio Gelli, todos ellos relacionados con la mafia (la familia Gambino), la logia masónica Propaganda 2 y las finanzas del Vaticano.

Marcinkus utilizó a la Santa Alianza en provecho propio como fuente de información. Un informe del servicio secreto del Vaticano, ahora en poder de Paul Marcinkus, demostraba que Sindona había fundado, posiblemente con fondos de la Santa Sede, un *holding* en Liechenstein llamado Fasco AG, y que a través de él había adquirido un banco en Milán, la Banca Privata Finanziaria (BPF). Lo que el informe no precisaba era que con parte de los beneficios de esta adquisición se construyó la Casa della Madonnina. El entonces cardenal Montini, arzobispo de Milán, necesitaba fondos, y Sindona se los dio. En total, dos millones y medio de dólares fueron a parar a las arcas del arzobispado para financiar la institución religiosa.

Marcinkus sabría años después que ese dinero no procedía de los beneficios por la adquisición del BPF, sino del lavado de dinero sucio procedente de la mafia siciliana, principalmente del tráfico internacional de heroína. Desde ese momento, y a través del cardenal Montini, Sindona se hizo con una importante cartera de clientes a los que asesoraba sobre temas de impuestos, inversiones e incluso evasión fiscal.

Poco a poco los negocios del Banco Vaticano y de sus «asesores» comienzan a ser cada vez más peligrosos, al poner en graves aprietos no solo a diversas instituciones financieras, sino también a los sistemas económicos del propio Vaticano e Italia. Un informe de la CIA de aquellos años sobre Michele Sindona, y que cayó en poder de la Santa Alianza, detallaba las extensas relaciones del banquero de Pablo VI con la familia Gambino de los Estados Unidos y con las familias Inzerillo y Spatola de Sicilia. El dosier, de cerca de una veintena de folios, explicaba las conexiones de Carlo Gambino con las familias Colombo, Bonanno, Lucchese y Genovese, envueltas todas ellas en la manipulación, tráfico y venta de heroína, cocaína y marihuana. El informe seguía diciendo que Sindona se ocupaba de ocultar parte de los beneficios de las drogas, la prostitución, el fraude bancario, la pornografía y la usura en cuentas bancarias secretas en Suiza, Liechenstein y Beirut. Lo cierto es que Michele

Sindona no solo era el asesor financiero del papa Pablo VI y el Vaticano, sino que también lo era de familias mafiosas [7]. Al parecer, sería Marcinkus quien ordenaría destruir el informe que había recibido la Santa Alianza de la CIA sobre el banquero. Años después, el responsable del IOR se lo recordaría al propio Sindona poco antes de su caída.

Mientras, comienza a decaer la salud del gran protector de los oscuros manejos financieros del Vaticano, una situación que tiene su origen cuando Pablo VI se ve obligado a operarse de próstata en 1968 con setenta y un años de edad. En 1978, el Sumo Pontífice se vio muy afectado por dos acontecimientos que marcarían incluso sus últimos meses de vida: el secuestro y asesinato del líder de la democracia cristiana Aldo Moro por parte de las Brigadas Rojas; y la aprobación de la ley del aborto en Italia.

El sábado 5 de agosto, después de cenar, rezó el rosario en su capilla privada y antes de irse a dormir firmó varios documentos, según parece relacionados con asuntos de la Banca Vaticana. A la mañana siguiente, 6 de agosto, no pudo celebrar la misa, debido al estado en que se encontraba. Por la tarde, su salud se agravó. Los médicos del Vaticano diagnosticaron un edema pulmonar serio. Poco después, ya no responde a los cuidados médicos y fallece sin remedio.

Desde ese mismo momento la maquinaría del Vaticano se ponía en movimiento para elegir a un nuevo Papa. Las conspiraciones palaciegas estaban preparadas para la convocatoria del nuevo cónclave, en donde debía elegirse al sucesor del Sumo Pontífice fallecido [8].

Los departamentos de la Banca Vaticana comenzaron a quemar documentos para sortear una posible investigación ante la llegada de un Papa más liberal y dado que a personas como Marcinkus, Gelli, Calvi o Sindona no les resultaría sencillo explicar al nuevo Pontífice muchos de los movimientos financieros realizados en nombre del Vaticano, en nombre del Papa y en el nombre de Dios.

El 10 de agosto, el cardenal Albino Luciani, patriarca de Venecia, decidió partir hacia Roma con el fin de participar en el cónclave que

[7] David A. Yallop, *In God's Name. An Investigation into the Murder of Pope John Paul I,* Bantam Book, Nueva York, 1984.

[8] Javier Paredes y otros, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

debería elegir un sucesor de Pablo VI. Lo cierto es que su nombre no figuraba ni siquiera entre los favoritos y, por lo tanto, permaneció tranquilo en su celda número 60.

En solo nueve horas de votaciones, ciento diez cardenales coincidieron por aclamación en la persona que debía asumir el ministerio papal [9].

Sería en las reuniones anteriores al cónclave cuando el cardenal Giovanni Benelli comentaría ante los sorprendidos cardenales Luciani; Stefan Wyszynski, primado de Polonia, y Laszlo Lekai, primado de Hungría, que el próximo Papa se encontraría con serias dificultades al llegar al Trono de Pedro debido a la situación económica y financiera de la Iglesia. Benelli dijo a los tres cardenales que se encontraban a su alrededor que «no solamente es crítica, sino que está a punto de reventar».

El cardenal camarlengo, Jean Villot, que estaba cerca, oyó las advertencias del cardenal Benelli y pidió silencio. Inmediatamente después llamó al prefecto de Asuntos Económicos del Vaticano, el cardenal Egidio Vagnozzi, y le pidió que con ayuda de la Santa Alianza preparara un informe sobre la situación «tan crítica» a la que se refería el cardenal Benelli.

Vagnozzi sabía hasta dónde podría llegar con su investigación, pero también que nunca podría alcanzar a descubrir el oscuro fondo del IOR dirigido por monseñor Paul Marcinkus y los tentáculos establecidos por este bajo el escudo protector de Pablo VI. Misteriosamente, el cardenal Pietro Palazzini avisó a la Santa Alianza y al contraespionaje, el *Sodalitium Pianum,* de que debían facilitar toda su ayuda a Vagnozzi, pero el problema era que muchos de los agentes de la Santa Alianza realizaban trabajos especiales para Marcinkus y, por supuesto, este fue informado de los movimientos de Benelli y Palazzini.

Paul Marcinkus y Michele Sindona ya habían sido tranquilizados por el propio cardenal Villot sobre la casi segura elección del cardenal Giuseppe Siri, de Florencia, un hombre de majestuosa figura y conservador. Marcinkus sabía que si Siri era el elegido, el IOR no se vería sujeto a molestas investigaciones; al fin y al cabo, el cardenal Giuseppe Siri no tenía buenas relaciones con los cardenales Benelli y Palazzini.

[9] Michael J. Walsh, *The Conclave: A Sometimes Secret and Occasionally Bloody History of Papal Elections,* Sheed and Ward, Londres, 2003.

Uno de los más firmes defensores de la necesidad de abrir una investigación al IOR sería el cardenal Sergio Pignedoli. Desde meses antes de reunirse el cónclave, Pignedoli había hablado tal vez demasiado abiertamente a otros cardenales sobre la necesidad de investigar el destino de millones de dólares procedentes del Vaticano. El cardenal había mantenido una reunión secreta con los cardenales Benelli, Palazzini y Vagnozzi, en la que les había expresado su preocupación sobre los rumores constantes que circulaban sobre el IOR y ciertas operaciones realizadas con el dictador nicaragüense Anastasio Somoza.

Durante el cónclave, el cardenal Franjo Seper reveló al todavía cardenal Luciani que fuerzas oscuras dentro del Vaticano habían

conseguido apartar al «peligroso» cardenal Pignedoli de la carrera por el Pontificado. El religioso yugoslavo aseguraría a Luciani que durante la cena alguien aludió en voz baja y solo para su vecino a los rumores sobre la condición sexual de Sergio Pignedoli durante su apostolado entre la juventud y «en vista de que a veces su apartamento se llena de sacos de dormir cuando no les puede encontrar otro alojamiento» [10].

Lo cierto es que el rumor era un infundio que solo pretendía acabar con las posibilidades de Pignedoli entre los conclavistas, cosa que consiguió. Seper aseguró que el cardenal autor del bulo había sido expulsado del cónclave, pero el mal estaba ya hecho. Según parece, el chismoso había servido durante años en el Banco Vaticano hasta que fue destinado a otro puesto. Las «fuerzas oscuras», como las definía el propio Albino Luciani, habían conseguido apartar de un plumazo a un candidato molesto para el IOR y para Paul Marcinkus.

Durante el sábado 26 de agosto de 1978, la primera votación es considerada de tanteo, en la que se muestra un claro dominio del cardenal Giuseppe Siri. Este no consigue los dos tercios necesarios, setenta y cinco votos, y se debe volver a votar. En la segunda votación, Luciani consigue cincuenta votos, y Pignedoli, veinte [11]. Tras un breve descanso, los conclavistas regresaron a la Capilla Sixtina para llevar a cabo las dos votaciones de la tarde. La primera

[10] Ricardo de la Cierva, *El diario secreto de Juan Pablo I,* Editorial Planeta, Barcelona, 1990.

[11] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

de ellas se desarrolla a las cuatro, y es el cardenal Bafile quien lee el nombre el cardenal Albino Luciani en más de setenta y cinco ocasiones. Inmediatamente después, los poderosos cardenales Villot, por los obispos, Siri, por los presbíteros, y Felici, por los diáconos, se acercaron a Luciani para pedirle que aceptase su destino. Tras pronunciar la palabra «acepto», el cardenal Jean Villot preguntó: «¿Cómo deseáis llamaros, Santo Padre?». «Juan Pablo», respondió Luciani. «Será Juan Pablo Primero», replicó el cardenal Felici sin saber la equivocación que acababa de cometer. El Papa que inaugura una dinastía de nombres no se distingue por un ordinal hasta que llega el segundo Sumo Pontífice que utilice ese nombre. Las palabras que diría a continuación el nuevo Pontífice serían casi premonitorias: «Sea Juan Pablo Primero, ya que el segundo vendrá pronto», dijo el ya ex cardenal Albino Luciani.

Mientras periódicos como *L'Osservatore Romano* publicaban la noticia en su portada de la elección del nuevo papa Juan Pablo I, la revista *The Economist* publicaba en la suya las extrañas operaciones realizadas por financieros al servicio de la banca del Vaticano.

Lo cierto es que en cuanto supo la noticia, Paul Marcinkus puso

en guardia a sus socios del IOR y a Roberto Calvi, que se encontraba en Buenos Aires. Les aconsejó que no olvidaran que el nuevo Papa era muy distinto de Pablo VI, y por último les recomendaba que trasladaran todos los pagarés de la banca internacional hacia un país más seguro, las Bahamas o Suiza.

Mientras tanto, en los pasillos vaticanos bullían los rumores y especulaciones sobre las actuaciones de los máximos jerarcas del IOR. Ellos negaban que se hubiesen reunido alguna vez con personajes como Michele Sindona o Roberto Calvi. Unos días después del nombramiento del cardenal Bernardin Gantin como presidente del Consejo Pontificio *Cor Unum,* el propio Papa encontró una copia de la Oficina Italiana de Control Bursátil, la UIC, en su despacho. Alguien había decidido dejar la primera pista a Juan Pablo I sobre los turbios negocios que estaba llevando a cabo el IOR [12].

[12] Algunas fuentes aseguran que el famoso informe fue entregado al papa Juan Pablo I por agentes de la Santa Alianza o del *Sodalitium Pianum,* mientras que otras sostienen que fue el cardenal Benelli quien se lo dejó en el despacho al Sumo Pontífice.

El informe, firmado por el ministro de Comercio Exterior, Rinaldo Ossola, declaraba que el Banco Vaticano era una institución financiera no-residente; en síntesis, «extranjera» e inviolable [13].

El ministro Ossola estaba disgustado por los abusos en el tráfico de moneda, que había provocado la salida de una gran cantidad de divisas de Italia, dejando a la lira en situación peligrosa. Ossola creía saber quién en el Vaticano o cercano a él estaba dirigiendo esta operación desde el IOR.

Se cuenta la historia de que cada vez que el Papa, cuando todavía era cardenal, pedía una explicación sobre los rumores de la situación financiera del IOR, el papa Pablo VI le enviaba a Paul Marcinkus a hacerle las mismas preguntas: «Su eminencia, ¿no tiene nada mejor que hacer hoy? Usted debe hacer su trabajo y yo el mío», respondía el responsable de finanzas del Vaticano al patriarca de Venecia [14].

Juan Pablo I, al leer el documento, pidió una reunión secreta con los cardenales Benelli y Felici, a quienes pidió que le explicasen todo lo que habían aprendido en los últimos años sobre la investigación llevada a cabo por el Banco de Italia a la Banca Ambrosiana.

Durante varias noches, Benelli relataba al Sumo Pontífice las relaciones del IOR con Licio Gelli, la logia Propaganda 2, Michele Sindona y Roberto Calvi. Felici, por su lado, exponía a Juan Pablo I las relaciones de Calvi y las conexiones de este con el IOR y Paul Marcinkus. Al parecer, Benelli era informado de cada paso de la investigación por una fuente secreta, una «garganta profunda» en el Banco de Italia, mientras que monseñor Felici era informado a

través de una fuente dentro de la Santa Alianza.

Esta última fuente sería la que informaría al cardenal Benelli sobre la investigación que se estaba llevando a cabo contra el imperio de Roberto Calvi y que en septiembre de 1978 alcanzaría la máxima tensión [15]. El agente de la Santa Alianza que informaba a Benelli era un sacerdote infiltrado por dicha organización en el IOR de Marcinkus

[13] John Cornwell, *A Thief in the Night. Life and Death in the Vatican,* Penguin Books, Nueva York, 1989.

[14] David A. Yallop, *In God's Name...,* ob. cit.

[15] Heribert Blondiau y Udo Gümpel, *El Vaticano santifica los medios. El asesinato del «banquero de Dios»,* Ellago Ediciones, Castellón, 2003.

llamado Giovanni DaNicola. Licenciado en Ciencias Económicas y experto en la creación de sociedades bursátiles y sociedades en paraísos fiscales, al padre DaNicola no le había sido demasiado difícil infiltrarse en el IOR. Sus servicios eran muy requeridos por aquel entonces en donde el Banco Vaticano era propietario de sociedades: en las Bahamas, las islas Caimán, Luxemburgo, Mónaco, Ginebra y Liechenstein. DaNicola había revelado al cardenal Benelli que el Banco de Italia estaba investigando las conexiones del Vaticano con las sociedades de Calvi, e incluso que los inspectores tenían suficientes pruebas para encausarle. La lista de investigados eran Paul Marcinkus, responsable del IOR; Luigi Mennini, secretario inspector del IOR; y Pellegrino de Strobel, jefe contable del Banco Vaticano.

Pero no solo el cardenal Benelli tenía acceso a esa información; también, desde el corazón del Banco de Italia, miembros de la logia P2 informaban a Licio Gelli en Argentina, y él a su vez a Roberto Calvi y a Umberto Ortolani, masón y «Gentilhombre de Su Santidad», nombramiento dado por el papa Pablo VI [16]. Al mismo tiempo, miembros de la P2 destinados en la Magistratura de Milán informaron a Gelli de que la investigación sobre el Banco Ambrosiano había finalizado y que el amplio y voluminoso dosier sería pasado al juez Emilio Alessandrini. En el informe, según dijo el padre DaNicola, de la Santa Alianza, se había incluido un reportaje publicado en el *Osservatore Politico* (OP) y firmado por un periodista llamado Mino Pecorelli. El reportaje llevaba por título «La Gran Logia Vaticana» y en el texto se hacía referencia, con nombres y apellidos, a ciento veintiún miembros del Vaticano que pertenecían a diferentes logias masónicas. Cardenales, obispos, prelados y oficiales de la Santa Sede aparecían en una lista que acababa con el nombre de Licio Gelli, gran maestre de la Propaganda 2. Pecorelli, según descubrió la Santa Alianza, era un activo miembro de la logia que ahora, desencantado, se dedicaba a airear sus trapos sucios, aunque estos se manchasen en el

mismísimo Vaticano.

El 12 de septiembre, el padre Giovanni DaNicola presentó formalmente y en persona la lista al Sumo Pontífice. Juan Pablo I leyó en ella los nombres del cardenal Jean Villot; de monseñor Agostino Casa

[16] Véase capítulo 17.

roli; del cardenal vicario de Roma, Ugo Poletti; del cardenal Sebastiano Baggio; del obispo Paul Marcinkus; o el de monseñor Donato de Bonis, del Banco Vaticano [17].

El Papa preguntó a Felici y Benelli si aquella lista era verdadera. Ambos religiosos confirmaron que una lista similar había circulado por la sede del contraespionaje vaticano, el *Sodalitium Pianum,* ya en 1976.

Roberto Calvi creía que el papa Juan Pablo I deseaba vengarse de él debido al asalto al que había sometido su grupo a la Banca Cattolica del Veneto. Lo que sus socios en el IOR no sabían era que Calvi había conseguido desviar cerca de cuatrocientos millones de dólares y depositarlos en cuentas secretas en diversos bancos de Latinoamérica. Gelli dijo a Calvi que, según sus fuentes, el papa Juan Pablo I deseaba reformar las finanzas del Vaticano y que si hacía eso saldría a la luz el desvío continuo de fondos, las empresas en paraísos fiscales, el lavado de dinero procedente de la mafia y muchas otras cosas más [18].

Licio Gelli aseguró a Roberto Calvi que el «problema» debía ser resuelto. Calvi no supo nunca si el jefe de la Propaganda 2 se refería al agujero del Banco Ambrosiano o al papa Juan Pablo I.

El domingo 17 de septiembre por la mañana, y tras un ligero desayuno, el Sumo Pontífice hace llamar al padre DaNicola para que se le facilite el informe redactado por la Santa Alianza sobre el proceso de la crisis de las finanzas del Vaticano y al que se llamó «IORBanca Vaticana. Situación y Proceso» y calificado de «Alto Secreto» y «Bajo Secreto Pontificio» [19]. El informe, redactado por algún agente de la Santa Alianza a mano, comenzaba afirmando que «el papa Juan XXIII había dejado a su sucesor unos fondos de reserva procedentes del óbolo de Pedro y administrados por el IOR. La cantidad ascendía a cincuenta mil millones de liras». En aquel momento la Administración de Bienes estaba dirigida por el cardenal Gustavo Testa, y el IOR, por monseñor Alberto Di Jorio. «Pablo VI tuvo preparado el decreto para unir todas las administraciones, pero misteriosamente en el último momento no se llevó a cabo», decía el informe. «Yo creo [el agente de la Santa Alianza que redactó el in

[17] Martin Short, *Inside the Brotherhood. Explosive Secrets of the Freemasons,* ob. cit.

[18] David A. Yallop, *In God's Name...,* ob. cit.

[19] Paul L. Williams, *The Vatican Exposed. Money, Murder and the Mafia,* ob. cit.

forme] que la presencia de Michele Sindona en nuestras inmediaciones financieras y su alianza con Licio Gelli tuvo bastante que ver en la retirada del edicto.»

El análisis del servicio de espionaje papal se refería también a «un personaje siniestro llamado Umberto Ortolani. Un boloñés íntimo amigo del cardenal Giacomo Lercaro y del cardenal Joseph Frings».

El *Sodalitium Pianum* era el departamento de espionaje pontificio que mejor información tenía sobre Ortolani. Según el informe del S.P., Ortolani era un boloñés bajo, de aspecto orondo, que llevaba siempre una gruesa cadena de oro sobre el chaleco. Sus operaciones las dirigía desde la ostentosa villa de Grottaferrata, en donde se alojaron en diversas ocasiones los cardenales Lercaro y Frings. «Umberto Ortolani se dedica a reflotar empresas en crisis y, una vez que están saneadas, las despieza y las vende al mejor postor», decía el informe. En un anexo especial se indicaba que Ortolani había ingresado en la Orden de Malta y luego se inició en la logia P2 de Licio Gelli [20].

Desde enero del año anterior (1977), la Santa Alianza conoce ya la llamada «Lista de los 500». Por esas mismas fechas, Mario Barone, un antiguo compañero de universidad de Michele Sindona, revela la existencia de la famosa lista con los nombres de medio millar de empresarios, políticos, financieros, miembros de la Curia, industriales y mafiosos que han utilizado los bancos de Sindona para evadir enormes sumas de capital de Italia. Barone prometió entregar la lista a las autoridades a cambio de inmunidad, pero cuando abrió la caja de seguridad de la Banca Privata, en donde supuestamente estaba depositada la lista, estaba vacía. Lo que no se sabe es cómo el servicio de espionaje papal pudo hacerse con una copia [21].

Hacia el 23 de septiembre el papa Juan Pablo I tiene ya casi en sus manos la totalidad de la investigación sobre el «Vaticano S.A.». Esa misma tarde, y tras una reunión con el responsable de la Santa Alianza, el jefe de los espías papales informa al Sumo Pontífice sobre otro oscuro personaje que se mueve entre las finanzas del Vati

[20] Ricardo de la Cierva, *El diario secreto de Juan Pablo I,* ob. cit. [21] Luigi DiFonzo, *Michele Sindona, el banquero de San Pedro,* ob. cit.

cano, el eslovaco monseñor Pavel Hnilica [22]. Algunos apuntan a que es este miembro de la Curia el que informa desde el IOR a los agentes de la Santa Alianza, pero esta versión no ha podido nunca ser demostrada.

Otro informe en manos del agente de la Santa Alianza padre Giovanni DaNicola, y ahora en poder de Juan Pablo I, ofrecía otra información que le había pasado su fuente de la entidad. Según parece, los inspectores del Banco de Italia habían comenzado a

investigar al Ambrosiano tras una denuncia anónima (Luigi Cavallo, un mafioso de poca monta amigo de Michele Sindona) el 21 de noviembre de 1977. Estaba claro que la presa era Roberto Calvi, y poco a poco las autoridades fiscales comenzaron a destejer su enmarañada organización.

Calvi tenía entidades financieras en Perú y Nicaragua, en Puerto Rico y las Caimán, en Canadá, Bélgica y los Estados Unidos, pero realmente el punto débil del financiero serían las sociedades Suprafin y Ultrafin. Tanto a Calvi como a Sindona no les interesaba que se supiera la verdad de ambas sociedades y su única tabla de salvación era Paul Marcinkus. Cuando los inspectores italianos comenzaron a descifrar el entramado de ambas sociedades y sus movimientos monetarios, apareció Carlo Oligati, administrador general del Ambrosiano, anunciando que Suprafin era propiedad del Vaticano y, por lo tanto, «intocable». Marcinkus solo tuvo que asentir con la cabeza para espantar a las autoridades italianas.

El último día de la vida de Juan Pablo I fue para él una jornada normal de trabajo. Aquel 28 de septiembre de 1978 comenzó con una oración en su capilla privada, un desayuno frugal mientras escuchaba los informativos de la RAI y una primera toma de contacto con sus secretarios, John Magee y Diego Lorenzi.

A las nueve de la mañana comenzaron las audiencias. Juan Pablo I recibiría al cardenal Bernardin Gantin y al padre Riedmatten, ambos responsables de todas las obras de ayuda en materia social. Sobre las dos de la tarde, el Sumo Pontífice se retiró a almorzar con un pequeño grupo que solía acompañarle. Aquel día se sentaron a la mesa el carde

[22] Monseñor Pavel Hnilica, fundador de *Pro Fratibus,* fue el responsable de intentar recuperar la cartera que Roberto Calvi llevaba consigo antes de su supuesto «suicidio» en Londres. Hnilica, al parecer, ofrecía millones por ella.

nal Jean Villot y los padres Lorenzi y Magee. Después dieron todos un largo paseo de cerca de una hora por los jardines del Vaticano.

A primera hora de la tarde, el Papa, acompañado de dos miembros de su escolta y seguido por dos agentes de la Santa Alianza, se dedicó a revisar papeles y cartas personales que debía responder. Al atardecer pasó largas horas con el cardenal secretario de Estado, Jean Villot, despachando asuntos de la Santa Sede. Habló por teléfono con los cardenales Giovanni Colombo, arzobispo de Milán, y Benelli.

A las ocho de la tarde se retiró para rezar el rosario en compañía de dos monjas y sus dos secretarios. Después se sirvió la cena a base de sopa de pescado, judías verdes, queso fresco y fruta. Sobre las nueve, y como era su costumbre, se puso frente al televisor para ver los informativos. Inmediatamente después el Papa se retiró a su habitación y le pidió a sor Vincenza que le llevara una bandeja con

agua para poner en su mesilla. A las nueve y media de la noche, Juan Pablo I cerró la puerta de su dormitorio, pronunciando las que serían sus últimas palabras [23].

Antes de dormir, Juan Pablo I tenía la costumbre de leer algún texto en la cama, para lo que había hecho colocar una pequeña lámpara en la mesilla situada a su lado. La escolta de agentes de la Santa Alianza que siguen al Papa había sido retirada por orden de un superior no identificado, según informaría el agente padre Giovanni DaNicola a la mañana siguiente al cardenal Benelli.

El Sumo Pontífice moriría de «muerte natural» o por «asesinato» entre las nueve y media de la noche del 28 de septiembre y las cuatro y media de la madrugada del 29 [24].

Existen dos versiones sobre quién descubrió el cadáver. La oficial, es decir, la del Vaticano, es la de que el primero en entrar en la habitación del Pontífice muerto fue su secretario John Magee [25]. La extraoficial y verdadera fue la de que la primera persona en entrar en la habi

[23] John Cornwell, *A Thief in the Night. Life and Death in the Vatican,* ob. cit.

[24] David A. Yallop, *In God's Name...,* ob. cit.

[25] Esta versión es la defendida aún hoy por el Vaticano. Para la Santa Sede no era muy «decoroso» que una mujer fuese la primera en descubrir el cadáver del Sumo Pontífice muerto en la cama. Al parecer, la versión oficial fue inventada por el cardenal secretario de Estado, Jean Villot.

tación del Pontífice por no responder a su llamada fue la monja sor Vincenza Taffarell, quien descubrió el cadáver de Juan Pablo I.

A las 5.40, como cada mañana, sor Vincenza tocó la puerta con los nudillos para despertar al Santo Padre. Llamó nerviosamente, sin obtener respuesta. Al entrar encontró la luz de la mesilla encendida y el cuerpo de Juan Pablo I inmóvil. Estaba muerto. Salió rápidamente de la habitación, y la engrasada maquinaria vaticana se puso en movimiento. La ayudante del Papa avisó al padre John Magee. Este, al cardenal secretario de Estado, Jean Villot, y al decano del Sacro Colegio Cardenalicio, el cardenal Carlo Confalonieri. Villot avisó al médico del Papa, el doctor Renato Buzzonetti. En el interior de la habitación la confusión era total. El diagnóstico del médico papal fue certificar la muerte de Juan Pablo I sobre las once y media de la noche del 28 de septiembre por infarto agudo de miocardio. A las siete y media de la mañana, la agencia de noticias ANSA informaba del fallecimiento del Sumo Pontífice.

La comisión cardenalicia creada para investigar la muerte del papa Juan Pablo I, dirigida por los cardenales Silvio Oddi y Antonio Samore, concluyó que se trataba de «muerte natural por infarto», pero muchas preguntas quedaron sin respuesta cuando el papa Juan Pablo II decidió ordenar la clasificación de «Secreto Pontificio» para el dosier de la investigación. Hoy ese informe permanece, como

muchos otros, en un oscuro rincón del Archivo Secreto Vaticano.

¿Por qué se dijo que el Papa sufría del corazón cuando su médico de toda la vida, el doctor Antonio Da Ros, rechazó tal punto?; ¿por qué no se avisó al doctor Da Ros si su secretario John Magee dijo que el Papa había mostrado muecas de dolor varias veces durante el día y mientras se apretaba el pecho?; ¿por qué se dijo que el Papa solo tomaba vitaminas, cuando realmente y por prescripción del doctor Buzzonetti se le habían recetado inyecciones para estimular la glándula que segrega adrenalina?; ¿por qué no se dijo que se había recetado a Juan Pablo I inyecciones para solucionar su problema de baja presión sanguínea?; ¿por qué el termo de café que cada mañana le llevaba sor Vincenza estaba intacto cuando se descubrió el cadáver del Pontífice y desapareció poco después sin dejar el menor rastro?; ¿por qué y quién ordenó la retirada de la vigilancia al papa Juan Pablo I de los agentes de la Santa Alianza?; ¿por qué cuando Hans Roggan, oficial de la Guardia Suiza, comunica a Paul Marcinkus la muerte del Sumo Pontífice, este no muestra ninguna extrañeza, según testimonio del propio Roggan?; ¿por qué se dijo que no se había realizado ninguna autopsia al cadáver del Papa, cuando realmente se le realizaron tres?; ¿por qué no se hicieron públicos los resultados de ninguna de las tres autopsias?; ¿por qué se ordenó a la Santa Alianza que no se abriese ninguna investigación por parte de los servicios secretos papales? Todas estas preguntas y muchas otras más quedarían sin respuesta [26].

El padre Giovanni DaNicola, que informaba al Sumo Pontífice sobre las malversaciones financieras realizadas por Paul Marcinkus y sus socios a través del IOR, sabía que ahora que Juan Pablo I había muerto sus días estaban contados. El espía pidió protección al cardenal Benelli, pero por un motivo u otro esa protección no fue efectiva. Benelli había conseguido que la Santa Sede, a través de la Secretaría de Estado, trasladase a DaNicola a la nunciatura en Canadá, pero la confirmación del cambio de destino del espía papal nunca llegó.

Cuatro días después de la muerte de Juan Pablo I, y mientras aún el mundo se reponía de la sorpresa, el espía de la Santa Alianza apareció ahorcado en un solitario parque de Roma muy concurrido por travestis y prostitutas en busca de clientes. A pesar de que la policía italiana cerró el caso tras considerarlo de suicidio, nadie quiso investigar las extrañas marcas que DaNicola tenía en los brazos y en el cuerpo, como si hubiera luchado contra alguien. La autopsia demostraba que Giovanni DaNicola tenía el cuello roto, provocado al parecer por un fuerte golpe en la nuca y no por efecto del peso del cuerpo al caer en seco con una soga amarrada al cuello.

Sin duda alguna, el hombre que más sabía de los secretos del IOR y de Paul Marcinkus había sido asesinado. Nadie hizo preguntas, ni siquiera los jefes del espionaje y contraespionaje del Estado Vaticano.

La misteriosa muerte de Juan Pablo I reunió nuevamente al cónclave para elegir a un sucesor. El 14 de octubre de 1978, a las cuatro y media de la tarde, ciento once cardenales entraron en el cónclave del que debía salir elegido el nuevo sucesor de Pedro. En la Capilla Sixtina

[26] David A. Yallop, *In God's Name...,* ob. cit.; John Cornwell, *A Thief in the Night...,* ob. cit.; y Luigi DiFonzo, *Michele Sindona, el banquero de San Pedro,* ob. cit.

CERTIFICATO DI MORTE

Certifico che Sua Santità GIOVANNI PAOLO I, ALBINO LUCIANI,
nato in Forno di Canale (Belluno) il 17 ottobre 1912,
è deceduto nel Palazzo Apostolico Vaticano il 28 settembre 1978
alle ore 23 per " morte improvvisa - da infarto miocardico acuto ".
*Il decesso è stato constatato alle ore 6.00 del giorno 29 settembre 1978.

Città del Vaticano , 29 settembre 1978.

(Dott. Renato Buzzonetti)

Visto il Direttore dei Servizi Sanitari
(Prof. Mario Fontana)

Certificado de defunción de Juan Pablo I

los cardenales oyeron en silencio las estrictas normas del cónclave. El cardenal Wojtyla está tranquilo la víspera de la primera votación [27].

Al día siguiente, el domingo 15 de octubre, dieron comienzo las votaciones. La contienda está entre el cardenal Giuseppe Siri y el cardenal Benelli, que han conseguido cada uno de ellos treinta votos [28]. En la segunda votación ambos candidatos pierden apoyo, pero por la tarde el cardenal Ugo Poletti, presidente de la Conferencia de Obispos Italianos, recibe treinta votos. En la cuarta votación entran en liza los cardenales Felici y Wojtyla, que recibe cinco votos. A pesar del silencio que reinaba en las celdas que rodean a la Capilla Sixtina, se está librando una gran batalla por el control de la Iglesia católica.

Aunque la candidatura de Siri no retroceda lo más mínimo, cada votación tan solo hace que nuevos nombres entren y salgan de las candidaturas sin que se consiga un resultado óptimo. En la noche del 15 de octubre, el cardenal Franz König negocia con los cardenales franceses, alemanes, españoles y norteamericanos el posible apoyo al cardenal polaco, Wojtyla. El lunes 16, por la mañana, hay dos votaciones más. Siri sigue perdiendo terreno frente a otros cardenales como Giovanni Colombo, Ugo Poletti o Johannes Willebrands [29].

En el siguiente sufragio los votos a favor del cardenal Karol Wojtyla se incrementan. Esa misma tarde, Wojtyla se reúne en la celda con el cardenal primado de Polonia, Wyszynski. Este le dice que si le eligen debe aceptar. Dos votaciones después, Karol Wojtyla escuchó cómo se pronunciaba su nombre. De ciento ocho cardenales, noventa y nueve le han concedido su voto.

Lo nunca visto, lo inimaginable: un Papa de un país del este de Europa, de una nación más allá del Telón de Acero. Tras pronunciar las palabras de aceptación y anunciar el nombre que adoptaría como Sumo Pontífice, el nuevo Papa fue escoltado hasta la antecámara conocida como la *camera lacrimatoria,* el salón en donde el nuevo Sumo Pontífice se viste con el hábito blanco.

Inmediatamente después, y con paso firme, Juan Pablo II salió al balcón para lanzar su bendición *Urbi et Orbi* al mundo y a los fieles.

[27] Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness,* Bantam Doubleday, Nueva York, 1996.

[28] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

[29] Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness,* ob. cit.

Momentos después, el Papa pidió a los miembros del cónclave que se quedaran a cenar con él. Las ansias ante la llegada de un nuevo Pontífice se deshicieron con los primeros nombramientos. Para dirigir la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum,* Juan Pablo II nombró al monseñor Luigi Poggi, nacido hacía sesenta y un años en la localidad italiana de Piacenza y que había ocupado el cargo de

delegado apostólico en Polonia desde 1975. Sin duda alguna, Poggi era lo que iba a necesitar la Santa Alianza en unos momentos en los que comienzan a aparecer las primeras grietas en el Telón de Acero. Corren nuevos tiempos y para ello se necesitan unos servicios de espionaje activos en uno de los papados más políticos de toda la historia de la Iglesia católica romana y mientras aún colean las repercusiones de las actividades económicas del IOR.

De haber sido elegido el cardenal Benelli, no cabe la menor duda de que el cardenal Jean Villot hubiera sido reemplazado; Marcinkus, Mennini y De Strobel, cesados y tal vez procesados; pero no sucedió nada de eso. El cardenal polaco Karol Wojtyla fue el elegido y todo siguió igual a pesar del cambio.

Toda la información sobre el escándalo financiero recogida por el cardenal Benelli, la Santa Alianza, el *Sodalitium Pianum* y el cardenal Felici se puso a su disposición. Se le entregaron también las pruebas de los miembros de la masonería que formaban parte de la Curia, pero todo siguió igual. El cardenal Jean Villot fue confirmado al mando de la Secretaría de Estado; Paul Casimir Marcinkus, ayudado por Mennini y De Strobel, continuó rigiendo los destinos del IOR y encubriendo las actividades ilegales del Banco Ambrosiano. Calvi, Gelli y Ortolani continuaron en libertad para dedicarse al robo sistemático con el apoyo del IOR. Sindona, por su lado, estaba en condiciones de seguir en libertad en los Estados Unidos lejos de la ley italiana. Como diría un día el personaje del príncipe de Lampedusa en la famosa novela *Il Gattopardo:* «Hace falta que todo cambie para que todo siga igual».

A diez años de su fundación por Licio Gelli, la logia Propaganda 2 continuó operando y manipulando la política de varios países y apoyando golpes de Estado como el de los militares argentinos.

Entre 1979 y 1982, cinco cardenales relacionados con la investigación del IOR y la Banca Ambrosiana, en buen estado de salud y con una media de edad de sesenta y nueve años, fallecieron misteriosamente: Jean Villot, de setenta y tres años, Sergio Pignedoli, de setenta años, Egidio Vagnozzi, de setenta y cuatro años, Pericle Felici, de setenta años, y Giovanni Benelli, de sesenta y un años.

Varios escritores han escarbado en la misteriosa muerte de Juan Pablo I, como el investigador David Yallop para su libro *In God's Name. An Investigation into the murder of Pope John Paul I,* y el historiador John Cornwell, para su obra *A Thief in the Night. Life and Death in the Vatican.* Mientras que Yallop sostiene que la muerte de Juan Pablo I fue el resultado de un complot organizado por la logia P2 y los círculos financieros que rodeaban al IOR, Cornwell defiende que, aunque la muerte del Papa pudo ser natural, no

descarta un complot financiero que «necesitase convenientemente» su muerte para continuar con las oscuras operaciones financieras.

Fuera como fuera, lo cierto es que la muerte de Juan Pablo I continúa siendo uno de los más grandes y mejor guardados secretos de toda la historia del Estado Vaticano. Las intervenciones de la Santa Alianza y del *Sodalitium Pianum* en este asunto fueron tan solo testimoniales y casi accidentales. A la llegada del papa Juan Pablo II al Trono de Pedro, los agentes de la Santa Alianza tomarían un papel mucho más activo en operaciones clandestinas, como fueron la venta de armas a Argentina durante la Guerra de las Malvinas/Falklands contra la Gran Bretaña de Margaret Thatcher o la financiación ilegal con fondos desviados del IOR del sindicato de Lech Walesa, Solidaridad. De cualquier forma, aún quedaba ajustar cuentas con muchos de los grandes protagonistas de los escándalos financieros en los que estaba involucrado el Vaticano, y en ello sí que actuaría de forma decisiva la Santa Alianza en la hora de los asesinos.

LA HORA DE LOS ASESINOS (1979-1982)

«Todo el día tergiversan mis palabras, solo piensan en causarme daño, espían mis pasos para atentar contra mi vida.»
(Salmos 55, 7)

E l coronel Ryszard Kuklinski abrió la puerta de par en par para anunciar al general Wojciech Jaruzelski que Karol Wojtyla acababa de ser nombrado Sumo Pontífice. Con cincuenta y siete años, para el ministro de Defensa de la República Popular de Polonia aquella noticia no era ni mejor ni peor que otra, pero lo que no sabía en aquel momento era que la elección de un polaco como nuevo Papa le daría más de un dolor de cabeza.

Mientras tanto, los flecos del escándalo IOR seguían pendiendo sobre el Vaticano, y una oscura mano como la de Licio Gelli estaría dispuesta a solucionarlo. En el mes de enero de 1979, Mario Sarcinelli convenció a Roberto Calvi para que se presentase ante la comisión especial del Banco de Italia. El «banquero de Dios» sería interrogado sobre sus relaciones con Suprafin, sobre los contactos entre el Banco Ambrosiano y el IOR de Marcinkus y sobre la filial del banco que operaba en Nassau. Uno de los investigadores solicitó a Calvi que precisara el nombre de los accionistas del Ambrosiano. El «banquero de Dios» se negó.

Otro obstáculo sería el abogado y periodista Carmine *Mino* Pecorelli. Desde su publicación *OP,* Pecorelli reveló un gran número de escándalos en los años sesenta. La mayor parte de ellos, procedentes de fuentes de información diversas, muchas de las cuales relacionadas incluso con la mafia. Con el paso de los años, *OP* se convirtió en una valiosa fuente de información no solo para políticos, sino también para financieros, abogados y fiscales [1].

Lo cierto era que el periodista tenía acceso a fuentes de información privilegiadas gracias a sus estrechos contactos con miembros de los servicios secretos italianos, los servicios secretos papales y, obviamente, con personajes relevantes de la logia Propaganda 2. Pecorelli era miembro de la P2 gracias a su relación con Licio Gelli.

El propio gran maestre pedía a sus poderosos hermanos de logia que facilitasen papeles y documentos a *OP* con el fin de denunciar a todos aquellos que se opusiesen en secreto o bien a la logia, o bien a los intereses de la P2. A mediados de 1977, Pecorelli decidió iniciar una investigación sobre uno de los robos más importantes en la historia de las finanzas de la República de Italia. El asunto consistía

en la adulteración y venta fraudulenta de un derivado del petróleo que se utilizaba para la calefacción central en los edificios y como combustible para camiones. Los beneficios, según los datos que aportaba Pecorelli, ascendían a casi 9.500 millones de dólares. El periodista siguió escarbando peligrosamente hasta descubrir que en el fraude estaban implicados el IOR y monseñor Marcinkus. A través de un agente libre de la Santa Alianza, al parecer el jesuita polaco Kazimierz Przydatek, el Banco Vaticano desviaba el dinero negro conseguido hacia cuentas en el extranjero, principalmente hacia Nassau y Suiza. Un día de agosto de 1977, los artículos sobre el escándalo del combustible dejaron de aparecer. Pecorelli había sido presionado por el senador democristiano Claudio Vitalote, el juez Carlo Testi y el general Donato Prete, de la Guardia de Finanzas, para que se olvidase del asunto. También se habla de una misteriosa visita que Przydatek hace al periodista. Una fuente aseguró tras el asesinato de Pecorelli que el jesuita polaco y espía de los servicios secretos del Vaticano Kazimierz Przydatek era un agente liberado a las órdenes de monseñor Marcinkus.

[1] Mario Guarini, *I Mercanti del Vaticano. Affari e Scandali: l'industria della anime,* Kaos Edizioni, Milán, 1998.

A principios de 1978, Mino Pecorelli nuevamente comenzó a publicar artículos sobre la infiltración de la masonería en el Vaticano, y en especial en sus tres grandes núcleos de poder: la diplomacia, las finanzas y los servicios secretos [2]. En uno de los artículos el periodista publicaba una lista con los nombres de los principales miembros de la masonería vaticana, entre ellos el poderoso cardenal Jean Villot. Licio Gelli supo entonces que si esa lista llegaba a manos del papa Luciani, podría ponerles en un serio aprieto, y en especial a Paul Marcinkus y Roberto Calvi.

Ya muerto el papa Juan Pablo I, Gelli decidió negociar directamente con Pecorelli. Al parecer, el periodista cifró su silencio en cerca de tres millones de dólares, pero Gelli se negó a pagar semejante cifra.

El primer artículo aparecería en *OP,* lo que dejaba en muy mal lugar al propio Licio Gelli. El texto afirmaba que el gran maestre de la logia P2 había espiado para el KGB, después para la CIA estadounidense y por último para la Santa Alianza vaticana [3].

Pasados unos días de la aparición de la primera entrega de los cinco artículos en los que trabajaba *OP*, Licio Gelli decidió invitar a cenar a Mino Pecorelli para hablar del asunto. Aquella noche, Przydatek, fue visto en los alrededores de la casa de Pecorelli, pero nunca fue interrogado al respecto por la policía italiana.

A la noche siguiente, día del encuentro con Gelli, Pecorelli trabajó todo el día en su oficina. Una hora antes de la reunión fijada con el líder de la P2, Mino Pecorelli salió del edificio y se dirigió

hacia donde tenía aparcado su vehículo. En ese momento, dos hombres se acercaron al periodista y le dispararon en la boca en tres ocasiones. La mafia había hecho su particular justicia aplicando a Pecorelli el *sasso in bocca,* que significa que un traidor no volverá a hablar [4]. Nadie fue detenido nunca en relación con el asesinato hasta el día de hoy.

El 29 de marzo de 1979, alguien dio la orden de detener a los directivos del Banco de Italia que investigaban las conexiones del Banco Ambrosiano y el IOR de Marcinkus. Mario Sarcinelli y Paolo Baffi fue

[2] Mario Guarini, *I Mercanti del Vaticano...,* ob. cit.

[3] Martin Short, *Inside the Brotherhood...,* ob. cit.

[4] Rita di Giovacchino, *Scoop mortale: Mino Pecorelli, storia di un giornalista kamikaze,* T. Pironti Edizioni, Nápoles, 1994.

ron encarcelados acusados de esconder y omitir deliberadamente información sobre la investigación [5].

A pesar de que Sarcinelli, el jefe de investigadores del Banco de Italia, fue puesto en libertad, el juez se negó a permitirle el reingreso en el banco y, por lo tanto, a continuar con su trabajo en el caso del Banco Ambrosiano [6].

Otro fiscal que intentaría realizar una investigación independiente sobre las relaciones de Sindona con el Banco Vaticano sería Giorgio Ambrosoli. Como fiscal liquidador del imperio Sindona desde 1974, pudo poner en claro las operaciones que había llevado a cabo el banquero de la mafia en colaboración con el Banco Vaticano.

Su investigación le había permitido identificar a casi noventa y siete altos cargos de la Administración, la política, las finanzas y el Vaticano relacionados con cuentas corrientes en el extranjero, en especial en Londres, Suiza y los Estados Unidos. En esa lista aparecían hombres de confianza primero del papa Pablo VI y ahora de Juan Pablo II, como Máximo Spada o Luigi Mennini [7].

El fiscal Ambrosoli encontró pruebas irrefutables de la complicidad del Banco Vaticano con las operaciones delictivas realizadas por Michele Sindona. En mayo de 1979, Ambrosoli calculaba el crac del imperio Sindona en unas pérdidas cercanas a los 757.000 millones de liras.

Con el fiscal Giorgio Ambrosoli colaboraban también Boris Giuliano, superintendente de las fuerzas policiales en Palermo, y el teniente coronel Antonio Varisco, jefe de seguridad de Roma. Giuliano se había puesto a investigar a Sindona cuando de forma casual descubrió en el chaleco de un mafioso asesinado dos cheques que inculpaban al banquero de la mafia con el envío de dinero negro procedente del tráfico de heroína a una cuenta bancaria en el Caribe. Varisco, por su parte,

[5] Heribert Blondia y Udo Gümpel, *El Vaticano santifica los medios. El asesinato del «banquero de Dios»,* Ellago Ediciones, Castellón, 2003.
[6] Paolo Baffi, desmoralizado por las trabas impuestas a su investigación y por las amenazas recibidas hacia él, su esposa y sus hijos, decidió abandonar su puesto en el Banco de Italia a finales de 1979.
[7] Corrado Stajano, *Un eroe borghese: il caso dell'avvocato Giorgio Ambrosoli assassinato dalla mafia politica,* Einaudi Edizioni, Turín, 1991.

llevaba a cabo una investigación profunda sobre las raíces de la P2. Ambrosoli descubrió, por ejemplo, cómo había cambiado de manos la Banca Cattolica del Veneto y cómo un agente de la Santa Alianza de un país del Este (posiblemente, Kazimierz Przydatek) había portado en dos maletas nueve millones y medio de dólares en comisiones destinados a Roberto Calvi, Paul Marcinkus y el cardenal John Cody [8].

El 11 de junio de 1979, Ambrosoli fue asesinado en el portal de su casa por William Arico, un asesino profesional. Nuevamente diversos testigos relataron a la policía que días antes del asesinato del fiscal un hombre alto, de pelo castaño claro, había sido visto por los alrededores tomando notas de algo. Przydatek, el agente del espionaje pontificio que trabajaba para Marcinkus, concordaba con la descripción.

El 13 de junio, el teniente coronel Antonio Varisco caía asesinado cuando dos hombres lo ametrallaron en un semáforo. El 20 de julio, Boris Giuliano entró en el Lux Bar de Palermo como cada mañana para tomar un café. Cuando se dirigía hacia la caja para pagar su consumición, un hombre se le acercó por la espalda y le disparó en la nuca. Antes de salir del local el asesinó depositó sobre el cadáver un clavel blanco. Una investigación demostraría años después que el «clavel blanco» era un signo utilizado por la Inquisición en Roma durante los años en los que el cardenal y general de la Inquisición Miguel Ghislieri [9] imponía el terror en la Ciudad Eterna. El clavel blanco era colocado por los denunciantes anónimos para señalar las casas de aquellos que debían ser detenidos y torturados por el Santo Oficio.

Aunque Ambrosoli no pudo finalizar su investigación, el voluminoso dosier sirvió de prueba inculpatoria durante el juicio que iba a celebrarse en Nueva York contra Michele Sindona. Tanto Roberto Calvi como Paul Marcinkus negaron siempre haber recibido una comisión por la venta de la Banca Cattolica del Veneto. La causa contra Sindona por el colapso del Franklin Bank comenzaría a principios del mes de febrero de 1979.

[8] Peter T. Schneider, *Reversible Destiny: Mafia, Antimafia, and the Struggle for Palermo,* University of California Press, Los Ángeles, 2003.
[9] El 7 de enero de 1566, el cardenal Miguel Ghislieri fue nombrado Sumo Pontífice. Ya como Pío V, decidió fundar la Santa Alianza, el servicio secreto papal.

Altos miembros de la Curia romana, como Paul Marcinkus, e ilustres cardenales, como Giuseppe Caprio y Sergio Guerri, estaban

dispuestos a declarar a favor de Sindona, pero pocas horas antes de iniciarse las declaraciones en la embajada de los Estados Unidos en Roma, el cardenal Agostino Casaroli, según parece por orden expresa de Juan Pablo II, ordenó a Marcinkus, Caprio y Guerri que «mantuviesen la boca cerrada». Posteriormente, el Vaticano, a través de la Secretaría de Estado, emitió un comunicado que decía:

> Pueden crear un precedente muy conflictivo y perjudicial. Ha habido demasiada publicidad. Nos duele mucho que el Gobierno de los Estados Unidos no reconozca diplomáticamente al Vaticano, porque el Vaticano es un Estado de derecho [10].

Lo cierto es que Casaroli salvó al Estado Vaticano de un escándalo, sin saber que había desobedecido una orden expresa de Juan Pablo II, quien había autorizado a Marcinkus, Caprio y Guerri a declarar a favor de Sindona. El fiel Casaroli no lo sabría hasta años después [11].

Por fin, el 23 de marzo de 1980, Michele Sindona, el banquero de la mafia, fue declarado culpable por noventa y cinco cargos, entre ellos el de fraude, conspiración, perjurio, falsificación de documentos bancarios y apropiación indebida de fondos depositados en sus bancos. Sindona fue encarcelado en el Centro Correccional Metropolitano de Manhattan a la espera de la sentencia. Mientras pasaba sus horas en una celda y cambiaba sus trajes de 1.500 dólares por un mono naranja de recluso, Roberto Calvi y Paul Marcinkus continuaban con sus jugosos negocios. Una de las compañías más rentables para el Vaticano sería la Bellatrix, con sede en Panamá.

Aunque fue fundada en 1976 por Calvi con dinero del IOR, realmente todas sus operaciones estaban controladas y dirigidas por el propio Marcinkus en representación del IOR, Licio Gelli, el masón Umberto Ortolani y Bruno Tassan Din, director ejecutivo y estratega financiero del poderoso grupo editorial Rizzoli [12].

[10] David Álvarez, «The Professionalization of the Papal Diplomatic Service», *Catholic Historical Review,* núm. 72, abril 1989.
[11] John Cornwell, *A Thief in the Night...,* ob. cit.
[12] David A. Yallop, *In God's Name...,* ob. cit.

BANCO AMBROSIANO ANDINO S.A.
L I M A - Perù

Gentlemen:

This is to confirm that we directly or indirectly control the following entries:

- Manic S.A., Luxembourg
- Astolfine S.A., Panama
- Nordeurop Establishment, Liechtenstein
- U.T.C. United Trading Corporation, Panama
- Erin S.A., Panama
- Bellatrix S.A., Panama
- Belrosa S.A., Panama
- Starfield S.A., Panama

We also confirm our awareness of their indebtedness towards yourselves as of June 10, 1981 as per attached statement of accounts.

Yours faithfully,

ISTITUTO PER LE OPERE DI RELIGIONE

TRIBUNALE CIVILE E PE

IL GIUDICE ISTRUTTORE
dott. Antonio Pizzi

Certificado del IOR firmado por Paul Marcinkus en el que reconoce que el Vaticano es propietario de empresas en paraísos fiscales, entre ellas, Bellatrix

A través de Bellatrix se transferían millones de dólares cada día desde cuentas numeradas. Por un lado entraban fondos procedentes del lavado de dinero del tráfico de drogas o de operaciones financieras fraudulentas y por el otro salía hacia las manos de políticos sudamericanos corruptos. A cargo de Bellatrix, Marcinkus tenía destacados a tres miembros de la Santa Alianza que le informaban directamente a él, saltándose a su jefe inmediato, monseñor Luigi Poggi.

El espionaje vaticano sabía que en septiembre de 1976 Calvi había abierto en Managua una sucursal del Banco Comercial, perteneciente al Grupo Ambrosiano. Aunque su función oficial era facilitar transacciones comerciales entre países de la región, la

extraoficial, con la aprobación de Paul Marcinkus, consistía en desviar fondos procedentes de los negocios fraudulentos hacia cuentas en Nassau.

Estaba claro que para Luigi Poggi y la Santa Alianza era mejor cerrar los ojos ante las operaciones fraudulentas organizadas por Marcinkus a través del IOR, ya que, al fin y al cabo, los beneficios siempre podrían ser utilizados para financiar operaciones encubiertas por el bien de la Iglesia y siempre en defensa de la fe.

Sería Licio Gelli quien presentaría a Calvi a Anastasio Somoza. A cambio de convertir Nicaragua en un refugio seguro para el dinero «B» del Vaticano y por el pasaporte diplomático nicaragüense que acompañaría a Calvi hasta el mismo día de su muerte, el IOR pagó fuertes sumas de dinero al dictador siempre a través de maletines que eran transportados por algún agente de la Santa Alianza [13].

A comienzos de 1978 los sandinistas consiguieron derrocar al dictador y se hicieron con el poder en ese país. La primera medida del nuevo régimen sería la nacionalización de toda la banca extranjera menos el Banco Comercial del Grupo Ambrosiano. Por si acaso, como en toda la historia de la política exterior vaticana, el IOR de Paul Marcinkus había destinado millones de dólares para los «comandantes» del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), para que pudiesen comprar material de guerra en países como España, Francia y Bélgica.

Las acciones del Banco Ambrosiano negociadas ilegalmente y escondidas en compañías fantasma creadas por el IOR en Panamá estaban fuera del alcance de los inspectores del Banco de Italia, pero Calvi

[13] Mario Guarini, *I Mercanti del Vaticano...,* ob. cit.

no estaba del todo tranquilo con la llegada de los sandinistas, así es que decidió trasladar todos los negocios desde Nicaragua a Perú. Para ello, el 1 de octubre de 1979 inauguró el Banco Ambrosiano Andino. Tan solo las operaciones de Bellatrix fueron transferidas a Lima; el resto de compañías continuaron proliferando en Luxemburgo. En total, diecinueve sociedades financieras operaban desde la ciudad europea y todas ellas eran propiedad del IOR, como muestra el certificado expedido por el propio Banco Vaticano y firmado por Paul Marcinkus.

Al acabar el año 1979, las pérdidas económicas del IOR alcanzaban los 200 millones de dólares y para el año siguiente estaban previstas en 280 millones de dólares. Según el cardenal Sergio Guerri, administrador del Gobernatorio de la Ciudad del Vaticano, le dijo en persona al papa Juan Pablo II que de seguir con esta tendencia estaba seguro de que a finales de 1985 se podría decir que el Estado Ciudad del Vaticano estaría totalmente

arruinado. Pero al mismo tiempo se había hecho público un informe del Bank for International Settlements en el que se señalaba que entre 1978 y 1979 el IOR tenía depositados en bancos extranjeros fondos entre 900 y 1.300 millones de dólares. Los fondos totales depositados dentro y fuera del Vaticano podían acercarse en las mismas fechas a los 2.500 millones de dólares. Juan Pablo II conocía este dato, pero lo omitió durante su reunión con los cardenales Felici y Benelli [14].

A comienzos de 1980, mientras la deuda externa de Polonia aumentaba y el país se enfrentaba a un invierno sin carbón, el Gobierno volvió a echar mano de la congelación salarial y aumentar los precios de los productos básicos, así es que nadie se alarmó cuando comenzaron a decretarse huelgas generales por todo el país. Mientras el Papa trabajaba con su jefe de espías en Castelgandolfo, monseñor Luigi Poggi, Lech Walesa, electricista en paro, ancho de hombros y un enorme bigote, se subía a una excavadora en los astilleros Lenin. Durante meses los trabajadores de los astilleros se habían negado a sumarse a las huelgas [15].

La economía de Polonia estaba en quiebra, millones de obreros se mostraban descontentos y las huelgas, que en un principio eran espontáneas, se extendieron a más de ciento cincuenta grandes empresas.

[14] David A. Yallop, *In God's Name...,* ob. cit. [15] Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness,* ob. cit.

A pesar de que la policía había matado a cuarenta y cinco trabajadores de los astilleros desde 1970, nadie quería un nuevo enfrentamiento. Pero aquel día, y mientras el gerente de la empresa y director de los astilleros de Gdansk, Klemens Giech, prometía aumentos salariales a los que volviesen al trabajo, Lech Walesa desde lo alto de la excavadora gritaba a los reunidos llamando mentiroso a Giech [16].

La verdad es que lo que en un primer momento eran huelgas aisladas se convirtieron en poco tiempo en auténticas «insurrecciones políticas contrarrevolucionarias», según palabras del propio Leonid Brezhnev. Walesa volvió a contraatacar cuando el 16 de agosto varios trabajadores estuvieron a punto de abandonar la huelga por un aumento salarial en torno a mil quinientos zlotys y una garantía para construir en los astilleros un monumento en honor a las víctimas de diciembre de 1970.

Walesa, envalentonado, presentó entonces una lista con dieciséis demandas, y cuando estaban a punto de ser aceptadas presentó otra con veintiuna peticiones más, incluida la aceptación por parte del Gobierno de un sindicato libre. Ese mismo día, ciento ochenta fábricas más del país se unieron en bloque a la huelga, apoyando las reclamaciones de Walesa.

Mientras, en el Vaticano, Juan Pablo II recibía los informes redactados por agentes de la Santa Alianza y que le iba pasando en pulcras carpetas monseñor Luigi Poggi en presencia del cardenal Agostino Casaroli. Poggi había ordenado al agente y sacerdote jesuita polaco Kazimierz Przydatek que formase un grupo de religiosos de su misma nacionalidad para infiltrarse en los círculos huelguistas y de los sindicatos. Desde ese momento, Przydatek se convirtió en la sombra de Walesa y en el mejor informador del Vaticano sobre la situación polaca.

Según el Papa, «Walesa había sido enviado por Dios, por la Providencia», y Poggi necesitaba tener un contacto constante alrededor del líder sindical. Lo cierto es que cada noche el agente de la Santa Alianza recababa información de primera mano tras entrevistar desde trabajadores a religiosos. Una de sus mejores fuentes sería el padre Henryk Jankowski, sacerdote de la iglesia de Santa Brígida, la parroquia de Lech Walesa en Gdansk. A Juan Pablo II le gustó saber cómo varios

[16] Robert Eringer, *Strike for Freedom: The Story of Lech Walesa and Polish Solidarity,* Dodd Mead, Nueva York, 1982.

trabajadores del astillero habían escalado las altas alambradas y habían colgado enormes imágenes del Papa ante el asombro de la policía que vigilaba las instalaciones. Przydatek sabía desde los tiempos de su colaboración con Paul Marcinkus lo que deseaban escuchar en el Vaticano, y él estaba dispuesto a dárselo. Kazimierz Przydatek incluso se inventó que los obreros habían desobedecido una orden de detenerse y que tras escalar habían arrancado imágenes de los líderes polacos para cambiarlas por las de Juan Pablo II. Por supuesto, era mentira, pero el Sumo Pontífice quedó muy satisfecho con la historia.

El sindicato recientemente creado por Lech Walesa, y que llevaba el nombre de Solidaridad, sería el siguiente objetivo de la Santa Alianza.

Ante el temor de que el sindicato se convirtiese en un refugio más de comunistas moderados, el Papa ordenó a Poggi que sus agentes intentasen infiltrarse en Solidaridad y obligar de alguna forma a sus líderes a aceptar una organización mucho más abierta en la que incluso estuviesen presentes líderes e intelectuales claramente católicos.

Przydatek convenció a Walesa para que aceptasen en la dirección a Tadeusz Mazowiecki, redactor jefe del periódico católico *Wiez,* y al historiador, también católico, Bronislaw Geremek. Desde ese mismo momento, el movimiento huelguista pasó al control de la Iglesia. A los pocos días, la Santa Alianza informó a Poggi de que el cardenal primado Wyszynski preparaba una homilía contra la huelga y que el Gobierno de Varsovia había decidido darle eco en la televisión

pública. Poggi se lo comunicó a Casaroli, pero el experto diplomático sabía que nada podría decirle al Papa sobre su amigo y antiguo protector.
El cardenal Wyszynski comenzó aquel día hablando sobre las faltas que todos cometen y que nadie (se refería a los huelguistas) debería señalar al prójimo (el Gobierno comunista polaco). «Todos cometemos faltas y pecados», dijo el cardenal en el púlpito del templo de Czestochova. La parte más importante del discurso fue cuando se refirió a las demandas de los huelguistas: «No podéis exigir todo de golpe. Es mejor establecer un programa. Nadie debería poner al país en peligro», dijo.
El discurso cayó como una bomba. Los huelguistas lo tomaron como un claro apoyo de la Iglesia para retrasar sus peticiones de un sindicato independiente; los intelectuales católicos protestaron por el discurso, pero se mantuvieron en silencio; Walesa no hizo ni caso al anciano; y Juan Pablo II se dedicó durante tres días a protestar entre dientes por los pasillos de Castelgandolfo recitando la misma frase: «¡Ah! Ese viejo... ese viejo» [17].
El 31 de agosto de 1980 se firmarían los famosos «Acuerdos de Gdansk», que ratificaban la creación del primer sindicato independiente detrás del Telón de Acero, mientras Solidaridad, con el apoyo político del Vaticano y del papa Juan Pablo II y financiero a través de la Santa Alianza, comenzó a extenderse a lo largo y ancho de todo el país. Pocos días después, Edward Gierek perdería el poder y sería sustituido por Stanislaw Kania.
El 29 de octubre de 1980 se reuniría en secreto y en sesión extraordinaria el Politburó de la Unión Soviética. Andrópov, Gorbachov, Kirilenko, Chernenko, Rusakov y el resto trataron la situación de Polonia. «Creo, y los hechos lo demuestran, que los líderes polacos no entienden plenamente la gravedad de la situación planteada», dijo Yuri Andrópov, jefe del KGB. «A menos que se implante la ley marcial, las cosas pueden complicarse más. Nuestras fuerzas del norte están preparadas y en plena disposición para la lucha», afirmó Ustinov; pero la más radical de las posiciones fue la de Andrei Gromyko, el ministro de Exteriores, cuando precisó: «No debemos perder Polonia. La Unión Soviética perdió a seiscientos mil soldados liberándola del yugo nazi. No podemos permitir ahora una contrarrevolución». Todos permanecieron callados.
Nadie quería una nueva revuelta húngara como la de 1956, ni una «Primavera de Praga» como la de 1968. Realmente, a principios de 1980, ningún líder soviético quería ver los tanques rusos pisar el suelo de Varsovia para reprimir una contrarrevolución.
Dos días después de la reunión, Juan Pablo II y Agostino Casaroli tenían ya en su poder, gracias a un agente infiltrado de la Santa

Alianza en el Ministerio de Defensa de Polonia, todo lo transmitido desde Moscú a Varsovia. Este agente era el coronel Ryszard Kuklinski, ayudante del general Wojciech Jaruzelski.

El 20 de enero de 1981, Ronald Reagan asumía el cargo de presidente de los Estados Unidos, pero desde semanas antes de jurar en la escalinata del Capitolio ya se habían establecido contactos estratégicos entre Washington y la Ciudad del Vaticano, entre Ronald Reagan y el

[17] Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness,* ob. cit.

papa Juan Pablo II, entre William Casey, de la CIA, y monseñor Luigi Poggi, de la Santa Alianza.

Desde finales de 1980, los contactos entre los Estados Unidos y el Vaticano sobre la situación en Polonia habían sido tratados entre Zbigniew Brzezinski, asesor de Seguridad Nacional del presidente Carter, y el cardenal Josef Tomko, jefe de Propaganda del Vaticano y antiguo jefe del contraespionaje, el *Sodalitium Pianum*. Tomko era el jefe del S.P. hasta que Juan Pablo II nombró a monseñor Luigi Poggi responsable de los dos servicios de inteligencia del Vaticano, que quedaron así unidos en un solo mando, situación que aún se mantiene.

Serían Tomko y Brzezinski quienes diseñarían, con la autorización de Jimmy Carter y Juan Pablo II, la llamada «Operación Libro Abierto», y que consistía en inundar de libros anticomunistas los países del Este y zonas de la URSS como Ucrania y los Estados bálticos. Esta operación sería coordinada por la CIA y la Santa Alianza a través de los sacerdotes que trabajaban en esas zonas.

Mientras Juan Pablo II apoyaba la «Operación Libro Abierto», Carter no hacía más que presentar objeciones. Zbigniew Brzezinski escribiría años después en sus memorias:

Estaba claro que Juan Pablo II tenía que haber sido elegido presidente de los Estados Unidos, y Jimmy Carter, Sumo Pontífice [18].

A medida que los acontecimientos mostraban una mayor posibilidad de que fuerzas soviéticas entrasen en Polonia, la Santa Alianza decidió compartir con la CIA la información facilitada por el coronel Kuklinski. Desde hacía once años el militar polaco y oficial del Estado Mayor había proporcionado información muy valiosa a los servicios secretos del Vaticano.

Con la nueva Administración ya funcionando, el Vaticano tenía dos nuevos interlocutores con respecto al asunto de Polonia: Richard Allen, consejero de Seguridad Nacional, y William Casey, director de la CIA. Las comunicaciones de Kuklinski y de la Santa Alianza y el Vaticano hacían que la información fuese de mucho valor desde el punto

[18] Zbigniew Brzezinski, *The Grand Failure: The Birth and Death of Communism in the*

Twentieth Century, Scribner Publishers, Nueva York, 1989.

de vista de análisis estratégico. Zbigniew Brzezinski conservaría su puesto de enlace entre la Casa Blanca y la Santa Alianza de Poggi.

Lo cierto es que la visión que Ronald Reagan tenía de la Iglesia católica y del Vaticano difería mucho de las anteriores administraciones, incluido John F. Kennedy, el único presidente católico de los Estados Unidos.

Pero Reagan era hijo de un trabajador católico irlandés y aquello le había marcado. Uno de sus principales núcleos de votantes eran los católicos y se sentía cómodo rodeado de ellos. Para Reagan y sus asesores, la Iglesia era el perfecto contrafuerte del comunismo. Al igual que Juan Pablo II, el presidente de los Estados Unidos veía al marxismo, al leninismo y al comunismo como los signos del mal que había que arrancar de la Tierra.

Estaba ya claro que Solidaridad representaba para Moscú una amenaza seria sin precedentes, una «infección» que estaba contagiando un monolítico sistema como el comunista y que si llegaba a infectar a los Estados bálticos podría llegar a deshacer el bloque soviético.

Juan Pablo II y los principales asesores del Vaticano estaban convencidos de que si en Polonia triunfaba el sindicato Solidaridad, la onda expansiva afectaría también a Ucrania, Balcanes, Letonia, Lituania, Estonia y tal vez a Checoslovaquia. Reagan entendió que si eso era así, podría suponer el fin de la Guerra Fría y el triunfo del capitalismo sobre el comunismo [19].

Durante una reunión del presidente Reagan con William Casey y William Clark, el asesor presidencial, este les dijo: «No debemos vernos entrando en el país y derrocando al Gobierno en nombre del pueblo. Lo único que podemos hacer es utilizar a Solidaridad como arma para conseguirlo». Fue en este momento cuando Reagan decidió que Solidaridad recibiría ayuda financiera de los Estados Unidos. Casey no sabía de dónde saldrían esos fondos, algo que sí tenían resuelto en el corazón del Vaticano.

Como enlace para las nuevas operaciones conjuntas de la CIA con la Santa Alianza en Polonia se nombró a Jan Nowak, jefe del congreso polaco-estadounidense. Su función era mantener el flujo constante de información entre Varsovia y el Vaticano, y desde el Vaticano a

[19] Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness...,* ob. cit.

Washington. Nowak también se ocuparía de la recaudación de fondos y el envío de dinero a Polonia para financiar prensa clandestina, adquisición de imprentas, envío de fotocopiadotas y cosas por el estilo [20].

Otro de los personajes que adquirirían gran protagonismo en la

«Operación Polonia» sería el delegado apostólico del Papa en Washington, el arzobispo Pío Laghi. A Casey y a Clark les gustaba visitar a Laghi en su residencia. Mientras tomaban capuchinos hablaban de la situación política en América Central, del control de la natalidad; pero, sobre todo, el tema principal era Polonia. Ronald Reagan necesitaba saber todos los aspectos de espionaje desarrollados por la Santa Alianza en Polonia. También saltaría a la escena polaca el cardenal John Krol, de Filadelfia.

Allen, Casey y el propio Ronald Reagan comenzaron a reunirse con Krol, e incluso el purpurado entraba por la puerta trasera en la Casa Blanca. Más que ningún otro hombre de la Iglesia, Krol se ocupaba de mantener informada a la Casa Blanca sobre la situación del sindicato Solidaridad, sus necesidades y sus relaciones con el episcopado polaco [21]. A pesar de que Krol en muchos sentidos interfería en las operaciones y comunicaciones de la Santa Alianza de monseñor Luigi Poggi, para el Vaticano y para Juan Pablo II la relación del arzobispo de Filadelfia con el presidente Ronald Reagan era algo que debía aprovecharse. Incluso los hombres de Reagan llamaban a John Krol el «Compinche del Papa». En la primavera de 1981 las relaciones entre la Casa Blanca y el Vaticano eran ya muy fluidas, y en especial sobre los temas relacionados con Polonia y América Central. William Casey, Vernon Walters, William Clark y Zbigniew Brzezinski, por el lado estadounidense, y monseñor Luigi Poggi y los cardenales Pío Laghi, John Krol y Agostino Casaroli, por el lado vaticano, se convirtieron en una especie de fuerza de choque cuyo único cometido sería apoyar al sindicato Solidaridad en su particular lucha contra el Gobierno comunista de Varsovia.

Cada vez que Walters, el embajador especial de Reagan, regresaba de Roma de mantener encuentros secretos con Juan Pablo II, sus informes eran más abundantes. Vernon Walters hablaba con el Papa

[20] Zbigniew Brzezinski, *The Grand Failure...,* ob. cit. [21] Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness,* ob. cit.

sobre Polonia, Centroamérica, el terrorismo, Chile, el poder militar chino, Argentina, la teología de la liberación o la salud de Leonid Brezhnev, las ambiciones nucleares paquistaníes, Ucrania o la situación en Oriente Próximo. Realmente, lo que Juan Pablo II y Vernon Walters hacían era mantener «contactos geoestratégicos».

Como contrapartida, la Santa Alianza recibió de la CIA informes basados en comunicaciones telefónicas intervenidas entre sacerdotes y obispos de Nicaragua y El Salvador, en las que apoyaban la teología de la liberación y mostraban participar activamente en la oposición a las fuerzas apoyadas por los Estados Unidos. Por orden de William Casey, Oliver North y otros miembros del Consejo de Seguridad Nacional, efectuaron pagos secretos a

sacerdotes de la clase dirigente centroamericana y leales al Papa y a la Santa Alianza. En realidad, no existe ningún documento que demuestre que el papa Juan Pablo II o algún otro alto cargo del Vaticano aprobase estos pagos, aunque sí indicios de que Luigi Poggi debía de saberlo.

El 23 de abril de 1981, Wiliam Casey llegó a Roma. El motivo del viaje era tratar el mantenimiento del apoyo de la CIA y la Santa Alianza a Solidaridad. El director de la Agencia sabía que la situación de Polonia era más un proceso evolutivo que revolucionario y no cabía ya la menor duda de que había que conseguir que se alejase de la órbita soviética. Juan Pablo II y Casaroli se iban a entrevistar hasta en tres ocasiones con el embajador soviético en Roma, y Casey iba a ser informado de todo lo tratado.

Jaruzelski temía un auténtico desastre que pasaba por la intervención de las tropas del Ejército Rojo entrando en Varsovia y aplastando a los hombres de Solidaridad. Había solicitado ayuda al cardenal Wyszynski para que convenciese a Walesa de suspender la huelga general.

Cuando Walesa y el resto de líderes se negaron, el cardenal se postró de rodillas ante él. Le sujetó por la pernera del pantalón y le dijo que no lo soltaría hasta que se comprometiese a suspender la huelga.

El chantaje emocional funcionó y Walesa ordenó el fin de la huelga, lo que permitió que el general Jaruzelski comunicase a Moscú que tenía la situación controlada. El 9 de febrero de 1981, Jaruzelski fue nombrado primer ministro de la República Popular de Polonia. Aquel día, el general fue revestido de tal cargo tras un golpe de Estado y la posterior dimisión de Józef Pinkowski [22]. Jaruzelski, según informó Poggi al Papa, estaba calificado como duro y opuesto a toda liberalización de la vida pública, y sin duda alguna se convertiría en el principal enemigo no solo de Solidaridad, sino también de las operaciones que la Santa Alianza estaba llevando a cabo en Polonia.

Durante la reunión con el Papa, William Casey habló de América Central, de la posible extensión del comunismo en toda el área centroamericana, del entrenamiento de militares nicaragüenses y sandinistas por parte de Cuba. Según dijo Casey a Juan Pablo II, «los rusos, los cubanos, los búlgaros y los norcoreanos están involucrados». También le pasó a Juan Pablo II una carpeta con un informe en cuya portada aparecían las palabras «Alto Secreto». El Papa no la abrió, sino que se la pasó a monseñor Poggi, que se encontraba a su lado y siempre presente en los encuentros del Sumo Pontífice con el director de la CIA.

El informe había sido pasado por el servicio de espionaje italiano a la CIA y de esta a la Santa Alianza. En él se hablaba de que cuando Lech Walesa había viajado a Roma en enero para visitar al Papa, también se había reunido con Luigi Scricciollo, de la Confederación Italiana del Trabajo. El contraespionaje italiano indicaba en el informe que Scricciollo era en realidad un agente de los servicios secretos búlgaros. Para los italianos eso significaba que los planes de Solidaridad podían quedar al descubierto o que Lech Walesa podía ser asesinado.

El 13 de mayo de 1981 nada hacía presagiar la tragedia que se avecinaba. Juan Pablo II almorzó al mediodía con varios invitados. Sobre las cinco de la tarde, el Papa salió hacia el Palacio Apostólico para celebrar la audiencia general semanal en la plaza de San Pedro. Esta comenzó puntualmente. Miles de personas se apiñaban en el círculo formado por la Columnata de Bernini: 264 columnas coronadas por 162 estatuas de santos.

Un camino vallado indicaba el recorrido al «Papamóvil», mientras que un joven turco había llegado a la plaza media hora antes. Juan Pablo II se había negado a llevar escolta. Llegó hasta el vehículo y de un salto subió sobre la plataforma. Le seguían de cerca Camillo Cibin, jefe de Seguridad del Vaticano, dos agentes vestidos con traje azul, dos

[22] Leopold Labedz, *Poland Under Jaruzelski: A Comprehensive Sourcebook on Poland During and After Martial Law,* Scribner Publisher, Nueva York, 1984.

agentes de la Santa Alianza y delante de ellos cuatro miembros del cuerpo de la Guardia Suiza. Poggi había convocado a Cibin meses antes para hacerle saber que habían recibido un informe del espionaje francés en el que se indicaba una trama de algún servicio secreto del Pacto de Varsovia para intentar matar al Sumo Pontífice, y que sus hombres debían estar alerta [23].

A las 5.18 de la tarde, y mientras el Papa sujetaba a una niña, sonó el primer disparo en la plaza de San Pedro. Con las manos aferradas a la barra del «Papamóvil», Juan Pablo II comenzó a tambalearse. La bala que había disparado Mehmet Ali Agca le había perforado el estómago y producido graves heridas en el intestino delgado, el colon y el intestino grueso. Sin pestañear, Juan Pablo II, que se sabía herido debido al dolor insoportable que sufría en el estómago, intentaba con las manos, sin conseguirlo, detener la sangre que brotaba a borbotones por el pequeño orificio.

Solo habían pasado unos segundos cuando sonó la segunda detonación. Esta vez la bala le hirió en la mano derecha. La tercera bala disparada por Agca dio al Papa más arriba, en el brazo. El conductor miró hacia atrás sin entender lo que había pasado, pero al volverse, Cibin estaba ya sujetando la cabeza del Papa, que se había derrumbado en el asiento, dejando bajo él un gran charco de

sangre.

Cibin gritaba a sus agentes con las armas en la mano buscando al tirador, que había sido tragado por la multitud. Agca corría alejándose del lugar con el arma en la mano, una Browning automática de 9 mm. En ese momento sintió cómo alguien le golpeaba las piernas, haciéndolo caer. Era un agente de policía italiano que estaba en la plaza dando un paseo y que fue quien realizó su detención.

Mientras estaba en el suelo, varios agentes papales patearon y golpearon a Mehmet Ali Agca antes de que fuera arrastrado hacia un camión celular. Mientras tanto, el «Papamóvil» se dirigía a toda velocidad hacia la Puerta de Bronce para transferir al Papa a una ambulancia. Entre gritos, el vehículo se abría paso hacia la Clínica Gemelli de Roma, la más próxima al Vaticano [24].

[23] Christine Ockrent y Alexandre De Marenches, *Dans le secret des princes,* Édition Stock, París, 1986.

[24] Gordon Thomas, *Gideon's Spies...,* ob. cit.

Una vez en la zona quirúrgica de la novena planta, al papa Juan Pablo II se le cortó la sotana blanca, de forma que quedaron al descubierto una medalla de oro y una cruz que estaban manchadas de sangre. Curiosamente, la medalla estaba abollada debido al impacto de una de las balas. Según parece, el proyectil le hubiera alcanzado el pecho de no ser por la medalla, que desvió la bala. Esta afectó al dedo índice de su mano derecha.

Cuando se recuperó tras seis horas de intervención a vida o muerte, Juan Pablo II creía que había sido salvado por la Virgen de Fátima. Durante los largos meses de recuperación, el deseo de saber quién había dado la orden de asesinarle se convirtió en una obsesión para Juan Pablo II. Leyó todos los informes de la Santa Alianza que caían en sus manos procedentes de la CIA, la BND alemana, el Mossad israelí, el servicio secreto austriaco o el espionaje turco, pero ninguno de ellos daba una respuesta a su pregunta. Tampoco se enteró de nada cuando Mehmet Ali Agca fue llevado ante la justicia de Roma la última semana de julio de 1981 y condenado a cadena perpetua [25].

Según el escritor Gordon Thomas, en su libro *Gideon's Spies. The History of Mossad,* sería monseñor Luigi Poggi, jefe de la Santa Alianza, quien le daría la respuesta. Durante meses el espía papal había tenido estrechos contactos con Yitzhak Hofi, el *memuneh* del Mossad. Poggi celebró reuniones secretas en Viena, Varsovia, París y Sofía. En noviembre de 1983, monseñor Luigi Poggi regresaba de una reunión en Viena trayendo consigo la respuesta a la pregunta de Juan Pablo II. ¿Quién había ordenado matarle?

Su chófer había esperado durante horas en el aeropuerto la llegada del avión que traía a Poggi desde la capital austriaca. Al

llegar a la Puerta de las Campanas dieron paso al coche con matrícula vaticana, pero aun así fue detenido por los soldados de la Guardia Suiza para identificar al pasajero. Al ver de quien se trataba, el soldado se puso firme y presentó respetos al jefe de la Santa Alianza.

El arzobispo iba vestido con un largo abrigo negro y una bufanda que le cubría todo el rostro, pero se notaba que era un hombre corpulento. Mientras se quitaba el frío del cuerpo, aún recordaba la reunión secreta mantenida en el barrio judío de Viena. En un piso algo desven

[25] Mehmet Ali Agca podrá salir de la prisión en libertad provisional a finales del año 2009, solo si demuestra buena conducta.

cijado, Poggi había escuchado atentamente a un *katsa* llamado Eli, que respondió a la pregunta que se hacía constantemente Juan Pablo II.

Poggi fue acompañado por un mayordomo hasta el estudio del Papa. Los libros y los informes militares se amontonaban en las estanterías. El jefe del espionaje papal sabía que el atentado había afectado al Sumo Pontífice física y mentalmente. Después de un breve saludo, Poggi se sentó con las manos sobre las rodillas y en tono bajo comenzó a relatar la historia que había escuchado en Austria. Después de aquel 13 de mayo de 1981 no hacían más que llegar noticias al cuartel general del Mossad en Tel Aviv. El hecho de que todos los servicios de inteligencia estuvieran llevando a cabo sus particulares investigaciones hizo que Hofi mantuviese al Mossad fuera del asunto.

La investigación del servicio de espionaje israelí dio comienzo realmente en 1982 por orden de Nahum Admoni, que había sustituido a Yitzhak Hofi al mando del Mossad. Para los estadounidenses estaba claro que Ali Agca había apretado el gatillo, pero la orden había partido del KGB al ver que el claro apoyo de Juan Pablo II y su servicio de espionaje al sindicato Solidaridad podría encender la mecha del nacionalismo polaco. Esta misma versión es defendida por la escritora Claire Sterling en su libro *The Time of the Assassins* [26]. Para los israelíes, el complot había sido preparado en Teherán y ordenado por el ayatolá Jomeini. Asesinar al Papa era el primer paso para el *yihad* contra Occidente. Esta misma versión la defiende el periodista ruso Eduard Kovaliov en su libro *Atentado en la plaza de San Pedro.*

Anticipándose al fracaso de Agca, los servicios secretos iraníes habían previsto presentar al turco como un fanático solitario, para lo cual se haría de él todo un informe favorable [27].

Poggi relató al Papa la historia de Agca, que estaba en un informe de la Santa Alianza que le pasó en una carpeta de color rojo

al Sumo Pontífice: «Mehmet Ali Agca nació en el pueblo de Yesiltepe, al este de Turquía. Con diecinueve años se unió a los Lobos Grises, un grupo terrorista proiraní que era financiado por Teherán.

[26] Claire Sterling, *The Time of the Assassins,* Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1983.

[27] Eduard Kovaliov, *Atentado en la plaza de San Pedro,* Editorial Novosti, Moscú, 1985.

En febrero de 1979, Agca asesinó al editor de un periódico famoso por su posición prooccidental. Pocos días después del asesinato, el periódico recibió una carta supuestamente escrita por Agca en la que se refería a Juan Pablo II como el comandante de las Cruzadas y amenazaba con matarle si este [el Papa] pisaba suelo del islam».

El Papa hacía pequeñas pausas al relato de Poggi para beber agua y hacerle preguntas concretas. Después de Libia, seguía relatando el espía papal, Agca viajó a Bulgaria en febrero de 1981 para reunirse con agentes del servicio secreto búlgaro. William Casey estaba tan furioso de que el KGB hubiera intentado involucrar a la CIA en el atentado, que ordenó crear una «conexión búlgara» en el intento de magnicidio. Según este, el KGB había ordenado a los búlgaros orquestar un complot para liquidar al Papa por su política hacia Polonia y el sindicato Solidaridad.

El 23 de diciembre de 1983, el papa Juan Pablo II pudo hacerle directamente a Mehmet Ali Agca la pregunta que tanto le rondaba por la cabeza en los últimos dos años. El Papa caminó solo hasta la celda T4 en la prisión de Rebibbia. Al verle, Ali Agca se arrodilló y le besó con respeto el anillo del Pescador.

Los dos hombres se sentaron y, casi rozando sus cabezas, Agca comenzó a hablar, casi a susurrar, al oído del Papa. Mientras escuchaba lo que Agca decía, su rostro se iba tornando más serio. Por fin, Juan Pablo II tuvo una respuesta a su pregunta.

Más tarde el propio espía del Papa, monseñor Poggi, explicaría: «Ali Agca sabe cosas solo hasta cierto nivel. Más allá de ese nivel no sabe nada. Si se trató de una conspiración, fue tramada por profesionales, y los profesionales no dejan huellas. Uno nunca encuentra nada».

Lo cierto es que desde aquel 13 de mayo de 1981 se han escrito decenas de libros y reportajes sobre quién intentó matar al papa Juan Pablo II aquella tarde en la plaza de San Pedro. Se han buscado cientos de presuntos culpables y decenas de explicaciones de motivaciones políticas al complot. Se acusó a los iraníes por el *yihad;* se acusó a los soviéticos por la política papal en Polonia; se acusó a la CIA por la conexión de Mehmet Ali Agca con un ex agente destinado en Libia; se acusó a los búlgaros como títeres del KGB, pero nadie sabe a ciencia cierta, cuando han pasado más de

veinte años desde el atentado en la plaza de San Pedro, quién estuvo detrás del gatillo de Mehmet Ali Agca; ni siquiera la Santa Alianza.

Pocos años después se sabría que tras el encuentro del 23 de diciembre de 1983 entre el Sumo Pontífice y Ali Agca en la prisión de Rebibbia, Juan Pablo II ordenó a monseñor Luigi Poggi, y por consiguiente a la Santa Alianza y al *Sodalitium Pianum,* la paralización de toda investigación relacionada con el atentado. Como «orden pontificia», el espía papal lo asumió al más puro estilo vaticano, esto es, echando un tupido velo sobre todo lo concerniente al «13 de mayo de 1981». El 24 de diciembre de 1983, y mientras el Vaticano se preparaba para las celebraciones de Navidad, dos agentes de la Santa Alianza, escoltados por cuatro miembros de la Guardia Suiza, transportaron en cajas herméticamente cerradas y selladas con el escudo pontificio todos los documentos relacionados con el atentado en la plaza de San Pedro hasta el Archivo Secreto Vaticano, en donde aún duermen en el olvido.

Mientras tanto, los cabos sueltos que han quedado sin atar del caso IOR-Banca Ambrosiana-Calvi-Marcinkus están a punto de ser bien atados. Michele Sindona, el banquero de la mafia, fue sentenciado el 13 de junio de 1980 a veinticinco años de prisión por un tribunal estadounidense, pero todavía tendría mucho que decir hasta que fuese asesinado en 1986. Aún hay mucho que decir en los años polacos.

LOS AÑOS POLACOS (1982-2005)

«He aquí que los impíos tensan el arco, ajustan la saeta a la cuerda para disparar en la oscuridad contra los rectos de corazón.» (Salmos 10, 2.)

L os años ochenta fueron extenuantes para la Santa Alianza por las operaciones en marcha en el extranjero. El mayor número de sus efectivos estaban destinados en Polonia y un grupo más reducido en Centroamérica. Es por estas fechas cuando monseñor Luigi Poggi pidió al Sumo Pontífice ser relevado de «tan alta responsabilidad», pero Juan Pablo II no estaba dispuesto a perder a su jefe de espías en un momento tan crucial. La petición de Poggi fue rechazada hasta en ocho ocasiones por el Papa.

En Polonia las cosas iban de mal en peor, casi hacia el desastre. El 4 de noviembre de 1981, Jaruzelski propuso a Walesa y al cardenal primado de Polonia, Josef Glemp, la creación de un llamado «Frente de Acuerdo Nacional» para negociar el fin del caos que reinaba en el país. Walesa se negó debido a que lo único que pretendía Jaruzelski era ahogar a Solidaridad entre un gran grupo de sindicatos oficiales.

La Santa Alianza informó entonces al papa Juan Pablo II, aún convaleciente, al cardenal Casaroli y a monseñor Poggi sobre una carta de protesta que había escrito Brezhnev a Jaruzelski. El texto de la carta había sido filtrado por el agente del espionaje pontificio y ayudante de Jaruzelski, el coronel Ryszard Kuklinski, a quien el espionaje del Vaticano conocía con el nombre clave de *Gull*. La carta del líder soviético al general Jaruzelski terminaba diciendo: «le advierto del consiguiente desmantelamiento del socialismo si se da a Solidaridad y a la Iglesia papeles importantes en el ejercicio del poder». Sin duda era, más que un análisis, una premonición [1].

En la mañana del 30 de noviembre, el embajador especial de Ronald Reagan, Vernon Walters, se reunió con el Sumo Pontífice. En el encuentro el diplomático estadounidense mostró al Papa una serie de fotografías tomadas desde satélites espía. En las imágenes en blanco y negro podían observarse las torretas de los astilleros y muelles de Gdansk y a menos de cuarenta kilómetros varias columnas de vehículos; realmente eran tanques de fabricación soviética que se acercaban a las instalaciones. El Papa sabía mejor que Walters lo que aquello significaba.

El agente *Gull* había informado al contacto de la Santa Alianza que el general Jaruzelski y el Estado Mayor polaco preparaban la

operación militar para decretar la ley marcial; el problema era que no se sabía ni el cuándo ni el cómo. Después de aquella comunicación, el contacto con *Gull* se cortó. Por la mañana, Kuklinski asistió a una reunión en el despacho del jefe adjunto del ejército polaco, encargado de planear la aplicación de la ley marcial. En el gran salón plagado de mapas y fotografías, el general dijo a Kuklinski que no sabía cómo, pero que el Vaticano y los estadounidenses conocían los planes [2].

En realidad, había sido el propio Kuklinski quien había pasado la información. Durante la reunión mantuvo la calma, pero comprendió que estaba bajo sospecha cuando descubrió que a la salida del cuartel general del Estado Mayor polaco era seguido por agentes de los servicios secretos. *Gull* estaba en el punto de mira y no cabía ya la menor duda de que había que ayudarle a escapar.

Según parece, alguien, desde dentro del Vaticano, había informado al KGB, y estos a sus homólogos polacos, de que un agente de la Santa

[1] Robert Eringer, *Strike for Freedom: The Story of Lech Walesa and Polish Solidarity,* ob. cit.

[2] Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness,* ob. cit.

Alianza, posiblemente un militar cercano a la cúpula de poder, estaba pasando información a los servicios secretos estadounidenses y vaticanos.

El coronel Ryszard Kuklinski, nombre clave *Gull,* corrió a su casa en busca de toda su familia. A los pocos días pudo contactar con su enlace del Vaticano e informarle de que necesitaba escapar con todos los suyos y que para ello necesitaba un pasillo seguro. Monseñor Luigi Poggi puso en movimiento a toda la maquinaria del espionaje papal para crear una vía segura de escape para el ex espía.

Gracias a los contactos con la Curia canadiense y debido a que Kuklinski pasaba cada mañana frente al edificio diplomático de aquel país en Varsovia, la Santa Alianza preparó el plan de evasión. El día previsto para ello fue el viernes siguiente, día festivo en toda Polonia.

Por la mañana, y estrechamente vigilado, Kuklinski y su familia subieron al coche vestidos de forma informal y con cestas para un almuerzo campestre. En realidad, en su interior llevaban todos los documentos de la familia. Mientras se acercaba a la avenida en donde estaba situada la puerta principal de la embajada canadiense, el vehículo aceleró. Giró bruscamente a la izquierda, mientras un camión cargado de tubos metálicos y conducido por el agente Kazimierz Przydatek interfirió la marcha de dos vehículos negros que seguían de cerca a Kuklinski. Cuando el coche del ex agente entró a toda velocidad en el patio de la legación diplomática, los

grandes portones se cerraron tras él. El coronel Ryszard Kuklinski, *Gull,* el mejor espía de la Santa Alianza en Polonia, dejaba su vida atrás. El largo brazo de Luigi Poggi en colaboración con la CIA habían conseguido poner a salvo a él y a toda su familia [3]. El 12 de diciembre el general Wojciech Jaruzelski implantaba la ley marcial en todo el país.

Mientras los pasillos del Vaticano se veían sacudidos por las noticias alarmantes que llegaban desde el país natal del Sumo Pontífice, en las profundidades del IOR Paul Marcinkus preparaba una de las ope

[3] Tras su huida, Kuklinski y su familia se instalaron en los Estados Unidos. En 1990 decidió regresar a Polonia, cuando Walesa fue nombrado presidente, pero los polacos seguían pensando que el ex militar era un traidor, y Kuklinski decidió abandonar la idea. *Gull* filtró cerca de 35.000 páginas de documentos a los servicios secretos papales y estadounidenses. En 1998 pisó por vez primera Polonia desde su huida, pero solo como turista. Regresó a los Estados Unidos junto a su familia, en donde residió hasta su muerte, acaecida el 10 de febrero de 2004.

raciones más beneficiosas en las que se vería implicado hasta entonces el Banco Vaticano. La famosa compañía Bellatrix sería el instrumento. Para ello, Marcinkus destacó a tres agentes de la Santa Alianza capitaneados por el agente padre Kazimierz Przydatek, que había regresado de Varsovia tras poner a salvo a Kuklinski y su familia, para dirigir la llamada «Operación Pez Volador» a finales de 1981.

Desde el 24 de marzo de 1976, cuando una Junta formada por altos cargos del ejército encabezados por el general Jorge Rafael Videla decidieron hacerse con el poder en Argentina tras derrocar a la presidenta Isabel Martínez de Perón, las relaciones entre Buenos Aires y la Santa Sede se estrecharon. Incluso muchos de los comandantes que formaban parte del «triunvirato», como el almirante Emilio Eduardo Massera, tenían importantes conexiones con la logia P2 de Licio Gelli.

Gracias a este último, y con la cobertura de agentes liberados de la Santa Alianza, Roberto Calvi canalizaría a través de la compañía Bellatrix, propiedad del Vaticano, millones de dólares procedentes de la Junta Militar argentina para la adquisición de misiles Exocet de fabricación francesa. El nombre de esta operación secreta, «Pez Volador», procedía del nombre dado a este tipo de pez, el *Exocoetus,* que se desliza rozando la superficie de las olas al igual que el Exocet [4]. Mientras los militares argentinos intentaban a través de Calvi y los servicios secretos del Vaticano hacerse con el mayor número posible de misiles, la primera ministra Thatcher y el MI6, el espionaje británico, intentaban por todos los medios evitarlo. «Los argentinos solo tenían una cantidad limitada de los devastadores misiles Exocet. Hicieron esfuerzos desesperados por aumentar su arsenal... Por nuestra parte, nosotros estábamos igualmente

desesperados por impedir que lo lograran», afir

[4] El Exocet fue desarrollado por la división de armas tácticas de Aérospatiale. En 1974 la empresa produjo el MM-40. El nuevo misil era más corto que el Styx. Mucho más veloz (800 km/h), a base de combustible sólido y con un alcance de 55 kilómetros (el doble del Styx). Su éxito radica en su capacidad de volar a muy baja altura, fuera del alcance de los sistemas antiaéreos, y en la dificultad para ser detectado. Hacia mayo de 1982 se habían vendido 1.800 unidades, lo que lo convertía en un arma muy popular y versátil. Este misil sería la principal amenaza para la Fuerza Expedicionaria Británica enviada por Margaret Thatcher para recuperar las islas Malvinas. El AM-39, versión aérea del MM-40, demostró lo mortífero que podía ser durante ese conflicto.

maría años después la propia Margaret Thatcher en sus memorias, *The Downing Street Years* [5].

Para ello, Thatcher ordenó al espionaje británico que hiciese todo lo posible para detectar y evitar cualquier intento argentino por hacerse con misiles Exocet o cualquier otro tipo de armamento. En 1981, Argentina había firmado con el Gobierno francés un contrato de compra de catorce Super-Étendard y catorce Exocet. Para el 2 de abril de 1982, Argentina solo había recibido cinco aviones y cinco misiles.

Lo que la primera ministra de Gran Bretaña no sabía en aquel momento era que quienes buscaban los misiles en el mercado negro no eran los argentinos, sino toda una conspiración orquestada por la logia Propaganda 2, financiada por el Vaticano y ejecutada por agentes liberados de la Santa Alianza.

Según se desprende de un informe del MI6, la Junta Militar argentina, sin saberse cómo, consiguió hacerse hasta con seis misiles Exocet. El resultado de la «Operación Pez Volador» vería sus frutos por parte argentina cuando el 4 de mayo de 1982 despegaron de la base aeronaval de Río Grande dos Super-Étendard armados con un Exocet cada uno. Luego descenderían para entrar en la zona muerta del radar y evitar ser descubiertos por los británicos. Ambos pilotos detectaron un blanco grande y tres medianos, «engancharon» sus Exocet al objetivo más grande y cuando estuvieron a unos cincuenta kilómetros lanzaron los misiles. El destructor *HMS Sheffield* había sido golpeado mortalmente [6].

Al final de la contienda, los misiles facilitados por los hombres del Vaticano habían impactado en los destructores británicos *HMS Sheffield* y *HMS Glamorgan,* y el portacontenedores *SS Atlantic Conveyor,* provocando cincuenta y cinco muertos y más de un centenar de heridos.

Al final de la «Operación Pez Volador», la compañía financiera perteneciente a la Santa Sede había conseguido canalizar más de setecientos millones de dólares, de los que once millones acabarían en la caja «B» del Estado Vaticano. Según una investigación posterior, este dinero sería destinado por el cardenal Luigi Poggi, jefe de la Santa Alianza, en

[5] Margaret Thatcher, *The Downing Street Years,* HarperCollins Publishers, Londres,

1993.
[6] Max Hastings y Simon Jenkins, *The Battle for the Falklands,* W. W. Norton & Company, Londres, 1984.

connivencia con monseñor Paul Casimir Marcinkus, responsable del IOR, el cardenal Agostino Casaroli, al frente de la diplomacia vaticana, y con la autorización del Sumo Pontífice, Juan Pablo II, a financiar al sindicato polaco Solidaridad. Pero una oscura mano estaba decidida a acabar con los cabos sueltos que aún quedaban pendientes del escándalo del Banco Ambrosiano, y Roberto Calvi, a quien llamaban «el banquero de Dios», debía ser el primero en ser atado.

Desde el 31 de mayo de 1982, Calvi había estado quejándose a un grupo de cardenales, entre los que se encontraba Pietro Palazzini, prefecto para la Congregación para la Beatificación. Calvi les dijo en tono amenazante que si caía el Banco Ambrosiano, caería con él el Banco Vaticano. Desde hacía años, Roberto Calvi exigía a Marcinkus resolver de forma conjunta el problema de la enorme deuda acumulada en las empresas transatlánticas del entramado formado por el IOR y el Banco Ambrosiano. Pero una vez más el intento de reconciliación falló. Calvi amenazó entonces a Luigi Mennini, director del IOR, con contar todo lo que sabía sobre el Banco Vaticano a las autoridades monetarias de Italia [7].

El lunes 7 de junio, Roberto Calvi expone ante el consejo de administración la situación dramática que vive el banco y afirma que si el Banco Vaticano no devuelve los créditos, tendrán que presentar el expediente de quiebra. Al día siguiente, el banquero recibe una extraña visita, un tal Alvaro Giardili, quien según la policía puede tener conexiones con la mafia y con la Santa Alianza vaticana. Giardili revela a Roberto Calvi que su mujer y sus hijos están en peligro de muerte. Al parecer, también Giardili tenía relación con un hombre llamado Vincenzo Casillo, un matón de la mafia que había hecho algún que otro trabajo para Marcinkus y para los servicios de espionaje del Vaticano. Casillo sería identificado posteriormente por la Fiscalía del Estado de Roma como uno de los ejecutores directos de Roberto Calvi. Posteriormente, Vincenzo Casillo sería asesinado el 23 de enero de 1983 [8].

Las quejas de Roberto Calvi se hacen cada vez más peligrosas no solo para el IOR, sino también para las operaciones de la Santa Alianza en Polonia. «El banquero de Dios» se queja abiertamente de que Paul Marcinkus, para evitar ser investigado por orden pontificia o por los

[7] Heribert Blondiau y Udo Gümpel, *El Vaticano santifica los medios,* ob. cit. [8] Charles Raw, *The Moneychangers...,* ob. cit.

hombres del contraespionaje vaticano, el *Sodalitium Pianum,* al

mando de monseñor Luigi Poggi, ha cogido de la caja sin permiso cien millones de dólares destinados al sindicato Solidaridad de Lech Walesa [9].

El lunes 14 de junio, a las once de la mañana, monseñor Paul Casimir Marcinkus presenta su dimisión como miembro del Consejo de Directores del Banco Ambrosiano Overseas Limited (BAOL), con sede en Nassau. A través de este banco, el IOR sacó fondos sin control por un valor cercano a mil millones de dólares, que taparían el agujero del Banco Ambrosiano.

El martes 15 de junio, Roberto Calvi llega a Londres y se registra en el Chelsea Cloisters, en la habitación 881. El Cloisters es un hotel decente para un viajante de comercio, pero no para el presidente de uno de los bancos católicos más importantes y poderosos de Europa. El miércoles 16 de junio, Calvi desconfía de todo el mundo e incluso asegura a su esposa Clara, en conversación telefónica, que teme a «los hombres negros [agentes de la Santa Alianza] que rodean siempre a Paul Marcinkus. Ellos saben siempre cómo localizarme».

El jueves 17 de junio de 1982, Calvi sigue haciendo llamadas desesperadas a su familia para que viajen desde Suiza y se pongan a salvo en los Estados Unidos.

A las cinco de la tarde, Calvi es destituido de la dirección del Banco Ambrosiano. Al enterarse, «el banquero de Dios» sabe que está acabado y que sus horas de vida son escasas. Hacia las diez de la noche, según consta en los documentos de la Fiscalía de Roma, dos hombres de habla italiana —pueden ser agentes de la Santa Alianza o asesinos de la mafia— recogen a Roberto Calvi en el hotel. Salen por la puerta trasera, fuera de la vista del recepcionista, y se montan en una limusina negra. Roberto Calvi sería encontrado colgado por el cuello bajo el puente londinense de Blackfriars (Frailes Negros) al día siguiente.

El cadáver de Calvi fue sometido a tres autopsias. Las tres coinciden en señalar que la hora de la muerte fue las dos de la madrugada del 19 de junio de 1982. El famoso forense Antonio Fornari asegura en su informe que, sin duda alguna, Calvi fue asesinado. Si se hubiese suicidado, Calvi tendría que haber bajado por una escalera húmeda con una fuerte pen

[9] Este asunto quedó reflejado en la declaración realizada por el empresario sardo Flavio Carboni, con estrechos contactos con la mafia, al fiscal Pier Luigi Dell'Osso.

diente, después tendría que haber dado un salto de casi un metro para alcanzar la plataforma bajo el puente, todo ello con el agua hasta más arriba de las rodillas debido a la pleamar y encima con casi cinco kilos de piedras que tenía en los bolsillos de su pantalón y su chaqueta. Es más: una vez sobre la plataforma, hubiera tenido que trepar unos siete metros hasta llegar al extremo donde se habría ahorcado [10]. No cabía la menor duda de que

Roberto Calvi había sido asesinado, y lo que nunca supo es lo que había sucedido en Milán horas antes de su asesinato.

Esa misma tarde del 18 de junio, dos hombres que se identificaron como «enviados del Vaticano» llegaron hasta la sede del Banco Ambrosiano con el fin de entregar una serie de documentos procedentes del IOR. Los recién llegados subieron en el elegante ascensor hasta la cuarta planta del solemne edificio. Al fondo de un pasillo estaba el que había sido el despacho del poderoso Roberto Calvi, aún vivo en Londres. Los dos hombres llegaron hasta un pequeño despacho que estaba conectado por una puerta con el de Calvi. Allí estaba trabajando Graziella Corrocher, la fiel secretaria del «banquero de Dios» y una de las que más secretos conocía de su hasta entonces todopoderoso jefe. Minutos después saltaba por la ventana «suicidada» [11]. La nota encontrada por la policía responsabilizaba de todo lo ocurrido en el Banco Ambrosiano a su jefe, Roberto Calvi. Ni una sola mención a su familia, a su vida o a sus amigos; tan solo una oportuna acusación contra su jefe.

En el mes de septiembre, Licio Gelli fue acusado de espionaje, conspiración política, asociación criminal y fraude. En un primer momento se salvó de la detención, pero el día 13 del mismo mes, el gran maestre de la logia P2, el hombre al que todo el mundo llamaba *il Burattinaio* (el Titiritero), fue detenido en Ginebra cuando intentaba retirar en una maleta 50 millones de dólares de una cuenta de un banco.

Un mes más tarde, el 2 de octubre de 1982, Giuseppe Dellacha, uno de los altos ejecutivos del banco, también se «suicidaría» saltando por la ventana desde la sexta planta de su despacho en el mismo edificio del Banco Ambrosiano en Milán. Al parecer, Dellacha era el «correo especial» de los asuntos entre Roberto Calvi y monseñor Paul Marcinkus. El «delicado» trabajo de Dellacha era llevar mensajes que

[10] Heribert Blondiau y Udo Gümpel, *El Vaticano santifica los medios...,* ob. cit. [11] David A. Yallop, *In God's Name...,* ob. cit.

no debían ser escritos en ningún lugar de la sede del banco al Vaticano. Giuseppe Dellacha sabía demasiado y también debía morir.

Poco a poco, los cabos estaban siendo atados por una mano misteriosa. Clara Calvi, la viuda del «banquero de Dios», diría entonces: «El Vaticano asesinó a mi marido para ocultar la bancarrota del Banco Vaticano [IOR]». Desde la caída de Michele Sindona, Roberto Calvi había asumido sus funciones lavando dinero de la mafia; reciclando dinero de la P2; traficando con armas; desviando dinero de altas personalidades, evadido al Fisco italiano,

hacia paraísos fiscales; o financiando regímenes dictatoriales en Nicaragua, Uruguay, Argentina y Paraguay.

En octubre de 1982, Juan Pablo II nombró una comisión especial para investigar el papel desempeñado por el Vaticano, el IOR y sus servicios secretos en el fraude del Banco Ambrosiano. Las investigaciones del *caso Calvi,* la quiebra del banco y las conexiones con el IOR continuaron coleando hasta 1989. Por ejemplo, el 22 de marzo de 1986, Michele Sindona sería envenenado con cianuro mezclado con el café en la prisión italiana de Voghera, en donde había sido recluido tras ser extraditado por los Estados Unidos. El que fuera banquero de la mafia moriría en su celda sin que nadie acudiese a socorrerle y tan solo dos días después de que un jurado le condenase a cadena perpetua y declarase que si nadie le ayudaba «decidiría contar todo lo que sabía sobre las relaciones de la mafia y el Vaticano y el papel desempeñado por algunos departamentos papales como el IOR o los servicios secretos». El 20 de febrero de 1987, el juez de Instrucción de Milán Antonio Pizza ordenó la detención y encarcelamiento de monseñor Paul Casimir Marcinkus, Luigi Mennini y Pellegrino de Strobel, los tres más altos cargos del IOR. Hasta ese momento, Juan Pablo II los mantuvo en sus respectivos cargos, tal vez porque sabían demasiado y era mejor no revolver las enfangadas aguas financieras vaticanas. En torno a San Pedro y en todas las salidas del Estado Vaticano esperaban agentes de la policía para ponerle las esposas a toda la cúpula de la banca vaticana y al presidente del Gobierno del Vaticano. Marcinkus no solo presidía el IOR, sino también el Consejo de Gobierno del Vaticano.

El cardenalato estaba ya casi al alcance de la mano de monseñor Marcinkus cuando estalló el escándalo, lo que obligó a Juan Pablo II a retenerlo dentro del Vaticano para impedir que fuese detenido por las autoridades italianas y posteriormente enviarlo de vuelta a los Estados Unidos. Hoy vive retirado en la pequeña ciudad de Sun City, en Arizona, bajo la protección de su pasaporte diplomático del Estado Vaticano, lo que le hace intocable ante las autoridades estadounidenses.

Gracias a las presiones ejercidas por Juan Pablo II, un alto tribunal italiano dejó sin efecto la orden de detención y a los banqueros del Vaticano se les declaró inmunes en Italia, dada su calidad de «directivos de un banco extranjero».

El Banco Vaticano tuvo que pagar por la responsabilidad contraída en la quiebra del Ambrosiano más de 240 millones de dólares a los acreedores. En el juicio por la quiebra del Banco Ambrosiano, que concluyó en 1998, las mayores condenas recayeron en los jefes de la logia Propaganda 2. Licio Gelli fue

condenado a dieciocho años de cárcel, y Umberto Ortolani, a diecinueve.

En 1988 se abrió el juicio por el asesinato de Roberto Calvi. En 1993 fueron condenados por complicidad el obispo monseñor Pavel Hnilica, miembro relevante de la Santa Alianza y persona de suma confianza del Papa, Flavio Carboni y Giulio Lena, con lo que se dio por concluida la investigación y los cabos sueltos del «Vaticano S.A.»; pero un nuevo caso de corrupción financiera va a estallar en el corazón del Estado Vaticano.

Leopold Ledl era un ex carnicero que había estado implicado en varios negocios fraudulentos del Vaticano y que había realizado extrañas operaciones para la Santa Alianza. El ex agente de los servicios secretos pontificios había hecho de intermediario entre el Vaticano y la mafia para una operación de títulos y bonos falsificados. Al destaparse el asunto, Ledl fue no solo el organizador, sino también la víctima.

El negocio, según parece, consistía en que Ledl consiguiese para alguien del Vaticano títulos falsificados por valor de mil millones de dólares. La función del ex espía papal consistía en hacer de intermediario entre el Vaticano y la mafia estadounidense para conseguir no solo falsificar los títulos de Boeing, Chrysler, General Motors o ITT, sino también colocarlos. La operación por parte del Vaticano era dirigida en persona por monseñor Marcinkus y de vez en cuando asistían a los encuentros con Ledl los cardenales Tisserant y Benelli [12].

[12] Richard Hammer, *The Vatican Connection. Mafia & Chiesa come il Vaticano ha comprato azioni false e rubate per un miliardo di dollari,* Tullio Pironte Editore, Nápoles, 1983.

Al final, monseñor Pavel Hnilica avisó a Marcinkus sobre el peligro que tendría colocar en los mercados financieros tal cantidad de títulos falsos. Aquello supondría enfrentarse al Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, y Hnilica recordó a Marcinkus su nacionalidad estadounidense. «Si Reagan quiere, puede pedir al Santo Padre su extradición», explicó el oscuro agente de la Santa Alianza a Paul Marcinkus. El todavía responsable del IOR no estaba dispuesto a arriesgarse a cometer un delito federal en su país natal, sabiendo cómo las gastaban sus paisanos.

En mayo de 1992, Licio Gelli, detenido en su propia residencia, recibe la notificación de la sentencia por su implicación en la quiebra del Banco Ambrosiano. Seis años después de recurrir, el que fuera gran maestre de la logia P2 recibe la ratificación de la sentencia por el Tribunal de Apelación, que hace que la del Tribunal Superior de Casación sea por fin firme. El miércoles 20 de mayo de 1998, Gelli huyó de su casa ante la vista de los policías que lo vigilaban. Casi cuatro meses después, el jueves 10 de

septiembre, Licio Gelli es nuevamente detenido en la Costa Azul, según parece por una filtración de los servicios secretos vaticanos a la DST, el contraespionaje francés [13].

Durante el interrogatorio en 1990 del masón y miembro de la logia Propaganda 2 Umberto Ortolani, reveló que los servicios secretos del Vaticano habían actuado durante unos meses para intentar rescatar unas fotografías comprometedoras del mismísimo Juan Pablo II.

Un día de abril de 1981, Licio Gelli enseñó a un miembro del Partido Socialista Italiano algunas fotografías que mostraban al papa Wojtyla completamente desnudo en la piscina de Castelgandolfo. Gelli suponía que si se habían hecho esas fotografías con teleobjetivo sería sencillo disparar al Sumo Pontífice con un rifle con mira telescópica [14].

Poggi decidió poner manos a la obra a los agentes de la Santa Alianza con el fin de «rescatar» los negativos desaparecidos. El jefe de la Santa Alianza bautizó la misión como «Operación Imagen».

[13] Heribert Blondiau y Udo Gümpel, *El Vaticano santifica los medios...,* ob. cit. [14] Un informe del SISMO (el servicio de inteligencia militar italiano) fechado el 13 de junio de 1981 y dirigido al Viminale (el palacio sede del Ministerio de Asuntos Exteriores) confirmaba la existencia de las fotografías, y atribuía su adquisición a la Editorial Rizzoli y la Editorial Rusconi por 500 millones de liras. Al parecer, alguien de Rizzoli informó al Vaticano del material en su poder, pero al parecer faltaban tres negativos originales.

El responsable de los espías papales sabía que el mayor paquete de imágenes estaba ya en poder de Rizzoli, a través de Licio Gelli y de este hacia Giulio Andreotti. Las fotografías fueron entregadas en mano al Sumo Pontífice en presencia de monseñor Poggi [15].

Seguidamente, el jefe del espionaje vaticano convocó a dos sacerdotes que pertenecían al *Sodalitium Pianum.* Poggi, como siempre, fue claro, corto y conciso en sus órdenes. Debían localizar los negativos perdidos por dos motivos: el primero, para evitar su publicación y el posterior escándalo; y el segundo, y de mayor importancia, para saber cómo los fotógrafos autores de las imágenes pudieron disparar sus cámaras sin ser detectados por los servicios de seguridad pontificios. No cabía la menor duda de que unos simples fotógrafos habían conseguido burlar los anillos de seguridad en torno al Papa.

Los agentes comenzaron a trabajar en los laboratorios de Roma que se dedicaban a revelar el material de los profesionales. A finales de esa misma semana, el S.P. detectó a un hombre que intentaba vender unas imágenes bastante comprometedoras sin decir de qué se trataba.

El hombre en cuestión era un ayudante de laboratorio de una firma famosa por trabajar con fotógrafos de prensa del corazón, por lo que debían revelar el material con bastante velocidad. El hombre vivía en un pequeño apartamento de las afueras de Roma y un día

cuando regresó del trabajo se encontró con todo revuelto, los cajones tirados por el suelo, el colchón rajado y los sillones totalmente destripados. Al parecer, alguien buscaba algo, y el hombre sabía qué era.

Cuando se dirigió hacia el pequeño baño del apartamento descubrió que los intrusos habían encontrado lo que buscaban. Una de las cañerías de plomo había sido cortada y de su interior habían extraído un rollo de plástico en donde estaban envueltos los negativos. Los hombres de Poggi habían hecho bien su trabajo, y la «Operación Imagen» nunca existió. Posteriormente, monseñor Luigi Poggi destruiría todo el material.

El *Sodalitium Pianum* descubriría que en la historia de las fotografías había estado involucrado un agente de la Santa Alianza y sacerdote llamado Lorenzo Zorza. Este agente había estado relacionado con el

[15] Discípulos de la Verdad, *All'ombra del Papa infermo,* Kaos Edizioni, Milán, 2001.

expediente de quiebra de la Banca Ambrosiana y en una operación junto al ex agente del SISMI, el servicio de inteligencia militar italiano, Francesco Pazienza. Zorza sería también investigado por sus presuntas relaciones con asociaciones mafiosas involucradas en el tráfico de drogas y obras de arte.

Una vez más, y cuando las autoridades italianas pidieron al Vaticano la entrega de Lorenzo Zorza, la Secretaría de Estado se negó, alegando que era un funcionario de un país extranjero y que, por lo tanto, no estaba sujeto a las leyes de la República de Italia. Meses después, el agente de la Santa Alianza fue convenientemente enviado a una nunciatura en el continente africano, pero las intrigas no acabarían ahí. Un nuevo complot sacudiría a una de las organizaciones con mayor renombre y popularidad de la Santa Sede: la Guardia Suiza.

El lunes 4 de mayo de 1998, justo poco después de las nueve de la noche, en el apartamento de los edificios del cuartel de la Guardia Suiza ocupado por el comandante en jefe del ejército pontificio, se descubren tres cadáveres cubiertos de sangre. Los tres habían sido asesinados a tiros. Los cuerpos han sido descubiertos por una monja cuya identidad es protegida por la Santa Alianza. Los primeros en acudir al lugar son el portavoz del Vaticano, Joaquín Navarro-Valls; el cardenal Giovanni Battista Re, sustituto de la Secretaría de Estado, y monseñor Pedro López Quintana, asesor para Asuntos Generales de la Secretaría de Estado.

Media hora después, el escenario del crimen es un auténtico trasiego de altos miembros de la Curia, agentes de la Santa Alianza y el contraespionaje, el *Sodalitium Pianum,* y miembros de la Guardia Suiza vestidos de civil [16].

Cuarenta y cinco minutos después llegan al lugar tres altos cargos de la *Vigilanza* vaticana, el inspector general Camillo Cibin, el superintendente mayor Raoul Bonarelli y un superintendente. Cuando Cibin echa un primer vistazo descubre que alguien ha hecho desaparecer cuatro vasos, posiblemente agentes de la Santa Alianza, que son, misteriosamente, los primeros en llegar al lugar del crimen [17]. Llega también

[16] Discípulos de la Verdad, *Bugie di sangue in Vaticano,* ob. cit.

[17] John Follain, *City of Secrets. The Truth Behind the Murders at the Vatican,* HarperCollins, Nueva York, 2003.

un funcionario de la Gobernación, que realiza con una cámara Polaroid fotografías a los cadáveres del comandante de la Guardia Suiza, Alois Estermann, de su esposa, la venezolana Gladys Meza Romero, y del cabo de la Guardia Suiza Cédric Tornay. Bonarelli llama la atención de Cibin sobre el detalle de los cajones abiertos de la mesa de Estermann. No cabe duda de que alguien ha registrado la mesa de trabajo del oficial y sus archivos.

A pocos metros, el cardenal Luigi Poggi [18], que hace tan solo dos meses ha conseguido ser relevado de sus tareas al mando de los servicios secretos pontificios, informa al papa Juan Pablo II de la tragedia ocurrida. En el exterior de la Puerta de Santa Ana, y ante una unidad de la Guardia Suiza, los curiosos y la prensa comienzan a congregarse. Los rumores circulan rápidamente.

Los tres cadáveres son retirados y trasladados al depósito, en donde son colocados en el suelo y cubiertos con una sábana.

Miembros del *Corpo della Vigilanza* y de la Santa Alianza ordenan el apartamento y cierran su puerta, que queda sellada con el lacre pontificio. Nada ni nadie puede entrar, bajo pena de excomunión.

Alois Estermann, de cuarenta y cuatro años y nacido en Gunzwill, en el cantón suizo de Lucerna, subcomandante de la Guardia Suiza desde 1989, había sido nombrado comandante del cuerpo unas horas antes por el propio Papa.

La ceremonia oficial de traspaso de poderes debía celebrarse el 6 de mayo, dos días después del asesinato. Su esposa, Gladys Meza, trabajaba en la embajada de Venezuela ante la Santa Sede. La tercera víctima es identificada como el cabo Cédric Tornay, de veintitrés años, nacido en Saint-Maurice, en el cantón suizo de Valais. Tornay se había incorporado al ejército papal el 1 de enero de 1994 [19].

El portavoz vaticano, Navarro-Valls, comienza, a decir verdad, demasiado pronto a dar una reconstrucción de los hechos que, según se

[18] Monseñor Luigi Poggi fue elevado al cardenalato por el papa Juan Pablo II el 26 de noviembre de 1994 por sus especiales servicios prestados. El 7 de marzo de 1998, y después de pedirlo en muchas ocasiones, el Sumo Pontífice aceptó la dimisión de Poggi como responsable de los servicios secretos del Vaticano, la Santa Alianza y el *Sodalitium*

Pianum.

[19] Discípulos de la Verdad, *Bugie di sangue in Vaticano...,* ob. cit.

descubriría después, en nada se parecía a lo ocurrido realmente. Según Navarro-Valls, «los cadáveres son descubiertos por una vecina [20]. Tanto Estermann como Meza y Tornay han sido asesinados a tiros, y bajo el cuerpo del cabo se encontró el arma utilizada». Según el portavoz, «en un arrebato de locura el cabo mató con su pistola reglamentaria a su comandante y a la esposa de este, y el Vaticano tiene la certeza de que todo ocurrió así». Nadie hace más preguntas al respecto.

En la noche del 5 de mayo, tres agentes del SISMI, el servicio de inteligencia militar italiano, acuden a una reunión con un antiguo miembro de la Guardia Suiza. En realidad, ni el espionaje ni la policía italianos creen la versión dada por el Vaticano. La prensa basa su información en tres hipótesis: la primera, que Estermann tuviese una relación homosexual con Tornay; la segunda, que este pudiese tener una relación con la esposa de Estermann; y la tercera, que detrás del crimen pueda haber una conjura mucho más oscura.

El Vaticano defiende oficialmente la teoría de que Tornay tenía serios conflictos con Estermann e incluso que se le habría negado el ascenso y una condecoración, pero el espionaje sigue sin creérselo. Según Joaquín Navarro-Valls, Tornay en un arrebato de locura realizó cinco disparos con su arma reglamentaria, una de las balas quedó en la recámara, dos más mataron a Estermann y otra quedó incrustada en el techo. Este no era el único incidente ocurrido en el corazón de la Guardia Suiza [21].

Las preguntas continúan corriendo por los kilométricos pasillos vaticanos, como por qué si Tornay hace cinco disparos solo se recogen cuatro casquillos en el lugar del crimen, o por qué la puerta de la vivienda de los Estermann está abierta cuando llega la supuesta monja que descubre los cadáveres.

Otra de las preguntas que se hacen los investigadores es que, si Tornay utilizó su arma reglamentaria, la Sig Sauer 75 con cargador de nueve balas, como es posible que al dispararla para suicidarse cayera

[20] La vecina pudo ser Caroline Meyer, esposa del sargento de la Guardia Suiza Stefan Meyer.

[21] El 4 de mayo de 1959, el cabo Adolf Rückert irrumpió en el despacho del comandante Robert Nünlist y le disparó cuatro tiros. Acto seguido intentó suicidarse, pero no lo consiguió al encasquillarse el arma.

hacia delante sobre su arma. La Sig Sauer 75 tiene una gran potencia de fuego y lo más normal es que hubiese caído hacia atrás por el impacto de la bala. También se especula con los motivos por los que la Guardia Suiza estuvo meses y meses sin comandante, y cuando es nombrado, muere a las pocas horas. Preguntas y más preguntas que el Vaticano no responde o prefiere no responder.

El 6 de mayo, a preguntas de los periodistas, el ministro del Interior de Italia, Giorgio Napolitana, aclara que las autoridades italianas no han recibido ninguna petición de ayuda en la investigación por el caso de la Guardia Suiza [22]. Realmente es el *Corpo della Vigilanza* [23] del Estado vaticano el que se ocupa de abrir y cerrar con rapidez la investigación. Durante las exequias, en las que los tres féretros están juntos, el Sumo Pontífice afirma de Alois Estermann: «era una persona de mucha fe y profunda entrega al deber. Durante dieciocho años prestó un fiel y valioso servicio que le agradezco personalmente».

Pero las preguntas sobre el crimen siguen flotando, como, por ejemplo, por qué la puerta del apartamento estaba abierta si los tres cadáveres son encontrados en el despacho del fondo de la casa, o por qué la supuesta vecina que descubrió los cadáveres declaró que escuchó «varios ruidos sordos en el apartamento y se extrañó». La vecina de planta tenía que haber escuchado cinco fuertes detonaciones del arma de Tornay. La mujer aseguró a un periodista que lo que escuchó fueron como cinco detonaciones secas, «como si fuera un disparo con silenciador». El tema se complica cuando cuatro importantes cardenales, Silvio Oddi, Darío Castrillón, Roger Etchegaray y Carlo Maria Martini, presentan al papa Juan Pablo II su desconfianza por la versión presentada de los hechos. Otra de las teorías que vienen a embarrar más el asunto es la defendida por el escritor John Follain en su libro

[22] John Follain, *City of Secrets...,* ob. cit.

[23] El *Corpo della Vigilanza* está formado por seis gendarmes, dos bomberos, dos empleados del servicio telefónico del Vaticano y unos cuantos técnicos de Radio Vaticano. Estos superintendentes son los llamados «especiales» y constituyen el cuerpo policial que hace de escolta al Papa. El *Corpo della Vigilanza* forma parte de la Secretaría de Estado y su único control corre a cargo de monseñor Giovanni Battista Re (elevado a cardenal el 21 de febrero de 2001), monseñor Pedro López Quintana y monseñor Gianni Danzi.

City of Secrets. The Truth Behind the Murders at the Vatican, cuando afirma que la Guardia Suiza se convirtió en motivo de lucha por su control entre los seguidores del Opus Dei, que pretendían convertirla en un cuerpo de élite que asumiera tareas antiterroristas, y los masones de la Curia, que querían acabar con ella, dejándola en una presencia testimonial solo para turistas frente al *Corpo della Vigilanza.*

El 7 de mayo de 1998, el diario *Berliner Kurier* publica una historia en la que relaciona al comandante Alois Estermann con la Stasi, los servicios de inteligencia de la Alemania Oriental. El artículo aporta toda una serie de datos y detalles explícitos. El periódico incluso llega a afirmar que Alois Estermann, cuando aún era capitán de la Guardia Suiza, había trabajado para los servicios secretos del Vaticano, la Santa Alianza, en operaciones encubiertas. Por ejemplo, fue él quien viajó en varias ocasiones a Varsovia y

Gdansk cuando algunos sectores radicales de Solidaridad defendieron la necesidad de militarizar el sindicato para una posible defensa armada de los huelguistas durante la aplicación de la ley marcial del 12 de diciembre de 1981 impuesta por el general Jaruzelski en Polonia. Estermann se ocupó también de coordinar la adquisición de armas en el mercado negro pagadas con dinero del IOR y de montar campos de entrenamiento en Austria y Alemania para los futuros combatientes de Solidaridad [24].

Markus Wolf, el poderoso jefe de la Stasi durante treinta y tres años, afirmó que detrás del agente bajo nombre cifrado *Werder* se escondía un miembro del ejército papal. Según los archivos de la Stasi desclasificados tras la caída del Muro de Berlín, *Werder* se convirtió en informador a principios de 1980, año en el que Alois Estermann entró en la Guardia Suiza [25].

La noticia de las relaciones de Alois Estermann con los servicios secretos germanoorientales provoca en la cúpula del Vaticano y en la Santa Alianza indignación [26]. Posteriormente, el propio Markus Wolf, en una entrevista con un periódico polaco, confirma que Alois Estermann era agente de la Stasi: «Nos sentimos muy orgullosos en 1979

[24] Discípulos de la Verdad, *All'ombra del Papa infermo,* ob. cit.

[25] Markus Wolf y Anne McElvoy, *Markus Wolf, The Man without Face,* Times Books, Nueva York, 1997.

cuando conseguimos reclutar a Estermann como agente. Aquel hombre tenía acceso ilimitado a la Santa Sede, y con él, nosotros también. Cuando iniciamos nuestros contactos con él, Estermann solo quería ingresar en la guardia papal. Y cuando el Vaticano se lo concedió, su valor como informador aumentó enormemente» [27].

El enlace de Estermann en el interior del Vaticano para sus comunicaciones con la Stasi era un fraile dominico llamado Karl Brammer, nombre en código *Licht Blick* (Rayo de Luz). Brammer sería expulsado del Vaticano a finales de los años ochenta, cuando fue descubierto por agentes del contraespionaje, *Sodalitium Pianum,* recopilando información secreta perteneciente a los archivos de la Comisión Científica Vaticana. Los agentes papales descubrieron a Brammer pasando la información a un periodista italiano.

Un mes después del crimen, la madre de Tornay realiza unas declaraciones al semanario italiano *Panorama* [28]. En la entrevista afirma que habló con su hijo la misma mañana del crimen y que de ningún modo estaba deprimido. En un momento de la entrevista la madre de Tornay cita a un tal «padre Yvan» como consejero espiritual de su hijo y con quien se iba a reunir esa tarde para hablar de un futuro trabajo en un banco suizo como responsable de seguridad.

Realmente, el «padre Yvan» o «padre Ivano» es Yvan Bertorello,

francés de entre treinta y cinco y cuarenta años, que lleva siempre sotana y se mueve por los pasillos vaticanos sin que nadie lo controle. Bertorello es un agente de la Santa Alianza que ha participado en operaciones especiales del servicio de espionaje papal. Incluso se habla de que tiene preparación militar adquirida o en el ejército francés o en el ejército suizo.

Posteriormente, la madre de Cédric Tornay declararía al juez del Vaticano haber conocido a Yvan, pero más tarde se le comunicó, según un informe del *Corpo della Vigilanza,* que no tenían ninguna constancia en el Estado vaticano de un sacerdote llamado Yvan o Ivano, ni nada por el estilo.

[27] Wolf desmentiría años después estas palabras, asegurando que su agente era realmente un fraile dominico de la Comisión Científica del Vaticano.

[28] *Panorama,* 18-VI-1998. Entrevista realizada por la periodista Anna Maria Turi.

En realidad, Yvan Bertorello, de origen franco-italiano, es un agente de la Santa Alianza o del *Sodalitium Pianum* al que se le han encomendado misiones diplomáticas y de espionaje en África y Bosnia. El jefe de Bertorello, monseñor Pedro López Quintana, encomendó al agente la misión de espiar a la Guardia Suiza para descubrir las conexiones con el Opus Dei [29].

López Quintana, nacido en la ciudad española de Barbastro el 27 de julio de 1953, pertenecía al cuerpo diplomático de la Santa Sede y a la Comisión Disciplinaria de la Curia hasta que en 1987 fue nombrado prelado de honor de Su Santidad y trasladado a la nunciatura de Nueva Delhi. En 1992 fue llamado nuevamente al Vaticano y destinado a la Secretaría de Estado como asesor de Asuntos Generales. Dentro del Vaticano se rumoreaba que monseñor Pedro López Quintana había asumido el control del contraespionaje vaticano desde la dimisión del cardenal Luigi Poggi el 7 de marzo de 1998.

Una fuente de los servicios secretos franceses revelaría al escritor David Yallop que en el crimen del 4 de mayo habría tres personas implicadas realmente en un complot: el propio Alois Estermann, Gladys Estermann y el agente del espionaje vaticano Yvan Bertorello.

En marzo de 1999, el nuevo comandante de la Guardia Suiza, Pius Segmüller, es encargado de crear una unidad especial dentro de la Guardia Suiza, el «Comité de Seguridad», aprobado por la Comisión Pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano. Este nuevo comité tiene la misión de coordinar las actividades relacionadas con la seguridad de la Santa Sede y el Sumo Pontífice, así como la prevención de actividades delictivas dentro del Vaticano.

Realmente, el «Comité de Seguridad» es una especie de servicio secreto fuera del área de influencia de la Santa Alianza y el

Sodalitium Pianum y bajo control de monseñor Giovanni Danzi, secretario general de la Gobernación.

Danzi es, según fuentes del Vaticano, un hombre carente de escrúpulos con un gran poder dentro de la Comisión Pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano. Desde su lujosa residencia, Danzi maneja con mano de hierro el «Comité de Seguridad». En la investigación llevada a cabo se indica la posibilidad de que aquella noche del 4 de mayo una cuarta persona estuviera en el interior del apartamento de los Estermann junto a Cédric Tornay [30].

Lo que sí está demostrado es que esa cuarta persona, que quizá ya estaba en el interior del apartamento de los Estermann, fue solo un testigo, ya que quedó comprobado que todas las balas fueron disparadas por el arma reglamentaria de Tornay y que se encontraron rastros de pólvora en su mano y en su dedo índice, que apoya en el gatillo. También existe la posibilidad de que la cuarta persona se mantuviese escondida en algún lugar del apartamento hasta la llegada de las primeras autoridades que acuden al apartamento y, mezclándose con ellas, se escapase de la casa de los Estermann. Según cuentan, los primeros en llegar son cuatro agentes de la Santa Alianza, que son quienes retiran los vasos que están sobre la mesa del despacho de Alois Estermann.

Posteriormente se descubriría que Cédric Tornay había sido vigilado desde hacía meses por la Santa Alianza, el *Sodalitium Pianum* o el «Comité de Seguridad». El joven cabo de la Guardia Suiza había sido conquistado por una joven italiana llamada Manuela, a quien conoció en una cafetería cercana al Vaticano en donde solían reunirse los miembros de la Guardia Suiza. La tal Manuela informaba a algún obispo del Vaticano de cada movimiento de Tornay, lo que haría imposible que el muchacho pudiese haber entrado en la casa de Alois Estermann sin haber sido visto [31].

También, a pesar de las buenas palabras del Vaticano hacia el dolor de la madre de Cédric Tornay, algún miembro de la Santa Alianza se dedicó a presionar a Muguette Baudat y a los abogados de esta.

Desde aquella noche de 1998 muchas han sido las teorías de la conspiración, como por ejemplo la de que la Santa Alianza «ejecutó» a Alois Estermann debido a todo lo que sabía sobre las operaciones en

[30] Se habla de la posibilidad de que un agente de la Santa Alianza, el padre Yvan Bertorello, se encontrase en el interior del apartamento de los Estermann en el momento de los disparos y que fuera él quien dejó la puerta abierta al salir corriendo de la estancia.

[31] La chica fue localizada trabajando en la agencia de viajes Ivet, en Via della Conciliazione. A partir de 1997 cambió su nombre por el de viajes Quo Vadis, cuando fue adquirida por el Vaticano a través de la *Agenzia per il Giubileo 2000*. La joven era realmente funcionaria del Estado Vaticano.

cubiertas de esta; que Estermann pudo ser asesinado por un Tornay que lo amaba y se sentía desdichado porque el comandante lo había sustituido en su cama por otro joven guardia; que Estermann pudo ser ejecutado por sus estrechas relaciones con el Opus Dei o el clan masónico de la logia vaticana; que Estermann pudo haber sido asesinado por sus antiguas relaciones con algún servicio de espionaje del antiguo Telón de Acero, y muchas otras; pero de lo que todo el mundo está seguro es de que el cabo segundo de la Guardia Suiza Cédric Tornay era un joven como muchos otros. Sus amigos, en la propia Guardia Suiza y familiares, aseguran que Tornay no estaba ni drogado, ni loco, y que seguro que se vio involucrado en una situación y en unos acontecimientos que no pudo controlar, que eran superiores a él y que lo llevaron a la muerte.

Ninguna investigación policial ni judicial independiente se llevó a cabo por parte de las autoridades vaticanas sobre lo ocurrido la noche del lunes 4 de mayo de 1998. Ni la Santa Alianza, ni el *Sodalitium Pianum,* ni el «Comité de Seguridad», ni el *Corpo della Vigilanza* llevaron a cabo una investigación seria. El secretario de Estado, Angelo Sodano, con el visto bueno del Sumo Pontífice, Juan Pablo II, decidió el sellado y custodia en el Archivo Secreto de toda la documentación relacionada con aquella trágica noche en la que tres personas perdieron la vida dentro de los muros vaticanos.

Nadie podrá saber jamás la verdad sobre el asesinato del comandante de la Guardia Suiza Alois Estermann, de su esposa Gladys Meza y del cabo segundo de la Guardia Suiza Cédric Tornay. El espía de la Santa Alianza Yvan Bertorello, quien más podría saber sobre aquella noche, simplemente desapareció. Nunca más fue visto en los conspiratorios pasillos del Estado Vaticano.

En su libro *In God's Name. An Investigation into the Murder of Pope John Paul I,* el escritor David Yallop realizó una durísima acusación contra el papa Juan Pablo II:

> Tenemos un Papa que, públicamente, conmina a los sacerdotes nicaragüenses por su implicación en política y al mismo tiempo da su beneplácito para que una gran cantidad de dólares fluya secreta e ilegalmente hacia Polonia, con destino a Solidaridad. Este es un Papado con un doble rostro: uno para el Papa y otro para el resto del mundo. El pontificado de Juan Pablo II ha sido y es un triunfo para los especuladores, los corruptos y los ladrones internacionales como Roberto Calvi, Licio Gelli y Michele Sindona, mientras Su Santidad sigue mostrándose públicamente en frecuentes viajes similares a giras de una estrella de *rock*. Los hombres que lo rodean afirman que lo hace por negocio, como de costumbre, y que los ingresos desde su llegada al pontificado han aumentado. Es lamentable que los discursos moralizadores de Su Santidad no puedan ser escuchados entre bastidores.

Sea como sea, lo cierto es que durante los largos años de pontificado de Juan Pablo II el Vaticano ha vendido armas, ha financiado dictaduras, golpes de Estado, se han provocado quiebras financieras y bancarias, y por ellas muchas personas fueron

«suicidadas», y ha ordenado operaciones encubiertas del servicio de espionaje pontificio.

Hoy, cuando ya estamos en el siglo XXI, nadie conoce los servicios secretos vaticanos, como la Santa Alianza. Ahora en el mundo del espionaje el servicio secreto pontificio, espionaje y contraespionaje, es denominado «La Entidad». Pero, se llame como se llame, sigue manteniendo intactos aún hoy los mismos principios con los que fue creado por el papa Pío V allá por el año del Señor de 1566: la defensa de la fe, la defensa de la religión católica, la defensa de los intereses del Estado Vaticano y la suma obediencia a Su Santidad el Papa continuarán siendo los cuatro grandes pilares que le permitirán sobrevivir hasta en lo más oscuro de la futura historia, porque mientras la Iglesia católica continúe transmitiendo la fe hasta lo más recóndito de la Tierra, «La Entidad» seguirá estando al acecho de cualquier enemigo que pueda aparecer en el camino del Sumo Pontífice o de su política. A día de hoy, el Estado Vaticano sigue negando la existencia de su servicio de espionaje.

EPÍLOGO LOS AÑOS VENIDEROS. BENEDICTO XVI

«He aprendido a hacer frente a cualquier situación, lo mismo a estar satisfecho que a tener hambre, a tener de sobra que a no tener nada. A todo puedo hacerle frente, gracias a Cristo que me fortalece.»
FILIPENSES 4: 12-13

E n la mañana del viernes 1 de abril, el jefe del espionaje y contraespionaje del Estado vaticano fue llamado ante el cardenal camarlengo Eduardo Martínez Somalo. Al entrar en su despacho, situado en el Palacio Apostólico, descubrió las caras sombrías de quienes le acompañaban, el cardenal Joseph Ratzinger, prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fe; los arzobispos Leonardo Sandri y Giovanni Lajolo, responsables de Interior y Exteriores del Vaticano; el cardenal Secretario de Estado, Angelo Sodano, y Camillo Ruini, Vicario de Roma. El estado del Sumo Pontífice era ya de extrema gravedad. A última hora se incorporó también el cardenal Giovanni Battista Re, prefecto para la Congregación para el Clero.

El arzobispo responsable de los servicios de espionaje y contraespionaje supo que había sido convocado para preparar el operativo que debería desplegarse una vez que su santidad Juan Pablo II hubiese expirado.

A él le tocaba la responsabilidad de proteger el cadáver del Papa una vez que el doctor Renato Buzzonetti hubiese certificado el fallecimiento del Pontífice. Esa sería la primera misión de los agentes del contraespionaje papal, el *Sodalitium Pianum.* Los miembros de la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum* se pondrían de forma automática a las ordenes del camarlengo. La operación *'Catenaccio'* o 'Cerrojo' se activaría una vez que se certificase la muerte del Sumo Pontífice.

El sábado 2 de abril por la mañana, el delegado del Ministerio del Interior en Roma, Acquile Serra atravesó las puertas del Vaticano. Una llamada realizada por una alta jerarquía eclesiástica le había anunciado, «el Papa se muere, estén preparados».

Sobre las 21:00 fue llamado nuevamente el responsable de los espías vaticanos. Al entrar en una de las salas contiguas a las habitaciones papales en el Palacio Apostólico se encontró con el coronel Pius Segmüller; con el comandante en jefe de la Guardia Suiza, el coronel Elmar Theodor Mader; con el inspector general de la Gendarmería Vaticana, Camillo Cibin; y con el subinspector

Domenico Giani. Los cinco allí presentes serían los responsables de la seguridad del Estado Vaticano y en sus manos estaba también la seguridad de los 115 miembros del Sacro Colegio Cardenalicio que deberían entrar en el cónclave, el lunes 18 de abril, para nombrar a un nuevo Pontífice. Hasta ese momento los purpurados serían la máxima autoridad en el Estado Vaticano y en la Iglesia Católica durante el *interregno* hasta la elección del sucesor de Pedro.

A las 21:37, el doctor Renato Buzzonetti certificó el fallecimiento de Juan Pablo II. «Certifico que su santidad Juan Pablo II, nacido en Wadowice el 18 de mayo de 1920, residente en la Ciudad del Vaticano, ciudadano vaticano, ha muerto a las 21.37 horas del día 2 de abril de 2005 en su apartamento del Palacio Apostólico Vaticano, a causa de un choque séptico y de un colapso cardiocirculatorio irreversible».

Los murmullos llegaron hasta la habitación. Un gran silencio inundó todas las salas vaticanas como si de una ola se tratase. Los cinco hombres apoyaron su rodilla izquierda en tierra y se santiguaron. Camillo Cibin, el mismo que apoyó su mano sobre la herida de bala cuando atentaron contra la vida de Juan Pablo II en la plaza de San Pedro el 13 de mayo de 1981, dirigió la pequeña oración. Los cinco sabían que desde ese mismo momento una maquinaria perfectamente engrasada desde hacía siglos comenzaría a movilizarse y ellos y sus departamentos serían piezas importantes en las horas siguientes.

A Segmüller y Mader se les ordenó que sus hombres comenzasen a tomar posiciones alrededor de la Plaza de San Pedro, ante el flujo cada vez mayor de fieles que se acercaban al Vaticano preocupados por la salud del Pontífice; a Cibin y Giani se les ordenó que sus hombres debían escoltar a los máximos cargos del colegio cardenalicio y que asumirían los poderes temporales hasta la elección de un nuevo papa. Al responsable de los servicios de espionaje se le encomendó la tarea de escoltar al camarlengo Martínez Somalo y proteger las habitaciones papales hasta su sellado.

Desde el mismo momento en el que se le informó de la muerte de Juan Pablo II, el jefe de la Santa Alianza comenzó a dar ordenes a sus agentes. Escoltar al cardenal Martínez Somalo hasta el despacho del Pontífice para destruir el sello de plomo del Pescador, así como el sello que el Papa llevaba en su dedo. De esta forma se evitaba que alguien pudiese utilizar los sellos pontificios para firmar documentos no aprobados antes del fallecimiento del Sumo Pontífice.

Al salir del despacho, Martínez Somalo ordenó el sellado de las habitaciones papales. Cinco sellos de lacre sobre cinta roja fueron

colocados por el Vicario de Roma, el cardenal Ruini. Dos agentes del contraespionaje y dos miembros de la Guardia Suiza montarían guardia constantemente protegiendo los sellos hasta que el nuevo Papa elegido en el cónclave los rompiese. El sucesor de Pedro era el único autorizado para entrar en el que fuera el despacho de Juan Pablo II durante los últimos veintiséis años.

A continuación Martínez Somalo indicó a Cibin, al coronel Mader de la Guardia Suiza y al responsable del espionaje que estuviesen preparados para una reunión del llamado «Comité de Crisis» formado por las autoridades de la República Italiana y de la ciudad de Roma. Los tres serían el enlace del Vaticano con las fuerzas de seguridad del Estado italiano. Al filo de las 21:55 del sábado 2 de abril, justo dieciocho minutos después de certificar su fallecimiento, el arzobispo Leonardo Sandri lo anunció al mundo.

Sobre las 23:30 de esa misma noche, una llamada del cardenal camarlengo informó al arzobispo jefe de la Santa Alianza que debía presentarse en las habitaciones de monseñor Stanislaw Dziwisz, el secretario del papa fallecido durante más de cuarenta años. En su poder estaba el testamento de Juan Pablo II, que no debía leerse hasta una fecha concreta. El jefe del espionaje ofreció al obispo polaco una de las cámaras de seguridad para depositar el valioso documento, pero Dziwisz prefirió mantenerlo en su poder tal y como le había encomendado el Santo Padre.

Roma vivía horas de emergencia. Pero el ruido de la multitud congregada en la Plaza de San Pedro no era perceptible más allá del Portón de Bronce que da acceso al Palacio Apostólico. En su interior solo se escuchaban los pasos de las patrullas de la Guardia Suiza y los susurros de cardenales y altos miembros de la Curia. Estaba claro que tras tantos siglos de ritos, el corazón de la Iglesia Católica seguía latiendo regularmente como un reloj y marcaba los minutos del ritual de *«Sede Vacante»*. Los días continuaron en una especie de pánico controlado. El cardenal Eduardo Martínez Somalo daba órdenes precisas al Vicario de Roma, el también cardenal Camillo Ruini, y al cardenal Joseph Ratzinger, encargado, como decano del Sacro Colegio Cardenalicio, de realizar la llamada oficial de convocatoria de cónclave y asistir a sus miembros una vez que llegasen a Roma.

Los servicios de seguridad y espionaje recibirían órdenes al mismo tiempo de Somalo, Ruini y Ratzinger.

Sobre las 12 de la noche del jueves 7 de abril, un día antes del funeral de Juan Pablo II, una llamada de urgencia del «sustituto» de la Secretaría de Estado, el arzobispo argentino Leonardo Sandri, informaba al jefe del espionaje que habían recibido una comunicación desde el «Air Force One», el avión presidencial,

indicando que una vez tomado tierra en Roma, los jefes de la delegación estadounidense se acercarían hasta la Basílica de San Pedro para orar ante el cadáver del Papa. En cuestión de un par de horas, un presidente y dos ex presidentes de los Estados Unidos se arrodillarían ante el cuerpo de Juan Pablo II.

El responsable del *Sodalitium Pianum,* bajo las órdenes del arzobispo jefe de los servicios de espionaje del Estado Vaticano, comenzó a establecer comunicación con las autoridades italianas en Roma y con los responsables del servicio secreto estadounidense. La comitiva del presidente George W. Bush, acompañado de su esposa; de su padre, el ex presidente George Bush; del también ex presidente Bill Clinton; y de la secretaria de Estado, Condoleezza Rice, llegó a las puertas vaticanas sobre la 1:35 de la madrugada. La seguridad era máxima en el interior de la basílica, pero al servicio secreto se le pidió que no entrase con armas en su interior. Por unos minutos, la seguridad de tres mandatarios norteamericanos quedó en manos de la Guardia Suiza, el Cuerpo de Vigilancia y el contraespionaje vaticano.

A esa misma hora, una reunión de emergencia sucedía en el despacho del cardenal camarlengo. Al parecer se estaba estudiando la posibilidad de que, tras el funeral que debía celebrarse horas después con la asistencia de casi doscientos jefes de Estado y de gobierno, reyes y líderes de otras religiones, el cadáver de Juan Pablo II fuese trasladado en helicóptero hasta la iglesia de San Juan de Letrán, la catedral de Roma, para que el pueblo pudiese rendir su último tributo al Papa fallecido.

Ratzinger estaba de acuerdo con el traslado, pero Ruini alegó que la seguridad del cadáver sería difícil de controlar fuera de las murallas vaticanas. Cibin, apoyado por el jefe de la Santa Alianza, se dirigió a los cardenales reunidos advirtiéndoles de que montar un dispositivo móvil fuera del Vaticano sería muy complicado ante la avalancha de fieles que intentarían acceder al interior de San Juan de Letrán. «La Guardia Suiza puede controlar la seguridad en el Vaticano, pero fuera de él es responsabilidad de la policía italiana», dijo Cibin. El cardenal Martínez Somalo decidió entonces acabar con la discusión declarando que había tomado una decisión. El Papa Juan Pablo II sería enterrado tras el funeral, sin ningún tipo de demora. Al asomarse a las ventanas que daban a la Plaza de San Pedro, los miembros de la Curia Romana y de sus fuerzas de seguridad observaron cómo las largas colas de fieles se extendían kilómetros y kilómetros, más allá incluso de los puentes sobre el río Tíber. Cada fiel recorría doscientos metros cada tres horas. Iba a ser una noche larga para todos. El viernes 8 de abril, y tras una oración, se celebró la última reunión con los responsables de

seguridad del Estado Vaticano y de Italia. Como si de un general antes de la batalla se tratase, el camarlengo, Eduardo Martínez Somalo, acompañado del Penitenciario Mayor, Francis James Stradford; del Vicario de Roma, Camillo Ruini, y del Vicario General para la ciudad del Vaticano, Angelo Comastri, tenía sobre su mesa un gran mapa del Vaticano y un plano a escala de la Plaza de San Pedro. Sobre él, pequeñas banderitas de diferentes colores y que representaban a presidentes, primeros ministros, reyes y líderes religiosos se alineaban pinchadas en el plano. El alcalde de Roma, Walter Beltroni, y Guido Bertolasso, responsable gubernativo para la Protección Civil por el lado italiano, escuchaban las explicaciones de Martínez Somalo. Todo estaba atado y bien atado.

Desde altas horas de la madrugada, agentes de la Santa Alianza y del contraespionaje vaticano, mezclados entre la multitud, habían comenzado a tomar posiciones entre los fieles que se agrupaban para coger los mejores puestos antes del comienzo de la homilía impartida por el cardenal Joseph Ratzinger. A lo lejos, miembros del llamado Cuerpo de Vigilancia de la Santa Sede, vestidos de traje y corbata negra, patrullaban los alrededores conectados a través de auriculares con la oficina de coordinación de seguridad, dirigidos por un representante de la República de Italia y otro de la Santa Sede. En los tejados de los alrededores, cientos de fotógrafos, cámaras de televisión y periodistas de noventa países y representando a más de tres mil medios de comunicación esperaban el comienzo de la ceremonia. Entre ellos, agentes de la Santa Alianza disfrazados y tiradores de élite de la policía y del ejército italiano.

Desde primeras horas de la mañana cerca de seiscientas mil personas se concentraban ya tras las vallas colocadas por la policía italiana alrededor de la columnata de Bernini. Un miembro de la seguridad vaticana llegó a decir que «nunca antes en toda la historia se habían concentrado tantas fuerzas de seguridad de todo el mundo en tan pocos kilómetros cuadrados». Estaba claro que se refería a los escoltas de los jefes de Estado y de Gobierno, casi dos centenares, que se encontraban sentados frente al cadáver del Sumo Pontífice. No cabe la menor duda ya para los responsables de la seguridad vaticana de que este es el primer funeral a escala global.

La mañana aparecía cubierta de nubes y un fuerte viento se desataba en la Plaza de San Pedro, haciendo elevar las rojas túnicas cardenalicias. Todo el mundo está en alerta ante los dos centenares de poderosos que se han reunido para rendir su último tributo al Papa fallecido.

La ceremonia comienza de forma privada en el interior de la basílica. El cardenal Martínez Somalo, acompañado siempre por un

miembro del contraespionaje y tres agentes de la Gendarmería de la Santa Sede, celebra el rito del cierre del ataúd, una sencilla caja de ciprés. El arzobispo Pietro Marini, maestro de celebraciones litúrgicas, procedió a la lectura del *'rogito',* una breve biografía del difunto, y lo depositó dentro del féretro. Inmediatamente después el secretario Dziwisz cubrió el cadáver con un lienzo blanco. Pero lo que nadie sabía es que a esa misma hora el jefe del espionaje vaticano y Camillo Cibin, inspector general de la Gendarmería Vaticana, habían recibido una alerta de violación de seguridad procedente del mando italiano.

Un avión sin identificación estaba entrando en el espacio aéreo del Estado Vaticano. Al parecer, el control del espacio aéreo de la República Italiana no había conseguido ponerse en contacto con los pilotos y la alarma se desató. Por la cabeza de Cibin y del responsable de la Santa Alianza pasaron decenas de imágenes de un avión estrellándose contra decenas de monarcas, tres príncipes herederos, cincuenta y siete jefes de Estado y diecisiete jefes de Gobierno, así como de una veintena más de líderes religiosos, sin que ellos pudieran hacer absolutamente nada para evitarlo. Era imposible evacuarlos a todos con la suficiente rapidez. A esa hora, vestidos de luto riguroso, se encontraban ya ocupando sus asientos a la espera de la salida del féretro de Juan Pablo II y del comienzo de la homilía impartida por el cardenal Joseph Ratzinger.

En pocos segundos la aeronave sin identificar se vio rodeada por cuatro cazas de las Fuerzas Aéreas Italianas que le obligaron a descender y aterrizar en una base militar. Al tomar tierra, agentes de la policía y miembros de los servicios de espionaje italiano y vaticano comprobaron que no había huella alguna de explosivos o bombas. Según parece, el piloto tenía problemas de comunicaciones y el avión se dirigía al aeropuerto de Ciampino a recoger a la delegación de Macedonia que había acudido al funeral pontificio. Desde el centro de mando se informó a Cibin y al jefe de la Santa Alianza del incidente, mientras los ritos por el Sumo Pontífice fallecido continuaban.

Cuando el cardenal Ratzinger, decano del colegio cardenalicio, se disponía a comenzar su homilía, nuevamente Cibin y el arzobispo jefe del espionaje pontificio recibieron una segunda comunicación de alerta. Esta vez el incidente sucedía entre agentes italianos y agentes del servicio secreto estadounidense. Según parece, los escoltas del presidente Bush intentaban entrar armados en una zona controlada por los servicios secretos de Italia. Estaba claro que el incidente en el que el agente del espionaje italiano Nicola Calipari perdió la vida al ser tiroteado por *marines* en Irak aún provocaba recelos entre estadounidenses e italianos. Fue Cibin quien dio la

orden de expulsar a los escoltas de Bush fuera del circulo de seguridad y responsabilidad de los servicios secretos de Italia y la Santa Sede.
El clamor de los asistentes y más de trescientas cincuenta mil personas que se habían acercado hasta San Pedro se convirtió en un murmullo cuando salió el ataúd seguido por ciento cuarenta cardenales vestidos de rojo, para ser depositado sobre una alfombra roja. Los agentes de la Santa Sede no paraban de escrutar a los fieles que ocupaban las primeras filas, los más cercanos a la zona ocupada por las autoridades. Muchas de las pancartas con lemas como «Santo Subito» o «Juan Pablo, el Magno» impedían vigilar a la muchedumbre.
Camillo Cibin, el coronel Elmar Theodor Mader, comandante en jefe de la Guardia Suiza, y el jefe de la Santa Alianza habían recomendado durante la reunión celebrada el día anterior la posibilidad de que la policía italiana impidiese el acceso de fieles con pancartas. Tal vez podrían alegar que estas ocupaban mucho espacio para no ofender al portador. Camillo Ruini, Vicario de Roma, aconsejó incluso montar una especie de puesto para que los fieles depositaran sus pancartas y una vez finalizado el acto pudiesen recuperarlas. La propuesta fue apoyada por Angelo Comastri, Vicario General para la ciudad del Vaticano. Al final la propuesta fue rechazada por los cardenales Martínez Somalo y Ratzinger, quienes alegaban que ello podría ofender a los fieles que con tanta ilusión habían esperado horas a la intemperie para poder presentar sus respetos al papa fallecido.
Esto obligó a que la seguridad de la Santa Sede tuviera que infiltrar entre los fieles a varios agentes del contraespionaje.
Tras la homilía, interrumpida hasta en trece ocasiones por los aplausos, se dio por finalizada con gritos de «Santo, Santo», después de dar la comunión y la súplica a los difuntos. El coro vaticano entonó el *Magnificat* acompañado de los repiques de campana. Nuevamente los agentes de la Santa Alianza y de la Gendarmería debían comenzar a moverse. El ataúd del Sumo Pontífice sería llevado hasta el interior de la cripta de San Pedro para ser enterrado.
El lugar había sido asegurado por agentes de la Gendarmería y del *Sodalitium Pianum.* El féretro de madera de ciprés fue precintado con cintas rojas, en las que se pusieron los sellos de la Cámara Apostólica, de la Prefectura de la Casa Pontificia, de la Oficina de las Celebraciones Litúrgicas del Papa y del Capítulo Vaticano. La caja de ciprés fue encajada en otra de plomo de cuatro milímetros de espesor y a su vez en otra de madera de olmo barnizada. Sobre esta última se colocó un crucifijo y el escudo del Pontífice difunto.

Una sencilla lápida, en la que está escrito en latín el nombre de Juan Pablo II y cuándo nació y murió, cubrió el enterramiento. Un notario del Capítulo de la Basílica Vaticana redactó el acta de la sepultura y lo leyó ante los presentes, un reducido grupo presidido por el camarlengo y algunos miembros escogidos de la «familia pontificia» del Papa, sus secretarios, las monjas que le cuidaron, su médico personal y Stanislaw Dziwisz, su fiel secretario.

Con este acto y la salida desde el aeropuerto de Roma del último jefe de Gobierno, se daba por finalizada la llamada operación 'Cerrojo' y las fuerzas de seguridad vaticanas reducían su grado de alerta. Había llegado el momento para los servicios de espionaje y contraespionaje de la Santa Sede, la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum,* de ponerse en marcha para preparar el cónclave en el que debería elegirse al sucesor de Juan Pablo II. «Es hora de los *Novendiales* (las nueve jornadas de luto), del cónclave y de un nuevo Papa», dijo Martínez Somalo a sus jefes de seguridad.

El lunes 11 de abril, a primera hora de la mañana, y tras asistir a una misa en recuerdo del Papa fallecido, los cinco hombres encargados de la seguridad del Estado Vaticano se reunieron en una dependencia del Palacio Apostólico con el cardenal camarlengo Eduardo Martínez Somalo y el cardenal Joseph Ratzinger. Tras una breve salutación y oración, el coronel de la Guardia Suiza, Pius Segmuller; el comandante en jefe de la Guardia Suiza, el coronel Elmar Theodor Mader; el inspector general de la Gendarmería Vaticana, Camillo Cibin; el subinspector Domenico Giani; y el jefe del espionaje del Vaticano comenzaron a relatar una especie de informe de incidencias sucedidas el día anterior.

El cardenal Ratzinger tomó la palabra para felicitar a los cinco hombres allí reunidos y para pedirles que continuasen con sus esfuerzos en un momento tan importante para la Santa Sede como era la convocatoria del cónclave.

Los cinco hombres allí reunidos fueron los primeros en conocer que el día elegido para el inicio del cónclave sería el lunes 18 de abril. Lo cierto es que tenían poco tiempo, tan solo siete días para organizarlo todo.

Los agentes del contraespionaje, el *Sodalitium Pianum,* serían los encargados de proteger a los ciento quince cardenales electores para evitar que durante las votaciones del cónclave pudiesen ser influenciados por fuerzas exteriores. También se ocuparían de proteger el interior del hospicio de Santa Marta, lugar en donde habitarían los cardenales electores hasta la elección del nuevo Sumo Pontífice. Cada día estos debían «barrer» cada habitación de los cardenales para evitar escuchas, micrófonos ocultos o simples aparatos de radio o televisión. Al inicio del cónclave todo aparato

de comunicación está absolutamente prohibido. Si alguno de los cardenales violase esta norma sería excomulgado de inmediato.
Los agentes del espionaje, la Santa Alianza, serían los encargados de «barrer» cada mañana, antes de la llegada de los cardenales, la Capilla Sixtina de escuchas electrónicas y de comprobar en la misma puerta que los ciento quince cardenales electores no portaban ningún aparato electrónico, incluidos teléfonos móviles. Los servicios de inteligencia del Vaticano se ocuparían también de tener perfectamente coordinada la barrera electrónica instalada alrededor de la Capilla Sixtina y de Santa Marta para que incluso si algún cardenal conseguía pasar un teléfono móvil a través de los controles del contraespionaje, este no tuviese cobertura.
A última hora, el cardenal Martínez Somalo indicó al jefe de la Santa Alianza que sus hombres se ocuparían también de proteger a los '*fustigadores'* elegidos por el colegio cardenalicio para controlar las normas del cónclave. Los dos '*fustigadores'* eran el padre capuchino Raniero Cantalamessa, de setenta y un años, experto en ejercicios espirituales y predicador oficial de la Casa Pontificia, y el cardenal checo Tomas Spidlik, de ochenta y seis años, uno de los máximos expertos en espiritualidad oriental.
Las quinielas estaban abiertas para la sucesión al trono de San Pedro. Para los responsables de los servicios de espionaje estaba claro que preferían un continuista, y a ser posible perteneciente al llamado «círculo polaco», formado por los cardenales más próximos al papa Juan Pablo II. El arzobispo jefe de la Santa Alianza sabía que si el elegido como el 264 sucesor de Pedro, eran los cardenales Dionigi Tettamanzi, arzobispo de Milán y defensor de los jóvenes antiglobalización; el brasileño Claudio Hummes, arzobispo de Sâo Paolo, amigo del presidente Lula y defensor de los «Sin Tierra»; o el hondureño Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga, arzobispo de Tegucigalpa y que, según dicen, coqueteó con la Teología de la Liberación, lo más normal es que estableciesen una línea de inmovilismo dentro de los servicios de espionaje del Estado Vaticano. Aún se recuerda lo sucedido cuando el conservador cardenal Roncalli fue elegido Papa el 28 octubre 1958 con el nombre de Juan XXIII y se convirtió en uno de los pontífices más progresistas de toda la historia de la Iglesia católica y que le llevó a convocar el Concilio Vaticano II. Los servicios secretos, espionaje y contraespionaje, permanecieron en la más absoluta inactividad hasta el fallecimiento del Papa, el 3 de junio de 1963, en total cinco años.
El cardenal Montini, elegido como Pablo VI, reactivó las actividades de la Santa Alianza y del *Sodalitium Pianum,* llegando a su punto culminante de operatividad durante la primera década del

pontificado de Juan Pablo II, entre 1978 y 1988. Estaba claro que para la Santa Alianza sería peligroso la elección de un «progresista» en la silla de Pedro.

Ante la llegada del 18 de abril, fecha de inicio del cónclave, los principales favoritos por la sucesión de Juan Pablo II son los cardenales Dionigi Tettamanzi y el alemán Joseph Ratzinger. El sábado 16 de abril, en la última reunión de cardenales electores antes del cónclave, Ratzinger ordena un «silencio absoluto». Quedan prohibidas las declaraciones a los medios de comunicación, y para ello el camarlengo ordena a Camillo Cibin y al jefe del espionaje papal, que desde ese mismo momento todos los cardenales electores, en total ciento quince, pertenecientes a cincuenta y dos países de cinco continentes, deben ser siempre acompañados hasta que se recluyan en Santa Marta para preparar el cónclave.

Ha llegado la hora de la verdad para los ciento quince cardenales encargados de elegir al 265 Pontífice de la Iglesia católica. Minutos después de que el arzobispo Pietro Marini, maestro de ceremonias del Estado Vaticano, pronuncie las famosas palabras '*extra omnes*' (Todos fuera), el cardenal decano Joseph Ratzinger leerá en voz alta el juramento por el cual cada elector se compromete a observar las normas de la constitución *Universi Dominici Gregis* y al más absoluto secreto en todo lo concerniente a la elección de nuevo papa.

Las urnas de plata y bronce donde se recogerán las papeletas de las votaciones y que han sido protegidas por dos agentes del *Sodalitium Pianum* y dos miembros de la Guardia Suiza están ya colocadas ante el altar mayor. También han sido preparadas las dos estufas, la antigua que quemará las papeletas de las votaciones y la más moderna, que con ayuda de sustancias químicas provocará la «fumata blanca» o la «fumata negra». Están también listos los bancos donde se sentarán los cardenales y la mesa cubierta por una tela purpurada en donde los encargados del escrutinio y del recuento abrirán las papeletas, las leerán en voz alta y las prenderán con una gruesa aguja en un hilo antes de quemarlas. El diario *L'Osservatore Romano,* órgano oficial de la Santa Sede, tiene ya preparadas hasta sesenta posibles portadas. El 18 de abril de 2005, a las 17:30 de la tarde, da comienzo oficialmente el cónclave. Esa misma tarde, a las 20:06 hora Vaticano, aparece en la chimenea colocada sobre el tejado de San Pedro la primera «fumata negra». Ningún candidato ha conseguido los votos necesarios para ser elegido Sumo Pontífice, es decir setenta y seis más uno.

En la mañana del martes 19 de abril, los conclavistas están ya reunidos nuevamente. Un selecto grupo de cardenales lideran la votación a favor del cardenal Ratzinger. El español Julián Herranz, miembro del Opus Dei y prefecto para la Interpretación de los

Textos Legislativos; el colombiano Darío Castrillón Hoyos; y el también colombiano Alfonso López Trujillo, los tres pertenecientes al ala conservadora de la Curia.
Poco después, también se unirían a este grupo los cardenales italianos Angelo Scola y Camillo Ruini, uno de los pupilos de Ratzinger. El cardenal austríaco Christoph Schönborn, amigo personal del llamado «Panzerkardinal», también se uniría al grupo de apoyo a la candidatura de Ratzinger.
Cada vez más, la victoria de Ratzinger era relativamente sencilla. Estaba claro que Tettamanzi contaba con la oposición del bloque liderado por Angelo Scola, y viceversa. El cardenal Carlo Maria Martini, líder del área reformista y promotor de la candidatura de Tettamanzi, envió una señal a su grupo para desistir en su apoyo al arzobispo de Milán. La fuerza de la candidatura de Joseph Ratzinger y de sus apoyos son cada vez mayores y más compactos. Según el vaticanista Orazio Petrosiello, del diario *Il Messagero,* en la primera votación del cónclave en la tarde del lunes, Martini consiguió 40 votos frente a los 38 que consiguió Ratzinger.
A las 17:50 hora Vaticano, aparecía por la pequeña y estrecha chimenea lo que parecía una «fumata blanca», pero las campanas de San Pedro no repicaban como habían anunciado. En la Plaza de San Pedro cundió la confusión hasta que de repente las grandes campanas de la Basílica comenzaron a tañer. Los ciento quince cardenales habían elegido al 264 sucesor de San Pedro.
Unos minutos antes, y tras la cuarta votación del cónclave, el cardenal alemán Joseph Aloysius Ratzinger había alcanzado el quórum necesario para ser elegido nuevo Sumo Pontífice. En total, 107 votos de los 115 cardenales electores.
Inmediatamente después el cardenal Angelo Sodano le preguntó a Ratzinger: «¿Aceptas tu elección canónica para Sumo Pontífice?», el alemán respondió afirmativamente. A la segunda pregunta: «¿Con qué nombre deseas ser llamado?», el cardenal Ratzinger respondió: «Con el nombre de Benedicto XVI».
El nuevo papa Benedicto XVI rezó ante el altar de la Capilla Sixtina y posteriormente se trasladó a una pequeña estancia, llamada la «habitación de las lágrimas», en donde el elegido estuvo un rato a solas con sus sentimientos. Allí también se ayudó al ya Benedicto XVI a vestir las ropas de Sumo Pontífice, y que había confeccionado en tres tallas diferentes el famoso sastre Gammarelli.
Minutos antes, y como marca la tradición, el cardenal protodiácono, el chileno Jorge Arturo Medina Estévez, cumplió su tarea de hacer el anuncio oficial: *«Annuntio vobis gaudium magnum; habemus Papam: Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum, Dominum Josephum Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalem Ratzinger qui sibi nomen*

imposuit Benedictum XVI».
En ese mismo momento Benedicto XVI aparecía en el balcón para lanzar su bendición «Urbi et Orbi», pero mientras millones de ojos veían esta escena, en el interior del Vaticano los servicios de seguridad eran alertados de que un nuevo Pontífice había sido elegido y que alrededor de él debía comenzar a diseñarse un plan de protección y escolta.
Esa misma noche el cardenal Eduardo Martínez Somalo se reunió con Camillo Cibin, el coronel de la Guardia Suiza Elmar Theodor Mader y el arzobispo jefe de la Santa Alianza. «Deben estar preparados para ser llamados ante el Santo Padre —les dijo Somalo —, ahora es la hora de orar tras la elección de nuestro nuevo Sumo Pontífice». Los miembros de la Gendarmería y de la Guardia Suiza continuarían con su labor de patrullar en el interior del Palacio Apostólico, mientras que los agentes del contraespionaje se ocuparían por lo menos durante esa noche de proteger al Sumo Pontífice. El papa Benedicto XVI cenaría con los ciento catorce cardenales que entraron con él en el cónclave en la residencia de Santa Marta hasta que pudiese disponer de su propio alojamiento en el Palacio Apostólico.
Cibin fue informado a altas horas de la noche de que al día siguiente el Papa deseaba visitar su antigua oficina de la Congregación para la Doctrina de la Fe, así como pasar un momento por la que había sido hasta entonces su residencia en el Vaticano para recoger una serie de pertenencias. El inspector general de la Gendarmería Vaticana, Camillo Cibin, llamó por su teléfono interior al subinspector Domenico Giani para que informase a la Santa Alianza de los deseos del Pontífice. Antes de la visita papal, los agentes del espionaje vaticano debían haber pasado antes por las oficinas de la Congregación y por su apartamento privado para asegurarse de que el papa Benedicto XVI no podría sufrir ningún daño.
El miércoles 20 de abril, a las siete de la mañana, los cardenales que aún se encontraban en la residencia Santa Marta vieron entrar en el comedor al papa Benedicto XVI, que acudía como había hecho desde hace años a desayunar con sus colegas. La única diferencia es que esta vez iba vestido de un blanco inmaculado y escoltado por tres agentes del contraespionaje y de la Gendarmería.
Sus llamativas ojeras revelaban el enorme peso que asumió el día anterior al aceptar su nombramiento como Sumo Pontífice. El cardenal Schönborn fue el primero en acercarse a él y besarle el anillo del Pescador. A continuación, el Papa llamó al cardenal Sodano y le comunicó algo de forma privada.
Tras el desayuno, Benedicto XVI se dirigió hacia el Palacio

Apostólico acompañado del cardenal Eduardo Martínez Somalo y del cardenal Angelo Sodano. Una vez allí, el cardenal español indicó al retén de la Guardia Suiza y a los dos agentes del *Sodalitium Pianum* que se retirasen para poder romper los sellos de la puerta del que había sido el despacho del anterior Pontífice Juan Pablo II en los últimos veintiséis años. Con el propio Papa como testigo, Martínez Somalo procedió a cortar las cintas rojas y a romper los cinco sellos de lacre que flanqueaban la gran puerta. A continuación Benedicto XVI ordenó una serie de reformas que debían hacerse antes de que él ocupase el despacho de su antecesor, fallecido hacía tan solo dieciocho días.

Inmediatamente después el Sumo Pontífice ratificó en el cargo de secretario de Estado del Vaticano al cardenal Angelo Sodano, de setenta y siete años y que ocupaba el mismo cargo con Juan Pablo II desde 1990. También ratificó al arzobispo Giovanni Lajolo, responsable de Asuntos Exteriores, y al vicesecretario de Estado, Leonardo Sandri, quienes junto a Sodano formaban el llamado «Triunvirato» de poder de la Curia Romana. La primera orden pontificia a su recién nombrado secretario de Estado fue la de ratificar en sus cargos hasta nueva orden a todos los responsables de congregaciones, comisiones y cuerpos de seguridad.

El llamado «círculo alemán», que ha sustituido al anterior «círculo polaco», se cerraba con la incorporación al ámbito privado del papa Benedicto XVI del secretario privado, el sacerdote Georg Gaenswein, y una mujer, Ingrid Stampa.

El primero, según informes de la Santa Alianza entregados al secretario de Estado, era un sacerdote de cuarenta y nueve años, teólogo, rubio, alto y de complexión deportiva, además de ser muy perspicaz y muy eficaz en su labor. «Entiende cualquier cosa compleja en menos de diez segundos y da una respuesta inmediata y clara», afirman quienes le conocen.

La mujer, de cincuenta y cinco años, sustituyó en las tareas administrativas de la residencia del todavía cardenal Ratzinger a María, la hermana de éste, tras su fallecimiento en 1991. Stampa hace de ayudante, secretaria, e incluso de cocinera en caso necesario. Ingrid Stampa tiene un alto nivel intelectual, fue profesora de música en Hamburgo antes de dedicarse en Italia a la investigación teológica, a hacer traducciones para editoriales católicas y a otras actividades docentes. Es también, como el papa Benedicto XVI, una gran amante de la música de Mozart.

La propia Ingrid Stampa reveló poco antes de comenzar el cónclave que el todavía cardenal Joseph Ratzinger le había comentado: «ya falta poco, la próxima semana podremos descansar y marcharnos todos de excursión». Días después Ratzinger ocupaba la silla de

Pedro, vacante desde la muerte de Juan Pablo II.
Estaba ya claro para el arzobispo jefe de la Santa Alianza, que el pontificado alemán de Benedicto XVI no diferiría mucho de los años polacos de Juan Pablo II. Se esperan años de gloria, pero también años de enorme actividad dentro de los servicios de espionaje del Estado Vaticano, al fin y al cabo los entonces enemigos comunistas del papa Juan Pablo II se han convertido ahora en otros enemigos. Las sectas evangélicas, cada vez más influyentes en Latinoamérica y que están provocando una gran pérdida de católicos; el gigante chino, en donde los representantes de la Iglesia católica siguen siendo perseguidos por el gobierno de Pekín; o aquellos teólogos que pretenden alejarse de las estrictas directrices marcadas por el Vaticano. Muchos son los enemigos y muchas las operaciones que deben llevar a cabo todavía los agentes de la Santa Alianza.
«Me parece sentir su mano [la de Juan Pablo II] fuerte que aprieta la mía. Me parece que veo sus ojos sonrientes y escucho sus palabras, que en ese momento me dice: No tengas miedo», declaró el propio Benedicto XVI. Puede que esto sea, tal vez y solo tal vez, la filosofía que deberá marcar la actuación de los servicios de espionaje y contraespionaje del Estado Vaticano, la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum* en los años de Benedicto XVI. *Alea jacta est!!* (La suerte está echada).

ANEXO
RELACIÓN DE PAPAS DESDE LA CREACIÓN DE LA SANTA ALIANZA

Pío V, san
Gregorio XIII Sixto V
Urbano VII
Gregorio XIV Inocencio IX Clemente VIII León XI
Paulo V
Gregorio XV Urbano VIII Inocencio X Alejandro VII Clemente IX Clemente X
Inocencio XI Alejandro VIII Inocencio XII Clemente XI Inocencio XIII Benedicto XIII Clemente XII Benedicto XIV 7 enero 1566-1 mayo 1572
13 mayo 1572-10 abril 1585
24 abril 1585-27 agosto 1590
15 septiembre 1590-27 septiembre 1590 5 diciembre 1590-15 octubre 1591 29 octubre 1591-30 diciembre 1591 30 enero 1592-5 marzo 1605
11 abril 1605-27 abril 1605
16 mayo 1605-28 enero 1621
6 febrero 1621-8 julio 1623
6 agosto 1623-29 julio 1644
15 septiembre 1644-7 enero 1655 7 abril 1655-22 mayo 1667
20 junio 1667-9 diciembre 1669
29 abril 1670-22 julio 1676
21 septiembre 1676-12 agosto 1689 6 octubre 1689-1 febrero 1691
12 julio 1691-27 septiembre 1700 23 septiembre 1700-19 marzo 1721 8 mayo 1721-7 marzo 1724
29 mayo 1724-21 febrero 1730
12 julio 1730-8 febrero 1740
17 julio 1740-3 mayo 1758
Clemente XIII Clemente XIV Pío VI
Pío VII
León XII
Pío VIII
Gregorio XVI Pío IX
León XIII
Pío X, san
Benedicto XV Pío XI
Pío XII
Juan XXIII

Pablo VI
Juan Pablo I Juan Pablo II Benedicto XVI 6 julio 1758-2 febrero 1769
19 mayo 1769-21 septiembre 1774 15 febrero 1775-29 agosto 1799
14 marzo 1800-20 agosto 1823 28 septiembre 1823-10 febrero 1829 31 marzo 1829-30 noviembre 1830 2 febrero 1831-1 junio 1846
16 junio 1846-7 febrero 1878
20 febrero 1878-20 julio 1903 4 agosto 1903-20 agosto 1914 3 septiembre 1914-22 enero 1922 6 febrero 1922-10 febrero 1939 2 marzo 1939-9 octubre 1958 28 octubre 1958-3 junio 1963 21 junio 1963-6 agosto 1978
26 agosto 1978-29 septiembre 1978 16 octubre 1978-2 abril 2005
19 abril 2005

BIBLIOGRAFÍA

A ARONS, Mark, y LOFTUS, John, *Ratlines: The Vatican's Nazi Connection,* Arrow, Nueva York, 1991.
— *Unholy Trinity. The Vatican, the Nazis and the Swiss Banks,* St. Martin's Griffin, Nueva York, 1998.
ALFORD, Kenneth D., *The Spoils of World War II: The American Military's Role in the Stealing of Europe's Treasures,* Birch Lane, Londres, 1994.
— *Great Treasure Stories of World War II,* DaCapo Press, Nueva York, 2001.
ALFORD, Kenneth D., y SAVAS, Theodore P., *Nazi Millionaires: The Allied Search for Hidden SS Gold,* Casemate Publishers, Nueva York, 2002.
ALLEN, John L., *Cardinal Ratzinger. The Vatican's Enforcer of the Faith,* Continuun Publishing, Nueva York, 2000.
— *Conclave. The Politics, Personalities and Process of the Next Papal Election,* Doubleday, Nueva York, 2002.
ÁLVAREZ, David, «The Papacy in the Diplomacy of the American Civil War», *Catholic Historical Review,* núm. 69, Washington, D. C. (abril 1983).
— *The* «Professionalization of the Papal Diplomatic Service», *Catholic Historical Review,* núm. 72, Washington, D. C. (abril 1989).
— *Spies in the Vatican. Espionage and Intrigue from Napoleon to the Holocaust,* University Press of Kansas, Kansas, 2002.
ÁLVAREZ, David, y GRAHAM, Robert A., *Nothing Sacred: Nazi Espionage Against the Vatican, 1939-1945,* Irish Academic Press, Nueva York, 1998.
ANDERSON, Robin, *Pope Pius VII (1800-1823): His Life, Times, and Struggle with Napoleon in the Aftermath of the French Revolution,* Tan Books & Publishers, Nueva York, 2000.
ANDREW, Christopher, y MITROKHIN, Vasili, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB,* Basic Books, LonANNAS, George J., *The Nazi Doctors and the Nuremberg Code: Human Rights in Human Experimentation,* Oxford University Press, Nueva York, 1995. ARENDT, Hannah, *Eichmann in Jerusalem. A Report on the Banality of Evil,* Penguin Books, Nueva York, 1992.
ARETIN, Karl Otmar von, *El Papado y el mundo moderno,* Ediciones Guadarrama, Madrid, 1964.
ASPREY, Robert, *The Rise of Napoleon Bonaparte,* Basic Books, Londres, 2001. BAGULEY, David, *Napoleon III and His Regime: An Extravaganza,* Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2000.
BALLESTER, Rafael, *Historia de los Papas,* Editorial Bruguera,

Barcelona, 1972. BALTEAU, J., *Dictionnaire de biographie française,* Letouzey et Ané, París, 1933. BAR-ZOHAR, Michael, y HABER, Eitan, *The Quest for the Red Prince,* William Morrow, Nueva York, 1983.
BAUER, Eddy, *Espías. Enciclopedia del Espionaje,* 8 vols., Idées & Éditions, París, 1971.
BAUMGARTNER, Frederic J., *Behind Locked Doors: A History of the Papal Elections,* Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003.
BEDESCHI, Lorenzo, «Un episodio di spionaggio antimodernista», *Nuova Rivista Storica,* núm. 56, Milán (mayo-agosto 1972).
BEIK, William, *Louis XIV and Absolutism: A Brief Study with Documents,* Palgrave Macmillan, Londres, 2000.
BERGIN, Joseph, *The Rise of Richelieu (Studies in Early Modern European History),* Manchester University Press, Manchester, 1997.
BERNSTEIN, Carl, y POLITI, Marco, *His Holiness,* Bantam Doubleday, Nueva York, 1996.
BLACK, Ian, y MORRIS, Benny, *Israel's Secret Wars. A History of Israel's Intelligence Services,* Grove Weidenfeld, Nueva York, 1991.
BLACK, Jeremy, *From Louis XIV to Napoleon: The Fate of a Great Power,* UCL Press, Londres, 1999.
BLANNING, T. C., *The French Revolutionary Wars, 1787-1802 (Modern Wars),* Edward Arnold Publisher, Oxford, 1996.
BLET, Pierre, *Pius XII and the Second War World,* Paulist Press, Nueva Jersey, 1997.
BLOCH, Michael, *Ribbentrop,* Omnibus, Berlín, 1998.
BLONDIAU, Heribert, y GÜMPEL, Udo, *El Vaticano santifica los medios. El asesinato del «banquero de Dios»,* Ellago Ediciones, Castellón, 2003.
BLOUIN, Francis X. (ed.), *Vatican Archives: An Inventory and Guide to Historical Documents of the Holy See,* Oxford University Press, Oxford, 1997.
BOKUN, Branko, *Spy in the Vatican 1941-1945,* Tom Stacey Ltd., Nueva York, 1997.
BONNEY, Richard, *The European Dynastic States 1494-1660,* Oxford University Press, Oxford, 1992.
— *The Thirty Years' War 1618-1648,* Osprey Publishers Company, Londres, 2002.
BOSSY, John, *Giordano Bruno and the Embassy Affair,* Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2002.
BROOKS, Elbridge S., *The Story of Our War with Spain,* Ross & Perry, Inc., Nueva York, 2001.
BROWDER, George, *Hitler's Enforcers: The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution,* Oxford University Press, Oxford, 1996.
BROWNING, Oscar, *Journal of Sir George Rooke, Admiral of the Fleet,* Navy Records Society, Londres (ed. facsímil, 1897), 1998.
BRUCE, George, *Dictionary of Wars,* HarperCollins, Londres, 1995.

BRUECK, Heinrich, *History of the Catholic Church,* Benziger Brothers, Chicago, 1885.
BRUTI LIBERATI, Luigi, *La Santa Sede e le origini dell'imperio americano: la guerra de 1898,* Edizioni Unicopli, Milán, 1984.
BRZEZINSKI, Zbigniew, *The Grand Failure: The Birth and Death of Communism in the Twentieth Century,* Scribner Publishers, Nueva York, 1989.
BUISSERET, David, *Henry IV: King of France,* Unwin Hyman, Boston, 1990.
BURMAN, Edward, *Assassins: Holy Killers of Islam,* HarperCollins Publishers, Nueva York, 1987.
CADBURY, Deborah, *The Lost King of France: A True Story of Revolution, Revenge, and DNA,* St. Martin's Press, Londres, 2002.
— *The Lost King of France: How DNA Solved the Mystery of the Murdered Son of Louis XVI and Marie Antoinette,* Griffin Trade Paperback, Londres, 2003.
CAHILL, Thomas, *Pope John XXIII,* Viking Penguin, Nueva York, 2002.
CALVO POYATO, José, *Carlos II el Hechizado y su época,* Editorial Planeta, Barcelona, 1991.
CANNY, Nicholas, *Making Ireland British, 1580-1650,* Oxford University Press, Oxford, 2001.
CARBONERO Y SOL, Manuel, *Fin funesto de los perseguidores y enemigos de la Iglesia, desde Herodes el Grande hasta nuestros días,* Librería y Tipografía Católica, Barcelona, 1878.
CARLYLE, Thomas, *The French Revolution: A History,* Modern Library, LonCARRILLO DE ALBORNOZ, José Miguel, *Carlos V, la espada de Dios,* Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.
CASSELS, Lavender, *The Archiduke and the Assassin: Sarajevo, June 28th, 1914,* Scarborough House, Londres, 1985.
CASTIGLIONI, Carlo, *Storia dei Papi,* Editrice Torinese, Turín, 1939.
CAVOLI, Alfio, *La Papessa Olimpia,* Editoriale Scipioni, Milán, 1992.
CHADWICK, Owen, *Britain and the Vatican during the Second World War,* Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
CHICKERING, Roger, *Imperial Germany and the Great War, 1914-1918,* Cambridge University Press, Cambridge, 1998.
CHIOVARO, Francesco, y BESSIÈRRE, Gérard, *Urbi et Orbi. I Papi nella Storia,* Gallimard, París, 1995.
CIAPPARA, Frans, *The Roman Inquisition in Enlightened Malta,* Pubblikazzjonijiet Indipendenza, Malta, 2000.
CIERVA, Ricardo DE LA, *El diario secreto de Juan Pablo I,* Editorial Planeta, Barcelona, 1990.
COLETTA, Paolo Enrico, *The Presidency of William Howard Taft,* University Press of Kansas, Lawrence (Kansas), 1973.

COMPTON, Piers, *The Broken Cross: the Hidden Hand in the Vatican,* N. Spearman, Nueva York, 1995.
CONWAY, Martin, *Catholic Politics in Europe: 1918-1945,* Routledge, Nueva York, 1997.
COPPA, Frank J., *Cardinal Giacomo Antonelli and Papal Politics in European Affairs,* Nueva York University Press, Nueva York, 1990.
— *The Modern Papacy since 1789,* Wesley Longman Ltd., Essex, 1998. — *Controversial Concordats: The Vatican's Relations with Napoleon, Mussolini and Hitler,* Catholic University of America Press, Washington, D. C., 1999. CORDINGLY, David, *Under the Black Flag: The Romance and the Reality of Life Among the Pirates,* Harvest Books, Nueva York, 1997. CORNWELL, John, *A Thief in the Night. Life and Death in the Vatican,* Penguin Books, Nueva York, 1989.
— *Breaking Faith: The Pope, the People, and the Fate of Catholicism,* Viking Press, Nueva York, 2001.
— *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII,* Penguin Books, Nueva York, 2002.
COWLEY, Robert, *The Great War: Perspectives on the First World War,* Random House, Nueva York, 2003.
CUNLIFFE-OWEN, Marguerite, *Imperator Et Rex: William II of Germany,* Fredonia Books, Amsterdam, 2002.
DAIM, Wilfried, *The Vatican and Eastern Europe,* Ungar, Londres, 1989. DE CESARE, Raffaelle, *The Last Days of Papal Rome,* Zimmern Publisher, Londres, 1946.
DE ROSA, Peter, *Vicars of Christ. The Dark Side of the Papacy,* Poolbeg Press Ltd., Dublín, 2000.
DEACON, Richard, *The Israeli Secret Service,* Warner Books, Nueva York, 1977.
DEAVOURS, Cipher A., y KRUH, Louis, *Selections from Cryptologia: History, People, and Technology,* Artech House, Londres, 1998.
DEDIJER, Vladimir, *The Yugoslav Auschwitz and the Vatican: The Croatian Massacre of the Serbs During World War II,* Prometheus Books, Nueva York, 1999.
DELORME, Philippe, *L'Affaire Louis XVII,* Jules Tallandier, París, 2000.
DETZER, David, *Allegiance: Fort Sumter, Charleston, and the Beginning of the Civil War,* Harvest Books, Pennsylvania, 2002.
DEUTSCH, Harold, *The Conspiracy Against Hitler in the Twilight War,* University of Minnesota Press, Minneapolis, 1968.
DIFONZO, Luigi, *Michele Sindona, el banquero de San Pedro,* Editorial Planeta, Barcelona, 1984.
Discípulos de la Verdad, *Bugie di sangue in Vaticano,* Kaos Edizioni, Milán, 1999.
— *All'ombra del Papa infermo,* Kaos Edizioni, Milán, 2001.
DOERRIES, Reinhard R., *Sir Roger Casement in Imperial Germany,*

1914-1916, Irish Academic Printed, Dublín, 2000.
DOLLMANN, Eugen, *Roma Nazista, 1937-1943,* RCS Libri, Milán, 2002.
DORAN, Samuel, *Monarchy and Matrimony: The Counterships of Elizabeth I,* HarperCollins, Nueva York, 1996.
DORAN, Susan, *Elizabeth I and Religion 1558-1603,* Taylor & Francis Books Ltd., Londres, 1993.
DOUMANIS, Nicholas, *Italy (Inventing the Nation),* Edward Arnold, Londres, 2001.
DUCHAIN, Michel, *Élisabeth I d'Angleterre,* Éditions Fayard, París, 1992.
ELLIOTT, John, y BROCKLISS, Laurence, *The World of the Favourite,* Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1999.
EPSTEIN, Klaus, *Mathias Erzberger and the Dilemma of German Democracy,* Princeton University Press, Princeton, 1959.
ERINGER, Robert, *Strike for Freedom: The Story of Lech Walesa and Polish Solidarity,* Dodd Mead, Nueva York, 1982.
ERLANGER, Philippe, *St. Bartholomew's Night: The Massacre of Saint Bartholomew,* Greenwood Publishing Group, Nueva York, 1975.
F AGLE, Robert, *William of Orange and the Revolt of the Netherlands, 1572-84,* Ashgate Publishing Company, Londres, 2003.
FALCONI, Carlo, *The Silence of Pius XII,* Faber, Londres, 1970.
FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Felipe II y su tiempo,* Espasa Calpe, Madrid, 1998.
FERNÁNDEZ DÍAZ, Roberto, *La España del siglo XVIII,* Anaya, Madrid, 1990.
FEUCHTWANGER, Edgar, *Bismarck,* Routledge Historical Biographies, Londres, 2002.
FIORENTINO, Carlo, *All'ombra di Pietro: La Chiesa Cattolica e lo spionaggio fascista in Vaticano, 1929-1939,* Casa Editrice Le Lettere, Florencia, 1999.
FLETCHER, Banister, *Historia de la Arquitectura por el Método Comparado,* parte I, vol. 1, Editorial Canosa, Barcelona, 1931.
FLORIDI, Ulisse A., *Moscow and the Vatican,* Ardis Publishers, Londres, 1983.
FOLLAIN, John, *City of Secrets. The Truth Behind the Murders at the Vatican,* HarperCollins, Nueva York, 2003.
FORSSELL, Nils, *Fouche, the Man Napoleon Feared,* AMS Press, Nueva York, 1971.
FRATTINI, Eric, *Mafia, S. A. 100 años de Cosa Nostra,* Espasa Calpe, Madrid, 2002.
— *Secretos vaticanos,* EDAF, Madrid, 2003.
GABRIEL, Paul, *Bras de fer KGB-Vatican: dimensions spirituelle et politique du message de Fatima,* Bréchant, Société d'études personnalisées appliquées, París, 1989.

GALLO, Max, *Napoléon,* Robert Laffont, París, 1997.
GALLOIS, Leonardo, *Historia General de la Inquisición,* Servicio de Reproducción de Libros, Barcelona, 1869.
GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, y ALABRÚS, Rosa María, *España en 1700. ¿Austrias o Borbones?,* Arlanza Ediciones, Madrid, 2001.
GIBSON, Wendy, *A Tragic Force: The Fronde (1648-1653),* Intellect, Nueva York, 1998.
GIENAPP, William, *Abraham Lincoln and Civil War America: A Biography,* Oxford University Press, Nueva York, 2002.
GILBERT, Martin, *The First World War: A Complete History,* Henry Holt & Company, Nueva York, 1996.
GIOVACCHINO, Rita DI, *Scoop mortale: Mino Pecorelli, storia di un giornalista kamikaze,* T. Pironti Edizioni, Nápoles, 1994.
GIVIERGE, Marcel, *Au Service du chifre: 18 ans de souvenirs, 1907-1925,* NAF 17573-17575, Bibliothèque Nationale de France (París, Francia).
GOÑI, Uki, *The Real Odessa: Smuggling the Nazis to Peron's Argentina,* Granta Books, Londres, 2002.
GOETZ, Walter; JOACHIMSEN, Paul; MARCKS, Erich, y MOMMSEN, Wilhelm, *La La 1660), tomo V, Espasa Calpe, Madrid, 1975.*
GRAU, Gunter, The Hidden Holocaust?: Gay and Lesbian Persecution in Germany 1933-45, Fitzroy Dearborn Publishers, Londres, 1995.
GUARINI, Mario, I Mercanti del Vaticano. Affari e Scandali: l'industria della anime, Kaos Edizioni, Milán, 1998.
HAMEROW, Theodore S., Otto von Bismarck: A Historical Assessment, Heath Publisher, Londres, 1972.
HAMILTON-WILLIAMS, David, The Fall of Napoleon: The Final Betrayal, John Wiley & Sons, Londres, 1996.
HAMMER, Richard, The Vatican Connection. Mafia & Chiesa come il Vaticano ha comprato azioni false e rubate per un miliardo di dollari, Tullio Pironte Editore, Nápoles, 1983.
HANSON, Neil, The Confident Hope of a Miracle: The Real History of the Spanish Armada, Doubleday, Londres, 2003.
HARDMAN, John, Louis XVI, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1994.
HASTINGS, Max, y JENKINS, Simon, The Battle for the Falklands, W. W. Norton & Company, Londres, 1984.
HATTAWAY, Herman, Jefferson Davis, Confederate President, University Press of Kansas, Kansas, 2002.
HEBBLETHWAITE, Peter, The Next Pope, A Behind the Scenes Look at How the Succesor to John Paul II will Be Elected and Where He will Lead the Church, HarperCollins Publishers, San Francisco, 2000.
HERMAN, Edward S., y BRODHEAD, Frank, The Rise and Fall of the Bulgarian Connection, Sheridan Square Publishing, Londres, 1986.

Hill, Henry B., Political Testament of Cardinal Richelieu: The Significant Chapters and Supporting Selections, University of Wisconsin Press, Wisconsin, 1964.
Hohne, Heinz, Canaris: Hitler's Master Spy, Rowman & Littlefield, Londres, 1999.
Housden, Martyn, Resistance and Conformity in the Third Reich, Routledge, Londres, 1997.
Howarth, David, Waterloo: Great Battles: A Near Run Thing, Phoenix Press, Londres, 2003.
Hurley, Mark J., Vatican Star, Star of David: The Untold Story of Jewish, Sheed and Ward, Londres, 1998.
Hutchinson, Robert, Their Kingdom Come. Inside the Secret World of Opus Dei, St. Martin's Press, Nueva York, 1997.
I de, Arthur F., *Unzipped, the Popes Bare All. A Frank Study of Sex & Corruption in the Vatican,* American Atheist Press, Tejas, 1987.
Inglis, Brian, *Roger Casement,* Penguin Books Ltd., Londres, 2003.
Inso, Jaime do, *China,* Edições Europa, Lisboa, 1938.
Jansen, Sharon, *The Monstrous Regiment of Women: Female Rulers in Early Modern Europe,* Palgrave Macmillan, Nueva York, 2002.
Jonah Goldhagen, Daniel, *La Iglesia Católica y el Holocausto, una deuda pendiente,* Taurus, Madrid, 2002.
Kahn, David, *Hitler's Spies: German Military Intelligence in World War II,* DaCapo Press, Nueva York, 2000.
— *The Codebreakers: The Comprehensive History of Secret Communication from Ancient Times to the Internet,* Scribner Publisher, Nueva York, 1996.
Kamen, Henry Arthur, *The War of Succession in Spain, 1700-15,* Indiana University Press, Bloomington, 1969.
— *Spain in the Later Seventeenth Century, 1665-1700,* Longman Group, Londres, 1983.
— *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* Yale University Press, New Haven, 2001.
Kermoal, Jacques, *L'Onorata Società,* Éditions de la Table Ronde, París, 1971.
Kertzer, David I., *The Kidnapping of Edgardo Mortara,* Vintage Press, Nueva York, 1998.
— *The Popes Against the Jews: The Vatican's Role in the Rise of Modern Anti-Semitism,* Knopf, Nueva York, 2001.
Kesley, Harry, *Sir Francis Drake: The Queen's Pirate,* Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2000.
— *Sir John Hawkins: Queen Elizabeth's Slave Trader,* Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2003.
Kovaliov, Eduard, *Atentado en la Plaza de San Pedro,* Editorial Novosti, Moscú, 1985.

KUNG, Hans, *The Catholic Church: A Short History,* Modern Library, Nueva York, 2003.
LABEDZ, Leopold, *Poland Under Jaruzelski: A Comprehensive Sourcebook on Poland During and After Martial Law,* Scribner Publisher, Nueva York, 1984.
LANGLEY, Edward Frederick, *Henry of Navarre: Henry IV of France,* Hale Publishers, Londres, 1998.
LARKIN, Maurice, *Church and State After the Dreyfus Affair,* Harper & Row, Nueva York, 1972.
LE BRIS, Michel, *D'or, de rêves et de sang. L'épopée de la flibuste (1494-1588),* Hachette, París, 2001.
LE CARRÉ, John, *¿El traidor del siglo?,* Plaza & Janés Editores, Barcelona, 1991.
LESOURD, Paul, *Entre Rome et Moscou: le jésuite clandestin, Mgr Michel d'Herbigny,* P. Lethielleux, París, 1976.
LEVI, Anthony, *Cardinal Richelieu and the Making of France,* Carroll & Graf, Nueva York, 2000.
LIFTON, Robert Jay, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide,* Basic Books, Nueva York, 2000.
LIVERSIDGE, Douglas, *The Day the Bastille Fell: July 14, 1789, the Beginning of the End of the French Monarchy,* Franklin Watts Inc., Nueva York, 1972.
LLOYD, Mark, *The Guinness Book of Espionage,* Da Capo Press, Nueva York, 1994.
LYNCH, John, *The Hispanic World in Crisis and Change, 1598-1700 (History of Spain),* Blackwell Publishers, Londres, 1992.
MACCAFFREY, Wallace, *Queen Elizabeth and the Making of Policy, 1572-1588,* Princeton University Press, Princeton, 1981.
MARSHALL, Samuel Lyman, *The American Heritage History of the World War I,* Bonanza Books, Nueva York, 1964.
MARTIN, Colin, y PARKER, Geoffrey, *The Spanish Armada: Revised Edition,* Manchester University Press, Manchester, 2002.
MARTIN, Malachi, *The Jesuits. The Society of Jesus and the Betrayal of the Roman Catholic Church,* Simon & Schuster, Nueva York, 1988.
— *The Keys of this Blood. Pope John Paul II versus Russia and the West for the Control of the New World Order,* Simon & Schuster, Nueva York, 1990.
MATTINGLY, Garret, *The Defeat of Spanish Armada,* Random House, Londres, 2000.
MAYOR, Adrienne, *Greek Fire, Poison Arrows & Scorpion Bombs. Biological and Chemical Warfare in the Ancient World,* Overlook Duckworth, Londres, 2003.
MEANS, Howard, *C.S.A.: Confederate States of America,* William Morrow Publisher, Nueva York, 1998.

Milenarios, Los, *Via col vento in Vaticano,* Kaos Edizioni, Milán, 1999.
MILLER, Randall, y STOUT, Harry, *Religion and the American Civil War,* Oxford University Press, Nueva York, 1998.
MINERBI, Sergio, y SCHWARTZ, Arnold, *The Vatican and Zionism: Conflict in the Holy Land 1895-1925,* Oxford University Press, Oxford, 1990.
M ONTICONE, Alberto, *La Germania e la neutralità italiana, 1914-1915,* Il Mulino Editore, Bolonia, 1971.
MOOTE, Lloyd, *Louis XIII, the Just,* University of California Press, Los Ángeles, 1991.
MORROGH, Michael, *The Unification of Italy,* Palgrave Macmillan, Londres, 2003.
MOUSNIER, Roland, *The Assassination of Henry IV; the Tyrannicide Problem and the Consolidation of the French Absolute Monarchy in the Early Seventeenth Century,* Scribner Publisher, Nueva York, 1973.
NAUNTON, Robert, *Fragmenta Regalia or Observations on Queen Elizabeth, Her Times and Favourites,* Cerovski Publishers, Toronto, 1985.
NEILL, Stephen, *A History of Christian Missions,* Viking Press, Nueva York, 1994.
NICOTRI, Pino, *Mistero Vaticano. La scomparsa di Emanuela Orlandi,* Kaos Edizioni, Milán, 2002.
NOUEL, Élise, *Carré d'as... aux femmes!: Lady Hester Stanhope, Aurélie Picard, Isabelle Eberhardt, Marga d'Andurain,* G. Le Prat, París, 1977.
O'BEIRNE RANELAGH, John, *A Short History of Ireland,* Cambridge University Press, Cambridge, 1995.
O'BRIEN, Brendan, *The Long War. The IRA & Sinn Fein from Armed Struggle to Peace Talks,* The O'Brien Press, Dublín, 1993.
OCKRENT, Christine, y DE MARENCHES, Alexandre, *Dans le secret des princes,* Édition Stock, París, 1986.
O'DWYER, Margaret, *The Papacy in the Age of Napoleon and the Restoration: Pius VII, 1800-1823,* Rowman & Littlefield, Londres, 1986.
OFFNER, John L., *An Unwanted War: The Diplomacy of the United States and Spain over Cuba, 1895-1898,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1992.
OSTROVSKY, Victor, y HOY, Claire, *By Way of Deception,* Stoddart Publishing, Toronto, 1991.
OVERY, Richard, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945,* Penguin Books, Nueva York, 2002.
PAINE, Lauran, *German Military Intelligence in World War II: The Abwehr,* Stein & Day Publishers, Munich, 1984.
PAINTER, G. D., *Chateaubriand,* Random House, Londres, 1998.

PAKENHAM, Antonia, *King James VI of Scotland, I of England,* Random House, Nueva York, 1975.
PALMOWSKI, Jan, *A Dictionary of Twentieth-Century World History,* Oxford University Press, Oxford, 1998.
PAREDES, Javier; BARRIO, Maximiliano; RAMOS-LISSÓN, Domingo, y SUÁREZ, Luis, *Diccionario de los Papas y Concilios,* Editorial Ariel, Barcelona, 1998.
PARIS, Edmund, *The Vatican versus Europe,* The Wickliffle Press, Nueva Zelanda, 1989.
PARKER, Geoffrey, *Success Is Never Final: Empire, War, and Faith in Early Modern Europe,* Basic Books, Londres, 2002.
PASSELECQ, Georges, y SUCHECKY, Bernard, *Un silencio de la Iglesia frente al fascismo. La encíclica de Pío XI que Pío XII no publicó,* PPC Editorial, Madrid, 1995.
PERSICO, Joseph E., *Nuremberg. Infamy on Trial,* Penguin Books, Nueva York, 1994.
PHELPS, Eric Jon, *Vatican Assassins: Wounded in the House of My Friends,* Halcyon Unified Services, Londres, 2000.
PICHON, Jean-Charles, *Histoire universelle des Sectes et des Sociétés secretes,* Robert Laffont Éditions, París, 1969.
— *The Vatican and Its Role in World Affairs,* Greenwood Publishing Group, Londres, 1969.
PINTO, Paolo, *Vittorio Emanuele II: il re avventuriero,* Arnaldo Mondadori, Milán, 1995.
PIPES, Richard, *Russia Under the Bolshevik Regime,* Vintage Press, Nueva York, 1995.
PLANT, Richard, *The Pink Triangle: The Nazi War Against Homosexuals,* Henry Holt & Company, Inc., Nueva York, 1988.
POCHIA, Hsia, *The World of Catholic Renewal 1540-1770,* Cambridge University Press, Cambridge, 1998.
POLLARD, John F., *Vatican & Italian Fascism,* Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
— *The Unknown Pope. Benedict XV (1914-1922) and the Pursuit of Peace,* Geoffrey Chapman Publishers, Londres, 1999.
POULAT, Émile, *Catholicisme, démocratie et socialisme: le mouvement catholique et Mgr Benigni de la naissance du socialisme à la victoire du fascisme,* Casterman, París, 1977.
PROCTOR, Robert N., *Racial Hygiene: Medicine Under the Nazis,* Harvard University Press, Cambridge, 1989.
RAMEN, Fred, *Reinhard Heydrich: Hangman of the 3rd Reich,* Rosen Publishing Group, Londres, 2001.
RANUM, Orest, *The Fronde: A French Revolution, 1648-1652 (Revolutions in the Modern World),* W. W. Norton & Company, Londres, 1993.

RAW, Charles, *The Moneychangers: How the Vatican Bank Enabled Roberto Calvi to Steal $250 Million for the Heads of the P2 Masonic Lodge,* Vintage/Ebury, Londres, 1992.
RAYFIELD, Donald, *Stalin and the Hangmen,* Viking, Londres, 2004.
REESE, Thomas J., *Inside the Vatican. The Politics and Organization of the Catholic Church,* Harvard University Press, Cambridge, 1996.
RENZI, William, *The Shadow of the Sword: Italy's Neutrality and Entrance into Great War, 1914-1915,* Peter Lang Publisher, Nueva York, 1987.
RESH THOMAS, Jane, *Behind the Mask: The Life of Queen Elizabeth I,* Houghton Mifflin, Londres, 1998.
RHODES, Anthony, *The Vatican in the Age of the Dictators, 1922-1945,* Henry Holt & Company, Inc., Nueva York, 1974.
— *The Vatican in the Age of the Cold War 1945-1980,* Michael Russell Publishing Ltd., Nueva York, 1992.
RICCARDI, Andrea, *Il Secolo del Martirio,* Arnaldo Mondadori Spa, Milán, 2000.
RIDLEY, Jasper, *Garibaldi,* Phoenix Press, Londres, 2001.
ROBERT, Denis, y BACKES, Ernest, *Revelacione$, investigación en la trastienda de las finanzas internacionales,* Foca Ediciones, Madrid, 2003.
ROBINSON, J. G. G., *Historical and Philosophical Memoirs of Pius the Sixth and of His Pontificate,* S. Hamilton, Londres, 1799.
SCHAMA, Simon, *Citizens: A Chronicle of the French Revolution,* Vintage, Nueva York, 1990.
SCHNEIDER, Peter T., *Reversible Destiny: Mafia, Antimafia, and the Struggle for Palermo,* University of California Press, Los Ángeles, 2003.
SCHOLDER, Klaus, *The Churches and the Third Reich,* John Bowden Publishers, Londres, 1989.
— *A Requiem for Hitler and Other New Perspectives on the German Church Struggle,* John Bowden Publishers, Londres, 1989.
SCOTTA, Antonio, *La conciliazione ufficiosa: Diario del Barone Carlo Monti,* Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1997.
SERENY, Gitta, *Into That Darkness: An Examination of Conscience,* Vintage Press, Nueva York, 1983.
SHANE, Leslie, *Cardinal Gasquet: A Memoir,* Burns & Oates, Londres, 1953.
SHORT, Martin, *Inside the Brotherhood. Explosive Secrets of the Freemasons,* HarperCollins Publishers, Nueva York, 1989.
SINGH, Simon, *The Code Book: The Science of Secrecy from Ancient Egypt to Quantum Cryptography,* Anchor Publishers, Nueva York, 2000.
SMITH, Denis Mack, *Cavour and Garibaldi 1860: A Study in Political*

Conflict, Cambridge University Press, Nueva York, 1985.
SMITH, Denis Mack, *Mazzini,* Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1996.
SODERINI, Eduardo, *Leo XIII, Italy and France,* Burns & Oates, Londres, 1935.
SPENCE, Jonathan D., *Emperor of China: Self-Portrait of K'ang-Hsi,* Vintage Press, Nueva York, 1988.
— *The Memory Palace of Matteo Ricci,* Viking Press, Nueva York, 1994.
— *The Chan's Great Continent: China in Western Minds,* Nueva York, 1999.
STAJANO, Corrado, *Un eroe borghese: il caso dell'avvocato Giorgio Ambrosoli assassinato dalla mafia politica,* Einaudi Edizioni, Turín, 1991.
STEHLE, Hansjakob, *The Eastern Politics of the Vatican, 1917-1979,* Ohio University Press, Ohio, 1981.
STEHLIN, Stewart A., *Weimar and the Vatican 1919-1933: German-Vatican Diplomatic Relations in the Interwar Years,* Princeton University, Princeton, 1999.
STEINBERG, Jonathan, *All or Nothing: The Axis and the Holocaust, 1941-1943,* Routledge, Londres, 2002.
STERLING, Claire, *The Time of the Assassins,* Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1983.
STEVENSON, David, *Cataclysm: The First World War As Political Tragedy,* Basic Books, Londres, 2004.
STIEBER, Wilhelm, *The Chancellor's Spy: Memoirs of the Founder of Modern Espionage,* Grove Press, Londres, 1981.
STRACHEY, Lytton, *Elizabeth and Essex: A Tragic History,* Harvest Books, Londres, 2002.
STRADLING, Robert A., *Philip IV and the Government of Spain, 1621-1665,* Cambridge University Press, Cambridge, 1988.
STRONG, Roy, *Gloriana: The Portraits of Queen Elizabeth I,* Pimlico, Londres, 2003.
SUTHERLAND, Norman, *The Massacre of St. Bartholomew and the European Conflict, 1559-1572,* Barnes & Noble, Nueva York, 1996.
TASK, David F., *The War with Spain in 1898,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1997.
THACKRAH, John Richard, *Dictionary of Terrorism,* Routledge, Londres, 2004.
THATCHER, Margaret, *The Downing Street Years,* HarperCollins Publishers, Londres, 1993.
THOMAS, Gordon, *Gideon's Spies. The History of Mossad,* St. Martin Press, Nueva York, 1998.
TRENTO, Joseph J., *The Secret History of the CIA,* Random House, Inc.,

Nueva York, 2001.
T RETJAKEWITSCH, Leon, *Bishop Michel d'Herbigny SJ and Russia: a Pre-ecumenical Approach to Christian Unity,* Augustinus-Verlag, Berlín, 1990.
URQUHART, Gordon, *The Pope's Armada. Unlocking the Secrets of Mysterious and Powerful New Sects in the Church,* Prometheus Books, Nueva York, 1999.
VAN DEE, Eugene H., *Sleeping Dogs and Popsicles: The Vatican Versus the KGB,* Rowman & Littlefield, Nueva York, 1996.
VERBIST, Henri, *Les grandes controverses de l'Église contemporaine,* Éditions Rencontre, Lausana, 1971.
VV.AA., *Gran crónica de la Segunda Guerra Mundial,* 3 vols., Reader's Digest, Madrid, 1965.
— *Ciudad del Vaticano,* Editoriale Atesina, Trento, 1971.
— *La Stampa a Firenze, 1471-1550: Omaggio a Roberto Ridolfi,* L. S. Olschki, Roma, 1984.
— *Dictionary of Beliefs and Religions,* W. & R. Chambers Ltd., Londres, 1992.
WALSH, Michael J., *The Conclave: A Sometimes Secret and Occasionally Bloody History of Papal Elections,* Sheed and Ward, Londres, 2003.
WEALE, Adrian, *Patriot Traitors: Roger Casement, John Amery and the Real Meaning of Treason,* Penguin Books Ltd., Londres, 2001.
WEIR, Alison, *Mary, Queen of Scots and the Murder of Lord Darnley,* Random House Ltd., Londres, 2003.
WEST, Nigel, *The Third Secret. The CIA, Solidarity and the KGB's Plot to Kill the Pope,* HarperCollins Publishers, Londres, 2001.
WILLIAMS, Neville, *All the Queen's Men: Elizabeth I and Her Courtiers,* Cardinal, Londres, 1974.
— *A Tudor Tragedy: Thomas Howard, Fourth Duke of Norfolk,* Barrie & Jenkins, Londres, 1989.
WILLIAMS, Paul L., *The Vatican Exposed. Money, Murder and the Mafia,* Prometheus Books, Nueva York, 2003.
WILLIAMSON, Murray, y BERNSTEIN, Alvin, *The Making of Strategy: Rulers, States, and War,* Cambridge University Press, Cambridge, 1996.
WILLS, Garry, *Pecado papal. Las deshonestidades morales de la Iglesia católica,* Ediciones B, Barcelona, 2001.
WOLF, Markus, y MCELVOY, Anne, *Markus Wolf, The Man without Face,* Times Books, Nueva York, 1997.
WOODWARD, Bob, *VEIL. Las guerras secretas de la CIA 1981-1987,* Ediciones B, Barcelona, 1987.
YALLOP, David A., *In God's Name. An Investigation into the Murder of Pope John Paul I,* Bantam Book, Nueva York, 1984.
Y ALLOP, David A., *To the Ends of the Earth. To the Hunt of the*

Chacal, Poetics Products Ltd., Londres, 1993.
YOUNGSON, Robert, *Medical Curiosities: A Miscellany of Medical Oddities, Horrors and Humors,* Carroll & Graf, Londres, 1997.
ZUCCOTTI, Susan, *Under His Very Windows. The Vatican and the Holocaust in Italy,* Yale University Press, New Haven, 2002.
ZWEIG, Stefan, *Maria Stuart,* Williams Verlag AG, Zurich, 1976.
— *Fouche,* Fischer AG, Frankfurt, 2000.

ARCHIVOS CONSULTADOS

• Active Museum of German Jewish History (Wiesbaden, República Federal de Alemania)
• Alexander Ganse Archives (<www.zum.de/whkmla>)
• Archives du Ministère des Affaires Étrangères (París, Francia)
• Archives Nationales (París, Francia)
• Archivio Centrale dello Stato (Roma, Italia)
• Archivio del Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano (Roma, Italia)
• Archivio del Ministero per i Beni e la Attivittà Culturali (Roma, Italia)
• Archivio dell'Accademia Ecclesiastica Napoletana di S. Pietro in Vinculis (Nápoles, Italia)
• Archivio dell'Istituto Storico Italo-Germanico in Trento/Jahrbuch des Italienisch-Deutschen Historischen Instituts in Trient (Bolonia, Italia)
• Archivio della Società Romana di Storia Patria (Roma, Italia)
• Archivio di Nuova Rivista Storica (Milán, Italia)
• Archivio per la Storia Ecclesiastica dell'Umbria (Italia)
• Archivio Segreto Vaticano (Ciudad-Estado del Vaticano)
• Archivio Storico della Sacra Congregazione degli Affari Ecclesiastici Straordinari (Ciudad-Estado del Vaticano)
• Archivio Storico di Malta (Roma, Italia)
• Archivio Storico per le Province Napoletane (Nápoles, Italia)
• Archivio Trentino (Trento, Italia)
• Archivo General de Indias (Sevilla, España)
• Archivo General de Simancas (Valladolid, España)
• Archivo Histórico Nacional (Madrid, España)
• Archivos de la Comisión de Esclarecimiento de las Actividades Nazis en Argentina (CEANA) (Buenos Aires, Argentina)
• Archivum Historicum Societatis Iesu (Roma, Italia)
• Arnold Daghani Collection
• Bibliothèque Nationale de France (París, Francia)
• Catholic Historical Association (Washington, D. C., Estados Unidos)
• Catholic Historical Review Archives (Washington, D. C., Estados Unidos)
• Center for German-Jewish Studies, University of Sussex (Sussex, Gran Bretaña)
• Christ Church Cathedral Dublin Ireland Library and Archives (Dublín, Irlanda)
• David M. Cheney Archives (<www.catholic-hierarchy.org>)

• Institute of Documentation in Israel for the Investigation of Nazi War Crimes (Haifa, Israel)
• National Archives and Record Administration (Washington, D. C., Estados Unidos)
• National Library of Ireland (Dublín, Irlanda)
• Public Record Office (Londres, Gran Bretaña)
• Public Record Office, Kingdom of Scotland (Edimburgo, Gran Bretaña)
• Royal Geographical Society (Londres, Gran Bretaña)
• Ruhr-Universität Bochum (Westfalia, República Federal de Alemania)
• The Catholic University of America (Washington, D. C., Estados Unidos)
• The National Archives of Ireland (Dublín, Irlanda)
• Uniwersytetu Jagiellonskiego (Cracovia, Polonia)

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abel, Hans: 367. Abú Yúsuf: 390. Acquaviva, Claudio: 62, 68, 72.
Acton, lord: 16.
Admoni, Nahum: 440.
Agca, Mehmet Ali: 438-442.
Alba, duque de (Fernando Álvarez de
Toledo y Pimentel): 44, 49-53, 55-59, 61.
Albani, cardenal Annibale: 17, 141, 142,
144, 148, 150, 152-157, 159-161, 170,
197, 198.
Albani, cardenal Giovanni Francesco:
180.
Albani, cardenal Juan Francisco. *Véase* Clemente XI.
Alberoni, Giulio: 17, 150, 151.
Alberto de Habsburgo, archiduque de Austria: 87, 91.
Albrech, Gaspar de: 69, 70.
Aldobrandini, cardenal Hipólito. *Véase* Clemente VIII.
Alejandro I, zar de Rusia: 186.
Alejandro VII, papa: 119-126, 132. Alejandro VIII, papa: 133, 134, 138. Alejandro Magno:
96.
Alessandrini, Emilio: 410.
Alessandrini, Federico: 387.
Alfonso XIII, rey de España: 267. Allen, Richard: 433, 435.
Althan, cardenal Mihály Frigyes: 152. Altieri, cardenal Emilio. *Véase* Clemente X.
Amette, cardenal Léon-Adolphe: 234. Ambrogetti, Giuseppe: 260-262.
Ambrosoli, Giorgio: 424, 425.
Ana de Austria, reina de Francia: 60, 116-119, 122.
Ana Bolena, reina de Inglaterra: 26, 27.
Ana Estuardo, reina de Inglaterra: 143. Ancre, mariscal de. *Véase* Concini, Concino.
Andreotti, Giulio: 454.
Andrópov, Yuri: 432.
Andrópov, Yuri: 432.
368.
Andurain, vizconde Pierre d': 364, 365. Anjou, duque Enrique de: 57, 59. Anjou, Felipe de.
Véase Felipe V. Antonelli, cardenal Giacomo: 205-207, 209-212, 215, 216.
Antonio, don (prior de Crato): 89. Arafat, Yasser: 393.
Aranyos, Pal: 374.
Arico, William: 425.
Aristide, João: 165.
Armellini, Carlo: 204.
Arnault, Jean: 67.
Arundel, duque de: 48, 53.
Ascher, Siegfried/Gabriel: 333-336. Astalli, cardenal Camilo: 115.
Austria, don Juan de: 61, 75.
Aveiro, duque de (José Mascarenhas): 165.
Aversa, monseñor Giuseppe: 277, 279. Ayad, padre Idi: 395.
Azzolini, cardenal: 126.
Babington, Thomas: 15, 73.
Bacon, Anthony: 89.
Badoglio, Pietro: 337.
Bafile, cardenal Corrado: 408.
Baffi, Paolo: 423, 424.
Baggio, cardenal Sebastiano: 385, 411. Ballard: 73.
Balzani, Giuseppe: 199.
Barbarigo, cardenal Gregorio: 128, 134,

135.
Barberini, cardenal Antonio: 109, 114. Barberini, cardenal Carlos: 109.
Barberini, cardenal Francesco: 109, 114. Barberini, cardenal Maffeo. *Véase* Urbano VIII.
Barbie, Klaus: 357, 375.
Barbin: 104, 105.
Barone, Mario: 412.
Barrère, cardenal Agustín: 375.
Barrio, Maximiliano: 136.
Baudat, Muguette: 462.
Baviera, José Fernando de: 137-139,
146.
Bayer, monseñor Karl: 375.
Bazán, Álvaro de: 81.
Beck, Ludwig: 325.
Beillard: 101.
Bell, John: 17.
Bellà, monseñor Tancredi: 212, 213. Beltroni, Walter: 470, 471.
Benedicto XIII, papa: 151, 153, 155-159. Benedicto XIV, papa: 105, 161-165.
Benedicto XV, papa: 234, 238, 241-253,
Benedicto XV, papa: 234, 238, 241-253,

282, 286.
Benedicto XVI, papa: 465, 469, 470, 472,
473, 475-480.
Benelli, cardenal Giovanni: 406-411, 414,
416, 418-420, 429, 452.
Benigni, Umberto: 229-238, 242, 243, 270. Benjamin, Judah: 211.
Bentivoglio, cardenal Guido: 105, 106,
107.
Bergen, Diego von: 278, 317, 340. Bergera, teniente: 284, 292.
Bernetti, cardenal Tommaso: 194, 199. Bernini, Giovanni Lorenzo: 125.
Bernis, cardenal de (François-Joachim de Pierre): 167.
Berthier, Louis: 179, 183.
Bertini, Cesare: 266.
Bertolasso, Guido: 470.
Bertorello, Yvan: 460-463.
Bertram, cardenal Adolf: 279, 280, 321,
322.
Berwick, duque de (James Stuart Fitz-James): 150.
Bethman-Hollweg, Theobald von: 268,
274, 275.
Bewley, Charles: 344, 345.
Bigelow, Emerson: 372.
Binsse, Louis: 209, 210.
Biron, duque de (Charles de Gontaut):
92.
Bismarck, Otto von: 200, 218, 247, 278. Black, William B. (Jr.): 14.
Blount, Charles: 136, 137.
Bocchini, Arturo: 310, 311.
Boehm, monseñor Mario: 312.
Bonaparte, Lucien: 190.
Bonarelli, Raoul: 455, 456.
Boncompagni, cardenal Hugo. *Véase* Gregorio XIII.
Bonelli, cardenal Miguel: 86.
Bonis, monseñor Donato de: 411. Bonnet, Georges: 316.
Boos-Waldeck, conde: 240.
Borbón, Carlos de: 161.
Borbón, Louis-Antoine Henry de: 181-184. Borbón, Louis-Joseph, príncipe de Condé: 118, 119, 122, 150.

Borghese, cardenal Camilo. *Véase* Pablo V.
Borghese, Paolo: 115.
Borodajkewycz, Taras: 317-321.
Borromeo, cardenal Carlos: 25, 26. Böse, Wilfred: 397, 398.
Bossy, John: 67.
Bothwell, lord James: 37, 38, 40-42, 44, 53.
Boucher, Marcel: 361.
Bralow, padre Bozidar: 349.
Brammer, Karl: 460.
Bramuglia, Juan: 362.
Braschi, cardenal Juan Ángel. *Véase* Pío VI.
Braun, Werner von: 371.
Brauweiler, Heinz: 276.
Brendt, León: 308-310.
Bressan, monseñor Giovanni: 235. Brezhnev, Leonid: 383, 430, 436, 443. Brian, Aristide: 268, 269.
Brockdorff-Rantzau, conde Ulrich von: 291.
Brockliss, Laurence: 103.
Broz, Josip (Tito): 363, 373, 374, 377. Bruno, Giordano: 67, 68.
Brzezinski, Zbigniew: 433-435.
Büchi, Walter: 358.
Bucko, padre Ivan: 364, 374.
Budkiewicz, Konstanty: 287.
Buillon: 101.
Buonaiuti, Ernesto: 234.
Burghley, lord: 57, 89, 90.
Burman, Edward: 97.
Bush, George: 468.
Bush, George W.: 468, 471, 472.
Buzzonetti, Renato: 415, 466.
Cabrinovic, Nedjelko: 240.
Caccia-Dominioni, monseñor Carlo: 266. Cadbury, Deborah: 176.
Cadoudal, Georges: 181-183.
Caggiano, monseñor Antonio: 360, 361, 370, 375.
Calasanz Vives y Tutó, cardenal José de: 235.
Calipari, Nicola: 472.
Calvi, Clara: 449, 451.
Calvi, Roberto: 381, 384, 399, 404, 405, 408-411, 413, 419, 421, 425, 426, 428, 446, 448-452, 464.
Calvino, Juan (Jean Cauvin): 30.
Cambon, Jules: 268.
Campion, padre Edmon: 68, 69.
Canali, cardenal Nicola: 242, 266. Canaris, Wilhelm: 323, 325, 331, 332, 335, 338.
Cánovas del Castillo, Antonio: 224. Cantalamessa, Raniero: 474.
Capaccini, monseñor Francesco: 194-197. Capeto, Carlos Luis. *Véase* Luis XVII. Capperalli, cardenal Alberto: 198. Caprara, cardenal Giovanni Battista: 17, 172, 181, 183.
Caprile, padre Giovanni: 384.
Caprio, cardenal Giuseppe: 426.
Caraffa, cardenal Alfonso: 25.
Caraffa, cardenal Carlo: 25.
Caraffa, cardenal Juan Pedro. *Véase* Pablo IV.
Caraffa, Juan (duque de Paliano): 25. Carboni, Flavio: 449, 452.
Cardona, Luigi: 214, 262.
Carew, padre: 91, 92.
Carl Vaernet. *Véase* Jensen, Carl Peter. Carlos I de Austria: 263, 267, 269, 270, 272, 275.
Carlos I de España y V de Alemania: 26. Carlos II, rey de España: 137, 139, 140, 146.
Carlos III, rey de España: 148, 164, 165. Carlos IV, rey de España: 175, 176. Carlos VI de Austria: 137, 139, 141, 142, 144, 146, 148, 149, 160.
Carlos IX, rey de Francia: 28, 45, 48, 55, 57, 58, 60, 61.

Carlos X, rey de Francia: 197, 198. Carlos, archiduque. Véase Carlos VI de Austria.
Carlos *el Chacal. Véase* Ramírez, Carlos. Carnot, Marie-François-Sadi: 224. Carpi, Pier: 384.
Carter, Jimmy: 433.
Carter, Jimmy: 433.
165, 168, 169.
Casaroli, cardenal Agostino: 385, 410, 411, 426, 430-432, 435, 436, 443, 448. Casement, Roger: 254-258.
Casey, William: 18, 257, 433-437, 441. Casillo, Vincenzo: 448.
Casoni, padre Angelo: 390-393, 396-399. Castelnau de Mauvissière, Michel de: 67. Castiglioni, Carlo: 16, 124.
Castiglioni, cardenal Francesco Saverio. *Véase* Pío VIII.
Castrillón, cardenal Darío: 458, 476. Catalina de Aragón, reina de Inglaterra: 26-28.
Catalina de Médicis, reina de Francia: 41, 58-60.
Caterini, Stanislao: 311.
Cavalchini, cardenal: 164.
Cavallo, Luigi: 413.
Cavasola, Gianetto: 252.
Cavour, Camilo Benso, conde de: 200, 204, 214.
Cecil, Robert: 52, 89, 90, 92.
Celletti, Antonio: 259.
Cerreti, cardenal Bonaventura: 310. Chambers, Erika: 398.
Charles-Roux, François: 316.
Chateaubriand, François René, vizconde de: 192.
Chateaurenaud, conde de: 145.
Chaulues, duque de: 125.
Chaumette, Pierre Gaspare: 175.
Cherbury, lord Edward de: 136.
Chernenko, Konstantin: 432.
Chiaramonti, cardenal Barnaba. *Véase* Pío VII.
Chicherin, Georgij: 287, 288.
Chigi, Agostino: 124.
Chigi, cardenal Fabio. *Véase* Alejandro VII.
Chigi, Mario: 124.
Churchill, Winston: 257, 327.
Ciano, conde Galeazzo: 332, 337. Cibin, Camillo: 387, 437, 438, 455, 456,
466, 467, 471-473, 475, 478.
Cibo, cardenal Alderano: 128-131. Cicognani, cardenal Amleto Giovanni:
383.
Cienfuegos, cardenal Álvaro. *Véase* Clemente XII.
Cieplak, monseñor Jan: 287, 289.
Clark, William: 434, 435.
Clarke, Thomas: 257.
Clemenceau, Georges: 227, 268.
Clemente VII, papa: 26, 27.
Clemente VIII, papa: 85-95, 104, 109, 115. Clemente IX, papa: 125, 126.
Clemente X, papa: 126-129, 138.
Clemente XI, papa: 140-146, 148-152. Clemente XII, papa: 151, 158-162, 383. Clemente XIII, papa: 164-166.
Clemente XIV, papa: 166-170.
Clemm-Hohenberg, Carl von: 340. Clinton, Bill: 468.
Cobham, duque de: 53.
Cody, cardenal John: 425.
Coelho da Silva, Francisco: 168.
Cohalan: 256.
Coligny, Gaspar de: 55, 57-60.
Colombo, cardenal Giovanni: 414, 418. Comastri, Angelo: 469, 472.
Combes, Émile: 225.
Comte, Auguste: 200.
Concini, Concino (mariscal de Ancre): 102-107, 110.

Confalonieri, cardenal Carlo: 415. Connolly, James: 258.
Consalvi, cardenal Ettore: 180, 187, 188, 191, 192, 194.
Constantino II, rey de Grecia: 402, 403. Conti, Miguel Ángel. *Véase* Inocencio XIII. Cornolli: 168.
Corrado, cardenal: 121, 122.
Corrocher, Graziella: 450.
Corsini, cardenal Lorenzo: 159, 161, 162, 164.
Cornwell, John: 348, 350, 354, 420. Coscia, Filippo: 160.
Coscia, Niccolò: 155-160.
Cósimo I, gran duque de Toscana: 94, 104.
Costa, cardenal Elia dalla: 317-319. Cowley, lord: 205.
Cranmer, monseñor Thomas: 28.
Crèqui, duque de: 123, 124.
Crichton, padre: 68-70.
Cromwell, Oliver: 122.
Cubrilovic, Vasco: 240.
Da Ros, Antonio: 415.
DaNicola, Giovanni: 17, 410, 411, 413,
414, 416.
Danton, Georges-Jacques: 171.
Danzi, Gianni: 458, 461.
Dapper, Olfert: 125, 126.
Dapper, Olfert: 125, 126.
44, 50, 52, 65, 66.
Darwin, Charles: 200.
D'Asfeld, general: 150.
D'Aubigny, padre: 101.
David, Louis: 183.
Davis, Jefferson: 208, 211.
De Brocqueville: 268.
De Genlis, general: 58.
De Jeannin: 101.
De Lai, cardenal Gaetano: 229, 235-237. De Launey, gobernador: 172.
De Stefano, Antonio: 233, 234.
Deacon, Richard: 367.
DeKerry, William: 135.
Dell'Osso, Pier Luigi: 449.
Della Chiesa, cardenal Giacomo. *Véase*
Benedicto XV.
Dellacha, Giuseppe: 450, 451.
D'Epernon, duque: 99-102.
D'Estrées, duque: 127.
Deschanel, Paul: 268.
Desmond, conde de: 62, 63.
Desmoulins, Camil: 171.
Desnot: 172.
Deubner, Alexander: 299-305.
Deutsch, Harold: 354.
Devoy, John: 256.
Dewoitine, Émile: 361.
D'Harcourt, conde: 119.
D'Herbigny, monseñor Michel: 284-296,
299-301, 303, 304.
Di Jorio, monseñor Alberto: 411.
Dohnanyi, Hans: 325, 336, 338.
Dömöter, padre: 375.
D'Ormea, marqués: 157.
Dougnano, Apollon: 105.
Dougnano, Apollon: 105.

364, 370, 372, 373, 375-378, 380. Drake, sir Francis: 76-78, 80, 81, 83, 84. Dulles, Allen: 378.
Duphot, Mathurin-Léonard: 178, 179,
187.
Dupuy de Lôme, Enrique: 219.
Dziwisz, Stanislaw: 467, 468, 471, 473.
Ebert, Friedrich: 278.
Edgeworth, abate: 173.
Edmundonovich Dzerjinsky, Félix: 292. Eduardo VII, rey de Inglaterra: 254. Eggen, Wilhelm: 370, 371.
Eichmann, Adolf: 346, 357, 358, 366,
368, 375.
Elce, cardenal Escipión d': 126.
Eli, *katsa:* 440.
Eliot, John: 103.
Engels, Friedrich: 200.
Enrique IV, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico: 388.
Enrique III de Valois, rey de Francia: 61, 66, 71, 73, 82, 87.
Enrique IV, rey de Francia: 18, 73, 87, 88, 92, 94, 96, 97, 99-102, 104, 109, 110, 126, 179.
Enrique VIII, rey de Inglaterra: 26-28, 53, 62.
Enrique de Borbón. *Véase* Enrique IV, rey de Francia.
Ernesto de Austria, archiduque: 87.
Erzberger, Mathias: 247-253, 262, 263, 278, 279.
Esmé de Aubigny, duque de Lennox. *Véase* Estuardo, Esmé.
Essex, conde de: 89, 90.
Esteban Báthory, rey de Polonia: 86.
Estermann, Alois: 456-463.
Estorzi, Nicolás *(el Mensajero):* 320, 321, 323-326, 330, 334, 336, 337, 340, 352, 353, 364, 367, 368, 377.
Estrasburgo, Gerhard de: 98.
Estuardo, Esmé: 65, 66, 69.
Etchegaray, cardenal Roger: 458.
Falconi, Carlo: 347, 354.
Farnesio, Alejandro: 61, 77-80, 82, 83, 87. Fasano, padre Enrico: 156, 159.
Faulhaber, cardenal Michael von: 309,
321, 343.
Fawdonshide, lord: 39, 44, 45, 50. Fazio, Giovanni: 311, 312.
Federico I Barbarroja, emperador: 98. Federico II de Prusia: 164.
Federico V, elector palatino: 108. Federico Guillermo III de Prusia: 201. Felici, cardenal Pericle: 408, 409, 411,
418-420, 429.
Felici, Antonio de: 207.
Felipe II, rey de España: 26, 28, 31, 32,
40, 44-50, 52-59, 61, 62, 64-69, 72-82,
84-91, 93-95, 139.
Felipe III, rey de España: 92, 96, 107. Felipe IV, rey de España: 120, 122, 124,
137, 144, 146-151.
137, 144, 146-151.

151, 153, 154, 161, 163.
Fernández de Córdoba y Valcárcel, Fernando: 204.
Fernández de Portocarrero, cardenal Luis Manuel: 146, 147, 164.
Fernando VI, rey de España: 163-165. Fernando de Austria: 28.
Ferrari, cardenal Andrés Carlos: 234. Ferry, Jules: 225.
Fesch, cardenal Joseph: 190.
Fiescherati, monseñor: 25.
Fieschi, Tebaldo: 17, 144-146, 148-151,
154.

Fini, cardenal Francesco: 160.
Fischböck, Hans: 357, 358, 366, 375. Fischer, cardenal Antonius: 234.
Fitzmaurice, James: 17, 62-64.
Follain, John: 458.
Fonck, padre: 252.
Fornari, Antonio: 449.
Fossati, cardenal Maurilio: 317, 318. Fouché, Joseph: 181-183, 188.
Fouquet, Nicolás: 121.
Franchi, cardenal Alessandro: 218. Francisco I de Austria: 180, 186.
Francisco II, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. *Véase* Francisco I de Austria.
Francisco II, rey de Francia: 52.
Francisco, duque de Alençon: 58. Francisco Fernando de Habsburgo, archiduque de Austria: 239, 240.
Francisco José I, emperador de AustriaHungría: 218, 224, 239, 241, 263. Frangipani, Pompeo: 105.
Franken, Paul: 336, 338, 339.
Friedman, Tuhviah: 13.
Frings, cardenal Joseph: 412.
Frison, padre Alexander: 285, 292, 294, 295.
Fritsch, Werner von: 331, 332.
Fronzac, Émile: 176.
Frotté: 176.
Frühwirth, cardenal Andrea: 261. Fuentes, conde de: 87.
Fuentes, Julio: 350.
Fuldner, Carlos: 359, 360, 362, 364, 370. Fumasoni-Biondi, Pietro: 17, 376, 377, 379.
Gaenswein, Georg: 479.
Gagnon, monseñor Édouard: 385-388. Galen, cardenal Clement August von: 309, 310.
Galigai, Leonora: 103, 104, 106, 107. Galli, cardenal: 70.
Gallois, Leonardo: 24.
Gammarelli, sastre: 477.
Gambino, Carlo: 404.
Gamurrini, Giuseppe: 105.
Ganganelli, cardenal Antonio. *Véase* Clemente XIV.
Gantin, cardenal Bernardin: 408, 413. Garibaldi, Giuseppe: 200, 204, 207, 209, 212, 213.
Gasparri, cardenal Pietro: 230, 231, 235,
243, 245, 246, 248-251, 255, 258, 262,
264, 267, 270, 274, 276, 277, 280-282,
284, 287, 298, 307, 311.
Gasquet, cardenal Francis Aidan: 244,
245, 247, 251, 269.
Gelli, Licio: 384, 402, 404, 405, 409-412,
Gelli, Licio: 384, 402, 404, 405, 409-412,

454, 464.
Genga, cardenal Annibale della. *Véase* León XII.
Gérard, Baltasar: 69, 70.
Geremek, Bronislaw: 431.
Gerhman, padre Eduard: 289, 301. Gerlach, monseñor Rudolph: 260-264, 267.
Ghislieri, cardenal Miguel. *Véase* Pío V. Giani, Domenico: 466, 467, 473, 478. Gianille, Roberto: 311.
Giardili, Alvaro: 448.
Giech, Klemens: 430.
Gierek, Edward: 432.
Giolitti, Giovanni: 252.
Giuliano, Boris: 424, 425.
Gizzi, cardenal: 200.

Glemp, cardenal Josef: 443.
Goebbels, Josef: 338.
Goluchowski, conde: 270.
Goñi, Uki: 370.
Gorbachov, Mijail: 432.
Gowen, William: 361.
Gowrie, conde de: 69.
Grassi, Giuseppe: 259.
Gregorio Magno, san: 54.
Gregorio VII, papa: 46, 388.
Gregorio VII, papa: 46, 388.
66, 68, 69, 71, 72, 86, 93, 252.
Gregorio XIV, papa: 85.
Gregorio XV, papa: 107, 108.
Gregorio XVI, papa: 190, 197-200. Grey, lady Jane: 28.
Grimaldo, marqués José de: 154.
Grippo, Pasquale: 252, 253.
Grivec, monseñor Franz: 302.
Gromyko, Andrei: 432.
Guaras, Antonio de: 55.
Guarnieri, padre Giulio: 17, 111-113. Guerri, cardenal Sergio: 426, 429.
Guillermo el Conquistador, rey de Inglaterra: 93.
Guillermo II, káiser de Alemania: 18, Guillermo II, káiser de Alemania: 18, 272, 277, 278, 308.
Guillermo III de Orange, rey de Inglaterra: 133, 139, 143, 145.
Guisa, Enrique, duque de: 73, 99, 101. Guisa, María de: 30, 42.
Guisan, Henry: 370, 371.
Guisan, padre Stefan: 360, 361, 370, 371.
Habsburgo, Maximiliano de: 86.
Haddad, Wadi: 395, 396.
Haidlen, Richard: 343.
Hanson, Neil: 82.
Harlt, Albert: 314, 315, 317-319, 322,
341, 342.
Hawkins, John: 52.
Hearts, William Randolph: 219.
Heinemann, monseñor: 375.
Herranz, Julián: 476.
Hertling, Georg Graf von: 270.
Hessner, Gunther: 308, 309.
Hessner, Mark: 389, 391, 393, 394. Hessner, Mark: 389, 391, 393, 394.
333, 342, 343, 345, 346, 352, 353,
365.
Himmler, Heinrich: 313, 318-320, 335,
340, 341, 345, 359, 362, 369.
Hitler, Adolf: 15, 18, 279, 281, 288, 298,
Hitler, Adolf: 15, 18, 279, 281, 288, 298,
324, 326, 327, 329-332, 335-338, 343,
345, 346, 351, 352, 354, 355, 362, 363,
369, 371.
Hlond, cardenal August: 324.
Hnilica, monseñor Pavel: 413, 452, 453. Hofi, Yitzhak: 396-399, 439, 440. Holbech, Nina: 280, 281.
Holt, padre: 68, 69.
Horcher, Otto: 360.
Houhouiet-Boigny, Félix: 389.
Howard, Charles: 81-84.
Howard, sir Henry: 244, 245, 251. Hudal, monseñor Alois: 339, 345, 357,

364, 365, 375.
Hughes, John: 210, 211.
Humberto I de Saboya, rey de Italia:
217, 224.
Hummes, cardenal Claudio: 475.
Huntley: 37, 38.
Ignacio de Loyola, san: 39, 62.
Ilic, Danilo: 240.
Ilyin, monseñor Vincent: 294.
Imperiali, cardenal: 124.
Innitzer, cardenal Theodor: 321.
Inocencio IX, papa: 85.
Inocencio X, papa: 114-116, 118-120, 123, 312.
Inocencio XI, papa: 128-134, 136, 138. Inocencio XII, papa: 133, 135-138, 140, 156.
Inocencio XIII, papa: 151, 153.
Ireland, John: 220-224.
Ireland, John: 220-224.
33, 38, 40, 44-53, 55-58, 60-67, 70, 71, 73-79, 81, 82, 84, 85, 88-93.
Isabel Clara Eugenia, infanta: 91.
Isabel de Farnesio, reina de España: 150, 151.
Jacobini, cardenal Angelo: 391.
Jacobini, padre Carlo: 389-394, 396-399. Jacobini, cardenal Domenico Maria:
391.
Jacobini, cardenal Ludovico: 218, 219,
391.
Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia:
28, 35, 37, 38, 41, 60, 61, 64-66, 68,
69, 73, 76, 81, 82, 84, 85, 93, 95. Jacobo II, rey de Inglaterra: 132, 133. Jankowski, Henryk: 430.
Jankowski, Henryk: 430.

445, 459.
Jensen, Carl Peter *(Carl Vaernet):(Carl Vaernet):*
370.
Jomeini, Ruhollah: 440.
Jonckx, abogado: 237, 276.
Jonhson, coronel: 372.
Jorge V, rey de Inglaterra: 271, 276. José I, emperador de Austria: 149. José I, rey de Portugal: 18, 164, 168. José I Bonaparte, rey de España: 178. José II, emperador de Austria: 164. Josefina, emperatriz de Francia (Marie Josèphe Tascher de La Pagerie): 183, 186.
Juan XXIII, papa: 308, 348, 378-380, 385, 411, 475.
Juan Pablo I, papa: 405-417, 420, 423. Juan Pablo II, papa: 17, 18, 349, 385, 388, 394, 415, 418-421, 424, 429-443, 448, 451-453, 456, 458, 463-473, 475, 479, 480.
Juana de Albret, reina de Navarra: 51. Julio III, papa: 22.
Kaas, monseñor Ludwig: 325, 334, 336. Kageneck, Alfred von: 344, 345.
Kaiser, Jacob: 336.
Kamen, Henry Arthur: 163.
Kania, Stanislaw: 432.
Kappler, Herbert: 343, 344.
Karamanlis, Konstantinos: 403.
Kauly, Shai: 389, 391, 393.
Kazankin, Guennady: 397.
Keller, Herbert: 329-332, 334.
Kennedy, John F.: 434.
Kent, conde de: 73.
Kent, duque Michael de: 384.
Killigrew, Henry: 60.
Kirilenko, Andrei: 432.

Klotz, Louis-Lucien: 226.
Knin, padre Simic de: 351.
Knox, John: 30, 31, 35, 39, 44, 45. König, cardenal Franz: 418.
Kops, Reinhard: 362-364, 366, 368. Kovaliov, Eduard: 440.
Krahmer, Eckart: 363.
Krieg, monseñor Paul Maria: 328, 336. Kroch, Hans: 358.
Kroche-Tiedemann, Gabrielle: 397, 398. Krol, cardenal John: 435.
Kruschev, Nikita: 379.
Kruschev, Raisa: 379.
Kruschev, Raisa: 379.
446.
La Fayette, marqués de (Marie-Joseph
Motier): 171.
La Marck, Guillermo de: 56, 57.
Laforce: 99.
Laghi, monseñor Pío: 435.
Lajolo, arzobispo Giovanni: 465, 479. Lambertini, cardenal Próspero. *Véase*
Benedicto XIV.
Lambruschini, cardenal Luigi: 199-203,
206.
Langdon, Dom Philip: 244.
Lanjus, condesa: 240.
Lapoma, padre Antonio: 249-253, 255,
258, 263, 268.
Lascari, Vicenzo: 141, 142.
Lavalette, padre: 165.
Lebey de Batilly, Denis: 96.
Ledl, Leopold: 452.
Ledochowski, padre Vladimir: 303, 324,
328.
Lefebvre, François-Joseph: 189.
Lefebvre, François-Joseph: 189.

336, 340, 343-345, 347, 348, 351, 352,
362, 364.
Leicester, conde de: 57, 85, 89.
Leith-Jasper, Harold Friedrich: 340,
341.
Lekai, monseñor Laszlo: 406.
Lena, Giulio: 452.
Lenin (Vladimir Ilich Ulianov): 285-287,
293, 294.
Lennox, conde de (padre de Enrique
Darnley): 41.
Lennox, conde de. *Véase* Estuardo,
Esmé.
León X, papa: 347.
León XI, papa: 17, 94, 95, 103, 104. León XII, papa: 161, 192, 194, 195. León XIII, papa: 161, 216-221, 223, 224,
227, 228, 391.
Leopoldo I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico: 139, 148. Leopoldo III, rey de Bélgica: 327. Leopoldo de Toscana: 164.
Lercaro, cardenal Giacomo: 380, 412. Liebereich, barón Mack von: 185. Lienart, monseñor Achille: 385.
Lincoln, Abraham: 208, 209, 211. Llancourt: 99.
Loménie: 101.
Loos, Helmut: 344.
López, Rodrigo: 89-91.
López Quintana, monseñor Pedro: 455,

458, 461.
López Trujillo, Alfonso: 476.
Lorena, duque de: 119.
Lorenzelli, monseñor Benedetto: 225,
226.
Lorenzi, Diego: 413, 414.
Losme-Salbray, comandante: 172. Louville, marqués de: 147.
Lozier, Bouvet de: 181.
Luca, monseñor Antonino de: 205-207. Luciani, cardenal Albino. *Véase* Juan Pablo I.
Luçon: 105.
Ludovisi, cardenal Alejandro. *Véase* Gregorio XV.
Ludovisi, Ludovico: 17, 108.
Luis I, rey de España: 154.
Luis XIII, rey de Francia: 101, 104-106,
110, 113, 116.
Luis XIV, rey de Francia: 113, 116, 118,
Luis XIV, rey de Francia: 113, 116, 118,

149, 151.
Luis XVI, rey de Francia: 171-176, 181,
183, 197.
Luis XVII, rey de Francia: 174-176. Luis XVIII, rey de Francia: 183, 189. Luis Bonaparte, rey de Holanda: 190. Luisa Isabel de Orleans, reina de España:
154.
Lula da Silva, Luiz Inácio: 475.
Lumley, duque de: 53.
Lunarcharski, Anatoli: 289.
Lutero, Martín: 16.
Macchi, monseñor Lamberto: 17, 39-42,
44, 45, 50, 56, 57, 60, 61.
Macchi, padre Pasquale: 381, 385. Mader, Elmar Theodor: 466, 467, 472,
473, 478.
Maffi, cardenal Pietro: 234.
Magaloti, cardenal Lorenzo: 17, 109,
111-113.
Magee, padre John: 413-415.
Maglione, cardenal Luigi: 271, 277, 316,
319, 325, 328, 339.
Maidalchini, cardenal Francesco: 115. Maidalchini, Olimpia: 17, 115-119, 121,
123, 312, 320.
Maitland, William: 31.
Malecki, padre Antoni: 292, 294.
Maler, Juan. *Véase* Kops, Reinhard. Mancini, Ignazio: 206.
Mandic, Dominic: 377.
Mangot: 104, 105.
Mansfeld, conde de: 87.
Mantua, duque de: 141.
Marat, Jean-Paul: 171.
Marcelo II, papa: 23.
Marchetti-Selvaggiani, monseñor Francesco: 263, 277.
Marcinkus, monseñor Paul Casimir: 18,
381, 399, 403-411, 413, 416, 419,
381, 399, 403-411, 413, 416, 419,

453.
Marco Polo: 43.
María, princesa de Italia: 327.
María I de Portugal: 168, 169.
María Antonia, archiduquesa: 137. María Antonieta, reina de Francia: 172,

174, 176, 183.
María Estuardo, reina de Escocia: 13, 18,
26, 28-53, 55, 60, 61, 64-77, 81, 82, 88,
90, 93.
María Leticia. *Véase* Ramolino, María
Leticia.
María Luisa Gabriela de Saboya, reina de
España: 148.
María Luisa de Habsburgo-Lorena, em
peratriz de Francia: 186, 189.
María de Médicis, reina de Francia: 103,
104, 106, 107, 110.
María Teresa, infanta: 122.
María Tudor, reina de Inglaterra: 27, 28,
48.
Mariana de Austria, reina de España:
137.
Mariana de Neoburgo, reina de España:
146.
Marini, arzobispo Pietro: 471, 475. Markof, embajador: 182.
Marloni, Gustavo: 206.
Martín V, papa: 130.
Martin, Colin: 82.
Martín, Pietro Luigi: 360.
Martínez Somalo, cardenal Eduardo:
465, 467-470, 472-474, 478, 479. Martínez de Perón, Isabel: 446.
Martini, cardenal Carlo Maria: 458, 476,
477.
Marx, Karl: 200.
Massera, Emilio Eduardo: 446.
Massia, Marco Antonio: 17, 80, 82, 84, 85. Masson, Roger: 371.
Mastai Ferretti, cardenal Giovanni Maria
dei Conti. *Véase* Pío IX.
Mattingly, Garret: 80, 82.
Matulionis, monseñor Teofilus: 294. Max de Baden, príncipe: 278.
Maximiliano I el Grande, duque y elector de Baviera: 108.
Maximiliano, Manuel: 137.
Mayer, Augustine: 328.
Mayer, Augustine: 328.

122, 131.
Mazowiecki, Tadeusz: 431.
Mazzini, Giuseppe: 200, 204.
McCormick, padre Vincent: 328.
McKinley, William: 219-222, 224. Médicis, cardenal Alejandro de. *Véase*
León XI.
Médicis, cardenal Giovanni Angelo. *Véa*
se Pío IV.
Medina Estévez, Jorge Arturo: 477. Medina-Sidonia, duque de (Alonso Pérez
de Guzmán): 52, 81, 83, 84.
Mehmedbasic, Mohammed: 240.
Meir, Golda: 18, 388-396.
Mella Di Sant'Ellia, monseñor Arborio:
266.
Mendoza, embajador: 64, 67.
Mengele, Josef: 357, 366, 369, 375. Mennini, Luigi: 410, 419, 424, 448, 451. Menou,
Fernand de: 361.
Mercati, Alberto: 117-119.
Mercier, cardenal Désiré-Joseph: 234. Merizzi, Erik von: 240.

Merodè, conde Werner de: 267, 268. Merodè, Paulina: 267.
Merodè, Paulina: 267.

237, 241, 242, 266, 276.
Mester, monseñor Istvan: 385, 386. Meyer, Caroline: 457.
Meyer, Stefan: 457.
Meza Romero, Gladys: 456, 457, 461. Migone, monseñor Giuseppe: 253. Mildway, Walter: 85.
Miollis, Sextius-Alexandre: 187.
Mirabeau, marqués de (Honoré-Gabriel
Riqueti): 99, 171, 173.
Miscic, monseñor: 350.
Módena, duque de: 141, 142.
Mole, Boniface de la: 58.
Monnens, padre: 332.
Montagnini, monseñor Carlo: 226, 227. Montalbán: 99, 100.
Montanari, Gaetano: 195.
Montanari, Leonida: 193, 195.
Monteith: 257.
Monti, barón Carlo: 265, 266.
Monti de Valsassina, Gino: 362, 363. Montini, cardenal Giovanni Battista. *Véase* Pablo VI.
Moray, lord: 31, 34, 35, 38-42, 44, 45, 50. Moreau, Jean: 181-183.
Moreta, marqués de: 29.
Morgan, Thomas: 67, 72.
Morichini, monseñor Carlo Luigi: 201,
202.
Moro, Aldo: 405.
Morone, cardenal: 25.
Morton, Thomas: 60, 61, 64, 66, 71. Moskov, Ante: 372.
Muckermann, Friedrich: 333, 334. Mühlberg, Otto von: 243.
Müller, Heinrich: 342.
Müller, Hermann: 278.
Müller, Josef: 323, 325-328, 330-336, 339. Murat, Joachim: 202.
Mussolini, Benito: 238, 281, 297, 298,
305, 307, 310-312, 316, 337, 348, 355.
Napoleón I Bonaparte, emperador de Francia: 15, 18, 177-190, 202.
Napoleón III, emperador de Francia (Carlos Luis Napoleón Bonaparte): 190, 199, 200, 205, 214.
Napolitana, Giorgio: 458.
Nassau, Justin de: 82.
Nassau, Luis de: 57.
Nassau, Mauricio de: 87.
Navagero, Giacomo: 23.
Navarro-Valls, Joaquín: 455-457.
Nebe, Arthur: 331.
Necker, Jacques: 171.
Neveu, padre Eugène: 284-286, 290-293, 295, 296, 303.
Neville, Edmond: 48, 71, 72.
Ney, Michel: 189.
Niarchos, Stavros: 403.
Nicolás II, zar de Rusia: 235, 244, 266, 274, 285, 301.
Nicolás V, papa: 400.
Nietzsche, Friedrich: 200.
Nieuwenhuys, Adrien: 327, 331-333.
Nina, cardenal Lorenzo: 218.
Nogara, Bernardino: 400.
Norfolk, cuarto duque de: 48-50, 52, 53, 81.
Norfolk, tercer duque de: 53.
North, Oliver: 436.

Northumberland, duque de: 48.
Nowak, Jan: 434, 435.
Nünlist, Robert: 457.
Oddi, cardenal Silvio: 415, 458.
Odescalchi, cardenal Benedicto. *Véase* Inocencio XI.
Oligati, Carlo: 413.
Onassis, Aristóteles: 403.
Orange, Guillermo de: 18, 56-59, 61, 65, 69-71.
Orlando, Vittorio Emmanuele: 311. Orleans, Luis Felipe de: 198.
Ormond, conde de: 63.
Orry, Jean: 148.
Orsenigo, cardenal Cesare: 334.
Orsini, Pietro Francesco. *Véase* Benedicto XIII.
Ortolani, Angelo: 194.
Ortolani, Umberto: 380, 384, 404, 410, 411, 419, 426, 452, 453.
Osborne, sir D'Arcy: 316, 354.
Ossola, Rinaldo: 409.
Oster, Hans: 325, 336, 338.
Ott, Alice: 284, 292, 327.
Ottoboni, cardenal Pedro. *Véase* Alejandro VIII.
Oudinot, Moncey: 189.
Oudinot, Nicolás Charles Victor: 204.
Pablo III, papa: 27.
Pablo IV, papa: 21-25, 27, 28, 43. Pablo V, papa: 72, 95-99, 101, 103, 104, 106-110.
Pablo VI, papa: 16, 328, 334, 335, 339,
Pablo VI, papa: 16, 328, 334, 335, 339,

398, 401, 403-406, 408-411, 424, 475. Pacca, cardenal Bartolomeo: 17, 172, 187-189, 191-199.
Pacelli, Eugenio. *Véase* Pío XII.
Pacelli, Francesco: 298.
Paget, Charles: 67.
Palazzini, cardenal Pietro: 406, 407, 448.
Pallavicini, cardenal: 170.
Pallavicino, cardenal Sforza: 17, 122-124. Palma, monseñor: 203.
Paluzzi Altieri Degli Albertoni, cardenal Paluzzo: 17, 19, 126-134, 136-138, 140, 145.
Pamphili, cardenal Camilo: 115.
Pamphili, cardenal Juan Bautista. *Véase* Inocencio X.
Pancirolli, cardenal: 115, 117-120. Paolucci, cardenal Fabrizio: 140-142, 145-147, 150-153, 155, 157, 160. Papadopoulus, Tasos: 402, 403.
Papandreu, Andreas: 402, 403.
Papen, Franz von: 306, 307, 352.
Pappalardo, monseñor Salvatore: 385. Paredes, Javier: 136.
Parisio, cardenal: 54.
Parker, Geoffrey: 82.
Parma, duque de: 141, 150.
Parma, duque de. *Véase* Farnesio, Alejandro.
Parry, William: 17, 71, 72.
Parsons, padre Robert: 68, 69.
Pasmany, cardenal: 113.
Pastor, Luis von: 158.
Patin, Wilhelm August: 313.
Paulus, Friedrich von: 354.
Paulus, Friedrich von: 354.
375.

Pavese, Cesare: 383.
Pazienza, Francesco: 455.
Pearse, Patrick Henry: 258.
Pecci, cardenal Vincenzo Gioacchino. *Véase* León XIII.
Pecorelli, Carmine *(Mino):* 410, 422, 423. Pellegrino, monseñor Michele: 385. Perciballi, padre Pietro: 233, 234. Peretti, cardenal Félix. *Véase* Sixto V. Pérez de Herrera, Cristóbal: 91.
Peric, Stjepan: 371.
Perón, Juan Domingo: 361, 363, 371. Perowne, Victor: 376.
Petit, doctor: 100.
Petranovic, padre Karlo: 363, 364, 374, 375.
Petrosiello, Orazio: 477.
Phipps, sir Eric: 316.
Piazza, cardenal: 153.
Pichegru, Jean: 181-183.
Pichon, Stephen: 226.
Picot, Werner: 343.
Piffle, monseñor: 234.
Pignatelli, cardenal Antonio. *Véase* Inocencio XII.
Pignatti, Bonifacio: 317.
Pignedoli, cardenal Sergio: 407, 419. Pincemin, Robert: 361.
Pinkowski, Józef: 437.
Pío IV, papa: 25, 26, 54.
Pío V, papa (san): 16-18, 21-26, 30, 31, 33-35, 37, 39, 43-50, 54, 72, 86, 108, 128, 170, 255, 381, 425, 464.
Pío VI, papa: 168, 170-174, 176-179, 182, 204.
Pío VII, papa: 24, 161, 180-183, 186-191, 195, 204.
Pío VIII, papa: 195, 196, 198.
Pío IX, papa: 161, 167, 200-205, 207, 209-211, 214-217, 228.
Pío X, papa (san): 16, 117, 225, 226, 228, 229, 232-237, 241, 250, 266, 270, 276. 229, 232-237, 241, 250, 266, 270, 276. 298, 300, 303, 306-310, 316, 317, 353, 400.
Pío XII, papa: 13, 235, 236, 268-271, 274-281, 287, 288, 291, 298, 300, 303, 306, 307, 316, 317, 319, 321-328, 357, 360-362, 371, 373-377, 379, 384. Piou, Jacques: 227.
Pizza, Antonio: 451.
Plessis, Armand Jean du (cardenal Richelieu): 18, 104-107, 109-113, 116, 121.
121.
431, 433, 435-443, 445, 447, 449, 453, 454, 456, 461.
Poincaré, Raymond: 226, 268.
Poletti, Ugo: 385, 411, 418.
Pomarici, Mario: 259-261.
Pombal, marqués de. *Véase* Carvalho e Melo, Sebastião José de.
Poncini: 366.
Popovic, Cvijetko: 240.
Potiorek, Oskar: 240.
Pralín, capitán: 99.
Prete, Donato: 422.
Preysing, cardenal Konrad von: 309. Priebke, Erich: 357, 366, 368, 375. Princip, Gavrilo: 239, 240.
Prims, fray Foris: 237, 276.
Przydatek, Kazimierz: 403, 422, 423, 425, 430, 431, 445, 446.
Pucci, monseñor Enrico: 310-312. Puzyna, Jan: 224.
Quadrotta, Guglielmo: 237.
Radet, general: 187.
Rajakowitsch, Erich: 357.
Raleigh, sir Walter: 60.
Rambelli, Gaetano: 195.
Rambelli, Gustavo Paolo: 206.
Ramírez, Carlos: 19, 381, 395-398. Ramolino, María Leticia: 189.
Ramos-Lissón, Domingo: 136.

Rampolla, cardenal Mariano: 219-224, 235, 242.
Randolph, Thomas: 32-34, 66.
Raschenbach, Hans: 363.
Ratti, cardenal Achille. *Véase* Pío XI. Ratzinger, cardenal Joseph. *Véase* Benedicto XVI.
Raulet: 29.
Ravaillac, Jean-François: 101, 102, 110, 126, 179.
Re, cardenal Giovanni Battista: 455, 458, 465.
Reagan, Ronald: 13, 432, 434, 435, 444, 453.
Reichenau, Walter von: 331, 332. Requesens, Luis de: 61.
Retz, cardenal de (Jean-François-Paul de Gondi): 118, 119.
Rezzonico, cardenal Carlo. *Véase* Clemente XIII.
Ribbentrop, Joachim von: 332, 337, 338, 343.
Ricci, padre Lorenzo: 167.
Ricci, Matteo: 43.
Rice, Condoleezza: 468.
Richelieu, cardenal. *Véase* Plessis, Armand Jean du.
Richemont, vizconde de: 177.
Ridley, monseñor: 28.
Ridolfi, Roberto: 17, 48-50, 52-54. Riedmatten, padre: 413.
Ritter, barón Otto von: 241, 243.
Rivarola, cardenal Agostino: 191-195. Rizak, Georgina: 393.
Rizzio, David: 17, 29-43, 45, 65.
Rizzio, José: 30, 43.
Rizzio, Vincenzo: 252.
Robespierre, Maximilien de: 171. Rodríguez Maradiaga, cardenal Óscar Andrés: 475.
Rodt, cardenal: 164.
Roggan, Hans: 415, 416.
Rohan, Charlotte de: 184.
Rohleder, Joachim: 333-335.
Rommel, Erwin: 339.
Roncalli, cardenal Angelo Giuseppe. *Véase* Juan XXIII.
Rooke, lady Elizabeth: 145.
Rooke, sir George: 145, 146, 148, 149. Roosevelt, Franklin D.: 340, 341.
Roosevelt, Theodore: 222, 224.
Root, Elihu: 223.
Rosenberg, Alfred: 352.
Rospigliosi, cardenal Giulio: 123. Ross, obispo de: 50, 52, 53.
Rossberger, padre Joseph: 314.
Rossi, conde Pellegrino: 202, 203. Roth, Josef: 318, 319, 322.
Rozman, Gregory: 373.
Rückert, Adolf: 457.
Ruini, cardenal Camillo: 465, 467-469, 472, 476.
Ruthven, lord Patrick: 36, 37, 39, 44, 45.
Rusakov, Vladimir: 432.
Rusinovic, Nicola: 351.
Russell, Odo: 213.
Saboya, Carlos Manuel de: 108.
Saboya-Carignan, príncipe Eugenio de: 143.
Sacchetti, cardenal: 114, 120.
Saffi, Aurelio: 204.
Sagasta, Práxedes Mateo: 222.
Salameh, Ali Hassan *(Abú Hassan/el Príncipe Rojo):* 390, 391, 393, 398, 399.

Salamon, abate: 174-177, 197.
Salandra, Antonio: 251, 252.
Saldaña, cardenal: 163, 165.
Samore, cardenal Antonio: 415.
Samson, Henri: 173, 183.
Sanabria, Juan Gómez de: 91.
Sanders, padre Nicholas: 63, 64.
Sandri, arzobispo Leonardo: 465, 467,
468, 479.
Santa Cruz, marqués de: 154.
Sarcirnelli, Mario: 421, 423, 424.
Sarto, cardenal Giuseppe Melchiore.
Véase Pío X.
Savage: 73.
Savary, Anne-Jean-Marie, duque de Rovigo: 184, 185.
Sbarreti, monseñor Donato: 223, 224. Scapinelli Di Leguigno, Raffaele: 277. Scaramelli, Giovanni: 92.
Scarlatti, Alessandro: 144.
Scattolini, Virgilio: 311, 312.
Schama, Simon: 171.
Schellenberg, Walter: 341.
Scholder, Klaus: 279.
Schönberg, príncipe: 243.
Schönborn, cardenal Christoph: 476,
478.
Schönhöffer, monseñor Johannes: 325,
328, 336.
Schulenberg, Werner von: 344, 345. Schulmeister, Karl: 184-186.
Schulte, cardenal Karl Josef: 321. Schuster, cardenal Ildefonso: 317. Scola, Angelo: 476.
Scricciollo, Luigi: 437.
Sebastián de Portugal: 62.
Segismundo de Vasa, rey de Polonia:
86.
Segmüller, Pius: 461, 466, 467, 473. Seguic, padre Cherubino: 351.
Seper, cardenal Franjo: 407.
Sereny, Gitta: 375.
Serna, Víctor de la: 360.
Serra, Acquile: 466.
Serrano Fernández de Villavicencio,
Gonzalo: 359, 360.
Seward, William: 210.
Shakespeare, William: 91.
Sheptyckyi, monseñor Andreas: 299,
300.
Shovell, sir Cloudesley: 146, 147.
Shrewsbury, conde de: 73.
Silva, Guzmán de: 32.
Sinam, príncipe: 98.
Sinclair, coronel: 365.
Sinclair, coronel: 365.

406, 408, 412, 413, 419, 424-426, 442,
451, 464.
Siri, cardenal Giuseppe: 375, 406-408,
418.
Sittich de Altemps, cardenal Marcos:
25.
Sixto V, papa: 72-76, 78-81, 84-88. Sloskans, padre Boleslas: 285, 292,
294.

294.

479.
Sofía de Hohenberg, archiduquesa de
Austria: 239, 240.
Soglia Ceroni, cardenal Giovanni: 202. Solís, cardenal Francisco: 166.
Somaglia, cardenal Giulio Maria della:
192, 194.
Somoza, Anastasio: 18, 407, 428.
Sonnino, Sidney: 251-253, 275.
Sonthoff, barón: 277.
Soult, Nicolas Jean de Dieu: 189.
Southampton, duque de: 53.
Spada, Máximo: 424.
Spalding, monseñor Martin: 211.
Spes, Guerau de: 45, 48, 50, 53, 55. Spidlik, Tomas: 474.
Spinelli, cardenal: 164.
Spínola de la Cerda, cardenal Buenaventura: 166.
Spitzy, Reinhard: 363.
Stangl, Franz: 339.
Stalin (Josip Vissarionovich Yugachvili):
293, 294, 296, 299, 300, 305, 374. Stampa, Ingrid: 479.
Stangl, Franz: 357, 366.
Steinberg, Jonathan: 349, 350, 354. Stempel, John D.: 397.
Stepinac, monseñor Alojzije: 347, 349,
350.
Sterling, Claire: 440.
Stieber, Wilhelm Johann Karl Eduard:
201, 202, 206, 207.
Stockhammenn, Franz von: 250-256,
258-260, 262, 263, 268.
Stradford, Francis James: 469.
Strickland, Lee: 13.
Strobel, Pellegrino de: 410, 419, 451. Stukeley, Thomas: 62.
Sturzo, Luigi: 298.
Suárez, Luis: 136.
Suhard, cardenal Emmanuel: 355. Suleyman, jeque wahabí: 365. Sully, duque de: 102.
Szoka, cardenal Edmund: 401.
Taffarell, sor Vincenza: 414, 415.
Taft, William Howard: 223, 224.
Talleyrand-Périgord, Charles Maurice
de, príncipe de Benevento: 189. Tardini, monseñor Domenico: 328, 339. Targhini, Angelo: 193.
Tassan Din, Bruno: 426.
Távora, marqués Francisco de Assis de:
164, 165.
Távora, marquesa Leonor de: 164, 165. Taxis, Juan Bautista de: 67.
Taylor, Myron: 340, 341.
Tedeschini, monseñor Federico: 262,
277.
Teresa de Ávila, santa: 54.
Terpil, Frank: 441.
Testa, cardenal Gustavo: 411.
Testi, Carlo: 422.
Tettamanzi, cardenal Dionigi: 475, 476. Thatcher, Margaret: 420, 446, 447. Thomas, Gordon: 439.
Throckmorton, Francis: 67, 68.
Tinico, Claudio: 90.
Tiraspol, monseñor Zerr de: 287.

Tisserant, cardenal Eugène: 316, 351,
352, 355, 361, 370, 375, 382, 452. Tito. *Véase* Broz, Josip.
Tomko, cardenal Josef: 433.
Tondi, Alighiero: 81-83.
Tonti, Giulio: 277.
Tornay, Cédric: 456-458, 460, 462,
463.
Torrigiani, cardenal: 164, 166, 167. Toscana, gran duque de: 50.
Touche, Méhée de la: 182.
Tournon, Charles: 17.
Tremblay, François Le Clerc du (padre
Joseph): 110, 113.
Tremblay, Joseph du. *Véase* Tremblay,
François Le Clerc du.
Umberto I, rey de Italia: 237, 327. Urbano IV, papa: 46.
Urbano VII, papa: 85.
Urbano VIII, papa: 107-109, 111-115. Ursinos, princesa de los (Marie Anne de
La Trémouille): 148.
Ustinov, Dmitri: 432.
Vaernet, Christian: 370.
Vagnozzi, cardenal Egidio: 401, 402,
406, 407, 420.
Valdés, Pedro de: 84.
Valdo, padre Lorenzo: 156, 157, 159. Valente, Archita: 259-261.
Valenti, cardenal Silvio: 162, 163. Van Hoorn: 125.
Vannutelli, cardenal Vicenzo: 226. Varisco, Antonio: 424, 425.
Vendôme, duque de: 99, 150.
Verdesi, Gustavo: 233.
Vergniaud: 171.
Verneuil, marquesa de: 101.
Víctor Manuel II de Saboya, rey del Piamonte: 204, 207, 214, 215.
Videla, Jorge Rafael: 19, 446.
Vidoni, cardenal: 126.
Villeroy: 99.
Villot, cardenal Jean: 385, 387, 389, 406,
408, 410, 414, 415, 419, 423.
Vitalote, Claudio: 422.
Vittorio Amadeo II de Saboya, rey del
Piamonte: 157.
Vittorio Emanuele III, rey de Italia:
337.
Von Bernstorff, conde: 254.
Von der Lancken, barón: 268, 269. Walesa, Lech: 18, 420, 429-431, 436,
437, 443, 445, 449.
Walsh, padre Edmund: 286, 289.
Walsh, Michael J.: 167.
Walsingham, sir Francis: 29, 30, 32, 35,
57, 60, 66, 67, 69-71, 77-79, 81-83, 85,
88.
Walters, Vernon: 435, 436, 444.
Wareham, Susan: 398.
Weizsäcker, Ernest von: 340.
Wellington, Arthur Wellesley, duque de:
189.
Westmoreland, duque de. *Véase* Neville,
Edmond.
Wiederkehr, Arthur: 358.
Wiesenthal, Simon: 18.
Willebrands, cardenal Johannes: 418. Wilson, Woodrow: 278, 281.

Wilton, lord Grey de: 63.
Wishart, George: 30.
Wittelsbach, Isabel *(Sissi):* 224.
Wojtyla, Karol. *Véase* Juan Pablo II. Wolf, Markus: 459.
Wolff, Karl: 318.
Wolff, Martin: 314.
Wright, cardenal John Joseph: 386. Wyszynski, cardenal Stefan: 406, 418, 431, 436.
Yallop, David: 420, 461, 463. Yepes, fray Diego de: 91.
Zaki Yamani, jeque Ahmed: 395. Zamir, Zvi: 388-394, 396.
Zanoli, Luigi: 194.
Zeiger, padre Ivo: 328, 336. Zetkin, Clara: 301, 302.
Zimmermann, Arthur: 268. Zoitakis, Gheorghios: 403. Zorza, Lorenzo: 454, 455.
Zúñiga, embajador: 58.
Zurla, cardenal: 198.